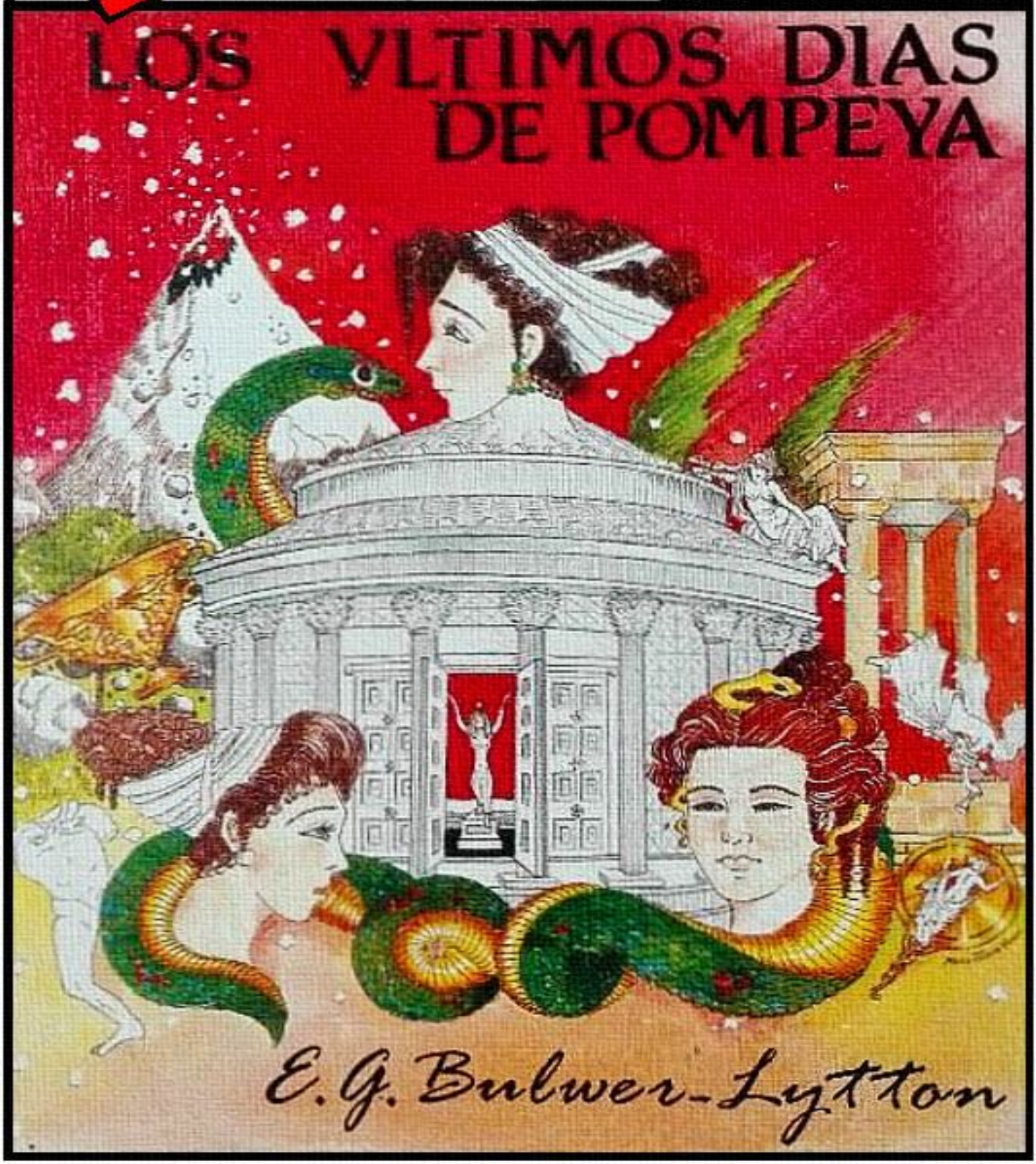
TUS LIBROS

LOS VLTIMOS DIAS DE POMPEYA



E. G. Bulwer-Lytton

En el año 79 de nuestra era una terrible erupción del Vesubio destruyó las inolvidables ciudades de Pompeya y Herculano. Sobre este telón de fondo, que Bulwer-Lytton conoció in situ durante las excavaciones realizadas, el autor situó la historia de aquella ciudad alegre y confiada, con sus amores y sus odios, sus pequeñas intrigas, juegos, costumbres y diversiones. Y, aunque Flaubert —que también había escrito Salambó— aseguraba que «las novelas históricas sólo son tolerables porque nos enseñan historia», el lector comprobará que, aun sintiéndose conmovido por lo que el volcán se llevó, con historia o sin historia, se sentirá atrapado por el destino de sus personajes.

Edward George Bulwer-Lytton

Los últimos días de Pompeya

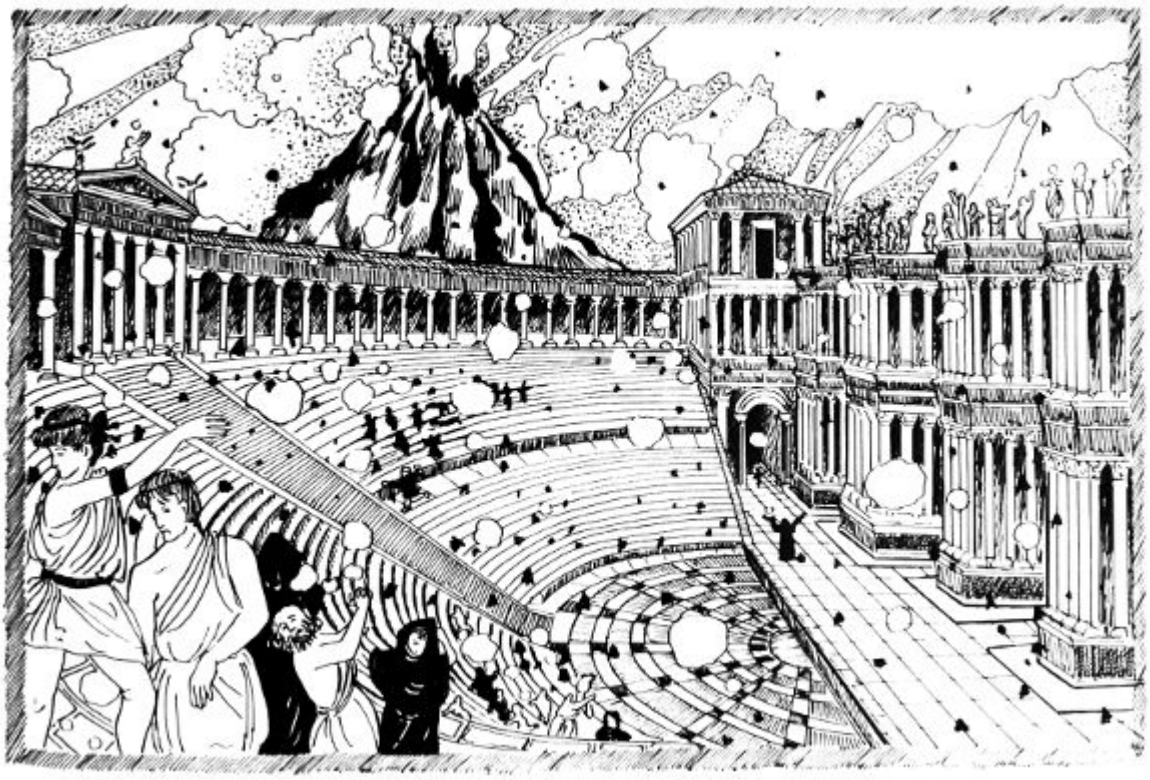
Tus libros - 91

ePub r1.0
orhi 05.02.2020

Título original: *The Last Days of Pompeii*
Edward George Bulwer-Lytton, 1834
Traducción, apéndice y notas: Jorge Ferrer-Vidal
Ilustraciones: María Teresa Ramos
Grabado del autor: Julio Gutiérrez Mas

Editor digital: orhi
ePub base r2.1

Los últimos días de Pompeya



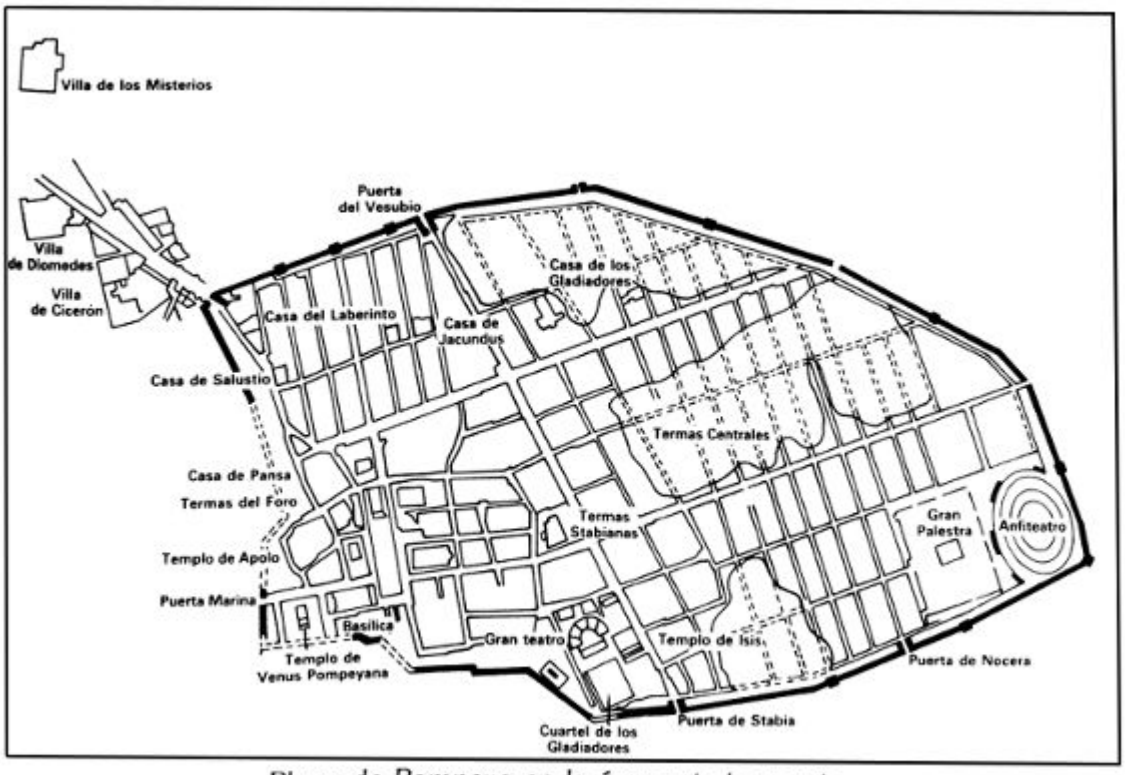
Edward George Bulwer-Lytton (1803-1873)

La presente obra es traducción directa e íntegra del original inglés, en su primera edición, publicada en Londres, en 1834. Las ilustraciones, originales de María Teresa Ramos, han sido realizadas expresamente para esta edición.

LIBRO I

Quid sit futurum cras, fuge quaerere; et
Quem fors dierum cunque dabit, lucro
Appone; nec dulces amores
Sperne, puer, neque tu choreas[1]

(HORACIO, Lib. I, od. IX.)



Plano de Pompeya en la época de la novela.

Capítulo I

Dos caballeros de Pompeya

—¡Hola, Diomedes, bien hallado seas! ¿Cenas con Glauco esta noche? —preguntó un joven de escasa estatura, que vestía una túnica cuyos pliegues amplios y afeminados demostraban que se trataba de un caballero lleno de presunción.

—Por desgracia, no, querido Clodio; no me ha invitado —replicó Diomedes, hombre de mediana edad y de porte elegante—. ¡Por Pólux[2] que es una despreciable jugada! Sus cenas son las mejores que se dan en Pompeya.

—No están mal…, aunque nunca hay suficiente vino para mi gusto. No es sangre griega la que corre por sus venas, porque afirma que el vino le amodorra la mañana siguiente.

—Puede haber otro motivo que explique esa tacañería —contestó Diomedes, alzando las cejas—. Creo que, a pesar de su engreimiento y sus extravagancias, no es tan rico como pretende y quizá prefiera derrochar su ingenio, y no sus jarras.

—Una razón más para cenar con él mientras le duren los sestercios[3]. El año próximo, Diomedes, tendremos que encontrar a otro Glauco.

—Tengo entendido que también es aficionado a los dados.

—Le agrada todo lo placentero, y mientras le resulte grato ofrecernos cenas, todos le tendremos en gran estima.

—¡Ja, ja, Clodio, muy bien dicho! Por cierto, ¿has visto alguna vez mis bodegas?

—Creo que no, mi buen Diomedes.

—Bien, entonces tienes que cenar alguna noche conmigo. Tengo unas *muraenae*[4] muy aceptables en mi estanque y pediré a Pansa, el edil, que venga a conocerte.

—Oh, no soy partidario de ceremonial alguno. *Persicos odi apparatus*[5], me contento con muy poco. Bien, el día comienza a declinar y voy a las termas… ¿Y tú?

—Yo voy al cuestor[6]. Asuntos de Estado. Después me acercaré al templo de Isis. *Vale*[7].

—Un tipo presumido, ostentoso y mal educado —murmuró para sí, mientras echaba a andar con lentitud—. Imagina que con sus fiestas y sus bodegas puede hacemos olvidar que es hijo de un manumitido[8], y eso es, precisamente, lo que hacemos al concederle el honor de que gane dinero; estos nuevos plebeyos son la cosecha de lo que sembramos los nobles derrochadores.

Hablando consigo mismo, Clodio llegó a la vía Domiciana, llena de transeúntes y de carruajes, que exhibía toda la alegre y animada algarabía vital y todo el dinamismo que hoy podemos encontrar en las calles de Nápoles.

Las campanillas de los carricoches que se deslizaban con rapidez uno tras otro sonaban gratamente al oído, y Clodio comenzó a repartir sonrisas y saludos, mostrando una amistad casi familiar con todos aquellos que lucían

los caballos, carros y sirvientes más elegantes y fantásticos: de hecho, ningún desocupado era mejor conocido que él en toda Pompeya.

—¡Eh, Clodio! Tú siempre durmiendo sobre los laureles de tu buena suerte —le gritó con voz agradable y musical un joven que ocupaba un carro de extravagante y gracioso diseño. Sobre su superficie de bronce se veía, cuidadosamente tallado, con la exquisita gracia de la mejor artesanía griega, el relieve de los juegos de Olimpia; los dos caballos que tiraban del reducido carro pertenecían a la escasa raza de Partia[9] y sus largas patas parecían despreciar el suelo que pisaban y cortejar el aire; sin embargo, al más ligero toque de riendas por parte del auriga, que permanecía inmóvil detrás del joven propietario del carruaje, quedaron inmóviles, como si de repente se hubiesen transformado en piedra, carentes de vida y, a la vez, tan llenos de vitalidad como una de las anhelantes maravillas de Praxíteles[10]. El mismo propietario participaba de aquella alada y hermosa simetría de la que los escultores de Atenas extraían sus modelos; su origen griego se patentizaba en sus volatineras y abundantes guedejas y en la perfecta armonía de sus facciones. No llevaba toga, que desde los inicios del Imperio había dejado de ser indumento de distinción entre los romanos y era considerada como prenda ridícula por los seguidores de la moda, pero su túnica resplandecía con los más ricos tonos de los tintes de Tiro[11], y sus *bulae*, o broches con los que la ceñía a su cuerpo, deslumbraban con el fulgor de las esmeraldas: alrededor del cuello llevaba una cadena de oro que se entrecruzaba en mitad de su pecho, componiendo la forma de una cabeza de serpiente, de cuya boca pendía un gran anillo con sello, elaborado con la más perfecta técnica artesanal; las mangas de su túnica eran amplias y se cerraban sobre las muñecas con orlas de oro, y alrededor de su cintura se distinguía el ceñidor del mismo material que las orlas, tallado con trazos arabescos[12] que le servía de bolsillo para guardar su pañuelo y su bolsa, su estilete y sus tablillas para escribir.

—¡Mi querido Glauco! —exclamó Clodio—. Me alegra comprobar que tus pérdidas no han afectado en absoluto a tu buen semblante. Es más, parece como si estuvieses poseído por Apolo, puesto que tu rostro resplandece con gloriosa felicidad. Cualquiera te tomaría por el vencedor, y no por el perdedor.

—¿Hay algo en la pérdida o ganancia de esas despreciables piezas de metal que resulte capaz de cambiar el sentir de nuestro espíritu, querido Clodio? Por Venus, mientras seamos jóvenes debemos cubrir nuestras cabezas con guirnaldas, dejar que suene la cítara en nuestros cansados oídos, que la sonrisa de Lydia o de Cloe iluminen las venas por las que nuestra sangre corre con extrema rapidez, encontrar dicha y felicidad en el aire henchido de sol y no permitir que los malos tiempos sean algo más que simples paréntesis de nuestras alegrías. No olvides que esta noche cenas conmigo.

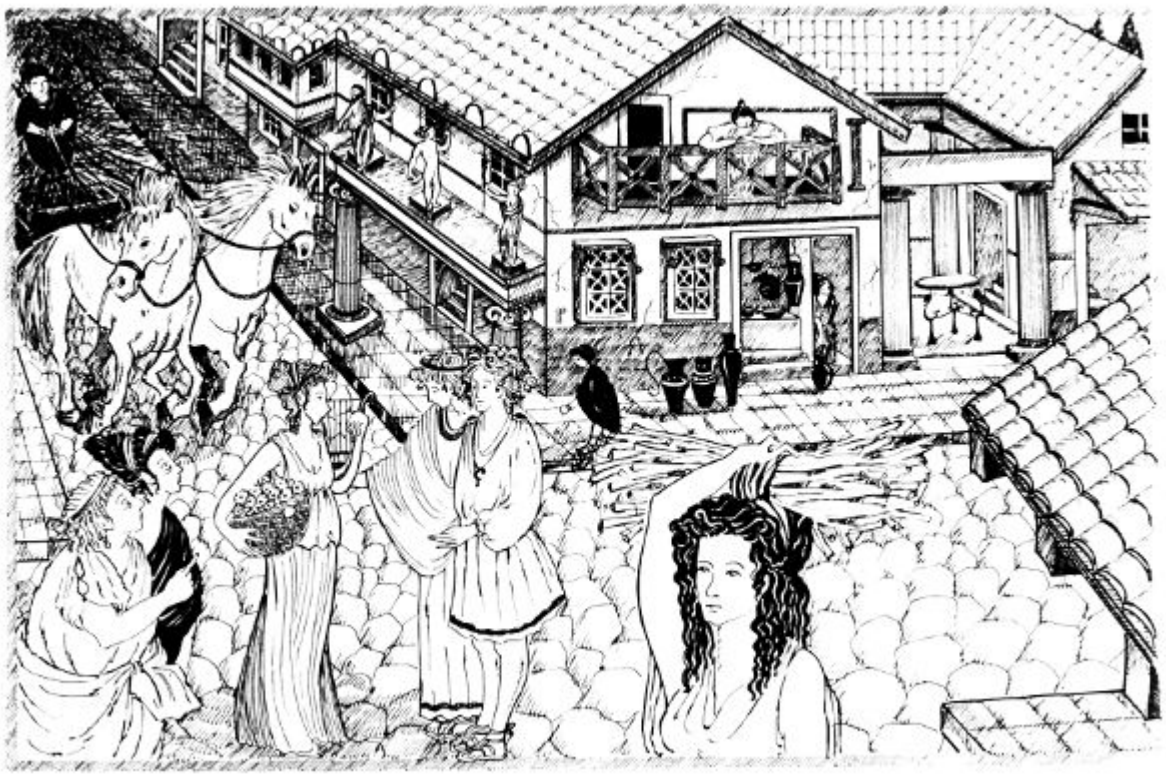
—¿Quién puede olvidar una invitación de Glauco?

—¿Adónde te diriges?

—Pensaba ir a las termas, pero falta aún una hora para el tiempo en que acostumbro a hacerlo.

—Estupendo. Despediré el carro e iré contigo. Quieto, quieto, mi *Philias* —añadió, acariciando el caballo más cercano a él, que con un leve relincho y un movimiento de orejas hacia atrás agradeció el cumplido—. Hoy será día de descanso para ti. ¿No te parece hermoso, Clodio?

—Digno de Febo[13] —contestó el noble parásito—, o… de Glauco.



Capítulo II

La joven florista ciega y la belleza de moda. — La confesión del ateniense. — Arbaces, de Egipto, es presentado al lector

Charlando con desenfado acerca de mil cosas, los dos jóvenes avanzaron por las calles; se encontraban en un barrio lleno de atractivas tiendas, cuyas puertas abiertas mostraban sus interiores radiantes y lujosos, con sus frescos de armoniosos colores, increíblemente dispares en su dibujo y ejecución. Brillaban las fuentes, que lanzaban a lo alto su grata espuma en el ambiente estival; la multitud de paseantes, o mejor, de desocupados, vestían casi íntegramente ropas de colores teñidas con tintes de Tiro; grupos animados se congregaban ante las tiendas más llamativas; los esclavos iban y venían con vasijas de bronces obre sus cabezas, que mostraban sus gráciles contornos; muchachas campesinas se colocaban en distintos

lugares, distanciadas entre sí, con cestas de relucientes frutas y con flores hacia las que los antiguos italianos eran mucho más aficionados que sus descendientes de hoy (para quienes ciertamente *latet anguis in herba*[14] y parece que en cada rosa o violeta se oculte una enfermedad); los numerosos lugares de esparcimiento estaban atestados de los mismos holgazanes que en nuestros días llenan cafés y tabernas; las tiendas, con sus estantes en los que se distinguían las vasijas para el vino y el aceite, colocaban ante sus umbrales sillas protegidas por toldos purpúreos para ofrecer reposo a los cansados y holganza a los vagos. Todo ello conformaba una escena de tal brillantez y vivacidad, que sobradamente exaltaba el espíritu ateniense de Glauco y excitaba aún más su anhelo de alegría.

—No me hables más de Roma —dijo a Clodio—. Entre sus poderosas murallas el placer debe convertirse en algo excesivamente formal y grave. Incluso en los recintos de la corte (incluida la Casa Dorada de Nerva, y el palacio de Tito) existe una cierta magnificencia enojosa. Padece la vista y el espíritu se angosta; además, mi querido Clodio, tanto tú como yo nos amargamos al comprobar el enorme lujo y la riqueza de otros en relación con la mediocridad de nuestra condición. Aquí, por el contrario, nos rendimos con facilidad al placer y gozamos de la brillantez del lujo sin tener que sufrir el cansancio de la pompa.

—¿Fueron esas experiencias las que te empujaron a pasar el verano en Pompeya?

—Sí. La prefiero a Bayas[15]. Reconozco los encantos de esta última, pero me disgustan los pedantes que viven allí y que parecen valorar el placer a peso de dracma.

—Sin embargo, tú también gustas de la gente instruida; por lo que a la poesía se refiere, tu país con sus Esquilos y sus Homeros[16], la épica y el drama, es más que elocuente.

—Sí, pero los romanos que imitan a mis antepasados atenienses lo hacen todo excesivamente pesado. Incluso en las cacerías disponen que sus esclavos lleven a Platón con ellos[17]. Y cuando pierden un jabalí, sacan sus libros y sus pergaminos para no perder también el tiempo. Cuando las danzarinas nadan ante ellos con toda la sensualidad que exige la moda persa, algún pelmazo manumitido, con rostro como una piedra, les lee algún

párrafo del De *Officiis,* de Cicerón[18]. ¡Inexpertos boticarios…! El placer y el estudio no deben mezclarse nunca, sino ser gozados separadamente. Los romanos se pierden ambas cosas por su inclinación a un refinamiento pragmático, demostrando que carecen de espíritu suficiente para una cosa y otra. Oh, amigo Clodio, ¡qué poco saben tus compatriotas de la verdadera versatilidad de Pericles y de la indiscutible brujería de Aspasia[19]! Hace pocos días fui a visitar a Plinio[20]. Estaba en su casa de veraneo escribiendo, mientras un infeliz esclavo tocaba la tibia. Su sobrino (¡oh, cómo me cargan esos filosofastros engreídos!) estaba leyendo la descripción de Tucídides dela epidemia[21] y meneaba su pequeña cabeza al ritmo de la música, mientras sus labios repetían los repugnantes detalles de las terribles páginas. El cachorrillo no veía incongruencia alguna en seguir al mismo tiempo una canción de amor y la narración de una peste.

—Son dos cosas muy parecidas —opinó Clodio.

—Eso es lo que yo le dije para excusar su petulancia. Pero el jovenzuelo me miró con disgusto a los ojos, sin entender el chiste y replicó que simplemente dejaba que su insensato oído gozase de la música como le viniese en gana, mientras el libro (la descripción de la peste, fíjate) le elevaba el corazón. «Ah —exclamó entonces su gordo tío, resoplando—, mi chico es todo un ateniense, siempre mezclando lo *utile* con lo *dulce*[22].» ¡Oh, Minerva, cómo tuve que ocultar mi risa! Mientras estaba allí vinieron a comunicar al joven sofista que su liberto favorito acababa de morir de unas fiebres. «Inexorable muerte —exclamó—. Traedme mi Horacio. Cuán bellamente nos consuela el dulce poeta en estos desgraciados momentos.» Oh, ¿pueden estos hombres amar, Clodio? No, ni siquiera con los sentidos. Qué raro es encontrar un romano que tenga corazón. Por lo general, son un simple mecanismo al servicio de un presunto genio que para convertirse en realidad necesita carne y huesos.

Así hablando, sus pasos se detuvieron ante una multitud apiñada alrededor de un espacio abierto en el que confluían tres calles, y allí, justo en los pórticos, a los que daba sombra un grácil y esbelto templo, había una jovencita con una cesta de flores en su brazo derecho y un pequeño instrumento musical de tres cuerdas en su mano izquierda, al compás de cuya tonadilla, lenta y suave, la niña recitaba una canción selvática, de

origen extranjero. En las pausas musicales balanceaba con indiscutible gracia su cesta de flores, incitando a los desocupados a que las comprasen, y más de un sestercio cayó sobre la canasta, ya fuese para recompensar su habilidad musical o por simple compasión hacia la cantante, que… era ciega.

—Es mi pobre tesalia[23] —dijo Glauco, deteniéndose—. No la había visto desde mi llegada a Pompeya. Silencio, qué voz tan dulce. Oigámosla.

La canción de la joven florista ciega

¡Comprad mis flores…, por favor, compradlas…!
Viene de lejos esta pobre ciega;
si es cierto que tan noble es esta tierra,
sabed que estas flores son sus hijas.
¿No veis acaso su belleza en ellas
y que el frescor de su regazo guardan
porque las recogí dormidas apenas
de entre sus brazos aún no hace una hora
con el aliento que en su aroma queda,
un aroma tan suave y delicado
que aún flota sobre ellas con terneza?

El beso permanece entre sus labios
y la humedad aún resta en sus mejillas,
porque la tierra madre llora y llora,
(de noche y día sus criaturas cuida
con corazón de amor apasionado)
para ver cómo todo medra y brilla.
Por amor vive en llanto y en afanes
y el rocío es su lágrima más íntima
que mana de su pozo de alegría.

II

Si tenéis una vida luminosa,
donde el amor en el amor se goza,
el hogar de los ciegos es de sombra
y las cosas son voces misteriosas.

Y como todo lo que había en sombras,
yo navego en los ríos de mi miedo.
En vano espero a que la noche acabe
y se disipe en mí su negro aliento.
Sedienta estoy de amor que pueda verse,
mas si extiendo mis brazos los estrecho
de nuevo sobre mí, turbio vacío:
lo vivo es tan sólo un nombre muerto.

Venid, compradlas todas, sí, compradlas.
Oíd el suspirar que aún las penetra
(pues ellas tienen voz como la nuestra).
Ya acaba la canción de vuestra ciega
y se ajan mis rosas con tristeza,
los pétalos que sin cesar proclaman:

—Somos las tiernas hijas de la tierra
y huimos de esta niña de ojos muertos,
de las manos calladas de esta ciega,
pues la noche no sabe de alegría
y deseamos ojos que nos vean:
gozaremos del día en vuestros ojos…
Oh, compradme estas flores que aún me quedan…

—Quiero un ramillete de violetas, dulce Nydia —dijo Glauco, abriéndose paso entre la gente y echando un puñado de monedas en la cesta —. Tu voz es más encantadora que nunca.

La joven ciega avanzó al oír la voz del ateniense; después se detuvo y su cuello, sus mejillas y sus sienes enrojecieron repentinamente.

—O sea, que has vuelto —musitó en voz baja, y después repitió para sí —: Glauco ha regresado.

—Sí, pequeña. He llegado a Pompeya hace muy pocos días y mi jardín necesita, como antes, de tus cuidados. Confío en que mañana vengas a verlo. Y ten bien en cuenta que en mi casa sólo las manos de la bella Nydia tejerán guirnaldas.

Nydia sonrió con alegría, pero no dijo nada. Y Glauco, colocando sobre su pecho las violetas que había elegido pasó de nuevo entre la multitud, con aire alegre y libre de cuidado.

—¿Entonces, esta niña es una especie de cliente[24] tuyo? —preguntó Clodio.

—Sí. ¿No te parece que canta estupendamente? Esta pobre esclava me interesa. Además, se encuentra muy lejos del monte de los dioses, el Olimpo[25], que la observó ceñudo ya en la cuna; ella es de Tesalia.

—La tierra de las brujas.

—Es cierto. En mi opinión, toda mujer es una bruja; por Venus, aquí, en Pompeya, se respira en el aire una especie de filtro amoroso tan agradable que obliga a mis ojos a fijarse en todos los rostros que no tienen barba.

—Pues mira, ahí va una de las más bellas de Pompeya… La hija del viejo Diomedes, la rica Julia —dijo Clodio, al distinguir la figura de una joven con la cara cubierta por un velo, que se acercaba en compañía de dos esclavas, en dirección a las termas.

—¡Bella Julia, te saludo! —exclamó Clodio.

Julia se levantó en parte el velo, con cierta coquetería, para dejar al descubierto un típico perfil romano, unos ojos oscuros y deslumbrantes y unas mejillas de color oliváceo, maquilladas con pericia hasta convertirlas en algo tan suave y coloreado como una rosa.

—Veo que también Glauco ha regresado —exclamó ella, lanzando una mirada provocativa al ateniense—. ¿Acaso ha olvidado —añadió con un susurro— a sus amigos del año pasado?

—Hermosa Julia, hasta el mismísimo Leteo[26], cuando desaparece en una parte del mundo, vuelve a aparecer en otra. Júpiter tan sólo nos permite olvidar durante unos instantes, pero Venus, más exigen-te, nos impide hasta un segundo de olvido.

—A Glauco nunca le faltan buenas palabras.

—¿Y a quién podrían faltar cuando el objeto al que se refieren es tan bello?

—Pronto os veremos a los dos en la villa de mi padre —añadió Julia, volviéndose hacia Clodio.

—Marcaremos el día de esa visita con una piedra blanca —contestó el deportivo ateniense.

Julia dejó caer completamente su velo, de modo que su mirada se detuvo en el griego, con fingida timidez y real osadía. Sus ojos hablaban de ternura y de reproche.

Después los amigos se separaron.

—El año pasado debiste hacer tu declaración en tono más cálido y entusiasta.

—Es verdad. Quedé deslumbrado a primera vista y tomé por una joya lo que era tan sólo una simple imitación.

—Bah…, en el fondo, todas las mujeres son iguales. Feliz aquel que puede casarse con una cara bonita y una buena dote. ¿Qué más se puede pedir?

Glauco suspiró.

Estaban ahora en una calle menos frecuentada que las restantes y al final de ella se podía contemplar un amplio pedazo de bellísimo mar, que en aquellas costas privilegiadas parecía haber renunciado a sus prerrogativas de terror, tan suaves y quebradizos semejaban los vientos que ondulaban su pecho, tan brillantes y varios los tonos que robaba a las rosáceas nubes, tan fragantes los perfumes que las brisas tomaban de la tierra para esparcirlos sobre sus profundidades. De un mar como aquel resultaba lógico creer que había surgido Afrodita[27] para tomar posesión de la tierra.

—Es demasiado temprano para tomar un baño —dijo el griego, que era un ser vulnerable a cualquier tipo de incitación poética—. Vamos a pasear por la populosa ciudad y regresemos a mediodía a ver de nuevo si sigue sonriéndonos con su oleaje.

—De mil amores —convino Clodio—. Vayamos también a la bahía, que siempre es la parte de la ciudad más animada.

Pompeya era una miniatura de la civilización de la época. Dentro del angosto recinto que rodeaba sus murallas existía un ejemplo de cada una de las dádivas que el lujo ofrecía a los que gozaban del poder. En sus pequeñas y deslumbrantes tiendas, sus pequeños palacios, sus termas, su foro, su teatro, su circo, en la energía —mal que pesase a la molicie— y en el refinamiento —no exento de vicio— de sus habitantes se podía contemplar un modelo casi exacto de todo el imperio. Era como una especie de juguete, un entretenimiento, una caja-muestrario, en la que los dioses parecían complacerse para eternizar el modelo de la monarquía más grande de la tierra y preservarlo después del tiempo como regalo sorprendente para la posteridad y justificación de la lección moral de que no hay nada nuevo bajo el sol.

Ancladas en la bahía, se distinguía una gran cantidad de naves mercantes y también doradas galeras de placer de los ciudadanos ricos. Las barcas de los pescadores se deslizaban de aquí allá, con rapidez, y a lo lejos podían verse los mástiles de la flota, bajo el mando de Plinio. Junto a la orilla se sentaba un siciliano que, con gestos vehementes y muecas expresivas, contaba a un grupo de pescadores y campesinos una extraña aventura ocurrida entre unos marineros náufragos y unos amistosos delfines. Exactamente igual a como hoy se puede oír ese tipo de narraciones en la vecindad de Pompeya o en el muelle de Nápoles.

Separando a su amigo de la multitud, el griego dirigió sus pasos a un tramo solitario de la playa y ambos se sentaron sobre una roca que surgía en medio de los pulidos guijarros e inhalaron la voluptuosa y fresca brisa que semejaba danzar sobre las aguas e invitarlos a un silencioso ensoñamiento. Clodio, protegiéndose con la mano del cálido resplandor del firmamento, se dedicó a calcular sus ganancias de la anterior semana, mientras el griego, apoyándose sobre una de sus manos y sin buscar protección alguna del sol —que en su patria era una deidad tutelar—, con cuyo fluyente resplandor poético y su alegría y su amor se identificaba, guardándolos dentro de sus venas, extendía la vista sobre el amplio horizonte y envidiaba quizá el aliento de aquellas brisas que llegarían volando hasta la costa de Grecia.

—Dime, Clodio —preguntó al fin el griego—. ¿Has estado enamorado alguna vez?

—Sí, muchas.

—Quien se ha enamorado muchas veces no ha amado nunca —contestó Glauco—. Sólo hay un Eros[28], aunque existen muchas imitaciones de su persona.

—En conjunto, tampoco las imitaciones son malos dioses —comentó Clodio.

—Estoy de acuerdo —replicó el griego—. Yo adoro incluso hasta la sombra del amor. Pero más que a ella, me amo a mí mismo.

—¿Quiere decir eso que estás sincera y honestamente enamorado? ¿Experimentas ese sentimiento del que habla el poeta, una tendencia que nos hace olvidar nuestras cenas, que elimina el goce en el teatro y que nos induce a escribir elegías? Jamás lo hubiese dicho. Lo disimulas muy bien.

—Todo eso lo tengo ya superado —comentó Glauco, sonriendo—. Me limito a decir con Tibulo[29]:

Aquel que está gobernado por el amor,
por donde quiera que vaya, camina a salvo y es sagrado.

En realidad, no estoy enamorado, pero podría estarlo si tuviese ocasión de contemplar el objeto de mi amor. Eros puede encender su antorcha, pero nada se logra si sus sacerdotes se niegan a suministrar aceite.

—¿Intento adivinar quién es la persona que podría enamorarte? ¿No se trata de la hija de Diomedes? Ella te adora y no se preocupa de ocultarlo, y, por Hércules[30], no me cansaré de repetir que es a la vez hermosa y rica. Podría cubrir los pilares de la puerta de su marido con láminas de oro.

—No, no me seduce la idea de venderme a mí mismo. La hija de Diomedes es bella, lo concedo, y hubo un tiempo en que fue la hija de un liberto. Entonces hubiese podido… Pero, no. Lleva toda su belleza en la cara, sus modales no son los propios de una doncella y su pensamiento sólo conoce aquello que le produce placer.

—Eres un ingrato. ¿Quién es la afortunada joven?

—Escucha, querido Clodio. Hace ya varios meses me encontraba en Neápolis[31], ciudad muy querida en mi corazón porque aún mantiene las costumbres y el sello de su Grecia de origen y que hoy merece el nombre de

Parténope[32], por su brisa deliciosa y sus hermosas costas. Un día entré en el templo de Minerva para ofrecer mis oraciones, no tanto para provecho propio como para la ciudad en la que la diosa Palas[33] ya no sonríe. El templo estaba vacío y abandonado. Los recuerdos de Atenas me asaltaron en seguida y comenzaron a diluirse en mi sangre. Creí estar aún solo en el templo, me apliqué devotamente a mis oraciones, que me subían del corazón a los labios, y lloré mientras rezaba. En medio de mi recogimiento me sentí sobrecogido por un profundo suspiro; me volví de pronto y, justo detrás de mí, había una mujer. Se había quitado el velo para rezar, y cuando nuestros ojos se encontraron noté que un rayo celestial surgía de aquellas oscuras y sonrientes órbitas y penetraba en lo más recóndito de mi alma. Nunca, querido Clodio, he visto un rostro mortal tan exquisitamente conformado. Una cierta melancolía suavizaba y exaltaba su expresión, aquel *algo* inexplicable que semeja aflorar del alma y que nuestros escultores han atribuido al rostro de Psique[34] le otorgaba una belleza aún no sé si divina o humana. Las lágrimas brotaban de sus ojos. Inmediatamente me di cuenta de que su linaje era ateniense, y en mi oración por Atenas su corazón se correspondía con el mío. Me dirigí a ella con voz entrecortada: «Eres ateniense —dije—, ¿verdad, hermosa virgen?» Al escuchar mi voz enrojeció e intentó cubrirse con el velo parte del rostro. «Las cenizas de mis padres reposan en las aguas del Iliso[35] —contestó—. Nací en Neápolis, pero mi corazón y mi estirpe es ateniense.» «Entonces —propuse—, podríamos ofrecer juntos nuestras oraciones.» Como en aquel preciso instante apareció un sacerdote, nos colocamos uno junto al otro y seguimos ambos el ceremonial que él nos indicaba; juntos tocamos las rodillas de la diosa, juntos ofrecimos nuestras guirnaldas de olivo ante el altar. Yo sentía en su compañía una extraña emoción y una ternura casi divina. Éramos dos extraños, alejados de su tierra en decadencia y nos hallábamos juntos y solos en el templo de la deidad de nuestra patria: ¿no resultaba, pues, normal que mi corazón suspirase por mi compatriota, como con toda seguridad podía llamarla? Se me antojó que la conocía desde hacía años y que aquel sencillo ritual estrechaba, como por milagro, nuestros afectos y magnificaba el poco tiempo que nos conocíamos. Abandonamos en silencio el templo y estaba a punto de preguntarle dónde vivía y si me sería posible

visitarla, cuando un joven en cuyas facciones descubrí rasgos de parentesco con las de la muchacha y que estaba de pie en los escalones del templo la tomó de la mano. Ella se volvió y me dijo adiós. El gentío nos separó y nunca volví a verla. Al llegar a casa encontré unas cartas que me obligaron a salir hacia Atenas, porque unos parientes me amenazaban con un litigio concerniente a mi herencia. Cuando aquel proceso concluyó felizmente, regresé una vez más a Neápolis. Realicé investigaciones en toda la ciudad, pero no pude descubrir ni rastro de mi compatriota perdida, y en la esperanza de poder olvidarme de aquella hermosa aparición, sumergiéndome en un ambiente de alegría desbordante y lujo, vine a Pompeya. Ésta es mi historia. No estoy enamorado, pero sí recuerdo y lamento cosas.

Cuando Clodio se disponía a contestar, oyeron pasos lentos y firmes acercándose a ellos, y al distinguir su sonido sobre los guijarros ambos se volvieron y reconocieron al recién llegado.

Se trataba de un hombre que apenas había rebasado los cuarenta años, de alta estatura y de complexión nerviosa y fuerte. Su piel, oscura y bronceada, denunciaba su origen egipcio; había en sus facciones un trazo griego (especialmente en la barbilla, los labios y la frente), a excepción de su nariz, elevada y aquilina, y su osamenta, dura y bien visible, impedía distinguir el contorno flexible y onduloso que ofrecen en la fisonomía griega, incluso en la madurez, las redondas y delicadas curvas de la juventud. Sus ojos eran negros y profundos, como la noche más oscura, y brillaban con un destello continuado y de relativa intensidad. Una calma profunda, reflexiva y algo melancólica, aparecía siempre inalterada en su mayestática e imperativa mirada. Su paso y su rostro, que poseían serenidad, distinción y un cierto extranjerismo en su modo de conducirse, junto con los sobrios tonos de su vestimenta, de amplio vuelo, añadían aún más dignidad a su reposada compostura y su distinguido aspecto. Ambos jóvenes, después de saludar al recién llegado, hicieron mecánicamente y poniendo gran cuidado en que él no se enterara unos ligeros gestos con los dedos, porque a Arbaces, el egipcio, se le suponía en posesión del fatal don del mal de ojo.

—Debe ser, en verdad, una escena hermosa —dijo Arbaces, con su habitual sonrisa fría y cortés— la que aleja a Clodio y a Glauco, los alegres admiradores jóvenes, de las vías más concurridas de la ciudad.

—¿Acaso la naturaleza acostumbra a ser poco atractiva?

—Para la juventud disipada, sí.

—He ahí una respuesta tan juiciosa como inexacta. El placer goza con los contrastes. Es la disipación lo que nos enseña a disfrutar dela soledad, y la soledad, de la disipación.

—Así piensan los jóvenes filósofos del Jardín[36] —replicó el egipcio—. Confunden la holgazanería con la meditación e imaginan que por estar hartos de los demás gozan con la soledad. Pero en ninguno de sus hastiados corazones puede la naturaleza despertar el entusiasmo por la inexpresable belleza que emana de su casta intimidad. Ella te exige no una pasión abrumadora, pero sí todo el fervor mediante el cual puedes llegar a una liberación espiritual, adorándola. Cuando, oh joven ateniense, la luna se reveló a sí misma, en visiones luminosas a Endimión[37], éste no captó su verdad hasta el día siguiente, y no entre el febril bullicio de los antros humanos, sino en las solitarias montañas y en los silenciosos valles por los que suele caminar el cazador

—¡Hermosa comparación —exclamó Glauco—, aunque totalmente errónea en su aplicación! ¡Pasión abrumadora! Estas palabras tienen significado para los hombres maduros, nunca para los jóvenes. Yo, al menos, jamás he conocido un solo momento lo que es la saciedad.

El egipcio sonrió de nuevo, esta vez con frialdad y desazón tales, que el propio Clodio, a pesar de su total falta de imaginación, permaneció helado ante él. No obstante, se abstuvo de contestar a las apasionadas palabras de Glauco. Tras un breve silencio, se limitó a decir:

—De cualquier forma, es bueno disfrutar de cada uno de nuestros instantes mientras la vida nos sonríe. La rosa se agosta con rapidez y su aroma se diluye en el viento. Y a nosotros, oh Glauco, extranjeros en esta tierra y lejos de las cenizas de nuestros antepasados, ¿qué nos resta de todo lo que podemos lamentarnos o gozar? Digamos, en razón de nuestra edad, yo lamentarme y tú disfrutar…

La refulgente mirada del griego se nubló con la humedad de sus lágrimas.

—Ah, Arbaces —exclamó—, no hables de nuestros, antecesores. Pensemos que han existido otras libertades y grandezas que las de Roma. Y también más gloriosas excelsitudes. Pero en vano intento evocar a nuestros fantasmas de Maratón y de las Termópilas[38].

—Tu corazón desmiente tus palabras —replicó el egipcio—. En esta noche serena y jubilosa pensarás más en Leoena[39] que en Lais[40]. *Vale*.

Tras pronunciar estas palabras, ciñó su ropa al cuerpo y se alejó lentamente.

—Respiro más a gusto —dijo Clodio—. Al imitar a esos egipcios no hacemos otra cosa que introducir un esqueleto en nuestras fiestas. La presencia de un egipcio como ése cuya sombra se aleja es un espectro capaz de avinagrar las más dulces uvas de Falerno[41].

—Es un hombre extraño —musitó Glauco, un tanto pensativo—. Aunque parezca haber muerto ya para el placer y manifieste indiferencia hacia todas las cosas de este mundo, sin duda se contradice o su hogar y su corazón no serían famosos por el escándalo.

—Se rumorea que en su lúgubre mansión hay otras orgías que las propias del culto a Osiris. Dicen también que es muy rico. ¿No podríamos atraerle hacia nosotros para enseñarle los encantos de los dados? ¡Placer de placeres, fiebre de esperanza y de temor, inexpresable emoción pura, eso eres tú, oh juego!

—Inspirado, muy inspirado —exclamó Glauco, riendo—. Los oráculos se manifiestan poéticamente en boca de Clodio. ¿Cuál será el próximo milagro?

Capítulo III

El linaje de Glauco. — Descripción de una casa de Pompeya. — Un festín clásico

El cielo había otorgado a Glauco todas sus bendiciones, excepto una: le había dado belleza, salud, dinero, genio, estirpe ilustre, un corazón de fuego e inspiración poética, pero le había negado la herencia de la libertad. Nacido en Atenas, era súbdito de Roma. Joven heredero de una considerable fortuna, había satisfecho su inclinación a viajar, tan peculiar de los jóvenes, y había bebido hasta las heces de la copa embriagadora del placer, entre los atractivos lujos de la corte imperial.

Era un Alcibíades sin ambición[42]. Como poseía imaginación, dinero y talento, se convirtió en lo que debía ser, al carecer de anhelos de gloria. Su casa de Roma fue refugio de juerguistas, pero también delos amantes del

arte, y los escultores de Grecia se recreaban en su trabajo de adornar los pórticos y las exedras de un ateniense. Su refugio de Pompeya, ay, ha perdido hoy su color, sus paredes, repletas de pinturas, el máximo exponente de su belleza y la gracia de su ornamentación y de su acabado. Todo ha desaparecido. Sin embargo, cuando por primera vez fue abierta a la gente, qué elogios, qué asombro produjo en todos por su minuciosa y espléndida decoración, por sus pinturas, por sus mosaicos… Enamorado con pasión de la poesía y del drama, que recordaba a Glauco el talento y el heroísmo de su raza, aquella preciosa mansión fue escenario de representaciones de Esquilo y de Homero. Y los anticuarios, que reducen el buen gusto a un objeto de comercio, enmiendan la plana a los profesores, e incluso (aunque hoy se reconozca ya el error) dictan la moda artística, llamaron desde el principio a la casa resucitada del ateniense Glauco con el equívoco nombre de «Casa del Poeta Dramático».

Antes de iniciar la descripción de esta casa, es conveniente proporcionar al lector una idea general de cómo eran las mansiones de Pompeya, ya que, como se verá, responden casi exactamente a los planos trazados por Vitrubio[43]. Pero era tan grande la diferencia de detalles que entre ellas había, ya fuese por capricho o gusto de sus propietarios —cosa lógica, por tratarse de seres humanos, aunque tal punto siempre haya confundido a los anticuarios—, que trataremos de hacer una descripción de estas moradas, de forma sencilla, clara y lo menos pedante que sea posible.

Normalmente, se penetraba en ellas por una reducida entrada-pasillo (llamado *vestibulum),* que iba a dar a un recibidor, en ocasiones ornado con columnas, y las más de las veces, sin ellas; alrededor de este recibidor se hallaban las puertas que comunicaban con varios dormitorios[44] (entre ellos, el del portero), los mejores de los cuales se reservaban para las visitas procedentes del campo. Al final de este recibidor, a ambos lados, izquierda y derecha, si la casa era grande, había dos pequeños entrantes que no merecían ser considerados como dormitorios, dedicados por lo general a las mujeres de la casa; en el centro del pavimento de mosaico del recibidor había siempre un depósito cuadrado y poco profundo para recoger el agua de lluvia (clásicamente conocido como *impluvium),* que caía por una abertura en el techo, susceptible de cubrirse, cuando así se deseaba, con un

toldo. Junto al *impluvium,* lugar que gozaba de una peculiar santidad a los ojos de los antiguos, se encontraban colocadas (en Pompeya, más raramente que en Roma) las imágenes de los dioses familiares; el hospitalario hogar, tantas veces mencionado por los poetas romanos como consagrado a los Lares[45], estaba constituido en Pompeya por un brasero movible; en una hornacina, situada en algún lugar ostentosamente adornado, se colocaba una gran cómoda de madera tallada, reforzada con abrazaderas de bronce o de hierro y unida con sólidos garfios a un pedestal de piedra, con tal firmeza que imposibilitaba cualquier intento de robo o de desplazarla de su lugar. Se supone que en esa cómoda estaba el cofre o caja fuerte del dueño de la casa, aunque no se ha encontrado ninguna clase de dinero en el interior de ellas —al menos, en Pompeya—, y todo parece indicar que estos muebles tenían una misión ornamental más que utilitaria.

En este recibidor (o *atrium,* por designarlo con su nombre clásico) solía recibirse a la clientela y a los visitantes de rango inferior. En las casas más respetables, un *atriensis*, o esclavo exclusivamente dedicado al servicio del recibidor, desempeñaba sus labores y era considerado por sus compañeros de esclavitud como hombre de elevado rango e importancia. El depósito central de agua debía constituir una tentación potencial considerable, pero era respetado como la pradera de un colegio y estaba prohibido acercarse a él, puesto que existía lugar suficiente para ir de un lado a otro por sus márgenes. Frente a la entrada, al otro lado del recibidor, había una sala *(tablinum),* cuyo pavimento estaba generalmente formado por mosaicos y cuyas paredes se cubrían con cuidadas pinturas. Allí solían guardarse los archivos de la familia y los derivados de los cargos públicos desempeñados por el propietario de la mansión. En un extremo de este salón —si así puede designarse— estaba el comedor, o *triclinium,* y en el otro extremo, lo que hoy llamaríamos vitrina de joyas, donde se exhibían piezas artísticas y gemas que se consideraban raras y costosas. En todas las casas, sin excepción, existía un estrecho pasillo para facilitar el paso a los esclavos sin tener que entrar en las habitaciones citadas, que comunicaban y se abrían a un patio con columnas, conocido técnicamente como peristilo. Si la casa era pequeña, sus instalaciones concluían en esta columnata, y en tal caso su parte central, aunque resultase diminuta, se ajardinaba y se adornaba con

vasos de flores, colocados en sendos pedestales; debajo de las columnas, tanto a izquierda como a derecha, se hallaban las puertas que conducían a los dormitorios, a un segundo *triclinium*, o comedor (los antiguos romanos dedicaban con frecuencia a este fin al menos dos habitaciones, una para el verano y otra para el invierno, o quizá, una para los días laborables y la segunda para los festivos), y si el propietario era hombre afecto a las letras, a un despacho o gabinete, dignificado por el nombre de biblioteca, que solía ser una pequeña habitación que contenía los escasos rollos de papiro que los antiguos consideraban como una notable colección de libros.

Como norma general, en uno de los extremos del peristilo se encontraba una cocina. Suponiendo que la casa fuese grande y no concluyese en el peristilo y, en consecuencia, éste no estuviera destinado a jardín, solía adornarse con una fuente o quizá con un estanque con peces de colores, y allí donde concluía, exactamente enfrente del *tablinum,* solía haber otro comedor, a cuyos lados estaban los dormitorios y el salón de pinturas, o *pinacotheca*[46]. Estas habitaciones comunicaban a su vez con un espacio cuadrado u ovalado, en tres de cuyos lados se alzaba una columnata, semejante a la del peristilo, aunque frecuentemente más larga. Tal lugar recibía el nombre de *viridarium,* o jardín, que se ornaba con una fuente, con estatuas y con profusión de alegres flores. Al final del mismo estaba la habitación del jardinero, ya cada uno de sus lados, bajo las columnatas, había a veces, cuando el tamaño de la familia así lo exigía, dormitorios adicionales.

En Pompeya, los segundos y terceros pisos poseían escasa importancia. Solían construirse sobre una pequeña parte de la casa y estaban destinados a ser dormitorios de los esclavos. A este respecto, las casas de Pompeya se diferenciaban de los magníficos edificios de Roma, en los que el comedor principal *(coenaculum),* solía estar en el segundo piso. Las habitaciones eran de reducido tamaño, puesto que en aquel delicioso clima de gratas temperaturas se congregaba gran número de visitantes en el peristilo (o pórtico), en el recibidor y en el jardín; también los comedores, aunque de ornamentación elaborada y aspecto cuidadosamente acicalado, eran de diminutas dimensiones, pues aquellos antiguos intelectuales eran aficionados a la relación social, pero no a las multitudes —raramente

invitaban a su mesa a más de nueve personas a la vez—, de modo que los grandes comedores, tan necesarios para nosotros, carecían de objeto para ellos[47].

La vista de todas aquellas habitaciones, que se abría desde la entrada, debía producir un efecto impresionante; se distinguían al mismo tiempo el recibidor, bellamente pavimentado y pintado —el *tablinum*—, el grácil peristilo, y si la casa se extendía más allá, el comedor y el jardín, que cerraba la perspectiva con alguna de sus atractivas fuentes o estatuas de mármol.

El lector posee ahora una aceptable idea de lo que fueron las casas de Pompeya, parecidas en ciertos aspectos a las griegas, pero con el marchamo típico de la arquitectura doméstica romana. Casi en cada una de las casas había alguna diferencia en detalles con las demás, pero la norma esencial de su distribución era común a todas. El recibidor, el *tablinum* y el *peristilo* comunicaban entre sí siempre, y la calidad de las pinturas que decoraban sus paredes era similar y delataba la evidencia de unas gentes dadas a los refinamientos elegantes de la vida. La pureza del gusto de los pompeyanos en materia decorativa es, no obstante, discutible. Les agradaban los colores brillantes y los más fantásticos diseños; con frecuencia, pintaban la mitad inferior de sus columnas de rojo intenso, dejando el resto sin decorar, y cuando el jardín era pequeño, sus paredes eran coloreadas de forma que la vista se engañase acerca de sus dimensiones, y se ornaban con figuras que imitaban pájaros, árboles, templos, etc., y otorgaban distinta perspectiva al recinto (una falsa ilusión, a la que acudió, en su ingenua pedantería, el propio Plinio, que se mostraba orgulloso de tan despreciable recurso).

La casa de Glauco era una de las más pequeñas y, a la vez, de las mejor acondicionadas y decoradas, entre todas las de Pompeya. Serviría de modelo en nuestros días como casa ideal «para un soltero de Mayfair», envidia y desesperación de célibes aficionados a la taracea y a la marquetería. Se entraba en ella por un largo y estrecho vestíbulo, en cuyo suelo se distinguía la figura de un perro elaborada en mosaico, con la bien conocida inscripción de *Cave canem* («Cuidado con el perro»). A cada uno de los lados había una habitación de dimensiones considerables, y como la parte interior de la casa no tenía la suficiente extensión para contener las

dos grandes zonas de habitaciones públicas y privadas, estos dos aposentos se reservaban para recibir las visitas que ni por rango ni amistad podían aspirar a ser admitidas en el interior de la mansión.

Más allá del vestíbulo aparecía el *atrium,* que cuando fue descubierto mostró su riqueza pictórica, que en *point d'expresion*[48] no habría disgustado a Rafael[49]. Hoy puede ser admirada en el Museo Napolitano, a donde fue trasladada y despierta aún la admiración de los expertos. Las pinturas representan la despedida de Aquiles y Briseida[50]. ¿Quién no es capaz de reconocer la fuerza, el vigor, la belleza en la delineación de las figuras y los rostros de Aquiles y su inmortal esclavo?

A un lado del atrio, una pequeña escalera conducía a las habitaciones de los esclavos, en el segundo piso, y también allí había dos o tres pequeños dormitorios, en cuyas paredes estaban pintados el rapto de Europa, la batalla de las Amazonas, etc.

Al penetrar en el *tablinum,* se pueden ver a cada lado ricos tapices decorados con púrpura de Tiro a medio correr[51]. Y en sus paredes, el retrato de un poeta leyendo sus versos a sus amigos; en el suelo se distingue un pequeño y exquisito mosaico, en el que un director de escena da instrucciones a sus comediantes.

Tras pasar por esta pequeña sala se llega al peristilo, y aquí (como antes he hecho constar en relación con las casas más pequeñas de Pompeya) concluye la mansión. De cada una de las siete columnas que ornan este patio cuelgan festones y guirnaldas, y su parte central asume la función de jardín, en el que surgen las más exóticas flores que, una vez cortadas, se introducen en vasos de mármol blanco encima de pedestales. A mano izquierda de este pequeño jardín hay un templo en miniatura, semejante a las diminutas capillas colocadas junto a los caminos en los países católicos[52], y dedicado a los dioses Penates; frente a él puede verse un trípode de bronce; a la izquierda de la columnata hay dos pequeños cubículos o dormitorios, y a la derecha está el *triclinium,* donde se encuentran agrupados ahora los convidados.

Esta habitación es conocida entre los anticuarios de Nápoles como «el dormitorio de Leda»[53], y en la hermosa obra de *sir* William Gell, el lector encontrará un grabado de aquel delicadísimo y grácil dibujo de Leda,

presentando a su hijo recién nacido a su esposo, y de la cual esta habitación recibe su nombre. Esta encantadora estancia se abre frente al fragante jardín. Alrededor de una mesa de madera de citrea[54], muy bien pulimentada y delicadamente tallada con arabescos de plata, hay colocados tres divanes, mucho más abundantes en Pompeya que las sillas semicirculares, que más tarde se pusieron de moda en Roma. Y sobre estos tres divanes de bronce, con adornos de metales más ricos, se distinguen espesas colchas cubiertas de caprichosos bordados, que ceden muellemente a cualquier clase de presión.

—Bueno, hay que reconocer —dijo el edil[55] Pansa— que tu casa, aunque apenas mayor que una casa para guardar alfileres, es una joya en su género. ¡Qué bellamente pintada está esa despedida de Aquiles y Briseida!… ¡Qué gran estilo!… ¡Qué cabezas!… ¡Qué joya!…

—Una alabanza de Pansa en un tema como éste es muy valioso —dijo Clodio, con seriedad—. Pienso en las pinturas de *sus* paredes… Ah, cómo se nota allí la mano de un Zeuxis[56].

—Me halagas, querido Clodio, en verdad me halagas —replicó el edil, que era famoso en toda Pompeya por poseer las peores pinturas del mundo, ya que su patriotismo le impedía proteger a todo artista que no fuese pompeyano—. Me halagas, pero hay en ellas gran belleza —por *Aedepol,* si…[57]— en los colores, y no hablemos de la composición… Y en la cocina, amigos míos…, la cocina era mi gran preocupación.

—¿Qué representa? —preguntó Glauco—. No he visto nunca tu cocina, aunque puedo dar testimonio de la excelencia del queso que en ella produces.

—A un cocinero, amigo ateniense, un cocinero sacrificando los trofeos propios del oficio sobre el altar de Vesta[58], con una hermosa morena (de tamaño natural) sobre un asador al fondo… Hay algo innovador en todo ello.

En aquel instante aparecieron los esclavos con una bandeja que contenía el aperitivo inicial de la cena. Además de deliciosos higos, hierbas frescas conservadas entre nieve, anchoas y huevos, sirvieron pequeñas copas de vino aguado, mezclado con abundante miel. Todo ello fue colocado sobre la mesa, mientras jóvenes esclavos pasaban alrededor de ella, y pasaban a

cada uno de los cinco invitados (pues no había más) el recipiente de plata con agua perfumada y servilletas bordadas con un fleco rojo. Pero el presuntuoso edil extrajo su propia servilleta, que no era ciertamente de lino tan delicado, pero sí tenía una franja el doble de ancha, y se secó las manos con aire de un hombre que se considera digno de ser admirado.

—Tienes una espléndida *mappa*[59] —dijo Clodio—. Su franja es casi tan ancha como un cinto.

—Una menudencia, una menudencia… Me han dicho que esta franja es la última moda en Roma. Pero Glauco entiende de estas cosas más que yo.

—¡Senos propicios, oh Baco! —exclamó Glauco, inclinándose con reverencia ante la bella imagen del dios colocada en el centro de la mesa, en cuyos extremos estaban los Lares y los saleros.

Los comensales compartieron la oración y después rociaron convino la mesa y procedieron a las acostumbradas libaciones. Una vez concluyeron el ritual, se reclinaron sobre los divanes y dieron comienzo a lo que les había reunido allí.

—Sea esta mi última copa —dijo el joven Salustio, cuando la mesa, limpia ya de los primeros estimulantes, aparecía repleta de la parte más sustancial del convite y el esclavo escanciador llenaba su copa hasta los bordes de un aromático vino rojo—, que sea mi última copa si no es éste el mejor vino que he bebido en Pompeya.

—Traed otra ánfora —ordenó Glauco—. Y fijaos en su fecha y en su procedencia.

Uno de los esclavos se apresuró a decir que la etiqueta unida al tapón de corcho señalaba que el vino era oriundo de Quíos[60] y que su cosecha se remontaba a cincuenta años.

—Cuán deliciosamente lo ha enfriado la nieve —comentó Pansa—. Está en su punto exacto.

—Es como la experiencia de un hombre que enfría sus pasiones lo suficiente para doblar su placer —exclamó Salustio.

—Es como el «no» de una mujer —añadió Glauco—, que enfría y a la vez inflama más.

—¿Cuándo va a tener lugar la próxima pelea entre animales salvajes? —preguntó Clodio a Pansa.

—Está fijada para el noveno idus de agosto —replicó Pansa—, el día siguiente a la Vulcanalis[61]. Tenemos preparado para la ocasión un precioso león joven.

—¿A quién echaremos para que se lo coma? —inquirió Clodio—. Hay ahora tal escasez de criminales… No tienes más remedio que encontrar a algún inocente para condenarlo al león, Pansa.

—Sí, últimamente he pensado muy en serio sobre ello —replicó el edil, con gravedad—. Fue una ley infamante la que prohibió que enviásemos a nuestros esclavos a enfrentarse con las fieras salvajes. Eso es impedir que hagamos lo que se nos antoje con lo que es nuestro y que yo califico como una limitación del derecho de propiedad.

—No sucedía lo mismo en los viejos tiempos de la República —suspiró Salustio.

—A fin de cuentas, esa pretendida tolerancia hacia los esclavos no hace otra cosa que redundar en el desencanto de los más pobres… Con lo que les gusta ver una cruel batalla entre un hombre y un león; y ese inocente entretenimiento pueden perderlo (si los dioses no nos envían pronto a un buen criminal), gracias a esa maldita ley.

—¿Qué política puede haber peor —preguntó Clodio solemnemente— que la de interferir en los varoniles entretenimientos del pueblo?

—Bueno…, gracias a Júpiter[62] y a los Hados[63], no tenemos ahora un Nerón —concedió Salustio.

—Fue ciertamente un tirano; llegó a cerrar nuestros anfiteatros durante diez años.

—Aún me pregunto cómo no provocó una rebelión —opinó Salustio.

—Estuvo a punto de hacerlo —afirmó Pansa, con la boca llena de carne de jabalí.

La conversación quedó interrumpida unos instantes por un sonido de flautas, mientras dos esclavos aparecieron llevando entrambos una sola bandeja.

—Ah, ¿qué delicada sorpresa nos has preparado para este momento, querido Glauco? —exclamó el joven Salustio, con mirada febril.

Salustio tenía sólo veinticuatro años y para él no había mayor placer —quizá estaba ya saciado de todos los demás— que la comida. Sin embargo,

poseía talento y, hasta donde era lícito pedir, un buen corazón.

—Por Pólux que me es familiar su cara —gritó Pansa—. Es un cabrito de Ambracia[64]. Oh (hizo sonar los dedos de una mano para llamar la atención de los esclavos), debemos preparar una nueva libación en honor al recién llegado.

—Esperaba —dijo Glauco, en tono melancólico— haber podido ofreceros unas ostras de Bretaña. Pero los vientos que tan crueles fueron con César me han impedido servíroslas.

—¿Son tan exquisitas como dicen? —preguntó Lépido, aflojándose aún más su túnica, desprovista de cinto, con golosa anticipación.

—Sí, imagino que es la distancia lo que les presta sabor; sin embargo, carecen de la exquisitez de las de Brundusium[65]. Pero en Romano hay cena completa sin contar con ellas.

—Los pobres britones… Después de todo, hay algo que saben hacer bien —terció Salustio—. Saben producir una ostra.

—Yo preferiría que fabricasen un gladiador —se lamentó el edil, cuya preclara mente se aferraba a las necesidades del anfiteatro.

—Por Palas —gritó Glauco a su esclavo favorito mientras coronaba el torrente de sus guedejas con una nueva guirnalda—. A mí me agradan esos brutales espectáculos cuando luchan bestias contra bestias, pero cuando un hombre de carne y hueso, como nosotros, es colocado fríamente en la arena y desgarrado miembro a miembro, el juego se me antoja horrible: enfermo, pierdo el aliento…, deseo lanzarme a defenderlo. Los gritos del populacho me parecen aún más repulsivos que las voces de las Furias persiguiendo a Orestes[66]. Me alegra, por tanto, que haya tan escasas probabilidades de presenciar una exhibición tan sangrienta en la próxima función.

El edil se encogió de hombros. El joven Salustio, a quien se suponía que era el hombre más bondadoso de Pompeya, le miró sorprendido. El agraciado Lépido, que hablaba en contadas ocasiones por temor a que sus facciones se desfigurasen, dijo:

—Hercle![67]

El parásito Clodio exclamó:

—Aedepol!

Y el sexto convidado, que era la sombra de Clodio y cuyo deber era hacerse eco de lo que dijese su amigo, más rico que él, cuando no adularle con descaro —de parásito a parásito—, exclamó también:

—Aedepol!

—Mirad, vosotros, los italianos, estáis acostumbrados a estos espectáculos; los griegos somos más piadosos. Oh, la sombra de Píndaro[68] …, la grandeza de los verdaderos juegos griegos, la emulación del hombre por el hombre, la lucha generosa, el agridulce triunfo, el orgullo de contender con un noble enemigo, la tristeza de verlo vencido… Pero observo que no me comprendéis…

—El cabrito está excelente —dijo Salustio.

El esclavo, que sabía trinchar la carne y que se vanagloriaba de su ciencia, había acabado su cometido con el animal —asado al son dela música—, marcando el compás con su cuchillo y consumando su ardoroso trabajo en medio de un espectacular diapasón.

—Tu cocinero es, sin duda, siciliano, ¿verdad?

—Sí, de Siracusa.

—Me gustaría ganártelo en una apuesta —confesó Clodio—. Entre plato y plato podríamos jugárnoslo.

—Prefiero esa clase de juegos a una pelea de animales; pero no puedo apostar mi siciliano. Tú nada puedes ofrecerme a cambio.

—Mi Phillida, mi preciosa bailarina.

—Nunca compro mujeres —replicó el griego, colocando su guirnalda en su sitio.

Los músicos, que estaban agrupados en el pórtico exterior, habían comenzado su trabajo con el trinchado de cabrito; ahora tomaban un ritmo melódico, más suave, quizá más alegre, posiblemente más intelectual; cantaron la oda de Horacio que comienza «Persicos odi», etc[69]., imposible de traducir y que ellos imaginaban adecuada a aquella fiesta que, aun cuando a nosotros podría parecemos afeminada, era bastante sencilla, comparada con los suntuosos festines de aquellos tiempos (nosotros estamos presenciando un convite doméstico, no los principescos festines; la cena ofrecida por un caballero, no por un emperador o por un miembro del senado).

—Ah, el viejo y buen Horacio —dijo Salustio, compasivamente—. Cantó bien a los festines y a las jóvenes, pero no con tanto acierto como lo hacen nuestros poetas modernos.

—El inmortal Fulvio, por ejemplo[70] —sugirió Clodio.

—Ah, Fulvio, el inmortal —repitió su nombre.

—Y Spuraena, y Cayo Mucio, que escribió tres poemas épicos en un sólo año. ¿Hubiesen podido hacer eso Horacio o Virgilio? —preguntó Lépido—. Todos aquellos poetas antiguos cometieron el error de inspirarse en la escultura en lugar de en la pintura. Simplicidad y reposo, tales fueron sus lemas; nosotros, los modernos, somos fuego, pasión y energía, nunca dormimos e imitamos los colores de la pintura, su vitalidad y su acción. ¡Inmortal Fulvio!…

—Por cierto, ¿habéis leído la nueva oda de Spuraena, en honor de nuestra egipcia Isis? —preguntó Salustio—. Es magnífica y rebosa fervor religioso.

—Isis parece haberse convertido en Pompeya en una divinidad de prestigio —comentó Glauco

—Sí —replicó Pansa—. Posee una gran reputación en este momento; su estatua ha pronunciado los más sorprendentes oráculos. No soy supersticioso, pero debo confesar que más de una vez me ha asistido con su consejo de modo muy efectivo en asuntos relativos a mi magistratura. Sus sacerdotes son también muy piadosos y no comparten en absoluto la superficialidad ni el orgullo de los ministros de Júpiter o de Fortuna; caminan descalzos, no comen carne y pasan la mayor parte de la noche sumidos en sus solitarias devociones.

—Un ejemplo para el resto de nuestro clero, en verdad… El templo de Júpiter necesita de una urgente reforma —comentó Lépido, que era un gran reformador de todo lo que no fuese él mismo.

—Dicen que Arbaces, el egipcio, ha impartido a los sacerdotes de Isis algunos de los más solemnes misterios —observó Salustio—. Él presume de ser descendiente de la estirpe de los Ramsés[71] y afirma que en su familia se atesoran los secretos más remotos de la antigüedad.

—Lo que sí es cierto es que posee el don del mal de ojo —añadió Clodio—. Si alguna vez me olvido de protegerme con algún encantamiento,

antes de pasar por el frontispicio de Medusa[72], estoy seguro de que perderé mi caballo preferido o que lanzaré los dados *canes*[73] nueve veces seguidas.

—Eso último sería ciertamente un milagro —opinó Salustio, con gran gravedad.

—¿Qué insinúas con eso, Salustio? —preguntó el inveterado jugador con el ceño fruncido.

—Quiero decir que me arruinarías si jugase con frecuencia contigo. Y eso no es nada nuevo.

Clodio se limitó a contestar con una sonrisa de desprecio.

—Si Arbaces no fuese rico —dijo Pansa, con su habitual gesto de hombre importante—, me extralimitaría un poco en mis funciones y averiguaría lo que hay de cierto en los rumores que le acusan de astrólogo y brujo. Cuando Agrippa fue edil de Roma expulsó a todos esos terribles ciudadanos. Pero a un hombre rico… La obligación de un ediles proteger a los ricos.

—¿Qué pensáis de esa nueva secta que, según me han dicho, tiene ya en Pompeya algunos prosélitos, esos seguidores del Dios judío…, Cristo?

—Bah, meros visionarios especulativos —replicó Clodio—. No hay ni un solo caballero entre ellos. Sus seguidores son pobres, insignificantes e incultos.

—Sin embargo, debieran ser crucificados por sus blasfemias —opinó Pansa, con vehemencia—. ¡Atreverse a negar a Venus y a Júpiter! … Nazareno es un nombre que equivale a ateo. Debiéramos cogerlos y acabar con ellos.

Habían consumido el segundo plato y los comensales se dejaron caer sobre los divanes e interrumpieron su conversación para oír las delicadas voces del sur y la música de la flauta de Arcadia. Glauco quedó absorto y no parecía partidario de romper el silencio. Clodio, por el contrario, comenzaba a pensar que estaban perdiendo el tiempo de forma lastimosa.

—*Bene vobis* (a tu salud), Glauco —dijo, bebiendo un trago, después de recitar cada una de las letras del alfabeto griego, con la facilidad característica de un consumado bebedor—. ¿No sientes deseos de resarcirte de tu mala suerte de ayer? Los dados reclaman nuestra atención, mira.

—Como quieras —aceptó Glauco.

—Dados en verano y delante de un edil —protestó Pansa, con magistral tono de reproche—. Todo va contra la ley.

—No si se realiza en tu presencia, severo Pansa —opinó Clodio, haciendo sonar los dados en un cubilete alargado—. Tu presencia nos salva de cualquier abuso: no es algo, sino el exceso de algo, lo que le daña.

—¡Qué gran sabiduría!… —murmuró su sombra.

—Bien, miraré hacia otro lado —aceptó Pansa.

—No lo hagas; esperemos hasta haber cenado —propuso Glauco.

Clodio cedió a regañadientes, ocultando su enfado con un bostezo.

—Abre la boca para engullir el oro —susurró Lépido al oído de Salustio, citando la *Aulularia,* de Plauto[74].

—Ah, qué bien conozco yo a estos pólipos que se adhieren a todo lo que tocan —contestó Salustio, en el mismo tono y citando la misma obra.

El tercer plato, consistente en fruta variada, pistacho, nueces, dulces de miel, tartas y toda clase de pastelería, torturada de mil fantásticas y gráciles formas, se colocó en mitad de la mesa, y el mayordomo y demás esclavos pusieron también el vino (que hasta entonces se había escanciado directamente a cada uno de los comensales) en grandes vasos de vidrio, cada uno de ellos con la anotación de su procedencia y antigüedad.

—Prueba éste de Lesbos, amigo Pansa —propuso Salustio—. Esexcelente.

—No es muy viejo —añadió Glauco—. Pero lo han hecho precoz, como a nosotros, poniéndolo al fuego: el vino, en las llamas de Vulcano; nosotros, en las de su esposa, en cuyo honor lleno esta copa.

—Es delicado —opinó Pansa—, pero quizá le sobre una mínima parte de su sabor a resina[75].

—Que copa tan hermosa —exclamó Clodio, tomando una de transparente cristal, cuyas asas estaban tachonadas con joyas y se retorcían imitando la forma de una serpiente, de acuerdo con la última moda de Pompeya.

—Este anillo —dijo Glauco, quitándose una costosa joya de la primera falange de su dedo y colocándola sobre el asa de la copa— le ofrece un aspecto aún más apetitoso y la hace más merecedora de tu aceptación,

amigo Clodio, a quien deseo que los dioses te concedan siempre salud y fortuna durante mucho tiempo para que puedas llenarla siempre hasta los bordes.

—Eres demasiado generoso, Glauco —dijo el jugador, entregando la copa a su esclavo—. El afecto con que me la entregas dobla su valor.

—¡Brindo por las Gracias! —gritó Pansa, vaciando su gran vaso tres veces consecutivas, pauta que fue seguida como ejemplo por sus amigos.

—No hemos nombrado a nadie como director del festín —observó Salustio.

—Pues echemos los dados para que ellos lo decidan —propuso Clodio, haciendo sonar el cubilete.

—No —dijo Glauco—. No hace falta entre nosotros ningún trivial director, no queremos ningún dictador en el banquete; no *rex convivii*[76]. ¿No juraron siempre los romanos que nunca obedecerían a un rey? ¿Por qué tenemos que ser menos libres que nuestros antepasados? Oh, músicos, interpretad la canción que compuse hace unas noches: es un poema acerca de lo que estamos discutiendo, *El himno báquico de las Horas*.

Los músicos entonaron con sus instrumentos un montaraz aire jónico, mientras los más jóvenes del grupo rompían a cantar en idioma y en estrofas griegas la siguiente canción:

EL HIMNO DEL OCASO DE LAS HORAS

I

Por el día estival, por el día cansado nos hemos deslizado;
pero antes de correr hacia las grises puertas
de la noche, entonad una canción, una canción, un bello y alegre son;
semejante al que la hermosa cretense nos ofreció
cuando la tarde se hizo más osada y encontró,
entre la sombría hiedra, al dios-vino que la amó.
Desde los cielos, jadeantes,
miran sus ojos tímidos de estrella,
los dos semivelados,

y todo en torno a ella
nos suena a canción de amor.
Mientras las olas del Egeo rompen,
el lince descansa en su regazo su cabeza animal
y el silvestre tomillo en su tálamo nupcial.
Entre las verdes vides, apoyados de brazos,
los faunos, los curiosos faunos,
sonrientes,
celosamente la observaban,
impertinentes.

II

Seguimos débiles, desfallecidos,
nuestra incierta lucha
porque es el nuestro un viaje de hastío
por el reino de la noche oscura.
Baña, oh, sí, nuestras cansadas alas
en la ola púrpura que nace en la frescura
y a vuestras copas hace fuentes de luz,
fuentes de luz, fuentes de luz…
Pues allí, cuando el sol se haya fundido en noche,
en el cuenco del fontanal lo hallaremos.
Las uvas son el pozo de este sol veraniego
o quizá el río en que él se vio,
hasta que abandonó la verdad, como el joven de Thespia[77]
y dejó tras él su alma, mientras se contemplaba.

III

Una copa para Júpiter y otra para el Amor,
y una más para los hijos de maya[78]
y honores a los tres, para los tres el cingulo
y banda a la cintura de la muy bella Aglaya[79].

Todo capullo del ramo del placer,

lo debes a las hermanas Horas;
no escatimes la copa con medida formal
y cumple con la ley que Bromio[80] proporciona.

El de mayor honor a quien más nos ofrece
y se jacta de todo con bacanal jactancia,
sin preocuparse nunca del dinero que tiene.

A nuestro veloz paso, nos toma por las alas,
nos sumerge en las fuentes brillantes y profundas
y, ay, seguimos camino con las plumas mojadas,
esparciendo en el mundo mil capullos de espuma.

Y ardemos, sí…, ardemos lentamente…
Mirad cómo las jóvenes del alejado Oriente
llevaron con un grito a la cueva cristalina
el tesoro imponente de Hilas el de Misia[81].

Y aun así, aun así,
hemos tomado al joven dios entre los brazos
y le acuciamos con alegre carrera,
insultándole a gritos con airosa canción
por los brumosos ríos toda una noche entera.
Oh, oh, te hemos pillado a ti, Psilas…[82].

Los invitados aplaudieron con fuerza. Cuando el poeta es el anfitrión, sus versos siempre entusiasman.

—Auténticamente griego —opinó Lépido—. La rusticidad, la fuerza y la energía de esa lengua no tienen parangón en la poesía romana.

—Ciertamente, hay un gran contraste —dijo Clodio con ironía oculta que no salió a la superficie— en relación con la doméstica simplicidad de la oda de Horacio, tan pasada de moda, que hemos oído antes. El ritmo es encantadoramente jónico; tal palabra me induce a proponeros un brindis, amigos míos…, por la bella Iona.

—Iona…, un nombre genuinamente griego —concedió Glauco, con voz débil—. Bebo con entusiasmo a su salud. Pero ¿quién es Iona?

—Ah, si no hubieses llegado a Pompeya hace escasos días, merecerías ser condenado al ostracismo por tu ignorancia —contestó Lépido, con altivez—. No conocer a Iona es ignorar el mayor encanto que tiene nuestra ciudad.

—Es una extraordinaria y rara belleza —añadió Pansa—. Y qué voz tiene…

—Sólo se alimenta de lenguas de ruiseñor —aseguró Clodio.

—¡Lenguas de ruiseñor!… ¡Qué hermosa idea! —susurró la sombra.

—Información, os lo ruego —pidió Glauco.

—Tienes que saber… —comenzó Lépido.

—Deja que yo se lo cuente —interrumpió Clodio—. Tú arrastras las palabras como si hablase una tortuga.

—Y tú como si escupieras piedras —murmuró el infatuado Lépido para sí mismo, dejándose caer con desdén sobre su diván.

—Has de saber, querido Glauco —siguió Clodio—, que Iona es una desconocida que se ha instalado hace poco en Pompeya. Canta como Safo[83] y sus canciones las compone ella misma. Y en cuanto a tocarla tibia, la cítara y la lira, no podría decir en cuál de los tres ejercicios supera con mayor mérito a las Musas. Su belleza es cegadora; su casa, perfectamente instalada, con exquisito gusto, con bronces y con joyas. Y es tan generosa como rica.

—Sus amantes —dijo Glauco— deben encargarse de que no se muera de hambre. Y el dinero fácilmente ganado es gastado con rapidez.

—Sus amantes…, ahí está el enigma. Iona no adolece más que de un vicio: es casta. Tiene a toda Pompeya a sus pies y no hay amante alguno, ni siquiera está casada.

—¿No tiene amantes? —se extrañó Glauco.

—No, su alma es la de una vestal y ciñe el cinto de castidad de Venus.

—Qué expresiones tan refinadas —afirmó la sombra.

—Entonces se trata de un milagro —exclamó Glauco—. ¿No podemos ir a verla?

—Esta noche te llevaré allí —prometió Clodio—. Mientras tanto… —añadió, haciendo sonar los dados de nuevo.

—Estoy a tu disposición —dijo el complacido Glauco—. Pansa, vuelve la cabeza.

Lépido y Salustio jugaron a pares y nones, bajo la atenta mirada de la sombra, y Glauco y Clodio pronto quedaron absortos en la suerte de los dados.

—Por Pólux —gritó Glauco—. Es la segunda vez que me sale la peor jugada.

—Venus me protege —alardeó Clodio, meneando el cubilete durante varios segundos—. Oh, Alma Venus… Esto es obra de la mismísima diosa —añadió al comprobar que había obtenido la máxima puntuación posible y con el habitual gesto de gratitud a las divinidades, propio de los que ganan dinero con facilidad.

—Venus se me muestra esquiva —murmuró Glauco, con buen humor —, a pesar de los sacrificios que suelo ofrecer ante su altar.

—Los que juegan con Clodio —aventuró Lépido—, tarde o temprano acaban apostando su capa, como ocurrió con Plauto Curculio

—¡Pobre Glauco! Está tan ciego como la propia Fortuna —susurró Salustio en voz baja.

—Ya no juego más —decidió al fin Glauco—. Ya he perdido treinta sestercios.

—Lo siento —se excusó Clodio.

—Qué hombre tan amistoso… —rubricó la sombra.

—No lo lamentes —dijo Glauco—. La alegría de tus ganancias compensa el dolor de mis pérdidas.

La conversación se generalizó y se hizo animada; el vino circuló con rapidez; y de nuevo Iona despertó los elogios de los convidados de Glauco.

—En lugar de permanecer aquí mirando a las estrellas, ¿por qué no vamos a visitar a la belleza que hace palidecer su fulgor? —propuso Lépido.

Clodio, que no veía la posibilidad de reanudar su partida a los dados, secundó la iniciativa, y Glauco, aunque cortésmente insistió en que sus invitados continuasen cenando, no pudo evitar que éstos se diesen cuenta de la curiosidad que en él habían despertado los reiterados elogios a Iona; en consecuencia, decidieron abandonar todos (excepto Pansa y la sombra) la

casa del rubio ateniense. Bebieron, pues, a la salud de Glauco y de Tito y, concluidas sus postreras libaciones, volvieron a calzarse, descendieron las escaleras, cruzaron el iluminado atrio y caminaron sobre el fiero perro del mosaico, sin ser mordidos, y se encontraron, al fin, bajo el resplandor de la luna recién salida, en las animadas y aún concurridas calles de Pompeya.

Atravesaron el barrio de los joyeros, rutilante de luces tomadas y emitidas por las joyas expuestas en las tiendas, y pronto llegaron a la casa de Iona. El vestíbulo estaba iluminado por largas filas de lámparas y las cortinas, bordadas en púrpura, colgaban sobre las ventanas del *tablinum,* cuyas paredes y su pavimento de mosaico ostentaban los más atractivos colores de la paleta de un artista. Y allí, junto al pórtico que rodeaba el perfumado *viridarium,* encontraron a Iona, rodeada de enamorados invitados que la aplaudían.

—¿Dijiste que era ateniense, no es así? —se aseguró Glauco, antes de penetrar en el *peristilo.*

—No, es napolitana.

—Napolitana —exclamó Glauco.

Y en aquel instante el grupo se dividió en dos, a ambos lados de Iona, dejando a la vista a aquella belleza, propia de una ninfa que durante meses había permanecido perennemente en las mismas fuentes de su memoria.

Capítulo IV

El templo de Isis. — Sus sacerdotes. — En el que se expone la personalidad de Arbaces

Nuestra historia vuelve al egipcio. Dejamos a Arbaces en la orilla del mar a mediodía, tras despedirse de Glauco y su compañero. Cuando se aproximó a la parte más concurrida de la bahía, se detuvo y observó aquella animada escena con los brazos cruzados, y una amarga sonrisa contrajo su rostro moreno.

—Sois una partida de estúpidos, de imbéciles, de locos —murmuró para sí mismo—. Ya sean los negocios o el placer, el comercio o la religión, los fines de vuestras vidas, estáis dominados por las pasiones que debierais ahogar. Cómo os despreciaría si no sintiese odio por vosotros, sí, odio… Griegos y romanos, habéis robado la remota tradición de Egipto y su fuego

alimenta vuestras almas. Vuestro saber, vuestra poesía, vuestras leyes, vuestras artes, vuestros bárbaros guerreros y estrategas (todo ello palidecido y mutilado en relación con el original) os lo habéis apropiado, como el esclavo se apodera de las sobras de un festín. Todo nos lo habéis arrebatado, plagiarios de plagiarios, romanos malditos, efímera horda de bandidos… *Ahora* sois nuestros amos. Nuestras pirámides ya no ven a sus pies la raza de los Ramsés, el águila se inclina ante la serpiente del Nilo. *Nuestros* amos…, no, los *míos* no. Mi alma, gracias al poder de su sabiduría, os domina y os encadena con grilletes invisibles. Mientras la astucia pueda proporcionar poder, mientras la religión disponga de un recinto desde el cual puedan los oráculos engañar a la humanidad, los sabios mantendremos nuestro dominio sobre la tierra. Hasta de vuestros vicios Arbaces extrae placer; placer no profanado por miradas obscenas; placeres inmensos, incalculables, deleitosos, que vuestras desquiciadas mentes, inmersas en su sensual falta de imaginación, ni siquiera son capaces de concebir en sueños. Seguid, seguid adelante, locos de ambición y de avaricia, con vuestra despreciable sed de fasces y de cargos públicos y con vuestras patrañas para obtener un poder servil que me produce risa y provoca mi desprecio. Mi influencia se extiende allá donde el hombre exista, yo cabalgo sobre las almas con manto de púrpura. Tebas podrá caer, Egipto convertirse sólo en un nombre, pero el resto del mundo proporcionará siempre a Arbaces almas y súbditos.

Pensando así, el egipcio echó a andar lentamente, y al mezclarse con la multitud su alta figura sobresalió sobre las cabezas que llenaban el foro, hasta desaparecer en el interior del reducido y esbelto templo de Isis.

Era aquel edificio de reciente erección; el templo antiguo había sido destruido por un terremoto sesenta años antes, y el nuevo santuario de la diosa había llamado la versátil atención de los pompeyanos, como entre nosotros ocurre cuando tenemos noticia de una nueva iglesia o de un nuevo predicador. Los oráculos de las diosas eran en Pompeya tenidos en alto aprecio, no tanto por el misterioso lenguaje con el que se formulaban como por la credibilidad que se atribuía a sus mandatos y predicciones. Si no estaban dictados por la divinidad en persona, sí mostraban un profundo conocimiento de la persona humana; se adaptaban perfectamente a las

situaciones particulares de los individuos y ofrecían un notorio contraste con las vagas e indefinidas generalidades de sus templos rivales. Cuando Arbaces llegó a la cancela que separaba el recinto profano del sagrado, una multitud compuesta por gentes de todas las clases sociales —especialmente comerciantes— se hallaba reunida con devota reverencia y respiración contenida ante los diversos altares que ocupaban el patio interior. En las hornacinas del muro de la cella[84] en lo alto de los siete escalones de mármol de Paria se veían varias estatuas ornadas con ramas de granado consagradas a Isis. Un pedestal ovalado ocupaba la parte interior del edificio, sobre el que había dos estatuas más, una de Isis y otra de su compañero, el silencioso y místico Orus. Había en el templo otras muchas deidades, en tributo de cortesía a toda la corte celestial egipcia: el adoptado, y conocido por distinto nombres, Baco; la Venus de Chipre, en su versión griega, saliendo del baño; el Anubis, con rostro de perro; el buey Apis y varios ídolos egipcios, toscamente tallados y de nombre desconocido.

Debemos suponer que entre las ciudades de la Magna Grecia, Isis no recibía el culto en la forma y con las ceremonias que le eran propias. Las modernas e híbridas ciudades del sur, mezcla lamentable de arrogancia y de incultura, confundían y degradaban los cultos, sin distinción de época y de climas. Los profundos misterios del Nilo degeneraron en un centenar de frívolas y complicadas fórmulas que prostituían el ritual de Cefiso y de Tíbur[85]. El templo de Isis en Pompeya estaba regido por sacerdotes romanos y griegos, que ignoraban tanto el lenguaje como las costumbres de sus ancianos devotos. Y los descendientes de los temidos reyes egipcios, aparentando un reverencial temor, se reían y despreciaban en su intimidad las ridículas pantomimas que pretendían imitar los solemnes y típicos ritos de su cálido país.

Situados a cada lado de los siete escalones, estaba el grupo de fieles que se proponía ofrecer sacrificios, vestidos con túnicas blancas, mientras en lo alto de la escalera permanecían de pie dos sacerdotes de inferior jerarquía, uno de ellos sosteniendo una rama de palmera, y el otro, una pequeña gavilla de trigo. En el estrecho pasillo del frontispicio observaban los curiosos.

—¿Con qué fin a los altares de la venerable Isis te acercas tú? —preguntó Arbaces, con un susurro, a uno de los que observaban la ceremonia, que era un mercader dedicado al comercio con Alejandría, actividad que probablemente fue el vehículo de introducción del culto a la deidad egipcia en Pompeya—. De los blancos ropajes del grupo que tenemos delante deduzco que va a practicarse un sacrificio, y del número de sacerdotes reunidos, que esperáis oír algún oráculo.

—Nosotros somos mercaderes —respondió el curioso (que no era otro sino el propio Diomedes), también en voz baja— que deseamos saber la suerte que corren nuestras naves que zarpan mañana hacia Alejandría. Deseamos ofrecer un sacrificio e implorar una respuesta dela diosa. Como puedes observar por mis ropas, yo no soy de los que han pedido el sacrificio al sacerdote, pero tengo gran interés en que la flota llegue con bien a su destino. Sí, por Júpiter, me dedico a pequeños negocios. De otro modo, ¿cómo iba a sobrevivir en estos tiempos tan difíciles?

—Aunque Isis ha sido la diosa de la agricultura, jamás ha dejado el comercio de su mano —contestó Arbaces, con gravedad.

Después, volviendo la cabeza hacia el este, pareció quedar absorto en una silenciosa oración.

En el centro de la breve escalera apareció un sacerdote vestido de blanco de arriba abajo, con un velo sobre la cabeza; dos nuevos oficiantes sustituyeron a los que estaban apostados frente a las hornacinas de cada lado, desnudos de cintura arriba y el resto del cuerpo cubierto con ropas blancas y sueltas. Al mismo tiempo, otro sacerdote, sentado en el inicio de la escalera, comenzó a entonar un himno solemne con un largo instrumento musical de viento. En los escalones intermedios apareció un oficiante más, sosteniendo en una mano una guirnalda votiva, y en la otra, una varita blanca; el pintoresquismo de la escena se completaba con la presencia en la ceremonia oriental del elegante ibis (pájaro sagrado en el culto egipcio), que observaba inmutable el ritual desde lo alto del muro o aproximándose al altar, instalado en la base de la escalera.

Ante el altar se hallaba ahora el sacerdote encargado del sacrificio[86]. La expresión de Arbaces pareció perder su rígida calma, mientras los arúspices[87] examinaban las entrañas del ave, para quedar inmerso en

piadosa incertidumbre e iluminarse su rostro con alegría cuando los signos se proclamaron favorables y el fuego comenzó a consumir con luminoso resplandor las porciones sagradas de la víctima, entre aromas de mirra e incienso. Fue entonces cuando un silencio absoluto se adueñó de la parlanchina multitud; los sacerdotes se reunieron alrededor dela cella, y otro servidor del templo apareció desnudo, sin más indumento que un cíngulo en la cintura; avanzó con prontitud y se puso a danzar con extemporáneos gestos, implorando una contestación de la diosa. Al fin cayó exhausto y se distinguió un leve murmullo en el interior dela estatua; tres veces se movió su cabeza y sus labios se abrieron para que una voz profunda pronunciase estas místicas palabras:

Hay olas como caballos de guerra que amenazan y brillan,
en las rocas profundas hay tumbas recién abiertas,
en la proa del futuro los peligros acechan,
pero en la hora temible vuestras naves serán benditas.

Cesó la voz y la multitud respiró tranquila. Los comerciantes se miraron unos a otros.

—No puede estar más claro —dijo Diomedes—. Va a haber una tormenta en el mar, como ocurre con frecuencia en los inicios del otoño, pero nuestras naves se salvarán, oh benéfica Isis.

—Alabada sea eternamente la diosa —gritaron los mercaderes—. No puede existir nada menos equívoco que esta predicción.

Alzando la mano para imponer silencio entre el gentío, ya que los ritos de Isis implicaban para los bulliciosos pompeyanos la imposible prohibición del uso de sus órganos bucales, el sumo sacerdote llevó a cabo las últimas libaciones ante el altar y, después de una breve oración final, concluyó la ceremonia, y los allí congregados se dispersaron. Sin embargo, mientras la multitud se deshacía en distintos caminos, el egipcio permaneció junto a la verja y, cuando el lugar se encontraba ya tolerablemente transitable, se le acercó uno de los sacerdotes y le saludó con grandes demostraciones de familiar amistad.

El aspecto del sacerdote era de una notoria carencia de personalidad; su cráneo, afeitado, producía la impresión de casi total horizontalidad, y su frente era tan estrecha que se aproximaba a la de los individuos del África salvaje, a excepción de las sienes, en las que, de acuerdo con los postulados de los discípulos de una moderna y extendida teoría, en la práctica mejor conocida y practicada por los escultores de la antigüedad, le crecían dos grandes, casi extraordinarias, protuberancias que distorsionaban aún más su cabeza deforme; en su frente la piel estaba surcada por una tela de araña de profundas e intrincadas arrugas, y sus ojos, oscuros y diminutos, se movían en unas órbitas amarillentas; su nariz, breve y amplia, se distendía en sus orificios como la de un sátiro, y sus gruesos y pálidos labios, sus pómulos altos, los lívidos y moteados tonos que aparecían sobre su piel apergaminada completaban una figura que nadie podía contemplar sin repugnancia, y muy pocos, sin miedo o desconfianza. Cualesquiera que fuesen los deseos de su mente, su constitución animal parecía apta para poder llevarlos a cabo: los músculos acerados de su garganta, el ancho pecho, las manos nerviosas, los delgados y firmes brazos que exhibía hasta más arriba del codo demostraban capacidad suficiente, tanto para grandes esfuerzos físicos como para pasiva resistencia.

—Caleno —dijo el egipcio a este anonadante sacerdote—. Al atender mis sugerencias has mejorado notablemente la voz de la estatua, y tus versos han sido excelentes. Profetiza siempre buenas nuevas, excepto en el caso de que sea imposible que se cumplan.

—Aun en el caso de que la tormenta se produzca y haga naufragara esas malditas naves, ¿acaso podrán decir que no habíamos profetizado la tempestad? ¿Y acaso no será una bendición para las naves descansar en paz? El marinero del mar Egeo siempre reza por la paz, al menos eso dice Horacio. ¿Acaso puede existir mayor paz para una marinero que la de descansar para siempre en el fondo del mar?

—Estupendo, Caleno. Me agradaría que Apaecides tomase ejemplo de tu sabiduría. Deseo hablar contigo acerca de él y de otros asuntos. ¿Puedes admitirme en alguno de tus aposentos menos sagrados?

—Desde luego —respondió el sacerdote, disponiéndose a acompañar a su visitante hasta una de las pequeñas habitaciones que rodeaban la puerta

exterior.

Una vez allí, se sentaron ante una pequeña mesa en la que había bandejas diversas con frutas, huevos y distintas clases de carne fría, así como jarras de excelente vino, que compartieron ambos compañeros. Una cortina corrida sobre la entrada que daba al patio los protegía de ser vistos, al tiempo que los advertía de la necesidad de hablar en voz baja y eludir asuntos secretos en el curso de su conversación; dada la fragilidad de las paredes de la pieza, optaron por la primera alternativa.

—Tú sabes —comenzó Arbaces, con voz que apenas rasgaba el aire, tan suave y amortiguado era su eco— que siempre ha sido uno de mis principios acercarme a los jóvenes. De sus espíritus aún sin formar y de su mentalidad flexible puedo obtener mis herramientas más eficaces. Los tejo, los hilo y los moldeo a mi total satisfacción; de los hombres hago seguidores o sirvientes; de las mujeres…

—Mujeres… —interrumpió Caleno, con una lívida sonrisa que desfiguró su horrible rostro.

—Sí, no pretendo ocultarlo: la mujer es el gran objetivo de todos los apetitos de mi alma. Del mismo modo que *tú* alimentas la víctima para después sacrificarla, yo me complazco en educar a mis prosélitos como más me agrada. Me gusta formar, madurar sus mentes, abrir el dulce capullo de sus pasiones ocultas, para recoger sus frutos a mi entera satisfacción. Odio el tipo de cortesanos que tú posees, me repugna su conformidad y su madurez; es en el delicado e insensible proceso de despertar el deseo a la inocencia donde encuentro el verdadero encanto del amor; por este camino desafío la saciedad y el hastío, y gracias a la contemplación de la frescura de otros puedo sostener el encanto en mis propias sensaciones. De los jóvenes corazones de mis víctimas extraigo los ingredientes para el caldero en el cual me rejuvenezco. Pero dejemos eso y vayamos a lo que nos interesa. Tú sabes que hace algún tiempo en Neápolis encontré a Iona y a Apaecides, hermano y hermana e hijos de atenienses establecidos en aquella ciudad. A la muerte de sus padres, que me conocían y me estimaban, me constituí en su tutor. No me despreocupé en el cumplimiento de mis deberes. El joven, dócil y sumiso, se rindió con rapidez a las normas que yo pretendía inculcar en él. Después de las mujeres, lo quemás amo son los

viejos recuerdos de mi tierra natal; me encanta mantener vivo y propagar hasta los más distantes confines (algunos de los cuales poblaremos como colonias) sus oscuros y místicos credos. Es posible que al mismo tiempo que sirvo a mis deidades me guste engañar al género humano. A Apaecides le instruí en la solemne fe de Isis. Le revelé alguna de las alegorías que subyacen en el ritual de su culto. Incité a un alma, especialmente proclive, al fervor religioso y a ese entusiasmo de la imaginación que engendra la fe. Y le he colocado entre vosotros.

—Así es —replicó Caleno—. Pero al estimularle la fe le has despojado de su buen sentido. Está tan horrorizado que ya no hay modo de seguir engañándole: nuestras sensatas mentiras, nuestras estatuas parlantes, nuestras secretas escaleras le irritan y le entristecen; se lamenta; está desmejorado; murmura consigo mismo; se niega a participar en nuestras ceremonias. Se sabe que frecuenta la compañía de hombres que practican ese nuevo y ateo credo que niega a todos nuestros dioses y califica a nuestros oráculos e inspiradores con la malévola intención de la que nos habla la tradición oriental. Nuestros oráculos…, ay, bien sabemos nosotros de *quién* son inspiración…

—Eso es lo que yo deduje —dijo Arbaces, pensativo— de los varios reproches que me dirigió la última vez que le vi. Últimamente ha tratado de eludir mi presencia. Y tengo que encontrarle, tengo que continuar mis lecciones, tengo que conducirle a la esencia misma de la sabiduría. Hay que explicarle que existen dos estadios en la santidad: el primero, la fe; el segundo, la *decepción*; el primero, para la gente vulgar; el segundo, para los sensatos.

—Yo nunca fui más allá del primero —confesó Caleno—. Y creo que a ti te ha ocurrido lo mismo, Arbaces.

—Te equivocas —replicó el egipcio con severidad—. Yo ahora creo, no en lo que enseño, sino en lo que no enseño. La naturaleza tiene una santidad propia, contra la que no puedo, ni quiero, enfrentarme. Creo en todo lo que sé, porque me ha sido revelado…, pero eso, ¿qué importa? Trataremos de asuntos más terrenales y más apetecibles. Si logré mi objetivo con Apaecides, ¿cuáles eran mis proyectos con respecto a Iona? Tú sabes que la

quiero para que sea mi reina, mi mujer, el corazón de Isis. Hasta que la vi nunca supe hasta qué punto mi ser era capaz de amar.

—He oído decir a miles de personas que es una segunda Helena[88] —convino Caleno, haciendo chasquear sus labios, sin que nadie pudiese determinar si era a causa del vino o de la idea que el tema de conversación sugería.

—Sí, su belleza no puede ser superada ni siquiera en Grecia —siguió Arbaces—. Pero eso no es todo: posee un espíritu que merece emparejarse con el mío. Goza de un talento que excede al normal en una mujer, es aguda, inteligente, deslumbradora, osada. La poesía surge espontáneamente de sus labios. No dice más que la verdad desnuda, y aunque ésta sea intrincada y profunda, su mente es capaz de captarla y exponerla con absoluta claridad. Su razón y su imaginación no son fuerzas contrapuestas; armonizan con perfección y dirigen su rumbo como el viento y las olas conducen a una nave. A todo ello añade una gran independencia de criterio; sabe estar sola en el mundo, sabe ser tan valiente como tierna, y éstas son las cualidades que yo he buscado siempre en una mujer, sin encontrarlas jamás. ¡Iona debe ser mía! Siento por ella una doble pasión: anhelo su belleza en espíritu y forma.

—Entonces, ¿no es tuya todavía? —preguntó el sacerdote.

—No; me ama, pero como a un amigo, me ama sólo con el pensamiento. Ella cree que poseo las despreciables virtudes que tengo la virtud, aún más profunda, de desdeñar. Pero sigue conmigo su historia… Hermano y hermana eran jóvenes y ricos. Iona es orgullosa y ambiciosa: orgullosa de su talento, de la magia de su poesía, del encanto de su conversación. Cuando el hermano me dejó para entrar en tu templo, con la intención de estar cerca de él se trasladó también a Pompeya. Ella ha permitido que todos conozcan su talento. Invita a multitudes a sus fiestas; su voz encanta a cuantos la oyen; su poesía los subyuga. Disfruta pensando que es la sucesora de Erina[89].

—¿Por qué no de Safo?

—Safo, ¿sin amor?… Trato de estimularla en su carrera, en ese osado empeño de perseguir el placer y satisfacer su vanidad. Me agrada ver cómo se esfuerza en el ambiente resbaladizo de disipaciones y lujo de esta ciudad.

Entiéndeme, Caleno, lo que persigo es exacerbar su sensibilidad, que es demasiado pura aún para recibir ese hálito que no quiero perder, sino consumirme en él, aunque me reduzca a cenizas el solo hecho de verla en un espejo. He dispuesto que viva rodeada de pretendientes, hueros, frívolos, casquivanos (enamorados que un carácter como el suyo tiene que despreciar) para que conozca la necesidad de ser amada. Después, en los momentos de serenidad que siguen a las grandes emociones (yo puedo valerme de mis encantamientos para excitar su interés y despertar sus pasiones), espero poder apoderarme de su corazón. Porque no son los jóvenes ni los hombres hermosos y alegres quienes tienen la facultad de fascinar a Iona. Es preciso para ello saber ganar su imaginación, y la vida entera de Arbaces ha sido un triunfo sobre este tipo de mentalidades.

—¿No tienes, pues, miedo a tus rivales? Los galanes de Italia son expertos en el arte de hacerse gratos.

—Ninguno. El espíritu griego desprecia a los bárbaros romanos y se despreciaría a sí mismo si admitiese pensar en la posibilidad de entregarse al amor de uno de esos advenedizos.

—Pero tú eres egipcio, no griego.

—Egipto —replicó Arbaces— es la madre de Atenas. Su Minerva tutelar es nuestra diosa, y su fundador, Cécrope[90], un fugitivo del Egipto saíta. Esto ya se lo he enseñado, y en mi sangre ella venera ya alas más antiguas dinastías de la tierra. Mas debo confesar que desde hace algún tiempo mi alma alberga ciertas sospechas poco agradables; ella ama con melancolía y abandono la música, y a veces suspira sin causa aparente para ello. Puede ser el inicio de un amor…, o el deseo de estar enamorada. En cualquier caso, es tiempo ya de comenzar mi actividad para ir conformando las ilusiones de su corazón, por una parte, atrayendo hacia mí el caudal de su amor y, por la otra, encendiéndolo con el máximo ardor. Por eso he venido a verte.

—¿Y en qué puedo ayudarte?

—Me propongo invitarla a una fiesta en mi casa. Quiero deslumbrar, abrumar, inflamar su sensualidad. Nuestras artes, las artes con las que los egipcios educan a sus jóvenes novicios deben ser utilizadas, y bajo el pretexto de los misterios religiosos, la introduciré en los secretos del amor.

—Ah, ya entiendo…, uno de esos banquetes voluptuosos que nosotros los sacerdotes de Isis, a pesar de nuestros votos de mortificante castidad, hemos compartido más de una vez en tu casa.

—No, no. ¿Cómo puedes pensar que sus castos ojos estén lo suficientemente maduros para presenciar esas escenas? No. Primero tenemos que embaucar a su hermano, lo cual será tarea fácil. Escúchame bien mientras te doy mis instrucciones.

Capítulo V

Algo más cerca de la joven florista. — Los procesos del amor

El sol brillaba alegremente en aquella habitación de la casa de Glauco, que, como hemos dicho antes, era conocida con el nombre de «el dormitorio de Leda». Los primeros rayos matinales penetraban por las pequeñas ventanas de la parte alta de la habitación y a través de la puerta que daba al jardín, que cumplía para los habitantes de las ciudades del sur el mismo propósito que nuestros invernaderos y viveros florales. El tamaño del jardín no era suficiente para practicar en él ejercicios físicos, pero las numerosas y variadas plantas que albergaba proporcionaban un toque de esplendor a la indolencia a la que tendían los pobladores de aquel soleado clima. Ahora su perfume, abanicado por la suave brisa del cercano mar, se extendía hasta aquella habitación, cuyas paredes ofrecían los más bellos

colores de las flores más vivaces. Además de la máxima atracción del dormitorio —la escena de Leda y de Tíndaris[91], en el centro de cada una de sus paredes había pinturas de exquisita calidad. En una podía verse a Cupido, apoyado en las rodillas de Venus; en otra, a Ariadna[92], durmiendo en la playa, ignorante aún de la perfidia de Teseo[93]. Los rayos del sol juguetearon en todos los rincones del suelo de mosaico, y en los preciosos muros, y aun con mayor felicidad arribaron al corazón del joven Glauco, con su resplandor de alegría.

—Es cierto, la he visto —se dijo, mientras paseaba por la pequeña habitación—, y he vuelto a oírla de nuevo, he escuchado la música de su canción, ensalzando la gloria de Grecia. He encontrado al tantas veces buscado objeto de mis sueños. Y como el escultor de Chipre, he infundido vida a mi propia imaginación.

Probablemente, el soliloquio amoroso de Glauco hubiese sido más prolongado si en aquel mismo instante la sombra de una joven, casi de edad infantil, no hubiera oscurecido la puerta del cuarto, rompiendo así su soledad. La joven vestía con sencillez una túnica blanca que le cubría desde el cuello a los tobillos; debajo de su brazo llevaba una cesta de flores, y en la otra mano sostenía un jarrón de bronce; sus facciones estaban más formadas de lo que cabía esperar a su edad, eran femeninas y dulces en su trazo, y a pesar de que en su conjunto no ofrecían el resplandor de la belleza, la hacían casi hermosa por la delicadeza de su expresión; había en su aspecto algo inefablemente tierno y hasta se diría que paciente. Una mirada de resignado dolor y de tranquilo sufrimiento había hecho desaparecer la sonrisa de su rostro, pero no la dulzura; una cierta timidez y cautela al andar y la expresión errante de sus ojos daban a entender la desgracia que sufría desde su nacimiento: su ceguera. No obstante, en las órbitas de sus ojos no había ninguna anormalidad visible, y la melancolía y el tono apagado de su mirada coadyuvaba a darle una expresión clara, despejada y serena.

—Me han dicho que aquí encontraría a Glauco —dijo—. ¿Puedo entrar?

—Ah, mi Nydia —respondió el griego—, ¿eres tú? Sabía que no ibas a despreciar mi invitación.

—Glauco no ha hecho más que ser consecuente consigo mismo —añadió Nydia, ruborizándose—, porque siempre ha sido amable con la pobre chica ciega.

—¿Cómo iba a comportarme de otro modo? —se expresó Glauco con ternura, con la voz de un hermano compasivo.

Nydia suspiró, hizo una pausa antes de continuar y dejó sin contestación la pregunta del griego.

—Has llegado muy tarde esta noche —dijo.

—Sí, ha sido la sexta vez desde que estoy en Pompeya que el sol me ha saludado antes de regresar.

—¿Y te encuentras bien? Oh, es innecesario que lo pregunte, porque ¿acaso puede estar enfermo quien ve la tierra, que dicen que es tan hermosa?

—Estoy bien. Y tú, Nydia…, ¡cómo has crecido!… El año que viene tendrás ya que pensar qué contestación debes dar a tus enamorados.

La joven enrojeció por segunda vez, pero ahora, además de enrojecerse sus mejillas, frunció el ceño.

—Te he traído unas flores —dijo, dejando otra vez sin respuesta la observación del ateniense, que parecía molestarle, mientras palpaba por la habitación hasta dar con la mesa, junto a la que estaba Glauco, donde dejó su cesta de flores—. Son muy corrientes, pero están recién recogidas.

—Para mí es como si viniesen de la propia diosa Flora[94] —dijo él, cortésmente—. Y renuevo mi promesa a las Gracias[95] de no llevar más guirnaldas que las que tejan tus dedos.

—¿Qué tal crecen las flores en tu *viridarium?* ¿Se dan bien?

—Maravillosamente… Llego a pensar que son los mismos Lares quienes las cuidan.

—Me complace oír eso porque siempre que he podido disponer de un poco de holganza he venido a regarlas durante tu ausencia.

—No sé cómo podré agradecerte ese detalle, hermosa Nydia —dijo el griego—. Glauco jamás soñó que dejaba a una persona tan atenta entre sus amigos preferidos de Pompeya.

La mano de la niña tembló levemente y su pecho se alzó bajo su túnica. Volvió la espalda al joven, un tanto confusa.

—Este sol es demasiado caluroso para las pobres flores —añadió—. Hoy me echarán en falta; he estado enferma últimamente y hace nueve días que no vengo a cuidarlas.

—¿Enferma, Nydia?… Tus mejillas tienen aún mejor color que el año pasado.

—Con frecuencia me siento enferma —confesó la joven ciega, patéticamente—. Y a medida que crezco, cada vez me duele más ser ciega. Pero ahora debo atender las flores…

La florista hizo una ligera reverencia con la cabeza y, pasando al *viridarium,* comenzó a regar las plantas.

«Pobre Nydia —pensó Glauco, mirándola—. El tuyo es un duro destino. No ves la tierra, ni el sol, ni el océano, ni las estrellas, y tampoco puedes ver a Iona.»

Con este último pensamiento su recuerdo volvió a la noche anterior y, por segunda vez, fue distraído de sus sueños por la llegada de Clodio. Resultaba significativo comprobar cómo una sola noche había sido suficiente para incrementar y decantar el amor del ateniense por Iona y tomar en cuenta que, si en un principio no había tenido inconveniente en contar a Clodio el secreto de su primer encuentro con ella y el efecto que le produjo, ahora sentía una invencible aversión a mencionar incluso su nombre. Había visto a Iona, bella, pura, inmaculada, en medio de los más alegres y libertinos galanes de Pompeya, haciéndose respetar por todos, reduciendo a los más osados por su gracia más que por el temor y transformando así la misma personalidad delos más sensuales y de los menos idealistas. Por medio de su refinado encanto intelectual, había dado la vuelta a la fábula de Circe[96] y convertido los animales en hombres. A quienes no sabían comprender su alma, los convirtió en seres espirituales por la magia de su belleza; los que carecían de corazón para captar la poesía tuvieron, al menos, oídos para la melodía de su voz. Al verla en un ambiente semejante, en el que ella lo purificaba y abrillantaba todo con su simple presencia, Glauco, casi por vez primera, sintió la nobleza de su propia persona y se dio cuenta de lo inapropiadas que resultaban las intenciones de sus amigos con aquella diosa que resumía todos sus sueños. Fue como si alguien le quitase un velo de los ojos; comprendió la

inconmensurable distancia que existía entre él y sus amigos y que la engañosa niebla de los placeres le había ocultado hasta entonces; él quedaba redimido por su modo de aspirar valerosamente a Iona. Sintió que a partir de entonces era su destino aspirar a lo más alto y volar sobre el mundo. Le era imposible pronunciar aquel nombre que sonaba al compás de su ardiente fantasía como algo divino y sagrado ante oídos lascivos y vulgares. Ella ya no era la hermosa joven que en cierta ocasión había visto y que recordaba apasionadamente, sino su compañera y esposa, la divinidad de su alma. ¿Quién no ha experimentado este sentimiento? Si tú no lo has hecho, lector, jamás has amado.

Y así, cuando Clodio comenzó a hablarle con afectado transporte de la belleza de Iona, Glauco sólo sintió desprecio y disgusto al comprobar que tales labios se atrevían a ensalzarla; respondió con frialdad y el romano pensó que su amor hacia ella se había ya curado, en lugar de exacerbarse. Clodio apenas lo lamentó, puesto que su deseo era que Glauco se casara con una rica heredera, dotada aún de mejor dote, como era el caso de Julia, la hija del poderoso Diomedes, cuyo oro el jugador profesional podría desviar hacia sus propias arcas. Su conversación, en consecuencia, no resultó fluida como en otras ocasiones, y tan pronto como Clodio le dejó Glauco encaminó sus pasos hacia la casa de Iona. Al pasar por el recibidor se encontró de nuevo con Nydia, que había concluido su bondadosa tarea. Ella distinguió sus pasos al instante.

—¿Cómo sales tan de mañana? —preguntó.

—Tengo que ir a reprender a los vagos que desatienden su trabajo, bajo los cielos de Campania[97].

—Ah, cómo me gustaría verlos… —murmuró la ciega, en voz tan baja que Glauco no pudo oír su lamento.

La joven de Tesalia permaneció unos instantes en el recibidor y después, dirigiendo sus pasos con un largo bastón que manejaba con gran destreza, marchó hacia su casa. Abandonó pronto las calles abigarradas y lujosas y se internó en un barrio de la ciudad, poco frecuentado por gente decorosa y seria. Pero ella, por razón de su infortunio, quedaba a salvo de las muestras rastreras y ruines del vicio que allí imperaba. Y como a aquella hora las calles estaban silenciosas y tranquilas, su oído juvenil no fue agredido por

las palabras que con excesiva frecuencia se pronunciaban en aquellos oscuros y obscenos antros, frente a los cuales pasaba, paciente y pesarosa.

Llamó a la puerta trasera de una especie de taberna, y, al abrirse, una voz áspera le pidió que rindiese cuenta de los sestercios obtenidos. Antes de que la muchacha pudiese replicar, otra voz menos ruda preguntó:

—No te preocupes de esos pequeños ingresos, querido Burbo. La voz de la pequeña volverá a ser solicitada pronto en las juergas de nuestro rico amigo, y sabes que él paga mejor que bien a sus lenguas de ruiseñor.

—Oh, espero que no…, confío en que no —gritó Nydia, temblorosa—. Pediré limosna desde el amanecer hasta la noche, pero, por favor, no me enviéis allí.

—¿Por qué no? —preguntó la misma voz.

—Porque…, porque soy joven y nací con poca salud y las mujeres que encuentro allí no son la compañía apropiada para una persona aque…, que…

—… es una esclava en la casa de Burbo —concluyó la voz con ironía y una vulgar carcajada.

La tesalia dejó las flores en el suelo, se cubrió la cara con las manos y lloró en silencio.

Mientras tanto, Glauco llegó a la casa de la bella napolitana. Encontró a Iona entre la servidumbre que trabajaba a su alrededor y se le antojó aún más bella a la luz de la mañana, vestida con ropas sencillas, que en medio de lámparas encendidas y ataviada con costosas joyas, como la recordaba de la noche anterior. Y todo ello, a pesar de una cierta palidez que se extendía por su piel transparente y del sofoco que invadió su rostro cuando él se acercó. Acostumbrada a la lisonja, ésta desapareció de sus labios en cuanto se acercaba a Iona. Estaba convencido de que *cualquier* palabra de homenaje o de halago quedaría muy por debajo de lo que cada una de sus *miradas* pretendía decir. Hablaban en griego; era un tema del cual Iona prefería oír antes que conversar, un tema sobre el que el ateniense podía hablar con elocuencia sin límite alguno. Le describió los bosques de plateados olivos que cubrían las riberas del Ilyssos y de los templos ya despojados de su anti-gua gloria, en hermoso estado de decadencia. Se detuvo en la relación detallada de la melancólica ciudad de Harmodio, el

libre[98], y de Pericles, el magnífico[99], desde el enaltecedor recuerdo inmemorial, que parecía desdibujarse en la realidad actual entre sombras brumosas de tonalidades más oscuras y menos plausibles. Él había entrado en conocimiento del país del arte, aprovechando la edad dada a la poesía de la primera juventud, y sus sentimientos patrióticos se manifestaban un tanto idealizados por su entusiasmo y arrebato vital. Pero Iona le escuchaba, absorta y muda; le resultaban más queridas aquella lengua y aquellas descripciones que toda la pródiga adulación de sus innumerables adoradores. ¿Era acaso pecado enamorarse de un compatriota? Ella amaba a Atenas en él, y los dioses de su raza, la tierra de sus sueños, le hablaban en su voz. A partir de entonces, se vieron todos los días. En el frescor de la tarde hacían excursiones hasta la costa del plácido mar. Durante la noche volvían a encontrarse en los pórticos y en el vestíbulo de la casa de Iona. Su enamoramiento fue tan repentino como violento; llenaba con plenitud las fuentes de sus vidas. Corazón, cerebro, sensibilidad, imaginación eran sus ministros y sacerdotes. Del mismo modo que se elimina cualquier obstáculo que se interpone entre dos objetos que sienten mutua atracción, se encontraron y se unieron en seguida; su sorpresa fue considerar cómo había sido posible vivir separados durante tanto tiempo, cuando amarse resultaba algo tan sencillo y natural. Jóvenes, hermosos, bien dotados, con identidad de cuna y alma, su unión era una perfecta composición poética. Imaginaban a los cielos sonriendo ante su amor compartido. Al igual que los perseguidos buscan refugio en un templo, así ellos reconocían en el altar de su amor una protección contra las penas de un mundo al que cubrían de flores, sin detenerse a pensar en las serpientes que en su seno anidan.

Una tarde, la quinta vez que se vieron desde su primer encuentro en Pompeya, Glauco e Iona, con un pequeño grupo de amigos selectos, regresaban de una excursión alrededor de la bahía; su nave surcaba con ligereza las aguas del atardecer, cuyo luminoso espejo sólo rompían los empapados remos. Mientras el resto del grupo charlaba animadamente, Glauco se sentó a los pies de Iona e intentó mirar hacia arriba para verle la cara, pero no se atrevió a hacerlo. Iona rompió el silencio:

—Mi pobre hermano… —exclamó, con un suspiro—, cómo habría disfrutado de estos momentos…

—Tu hermano… —replicó Glauco—. Hace tiempo que no lo veo. Ocupado contigo, no he sido capaz de pensar en nada más. Debía haberme preocupado de preguntarte si era tu hermano el joven por cuya compañía me dejaste al salir del templo de Minerva, en Neápolis.

—Sí, lo era.

—¿Y está aquí?

—Sí.

—¿En Pompeya? ¿Y cómo es posible que no esté continuamente contigo?

—Tiene otras obligaciones —contestó Iona, con tristeza—. Es sacerdote de Isis.

—¿Tan joven? Las normas de ese culto son muy severas… —afirmó con calor el buen griego, llevado de su sorpresa y compasión—. ¿Qué le ha inducido a ello?

—Siempre ha sido un entusiasta del fervor y de la devoción religiosa. Y la elocuencia de un egipcio, amigo y tutor nuestro, despertó en él el piadoso deseo de consagrar su vida a la más mística de las deidades. Quizá por la intensidad de su celo encontró en la severidad de ese sacerdocio una atracción irresistible.

—¿Y no se ha arrepentido de su decisión? Espero que sea feliz…

Iona suspiró profundamente y se bajó el velo sobre los ojos.

—Me habría gustado que no se hubiera precipitado tanto. Quizá, como todos los que esperan mucho de las cosas, se encuentre un poco decepcionado.

—Eso quiere decir que no es feliz en su nueva condición. Y ese egipcio, ¿es también sacerdote? ¿Está interesado en reclutar jóvenes para su sagrada pandilla?

—No, su principal empeño es nuestra felicidad. Piensa que así mi hermano dará un gran paso adelante. Somos huérfanos.

—Yo también —dijo Glauco con profundo sentimiento en su voz.

Iona bajó los ojos y siguió:

—Arbaces intenta ocupar el lugar de nuestros padres. Tienes que conocerle. Le agrada la gente con talento.

—¡Arbaces!… Ya le conozco. Es decir, nos saludamos y hablamos cuando nos vemos. Pero, a pesar de las alabanzas que le diriges, no me gustaría saber nada más de él, aunque, por naturaleza, mi corazón acepta a todos sus semejantes. Pero ese egipcio de piel oscura, con su sombrío ceño y su sonrisa de hielo, es capaz de entristecer al mismo sol. Uno pensaría que, como Epiménides, el cretense[100], ha pasado cuarenta años de su vida en una caverna y que ahora se encuentra incómodo a plena luz del día.

—A pesar de ello, como Epiménides, es bueno, sabio y prudente —comentó Iona.

—Oh, feliz él que goza de tu favorable opinión. No requiere ninguna otra virtud para que me resulte digno de ser querido.

—Su calma, su aparente frialdad —prosiguió Iona, continuando con el tema con talante evasivo—, son quizá debidas a los agotadores sufrimientos sobrellevados en tiempos pasados, al igual que esa montaña —señaló al Vesubio—, que ahora vemos oscura y tranquila en la distancia, en épocas remotas engendraba fuego hoy ya extinguido.

Cuando Iona pronunció estas palabras, ambos miraron a la montaña; el resto del cielo se bañaba en tonos rosáceos y tiernos, pero sobre la grisácea cumbre, que se elevaba entre los bosques y los viñedos que entonces cubrían la mitad inferior de sus laderas, se observaba una nube amenazadora y oscura, como única nota discordante en el paisaje. Al observar aquella lóbrega visión, ambos se sintieron sobrecogidos, y con aquella comprensión que el amor les había ya enseñado y que los inducía a buscar consuelo y refugio en el otro, al aparecer ante ellos cualquier presentimiento de infortunio o cualquier sombra de amenaza, sus miradas abandonaron simultáneamente la contemplación de la montaña y se entrelazaron con total e inimaginable ternura. ¿Qué necesidad tenían de la palabra para decirse que se amaban?

Capítulo VI

El cazador de aves atrapa de nuevo el pájaro que acaba de escaparse, y tiende sus redes para lograr una nueva víctima

En la historia que estoy contando, los acontecimientos discurren con la rapidez propia de un drama teatral. Escribo acerca de una época en la que bastaban unos días para que se recogiesen los frutos de años. Mientras tanto, digamos que Arbaces no había visitado con mucha frecuencia últimamente la casa de Iona, y en las pocas ocasiones que lo hizo nunca había encontrado allí a Glauco y no tenía aún noticia alguna de aquel amor que, de repente, había surgido entre ambos y que amenazaba con frustrar sus propósitos. En beneficio del hermano de Iona se había visto obligado durante un breve espacio de tiempo a suspender su atención hacia ella. Su orgullo y su egoísmo se habían alarmado con la noticia del súbito cambio

que se había operado en la actitud del joven. Tembló de horror al imaginar que él podía perder un dócil pupilo, e Isis, un servidor entusiasta. Apaecides había cesado de ir en su busca y de consultar con él sus problemas. Rara vez era visto y daba la espalda hoscamente al egipcio o, por mejor decir, huía de él tan pronto como le veía a distancia. Arbaces era uno de esos personajes altivos y poderosos, acostumbrado a someter a los demás a su voluntad; se rebelaba ante la idea de que uno de los suyos intentase eludir su sumisión. Juró que Apaecides no se le escaparía.

Había formulado ya esa resolución cuando paseaba por la arboleda de la ciudad que separaba su casa de la de Iona, donde esperaba encontrar a su pupila, y allí, apoyándose en un árbol y con la mirada fija en el suelo, distinguió inesperadamente al joven sacerdote de Isis

—Apaecides —gritó, colocando su mano afectuosamente en el hombro del joven.

El muchacho se sobresaltó y su primer impulso fue el de huir.

—Hijo mío —añadió el egipcio—, ¿qué ha ocurrido para que me rehuyas de este modo?

Apaecides permaneció silencioso y lejano, mirando al suelo, mientras sus labios temblaban y su pecho se henchía de emoción.

—Háblame, amigo mío —prosiguió el egipcio—. Habla, hay algo que pesa sobre tu espíritu. ¿Qué tienes que decirme?

—A ti, nada.

—¿Por qué demuestras hacia mí tan poca confianza?

—Porque eres mi enemigo.

—Vamos a hablar —dijo Arbaces, en voz baja, tomando por el brazo al remiso sacerdote y dirigiéndole a uno de los asientos esparcidos por la arboleda.

Se sentaron y sus figuras entristecidas parecieron encontrar marco adecuado entre las sombras y la soledad de aquel lugar.

Apaecides estaba en el esplendor de sus años y, sin embargo, parecía haber sido más castigado por la vida que el egipcio; sus facciones, regulares y delicadas, aparecían ajadas y descoloridas; sus ojos, en los profundos huecos de sus órbitas, brillaban con resplandor febril; su cuerpo se encorvaba prematuramente y en sus manos, pequeñas y afeminadas, las

inflamadas venas azules indicaban la lasitud y la debilidad de sus músculos. Su rostro tenía una acusada similitud con el de Iona, pero su expresión distaba mucho de parecerse a la majestuosa serenidad espiritual que emanaba de la reposada y divina belleza clásica de su hermana. En ella se manifestaba un radical entusiasmo por la vida, siempre contenido y dominado con cordura, lo que prestaba especial encanto y atractivo a su persona; uno anhelaba despertara aquel espíritu en reposo, que evidentemente no dormía. La persona de Apaecides revelaba el fervor apasionado de su temperamento, y el talante intelectual de su personalidad aparecía en el desusado brillo de sus ojos, en la gran amplitud de sus sienes, similar a la de su frente, y en el temblor inquieto de sus labios, signos inequívocos de su tendencia a dejarse llevar y hasta ser tiranizado por lo imaginario y el ideal. Su hermana se había detenido en la meta dorada de la poesía; su hermano, menos contenido y menos feliz, había vagado hasta la región de las visiones intangibles e incorpóreas, y la plenitud espiritual que a uno le otorgaba talento amenazaba al otro con la locura.

—Me acusas de que soy tu enemigo —dijo Arbaces—, y yo sé la causa de esta injusta acusación. Te he colocado entre los sacerdotes de Isis y te has rebelado ante sus falsedades y sus mentiras… y crees que yo te he engañado, porque la pureza de tu pensamiento ha sido ofendida e imaginas que yo he sido uno más de los que te han embaucado.

—Tú conocías las inmundas prácticas de esa partida de impíos —contestó Apaecides—, ¿por qué me las ocultaste? Cuando incitaste mi deseo de dedicarme al cargo cuyas ropas visto, me hablaste de la vida santa de unos hombres entregados exclusivamente a la sabiduría y, sin embargo, me has dado por compañeros a un rebaño de gentuza ignorante y sensual, que tan sólo conocen y practican los más groseros fraudes; tú me hablaste de hombres que sacrificaban los placeres terrenos para cultivar la virtud y me colocaste en medio de seres que apestan a la podredumbre del vicio; me hablaste de amigos, de la brillantez de su talento y sólo he encontrado mentirosos y falsarios. Oh, fue una fea jugada… Me robaste la gloria de mi juventud, mi buena disposición hacia la virtud, mi ansia de santificarme por la sabiduría. Rico como era, ferviente, con los placeres del mundo ante mí, me obligaste a renunciar a todo sin ni siquiera emitir un suspiro, ay, lleno

incluso de felicidad y satisfecho de mi sometimiento al pensar que lo dejaba todo a cambio de los abstrusos misterios de la sabiduría divina, de la compañía de los dioses, de las revelaciones de los cielos, y ahora…, ahora…

Un llanto convulsivo impidió al joven sacerdote seguir hablando; se cubrió el rostro con las manos y numerosas lágrimas asomaron entre sus escuálidos dedos y se derramaron con profusión sobre su hábito.

—Lo que te prometí te lo daré, mi querido amigo y discípulo: lo que hasta ahora has sufrido ha sido sólo una prueba para calibrar tu virtud y para que salieses de tu noviciado con mayor fuerza de ánimo. No pienses más en esas horribles y engañosas criaturas, no vuelvas a tratar con los sirvientes de la diosa ni con los *atrienses*[101] de su vestíbulo. Tú eres ya digno de penetrar en los misterios del culto. De ahora en adelante seré tu director espiritual, tu guía, y así, tú, que en estos momentos maldices mi amistad, vivirás para bendecirla.

El joven levantó la cabeza, miró con ojos ausentes y dubitativos al egipcio.

—Escúchame —siguió Arbaces, con voz seria y solemne y mirando a su alrededor con ojos inquisitivos para convencerse de que aún estaban solos—. Todo el conocimiento que existe en el mundo llegó de Egipto; de Egipto vino el esplendor de Atenas y la preeminencia política de Creta; de Egipto llegaron aquellas tribus primitivas y misteriosas que (antes de que las hordas de Rómulo barriesen las llanuras de Italia y, en cumplimiento de los ciclos eternos de la historia, devolviesen la civilización al barbarismo y a la oscuridad) estaban en posesión de todas las artes de la sabiduría y de todas las gracias de la vida intelectual. De Egipto proceden los ritos y la grandeza de la solemne Caere[102], cuyos habitantes enseñaron a sus elementales vencedores ro-manos todo cuanto conocían de elevado en la práctica de la religión y en la sublimidad del culto. ¿Y cómo crees tú, mi querido joven, que aquel temido Egipto, madre de tantas culturas y naciones, obtuvo su grandeza y ascendió a la máxima cota de la sabiduría? Fue todo el resultado de una política profunda y sagrada. Vuestras modernas culturas deben su esplendor a Egipto, y Egipto ha sido su sumo sacerdote. Absortos en sí mismos, ansiando despertar lo mejor del ser

humano, su alma, sus creencias, aquellos ancianos ministros de la divinidad estaban inspirados por los más altos pensamientos que jamás habían exaltado a un mortal. Desde las revoluciones de las estrellas, desde las estaciones de la tierra, desde los invariables y cerrados ciclos de los destinos humanos, elaboraron una augusta alegoría que hicieron visible y palpable a la gente vulgar por medio de los signos que les daban los dioses y las diosas, y a aquello que en realidad sólo era un arte de gobierno le otorgaron el nombre de religión. Isis es una fábula… No te sorprendas… Pero lo que Isis se pretende que sea es una realidad, un ser inmortal. Ella no es nada. La Naturaleza, a la que representa, es la madre de todas las cosas, oscuras, viejas, inescrutables, excepto unas pocas mejor dotadas. «Jamás ninguno de los mortales ha levantado mi velo», dice la Isis que tú adoras; no obstante, para los sabios el velo *ha sido* levantado, y al hacerlo nos hemos encontrado cara a cara con la magnificente hermosura de la Naturaleza. Así, pues, los sacerdotes fueron los benefactores, los civilizadores del género humano; cierto que también han sido sus embaucadores, sus impostores, si quieres. Pero piensa, joven amigo, que, de no haber engañado a sus semejantes, ¿cómo hubieran podido servirlos? A la gente servil, vulgar e ignorante es preciso vendarle los ojos por su propio bien; nunca creerán en la sabiduría de una máxima, pero siempre reverenciarán un oráculo. El emperador de Roma comanda vastos territorios y numerosas tribus dela tierra y trata de armonizar los elementos conflictivos que incitan a la desunión; de ahí nace la paz, el orden, la ley, todo lo que es bendito en la vida. ¿Crees tú realmente que es el emperador quien así gobierna? No, es la pompa que le rodea, el temor que inspira, la majestad que le envuelve: es decir, sus imposturas y sus engaños; nuestros oráculos y nuestras adivinaciones, nuestros ritos y nuestras ceremonias son los medios de *nuestra* soberanía y los motores de *nuestro* poder. Son los mismos medios y el mismo fin que persiguen idénticos logros: el bienestar y la armonía del género humano. Si tú me escuchas con absorto interés, la luz comenzará a amanecer en ti.

Apaecides permaneció en silencio, pero sus cambios de expresión que aparecían y desaparecían en su rostro mostraban el efecto que en él

producían las palabras del egipcio, efecto multiplicado diez veces por la elocuencia de su voz, por su aspecto y por la personalidad de aquel hombre.

—Así, pues —continuó Arbaces—, nuestros padres del Nilo aportaron los elementos fundamentales para la destrucción del caos de esta existencia, a saber: la obediencia y la reverencia de la gran mayoría a unos pocos elegidos que demostraban la rotunda verdad de sus inspiradas meditaciones y que pueden resumirse en el principio de que la sabiduría no es un engaño. Fueron ellos quienes inventaron los códigos y las peculiaridades de la ley, las artes y todo lo que en esta vida puede calificarse como glorioso. ¿No eran acaso sus propios engaños una virtud? Confía en mí; haya quien haya en ese lejano cielo que, con inspiración divina, mire con benevolencia a este bajo mundo, aprobará sonriente la sabiduría que ha logrado alcanzar tan alto fin. Y si ahora quieres que aplique a tu persona todas estas generalidades, me apresuro a satisfacer tu deseo. Los altares de la diosa de nuestra anti-gua fe deben ser servidos también por otros, además de esas gentes impasibles y carentes de espiritualidad, que desempeñan el papel de simples perchas y ganchos para colgar la estola y el resto de la ropa. Recuerdo dos sentencias de Sexto, el pitagórico, proverbios que por cierto tomó de la sabiduría egipcia. El primero dice: «No hables de Diosa la multitud» y el segundo: «El hombre que merece un Dios es un dios entre los hombres». Cuando el saber decayó entre los ministros del culto en Egipto, aquel imperio se debilitó en sus últimos años, y sólo por me-dio de la sabiduría podría recobrar su hegemonía. Yo veo en ti, Apaecides, a un alumno digno de mis enseñanzas, un sacerdote capaz delos altos fines que pueden ser obtenidos. Tu energía, tu talento, la pureza de tu fe, tu seriedad y tu entusiasmo se adaptan perfectamente al menester que exige imperiosamente tan relevantes y fervorosas cualidades. En consecuencia, me permito alentar tus sagrados deseos y te estímulo a seguir el camino que has emprendido. Pero no me culpes nunca más de no haberte descubierto la pobreza espiritual y las mezquinas tretas de tus compañeros. Si te lo hubiese ocultado, Apaecides, habría destruido mis propios planes: tu noble carácter se resistiría a seguir adelante e Isis se habría quedado sin su sacerdote.

Apaecides emitió un gruñido y el egipcio continuó hablando, sin prestarle la más mínima atención.

—En consecuencia, te coloqué sin preparación previa en el templo. Permití que descubrieses por ti mismo y que te escandalizaras con las mascaradas que deslumbran a esa manada de estúpidos. Sólo deseaba que te dieses cuenta de cómo se mueven los mecanismos de esa fuente que refresca el mundo lanzando sus aguas al aire. Era la prueba establecida para todos los sacerdotes desde épocas remotas. A aquellos que se acostumbran a tales imposturas se los deja que sigan practicándolas; a los que reaccionan como tú, con altas exigencias que obligan a altas satisfacciones, se les abre a los secretos más íntimos de la divinidad. Me complace haber encontrado en ti la personalidad que yo esperaba. Has formalizado tus votos y ya no puedes retroceder. Adelante, yo seré tu guía.

—¿Y qué vas a enseñarme tú, hombre singular y temible? ¿Nuevas farsas…, nuevas?…

—No. Ya te he lanzado a los abismos del descreimiento; ahora te conduciré hasta las cumbres de la fe. Ya has visto los signos de la falsedad, ahora aprenderás las realidades que representan. No existe sombra, Apaecides, que no posea su sustancia. Ven a verme esta noche, y ahora dame la mano.

Abrumado, lleno de excitación y de desconcierto por las palabras del egipcio, Apaecides le tendió la mano, y maestro y discípulo se separaron.

Para Apaecides no quedaba posibilidad alguna de retirada. Había realizado su voto de castidad, se había entregado a una vida que semejaba poseer toda la austeridad que implican los fanatismos, sin participar de los consuelos de la fe. Era lógico que intentase agarrarse con incoercible deseo a cualquier circunstancia que permitiese su reconciliación con su irrevocable destino. El pensamiento, profundo y poderoso, del egipcio abría un vasto imperio ante su joven imaginación, que le exaltaba con vagas conjeturas y mantenía su espíritu en tensión, entre la esperanza y el miedo.

Mientras tanto, Arbaces siguió su camino, con paso lento y pausado, hacia la casa de Iona. Al penetrar en el *tablinum* oyó una voz que llegaba desde los pórticos del *peristilo,* que, no obstante su musicalidad, sonó con disgusto a su oído. Era la voz del joven y hermoso Glauco y, por primera vez, sintió que el aguijón de los celos se le clavaba en mitad del pecho. Al entrar en el *peristilo* encontró a Glauco sentado junto a Iona. En el

perfumado jardín la fuente lanzaba al aire su plateada espuma y mantenía un delicioso frescor en el cálido mediodía. Las doncellas que casi perpetuamente atendían a Iona, quien en la total libertad de sus actos mantenía una modestia absoluta, se sentaban a alguna distancia. A los pies de Glauco yacía la lira con la que había estado tañendo para Iona una melodía de Lesbos. La escena —el grupo que se ofrecía a los ojos de Arbaces estaba tocado de la refinada y peculiar idealidad de lo poético, que solemos atribuir, no erróneamente, a la probada distinción de los antiguos —, las columnas de mármol, los jarrones con flores, la estatua blanca y tranquila, que cerraba el horizonte y, sobre todo, las dos figuras vivientes de las que un escultor hubiese podido obtener inspiración o melancolía, alteraron al egipcio.

Arbaces se detuvo unos instantes, observó a la pareja, frunciendo un ceño del que había desaparecido su habitual y áspera serenidad y tuvo que realizar un esfuerzo para recuperarse y poder avanzar lentamente hacia ellos, con paso silencioso y precavido, que ni siquiera oyeron las servidoras de la casa, y menos aún Iona y su enamorado.

—Y, sin embargo —decía Glauco—, es antes de amar cuando imaginamos que los poetas han descrito fielmente la pasión, pero sólo en el instante en que el sol se alza desaparecen todas las estrellas. Los poetas existen sólo en la noche del corazón. Nada significan para nosotros a partir del momento en que sentimos la absoluta gloria de los dioses.

—Una hermosa y galante imagen, noble Glauco.

Se volvieron ambos y distinguieron detrás de la silla de Iona el rostro frío y sarcástico del egipcio.

—Eres un visitante inesperado —exclamó Glauco, levantándose, con una sonrisa forzada.

—Como deben ser todos los que se consideran bienvenidos —replicó Arbaces, sentándose e indicando con un movimiento de la mano que Glauco hiciera lo mismo.

—Al fin —exclamó Iona—, me alegra veros juntos. Estáis hechos el uno para el otro, y ambos para ser mis amigos.

—Devuélveme quince años de mi vida —contestó el egipcio—, antes de colocarme en un plano de igualdad con Glauco. Seré muy feliz si recibo su

amistad. Pero ¿qué podré darle a cambio? ¿Acaso sería capaz de ofrecerle la misma información que él podría facilitarme acerca de convites y guirnaldas, de caballos de Partía y de las posibilidades de ganar a los dados? Esos placeres corresponden a su edad, a su carácter y a sus aficiones, mas yo no los comparto.

Tras pronunciar tales palabras, el taimado egipcio miró al suelo suspiró. Con el rabillo del ojo dirigió una mirada hacia Iona para comprobar cómo había recibido aquellas insinuaciones referentes a las aficiones de su visitante. El gesto que vio en su rostro no le complació. Glauco, ligeramente alterado, se dispuso a contestar con rapidez, no sin el deseo, a su vez, de desconcertar y de avergonzar al egipcio.

—Tienes razón, Arbaces —dijo—. Podemos respetamos uno al otro, pero no ser amigos. Mis convites carecen de la secreta sal con la que, según los rumores, condimentas los tuyos. Y, por Hércules, cuando yo llegue a tu edad, si, como tú, juzgo prudente dedicarme a las tareas propias de la madurez, espero ser dos veces más sarcástico que tú acerca de los pasatiempos de la juventud.

Los ojos del egipcio dirigieron una rápida y penetrante mirada a Glauco.

—No acabo de comprenderte —replicó con frialdad—, pero es costumbre considerar que el ingenio debe quedar en la oscuridad.

Se apartó de Glauco mientras hablaba, con una apenas perceptible sonrisa de desprecio, y tras una breve pausa se dirigió a Iona:

—No he tenido la suerte, bella Iona —dijo—, de encontrarte encasa las dos o tres veces que he visitado tu vestíbulo.

—La calma del mar me ha tentado con frecuencia a salir —contestó Iona con cierta turbación.

Tal actitud no pasó inadvertida a Arbaces, pero, fingiendo no haberla captado, añadió:

—Tú sabes lo que dijo el viejo poeta: «Las mujeres deben permanecer en casa y conversar allí».[103]

—Ese poeta era un cínico y odiaba a las mujeres —protestó Glauco.

—Hablaba de acuerdo con las costumbres de su tierra, y esa tierra era la Grecia de la que tanto alardeas.

—Tiempos distintos, costumbres distintas. Si nuestros antepasados hubiesen conocido a Iona habrían establecido una norma diferente.

—¿Has aprendido en Roma esas triviales galanterías? —preguntó Arbaces con mal contenida indignación.

—Ciertamente, no se me ocurriría ir a Egipto a aprender galanterías —contestó Glauco, jugueteando distraídamente con su cadenilla.

—Vamos, vamos —terció Iona, esforzándose por interrumpir una conversación que, muy a su pesar, consideraba como poco apropiada para cimentar la amistad que ella deseaba entre Glauco y su tutor—. Arbaces no debe mostrarse tan duro con su pobre pupila, una huérfana que carece de los cuidados de una madre… Es posible que sea culpable de llevar una vida en exceso independiente y casi tan libre como la de un hombre; sin embargo, la vida que he elegido no es muy distinta a la que acostumbran a llevar las mujeres de Roma, ni más libres de lo que debiera haber sido la de las griegas. Ay, ¿acaso la libertad y la virtud sólo deben considerarse una misma cosa en relación con los *hombres*? ¿Por qué la esclavitud que a vosotros os destruye tiene que ser para nosotras el único medio que pueda salvarnos? Ah, creedme, el gran error de los hombres (y una ha pensado amargamente en sus fines) consiste en imaginar que la naturaleza de la mujer es (no diré inferior, que es posible que lo sea), sino tan diferente a las suyas que justifica la inexistencia de leyes que velen por el favorable desarrollo intelectual de las mujeres. Siguiendo tal norma, ¿no han perjudicado gravemente también a sus hijos, a quienes las mujeres se encargan de educar? ¿Y a los maridos, como amigos que son de sus mujeres, a las que con frecuencia piden consejo?

Iona se detuvo súbitamente y su rostro se cubrió de entrañable rubor. Temía que su entusiasmo le hubiera llevado demasiado lejos. Y se sintió más afectada por la presencia del cortés Glauco que por la del austero Arbaces, por la sencilla razón de que amaba al primero, y no era la costumbre de los griegos permitir que las mujeres (al menos, el tipo de mujeres que ellos honraban en mayor medida) gozasen de la misma libertad y de la misma condición que en Italia. Sintió, pues, un estremecimiento de placer cuando Glauco contestó con seriedad:

—Me alegra que pienses así, porque tu puro corazón será siempre tu guía… Grecia hubiese sido más feliz de haber otorgado a sus mujeres castas los mismos encantos intelectuales que son tan celebrados entre las menos virtuosas. No habrá condición humana que carezca de libertad y de sabiduría si la sonrisa de las mujeres se dirige a los que son libres y al apreciarlos estimulan prudencia.

Arbaces permaneció en silencio; no entraba en sus planes ratificarlos sentimientos de Glauco ni condenar los de Iona. Tras unos momentos de breve y tensa conversación, Glauco se despidió de la joven.

Cuando se hubo marchado, Arbaces acercó su asiento al de la hermosa napolitana y dijo con el peculiar tono confidencial e íntimo con el que él sabía mezclar tan bien la fiereza de su carácter y sus artes de persuasión:

—No creas, mi dulce pupila, si es que así puedo llamarte, que yo pretendo aherrojar la libertad, a la que honras por el hecho de asumirla; puesto que, aun cuando no sea mayor, como bien dices, que la que disfrutan el resto de las mujeres romanas, debe ir siempre acompañada por una gran circunspección, cuando es ejercida por una mujer soltera. Sigue atrayendo hacia ti multitudes de jóvenes alegres, brillantes e incluso sabios; deja que se postren a tus pies y hechízalos con la conversación de una Aspasia o la música de una Erina, pero, piensa, al menos, en esas lenguas malévolas que tan fácilmente pueden marchitar la reputación de una joven. Y aunque provoques admiración, no concedas a nadie, te lo ruego, victoria alguna que pueda ser envidiada.

—¿Qué quieres decir, Arbaces? —preguntó Iona, con voz alarmada y temblorosa—. Sé que eres mi amigo, que sólo velas por mi honor y por mi bienestar. ¿Qué pretendes decirme?

—Tu amigo…, ah, y si supieses cuán sincero… ¿Puedo, pues, hablarte como un amigo, sin reservas y sin que te sientas ofendida?

—Te ruego que así lo hagas.

—¿Cómo conociste a ese joven disipado, Glauco? ¿Le has visto con frecuencia?

Arbaces habló observando con fijeza a Iona, como si intentase penetrar con sus ojos en su misma alma.

Intimidada por aquella mirada, presa de un extraño temor que no podía explicar, la napolitana contestó entre confusiones y dudas:

—Lo traje a casa como compatriota de mi padre, y también puedo decir que mío. Le conozco desde hace una semana, más o menos. ¿A qué vienen tantas preguntas?

—Perdóname —se excusó Arbaces—. Temí que lo conocieses desde hace más tiempo. ¡Es un rastrero intrigante!…

—¿Cómo? ¿Qué quieres decir? ¿Por qué utilizas esos términos?

—No importa. Prefiero no levantar tu indignación contra alguien que no merece honor tan señalado.

—Te ruego que hables claro. ¿Qué ha insinuado Glauco para que le llames intrigante? O mejor, ¿en qué *supones* tú que me ha causado ofensa alguna?

Ahogando la rabia que le había provocado la última parte de la pregunta de Iona, Arbaces continuó:

—Conoces sus aficiones, sus amigos, sus costumbres: la *comissatio* y la *alea* (las orgías y los dados) son sus principales ocupaciones. Y entre los asociados al vicio, ¿cómo es posible soñar con la virtud?

—Me hablas todavía con acertijos. Por los dioses, di cuanto antes lo peor.

—De acuerdo, si así tiene que ser… Has de saber, Iona mía, que exactamente ayer Glauco se vanaglorió públicamente, sí, en las termas públicas, de tu amor hacia él. Cierto, para hacerle justicia, alabó tu belleza. ¿Quién puede negarla? Y rió con desprecio cuando Clodio y Lépido le preguntaron si estaba lo suficientemente enamorado para casarse y cuando le propusieron que adornara con flores las columnas de la puerta de su casa.

—¡Imposible! ¿Cómo has podido dar crédito a semejante calumnia?

—¿Te agradaría que te repitiese todos los comentarios de los insolentes advenedizos que han hecho circular la historia por la ciudad entera? Te aseguro que al principio me resistí a creerlo, pero ahora estoy dolorosamente convencido de su verdad por el testimonio directo de varios testigos presenciales, y repito que te lo comunico con sincero pesar.

Iona retrocedió unos pasos y su rostro palideció hasta adquirir el color de la columna en la que se apoyaba.

—Me irritó, me enfureció oír tu nombre de boca en boca de manera tan ofensiva, como si se tratara del de una bailarina famosa. Y esta mañana he decidido venir a avisarte. He perdido la serenidad de mi espíritu y no puedo ocultar mis sentimientos. Me he comportado deforma descortés en tu presencia. ¿Puedes perdonar a tu amigo, Iona?

Iona dejó reposar una mano en la suya, pero no dijo nada.

—No pienses más en ello —continuó él—. Limítate a considerar que has oído una voz que te aconseja que actúes con la gran prudencia que exige tu rango. No quiero herirte, Iona, en modo alguno. Por semejantes infundios no merecía la pena haber alterado tus pensamientos. Pero los insultos duelen cuando se dirigen a alguien a quien amamos y lamento que mis palabras hayan merecido el honor de tu seria atención; mejor suerte ha tenido aquel a quien la altiva Iona se rebaja a amar.

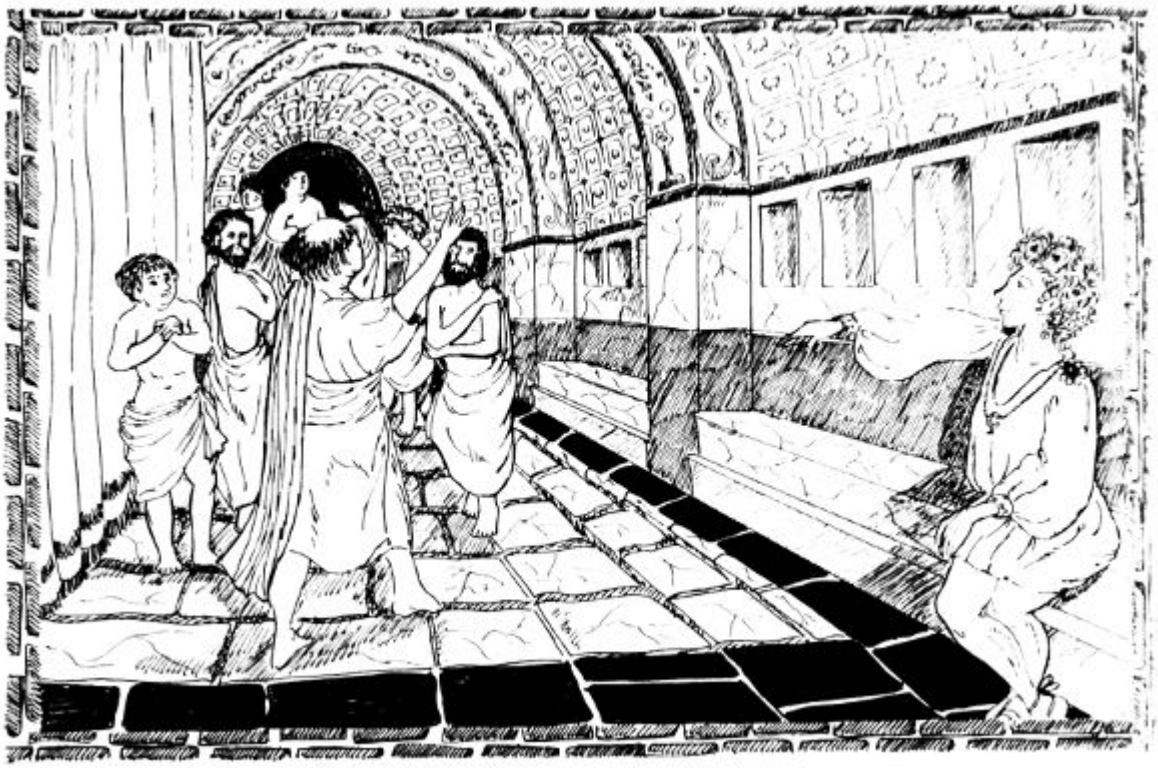
—¡Amar!… —murmuró Iona, con una risa histérica—. Sí, en efecto…

No carece de interés observar que en aquellos remotos tiempos yen un sistema social radicalmente distinto al moderno, fas causas que alteraban e interrumpían el «curso del amor» eran idénticas a las de nuestros días: los mismos fingidos celos, las mismas calumnias insidiosas, los hábiles cotilleos astutamente elaborados, que tan a menudo son más que suficientes para romper los lazos del amor más sincero, eliminando la existencia de todas las imaginables circunstancias propicias al buen fin de tal amor. Cuenta la fábula que cuando la nave surca las delicadas olas, innumerables y diminutos peces se adhieren a sus quillas y dificultan el avance. Y lo mismo sucede con las grandes pasiones de los hombres. Reflejaríamos mal lo que es la vida, incluso en tiempos de pródiga bonanza y de amor compartido, que es el máximo premio que podemos alcanzar, si no describiésemos al mismo tiempo las triviales y hasta domésticas fuentes de malignidad que operan día a día en la intimidad de nuestros corazones. Son estas insignificantes mezquindades de la existencia realidades que encontramos siempre en nuestro pasado.

Con extraordinaria habilidad había el egipcio dado en el punto flaco de la personalidad de Iona, con gran destreza había dejado partir el dardo contra su orgullo. Confiaba haber detenido así lo que era sólo una incipiente debilidad, considerando el poco tiempo que ella y Glauco se conocían. En

consecuencia, se apresuró a cambiar el tema dela conversación e indujo a la muchacha a hablar de su hermano. El diálogo no duró mucho tiempo. Y al marcharse, el egipcio decidió no confiar más en su buena conducta durante su ausencia y visitarla para vigilar sus pasos cada día.

Tan pronto como su sombra desapareció de su presencia, el orgullo femenino y la capacidad de disimulo propio de su sexo abandonaron a su víctima, y la altiva Iona rompió a llorar con lágrimas apasionadas.



Capítulo VII

La alegre vida del pompeyano holgazán. — Retrato en miniatura de las termas romanas

Cuando Glauco dejó a Iona tuvo la sensación de pisar el aire. Durante la entrevista con la cual acababa de ser bendecido se había dado cuenta de manera ostensible de que su amor no era mal recibido y que iba a ser correspondido por ella. Esa esperanza le llenó de tal arrebato, que el cielo y la tierra se le antojaban en exceso pequeños para poder albergarlo. Ignorante del enemigo recién aparecido que dejaba atrás, y echando en el olvido no sólo sus dicterios de mala índole, sino también su propia existencia, Glauco paseó por las alegres calles, repitiéndose para sí mismo, en la inconsciencia de su felicidad, la melodía que Iona había escuchado con tanta atención; llegó a la calle de la Fortuna con sus altas aceras, sus

casas de fachada pintada que ofrecían sus puertas abiertas para permitir la contemplación de los frescos de su interior. Cada uno de los extremos de la calle estaban ornados con un arco triunfal, y cuando Glauco pasó ante el templo de la diosa Fortuna, el pórtico saledizo del santuario (que se supone que fue erigido por un miembro de la familia de Cicerón[104], o quizá por el propio orador) confería una digna y venerable majestuosidad a una escena más deslumbrante que elevada en su intención y en su significado. Aquel templo era uno de los más hermosos ejemplos de la arquitectura romana. Estaba edificado sobre un podio alto, y entre los dos tramos de escalera de ascenso a la plataforma se encontraba el altar de la diosa. Desde la base de aquella explanada otro tramo de amplias escaleras conducía al pórtico, que se engalanaba con guirnaldas de flores, colocadas en los fustes de columnas estriadas. En Tas restantes esquinas del templo se distinguían estatuas de manufactura griega. A escasa distancia del hermoso edificio se hallaba el arco de triunfo, coronado por una estatua ecuestre de Calígula[105], flanqueada por trofeos de bronce. En la explanada anterior del templo se encontraba reunida una animada multitud de gente, algunos sentados en bandos y discutiendo de política imperial, otros cambiando impresiones sobre los próximos espectáculos que iban a celebrarse en el anfiteatro. Un grupo de muchachos jóvenes se entretenía en admirar a alguna nueva belleza, otro discutía los méritos de la última obra de teatro, y, en fin, un tercero, quizá de edad más avanzada, especulaba acerca de la posibilidad de intensificar el comercio con Alejandría. En este postrer grupo había varios mercaderes vestidos a la moda oriental, con ropajes anchos y llamativos, zapatillas de colores con joyas incrustadas, que formaban un conjunto de hombres de aspecto recogido y serio, que contrastaba con las figuras vestidas con túnicas y con los gestos animados de los italianos. Pues aquella gente, impaciente y festiva, disponía —al igual que hoy— de un idioma de signos y gesticulaciones, distinto al lenguaje propiamente dicho, pero lleno de significación y vivacidad: sus descendientes lo conservan aún, y el culto Jorio[106] llegó a escribir una obra muy entretenida acerca de aquella especie de gesticulación jeroglífica.

Avanzando entre la muchedumbre, Glauco se encontró pronto en medio de un grupo compuesto por sus alegres y disipados amigos.

—Ah —exclamó Salustio—, hace más de un lustro que no te vemos.

—¿Y qué tal habéis pasado ese lustro? ¿Qué nuevos platos habéis descubierto?

—Me he sentido con espíritu científico y he escrito un tratado sobre los sentimientos de las lampreas —contestó Salustio—. Y debo confesar que desespero de hacerles alcanzar la misma perfección que lograron nuestros antecesores romanos.

—¡Qué hombre más desgraciado!… ¿Y eso por qué?

—Porque ya no es legal darles de comer esclavos —replicó Salustio con un suspiro—. Más de una vez me he sentido tentado de sorprender al *captor* (mayordomo) gordo que ahora poseo y echarle a traición en el estanque. Daría a los peces un inimaginable sabor oleaginoso… Pero, hoy en día, los esclavos ya no son esclavos y carecen de sensibilidad con relación a los deseos de sus dueños… ¿O quizá Davo sería capaz de sacrificarse para hacerme un favor?…

—¿Qué noticias se han recibido de Roma? —preguntó Lépido, que se incorporaba con languidez al grupo.

—El emperador ha ofrecido una suculenta cena a los senadores —contestó Salustio.

—Según dicen, es una criatura buenísima —replicó Lépido—. Afirman que nunca despide a nadie sin concederle lo que le pide.

—Quizá me daría permiso para matar a un esclavo y tirarlo al estanque —masculló Salustio, con avidez.

—No es improbable —terció Glauco—, puesto que, si concede un favor a un romano, lo hace a expensas de otro. Estad bien seguros de que cada sonrisa que ha causado Tito[107] ha costado más de un centenar de lágrimas.

—Los dioses concedan larga vida a Tito —exclamó Pansa, al oír el nombre del emperador, mientras deambulaba entre la multitud con aire de hombre condescendiente—. Ha prometido a mi hermano el cargo de cuestor al enterarse de que había gastado toda su fortuna.

—Y ahora desea enriquecerse a costa de los demás ciudadanos, ¿no es así, amigo Pansa?

—Es exactamente así.

—A eso llama utilizar bien al pueblo —opinó Glauco.

—Exacto, exacto… —convino Pansa—. Bien, tengo que ir a echar un vistazo al erario[108]…, parece que hay algo que no marcha del todo bien.

Y seguido por la larga procesión de su clientela, que se distinguía del resto de la muchedumbre por las togas que vestían (pues las togas, que en un tiempo fueron signo de libertad para un ciudadano, eran ahora emblema de servilismo a un patrón), el edil echó a andar mayestáticamente.

—¡Pobre Pansa! —exclamó Lépido—. No tiene nunca ni un instante de ocio. Pido a los dioses que no me hagan edil en mi vida…

—Hola, Glauco, ¿cómo estás? ¿Alegre, como siempre? —dijo Clodio, al incorporarse al grupo.

—¿Has venido al sacrificio de la diosa Fortuna? —le preguntó Salustio.

—Yo le ofrezco sacrificios todas las noches —replicó el jugador.

—No lo dudo. No existe hombre que cause mayor número de víctimas.

—Por Hércules, qué diálogo más agudo… —exclamó Glauco.

—Las palabras del perro nunca salen de tu boca, Salustio. Te conformas con gruñir —aseveró Clodio, irritado.

—No tendría nada de extraño que la palabra del perro la tuviese constantemente en los labios —replicó Salustio—, considerando que cuando juego contigo tiro siempre los dados con suerte perra.

—Silencio —exclamó Glauco, tomando una rosa de la cesta de una joven florista que se detuvo a su lado.

—La rosa es el símbolo del silencio —afirmó Salustio—, pero a mí sólo me gusta verlas sobre las mesas de la cena.

—Hablando de cenas, Diomedes está preparando un gran festín para la semana próxima —siguió Salustio—. ¿Te ha invitado, Glauco?

—Sí, he recibido su invitación esta mañana.

—Yo también —añadió Salustio, sacando de su cinto un pedazo cuadrado de pergamino—. No sé si te has dado cuenta de que nos cita una hora antes de lo que es habitual y con una formalidad casi regia[109].

—Oh, es más rico que el mismísimo Creso[110] —dijo Clodio—. Sus pergaminos de cuentas son más largos que un poema épico.

—Bueno, vamos a las termas —propuso Glauco—. Es el momento en que todo el mundo está allí. Fulvio, a quien tanto admiráis, va a leernos su nueva oda.

Los jóvenes aceptaron la propuesta de buen grado y comenzaron a caminar hacia los baños.

Aun cuando las termas públicas, o baños, fueron establecidos para el uso de los ciudadanos pobres, y no para los ricos (que disponían de baño en sus propias casas), concurrían a ellos gentes de todo rango y constituía un grato lugar de conversación muy apreciado, tanto para los vagos sin otro quehacer como para los jóvenes alegres y sin cuidado. Los baños de Pompeya diferían, como es de suponer, en cuanto a su construcción de las vastas y complicadas termas de Roma. Y ciertamente, en cada una de las ciudades del imperio parecía obligado realizar ligeras modificaciones en los planos generales de la arquitectura de los edificios de los baños públicos. Este hecho sorprende a los investigadores…, como si en aquel entonces los arquitectos y las modas no pudiesen ser tan caprichosos como en el siglo XIX. Nuestro grupo de amigos entró por el pórtico principal de la calle de Fortuna. En el exterior del pórtico se sentaba el vigilante de los baños, con sus dos cajas ante sí, una para guardar el dinero que recibía y otra que contenía las entradas que entregaba. En las paredes interiores del pórtico había bancos y asientos, atestados de personas de todas las clases sociales; otros, en obediencia al régimen impuesto por el médico, paseaban con rapidez arriba y abajo del pórtico, deteniéndose de cuando en cuando para leer los innumerables anuncios de exposiciones, juegos, subastas, que figuraban colgados o pintados en las paredes. El tema general de conversación era, sin embargo, el anuncio de los espectáculos que iban a celebrarse en el anfiteatro, y cada uno de los recién llegados era importunado por un grupo de bañistas interesado en saber si Pompeya había tenido la fortuna de poder proporcionar algún criminal abominable o el autor de algún divertido acto sacrílego o de otro crimen similar que permitiese a los ediles proveerse de un hombre destinado a las mandíbulas del león: cualquier otro espectáculo era considerado como aburrido e insípido en comparación con lo que serían los acontecimientos del anfiteatro en caso de que se produjese tal posibilidad.

—Por mi parte —dijo un hombre de aspecto cordial, que era un herrero —, creo que el emperador, si es en verdad tan bueno como dicen, podría mandarnos a un judío.

—¿Por qué no coger a alguno de esa nueva secta de los Nazarenos? —preguntó un filósofo—. Yo no soy cruel, pero un ateo, uno que niega al mismo Júpiter, no merece piedad.

—A mí no me importa el número de dioses en que un hombre puede creer —replicó el herrero—. Pero negar a todos los dioses se me antoja monstruoso.

—Yo creo —terció Glauco— que esa gente no es totalmente atea. Según dicen, creen en un Dios, y también en un mundo ultraterreno.

—Estás equivocado, mi querido Glauco —replicó el filósofo, con horror —. He hablado con ellos y se han reído en mis propias narices cuando he intentado hablarles de Plutón y de Hades[111]

—¡Por los mismos dioses! —exclamó el herrero, escandalizado—. ¿Pero hay en Pompeya desgraciados de esa calaña?

—Sé que hay unos pocos. Se reúnen de modo tan secreto que es imposible saber quiénes son.

Al alejarse Glauco de ellos, un escultor que era un gran entusiasta de su arte, le miró con admiración.

—¡Ah!… —exclamó—. Si pudiésemos echarlo a la arena sería un precioso modelo para mí. ¡Qué miembros, qué cabeza!… Debía haber sido un gladiador. Un objeto, un modelo, merecedor de la atención de mi arte. ¿Por qué no lo arrojan al león?

Mientras tanto, Fulvio, el poeta romano, cuyos contemporáneos le consideraban ya inmortal, pero que si no fuese por lo que de él se dice en esta historia seguiría siendo un desconocido en nuestro poco diligente e insensato tiempo, se acercó apresuradamente a Glauco:

—Oh, mi ateniense, Glauco mío, has venido para escuchar mi oda… Es, en verdad, un gran honor. Tú, un griego, cuyo lenguaje cotidiano es en sí mismo poesía. No sé cómo agradecértelo. Es una tontería…, pero si merece tu aprobación quizá pueda obtener una recomendación que me permita llegar a Tito. Oh, Glauco, un poeta sin un protectores como una vasija sin etiqueta: su vino puede ser muy bueno, pero nadie lo alabará. ¿Qué dijo Pitágoras[112]?… Ah, sí… «Incienso para los dioses y loas para los hombres.» Por tanto, un protector es el sumo sacerdote de un poeta: le ofrece incienso y le busca creyentes.

—Toda Pompeya te protege y todo pórtico es un altar en tu alabanza.

—Ah, los pobres pompeyanos son muy educados y gustan de honrar a aquel que lo merece. Pero no por ello dejan de ser los habitantes de una pequeña ciudad… *Spero meliora*[113]. ¿Pasamos adentro?

—Claro. Hasta que escuchemos tu poema, estaremos perdiendo el tiempo.

En aquel mismo instante, unas veinte personas se precipitaron desde el interior de los baños al pórtico, y un esclavo, colocado en la puerta de un pequeño pasillo, dio paso al poeta, a Glauco, a Clodio y a un grupo de amigos del bardo al interior del corredor.

—Un modesto lugar, comparado con las termas romanas —opinó Lépido, desdeñosamente.

—Sin embargo, el artesonado es de buen gusto —dijo Glauco, que se hallaba en un estado de ánimo en el que todo se le antojaba agradable. Señaló las estrellas que tachonaban el techo.

Lépido se encogió de hombros, con languidez que hacía innecesaria cualquier respuesta.

Entraron después en una habitación más espaciosa, dedicada a las funciones de *apodyterium* (esto es, el lugar donde los bañistas se preparaban para realizar sus sibaríticas abluciones). El techo se elevaba desde una cornisa en forma de bóveda y estaba decorado con pinturas grotescas de gran colorido; el cielo raso estaba dividido en cuadriláteros blancos, bordeados con cenefas rojas; el suelo, brillante y limpio, estaba pavimentado con mosaicos, y a lo largo de sus paredes había bancos para que se acomodasen los desocupados. Esta habitación carecía de las numerosas y amplias ventanas que Vitrubio atribuye a sus más lujosos *frigidarium*[114]. Los pompeyanos, al igual que todos los italianos del sur, estaban deseosos de protegerse de la luz desmedida de sus pesados cielos y asociaban en sus voluptuosas costumbres la idea del lujo con la de la oscuridad. Dos ventanas de cristal tan sólo[115] admitían los rayos del sol, ya ensombrecidos, y suaves; el marco de las mismas estaba adornado con un gran bajorrelieve que describía la destrucción de los Titanes[116].

—Fulvio se sentó en aquella habitación, con aire magistral, y sus oyentes se agruparon a su alrededor, animándole a comenzar su recital

El poeta no requirió excesiva insistencia. Extrajo de entre sus ropas un rollo de pergamino y, después de retoser un par de veces, tanto para reclamar la atención como para aclararse la voz, comenzó a dar lectura a una maravillosa oda, de la cual, para mortificación y dolor del autor de esta historia, ninguno de sus versos ha sido hallado.

A juzgar por los aplausos que recibió la obra estaba a la altura del prestigio de su autor, y sólo Glauco fue el único oyente que no la consideró superior a las mejores odas de Horacio.

Cuando concluyó la lectura del poema, aquellos que tan sólo tomaban el baño frío comenzaron a desnudarse; colgaron sus prendas de vestir en perchas adheridas a la pared, recibieron, de acuerdo con su condición social, ya fuese de sus propios esclavos o de los de las termas, amplios ropajes y se dirigieron hacia el esbelto edificio circular —que aún existe—, con la intención de avergonzar ante la posteridad la escasa afición a los baños por parte de la gente del sur.

Los más adictos a la comodidad salieron por otra puerta en dirección al *tepidarium,* lugar climatizado, hasta alcanzar una temperatura cálida, en parte por medio de una chimenea movible, en parte y principalmente por un suelo elevado, bajo el cual se conducía el calor del *laconicum*[117].

Allí, estos avezados bañistas se despojaban de las ropas y permanecían durante algún tiempo disfrutando de la temperatura artificial y del acogedor ambiente. Esta dependencia, como correspondía a su importancia y al largo proceso que implicaban sus abluciones, estaba mejor y más lujosamente decorada que las demás. El techo arqueado estaba bellamente labrado y pintado; las altas ventanas de cristal de roca dejaban colar algunos errantes e inciertos rayos solares; bajo las sólidas cornisas había hileras de figuras en bajorrelieves macizos y osados; las paredes estaban pintadas de rojo, y los suelos cubiertos por teselas[118] que componían mosaicos en blanco. Aquí, los bañistas habituales, hombres que se bañaban hasta siete veces diarias, permanecían en un estado de anonadada y muda lasitud, tanto antes como sobre todo después de los baños, y muchas de estas víctimas perseguidoras de la salud miraban con ojos ausentes a los que iban llegando y saludaban a sus amigos con una inclinación de cabeza, siempre temerosos de un fatigoso intento de conversación.

Desde este lugar, los bañistas podían seguir, según sus preferencias, varios caminos: unos pasaban al *sudatorium,* que equivalía a nuestros baños de vapor, y de allí, al baño caliente; otros, más acostumbrados al ejercicio y capaces de sobrellevar un mínimo esfuerzo, acudían con decisión al *calidarium*[119] o baño de agua.

Para completar este cuadro y dar al lector una idea adecuada delo que era la principal fuente de bienestar físico para los antiguos, seguiremos a Lépido, que de manera regular se sometía al proceso completo, a excepción del baño de agua fría, que por aquel entonces había pasado ya de moda. Tras calentar gradualmente el cuerpo en el *tepidarium,* en la forma que ya ha sido descrita, los delicados pasos del pompeyano *élégant*[120] eran llevados al *sudatorium.* Aquí permitamos que nuestros lectores imaginen una sesión gradual de un baño de vapor, acompañado con fricciones de perfumes de especias. Después de sufrir nuestros bañistas tal operación, pasaban a manos de sus esclavos, que los esperaban y atendían siempre en los baños, quienes les quitaban con una especie de rascador (que dicho sea de paso un turista moderno ha afirmado seriamente que sólo podía servir para arrancar la porquería) el rocío de su sudor, ya que ni la más ligera partícula de suciedad podía quedar en la piel bruñida de un pertinaz bañista.

De ahí, ya algo más refrescado, pasaba al baño, en cuyas aguas se había esparcido gran profusión de perfumes, y al emerger en el otro extremo del recinto sometía su cabeza y su cuerpo a una ducha fría. Después se envolvía en una túnica ligera y regresaba una vez más al *tepidarium.*

Fue allí donde nuestro Lépido se encontró con Glauco, con quien no había coincidido en el *sudatorium.* Y era entonces cuando daba comienzo el principal atractivo y la mayor extravagancia de los baños. Los esclavos extraían de vasijas de oro, de alabastro o de cristal los más raros ungüentos, llegados de las más remotas partes del mundo, y untaban el cuerpo de sus amos. El número y nombre de estos productos llenarían un libro moderno, en especial si el libro de referencia fuese publicado por un editor[121] de moda: *Amaracinum, Megalium, Nardum, omne quod exit in um*[122], mientras en una habitación adyacente sonaba una música delicada, y aquellos que gustaban de la moderación en los baños, refrescados y satisfechos por la

grata ceremonia termal, conversaban con la espontaneidad y el entusiasmo que implicaba un rejuvenecimiento de sus vidas.

—Bendito sea quien inventó los baños —dijo Glauco, estirándose en uno de aquellos amplios asientos de bronce (entonces cubiertos con blandos cojines, que el visitante de hoy puede ver aún en el mismo *tepidarium*)—. Fuese Hércules o Baco, merecieron ser deificados.

—Pero dime —preguntó un corpulento ciudadano, que se había lamentado y lloriqueado durante la operación del masaje—, dime, Glauco… ¡Malditas sean tus manos, esclavo!… ¿Por qué eres tan bruto? Dime…, ¡ugh, ugh!…, ¿son las termas de Roma tan hermosas como dicen?

Glauco se volvió y reconoció a Diomedes, aunque no sin dificultades, puesto que sus mejillas se mostraban rojas e inflamadas, como resultado del *rascado* que acababa de padecer.

—Imagino que serán considerablemente mejores que éstas, ¿no crees? —contestó Glauco, disimulando una sonrisa—. Piensa que toda Pompeya se convierte en unas termas y obtendrás una idea del tamaño de los baños imperiales romanos. Pero será sólo una idea del *tamaño.* Piensa en cualquier entretenimiento de espíritu o de cuerpo, repasa todos los ejercicios gimnásticos que inventaron nuestros padres, recopila todos los libros publicados en Italia y en Grecia para los amantes de esas obras y elige un lugar donde practicar esos juegos. Añade a todo esto el enorme tamaño de las termas y su complicada construcción, con grandes jardines incorporados, teatros, pórticos y academias… Supón, en una palabra, una ciudad para los dioses, formada por palacios y edificios públicos, y podrás hacerte una idea aproximada de la gloriosa realidad de los baños de Roma.

—¡Por Hércules! —exclamó Diomedes, abriendo los ojos con sorpresa —. Los baños deben ocupar todas las horas de la vida de un hombre.

—Eso ocurre en Roma con frecuencia —replicó Glauco, con seriedad —. Hay muchos que se pasan la vida entera en las termas. Aparecen por allí en el instante en que se abren sus puertas y se quedan hasta que éstas se cierran. Parece como si ignorasen el resto delo que existe en Roma o que despreciasen su existencia.

—¡Por Pólux!… Me dejas atónito.

—Incluso aquellos que sólo se bañan tres veces diarias consumen su vida en esa ocupación. Hacen sus ejercicios gimnásticos en las pistas de tenis[123] o en los pórticos para prepararse para el primer baño; después pasean y vagan por el teatro para refrescarse del mismo. Toman su comida debajo de un árbol y comienzan ya a pensar en su segunda inmersión. En el instante en que están preparados para ello ya han hecho la digestión de la comida. Luego del segundo baño acuden a uno de los peristilos para oír los versos de algún nuevo poeta o se meten en una biblioteca para releer algún libro antiguo. A continuación cenan, acto que consideran como un rito previo al tercer baño y se introducen otra vez en el agua como lugar que consideran como el más adecuado para charlar con los amigos.

—¡Hercle!… Hay quien los imita en Pompeya.

—Sí, y con menos excusa que ellos. Los voluptuosos bañistas de Roma son felices; no ven a su alrededor más que magnificencia y esplendor; no visitan los barrios bajos de la ciudad ni saben lo que es la pobreza que existe en el mundo. La Naturaleza les sonríe y su única exigencia es su última cita con el baño de Cocito[124]. Puedes creerme, ellos son nuestros únicos filósofos.

Mientras Glauco mantenía esta conversación, Lépido, con los ojos cerrados, soportaba las místicas operaciones que jamás permitía que sus esclavos dejasen de cumplir. Tras los perfumes y los ungüentos, esparcieron sobre él unos polvos prodigiosos que evitaban cualquier ulterior proceso de calentamiento del cuerpo y tras ser frotado de arriba abajo con la superficie lisa de un pedazo de piedra pómez, comenzaron a vestirle, no con la indumentaria de la que se había despojado, sino con otra más lujosa llamada «síntesis»[125], con la que los romanos pretendían demostrar la importancia que daban a la ceremonia de lacena, si bien, dada la hora en que tenía lugar (las tres de la tarde, según nuestros usos de medir el tiempo), no podía propiamente ser considerada como tal[126]. Realizada esa operación, abrió los ojos y dio señales de volver a la existencia.

Al mismo tiempo, Salustio testimoniaba la evidencia de su vida, dando un largo bostezo.

—Es hora de ir a cenar —dijo el epicúreo—. Tú, Glauco, y tú, Lépido, venid a cenar conmigo.

—Recordar que vosotros tres estáis invitados a hacerlo en mi casa la próxima semana —gritó Diomedes, que se mostraba orgulloso de su amistad con aquellos jóvenes del gran mundo.

—Sí, sí, lo recordaremos —contestó Salustio—. Te aseguro que el lugar de mi memoria está en el estómago.

Nuestros tres galanes pasaron por el ambiente fresco de los pórticos y salieron a la calle tras haber concluido el ceremonial que exigían los baños de Pompeya.

Capítulo VIII

Arbaces manipula los dados con gran satisfacción y gana la partida

Caía la tarde sobre la animada ciudad cuando Apaecides emprendió su camino hacia la casa del egipcio. Evitó las calles más pobladas y luminosas, y mientras avanzaba con la cabeza caída sobre el pecho y los brazos cruzados bajo su vestimenta, su rostro solemne y su figura consumida contrastaban con la expresión descuidada y la actitud despierta de aquellos con los que se cruzaba en su trayecto.

No obstante, un hombre de aspecto serio y de elegante porte, con el que se había encontrado dos veces en su camino, le dirigió una mirada dubitativa y le tocó el hombro:

—Apaecides —dijo, haciendo un gesto rápido con las manos, que era la señal de la cruz.

—¿Qué quieres, Nazareno? —replicó el sacerdote, mostrando la gran palidez de su rostro—. ¿Qué deseas?

—Nada. No me gustaría interrumpir tus meditaciones —contestó el extraño—. Pero la última vez que nos vimos no me pareció que mi presencia te resultase desagradable.

—Tu presencia nunca será mal recibida por mí, Olintho. Estoy cansado y triste. Esta tarde no me siento capaz de discutir contigo los asuntos que te son tan queridos.

—¡Oh, débil de corazón!… —exclamó Olintho, con amarga vehemencia—. ¿Estás triste y cansado y no deseas dirigir la mirada a la fuente de la que brota el consuelo y la salud?

—¡Oh, Tierra! —gritó el joven sacerdote, golpeándose el pecho con fuerza—. ¿Desde qué regiones abriré mis ojos al verdadero Olimpo en el que habitan los dioses verdaderos? ¿Debo creer a este hombre cuando afirma que ninguno de los adorados por mis antepasados durante siglos han existido y carecen hasta de nombre? ¿Debo destruir, como si de algo blasfemo y pagano se tratara, los mismos altares que he considerado siempre como los más sagrados? ¿O debo pensar como lo hace Arbaces?

Calló y emprendió el paso con la rapidez y la impaciencia propia de un hombre que pretende huir de sí mismo. Pero el nazareno era uno de esos hombres duros, vigorosos y entusiastas, de los que Dios se ha valido siempre para llevar a cabo las revoluciones en este mundo, sobre todo las referentes al establecimiento y la reforma de Su propia religión: hombres formados para convertir a otros, porque han sido creados para la abnegación y el sufrimiento. A hombres de esa índole nada los desanima, nada les hace renunciar; en el fervor de sus creencias hallan inspiración para sí mismos y convencimiento para los demás. Su razón enciende primero su apasionamiento, y es esa pasión el instrumento que utilizan para apoderarse de los corazones ajenos cuando, más adelante, parecen sólo apelar a su raciocinio. Nada hay tan contagioso como el entusiasmo; tal es la alegoría y la moraleja real de la historia de Orfeo[127]: el entusiasmo mueve montañas,

encanta animales, y es fruto de la sinceridad lo que permite a la verdad obtener victorias.

Olintho no permitió que Apaecides se le escapara con tanta facilidad. Le alcanzó y volvió a dirigirse a él:

—No me sorprende que mi compañía te entristezca, Apaecides, y que soliviante todos los elementos que forman tu manera de pensar. Tampoco me extraña que te encuentres perdido en la duda y que tu pensamiento, cegado en las tinieblas, navegue sin rumbo fijo y te lleve de acá para allá en el vasto océano de la incertidumbre. No me extraña nada de todo eso…, pero sopórtame un poco más; espera y reza…, la oscuridad desaparecerá, la tempestad perderá virulencia y el mismo Dios, tal como lo hizo antes sobre el mar de Samaria, caminará sobre calmadas aguas para liberar tu alma. La nuestra es una religión celosa de lo que exige, pero infinitamente pródiga en lo que da. Te inquieta durante una hora y te premia por toda una eternidad.

—Esas personas —dijo Apaecides, con mal talante— son las supercherías con las que el hombre ha sido siempre engañado. Oh, gloriosas fueron también las personas que me llevaron a los altares de Isis…

—Pero pregunta a tu razón —contestó el nazareno—, ¿puede encerrar alguna verdad una religión que ultraja la moral? ¿Qué son esos dioses, considerados incluso desde vuestro punto de vista? Decís que adoráis a los dioses. ¿Cuáles son sus actos, cuáles sus atributos? ¿Acaso no los imaginas a todos como vulgares delincuentes? Y, sin embargo, te piden que les des culto como si se tratara de sagradas divinidades. El propio Júpiter es un adúltero y un parricida. ¿Qué otro camino tienen las divinidades menores, sino imitar sus vicios? Se te ordena que no mates y adoras a criminales; se te exige que no cometas adulterio y diriges tus oraciones a un adúltero. Oh, ¿qué es eso sino una burla a la parte más sagrada de la naturaleza del hombre, que es la fe? Centra ahora tu atención en Dios, el único, el verdadero Dios, a cuyo culto puedo yo conducirte. Si te parece tan sublime, o demasiado impreciso para poder asociarlo al mundo humano por medio de contactos entre el Creador y sus criaturas, a lo que son proclives los corazones débiles, contémplalo en su Hijo, que se hizo mortal como nosotros. Esa mortalidad no se le atribuye, como es el caso de tus dioses de leyenda, a los vicios de nuestra naturaleza, sino a la exaltación de todas las

virtudes. En Él se une la más austera moral y el más tierno de los afectos. Aun suponiendo que sólo hubiese sido un hombre, merecería haber sido un dios. Tú honras a Sócrates[128], que fundó su secta y tuvo su es-cuela. ¿Qué fueron las dudosas virtudes del ateniense comparadas con la celestial, indiscutible, activa, incesante, apasionada divinidad de Cristo? Y sólo me refiero ahora a su personalidad humana. El vino a darnos pautas para los tiempos futuros, a mostrarnos la verdadera virtud que Platón quiso, con tanta ansiedad, ver personalizada. Éste fue el verdadero sacrificio que Él hizo por el hombre; y el halo divino que envolvió la hora de su muerte no sólo iluminó la tierra, sino que nos abrió la perspectiva del cielo. Te sientes impresionado, te veo lleno de moción. Dios está trabajando en tu corazón, su espíritu está contigo. Vamos, no te resistas al impulso divino. Ven conmigo ahora mismo, sin dudarlo… Algunos de nosotros están ya reunidos para exponer la palabra de Dios. Ven, deja que te guíe hasta ellos. Estás triste y cansado. Escucha, entonces, la palabra de Dios. «Venid a mí —dijo Él— los que lleváis una pesada carga y yo os daré descanso»[129].

—Ahora no puedo —se excusó Apaecides—. En otra ocasión…

—Ahora…, ahora —exclamó Olintho con insistencia, tomándole por un brazo.

Pero Apaecides no estaba aún preparado para la renuncia de aquella fe, de aquella vida por la que tanto había sacrificado y, todavía deslumbrado por las promesas del egipcio, se desasió con decisión de la mano de Olintho; sacando fuerzas de flaqueza para vencer la duda que habían engendrado en su espíritu las elocuentes palabras del cristiano, que comenzaron a producir efecto en su mente febril y confusa, salió corriendo con una velocidad que hizo imposible su persecución.

Exhausto y sin aliento, llegó al fin a un barrio lejano y aislado dela ciudad y pronto apareció ante él la solitaria casa del egipcio. Se detuvo para recuperar el aliento, en el preciso instante en que la luna surgía de detrás de una nube plateada y su luz resplandeció sobre los muros de aquella misteriosa morada. No había ninguna otra casa en las cercanías; oscuros viñedos se arracimaban enfrente del edificio y detrás del mismo se distinguía un bosquecillo de pinos, durmiendo en la melancólica claridad de la luna; más allá se dibujaba el contorno de las colinas lejanas, y entre ellas,

la cumbre del Vesubio, entonces notan elevada como la ven hoy los viajeros.

Apaecides pasó entre los arqueados viñedos y llegó a un amplio y espacioso pórtico. Ante él, y a cada lado de la escalera de acceso, reposaba la imagen de la esfinge egipcia, a la que la luz de la luna otorgaba una calma adicional y más solemne a cada una de sus armónicas, frías y enormes facciones, en las que los escultores de aquella escuela artística mezclaban con eficacia la belleza y el terror; a mitad de camino de la escalera, los peldaños se oscurecían con el follaje masivo y verde de los óleos, y la sombra de una palmera oriental dejaba caer sus ramas, largas e inmóviles, sobre parte de la superficie marmórea de la escalera.

Había algo en la calma del lugar y en el extraño aspecto de las esfinges esculpidas que agitó la sangre del sacerdote con un fantasmal terror y que le hacía desear oír el eco de sus pasos, mientras subía silenciosamente hacia la puerta de entrada.

Golpeó en ella con sus nudillos y distinguió una inscripción en caracteres desconocidos a sus ojos; la puerta se abrió sin producir el menor ruido, y un alto esclavo etíope, sin preguntar nada ni saludarle, le indicó que entrara.

El amplio recibidor estaba iluminado por varios candelabros de bronce tallado, y en las paredes se veían grandes escrituras jeroglíficas, de oscuros y solemnes colores, que contrastaban de manera extraña con los tonos claros y las graciosas formas con las que los habitantes de Italia decoraban sus moradas. En uno de los extremos de la pieza, otro esclavo, cuyo aspecto, aunque no africano, era con mucho más oscuro de piel de lo que era usual entre las gentes del sur, vino a su encuentro.

—Busco a Arbaces —dijo el sacerdote, con voz cuyo temblor captó él mismo.

El esclavo inclinó la cabeza en silencio y le precedió en su camino más allá del recibidor, le hizo subir por una estrecha escalera y, después de atravesar diversas habitaciones, en las cuales la severa y pensativa belleza de la esfinge siguió siendo el principal y más inquietante objeto que captó la atención del sacerdote, Apaecides se encontró en un habitáculo en penumbra y en presencia del egipcio.

Arbaces estaba sentado ante una pequeña mesa, sobre la cual yacían varios rollos de pergamino, cubiertos por la misma escritura que la que figuraba en el recibidor de la casa. A escasa distancia de la mesa había un minúsculo trípode del cual surgía un hilo de humo de incienso quemado. Cerca de aquel objeto aparecía un globo celeste con los signos del firmamento, y encima de otra mesa se distinguían varios instrumentos más, de curiosas y raras formas, cuya utilidad Apaecides ignoraba. El extremo final de la habitación estaba oculto por una cortina, y la ventana ovalada que se abría en el techo admitía la claridad dela luna, cuyo resplandor se mezclaba tristemente con el de la lámpara que iluminaba el cuarto.

—Siéntate, Apaecides —dijo el egipcio, sin levantarse.

El joven obedeció.

—Vienes a preguntarme —siguió Arbaces, después de una breve pausa, en la cual semejó estar sumido en honda meditación—, vienesa preguntarme, o te agradaría hacerlo, cuáles son los más altos secretos que el espíritu del hombre es capaz de alcanzar. Deseas que te aclare el enigma de la existencia. Colocados como niños en la oscuridad, aunque por poco tiempo, en esta existencia sombría y temporal, nuestros espectros vagan por las tinieblas; nuestro pensamiento se desmorona sobre sí mismo con absoluto terror y nos sume sin remedio en una desesperación irremediable, intuyendo lo que puede contener; alargamos nuestras inútiles manos aquí y allá, temerosos de que nuestra ceguera nos haga tropezar en algún obstáculo aún más peligroso; desconocemos los límites de nuestras fronteras y a veces pensamos que nuestra limitación nos ahoga y otras se nos antoja que es posible extendemos hasta integrarnos en la eternidad. Dadas, pues, estas premisas, la sabiduría consiste necesariamente en poder contestar a dos preguntas: «¿Qué debemos creer y qué debemos rechazar?» Son estos dos interrogantes los que quieres que te aclare.

Apaecides asintió con la cabeza.

—El hombre *debe* tener un punto de apoyo en alguna creencia —continuó el egipcio, con tono de tristeza—. Debe albergar alguna esperanza: eso es algo inherente a nuestra naturaleza y que heredamos, como lo demuestra el hecho de que cuando nos damos cuenta de que aquello en lo que nos han enseñado a basar nuestra fe desaparece quedamos atónitos y

aterrorizados; flotamos entonces en un terrible e inacabado piélago de incertidumbre, gritando en petición de auxilio, buscando algún pedazo de madera al que agarrarnos e intentamos descubrir alguna tierra, distante y difuminada, en el horizonte. Bien, de acuerdo… ¿Has olvidado nuestra conversación de hoy?

—¿Olvidado?

—Te he dicho que todas esas deidades a las que adoramos en tantos altares no son más que invenciones. He reconocido que todos esos ritos y esas ceremonias que ejercitamos no son más que fantochadas dirigidas a engañar y conducir el rebaño humano por los caminos quemás le convienen. Te he explicado que todas esas mentiras fundamentan el gobierno de la sociedad, la armonía del mundo, el poder de la sabiduría que es la base de la obediencia del populacho. Continuemos, pues, ejercitando estos saludables engaños. Si el hombre tiene que creer en algo, perpetuemos en él lo que sus padres le hicieron tan querido como son las costumbres que santifican y consolidan la sociedad. Y aunque nosotros busquemos una fe más sutil, por así exigirlo nuestra sensibilidad, que rechaza lo grosero, dejemos que los demás sigan alimentándose de nuestras migajas. Es ésta una sabia y benévola decisión.

—Continúa.

—Una vez establecido este principio —siguió el egipcio—, que garantiza la delimitación de un espacio espiritual no envilecido por aquellos que nos proponemos dejar atrás, debemos disponernos a emprender la marcha hacia los nuevos estadios de fe. Quítate de la cabeza, elimina de tu recuerdo, todo lo que has creído con anterioridad. Supón que tu mente es una tabla rasa, un pergamino sin escribir, dispuesto a la recepción de sensaciones e ideas por primera vez. Observa el mundo a tu alrededor, fíjate en su orden, en su armonía, en sus designios. Algo debe de haberlo creado: el invento exige un inventor. Y en esta certeza, tocamos tierra por primera vez. ¿Qué es ese algo? Un dios, dirías tú. Cuidado, no es lícito exponerse a una confusión, mediante la utilización de nombres que pueden conducir al error. De aquel que creó el mundo nada sabemos ni podemos saber, excepto sus atributos: poder y armonía sin límites, una armonía sin tregua, aplastante, sin piedad, que no tiene en cuenta casos individuales, que

aplasta, que barre, que quema; no importa que algunos hombres aislados se separen de la masa general, caigan al suelo y resulten abrasados bajo sus ruedas. La mezcla del bien y del mal, la existencia del dolor y del crimen han preocupado en todo tiempo a los sabios. Ellos crearon un dios al que supusieron siempre bondadoso. ¿De dónde procedía, pues, el mal? ¿Por qué ese dios lo permitía? ¿Por qué había sido inventado, por qué perduraba sin tregua? Para explicar este hecho, los persas crearon un segundo dios, cuya esencia era el mal y que presuponía una guerra constante entre él y el dios del bien. En nuestro tenebroso y tremendo Tifón[130], los egipcios encarnamos un espíritu similar. ¡Inconcebible error que aún nos abruma, locura que nació de la vana ilusión de hacer de ese desconocido poder algo palpable, corpóreo, humano, que cubra su invisibilidad con atributos y materia semejante a lo que se ve! A este inventor démosle un nombre que nos induzca a abrumadoras sensaciones y otorguemos a su existencia un término más claro: NECESIDAD. La necesidad, decían los griegos, obliga a los dioses. En tal caso, ¿por qué han de existir dioses? Su cometido resulta innecesario y, por tanto, hay que prescindir de ellos. La necesidad es lo que gobierna a todo lo que vemos. El poder y la armonía son los elementos constitutivos de la Naturaleza. ¿Qué más puede pedirse? Nada podemos saber acerca de ella, si es o no eterna, si es capaz o no de preservar para nosotros, sus criaturas, una nueva vida tras la noche que llamamos muerte…, nada sabemos. Dejemos, pues, por ahora, este viejo poder, desconocido e insondable y examinemos ese otro que ante nuestros ojos mortales ejerce el cometido de ejecutar sus funciones. Sobre éste podremos lucubrar más y mejor; su evidencia nos rodea y su nombre es NATURALEZA. El error de los sabios ha consistido en dirigir su búsqueda hacia los atributos de la necesidad, donde todo es tenebrosidad y ceguera. Si hubiesen limitado sus investigaciones a la Naturaleza, ¿qué les quedaría ahora por conocer? La paciencia y el concienzudo esfuerzo nunca se aplican en vano. Vemos lo que examinamos, nuestras mentes van ascendiendo poco a poco por la escalera de las causas y de los efectos. La Naturaleza es el sujeto agente del mundo externo, y la Necesidad impone sobre ella las leyes por las cuales actúa y nos concede a nosotros la facultad de observar. Los poderes de esta facultad son la curiosidad y la memoria, y su unión es la

razón, y su perfección, la sabiduría. Bien, entonces yo examino con la ayuda de mis poderes esta Naturaleza infinita. Examino la tierra, el aire, el mar, el cielo, y descubro que todos estos elementos armonizan místicamente entre sí: la luna determina las mareas, el aire mantiene viva la tierra y es el medio esencial de la vida y de los sentidos de las cosas; mediante el conocimiento de las estrellas deducimos los límites de la tierra, dividimos en fragmentos las eras del tiempo gracias a lo que penetramos en los abismos del pasado, cuya pálida luz nos permite discernir lo que nos guarda el futuro. Y así, aun cuando ignoramos qué es la Necesidad, aprendemos al menos sus manifestaciones y sus mandatos. Entonces…, ¿qué tipo de moral atisbaremos en el fondo de esta religión, puesto que se trata ciertamente de una religión? Yo creo en dos deidades, la Naturaleza y la Necesidad. Y venero la última con mi reverencia, y la primera, con mi investigación. ¿Qué moral enseña, pues, esta religión? Ésta: que todas las cosas están sujetas a ciertas leyes generales; el sol brilla para bien de la mayoría, aunque perjudique a unos pocos; la noche alberga en el sueño a multitudes, aun cuando proporcione al asesino seguridad, además de descanso; los bosques adornan la tierra, aun-que ocultan también serpientes y leones; el océano hace flotar a miles de naves, a pesar de que a veces haga naufragar a alguna. La Naturaleza, pues, actúa teniendo en cuenta el beneficio general, y no el particular, mientras que la Necesidad sigue su curso implacable. Ésta es la moralidad de los temibles sujetos agentes de este mundo y, en consecuencia, también tiene que ser la mía, ya que soy una de sus criaturas. Yo soy partidario de conservar los engaños del sacerdocio porque son útiles a la masa indiscriminada, yo enseño al hombre las artes que descubro y las ciencias que perfecciono; yo induzco a proseguir la vasta tarea de civilizar a los pueblos y con ello sirvo a la mayoría, cumplo la ley general y practico la moral que me impone la Naturaleza. Para mí mismo reclamo la excepción individual. Y la reclamo para todos los sabios, considerando que esa exigencia no modifica el equilibrio entre el bien y el mal; convencido de que mis conocimientos pueden proporcionar más ventajas a la mayoría, no obstante mis deseos de perjudicar a unos pocos (puesto que los primeros pueden desplazarse hasta remotas regiones y humanizar naciones que hoy no existen), doy al mundo sabiduría y a mí mismo libertad. Dulcifico la

vida de otros y gozo de la mía. Sí, nuestra sabiduría es eterna, aunque nuestra existencia sea breve. Obtengamos de ella lo máximo posible, mientras dure. Entrega tu juventud a los placeres y tus sentidos al gozo. Pronto llega la hora en que se rompe la copa y en que las guirnaldas dejan de florecer. Disfruta mientras puedas. ¡Calma, Apaecides, amigo y discípulo mío! Yo te enseñaré los mecanismos de la Naturaleza, sus secretos más oscuros y más deseables (el rito que el vulgo denomina magia) y los supremos misterios que guardan las estrellas. Con ello podrás ejercer tu deber respecto a la masa e instruirás a tu raza. Pero te conduciré también hacia placeres que la gente vulgar es incapaz de imaginar siquiera. Y cuanto más des a los hombres, más dulces serán las noches a las que te entregues.

Cuando el egipcio cesó de hablar, se distinguió arriba y abajo y todo alrededor una música aún más delicada que la que Lidia[131] enseñó o que Iona pudo perfeccionar. Llegó como una corriente de melodía, penetrando en los sentidos de manera inevitable, enervando, seduciendo con inexpresable gozo. Parecía un aire lírico de espíritus invisibles, como los que los pastores debieron escuchar en la época dorada, flotando sobre los valles de Tesalia o en el mediodía de los montes de Pafos[132]. Las palabras que habían acudido a los labios de Apaecides, en contestación a los sofismas del egipcio, se diluyeron en un temblor. Pensó que sería una especie de profanación romper aquellos compases encantados. Su excitable personalidad, la dulzura de su sensibilidad griega, el ardor apasionado que albergaba en lo más recóndito de su alma, se rindieron ante aquel ataque por sorpresa. Se reclinó en su asiento con los labios entreabiertos y los oídos llenos de avidez; poco más tarde, un coro de voces, suaves y lánguidas, como aquellas que despertaron a Psique en los atrios del amor, entonaron la siguiente canción:

El himno de eros

En las frescas orillas por las que fluye el Cefiso,
una voz navegaba en las alas del viento;
las hojas se tiñeron como rosas de Teos[133],
la paloma en su nido suspiró sin aliento.

De sus manos caían florecillas púrpuras,
las Horas, sonrientes, escrutaban el cielo;
de la verde cueva de Pan al refugio de Egle[134],
suspiraba la tierra con delicado esmero.

¡Amad, hijos del mundo! ¡Soy la fuerza que ama,
el mayor de los dioses antes que el Caos[135] fuera!
y mis besos despiertan los párpados del día
mi sonrisa derrama la luz de la alta esfera.

Mías son las estrellas, allí donde se vean,
y con ellas veréis de mis ojos su encanto;
mía es la luna entera y sus pálidos rayos
que iluminan la tumba donde su Cario[136] espera.

Y mías son las flores y el rubor de la rosa,
mía la luz vivaz que en el mayo rebrilla,
y la suave violeta a la sombra del céfiro
y míos los ensueños de la montaña amiga.

¡Amad, hijos del mundo! Que el amor nos consuela.
Mirad donde queráis: me veréis siempre alerta.
Aprended de las olas cuando a las playas besan,
de vientos que se abrazan sobre la mar abierta.

Todo os enseña a amar. La dulce voz, cual sueño
diluido en la luz; del viento el general clamor
que repiten los juncos y el susurrante arroyo,
y los inmensos bosques, la palabra es ¡AMOR!

Cuando cesaron las voces, el egipcio tomó la mano de Apaecides y le condujo con paso vacilante, como intoxicado y dubitativo, a través de la habitación hasta la cortina que cubría uno de sus extremos. Ahora, desde detrás del cortinaje, parecían surgir miles de estrellas resplandecientes; el mismo velo, hasta entonces oscuro, se iluminaba por efecto de aquellos fuegos, que le hacían fulgurar con el más tierno azul celeste. Y ciertamente

pretendía imitar al mismísimo cielo, propio de las noches de junio, tal como suele resplandecer en las fuentes de Castalia[137]. Aquí y allá se veían etéreas y rosáceas nubes pintadas, desde las cuales sonreían en artísticos retratos rostros de divina belleza y figuras en las que hubiesen soñado Fidias y Apeles. Las estrellas que surgían del transparente azul lanzaban rápidos destellos, mientras la música, que despertaba de nuevo con melodía más ligera y vivaz, semejaba imitarla armonía melódica de las jubilosas esferas.

—Oh, Arbaces, ¿qué clase de milagro es este? —preguntó Apaecides, con voz alterada—. Después de haber negado a los dioses, parece como si deseases revelarme…

—… sus placeres —interrumpió Arbaces, en tono tan distinto de su habitual frialdad y de su reposada armonía, que sorprendió a Apaecides y le indujo a pensar que el egipcio había sufrido una esencial transformación, y entonces, mientras se aproximaba a la cortina, una exultante melodía sonó en la habitación, desde detrás de su escondite. Con aquella música, el velo se partió en dos y pareció desvanecerse en el aire. Una escena que ni el más depurado sibarita hubiese sido capaz de emular apareció ante la mirada atónita del joven sacerdote. Una inmensa mesa de comedor se extendía a lo largo de los muros, iluminada con incontables y brillantes luces, que envolvían la sala en aromas de incienso, de jazmín, de violeta, de mirra; las más olorosas de todas las flores, las más caras de cuantas plantas aromáticas podían lograrse, semejaban confundirse en un inefable aroma de ambrosía; de las esbeltas columnas que sostenían el lejano techo cabalgaban blancos tapices, adornados con estrellas doradas. En los extremos de la habitación, dos fontanas lanzaban sus chorros de espuma que, al reflejarse en los rayos de la rosácea luz, titilaban como incontables diamantes. En el centro del aposento, a medida que ellos iban avanzando, comenzó a elevarse lentamente del suelo, al compás de la música de una orquesta invisible, una mesa llena de viandas cuyo contenido parecía haber sido concebido por un ser de fantástica imaginación. La vajilla procedía dela ya olvidada Mirrene[138], de colores tan brillantes y de material tan transparente, que daba a su contenido un aspecto exótico y oriental. Los divanes que rodeaban la mesa estaban tapizados con sedas azules y doradas, y, mediante

la instalación de invisibles tubos en el techo abovedado, caían pequeñas cascadas de agua fragantes que refrescaban el delicioso ambiente y rivalizaban en esplendor con las lámparas, como si los espíritus del mar y del fuego disputasen cuál de entrambos elementos podía producir aromas más delicados. De pronto, desde detrás de los blancos lienzos, apareció la figura de Adonis[139], visto en el preciso instante en que éste se inclina sobre el regazo de Venus. Surgieron a su vez más personajes, unos con guirnaldas y otros con liras, que rodearon al joven sacerdote y condujeron sus pasos hasta la mesa del banquete. Adornaron su cabeza con coronas de flores y cadenetas de rosas. La tierra, la idea de que se hallaba en la tierra, se desvaneció de su alma. Imaginó que estaba soñando y retuvo el aliento para evitar que despertase temprano en demasía; sus sentidos, a los que aún no se había rendido jamás, parecían latir en sus sienes ardientes y confundir su mirada titubeante e imprecisa. Y mientras así se encontraba, confuso y perdido, una vez más, ahora en rápidas estrofas báquicas, se alzó esta mágica tonadilla:

ANACREÓNTICA[140]

En las venas del cáliz espuma y resplandores,
la sangre del burbujeante vino.
Pero, oh, en el vaso de la juventud bulle
un Lesbos[141] más divino.
Dichoso, dichoso
como un líquido glorioso,
sus olas brillan en tu párpado amistoso.

Llenad la copa hasta el cegador borde
con el licor de nuestro joven Lieo[142];
la vid es el recurso que propone
para vencer al mundo con libertad y contento.
Bebed, bebed,
¿para qué contenernos
si tan sólo corderos pueden vernos?

Bebed, bebed, cual yo bebo en tus ojos
de vides más sublimes dulce vino,
sonreíd al dios de la uva…, tus suspiros
guárdalos para mí.
Bebe, bebe,
mi mirada se enciende, sedienta:
mírame así…

Al concluir la canción, un grupo de tres doncellas, enlazadas por una cadena de flores estrelladas, que imitaban —y hubieran podido avergonzar — a las Gracias, avanzaron hacia él con los pasos deslizantes de la danza jonia: al igual que caminan las Nereidas[143], envueltas en el claror de la luna, en las doradas playas del Egeo, de idéntica forma a como Citerea[144] enseñó a andar a sus doncellas en las bodas de Psique y su hijo.

Se aproximaron a él y le coronaron con sus guirnaldas; después, arrodillándose, la más joven le entregó la jarra en la que el vino de Lesbos brillaba entre espumas. El muchacho no pudo resistirse, tomó la estimulante vasija y pronto notó que la calidez del vino navegaba en sus venas. Se dejó caer sobre el pecho de la ninfa que se sentaba junto a él y volvió la cabeza para buscar con mirada perdida a Arbaces, quien en el vértigo de sus emociones había desaparecido de su vista, hasta descubrirlo sentado en uno de los divanes de la parte superior de la mesa. El egipcio le miraba y le animó con una sonrisa que le causó gran satisfacción.

Le veía ahora no como solía hacerlo siempre, vistiendo prendas ásperas y oscuras y con un gesto de preocupación en la frente; le distinguió con unas ropas deslumbrantes y cegadoramente blancas, tachonadas con oro y joyas, en toda su persona; rosas blancas alternaban con esmeraldas y rubíes y una especie de tiara cubría sus córvidas[145] guedejas. Al igual que Ulises, semejaba haber alcanzado la gloria de una segunda juventud; sus facciones parecían haber cambiado la meditación por la belleza y sobresalía en mitad de aquel ambiente subyugador que le rodeaba, con la luminosa y relejada benignidad de un dios del Olimpo.

—Bebe, diviértete, ama, discípulo mío —dijo—. No te avergüences de ser apasionado y joven. Eres lo que sientes en las venas. Pon sólo atención a lo que puedes llegar.

Y señaló hacia un rincón. Los ojos de Apaecides siguieron la dirección de su mano y fueron a dar en un pedestal, colocado entre las estatuas de Baco e Idalia[146], que sostenía un esqueleto.

—No te asustes —añadió el egipcio—. Este agradable invitado sólo nos advierte de la brevedad de la vida. De sus propios labios oigo la voz que dice: *goza*.

Mientras hablaba, un grupo de ninfas rodearon la estatua; dejaron guirnaldas en el pedestal y, quizá para acompañar el trasiego del servir y vaciar copas entre los asistentes al esplendoroso convite, entonaron el siguiente aire:

Himnos báquicos a la imagen de la muerte

I

Tú que estás en la tierra de las sombrías huestes,
tú que siempre supiste amar y beber fuerte,
por el río resbalas hoy como un alma en pena,
mas tu recuerdo siempre entre nosotros queda.
Por si la memoria regresar pudiera
desde el dorado cielo otra vez a la tierra,
a lamentar la gloria del placer ya perdido,
ponemos estas flores sobre este derruido
lugar donde tu alma halló inmenso placer.
La rosa en su perfume era grata de ver
y la sonrisa estaba en la profunda tina
y en la sencilla cítara las voces argentinas,
cuando estabas seguro de que tu alma gozaba
y la luz de tu noche la del día apagaba.

En ese instante avanzó otro grupo de cantantes que dio a la melodía un compás más alegre y más vivo.

II

Hacia la orilla de la muerte,
oh, muerte, todos marchemos.
Despacio, muy despacio, nuestros remos
resbalen en las aguas, lentamente.
Sopla benigno y suave viento fiero,
con flores de las Horas envolvednos.
Si víctimas, al fin,
seámoslo con flores y con cánticos tiernos,
que así las víctimas deben sucumbir.

Tras una breve pausa se fue dando más y más rapidez al estribillo para ser cantado con música de baile.

¡Ya que la vida es corta, vivámosla riendo,
ah, sin perder minuto, muy deprisa y corriendo!…
Si la juventud es la copa que podemos beber,
sea el amor la perla que deseemos tener.

Una tercera orquesta con copas de vino llenas hasta rebosar se acercó al extraño altar y vertieron sobre el mismo su contenido, y, una vez más, lenta y solemnemente, prosiguió la cambiante melodía:

III

Sé bienvenido, huésped de noche oscura,
que vienes del lejano y muy temido mar.
Cuando la última rosa nos pierda su frescura,
nuestro convite amigo ya podrás disfrutar.
¿Quién quiere mantener una disputa

contra la bienvenida a nuestro huésped?
¿Tú, que has de convidar con tu despensa
a los que habitan en la oscura ribera?
Estamos aún lejos de las huestes
y tú eres tan sólo sombra muerta,
con toda la tristeza de tu mirar severo.
Tú eres nuestro *huésped* pasajero.

En este instante, la que se sentaba al lado de Apaecides tomó repentinamente la canción:

IV

Nuestro destino es feliz por ahora,
pues la tierra y el sol nos pertenecen.
Lejos queda la tumba que envilece,
no aceleren las alas de las Horas.
Dulce para los dos será la fiesta,
qué tierno tu mirar, mi dulce amor,
y hacia tu alma vuelo con fervor
como el pájaro vuela a su pareja.
Tómame, oh, sí, lo ruego, róbame,
estréchame en tu pecho protector
y deja que me hunda en tu frescor.
Pero tómame siempre entre tus brazos
y dime con palabras y suspiros
lo que veo en tu rostro enfebrecido:
que mi sol no se ha puesto,
que la antorcha en el fanal no ha muerto
y que aún nuestro amor suspira y arde.
Dime otra vez que sí, que nos queremos.

LIBRO II

Capítulo I

Una guarida de ladrones en Pompeya y los caballeros del cuadrilátero clásico

Nos trasladaremos ahora a uno de los varios barrios bajos de Pompeya, habitados no por los usufructuarios del placer, sino por sus servidores y víctimas, donde moran gladiadores y campeones de lucha, gente viciosa y sin un céntimo, salvaje y obscena, lugar de horror y santuario de criminales.

Era una habitación que se comunicaba directamente con un callejón apartado y muy concurrido. Ante el vestíbulo había un grupo de hombres de

músculos bien formados, que parecían de hierro, de cuellos cortos y hercúleos, de aspecto esforzado e inquieto. Se trataba delos campeones del anfiteatro. En un estante del interior del establecimiento había una hilera de jarras de vino y aceite, y a su derecha, pegado a la pared, un dibujo de escasa calidad, en el que se veía a unos gladiadores bebiendo: tan antigua y venerable es la costumbre de la publicidad con carteles. Dentro de la habitación se distinguían varias mesas pequeñas, ordenadas como si, de acuerdo con la moda moderna, se tratara de *palcos,* ante los cuales se sentaban varios grupos de hombres, bebiendo unos, jugando a los dados otros, o, en fin, dedicados a un pasatiempo de habilidad, llamado *duodecim scriptae*[147] que algunos sabios han identificado erróneamente con el ajedrez, aunque sí es posible que tuviese alguna semejanza con el *backgammon*[148] dedos jugadores y que usualmente, aunque no siempre, se practicara con la ayuda de dados. Era la primera hora de la tarde y nada podía justificar mejor la indolencia de los clientes de aquella taberna que el impropio y prematuro momento del día en que se reunían. Sin embargo, a pesar de la situación de la casa y de las características de sus ocupantes, el ambiente no ofrecía la mugrienta sordidez que hoy podríamos ver en un antro similar de una ciudad de nuestro tiempo. El carácter alegre de los pompeyanos que perseguían, al menos, satisfacer sus sentidos, aunque descuidasen la atención de su mente, se expresaba en los colores chillones que decoraban las paredes y con las formas, fantasiosas y no exentas de elegancia, que mostraban las lámparas, las copas de cristal tallado y los utensilios propios de un establecimiento de aquel tipo.

—¡Por Pólux! —dijo uno de los gladiadores, apoyándose en la pared del vestíbulo—. El vino que nos vendes, viejo Sileno[149] —ya medida que iba hablando, golpeaba la espalda a un fornido personaje—, es sin duda lo más adecuado para debilitar la mejor de las sangres en las venas.

El hombre que con tanta cordialidad fue saludado y cuyos brazos desnudos, su mandil blanco, sus llaves y su servilleta colgada descuidadamente en su cinto, indicaban que era el dueño de la taberna, había pasado ya el otoño de su vida, pero su figura era todavía robusta y atlética y podía rivalizar con aquellos cuerpos nervudos que le rodeaban, a no ser porque sus músculos se habían degradado en masas de carne y

porque sus mejillas se mostraban rojizas e hinchadas. Por otra parte, su estómago, cada día más dilatado, ensombrecía el amplio y pasivo pecho que se alzaba sobre él.

—A mí no me vengas con tus desatinos injuriosos —gruñó el gigantesco patrón, con una voz similar al semirrugido de un tigre ofendido, aunque no exenta de afectividad—. Mi vino es lo suficientemente bueno para una carroña que pronto empapará el polvo del *spoliarium*[150].

—¡No graznes de ese modo, viejo cuervo! —contestó el gladiador, riendo con desprecio—. Vivirás lo suficiente para colgarte de rabia cuando veas que he ganado la corona de laurel; y, cuando obtenga el premio en el anfiteatro, que estoy seguro de lograrlo, mi primera petición a Hércules será para que te maldiga a ti y a tus malditas bebidas por siempre jamás.

—¡Oídle, oíd a este modesto Pirgopolinices! Sin duda, debe haber servido a las órdenes de Bombochides Cluninstardisarchides[151] —gritó el tabernero—. Sporus, Niger, Tetraides, dice que os va a ganar el premio. ¡Por los dioses! Uno sólo de vuestros músculos es capaz de asfixiar todo su cuerpo, o yo no entiendo nada de lo que ocurre en la arena.

—Ah —exclamó el gladiador, enrojeciendo de furia—. Nuestro *lanista*[152] diría algo muy distinto.

—¿Qué podría decir contra mí, vano Lydon? —preguntó Tetraides, frunciendo el ceño.

—¿O en mi contra, que he ganado ya quince combates? —inquirió, a su vez, el gigantesco Niger, acercándose amenazadoramente al gladiador.

—¿O en contra mía? —gruñó Sporus, con fuego en los ojos.

—¡Bah!… —exclamó Lydon, cruzándose de brazos y observando a sus rivales con un gesto de temerario desprecio—. El tiempo de la verdad llegará pronto. Guardad para entonces vuestras bravatas.

—Sí, falta ya poco —opinó el rudo patrón—. Y si muevo un solo dedo para salvarte, que los Hados corten el hilo de mi vida.

—De tu soga, querrás decir —contestó Lydon, con desprecio—. Toma, ahí va un sestercio para que te compres una.

El corpulento vendedor de vinos tomó la mano que el gladiador le tendía y apretó con tan denodada fuerza que la sangre saltó de las puntas de los dedos a las prendas de vestir de los que allí estaban.

Todos estallaron en salvajes risotadas.

—Ya te enseñaré yo, joven fanfarrón, a no comportarte conmigo como un macedonio… Yo no soy un persa debilucho, te lo aseguro. ¿Qué quieres? ¿Acaso no he peleado durante veinte años en la arena sin deponer mis armas ni una sola vez? ¿Y no he recibido el bastón de vencedor de la misma mano del edil, como emblema de victoria y como premio a mi retirada con todos los honores? ¿Voy a permitir que ahora me dé lecciones un niño?

Tras estas palabras, soltó su mano, con gesto desdeñoso.

Sin mover un solo músculo de su cara y con la misma sonrisa con la que previamente había vituperado al patrón, el valiente gladiador soportó el doloroso y terrible apretón que había recibido en la mano. Pero tan pronto como sintió que quedaba liberada se encorvó durante unos segundos, como hacían los gatos salvajes, y fue posible observar cómo todos los cabellos de su cabeza y de su barba se erizaban, y con un grito desgarrador se lanzó al cuello del gigante, con un ímpetu que logró hacerle perder el equilibrio, a pesar de su robustez y de su fortaleza. Y cayó al suelo con el estruendo de una roca desprendida, y sobre él se abalanzó su feroz enemigo.

Nuestro tabernero no hubiese tenido necesidad de utilizar la soga que tan amablemente le había ofrecido Lydon, en caso de haber permanecido más de tres minutos en aquella situación. Pero, al oír el estrépito de su caída, una mujer, que hasta entonces había permanecido en una dependencia interior, apareció en el escenario de la batalla, dispuesta a prestarle ayuda. Este nuevo aliado hubiese hecho buena pareja con el gladiador; era alta, delgada, y parecía que sus brazos sólo podían ser empleados en repartir tiernos abrazos. De hecho, la gentil aliada de Burbo, el vendedor de vinos, había luchado, como él, en el anfiteatro[153], bajo la mirada del mismo emperador. Y el propio Burbo, invencible en la arena, fue, según se dice, quien se rindió y entregó sus laureles a la tierna Stratonice. Esta dulce criatura, tan pronto como se dio cuenta del inminente peligro en que se hallaba su media naranja, sin más armas que aquellas con que la Naturaleza la había dotado, se lanzó contra el gladiador en ejercicio y, cogiéndole por la cintura con sus largos brazos, que semejaban serpientes, lo levantó con un repentino tirón de encima del cuerpo de su marido, dejando sólo sus manos aferradas al cuello de su enemigo. Más de

una vez hemos visto así a los perros al ser cogidos por las patas traseras por algún celoso servidor, para separarlo de un rival caído, mientras su otra mitad, cabeza, dientes, ojos, pezuñas, permanecen aferradas y sumidas en el enemigo derribado. Entre tanto, los gladiadores observaban, se regodeaban y pedían sangre, agrupados alrededor de los combatientes, con las aletas de sus narices distendidas, sus labios sonrientes, sus ojos fijos en la enrojecida garganta de uno y las magulladas piernas del otro.

—*Habet!* (¡ya lo tiene!), *habet!*[154], —gritaban con concisa exclamación, frotándose las manos.

—*Non habeo,* mentiroso; aún no lo tengo —gritó el tabernero, en tanto se desasía con un titánico esfuerzo de aquellas manos asesinas y se levantaba del suelo, jadeando sin aliento, dolorido y ensangrentado. Y observó después la mirada vacilante, la mueca que dejaba al descubierto los dientes de su sorprendido contendiente, que ahora luchaba (luchaba desdeñosamente) agarrado aún por la vigorosa amazona.

—Juego limpio —exclamaron los gladiadores—. Uno contra uno.

Y, rodeando a Lydon y a la mujer, separaron a nuestro apacible cliente de su cortés patrona.

Pero Lydon, sintiéndose sin duda herido en su amor propio por aquella humillante situación, e intentando librarse del abrazo de la machorra, metió una de sus manos en el cinto y extrajo un pequeño puñal. Tan amenazadora era su mirada y tan brillante la hoja del cuchillo que Stratonice, que sólo estaba acostumbrada a luchar de acuerdo con las reglas que los modernos llamamos pugilísticas, retrocedió alarmada.

—Oh, dioses —exclamó—. El muy rufián. Lleva armas escondidas. ¿Es eso juego limpio? ¿Es eso propio de un caballero y de un gladiador? La verdad es que desprecio a tipos como ése…

El tabernero, acostumbrado a aquella clase de ejercicios higiénicos, como puede estarlo un bulldog[155] inglés tras su lucha contra un antagonista menos duro, se había recobrado ya totalmente. Las rojeces de su rostro se habían convertido en manchas rosáceas que afectaban sólo a sus mejillas y las venas de sus sienes habían recobrado su volumen normal. Se sacudió de hombros, satisfecho de saberse aún vivo, emitió unos gruñidos y

miró a su enemigo de pies a cabeza, con un gesto de aprobación, como no lo había hecho nunca con anterioridad.

—¡Por Cástor![156] —exclamó—. Eres un tipo más fuerte de lo que yo había creído. Ahora me doy cuenta de que eres un hombre meritorio y virtuoso. Dame la mano, pequeño héroe.

—El viejo y deportivo Burbo… —gritaron los gladiadores, aplaudiendo —. Noble hasta la médula de sus huesos. Dale la mano, Lydon.

—Por descontado —replicó Lydon—. Pero ahora que he probado su sangre, anhelo chupársela toda.

—¡Por Hércules! —dijo el tabernero, sin la menor malquerencia—. Ése es el sentir propio de un buen gladiador. ¡Pólux! Es admirable lo que puede hacer de un hombre un buen entrenamiento. Una bestia no podría ser más fiera.

—¡Una bestia!… Estúpido, nosotros vencemos a una bestia en un abrir y cerrar de ojos —gritó Tetraides.

—Bueno, bueno —terció Stratonice, que ahora estaba ocupada en ordenarse el cabello y alisarse las ropas—, si ya volvéis a ser todos buenos amigos, os recomiendo que os comportéis civilizadamente y no arméis ruido. Algunos jóvenes aristócratas, vuestros protectores y admiradores, han enviado aviso de que vendrán a haceros una visita. Quieren veros y trataros con más familiaridad de lo que es posible hacerlo en las escuelas, antes de decidir por quién van a apostar en las grandes luchas del anfiteatro. Siempre vienen a casa con este propósito, puesto que saben que nosotros sólo recibimos aquí a los mejores gladiadores de Pompeya. Gracias sean dadas a los dioses, nuestra clientela es muy selecta.

—Sí —añadió Burbo, bebiendo de un cuenco o, mejor, de una cubeta de vino—. Un hombre que ha logrado tantas glorias y laureles como yo sólo puede acoger y animar a los valientes. Lydon, bebe, muchacho; espero que llegues a gozar de una edad madura como la mía.

—Ven aquí —dijo Stratonice, tomando a su marido afectuosamente por las orejas, esa caricia que Tibulo describió con tanta delicadeza—. Ven aquí.

—No tan fuerte, mi pequeña loba… Eres peor que un gladiador —murmuró con voz ronca Burbo.

—Chist… —susurró ella—. Caleno acaba de entrar, disfrazado, por la puerta trasera. Espero que haya traído los sestercios.

—Oh, oh. Voy a recibirle —dijo Burbo—. Mientras tanto, echa un vistazo al vino y sirve a los clientes. No te dejes engañar por ellos, querida; sin duda son héroes, pero también sinvergüenzas redomados. Caco[157] fue un ángel a su lado.

—¡No desconfíes de mí, imbécil! —respondió su cónyuge.

Y Burbo, satisfecho y lleno de confianza, salió del local en busca de la entrada trasera de su casa.

—Así que esos delicados protectores vienen a admirar nuestros músculos —dijo Niger—. ¿A quién enviaron para decírtelo, patrona?

—A Lépido. Trae consigo a Clodio, el mejor apostador de Pompeya, y a Glauco, un joven griego.

—Apuesto en nombre del apostador —exclamó Tetraides—. Estoy seguro de que lo hará por mí. Veinte sestercios. ¿Qué dices a eso, Lydon?

—Apostará a *mi* favor —dijo éste.

—No, lo hará por mí —gruñó Sporus.

—¡Estúpidos! ¿Creéis que preferirá a cualquiera de vosotros antes que a Niger? —dijo el atleta, que modestamente se nombraba a sí mismo.

—Bueno, bueno —dijo Stratonice, mientras destapaba una gran ánfora para sus parroquianos, que ahora se habían sentado alrededor de una de las mesas—, es posible que seáis todos hombres grandes y valientes, pero en caso de que no se encuentre a un criminal que elimine vuestra oportunidad, ¿quién se enfrentará al león de Numidia[158]?

—Yo, por ejemplo, que he sobrevivido a tu ataque, poderosa Stratonice —dijo Lydon—, podría enfrentarme al león sin excesivo riesgo.

—Pero, dime —interrumpió Tetraides—, ¿dónde está esa joven y hermosa esclava tuya, la ciega de los deslumbrantes ojos? Hace mucho tiempo que no la veo.

—Oh, es demasiado delicada para ti, hijo de Neptuno[159] —contestó la tabernera—, y creo que demasiado buena chica también para nosotros. La hemos enviado a la ciudad a vender flores y a cantar para las matronas. Gana así más dinero que si la dedicásemos a serviros. Además, tiene otras ocupaciones que surgen de vender rosas.

—¿Otras ocupaciones? —preguntó Niger—. Es demasiado joven para eso.

—Silencio, malas bestias… —gritó Stratonice—. Imagináis que no hay más comedias que las que representan los corintios[160]. Si Nydia tuviese el doble de los años que ha cumplido, estaría igualmente capacitada para ser sacerdotisa de Vesta. Pobrecilla…

—Pero, escucha, Stratonice —intervino Lydon—. ¿De dónde sacaste una esclava tan gentil y delicada? Sería más lógico verla como sirvienta de una rica matrona de Roma que como esclava tuya.

—Eso es cierto —convino Stratonice—. El día menos pensado haré una fortuna vendiéndola. ¿Cómo encontré a Nydia preguntas?…

—Sí.

—Tú viste a mi anterior esclava, Staphyla… ¿Recuerdas a Staphyla, Niger?

—Sí, aquella muchacha de grandes manos y con una cara que parecía una máscara cómica. ¿Cómo podría olvidarla si tengo perennemente a su antigua dueña ante mis ojos?

—Calla, bruto… Bien, Staphyla murió un buen día y fue una gran pérdida para mí. Tuve que ir al mercado para comprar otra esclava. Pero, ¡por todos los dioses!, todas ellas eran mayores y caras y desde que compré a Staphyla mis caudales habían ido de baja. Estaba a punto de abandonar el mercado, llena de desesperanza, cuando un mercader me tiró de la túnica. «Señora —me dijo—, ¿quieres una esclava barata? Tengo una niña que vender…, todo un negocio. En verdades muy joven, casi una niña, pero es diligente y silenciosa, inteligente y dócil, canta bien y es de buena raza.» «¿De dónde proviene?», pregunté. «De Tesalia.» Yo sabía que los tesalios eran inteligentes y amables y le pedí que me mostrase la chica. Su aspecto era casi el mismo que tiene ahora, quizá algo menos crecida, un poco más joven en apariencia. Parecía ser paciente y resignada, con su mirada dirigida al suelo y sus brazos cruzados. Pregunté al vendedor cuánto pedía por ella y, como el precio se me antojó moderado, la compré en seguida. Bien, amigos míos, imaginad mi sorpresa cuando descubrí que era ciega. Ja, ja…, un tipo listo aquel mercader. Corrí a denunciar el hecho a los magistrados, pero aquel canalla se había largado de Pompeya. Así, pues, tuve que

regresar a casa, de muy mal humor, os lo aseguro. Y la pobre cría padeció los efectos de mi ira. Sin embargo, no era suya la culpa de estar ciega…, lo era de nacimiento. Y poco a poco fuimos conformándonos con nuestra compra. Naturalmente, no poseía la fuerza de Staphyla y era poco útil en casa, pero en poco tiempo era ya capaz de andar por las calles de la ciudad con tanta facilidad que una se preguntaba si no tendría los ojos del mismísimo Argos[161], y cuando una mañana nos trajo a casa un puñado de sestercios que había obtenido con la venta de algunas flores que recogió en nuestro pequeño y des-cuidado jardín creímos que los dioses nos la habían enviado. A partir de aquel día la dejamos que vaya donde quiera, con su cesta llena de flores, que ella entreteje al estilo de las guirnaldas de Tesalia, que tanto agradan a los galanes jóvenes. La gente importante de la ciudad parecía enamorarse de ella, y siempre le pagaban más de lo que suelen hacer con cualquier otra florista. Y nos lo entregaba todo al llegar a casa, que es bastante más de lo que un esclavo normal suele hacer. Ahora tengo que trabajar en casa, pero muy pronto podré comprarme con las ganancias que ella proporciona una nueva sirvienta, que ocupe el puesto de Staphyla; seguramente aquel mercader de Tesalia raptó a la niña ciega de casa de sus padres[162]. Además de su habilidad para vender flores, canta y toca la cítara, lo cual también produce dinero, que asimismo trae íntegramente a casa. Últimamente…, pero esto es un secreto…

—¿Que es un secreto…, qué? —gritó Lydon—. ¿Acaso te has convertido en esfinge?

—En esfinge, no. ¿Por qué en esfinge?…

—Deja de parlotear, buena mujer, y tráenos nuestra carne. Tengo hambre —interrumpió Sporus, con impaciencia.

—Y yo también —confirmó el siniestro Niger, afilando su cuchillo en la palma de la mano.

La amazona se encaminó a la cocina y regresó pronto con una fuente de pedazos de carne medio cruda, pues comiéndola así aquellos campeones de la lucha creían, como los de hoy, que podían mantener su fuerza y su ferocidad; rodearon la mesa con ojos de lobos hambrientos y la carne desapareció y corrió el vino. Así, pues, dejemos a estos importantes personajes de la vida clásica para seguir los pasos de Burbo.

Capítulo II

Dos ciudadanos beneméritos

En los primeros tiempos de Roma el sacerdocio era una profesión honorable y no retribuida. Se dedicaban a ella los más nobles ciudadanos y estaba prohibida a los plebeyos. Después, desde mucho antes de la época que estamos narrando, quedó abierta a toda clase de rango social; al menos, el ejercicio de las funciones de flámenes[163] y sacerdotes, aunque no el resto de las actividades religiosas dedicadas a dioses determinados.

Incluso el sumo sacerdote de Júpiter (*Flamen Dialis*), que iba siempre precedido por un líctor y gozaba de título suficiente, en razón de su cargo, para formar parte del Senado, fue en un principio privilegio exclusivo de los patricios, aunque pasó más tarde a ser elegido por sufragio popular. Las

deidades con menor dignidad y proyección nacional estaban atendidas por sacerdotes plebeyos, y muchos eran los que abrazaban tal profesión —como ocurre hoy con los cristianos católicos que entran en la vida monástica— más que por impulsos de devoción, por la seguridad que les ofrecía una bien calculada pobreza, que garantizaba el sustento. Así, pues, Caleno, el sacerdote de Isis, era de muy baja procedencia. Sus parientes, aunque no sus padres, fueron hombres libres y había recibido de ellos una educación liberal y abierta, además de un pequeño patrimonio que heredó de su padre y que muy pronto dilapidó. Entró en religión como único recurso de no acabar en la miseria. Cualesquiera que fuesen los emolumentos que la sagrada profesión aportaba a sus oficiantes, que en aquellos tiempos no debían ser muy considerables, los sacerdotes de un templo popular no podían quejarse de los beneficios que obtenían de su profesión. No existe negocio más lucrativo que el que explota la superstición de las multitudes.

Caleno ahora sólo tenía un pariente que había sobrevivido en Pompeya, y ése era Burbo. Varios lazos, oscuros, vergonzantes y más sólidos que los de la sangre unían sus afectos y sus intereses, y con frecuencia el ministro de Isis iba a verle, convenientemente disfrazado, mientras se le suponía dedicado a sus austeras devociones. Y deslizándose por la puerta trasera de la casa del gladiador, hombre al que igualaba en infamia y en vicio, pasaba con él unos ratos agradables, durante los cuales se despojaba de los postreros harapos de una hipocresía que, a no ser por los dictados de su avaricia —pasión que le dominaba—, hubiese resultado en todo momento incómoda a una personalidad demasiado rastrera hasta para fingirse virtuoso.

Envuelto en una de las largas capas que fueron generalizándose entre los romanos, a medida que disminuía el uso de la toga, cuyos amplios pliegues disimulaban la figura y cuya capucha (unida a ellas) proporcionaban no menor seguridad a la ocultación de las facciones, Caleno se sentó en una habitación privada de la bodega, a la que iba a dar directamente el estrecho pasillo que tenía su inicio en la puerta trasera y que existía en casi todas las casas de Pompeya.

Delante de él estaba, también sentado, el corpulento Burbo, contando sobre una pequeña mesa un montoncillo de monedas que el sacerdote

acababa de extraer para ese propósito de una bolsa. Las bolsas en aquel entonces eran tan comunes como ahora, y por regla general estaban mejor nutridas.

—Ya ves —dijo Caleno—, que te pago con generosidad y que debieras darme las gracias por haberte recomendado un negocio tan ventajoso.

—Te lo agradezco, primo, te lo agradezco —rezongó Burbo, con afecto, al tiempo que hacía caer las monedas en un receptáculo de cuero que después acomodó en su cinturón, apretándose la hebilla sobre su dilatada cintura, aún más de lo que acostumbraba a hacer en sus horas de reposado trabajo doméstico—. Y te juro por Isis, Pisis y Nisis y demás dioses que pueda haber en Egipto que mi pequeña Nydia es una verdadera Hespéride…, un verdadero jardín de oro para mí[164].

—Canta bien y recita como una musa —contestó Caleno—. Y esas son virtudes que paga con liberalidad quien me emplea.

—Es un dios —gritó Burbo, entusiásticamente—. Todo hombre rico y generoso merece ser deificado. Vamos, toma un poco de vino, viejo amigo; cuéntame más cosas. ¿Cómo está ella? Debe estar asustada, debe hablar de su juramento y no decir nada.

—Yo tampoco diré nada, aunque me cortes la mano derecha. También yo he formulado un terrible juramento de silencio.

—¡Juramentos!… ¿Qué significa un juramento para hombres como nosotros?

—Los juramentos están más de moda que nunca —y el malvado sacerdote se estremeció mientras hablaba—. Pero éste… Sin embargo —continuó, después de vaciar una enorme copa de vino puro—, debo confesarte que no temo tanto el juramento como la venganza de quien me lo pidió. ¡Por los dioses!… Él es un poderoso brujo y podría arrancarme una confesión desde la luna si me atreviese a decírselo a ella. Basta, no hablemos más de eso. ¡Por Pólux! Por muy atractivos que sean esos banquetes que comparto con él, nunca me encuentro cómodo en aquel lugar. Mira, prefiero pasar una hora agradable contigo y otra con una de tus sencillas, agradables y sonrientes chicas en esta habitación, por muy manchada de humo que esté, que tener que aguantar una de sus noches enteras de libertinaje.

—Oh…, ¡y que tú digas eso!… Mañana por la noche, si así placea los dioses, organizaremos aquí un pequeño y cómodo jolgorio.

—Vendré de mil amores —contestó el sacerdote, frotándose las manos y aproximándose aún más a la mesa.

En aquel momento oyeron un ligero ruido en la puerta, como si alguien acariciase la manilla. El sacerdote se puso la capucha sobre la cabeza.

—No temas —murmuró el anfitrión—. Sólo se trata de la chica ciega.

Nydia abrió la puerta y entró en el cuarto.

—Eh, niña, ¿cómo estás? Te veo pálida. ¿Has estado de juerga hasta muy tarde? No importa, los jóvenes son siempre los jóvenes —dijo Burbo, con animación.

La muchacha no contestó nada y se dejó caer en una de las sillas, con aire de cansancio. El color de su rostro cambiaba con rapidez; golpeaba con impaciencia sus pequeños pies contra el suelo y levantó de pronto su cabeza y dijo con voz firme:

—Amo, puedes matarme de hambre si así lo deseas, puedes pegarme o amenazarme con la muerte, pero no volveré jamás a aquel lugar sacrílego.

—¿Cómo te atreves, imbécil? —tronó Burbo, con voz destemplada, mientras sus cejas se juntaban sobre los ojos inyectados en sangre—. ¿Pretendes rebelarte? Ándate con cuidado.

—Ya lo he dicho —constató la niña, cruzando los brazos sobre su pecho.

—¿Cómo?… De acuerdo, mi modesta y dulce vestal, ya no volverás nunca más. Muy bien, te llevaremos.

—Inundaré con mis gritos la ciudad —dijo la joven, con decisión, enrojeciendo hasta la frente.

—Ya nos ocuparemos también de eso. Irás amordazada.

—En tal caso, los dioses me ayuden, apelaré a los magistrados —replicó Nydia, levantándose.

——*Recuerda tu juramento* —dijo Caleno, con voz hueca, tomando parte por vez primera en la conversación.

Al oír aquellas palabras, un estremecimiento sacudió el cuerpo entero de la desdichada joven; juntó las manos en actitud de súplica:

—¡Cuán desgraciada soy!… —exclamó, antes de irrumpir en sollozos.

No es fácil aclarar si aquel murmullo de vehemente dolor fue lo que llevó a Stratonice a aquel lugar, pero lo cierto es que su figura apareció en el cuarto.

—¿Qué ocurre ahora? ¿Qué has estado haciendo con mi esclava, pedazo de bruto? —preguntó con enfado a Burbo.

—Cállate, mujer —replicó él, con expresión en parte cansada, en parte cohibida—. Quieres nuevos cíngulos y bonitos vestidos, ¿no? Bien, entonces ocúpate de tu esclava o seguirás deseándolo todo durante mucho tiempo. *Vae capiti tuo*[165]… ¡Venganza sobre tu cabeza, desgraciada!

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó la mujer, mirando a uno y a otro.

Nydia, con un repentino impulso, se separó de la pared en la que se apoyaba y se lanzó a los pies de Stratonice; la abrazó por las rodillas y, mirándola con sus ojos sin vista, pero repletos de emoción, sollozó:

—Oh, ama mía, tú eres una mujer y tienes hermanas, tú has sido joven como yo, apiádate de mí, sálvame. No quiero volver a esos terribles festines.

—¡Tonterías! —contestó la mujerzuela, arrastrándola con rudeza por una de sus delicadas manos, no adecuadas para más trabajo que para tejer las guirnaldas de flores que constituían su placer y su medio de obtener dinero—. ¡Tonterías! Esos escrúpulos no son propios de una esclava.

—Escucha —dijo su marido, extrayendo su bolsa y haciendo sonar su contenido—. ¿Oyes esta música, mujer? ¡Por Pólux!… Si no eres capaz de dar rienda corta a tu potro no volverás a oírlo.

—La chica está cansada —se excusó Stratonice, señalando con el mentón a Caleno—. Se comportará dócilmente la próxima vez que la necesites.

—*Tú, tú,* ¿quién está ahí? —exclamó Nydia, paseando su mirada por toda la habitación, con una expresión tan atemorizada y violenta que Caleno se levantó, alarmado, de su asiento.

—Tiene que ver forzosamente con esos ojos —susurró.

—¿Quién está aquí? Hablad, en nombre de los cielos. Ah, si estuvieseis ciegos, como yo, seríais menos crueles —dijo, echándose a llorar de nuevo.

—Llévatela —ordenó Burbo, impaciente—. Odio estos lloriqueos.

—Vamos —dijo Stratronice, empujando a la desgraciada joven por los hombros.

Nydia se echó a un lado, con tal resolución y firmeza, que su expresión se revistió de dignidad.

—Oídme —dijo—. Os he servido lealmente. Yo, que fui educada… Ah, mi madre, mi pobre madre, ¿hubiera podido soñar nunca que yo haya llegado a ser lo que soy? —se secó las lágrimas de las mejillas y siguió—. Mandadme cualquier otra cosa y obedeceré…, pero os repito que jamás volveré allí, aunque me lo pidáis con rudeza, con severidad, inexorablemente; y si me lleváis a la fuerza imploraré la mediación del mismo pretor, como antes os he dicho. Lo juro por los dioses…

Los ojos de la mujerzuela brillaron con fuego; cogió a la niña por el pelo, con una mano, y la levantó en alto con la otra, con aquella formidable mano derecha, cuya más mínima bofetada semejaba capaz de aplastar el frágil y delicado cuerpo que mantenía agarrado. Aquella idea debió pasarle también a ella por la cabeza, puesto que evitó la bofetada y arrastró a Nydia hacia la pared, tomó una soga que pendía de un gancho, utilizada, ay, con frecuencia para el mismo fin, y al instante los gritos, el llanto de agonía de la joven ciega se extendieron deforma penetrante por toda la casa.

Capítulo III

Glauco hace una compra que después le cuesta cara

—¡Hola, mis valientes amigos! —dijo Lépido, inclinando la cabeza para pasar por la puerta de la casa de Burbo—. Hemos venido a ver cuál de vosotros es capaz de honrar mejor a vuestro patrocinador.

Los gladiadores se levantaron de la mesa en señal de respeto hacia aquellos jóvenes, considerados como los más ricos y obsequiosos de Pompeya, cuyas palabras y juicios podían consolidar la fama de los que actuaban en el anfiteatro.

—¡Qué hermosos animales!… —comentó Clodio a Glauco—. Merecen, en verdad, ser gladiadores.

—Es una lástima que no sean guerreros.

Era todo un espectáculo contemplar al elegante y desdeñoso Lépido, a quien un solo rayo de sol podía cegar mientras estaba en un banquete o una ligera brisa era susceptible de destrozarle cuando se hallaba en los baños y en quien la Naturaleza parecía haberse deleitado con perversidad, contrahaciendo y retorciendo todo impulso natural para convertirle en una mezcla dudosa, en parte artística, en parte afeminada; era, pues, un espectáculo ver a ese Lépido, lleno ahora de gravedad, de energía y de vida, acariciando los anchos hombros de los gladiadores con su mano blanca y femenina, palpando con un melindroso apretón sus enormes músculos de hierro, perdido en una devota admiración hacia aquella virilidad que durante toda su vida él se había empeñado en desterrar de su propia persona.

Así, hemos visto también nosotros a los barbilampiños pisaverdes de los salones de Londres, amontonándose alrededor de los héroes de Fivescour[166] y hemos observado hasta qué punto los admiran, los contemplan, antes de realizar sus apuestas; así, hemos encontrado reunidos, en ridícula y melancólica asociación, los dos extremos de nuestra civilizada cultura: los que disfrutan del placer y sus servidores, a la vez, feroces y mercenarios, prostitutas masculinas que venden su fuerza como las mujeres su belleza; bestias de hecho, aún más viles que las bestias de condición, ya que estas últimas, al menos, no se destrozan entre sí por dinero.

—Ah, Niger, ¿cómo vas a luchar? —preguntó Lépido—. ¿Y contra quién?

—Sporus me ha retado —respondió el siniestro gigante—. Lucharemos a muerte.

—Por descontado… —murmuró Sporus, con un pestañeo de sus ojos diminutos.

—Él llevará la espada, y yo, la red y el tridente. Será una pelea de calidad y espero que el superviviente sea digno de la corona de laurel.

—No te preocupes. Nosotros nos encargaremos de engrosar vuestra bolsa, oh Héctor mío[167]. Veamos, ¿tú vas a luchar contra Niger? —preguntó Clodio—. Glauco, ahí va una apuesta: yo voy a favor de Niger.

—Ya os lo dije —exclamó Niger—. El noble Clodio me conoce; date ya por muerto, mi querido Sporus.

Clodio extrajo su tablilla:

—¿Qué apostamos? ¿Qué te parece seis sestercios?[168]

—De acuerdo —contestó Glauco—. Pero ¿quién es ése? Nunca he visto a este héroe con anterioridad —añadió, mirando a Lydon, cuyos miembros eran más estilizados que los de sus compañeros, cuya figura no dejaba de tener cierta delicadeza, y su expresión un rastro de nobleza que su profesión no había aún eliminado.

—Ése es Lydon, un principiante que por ahora sólo practica con la espada de madera —explicó Niger, con condescendencia—. Pero lleva buena sangre en sus venas y ha desafiado a Tetraides.

Lydon sonrió desdeñosamente.

—¿Es un ciudadano libre o un esclavo? —preguntó Clodio.

—Ciudadano. Aquí todos somos libres —contestó Niger.

—Estira el brazo, Lydon mío —pidió Lépido, con aire de experto en la materia.

Lydon dirigió una mirada significativa a sus compañeros y extendió un brazo que, si bien no era tan grueso como los de sus colegas, estaba tan firmemente musculado y poseía unas proporciones tan bellas y simétricas que los tres visitantes lanzaron a la vez una admirativa exclamación.

—Bien, dime: ¿qué arma utilizas? —preguntó Clodio, tablilla en mano.

—Lucharemos primero con el *cestus*[169]; después, si ambos sobrevivimos, tomaremos la espada —replicó Tetraides, con aspereza y con una mirada de malhumor.

—¿Con el *cestus?* —exclamó Glauco—. Me parece que te equivocas, Lydon; luchar con los puños es una costumbre griega, me consta. Debieras estar más grueso para ese tipo de pelea. Evita el pugilato; estás delgado en demasía para lograr algo positivo.

—No puedo —respondió Lydon.

—¿Por qué?

—Ya te lo he dicho, él me ha retado.

—No te habrá obligado a utilizar precisamente ese tipo de arma.

—Mi honor me impide solicitarle nada.

—Apuesto dos contra uno a favor de Tetraides con el *cestus* —dijo Clodio—. ¿De acuerdo, Lépido? Uno por uno, con las espadas.

—Ni aunque me ofrecieses tres contra uno aceptaría la apuesta —contestó Lépido—. Lydon nunca llegará a las espadas. Eres extraordinariamente amable.

—¿Y tú qué dices, Glauco? —preguntó Clodio.

—Yo acepto tres contra uno.

—¿Diez sestercios contra treinta?

—Sí[170].

Clodio lo anotó en su tablilla.

—Perdóname, noble protector mío —terció Lydon, en voz baja—. ¿Cuánto crees que ganará el vencedor?

—¿Cuánto? No sé, quizá siete sestercios.

—¿Estás seguro de que será tanto?

—Cómo mínimo. Pero vete al infierno. Un griego pensaría más en el honor que en el dinero. Oh, los italianos, estéis donde estéis, será siempre lo mismo…

Un ligero rubor apareció en las bronceadas mejillas del gladiador

—No interpretes mal mis palabras, noble Glauco; pienso en ambas cosas, pero jamás me habría hecho gladiador si no fuese por dinero

—¡Mezquino!… Debieras caer a la primera, un tacaño nunca puede ser un héroe.

—No soy un tacaño —dijo Lydon, con altivez, retirándose al otro extremo de la habitación.

—No veo a Burbo. ¿Dónde está Burbo? Tengo que hablar con él —gritó Clodio.

—Está ahí dentro —contestó Niger, señalando una puerta en un rincón de la taberna.

—Y Stratonice, la valiente Stratonice, ¿dónde para? —inquirió Lépido.

—Estaba aquí, justo antes de que entrarais. Pero, al parecer, oyó algo que no le acabó de gustar en el interior de la casa y también desapareció. ¡Pólux! A lo mejor Burbo se ha encerrado en la habitación trasera con alguna chica. He oído los lamentos de una voz de mujer; la vieja dama es más celosa que Juno[171].

—Oh, buen chiste… —exclamó Lépido, riendo—. Vamos, Clodio, vamos a compartir el botín de Júpiter. A lo mejor tiene en su poder a una

Leda.

En aquel mismo instante, un grito de dolor y de miedo sobresaltó a todo el grupo.

—Oh, perdonadme, perdonadme, soy sólo una niña y estoy ciega. ¿No es *eso* suficiente castigo?

—¡Oh, Palas! Conozco esa voz, es mi pobre florista —exclamó Glauco, corriendo al instante hacia el lugar de donde provenían los gritos.

—Derribó la puerta y distinguió a Nydia, retorciéndose entre los brazos de la indignada mujerzuela; la soga, ya manchada de sangre, se elevaba, una vez más, en el aire… De repente, se detuvo y cayó al suelo.

—¡Furia!…[172] —gritó Glauco, arrancando con su brazo izquierdo a la muchacha de las manos de su verdugo—. ¿Cómo te atreves a tratar así a esta muchacha, un ser de tu propio sexo, una niña?… Nydia mía, mi pobre criatura…

—¡Oh!, ¿eres tú?, ¿eres Glauco? —murmuró la niña, casi en tono de arrebato; las lágrimas cesaron de correr, por sus mejillas; sonrió, se aferró a su pecho, besó sus ropas al tiempo que le cogía con fuerza.

—Y tú, extranjero, ¿cómo te atreves a inmiscuirte en los asuntos de una mujer libre con su esclava? ¡Por los dioses! A pesar de tu hermosa túnica y tus asquerosos perfumes, dudo hasta que seas un ciudadano romano, lindo muñequito…

—¡Mide tus palabras, mujer; mide tus palabras…! —exclamó Clodio, que entraba en el cuarto, acompañado por Lépido—. Este jóvenes mi amigo y mi hermano de adopción. Debía haber buscado refugio contra tu lengua, mi dulce amiga: escupes piedras.

—Dame mi esclava —gritó aquella virago[173], agarrando con su poderoso puño el pecho del griego.

—No pienso hacerlo, aunque vengan en tu ayuda todas tus hermanas, las Furias. No temas nada, dulce Nydia; un ateniense nunca abandona a los desvalidos.

—Hola —dijo Burbo, levantándose de mala gana—. ¿Por qué armáis un escándalo semejante por una simple esclava? Suelta al joven patricio, déjale ir. Por su causa, y por esta vez, se salvará esa cosita impertinente de su justo castigo.

Tras pronunciar estas palabras, alejó, o mejor arrastró, a su furiosa cónyuge.

—Estoy seguro de que, al entrar, había aquí otro hombre.

—Se ha marchado.

Y, en efecto, el sacerdote de Isis había juzgado oportuno desaparecer inmediatamente.

—Oh, un amigo mío, un colega vinatero, un perro silencioso, al que, de vez en cuando, le gusta refunfuñar —explicó Burbo, sin dar mayor importancia al hecho—. Niña, vas a rasgar la túnica al caballero si te aferras con tanta fuerza; vete, estás perdonada.

—Oh, no, no me abandones —gritó Nydia, estrechándose aún más al ateniense.

Conmovido por su solitaria situación, por los ruegos que le dirigía y por los innumerables y tiernos encantos, el griego se sentó en una de aquellas rústicas sillas. La colocó sobre sus rodillas, limpió la sangre de sus hombros con su largo cabello, besó las lágrimas de sus mejillas y murmuró a su oído mil palabras de las que habitualmente usamos para calmar a los niños, y desempeñó tan bien su delicada y consoladora tarea que hasta el fiero corazón de Stratonice se conmovió. Su presencia iluminaba aquella rastrera y sórdida guarida: joven, hermoso y lleno de atractivo, parecía el símbolo de toda la felicidad que pueda haber en la tierra, dedicada al consuelo de los abandonados.

—Bien, ¿quién hubiera dicho que nuestra ciega Nydia iba a ser tan honrada? —comentó la mujer, secándose el sudor de la frente.

Glauco miró a Burbo.

—Buen hombre —dijo—. Es tu esclava; canta bien y acostumbra a cuidar las flores de mi casa. Quiero regalar una esclava como ésta a una dama. ¿Me la vendes?

Mientras hablaba, sintió que todo el cuerpo de la pobre niña se estremecía de gozo; se incorporó, se quitó los cabellos que ocultaban su rostro y miró a su alrededor como si tuviera la facultad de ver.

—¿Vender a nuestra Nydia? No, ni hablar —opinó Stratonice.

Nydia volvió a reclinarse con un suspiro y tomó con las manos la ropa de su protector.

—¡Tonterías! —terció Clodio, imperativamente—. Tenéis que cumplir mis deseos. ¿Qué dices, buen amigo…, y tú, vieja dama? Ofendedme y vuestro negocio se acaba. ¿No pertenece Burbo a la clientela de mi pariente Pansa? ¿No soy yo el oráculo del anfiteatro y de sus héroes? Si lanzo la orden de romper tus vasijas, no podrás vender ni una copa. Glauco, la esclava es tuya.

Burbo se rascó su amplia cabeza, con evidente malestar.

—Esta chica vale para mí su peso en oro.

—Di el precio, soy rico —dijo Glauco.

Los antiguos italianos eran como los modernos; para ellos no existe nada que no se pueda vender, y menos aún a una pobre muchacha ciega.

—Pagué seis sestercios por ella, y ahora vale doce por lo menos —dijo Stratonice.

—Te daré veinte. Ven conmigo ahora mismo a ver al magistrado, y luego a mi casa a recoger el dinero.

—No hubiese vendido a esta querida niña ni por cien sestercios, de no haber intervenido el noble Clodio —dijo Burbo, con tono de adulación—. ¿Hablarás a Pansa acerca del cargo de *designator*[174] en el anfiteatro, noble Clodio? Me vendría a la medida.

—Lo tendrás —concedió Clodio, y añadió en un susurro al oído del tabernero—. Ese griego puede hacerte ganar una fortuna; el dinero pasa por sus manos como por un colador. Marca este día con piedra blanca, Príamo, amigo.

—*An dabis?* —preguntó Glauco, utilizando la fórmula de toda venta o permuta[175].

—*Dabitur*[176].

—Entonces…, entonces…, ¿voy a irme contigo? Oh, felicidad… —murmuró Nydia.

—Sí, hermosa mía, y el mayor trabajo que harás de ahora en adelante será cantar tus himnos griegos a la joven más hermosa de Pompeya.

La muchacha se desasió de su abrazo; un cambio súbito se produjo en toda su persona, tan alegre y confiada hasta hacía un instante; suspiró hondamente y, tomando otra vez su mano, dijo:

—Creí que iba a ir a tu casa.

—Y eso es lo que vas a hacer de momento. Vamos, no perdamos más tiempo.

Capítulo IV

El rival de Glauco toma ventaja en su carrera

Iona era uno de esos personajes que una o dos veces aparece a lo largo de nuestras vidas. Abarcaba con absoluta perfección las más raras virtudes terrenales: talento, belleza. Nadie poseía una capacidad intelectual superior a la suya, quizá sin saberlo ella misma. La conjunción del mérito y la modestia es siempre admirable, pero de modo especial cuando el velo de la modestia que uno alaba no oculta al interesado su propio talento. El orgullo íntimo de saberse en posesión de ciertas cualidades que no pueden manifestarse en la vida cotidiana determina la timidez, la reserva y el aire preocupado de los genios, ese modo de conducirse que desconcierta y, a la vez, halaga a quien se encuentra con ellos.

Iona, pues, era consciente de su talento; pero lo ejercitaba con la encantadora versatilidad que es patrimonio exclusivo de las mujeres; poseía la facultad que muy pocas personas de talento, y menos aún las de sexo masculino, siempre menos maleable, podían exhibir: la tendencia a modelar sus dotes intelectuales y ponerlas a la altura de las personas con las que trataba. La fuente rutilante lanza sus aguas indistintamente en las calles, en las cuevas y sobre las flores; refresca, sonríe y brilla en todo lugar. Ese orgullo que es la consecuencia lógica de la superioridad lo transformaba Iona en sencillez hacia el mundo exterior y, en el fondo de su corazón, en independencia de criterio. Y así seguía la joven su brillante y solitario camino. Nunca había solicitado dirección ni guía a matrona de edad avanzada y prefería empuñar en solitario, a lo largo y ancho del mundo, la antorcha de su inquebrantable pureza. No aceptaba clase alguna de mandato o costumbre tiránica y dictatorial. Adaptaba los usos sociales a su voluntad con gracia y delicadeza tan femeninas, tan al margen de cualquier posibilidad de error, que nadie podía acusarla de *violar* la normativa social, sino de *interpretarla* a su manera. La abundancia de sus dotes era inextinguible: embellecía el más vulgar de sus actos; una palabra, una simple mirada de sus ojos, obraba efectos mágicos. El hecho de amarla suponía penetrar en un mundo nuevo, lejos de la trivialidad y la vulgaridad de esta tierra. Se encontraba uno en un inédito lugar, donde todo se veía a través de un médium encantado. En su presencia, uno se encontraba como si estuviese escuchando una música exquisita; uno se veía inmerso en ese sentimiento que tiene tan poco que ver con lo terreno y que tan bien inspira la música: una especie de intoxicación que refina y exalta, que ciertamente se apodera de los sentidos y los reviste con los atributos del alma.

Estaba, pues, especialmente dotada para atraer y fascinar a los hombres de personalidad menos vulgar y más osada; amarla equivalía a aunar dos pasiones, el amor y la ambición: uno aspiraba a llegar lejos al amarla. No era extraño, por tanto, que hubiese encadenado y subyugado el alma misteriosa y ardiente del egipcio, un hombre en el que moraban las más desatadas pasiones. Su belleza y su alma, al par igual, le habían hechizado.

Instalado voluntariamente fuera del mundo cotidiano, él amaba aquella independencia de carácter que le separaba de las acciones mundanas y le

hacían aparecer ante la vida como un ser superior y solitario. No se dio cuenta —o no quiso hacerlo— de que aquel aislamiento le colocaba con respecto a ella aún más lejos que cualquier otro de los hombres vulgares. Su soledad le separaba de la de ella, dos polos aparte, tan alejados como la noche del día. Él, un solitario dedicado a sus oscuros y solemnes vicios; ella, entregada a sus hermosos ensueños ya la pureza de sus virtudes.

Así, pues, si no resultaba extraño que Iona hubiese hechizado al egipcio, era perfectamente normal que hubiera cautivado, de forma repentina e irrevocable, el corazón luminoso y cálido del ateniense. La templanza de un temperamento que parecía formado por rayos de luz entremezclada había complacido a Glauco. Cuando incurría en la tentación de los vicios propios de la juventud, obedecía a los instintos de los pocos años y de la buena salud, pero nunca a los dictados de la disipación y de la maldad. En todos los abismos y cavernas por los que transitaba iba dejando el rastro luminoso de su personalidad. Su imaginación le cegaba, pero su corazón nunca se corrompió. Mucho más avispado de lo que creían sus compañeros, sabía que éstos envidiaban su dinero y sus pocos años, pero él despreciaba las riquezas, las consideraba sólo un medio para divertirse y sólo su juventud fue el origen del afecto que sentía hacia todos ellos. Pretendía, es cierto, que el impulso de nobles sentimientos le impulsara a perseguir objetivos más altos que los que producía el placer. Pero el mundo era una enorme prisión de la que el emperador de Roma era el carcelero, y las verdaderas virtudes que en los tiempos de libertad en Atenas hubiesen conformado su ambición, en la esclavitud de aquel mundo, le dejaban indiferente e inactivo. En aquella sociedad antinatural e hipertrofiada, cualquier propósito de noble emulación estaba prohibido. En las esferas superiores de la lujosa y despótica corte, la ambición se transformaba en una lucha cuyas armas eran la adulación y la mentira. La avaricia constituía el único fin de las acciones humanas, los hombres deseaban pretorias y puestos de gobierno en las provincias, con el único fin de dedicarse al pillaje. Gobernar constituía una excusa para robar impunemente. Es en los Estados pequeños donde la fama y el mérito son más puros y, a la vez, más activos; donde, al ser más reducidos los límites de actuación humana, aflora el patriotismo más ferviente. En las comunidades reducidas, la opinión pública es más concreta

e incisiva; todos los ciudadanos leen las intenciones de los demás con una simple mirada; los motivos de actuación pública se identifican con los intereses privados; cualquier lugar de su pequeño ámbito está plagado de connotaciones familiares, conocidas desde la infancia, y el aplauso de los conciudadanos es como la caricia de un amigo. Pero en los grandes imperios, la ciudad se reduce a la corte; las provincias, desconocidas, ajenas a las costumbres de la metrópoli y, con frecuencia, con distinto idioma, no tienen por qué responder al patriotismo del Estado, puesto que sus antepasados no fueron los mismos que los de los demás; lejos de la corte, el peso de la opinión pública se desvanece y el abuso de poder carece de contrapartida.

Italia, Italia, mientras escribo estas líneas tengo tus cielos sobre mí; tus mares fluyen a mis pies… No escuches la ciega política de los que desean unir todas tus altivas ciudades, lamentándose de que sus repúblicas no constituyan un solo imperio. Falso, pernicioso engaño… Tu única esperanza de regeneración está en permanecer dividida[177]. Florencia, Milán, Venecia, Génova, pueden ser libres de nuevo, si cada una de ellas es independiente. Pero no soñéis en la libertad del país unido, ya que sólo obtendréis la esclavitud de sus partes; el corazón debe ser el centro de todo sistema y la sangre tiene que circular libremente y llegar a todos lados. En las grandes comunidades sólo puede observarse la presencia de un gigante, hipertrofiado y débil, con un cerebro idiotizado, con unos miembros muertos, que tal es el precio —que se paga con debilidad y falta de salud— de intentar superar las proporciones naturales de la higiene y del vigor.

Encerradas en sí mismas, las fogosas cualidades de Glauco no encontraban salida, salvo a través de una incesante imaginación que proporcionaba dignidad al placer y poesía al pensamiento. La vida cómoda era menos despreciable que competir con parásitos y esclavos, y el lujo podía refinarse por medio de una ambición enaltecedora. Pero todo lo que resultaba más meritorio y digno de su alma despertó inmediatamente cuando conoció a Iona. Allí había un imperio merecedor de ser gobernado por un semidiós; allí se avistaba un paraíso que el apestoso humazo de una sociedad depravada no podía ensuciar ni empalidecer. El amor, en todo tiempo, en cualquier situación, encuentra un lugar donde erigir sus altares

dorados. Y dígame el lector si —incluso en las épocas más favorables y aptas para obtener éxitos y gloria— puede haber algo que exalte más a un hombre que la conquista de un corazón noble.

Y posiblemente le inspiraba porque este sentimiento el pensamiento de Glauco era aún más lúcido que de costumbre y su alma parecía más despierta y más vívida. Si era natural que él la amase, no lo era menos que ella correspondiese a su pasión. Joven, inteligente, lleno de elocuencia, enamorado y ateniense, era para ella la encarnación poética de la tierra de su padre. No parecían ser criaturas de un mundo cuyos presupuestos son el esfuerzo y el dolor, sino, más bien, seres llamados a existir durante unas vacaciones de la Naturaleza: tan gloriosas y limpias se manifestaban su juventud, su belleza, su amor. Se habría pensado que eran realidades ajenas a la lucha diaria de esta tierra o que pertenecían por derecho propio a la era saturnina[178] de los semidioses y las ninfas. Era como si la poesía de la vida se alimentase y se reprodujese en ellos y como si en sus corazones se concentrasen los últimos rayos del sol de Delos y de Grecia.

Pero si Iona había elegido como forma de vida la independencia, su orgullo resultaba en la misma proporción vigilante hasta alzarse alarmado ante la menor inconveniencia. La mentira del egipcio se basaba en un profundo conocimiento de su carácter. La calumnia de que Glauco era un ser libertino, desprovisto de delicadeza, la impactó profundamente. Se le antojó que el ateniense era algo así como un reproche a su persona, a su modo de vida y, especialmente, un castigo a su amor; sintió por primera vez que se rendía incondicionalmente a aquella pasión; enrojeció avergonzada por una debilidad de cuya intensidad se sobresaltó y llegó a pensar que aquella flaqueza había despertado desprecio en el corazón de Glauco. Sufrió la más amarga prueba que puede experimentar un espíritu noble: la *humillación.* Si en un momento determinado no pudo eludir un reproche contra Glauco —y hubo un momento, del que ahora abjuraba, en que llegó a odiarle—, poco después se deshizo en lágrimas, con su alma rendida a la amargura de la incertidumbre, según se confesaba a sí misma. Era posible que su amor no se hallase más firmemente asentado que su orgullo. «Me desprecia…, no me ama.»

En el instante en que el egipcio abandonó su compañía, se retiró a una de sus habitaciones más recluidas, despidió a sus doncellas y se negó a recibir a las numerosas personas que asediaban su puerta. El propio Glauco fue, como los demás, rechazado; él se sintió sorprendido y se preguntó por qué. No podía atribuir a su Iona —su reina, su diosa— aquel capricho, tan propio de su sexo, del que los poetas amorosos de Italia se quejan sin cesar. Él la imaginaba siempre en la majestad de su candor e incapaz de ejercitar cualquier sistema de tortura. Se sintió molesto, pero sus esperanzas seguían incólumes, puesto que ya sabía que amaba y era amado: ¿Qué mejor amuleto contra las lágrimas?

Así, pues, en lo más profundo de la noche, cuando las calles estaban silenciosas y sólo la alta luna era testigo de sus inquietudes, se dirigió al templo de su devoción: la casa de Iona, y la galanteó de acuerdo con el bello rito de su patria[179]. Cubrió su vestíbulo de hermosas guirnaldas, en las que cada flor era un suspiro de cálida pasión, y encantó la larga noche de verano con el sonido de su lira lidia, mientras recitaba versos que la inspiración del momento le facilitaba.

No obstante, la ventana del piso superior no se abrió; ninguna sonrisa hizo más sagrado el aire esplendente de la noche. Todo siguió oscuro y silencioso. No sabía si sus versos eran o no bien recibidos ni si su galanteo era oído.

Lo cierto era que Iona ni dormía ni desdeñaba la canción del ateniense. Los leves compases llegaban hasta su habitación, la calmaban y la subyugaban. Mientras escuchaba no era capaz de pensar nada malo acerca de su enamorado; pero, cuando al fin concluyeron y oyó sus pasos alejándose, el embrujo cesó, y en la amargura de su alma casi interpretó aquella delicada galantería como una nueva afrenta.

He escrito que la vida le había negado todo; había, sin embargo, una excepción, existía una persona que asumía la responsabilidad de sus actos y que ejercía en su casa una autoridad similar a la de un padre; Arbaces solicitó ser exceptuado de la regla que se había aplicado a los demás. Entró en el vestíbulo con la seguridad propia del que sabe que goza en una casa de especiales privilegios. Se dirigió a la remota habitación en la que Iona albergaba su soledad, en actitud silenciosa y sin detenerse a solicitar

permiso u ofrecer excusas, dando por hecho que ejercitaba una facultad por todos reconocida. A pesar de la independencia de carácter que distinguía a Iona, su habilidad había logrado obtener un poderoso y secreto poder sobre la voluntad de la joven. Ella no podía evitar que así fuera; más de mil veces había intentado sacudírselo, pero nunca emprendía contra aquella influencia una lucha abierta. La muchacha quedaba fascinada por sus ojos de víbora. Él la dominaba, él la mandaba con el hechizo de una mente acostumbrada a inspirar horror y sumisión. Ignorante en absoluto del verdadero carácter de su amor hacia ella, Iona le reverenciaba con la devoción que los seres sensibles experimentan hacia la sabiduría y los virtuosos hacia la santidad. Le consideraba como a uno de aquellos sabios de tiempos remotos, que alcanzaban los misterios del conocimiento mediante la renuncia de las pasiones inherentes a su condición de hombres. Apenas llegaba a concederle calidad de ser humano como ella, de hijo de la tierra, sino carácter de un oráculo, oscuro y sagrado a la vez. No le amaba, pero sí le temía. Su presencia le era desagradable y ensombrecía su espíritu, incluso cuando él se mostraba del mejor humor; con su gélido e inalcanzable aspecto, parecía una extraña eminencia que amortiguaba la luz del sol. Pero ella jamás pensó en la posibilidad de prohibir sus visitas. Se mostraba pasiva ante la indudable influencia que ejercía sobre su persona y el sentimiento que despertaba en su pecho, en el que, más que repugnancia, producía en ella el silencio que precede al terror.

Arbaces estaba resuelto a poner en práctica todos sus recursos para apoderarse de aquel tesoro que ambicionaba ardientemente. Estaba animado y satisfecho por la conquista efectuada sobre su hermano. Desde el momento en que Apaecides cayó bajo el sortilegio del voluptuoso banquete que hemos descrito, sentía que su influencia sobre el joven sacerdote estaba triunfalmente asegurada. Le constaba que no existía víctima más sumisa que un hombre joven entregado por vez primera a la servidumbre de los sentidos.

Cuando Apaecides se recuperó a la luz de la mañana del profundo dormitar que siguió a su delirio de maravilloso placer, se sintió ciertamente avergonzado, aterrorizado, sorprendido. Los votos de austeridad y de castidad resonaban en sus oídos; su sed de acceder a la santidad, ¿podía

haber sido barrida por un aluvión de sensaciones irreverentes? Pero Arbaces conocía bien cómo reafirmar su conquista. A través de las artes del placer, introdujo al joven sacerdote en los misterios de la sabiduría. Desveló ante sus ojos abrumados los misterios iniciáticos dela sombría filosofía del Nilo, aquellos secretos robados de las estrellas y de la magia química que en aquellos días, en que la razón no era otra cosa que una criatura de la imaginación, podían considerarse ciencia que inspiraba la teúrgia divina. Semejaba a los ojos del joven sacerdote que todo aquel saber le situaba en un plano de inmortalidad y le dotaba de poderes sobrenaturales. Su anhelo, casi fanático, de conocer verdades que no fuesen de este mundo —que desde su infancia había albergado en su corazón— le había deslumbrado y confundido siempre, empañando la claridad de sus ideas. Y se entregó sin reservas a aquella vía de conocimiento que le abría las puertas a las dos pasiones humanas que se manifiestan con mayor urgencia: el placer y la sabiduría. Se resistía a creer que una persona tan sabia como el egipcio pudiese estar equivocada, que alguien de tan alta reputación fuese capaz de engañarle. Preso en la oscura tela de araña de la moral metafísica, aceptó los puntos de vista que planteaba el egipcio respecto a la mutación del vicio en virtud. Su vanidad se sentía halagada al pensar que Arbaces había accedido a situarle en el mismo plano que él se encontraba, más allá de los límites de lo ordinario, para hacer de él un augusto partícipe, tanto de los estudios místicos como de las fascinantes magias de la liturgia egipcia. Las puras y austeras lecciones de aquel credo al que Olintho había intentado convertirle fueron barridas de su memoria por el diluvio de pasiones recién descubiertas. Y para asegurar tal olvido, Arbaces, bien versado en los principios de aquella verdadera fe, cuya influencia en el espíritu de su discípulo había detectado con rapidez, se dispuso ahora a desterrar definitivamente cualquier posible creencia que permaneciese aún larvada en el alma de Apaecides, por medio de razonamientos mitad sarcásticos, mitad seriamente formulados:

—Esa fe —comenzó— es un plagio extraído de una de las muchas alegorías inventadas por nuestros sacerdotes antiguos. Observa —añadió, señalando un rollo de pergamino— en estas viejas imágenes el origen de la Trinidad cristiana. Ahí tienes representados tres dioses: Dios, el Espíritu y

el Hijo. Date cuenta de que el epíteto que se aplica al Hijo es el de Salvador. Fíjate también en que el símbolo en que se resume su calidad humana es una cruz[180]. Aquí tienes la mística historia de Osiris, cómo fue condenado a muerte, cómo fue enterrado y cómo, causando un asombro general, resucitó de entre los muertos. Con estas historias no se pretendía nada más que representar una alegoría relativa a la evolución de la naturaleza y a la transformación de las esferas celestes. Pero este tipo de alegorías, en principio desconocidas, han aportado ahora material para la creación de distintas religiones en pueblos de inocente credulidad. Han viajado hasta las grandes planicies de la India; se han interpolado en las especulaciones visionarias de los griegos, y han ido creciendo, poco a poco, al paso que emergían de sus antiguos orígenes, hasta alcanzar un significado humano y palpable en esta nueva religión. Y los creyentes de Galilea no son otra cosa que inconscientes imitadores de las supersticiones del Nilo.

Éste fue el argumento fundamental, que convenció definitivamente al sacerdote. A Apaecides le era necesario, como a todo el mundo, creer en algo y, convencido ya sin ninguna clase de reserva, se rindió ante las verdades que Arbaces le inculcaba; tanto más cuanto que el mensaje del egipcio encerraba toda la pasión que existe en el ser humano y todo cuanto halagaba la vanidad y fomentaba el deseo de placer, circunstancias que invitaban a confirmar como cierta aquella doctrina.

Una vez realizada esta conquista, con la facilidad que se ha detallado, el egipcio podía ahora dedicarse íntegramente a un objetivo mucho más importante y anhelado, y animado por su éxito con el hermano, que interpretó como un presagio de buen agüero, se dispuso a triunfar también con su hermana.

Había visto a Iona el día siguiente de la orgía a la que asistimos y que fue también el día en el que envenenó su pensamiento respecto a su rival. El día siguiente y, asimismo, el otro, había ido a verla de nuevo, y cada vez se había afanado, con consumada habilidad, en confirmar su pésima opinión respecto a Glauco por una parte, y, por otra, a predisponer a la joven a la buena impresión que él pretendía que la muchacha obtuviese de su persona. La altiva Iona cuidó de ocultar la inquietud que padecía y es bien sabido que el orgullo de la mujer encierra una hipocresía capaz de engañar al más

agudo y de avergonzar al más astuto. Pero Arbaces no fue menos cauto, y se refirió al tema prestándole escasa importancia y de manera convencional y política. Sabía que incidir en exceso contra la reputación de su rival podía otorgar a éste cierta dignidad a los ojos de su enamorada; el plan más conveniente consistía en no expresar odio manifiesto ni amargo menosprecio; la actitud que seguir consistía en referirse a él con tono indiferente, dando como inconcebible, ni siquiera en sueños, que él pudiese ser amado. La salvación radicaba precisamente en ocultar la herida que había recibido su orgullo y no predisponer al recelo y a la alarma al árbitro de la contienda, cuya voz es ley. Es ésta la política que adopta en todos los tiempos un buen conocedor de los secretos propios de las mujeres y la que ahora ejercitaba el egipcio.

No insistió, pues, en su empeño de censurar a Glauco; mencionó su nombre, pero no con tanta frecuencia como los de Clodio y Lépido, a quienes emparejó como individuos de baja índole y efímera personalidad; como seres que nada tenían que envidiar a las mariposas excepto su gracia y su inocencia. A veces, aludía a devaneos inventados en los que ambos habían participado; en otras ocasiones, los citaba como las antípodas de lo que debía ser una mentalidad espiritual y elevada, como era la de la propia Iona. Cegado por su dignidad y también por la que atribuía a la joven, no osó ni soñar que la muchacha estaba enamorada; pero temía que albergara ya hacia Glauco las primeras trémulas sensaciones que *conducen* al amor. Y en su fuero íntimo rechinó de dientes con rabia y con dolor, al pensar en la juventud, la fascinación y la elegancia de aquel formidable rival a quien pretendía desacreditar.

Fue en su cuarta visita, a partir de la fecha en que concluyó el segundo libro de este volumen, cuando Arbaces e Iona se sentaron juntos

—Llevas el velo sobre el rostro mientras estás en casa —comentó el egipcio—. No es un detalle delicado para aquellos que honras con tu amistad.

—Excepto para Arbaces —replicó Iona, que había decidido ocultar su cara tras el velo, precisamente para ocultar sus ojos, enrojecidos y llorosos —. Excepto para Arbaces, a quien interesa sólo mi alma y no le preocupa que mis facciones permanezcan ocultas.

—Si a tu juicio sólo me interesan las almas —replicó el egipcio—, harás bien en mostrarme la cara, puesto que a lo mejor la veo en ella.

—Estás adquiriendo los aires galantes que privan en Pompeya —dijo Iona, con un forzado tono de frivolidad.

—¿Crees que es sólo en Pompeya, bella Iona, donde he aprendido a estimarte en lo que vales?

La voz del egipcio tembló, hizo una breve pausa y siguió hablando:

—Existe un amor, hermosa griega, que no sólo está al alcance delos insensatos y de los jóvenes; hay un amor que no ve con los ojos ni oye con los oídos y en el cual un alma se enamora de otra alma. El compatriota de tus antepasados, el que creció en una caverna, Platón[181], soñó con un amor así. Sus seguidores trataron de imitarle, pe-ro no es una clase de amor que complazca a la gente vulgar; es un sentimiento que sólo pueden concebir y gozar los espíritus nobles y elevados, que nada tiene que ver con los lazos de afecto y de estima dela humanidad corriente; las arrugas no le afectan, la fealdad no lo apaga; requiere juventud, es cierto, pero sólo la precisa para poder experimentar lozanía de espíritu y de sentimientos; exige belleza, es verdad, pero sólo la del pensamiento y la del alma. Ése es el amor, oh Iona, que debe serte ofrecido por un hombre austero y comedido. Y si me juzgas austero y comedido, tal es el amor que me atrevo a colocar sobre tu altar y que puedes recibir sin el más leve sonrojo.

—¡Su nombre es amistad! —exclamó Iona.

Su respuesta estaba llena de inocencia y, sin embargo, sonó en los oídos de Arbaces como un reproche impertinente por parte de quien la pronunció

—¡Amistad! —exclamó Arbaces, con vehemencia—. No, ésa es una palabra demasiado profanada para que pueda expresar un sentimiento tan sagrado. ¡Amistad! Ése es el vínculo que une a los imbéciles ya los libertinos. ¡Amistad! Eso es lo que sienten mutuamente los frívolos corazones de Clodio y Glauco. ¡Amistad! No, *ése* es un afecto terrenal, de hábitos vulgares y de intereses sórdidos; el sentimiento del que hablo procede de las estrellas[182], participa de su místico e inefable anhelo[183], como podemos comprobar cuando las observamos; un fervor que quema y purifica, como la nafta[184] en un vaso de alabastro, que ilumina con fragantes olores, pero que sólo brilla a través de recipientes cristalinos. No,

no es el amor ni la amistad lo que Arbaces siente por Iona. No se le puede dar nombre…, la tierra carece de nombre para ese sentimiento, porque no es de este mundo. ¿Por qué degradarlo con epítetos mundanos y con asociaciones terrenales?

Nunca Arbaces se había aventurado tanto en este terreno y tanteó con cuidado cada uno de sus pasos. Era consciente de haberse expresado en un lenguaje que si hoy en día sería una manifestación de afectado platonismo a oídos de una belleza, era en aquellos tiempos extraño y poco familiar, ya que de su significado no podía inferirse idea alguna que indicase avance o retroceso, es decir, de esperanzado e imperceptible asentimiento por parte de Iona o de miedo disipado. La joven se mostraba temblorosa, sin saber por qué; el velo le ocultaba el rostro y enmascaraba su expresión que, en caso de que el egipcio la hubiera percibido, le habría animado a proseguir o a abandonar su intento. Lo cierto era que aquel hombre nunca había resultado tan desagradable a la joven, a pesar de la armoniosa modulación de su voz, que encubría una intención diabólica, que resultaba discordante e infame a sus oídos. Toda su alma estaba aún rebosante del recuerdo y la imagen de Glauco, y los acentos de ternura procedentes de otro le causaban repugnancia y desaliento. Sin embargo, no sospechaba que bajo aquella ardiente manifestación de platonismo que Arbaces le había dirigido subyacía una pasión más baja. Creía que él, en efecto, sólo hablaba de amistad y afecto de las almas, y no era tal afecto y tal amistad lo que formaba parte de sus sentimientos respecto a Glauco. ¿Podía entonces mostrarse halagada por aquel otro intento de llegar a lo más íntimo de su corazón?

Deseosa de cambiar el tema de conversación, replicó con voz fría e indiferente:

—Quienquiera que sea el afortunado a quien Arbaces distinga con sus sentimientos de estima, es lógico y natural que su gran sabiduría aflore en ese sentimiento con un matiz peculiar; también es lógico que su amistad tiene que ser más pura que la de otros, cuyas intenciones y errores él no compartiría jamás. Pero dime, Arbaces, ¿has visto a mi hermano últimamente? Hace varios días que no viene a visitarme y la postrera vez que le vi su aspecto me entristeció y me alarmó mucho. Temo que pueda

haberse equivocado en su precipitada elección y que ahora esté arrepentido de haber dado un paso irrevocable.

—No te preocupes, Iona —contestó el egipcio—. Es cierto que durante un corto tiempo estuvo preocupado y mostraba tristeza de espíritu; le asaltaban las eludas que acostumbran a mortificar a todos los temperamentos devotos. Es una corriente que crece y decrece, que lleva al entusiasmo y al agotamiento espiritual. Pero *él,* Iona, *él* acudió a mí con todas sus inquietudes y sus tristezas, en busca de alguien que le amase y le compadeciese. Y he serenado su mente, he disipado sus dudas, le he llevado desde los umbrales de la sabiduría al interior de su sagrado templo, y ante la majestad de esta diosa su espíritu se ha serenado y distendido. No temas, no se arrepentirá jamás de su elección. Los que se confían a Arbaces sólo se arrepienten unos breves instantes.

—Me alegro de oírte —contestó Iona—. ¡Mi querido hermano!… Soy feliz si él está contento.

La conversación se centró entonces en temas de menor importancia; el egipcio se esforzó por complacer a Iona e incluso condescendió en mostrarse ameno; la gran variedad de sus conocimientos le facilitaba el ornato y el atractivo de cualquier asunto que tratara, e Iona, olvidando el desagrado que le habían producido sus primeras palabras, quedó prendida, a pesar de su tristeza, por el encanto de su talento. Su actitud recobró su natural espontaneidad y su habla se hizo fluida, y Arbaces, que había estado esperando esta oportunidad, se apresuró a tomarla.

—Nunca has visto el interior de mi casa —dijo—. Y estoy seguro de que te interesaría. Hay varias habitaciones que podrían explicarte lo que tantas veces me has pedido que te explique: cuáles son las características de las casas egipcias; por descontado, no podrás percibir en las pobres y diminutas proporciones de la arquitectura romana la edificación maciza, los vastos espacios abiertos, la gigantesca magnificencia y ni siquiera el esplendor de las dependencias domésticas de Tebas o de Menfis, pero un poco de aquí, un poco de allá, te proporcionará una idea de lo que fue aquella antigua civilización que humanizó el mundo. Dedica, pues, una mañana de este luminoso verano a tu austero amigo de la infancia y

permíteme que pueda enorgullecerme de que mi oscura mansión haya sido honrada con la presencia dela admirada Iona.

Ignorante del turbio ambiente de la casa y de los peligros que le esperaban al visitarla, Iona aceptó la invitación sin dudarlo un instante. La tarde siguiente fue fijada para realizar el encuentro, y el egipcio, con expresión serena y con el corazón latiéndole con la fuerza que provocaba su depravada alegría, se despidió. Apenas se había ido, cuando otro visitante pidió ser recibido… Pero ahora, volvamos de nuevo a Glauco.

Capítulo V

La pobre tortuga. — Nuevos cambios para Nydia

El sol de la mañana brilló con esplendor sobre el pequeño y aromático jardín situado en el interior del peristilo de la casa del ateniense. Él yacía tumbado, indiferente y triste, sobre la suave hierba que cubría el *viridarium.* Un pequeño toldo extendido sobre su cabeza le protegía de los cálidos rayos del sol de verano.

Cuando la hermosa villa fue desenterrada por vez primera, se encontró en el jardín una concha de tortuga, que parecía haber vivido allí[185]. Este animal, extraño eslabón en el ciclo evolutivo, al que la Naturaleza le ha privado en apariencia de todos los placeres de la vida, salvo su pasiva y somnolienta capacidad de percepción, había sido huésped de la casa desde mucho antes que la comprara: años que quedaban mucho más allá de la

memoria del hombre y a los que la tradición les asigna una increíble antigüedad. La casa había sido construida y reconstruida, sus dueños habían cambiado y desaparecido, generaciones nacieron y decayeron, y todavía la tortuga siguió arrastrando su lenta e indiferente vida. Después del terremoto que dieciséis años antes derribó un gran número de edificios públicos en la ciudad y que determinó el alejamiento de Pompeya de muchos de sus asustados habitantes, la casa que ahora pertenecía a Glauco había sufrido terribles destrozos. Sus propietarios la abandonaron durante muchos días y a su regreso limpiaron de escombros el *viridarium* y encontraron bajo las ruinas la tortuga, indemne e ignorante de la catástrofe ocurrida a su alrededor. Parecía estar en posesión de una vida encantada en la languidez de su sangre y en sus casi imperceptibles movimientos. Pero no era tan inactiva como se creía: mantenía siempre un itinerario, tan monótono como regular; centímetro a centímetro, atravesaba el reducido espacio de sus dominios, en cuyo recorrido total tardaba meses. Era un viajero inquieto aquella tortuga… Paciente, quizá con dolor, cumplía a la perfección sus proyectados viajes, sin mostrar excesiva atención a las cosas que la rodeaban, como si se tratase de un filósofo inmerso en sí mismo. Y había una cierta grandeza en su solitario egotismo. El sol, a cuya caricia se abandonaba, las aguas que diariamente caían sobre ella, el aire que insensiblemente inhalaba, eran los únicos lujos que se permitía cada día. Los tibios cambios estacionales, en aquel grato clima, no la afectaban. Se enclaustraba en su concha, como los santos en su piedad, los sabios en su sabiduría o los enamorados en sus esperanzas.

Se mostraba inconmovible ante las mutaciones y los estragos del tiempo y ella misma era un símbolo perfecto de esa categoría filosófica: lenta, regular, perpetua, inconsciente de las pasiones que surgían a su alrededor, del deterioro que supone la mortalidad. ¡Pobre tortuga!… Ni la erupción de volcanes ni las convulsiones de un mundo hendido podían poner fin a su indolente paso. La muerte inexorable, que no respeta pompa ni belleza, pasaba inadvertida a un ser para el que morir suponía un cambio insignificante.

Hacia este animal, el alegre y vital griego sentía el maravillado afecto que engendra siempre el contraste. Se pasaba horas contemplando su lento

progresar y moralizando acerca de sus actitudes. Si estaba alegre, la despreciaba; si se hallaba abatido, la envidiaba.

Tumbado ahora sobre la pequeña pradera de hierba, observó su torpe figura, avanzando casi imperceptiblemente, y se dijo a sí mismo:

—El águila dejó caer una piedra que llevaba en sus garras, con la intención de romperte la concha. Pero esa piedra aplastó la cabeza de un poeta. Ésta es la alegoría del Destino. ¡Triste suerte! Tú has tenido padre y madre, quizá hace ya tiempo inmemorial, tuviste también una compañera. ¿Se amaron tus padres, amaste tú? ¿Sentías que tu sangre circulaba por tus venas con mayor rapidez cuando te encontrabas junto a tu amada? ¿Eres capaz de experimentar afecto? ¿Te entristecías cuando ella desaparecía de tu presencia? Qué no daría yo por conocer los sentimientos de tu corazón acorazado, por analizar los mecanismos que determinan tus deseos, por descubrir ese hilo misterioso que separa tu dolor de tu dicha… Sin embargo, tú te darías cuenta de la llegada de Iona. Sentirías su presencia como la de una brisa sutil y grata, como un sol más cálido y alegre; ah, si yo pudiese ser como tú en los momentos en que ella no está conmigo… ¿Por qué me asaltan estas dudas, esos vagos presentimientos? ¿Por qué se ha negado a recibirme? Han transcurrido varios días sin que haya oído su voz. Por primera vez, la vida se me antoja insoportable. Es como si me hubiera convertido en el único comensal de un banquete, en un lugar donde las luces ya se han extinguido y las flores ajado. ¡Ah, Iona, no puedes ni soñar lo mucho que te amo!…

La llegada de Nydia interrumpió los quejumbrosos ensueños del enamorado. Caminó con su paso ligero y silencioso sobre el suelo de mármol del *tablinum,* cruzó el pórtico y se detuvo ante las flores que bordeaban el jardín. Llevaba su cubeta de agua en la mano y salpicaba a las sedientas plantas, que parecían embellecerse con su presencia. Se inclinó para captar sus aromas y las tocó con timidez y con mimo. Pasaba la mano por sus tallos para convencerse de que no quedaba en ellos ninguna hoja muerta ni insecto alguno que empañase su belleza. Mientras iba de flor en flor, con su expresión juvenil y sus gráciles movimientos, nadie hubiese podido imaginar una servidora más apropiada para la diosa del jardín.

—Nydia, pequeña… —dijo Glauco.

Al distinguir el sonido de su voz, se detuvo inmediatamente y permaneció atenta, ruborizada, sin aliento, con sus labios entreabiertos, la cabeza vuelta en dirección al sonido que acababa de escuchar. Dejó el cubo en el suelo y se acercó con premura hacia él. Y fue hermoso observar el certero paso con el que se movía entre las flores, a pesar de su ceguera y cómo después corrió por el camino más corto al lado de su nuevo amo.

—Nydia —dijo Glauco, acariciando con ternura su largo y bello pelo—. Hace ya más de tres días que estás bajo la protección de mis dioses lares. ¿Han sido benévolos contigo? ¿Eres feliz?

—Ah, soy tan feliz… —suspiró la esclava.

—Pues ahora —continuó Glauco— que ya te has recuperado de las horribles experiencias de tu anterior situación y que ya te han proporcionado prendas de vestir más apropiadas a tu delicada figura… —y tocó su túnica bordada—, ahora, dulce niña, que comienzas a disfrutar de una felicidad que los dioses quieran que te dure siempre, voy a hacerte una petición.

—¿Oh, qué puedo hacer por ti? —preguntó Nydia, estrujándose las manos.

—Escucha —dijo Glauco—. A pesar de tu corta edad, vas a ser mi confidente. ¿Has oído alguna vez el nombre de Iona?

La ciega pareció perder el aliento y palideció como una de las estatuas que resplandecían en el *peristilo.* La joven, después de una breve pausa, contestó con un esfuerzo:

—Sí. He oído decir que es muy hermosa y napolitana.

—Hermosa… Su belleza es algo que oscurece al día. Napolitana…, no. Es de origen griego. Sólo Grecia es capaz de producir tanta hermosura. Nydia, la amo.

—Lo imaginaba —respondió Nydia, con serenidad.

—La amo y tú te encargarás de decírselo. Voy a pedirte que vayas a verla. Feliz tú, Nydia, que entrarás en su habitación y beberás la música de su voz… En su presencia te parecerá que te envuelve la más tibia y soleada de las brisas.

—¿Cómo…, cómo?… ¿Vas a mandarme a ella de tu parte?

—Irás a ver a Iona —contestó Glauco, como queriendo dar a entender: «¿Qué más puedes desear?»

Nydia rompió a llorar.

Glauco se levantó, se acercó a ella y la acarició como a una hermana.

—Mi pequeña Nydia, lloras en la ignorancia de la felicidad que voy a proporcionarte. Ella es buena, amable y tan dulce como una brisa de primavera. Ella será una hermana en tu juventud, te apreciará por tu notable talento, te querrá por tus grandes dotes, como nadie podría hacerlo, pues son las mismas que ella posee. ¿Aún lloras, querida tonta? Pero no voy a forzarte. ¿No deseas hacerme el favor?

—Bueno, si puedo serte útil, mándame lo que te plazca. Ya ves, no lloro más, ya me he calmado.

—Así quiero yo a mi Nydia —siguió, besándole la mano—. Ve entonces a verla. Si te he engañado acerca de su amabilidad, si te sientes defraudada, vuelve cuando gustes. Yo no te doy a otra persona, simplemente te presto. Mi casa siempre será tu refugio, pequeña mía. Ah, si pudiese albergar a todos los que están tristes y no tienen amigos… Esta casa y la de Iona serán algún día la misma y tú vivirás en ambas.

Un escalofrío agitó la delicada figura de la ciega, pero no volvió a llorar. Se resignó a los hechos.

—Ve entonces, Nydia, ve a casa de Iona…, cualquiera te indicará el camino. Coge las flores más hermosas que puedas arrancar, yo te daré el jarrón para que las lleves: pide perdón por su escaso valor. Toma también la lira que te entregué ayer, gracias a la cual volvió a despertar tu encantador carácter. Entrégale asimismo esta carta, en la cual, y tras un centenar de probaturas, he logrado plasmar algo de lo que siento. Procura que tu oído capte cada uno de los acentos, de las modulaciones de su voz y cuéntame cuando regreses si su musicalidad favorece mis deseos o los rechaza. Hasta hace muy pocos días, pequeña Nydia, era aceptado con simpatía en su casa, pero algo misterioso ha ocurrido que debe justificar mi exclusión de su presencia. Estoy loco de dudas y temores; entérate, porque tú eres avispada y tu cariño hacia mí multiplicará por diez tu agudeza, entérate de la causa de ese desdén. Habla acerca de mí todo cuanto puedas, deja que mi nombre aflore constantemente a tus labios; *insinúale* que la amo, pero no lo

proclames; observa si suspira, mientras habla; en caso de que te conteste, y si rehúsa pronunciar mi nombre, cuéntame en qué tono lo hace. Sé mi amiga, aboga por mí. ¡Oh, en qué medida y con cuántas creces me devolverás el pequeño favor que yo te he hecho!… ¿Me has comprendido, Nydia? Eres aún una niña, ¿he dicho cosas que no puedas entender?

—No.

—¿Y me harás este favor?

—Sí.

—Vuelve en cuanto hayas cortado las flores y te entregaré el jarrón del que te he hablado. Estaré en la habitación de Leda. Pequeña mía, me alegra ver que no te quejas por lo que te pido.

—Glauco, soy una esclava. ¿Qué importa que lo que tú me ordenas me guste o no me guste?

—No digas eso, Nydia. No, actúa con libertad. Te doy la libertad; goza cuanto te sea posible de la vida y perdóname por haber creído que tu deseo era servirme.

—Estás ofendido. Oh, ni por todo lo que la libertad puede proporcionarme desearía ofenderte, Glauco. Eres mi guardián, mi salvador, mi protector. Perdona a esta pobre ciega. Ni siquiera dudaría en apartarme de ti, si así pudiese contribuir a tu felicidad.

—¡Que los dioses bendigan tu generoso corazón!… —dijo Glauco, profundamente emocionado.

E inconsciente de los fuegos que provocaba, la besó en la frente.

—Perdóname —dijo ella—, y no vuelvas a hablarme más de libertad; mi felicidad es ser tu esclava; me has prometido que no me darías a ninguna otra persona.

—Lo he prometido, sí.

—Y ahora voy a coger las flores.

Nydia tomó en silencio de las manos de Glauco el costoso jarrón de vidrio y piedras preciosas, en el cual cada una de las flores competían en aroma y color, y sin derramar una sola lágrima recibió las últimas instrucciones antes de partir. Se detuvo un instante cuando dejó de sonar su voz —no se atrevía a contestar—, buscó su mano, se la llevó a los labios y, por fin, dejó caer el velo sobre su rostro y se retiró de su presencia. Se

detuvo de nuevo en el vestíbulo y, alargando su mano hacia la puerta, murmuró:

—Tres días felices, tres días de inexpresable gozo he disfrutado desde que crucé esta bendita puerta. Mi paz permanecerá siempre contigo, aunque yo no esté aquí. Ahora mi corazón llora por ti, y sólo el murmullo que produce me induce a desear la muerte…

Capítulo VI

La belleza feliz y la esclava ciega

Un esclavo entró en la habitación de Iona. Un mensajero enviado por Glauco deseaba verla.

Iona dudó unos instantes.

—El mensajero es una joven ciega —añadió el esclavo—. No quiere dar su mensaje a nadie excepto a ti.

Muy ruin es el corazón que no se aflige con la desgracia ajena. En el momento en que oyó que la enviada era ciega, Iona no tuvo posibilidad de responder con palabras frías y cortantes. Glauco había escogido un mensajero sagrado, a quien nada le podía ser negado.

«¿Qué querrá de mí? ¿Qué mensaje me enviará?», pensó Iona.

Y su corazón comenzó a latir violentamente. Se retiró la cortina que cubría la puerta, y se oyó un rumor de pasos sobre el suelo de mármol, y Nydia, precedida por un servidor, entró con su precioso regalo.

Se detuvo unos instantes a la espera de algún sonido que pudiera dirigirla hasta Iona.

—¿Quiere la noble Iona —dijo, en voz baja y suave— dignarse hablar para que yo pueda saber hacia dónde dirigir mis pasos sin luz y colocar lo que le traigo a sus pies?

—Hermosa niña —contestó Iona, emocionada y con dulzura—. Note tomes la molestia de caminar sobre estos suelos resbaladizos. Mi sirviente me traerá todo lo que tengas que entregarme.

E indicó a una de sus doncellas que tomase el jarrón con las flores.

—No puedo dar estar flores a ninguna persona que no seas tú —contestó Nydia.

Y guiada por su oído caminó lentamente hacia el lugar donde se encontraba Iona y, arrodillándose ante ella, le entregó el jarrón.

Iona lo tomó entre sus manos y lo colocó sobre una mesa, a su lado. Después ayudó a incorporarse a la joven ciega y la invitó a sentarse junto a ella en un diván, pero la joven se resistió a ello.

—Aún no he cumplido la misión que me ha traído a ti —dijo, extrayendo de sus ropas la carta de Glauco—. Quizá en ella se explique por qué Glauco eligió un emisario tan indigno de visitar a Iona.

La napolitana cogió la carta con manos temblorosas y lanzó un suspiro involuntario. Nydia, con los brazos cruzados y los ojos dirigidos al suelo, permaneció inmóvil ante la altiva y majestuosa Iona, no sin mostrarse un tanto orgullosa, a pesar de su actitud sumisa. Iona indicó con la mano a sus servidores que se retiraran; miró de nuevo a la joven esclava con sorpresa y piadosa compasión; después, apartándose unos pasos de ella, leyó la carta que sigue:

«Glauco quisiera expresar a Iona mucho más de lo que se atreve a decir. ¿Está enferma Iona? Tus esclavos me han dicho que no, y eso me conforta. ¿Acaso Glauco la ha ofendido? Ah, semejante pregunta no he podido formulársela a *ellos*. Hace cinco días que te has desvanecido de mi

presencia. Durante este tiempo, ¿ha brillado el sol? Lo ignoro. ¿Ha sonreído el firmamento? Si lo ha hecho, no ha sido para mí. Mi sol y mi cielo son Iona. ¿Te he ofendido? ¿Me he comportado con excesiva osadía? ¿Acaso te he dicho por escrito lo que mi lengua no se ha atrevido nunca a pronunciar? Ay, es en tu ausencia cuando más pienso en tus hechizos, que me han subyugado. No quieres verme; has despedido también a ese rebaño de aduladores que siempre te rodea. ¿Puedes acaso considerarme uno más entre ellos? ¡No es posible! Sabes muy bien que no comparto su baja condición, que mi arcilla no es la suya. Pero, aun en el caso de que fuese un hombre de muy baja condición, la fragancia de la rosa ha penetrado en mí y el espíritu de tu existencia se ha encarnado en mi ser para santificarme, para inspirarme, para perfumarme. ¿Han levantado alguna calumnia contra mí, Iona? Espero que no la hayas creído. Si el mismo oráculo de Delfos me dijese que tú no eres digna, no le prestaría el menor crédito. ¿Seré menos incrédulo que tú? Pienso en la última vez que nos vimos, en la canción que te canté, en la mirada que me dirigiste a cambio de ella. Aunque no quieras reconocerlo, Iona, hay muchas cosas en común entre nosotros y nuestros ojos lo confirman así, aunque nuestros labios no lo digan. Concédeme el favor de verte, de escucharme y después, si así lo deseas, recházame. No debí haberte dicho tan pronto que te amaba. Pero las palabras que brotan del corazón tienen que encontrar salida. Acepta, pues, mi respeto y mi devoción. Nos vimos por primera vez en el templo de Palas. ¿No podemos hacerlo ahora ante otro altar incluso más antiguo y piadoso?

¡Hermosa, adorada Iona!… Si mi ardiente juventud y mi sangre ateniense me han conducido por caminos desaconsejables, he aprendido, sin embargo, en mis locas correrías a apreciar más y mejor el puerto al que he llegado. Cuelgo mis ropas empapadas en el templo del dios del mar. He escapado del naufragio y te he encontrado a ti. Iona, accede a verme. Tú, que eres considerada con los extraños, no puedes manifestarte menos generosa con los que han nacido en tu propia tierra. Espero tu respuesta. Acepta las flores que te envío, y que su dulce aroma resulte un idioma más elocuente que las palabras. Toman del mismo sol el perfume que exhalan, y son en consecuencia el símbolo del amor, que devuelve lo que recibe multiplicado por diez, el símbolo de un corazón que bebe la luz que irradias

y que te adeuda el origen de cuantos tesoros descubro en tu sonrisa. Te las envío por medio de alguien que te complacerá por sus propios méritos, aunque te niegues a reconocer los míos. Ella es, como nosotros, una extranjera. Las cenizas de su padre reposan bajo un sol más cálido y brillante, pero es más desgraciada que tú y yo: es ciega y esclava. ¡Pobre Nydia!… Yo he intentado ahora resarcirla de las crueldades a las que la han sometido el Destino y la Naturaleza, y te pido que la aceptes a tu servicio. Es buena, inteligente y dócil. Es hábil en la música y en la canción y una verdadera Cloris[186] en materia de flores. Ella espera que la quieras; si no es así, devuélvemela.

Una palabra más y permíteme que me muestre osado. ¿Por qué tienes en tan buena opinión a ese egipcio de piel oscura? No tiene aspecto de ser un hombre honesto. Nosotros, los griegos, comenzamos a conocer a la naturaleza humana desde la cuna, y no por dejar de adoptar un semblante sombrío somos menos profundos; nuestros labios sonríen, pero nuestros ojos son observadores: investigan, analizan, estudian. Arbaces es un hombre en el que no es posible confiar. ¿Cabe la posibilidad de que él me haya enemistado contigo? Pienso tal cosa porque le dejé en tu compañía; ya pudiste comprobar cómo mi presencia le resultaba molesta. No creas en nada de lo que diga en mi demérito, y si lo crees, dímelo en seguida. Es algo que Iona está obligada a hacer por Glauco. ¡Adiós!… Tus manos tocan esta carta, tus ojos leen estas letras. ¿Tendrán mayor fortuna que su autor? Una vez más, adiós…»

Mientras leía la carta, a Iona se le antojó que una extraña bruma le cubría los ojos. ¿Cuál había sido la supuesta ofensa que Glauco le había inferido? Que él no estaba enamorado de verdad. Y ahora, lisa y llanamente, confesaba que la amaba. A partir de aquel instante la estima de Glauco quedaba de nuevo a salvo. Cada una de las tiernas palabras de aquella carta, tan llena de romántico y sincero apasionamiento, conmovieron su corazón. ¿Cómo era posible que hubiese dudado de su palabra y atendido las indicaciones del otro? Y, lo que era aún peor, ¿cómo le había privado incluso del derecho que asiste al culpable de saber de qué se le acusa y permitir su defensa? Las lágrimas corrieron por sus mejillas,

besó la carta y la guardó junto a su corazón. Y, volviéndose hacia Nydia, que seguía sin moverse en el mismo lugar y en idéntica postura, dijo:

—¿No quieres sentarte, niña, mientras contesto esta carta?

—Entonces… ¿vas a contestarle? —preguntó Nydia, con frialdad—. El esclavo que me ha acompañado hasta aquí tendrá que llevar la carta

—Sí, tú quédate conmigo, confía en mí. El trabajo que harás no será duro.

Nydia inclinó la cabeza con asentimiento.

—¿Cómo te llamas, bella criatura?

—Me llaman Nydia.

—¿De qué país procedes?

—De Tesalia, la tierra del Olimpo.

—Serás mi amiga —añadió Iona, cariñosamente—. Tú y yo somos compatriotas. Por favor, no sigas ahí, descalza, sobre ese mármol frío y resbaladizo. Eso es…, ahora que te has sentado, voy a dejarte por unos instantes.

«Iona saluda a Glauco. Ven a mí, Glauco —escribió Iona—. Vena verme mañana. Te diré, al menos, la falta que se te ha imputado. No temas, pues, al egipcio, no temas nada. Dices que quizá te has precipitado… Ay, en estas pocas palabras que escribo con rapidez también yo hago lo mismo. Adiós.»

Cuando Iona reapareció con la carta, que no se atrevió a leer una vez escrita (¡Ah, ese normal impulso, esa no menos normal timidez del amor!), Nydia se levantó de su asiento.

—¿Ya has escrito a Glauco? —preguntó.

—Sí, le he escrito.

—¿Y se mostrará agradecido al mensajero que lleva tu carta?

Iona olvidó que su amiga era ciega y un rosado rubor cubrió su rostro, desde la frente al cuello. Guardó silencio.

—Quiero decir —añadió Nydia, en tono más sosegado— que la menor demostración de frialdad por tu parte le entristecerá y la más mínima expresión de afecto le volverá loco de alegría. En el primer caso, deja que

sea tu esclavo quien le lleve tu contestación; si se trata, por el contrario, de la segunda hipótesis, permite que sea yo quien le entregue tu carta. Regresaré al anochecer.

—¿Y por qué, Nydia, quieres ser tú la portadora de mi carta? —preguntó Iona, con pretendida indiferencia.

—Entonces es que sí —exclamó Nydia—. Ah, ¿cómo podía ser de otro modo? ¿Quién podría dejar de corresponder a una petición de Glauco?

—Mi querida niña —replicó Iona, fingiendo aún más indiferencia que antes—. Hablas de Glauco con indudable afecto. ¿Os une algún sentimiento?

—Noble Iona. Glauco es para mí lo que ni la fortuna ni los dioses han querido darme: un *amigo*.

Nydia pronunció estas sencillas palabras con una dignidad y una tristeza que impresionaron a la hermosa Iona. Se inclinó para besarla.

—Eres agradecida y mereces serlo. Yo no me avergonzaría de afirmar que Glauco posee toda mi gratitud. Ve, Nydia, llévale la carta tú misma…, pero vuelve después. Si estoy fuera de casa cuando regreses (probablemente lo estaré esta tarde), tu habitación estará preparada junto a la mía. Nydia, no tengo hermanas. ¿Te agradaría ser una hermana para mí?

La tesalia besó la mano de Iona y después dijo con cierta turbación:

—Un favor más, bella Iona… ¿Puedo atreverme a pedírtelo?

—Sólo debes abstenerte de pedir lo que no pueda darte —contestó la napolitana.

—Me han dicho —contestó Nydia— que superas cualquier belleza terrena imaginable. Pero, ¡ay!, yo no puedo ver lo que enamora al mundo. ¿Me permites que pase mi mano por tu cara? Es el único medio que tengo para conocer las cosas bellas y, por lo general, funciona bien.

No esperó la contestación de Iona, y antes de acabar de pronunciar sus palabras comenzó a recorrer lentamente con las manos el rostro inclinado y el perfil de la griega, sólo comparable en el mundo con la imagen y las facciones, hoy desgraciadamente mutiladas, de la maravillosa estatua griega hallada en su ciudad natal, Nápoles: aquella faz de Paria[187], ante la cual la belleza de la Venus florentina resulta pobre y terrenal, con su expresión

llena de armonía, de juventud, espiritualidad y ternura, que los críticos modernos atribuyen a aquella representación de Psique[188].

Sus manos se detuvieron sobre su cabello conformado en trenzas, sobre su frente despejada, sobre sus mejillas aterciopeladas, sobre los hoyuelos que al sonreír aparecían en las cercanías de sus labios y sobre su cuello de cisne, blanco y suave:

—Ahora ya sé que eres hermosa —dijo—. Y de hoy en adelante, puedo imaginarte en mi oscuridad para siempre.

Cuando Nydia se fue, Iona se sumergió en un profundo y delicioso ensueño. Glauco la amaba; él mismo lo reconocía, sí, la amaba. Repasó su hermosa declaración; se detuvo en cada palabra, besó cada línea; no se preguntó por qué había sido difamado, pero se convenció de que había sido así. Le costó creer cómo había sido capaz de dar crédito a las palabras que había oído contra él y se preguntó por qué el egipcio había decidido ejercer su poder contra Glauco; sintió que un escalofrío recorría todo el cuerpo al releer su advertencia acerca de Arbaces, y el secreto temor que aquel hombre le infundía se convirtió en verdadero horror. Fue desvelada de aquellos pensamientos por sus doncellas, que le anunciaron que había llegado la hora de ir a visitar a Arbaces; se sobresaltó y cayó en la cuenta de que había olvidado su promesa. Su primer impulso fue aplazar el compromiso, y el segundo, reírse de los temores que en ella despertaba la presencia del más viejo delos amigos que aún estaban vivos. Se apresuró a añadir a su vestimenta los adornos usuales, a la vez que se preguntaba acerca de la conveniencia de preguntar al egipcio con mayor detalle los motivos que le inducían a acusar a Glauco, o bien si debía esperar hasta que, sin citar al autor de la misma, insinuase a Glauco la acusación concreta. En este estado de ánimo marchó hacia la siniestra mansión de Arbaces.

Capítulo VII

Iona, atrapada. — El ratón intenta roer la red

—Oh, queridísima Nydia —exclamó Glauco, tras leer la carta de Iona —, eres el más bello mensajero vestido de blanco que jamás ha existido entre el cielo y la tierra. ¿Cómo podré pagarte lo que has hecho?

—Ya estoy pagada —dijo la pobre tesalia.

—¡Mañana, mañana!… ¿Cómo consumir las horas hasta entonces?

El enamorado griego no dejó marchar a Nydia, aunque ésta intentó varias veces dejar la habitación; le hizo repetir una y otra vez todas las palabras de la breve conversación que había mantenido con Iona. Ignorante de la infelicidad de la muchacha, Glauco le preguntó detalles acerca del aspecto, del estado de ánimo de su amada, y después, excusándose por su interrupción, le rogaba que volviese a comenzar el recital completo de su

entrevista con Iona. De este modo, las horas pasaron dolorosamente para Nydia y rápidas y felices para él, y la tarde comenzó a caer antes de que la despachase de nuevo a Iona, con una nueva carta y más flores. Apenas se hubo marchado, cuando Clodio, en compañía de varios de sus alegres compañeros, se presentaron ante él; criticaron jocosamente su reclusión durante todo el día y su ausencia en los antros que solían visitar cotidianamente; le invitaron a acompañarlos a diversos lugares alegres de la ciudad que, noche y día, ofrecían placenteros pasatiempos. En aquel entonces —al igual que hoy en todo el sur (pues no hay lugar en la tierra que tras perder su grandeza haya conservado mejor sus costumbres)— constituía fuente de placer reunirse a la caída de la tarde, y bajo los pórticos de los templos o a la sombra de las arboledas esparcidas entre las calles se agrupaba la gente para oír música o para escuchar los relatos de algún narrador con inventiva, y después saludaban a la luna naciente con libaciones de vino y con melancólicas canciones. Glauco se sentía demasiado feliz para huir de la compañía de sus amigos y deseaba desahogar la inmensa alegría que le invadía. Aceptó de buen grado la propuesta de sus amigos y salieron todos juntos, entre carcajadas, a las iluminadas y concurridas calles.

Mientras tanto, Nydia regresó ya a casa de Iona, quien la había abandonado hacía ya mucho tiempo. La contestación que le dieron le horrorizó:

—¿A casa de Arbaces…, del egipcio? ¡Imposible!…

—Es verdad, pequeña —añadió el esclavo que había contestado su pregunta. Conoce al egipcio desde hace mucho tiempo.

—¡Mucho tiempo!… Y, sin embargo, Glauco la ama… —murmuró para sí Nydia.

—¿Y le ha visitado con frecuencia antes de ahora? —inquirió en voz alta.

—Nunca hasta hoy —replicó el esclavo—. Y si ese rumor escandaloso que circula por Pompeya es cierto, hubiese sido mejor que no se hubiera aventurado a hacerlo ahora. Pero a nuestra ama no le llega nada de lo que oímos nosotros. Lo que se habla en el vestíbulo no se oye en el *peristilo*[189].

—¿Es la primera vez? ¿Estás seguro? —insistió Nydia.

—Estoy seguro, pequeña. Pero ¿qué nos importa eso a ti o a mí?

Nydia dudó unos instantes, y después, tras dejar las flores que había llevado, llamó al esclavo con el que había hablado y ambos dejaron la casa sin pronunciar una sola palabra.

Hasta que no habían recorrido la mitad del camino a la casa de Glauco, la joven ciega permaneció en silencio, que sólo rompió para decirse a sí misma, en voz imperceptible:

—No puede imaginar, no puede ni soñar el peligro al que se expone… Yo debo ser idiota… ¿Por qué tengo que salvarla?… Sí, porque amo a Glauco más que a mí misma.

Cuando llegó a casa de Glauco, le informaron de que había salido en compañía de un grupo de amigos, no sabían dónde, y que probablemente no regresaría hasta pasada la medianoche.

La tesalia gimió; se sentó en una banqueta del vestíbulo y se cubrió la cara con las manos, como para ordenar sus pensamientos.

«No hay tiempo que perder», pensó sobresaltada, volviéndose hacia el esclavo que la había acompañado:

—¿Sabes —preguntó—, si Iona tiene algún pariente, algún amigo íntimo en Pompeya?

—Claro, por Júpiter —contestó el esclavo—. Pareces tonta al preguntarlo. Todo el mundo sabe en Pompeya que Iona tiene un hermano que, siendo joven y rico (y lo digo con todo mi respeto), fue lo suficientemente loco como para hacerse sacerdote de Isis.

—¿Sacerdote de Isis? ¡Oh, dioses!… ¿Cómo se llama?

—Apaecides.

—Todo claro, entonces… —murmuró Nydia—. Hermano y hermana serán, pues, las víctimas. ¡Apaecides! Sí, ése fue el nombre que oí… Entonces, él conoce el peligro que ronda a su hermana. Iré a verle.

Se levantó como impulsada por aquel pensamiento y, tomando el largo bastón que guiaba siempre sus pasos, se dirigió apresuradamente al cercano templo de Isis. Hasta el momento en que quedó bajo la custodia del buen griego, aquel bastón había sido más que suficiente para conducir a la pobre ciega por todos los rincones de Pompeya. Cada calle, todas las esquinas de

las partes más frecuentadas de la ciudad le eran familiares, y como los pompeyanos albergaban una tierna y semisupersticiosa veneración hacia los que padecían ceguera, los transeúntes dejaban siempre paso franco a su tímido caminar. Pobre niña, no podía ni siquiera soñar que no transcurrirían muchos días sin que su mirada sin luz fuera una protección y una salvaguardia muy superior a los ojos de mayor agudeza.

Pero desde que se había colocado al amparo de Glauco, éste había ordenado que la acompañara siempre un esclavo, y el pobre diablo encargado de tal misión, que era de considerable gordura y que por dos veces había realizado el recorrido desde casa de Iona a la del griego, se veía ahora condenado a una tercera excursión (los dioses sabían dónde). Corrió tras ella deplorando su suerte y, dándose solemnemente a Cástor y Pólux, llegó a la conclusión de que la muchacha ciega reunía en sí la velocidad de Mercurio[190] y la enfermedad de Cupido.

Nydia, sin embargo, no necesitó ninguna ayuda para dirigirse al conocido y popular templo de Isis. Las calles estaban ahora desiertas, al igual que la explanada ante la que el edificio se elevaba, y la muchacha llegó a la verja sagrada, sin encontrar obstáculos.

—No hay nadie aquí —exclamó el gordo esclavo—. ¿Qué es lo que buscas o a quién? ¿No sabes que los sacerdotes no viven en el templo?

—Grita —ordenó ella, con impaciencia—. Hay un sacerdote noche y día que se encarga de velar el altar de Isis.

El esclavo gritó…, pero no apareció nadie.

—¿Ves a alguien?

—A nadie.

—Estás equivocado, oigo unos suspiros. Mira con mayor atención.

El esclavo, extrañado y refunfuñando, escrutó con sus ojos saltones el recinto sagrado, y delante de unos altares, cuyos restos aún ocupan un anguloso espacio, distinguió una figura, inclinada y sumida en meditaciones.

—Veo a alguien —dijo—. Y a juzgar por su indumentaria blanca, se trata de un sacerdote.

—Oh, tú, sacerdote de Isis —gritó Nydia—, servidor de la más anciana de las diosas, óyeme.

—¿Quién grita? —respondió una voz grave y melancólica.

—Alguien que no tiene noticia alguna que dar a un miembro de tu confesión religiosa. Vengo a comunicar algo, no a solicitar la práctica de un oráculo.

—¿Y con quién quieres hablar? Ésta no es hora de recibir a nadie; vete y no molestes; la noche debe dedicarse a los dioses, y el día a los hombres.

—Creo que reconozco tu voz. Tú eres la persona a quien busco, aunque sólo te haya oído hablar una vez. ¿No eres el sacerdote Apaecides?

—Sí, lo soy —contestó el sacerdote, alejándose del altar y acercándose a la verja.

—Eres tú…, los dioses sean alabados.

Nydia hizo un gesto con la mano para que el esclavo se separase de ellos, y el hombre, imaginando que sólo alguna superstición relacionada con el bienestar de Iona podía determinar a Nydia entrar en el templo, obedeció y fue a sentarse en el suelo, a cierta distancia.

—Silencio —dijo ella, hablando con rapidez y en voz baja—. ¿De verdad eres tú Apaecides?

—Si me conoces, ¿no puedes identificar mi cara?

—Soy ciega —contestó Nydia—. Mis ojos están en los oídos, y por *eso* te reconozco. Y, sin embargo, júrame que eres tú.

—Te lo juro por los dioses, por mi mano derecha y por la luna.

—Silencio, habla bajo; acércate más a los pies de los muertos. ¡Ah, Arbaces! ¿Has estado colocando flores a los pies de los muertos? Ah, tus manos están muy frías… Escúchame, ¿has hecho ya esos votos terribles?

—¿Quién eres? ¿De dónde vienes, pálida joven? No es el tuyo el pecho sobre el que recliné mi cabeza. Nunca te he visto con anterioridad.

—Pero has oído mi voz. No importa que ambos nos avergoncemos al recordar ciertas cosas. Escucha, tú tienes una hermana…

—Sigue, sigue, ¿qué sucede con ella?

—Tú conoces los banquetes de los muertos, extraño; incluso es posible que te agraden y estés dispuesto a compartirlos…, ¿pero te agradaría que también lo hiciera tu hermana? ¿Te gustaría que Arbaces fuese su anfitrión?

—Por los dioses, no se atrevería… Muchacha, si pretendes burlarte de mí, échate a temblar. Te arrancaré los miembros uno a uno.

—No hago más que decir la verdad. Y mientras estoy aquí hablando, Iona se encuentra ya en el vestíbulo de Arbaces, por primera vez, como invitada. Tú sabrás si puede correr algún peligro en la primera orgía. Adiós, yo ya he cumplido con mi deber.

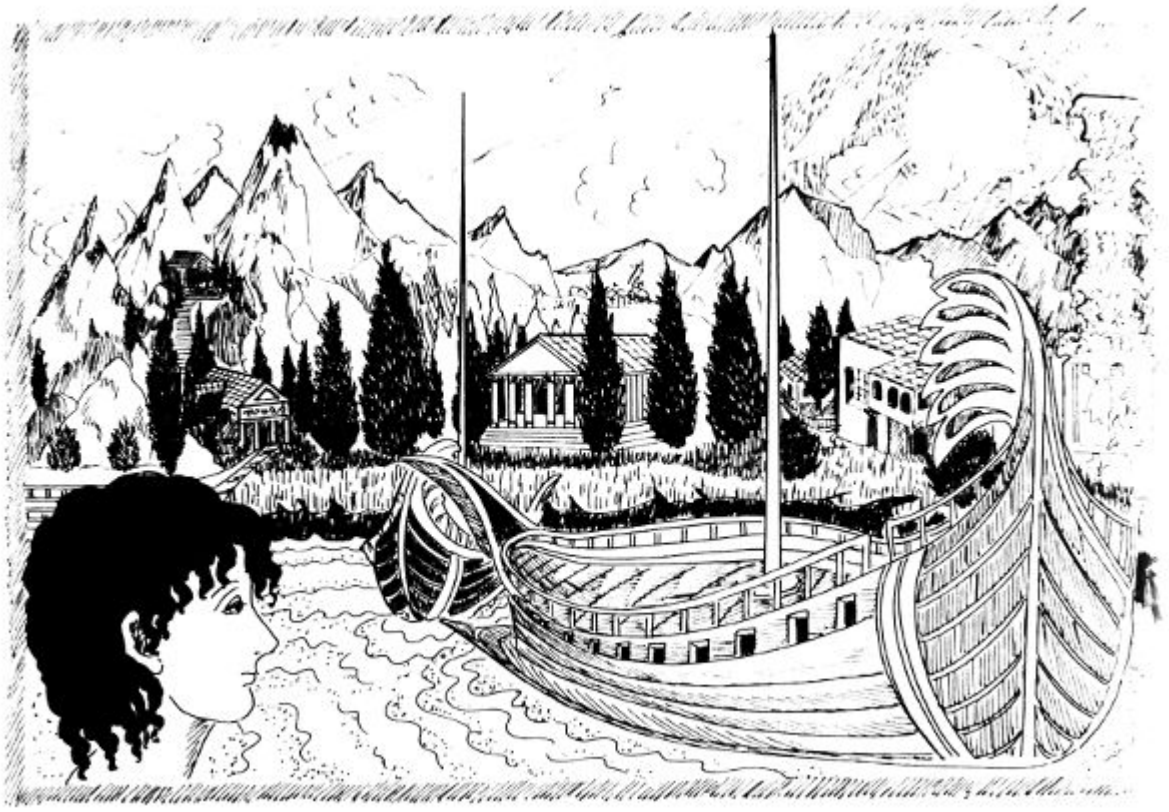
—Espera, espera —gritó el sacerdote, mientras se pasaba la pálida mano por la frente—. Si lo que dices es verdad, ¿qué puede hacerse para salvarla? A mí no me admitirían. Yo no conozco el laberinto de aquella intrincada mansión. ¡Oh, Némesis[191], con cuánta justicia me castigas…!

—Yo despediré a mi esclavo y seré tu guía y tu compañera. Te llevaré hasta la puerta secreta de la casa y susurraré a tu oído la palabra que la abre. Toma algún arma, puede serte necesaria.

—Espera un momento —pidió Apaecides, retirándose hacia una de las celdas laterales del templo y reapareciendo a los pocos segundos cubierto por una gran capa, idéntica a la que solían llevar todas las clases sociales de Pompeya, que ocultaba su túnica sacerdotal—. Ahora —dijo, rechinando de dientes—, si Arbaces osa… Pero no se atreverá, no lo hará. ¿Por qué tengo que sospechar de él? ¿Es acaso tan ruin y tan vil? No quiero creer…, es un sofista, un oscuro intrigante… Oh, dioses, protegedme… Silencio… ¿*Existen* los dioses? Sí, al menos, hay una diosa, cuya palabra pretendo cumplir… Esa palabra es: venganza.

Murmurando estas palabras inconexas, Apaecides, seguido por su callada y ciega compañera, caminó con ligereza por los caminos solitarios que conducían a casa del egipcio.

El esclavo que Nydia había despedido sin motivo aparente se encogió de hombros, masculló un juramento y, con ánimo aliviado, marchó hacia su cubículo.



Capítulo VIII

Soledad y soliloquio del egipcio. — Análisis de su personalidad

Tenemos que retroceder unas horas en el curso de nuestra narración. Con la primera luz grisácea del amanecer del día que Glauco había marcado con piedra blanca, el egipcio, insomne y solitario, estaba sentado en lo alto de la elevada torre piramidal que flanqueaba su casa. Un pequeño parapeto a su alrededor hacía las veces de muralla y contribuía, junto con la altura del edificio y los oscuros árboles que rodeaban la mansión, a evitar que sobre todo ello se detuviesen miradas curiosas e inquisidoras. Delante de él tenía un rollo de pergamino, lleno de figuras místicas. En lo alto, las estrellas palidecían hasta desvanecerse y las sombras de la noche se disolvían sobre las estériles cumbres de los montes; sólo encima del

Vesubio reposaba una masiva y amplia nube que durante los días pasados había ido cobrando oscuridad y solidez sobre su cumbre. La lucha entre la noche y el día era aún más ostensible en el océano, que se ofrecía en calma, extendido como un lago gigantesco, limitado por unas orillas en las que crecían vides y todo tipo de vegetación. Aquí y allá se distinguían las blancas murallas de las ciudades dormidas, algunas de ellas empinadas sobre las rompientes de las olas.

Era la hora más sagrada y más importante que ninguna otra para la osada ciencia del egipcio: la ciencia que pretende leer nuestros destinos en las estrellas. Había llenado su pergamino con anotaciones diversas sobre los distintos signos en determinadas horas, y ahora, apoyado sobre una mano, se dejaba llevar por los pensamientos que sus cálculos astronómicos habían provocado.

—Otra vez las estrellas me hacen una advertencia. Sin duda alguna, algún peligro me acecha —se dijo, con lentitud—. Un peligro repentino y violento de la Naturaleza. Las estrellas me muestran la misma amenaza burlona que, si nuestras crónicas no están equivocadas, ofrecieron a Pirro[192]: la necesidad de esforzarse al máximo para obtener muy poco, atacar siempre para no ganar nada, librar batallas inútiles, obtener laureles sin triunfo, fama sin éxito, para concluir obcecado por sus supersticiones e ir a morirse a manos de una mujer que le golpeó con una teja… Verdaderamente, las estrellas me adulan al equipararme con ese guerrero loco y al augurarme, en premio a mi entusiasmo por la sabiduría, el mismo fin que obtuvo por sus desquiciadas ambiciones; el perpetuo ejercicio del sabio nunca logra recompensa cierta; es el problema de Sísifo[193], la montaña y la piedra…, la piedra, terrible imagen que me recuerda que estoy amenazado con una muerte similar a la de Epirote[194]. Vamos a repasar mis conclusiones. «Ve con cuidado —dicen los iluminados profetas— cuando camines debajo de tejados viejos o de murallas antiguas o de suspendidos acantilados: una piedra caída desde lo alto está dispuesta, por maldición del destino, contra ti.» Y ese peligro acecha en tiempo ya no muy lejano, aunque no pueda determinar con exactitud el día y la hora. Bien, si la predicción no es buena, queda aún posibilidad de salir adelante. Si escapo a este peligro (ay, es preciso saber eludirlo), el camino de mi vida es tan claro

y brillante como la luz de la luna sobre las aguas sosegadas. Veo hombres, felicidad, éxito, flotando en cada una de las olas del oscuro golfo en el que, al final, tengo que hundirme. ¿Por qué, pues, con semejante destino *detrás* de este inmediato peligro tengo que sucumbir *en él?* Mi alma alienta esperanza, se expande confortada más allá de la hora en que acecha ese horror inmediato, sueña con el futuro y todo parece indicar que su coraje debe ser recompensado con el augurio favorable que merece. Si fuese a morir pronto y repentinamente, la sombra de la muerte ya gravitaría sobre mi alma y experimentaría un gélido presentimiento ante mi destino. Mi espíritu expresaría con tristeza y pavor la llegada casi inmediata del terrible Orco[195].

Al concluir su soliloquio, el egipcio se levantó instintivamente. Paseó con rapidez por el estrecho espacio de aquel observatorio de las estrellas y, deteniéndose junto al parapeto, volvió a mirar a los grisáceos y melancólicos cielos. El frescor del amanecer refrescó su frente y, poco a poco, su espíritu recobró su calma y su serenidad natural. Retiró la vista de las estrellas a medida que, una a una, iban desapareciendo en las profundidades del firmamento y sus ojos se fijaron en el amplio espacio de tierra que se divisaba desde aquella altura. En el silencioso puerto de la ciudad se distinguían los oscuros mástiles de las galeras; por todo lo largo de aquel imperio de lujo y de trabajos reinaba un silencio que hacía olvidar el habitual fragor de la actividad humana. No aparecía luz alguna, a excepción de alguna antorcha ante las columnas de un templo o en los pórticos del mercado sin voces, que rompiera la palidez y la claridad fluctuante de la naciente amanecida. Desde el corazón de la adormecida ciudad, dispuesta a vibrar pronto con miles de ruidos y de pasiones, no llegaba el menor ruido; los arroyos de la vida parecían agotados, encerrados bajo una helada capa de sueño. Desde el gigantesco perfil del anfiteatro, con sus asientos de piedra montándose uno sobre otro, y enrollado sobre sí mismo como un monstruo yacente, se elevaba una transparente y fantasmagórica bruma que iba ennegreciéndose más y más sobre las dispersas zonas verdes que crecían en sus cercanías. La ciudad ofrecía el mismo aspecto que hoy puede observar el viajero, tras el terrible desastre

acaecido hace diecisiete siglos y que puede resumirse en esta expresión: la ciudad de los muertos[196].

El propio mar, aquel mar sereno y no sujeto a las mareas, permanecía igualmente callado, a excepción del sonido, amortiguado por la distancia, que parecía surgir de lo más profundo de su pecho, como el suspiro regular y débil de un gran ser sumido en el sueño, y los dos curvos brazos de tierra verde y hermosa se extinguían mar adentro y semejaban estrechar contra su seno a las ciudades que se ceñían a sus márgenes: Stabiae[197], Herculano y Pompeya, como hijas queridas, surgidas de los abismos del mar.

—Dormid —dijo el egipcio, mientras contemplaba aquellas ciudades, el honor y el orgullo de Campania[198]—. Dormid, quizá pronto os llegará el reposo eterno de la muerte. Como vosotras, ahora (joyas en la corona del imperio), fueron una vez las ciudades del Nilo. Su grandeza ha desaparecido y duermen entre ruinas, sus palacios y sus templos se han convertido en tumbas, las serpientes reptan sobre la hierba de sus calles y los lagartos toman el sol en los solitarios vestíbulos. Tú, altiva Roma, que usurpaste las glorias de Sesostris y de Semiramis[199], te vistes ahora con las galas robadas a una cultura que, en obediencia a una misteriosa ley de la Naturaleza, que humilla a unos para exaltar a otros, te hace medrar sobre sus propias ruinas y permite que te engalanes con sus despojos. A estos esclavos de tu triunfo que contemplo a mis pies y que son charcas emponzoñadas surgidas de tu omnímodo poder y tu lujo, yo, el postrer hijo de monarcas ya olvidados, los maldigo mientras los contemplo. Llegará el día en que Egipto sea vengado, cuando los corceles de los bárbaros establezcan sus cuadras en la dorada casa de Nerón. Y tú, que has sembrado conquistas en el viento, recogerás la cosecha en un torbellino de desolación.

Mientras el egipcio pronunciaba esta predicción que el destino iba a cumplir al pie de la letra, tuvo lugar la aparición de otro presagio de mal agüero que se manifestó con una solemnidad que jamás hubiesen podido soñar pintores o poetas. La luz de la mañana, capaz de hacer palidecer hasta el tinte rosado de una mejilla joven, dio a la expresión altiva y majestuosa del egipcio el color de una tumba, con sus oscuros cabellos cayendo sobre sus hombros y sus negras ropas largas y sin ajustar. Con un brazo extendido

desde la elevada torre y sus ojos brillantes, llenos de fiera y salvaje alegría, semejaba…, mitad profeta, mitad ser diabólico.

Retiró la mirada de la ciudad y del mar; ante él se extendían los viñedos y las praderas de la rica Campania. La puerta de la muralla —antigua, en parte pelásgica[200]— parecía impotente para limitar la ciudad. Villas y pequeños pueblos se extendían por cada una de las laderas del Vesubio, no tan pronunciadas ni elevadas como aparecen hoy en día. La propia Roma, edificada sobre un volcán extinguido, daba seguridad a los ciudadanos del sur, puesto que creían hallarse en idéntica situación que la metrópoli y no dudaban en cultivar verdes viñedos sobre la superficie del volcán, creyendo que su fuego había concluido para siempre. A partir de la puerta se extendía la larga avenida de las tumbas, de varios tamaños y distintos estilos arquitectónicos, a uno de cuyos lados la ciudad, desbordada, se acercaba. Por encima de todo aparecía la cumbre nebulosa de la temida montaña negra, ahora sombría, luego luminosa, mostrando sus musgosas hendiduras y sus rocas de ceniza, que testificaban remotas conflagraciones y que permitían adivinar —si el hombre no fuese ciego— lo que tenía que venir.

Era difícil entonces determinar las causas por las cuales aquellos parajes sufrían tradicional fama de misteriosos y ásperos; en aquellos mismos llanos sonrientes y en varios kilómetros a la redonda —desde Bayas a Miseno[201]— los poetas habían localizado la entrada y los vestíbulos del infierno, con su Aqueronte y su fabulosa Estigia[202]; en aquellos campos, en otros tiempos Phlegrae[203], hoy sonrientes con su promesa de vino, habían emplazado las batallas de los dioses y suponían que también allí los titanes[204] habían pretendido conquistar los cielos, aunque en la descripción de sus cumbres ventosas y resecas la imaginación podía adivinar fácilmente los caracteres propios de los rayos y centellas del Olimpo.

Pero no fue la áspera ladera del volcán extinguido ni la fertilidad de la campiña que le rodeaba, y menos aún la melancólica avenida de las tumbas ni las hermosas villas de la gente elegante y rica lo que detuvo la mirada del egipcio. En uno de los lugares de aquel paisaje, la montaña del Vesubio descendía a los llanos, formando una estrecha loma sin cultivar, en la que, de trecho en trecho, surgían accidentalmente riscos, cubiertos de maleza silvestre. Al pie de esa loma había una pequeña laguna, pantanosa e insana.

Allí, la mirada atenta de Arbaces descubrió la silueta de un ser viviente que se movía por el lapachar y que se inclinaba de vez en cuando, como desafiando el hedor que despedía el suelo.

—Vaya —dijo en voz alta—. Ya tengo otro compañero en estas pesquisas nocturnas de ultratumba. La bruja del Vesubio ha salido a dar una vuelta. ¿Pretende acaso, como la gente crédula imagina, descifrar también la sabiduría de las estrellas? ¿Habrá estado formulando hechizos a la luna o recogiendo (como sus pausas parecen indicar) malas hierbas en el pantano venenoso? Bien, tengo que investigar acerca de este compañero de trabajo. Todo el que se esfuerza por conocer sabe que ninguna ciencia humana es despreciable. Lo único despreciable sois vosotros…, vosotros, gordos y abotargados esclavos del lujo, perezosos en el pensar, que no cultiváis más que los hueros sentidos, que soñáis que este pobre suelo puede producir a la vez mirto y laurel. No, sólo los sabios podemos disfrutar, sólo a nosotros nos es concedido el verdadero lujo, cuando la mente, el cerebro, la inventiva, la experiencia, el pensamiento, el saber, la imaginación, contribuyen, como los ríos, a aumentar el nivel del mar de los sentidos… ¡Iona!

Tan pronto como Arbaces pronunció esta última y deleitable palabra, sus pensamientos parecieron profundizar en vías más remotas y ocultas. Dejó de pasear y fijó su mirada en el suelo. Sonrió una o dos veces y, tras abandonar su lugar de vigilia, se dirigió a su lecho, murmurando:

—Si la muerte me mira desde tan cerca, al menos podré decir que he vivido. ¡Iona será mía!…

La personalidad de Arbaces era una intrincada y obtusa tela de araña, en la cual incluso el pensamiento que la presidía se mostraba con frecuencia confuso y perplejo. Hijo de una dinastía caída, la reliquia de un pueblo hundido, había en él ese espíritu de orgullo defraudado que a menudo arraiga en gentes de formación austera y que se consideran asimismo expulsados inexorablemente de la posición que sus antecesores gozaron, sin que existan motivos de nacimiento ni de carácter personal que lo justifiquen. Es éste un sentimiento que no conoce la benevolencia; lucha contra la sociedad y ve un enemigo en la humanidad entera. Pero a esta actitud no se unía en su caso, como suele ocurrir, la pobreza. Arbaces

poseía bienes que igualaban los de cualquier noble romano, y eso le permitió satisfacer al máximo sus pasiones, que ciertamente no tenían como objetivo los negocios ni la ambición. Viajó por todos los climas, contemplando la presencia de Roma en todos lados, lo que incrementó su odio a la sociedad en la que viví y su adicción a los placeres. Moraba en una inmensa prisión que, sin embargo, había dotado con todos los refinamientos del lujo. No podía escapar de aquella cárcel y su único afán fue, en consecuencia, otorgarle la calidad de un palacio. Los egipcios de los tiempos remotos fueron dados a las delicias de los sentidos, y Arbaces había heredado ese apetito por la sensualidad y la brillantez imaginativa, que extraía luz de su podredumbre. Pero, a pesar de ello, se manifestaba insociable tanto en el disfrute de sus placeres como en asuntos de mayor trascendencia, como era lógico suponer en alguien que no aceptaba la existencia de seres iguales o superiores a él. Aceptaba como compañeros a unos pocos, además de aquellos que eran rendidos esclavos de la disipación. Era el solitario señor de un bien nutrido harén; mas, con todo se veía condenado a la saciedad, que es la maldición constante que persigue a los hombres cuya inteligencia es muy superior a sus dedicaciones y que transforma y hiela el impulso de la pasión hasta convertirlo en una costumbre cotidiana. Desde el desengaño de una sensualidad satisfecha intentó elevarse al cultivo de la sabiduría; mas, como no era su intención servir a la humanidad, renunció a cualquier tipo de conocimiento que resultase práctico y útil. Su tenebrosa imaginación gustaba de ejercitarse en las más misteriosas y visionarias investigaciones, que resultan siempre las preferidas y más gratas a una mentalidad solitaria e indómita, a las cuales se hallaba predispuesto por el osado orgullo de su carácter y el dominio de las mistéricas tradiciones de su pueblo. Tras desechar la fe en los confusos credos del mundo pagano, colocó su absoluta confianza en el poder de la sabiduría humana. Ignoraba (quizá en aquel tiempo nadie podía saberlo) los límites que la Naturaleza impone a nuestros descubrimientos. Cayendo en la cuenta de que cuanto más crecemos en conocimiento, más maravillas descubrimos, imaginó que la Naturaleza no solamente obra milagros en los ciclos normales de su desarrollo, sino que era posible, mediante la intervención de una persona versada en cábalas mágicas, apartarla de su

curso habitual. Así, pues, llevó la ciencia hasta más allá de sus límites, para llegar a los ámbitos de la perplejidad y las penumbras. De las verdades de la astronomía pasó a las falacias de la astrología; de los secretos de la química a los laberintos de la magia, y él, que era escéptico en lo que al poder de los dioses se refería, creía a pies juntillas en esa superstición que es el poder del hombre.

El ejercicio de la magia había llegado en aquellos tiempos a una singular altura entre los presuntos sabios, y su origen provenía, de modo especial, de Oriente; había sido ajena a la filosofía de los primeros griegos y no fue bien recibida entre ellos hasta que Ostanes, que acompañó al ejército de Jerjes, introdujo las solemnes supersticiones de Zoroastro[205], entre los pobladores más simples de la Hélade. Bajo la protección de los emperadores, la magia cobró carta de naturaleza en Roma (un frecuente tema para el mordaz ingenio de Juvenal[206]). Íntimamente relacionado con la magia estaba el culto de Isis, y la religión egipcia resultó el medio adecuado para que en Roma se extendiese la afición a la brujería. La teúrgia, o magia blanca, y la goética[207], o magia negra, o nigromancia, gozaron de una indiscutible reputación durante el primer siglo de la era cristiana, y las maravillas de Fausto no aceptan parangón con las de Apolonio[208]. Reyes, cortesanos y sabios, todos temblaban ante un profesor de ciencias ocultas. Y la verdad es que el profundo y formidable Arbaces era uno de los más importantes de aquella tribu. Su fama y sus conocimientos eran bien sabidos por todos los cultivadores de la magia; incluso llegaron a sobrevivirle. Pero no fue con su verdadero nombre con el que pasó a la posteridad, como brujo y como sabio: su nombre real era desconocido en Italia, porque «Arbaces» no era un apellido genuinamente egipcio, sino de Media, que, tras la mezcla y desajuste de las antiguas razas, se había convertido en patronímico bastante extendido en el país del Nilo, y existían varias razones no sólo de prestigio, sino en especial políticas (en su juventud había conspirado más de una vez contra la majestad de Roma), que le inducían a ocultar su nombre y su rango. Pero aquel gran maestro no fue conocido por el resto de sus colegas dedicados a la magia, ni por la denominación que le habían prestado los medos, ni tampoco por la que sus colegas de Egipto hubiesen podido remontar a orígenes reales. Arbaces se

vio honrado por un apelativo mucho más místico y por el que resultó largamente recordado en la Magna Grecia y en las planicies del Este, donde se denominó «Hermes, el señor del cinturón flamígero». Sus sutiles especulaciones y reconocidos atributos de sabiduría, recogidos en varios volúmenes, figuraban entre las muestras de «las artes curiosas», que los cristianos conversos quemaron, entre el temor y la alegría, en Efeso, privando a la posteridad de la prueba más fehaciente de la astucia de aquel espíritu maligno.

La conciencia de Arbaces estaba constituida exclusivamente por el intelecto puro, al margen de cualquier ley moral. Si el hombre imponía ciertos límites al rebaño humano, estaba claro que un ser de superior sabiduría podía prescindir de ellos. «Si —razonaba— tengo capacidad para imponer nuevas leyes, ¿no me asiste el derecho a exigir que se cumplan las mismas? Aún más: ¿no me asiste la facultad de controlar, eludir, despreciar, las creaciones de otros cerebros menos dotados que el mío?» Así, en caso de cometer alguna villanía, la justificaba por algo que le convertía en un hombre virtuoso, a saber: la intención de elevar el nivel mental del pueblo.

Muchos seres humanos sienten, en mayor o menor grado, la pasión del poder; en Arbaces esta pasión impregnaba absolutamente su personalidad. No se trataba de un deseo incoercible de imponer su autoridad de forma brutal y externa. No apetecía el color púrpura de los fasces[209] ni las insignias del mando vulgar. Una vez distribuida y burlada su ambición juvenil, el desprecio ocupó su lugar: su orgullo, su resentimiento hacia Roma. Roma, que se había convertido en sinónimo del mundo; Roma (por cuyo altivo nombre sentía el mismo desdén que ella guardaba hacia los bárbaros) no le permitió ejercer su influencia, que lo hubiese convertido en una herramienta, en una criatura del emperador. Él, un hijo de la raza de los Ramsés…, ejecutar él las órdenes de otro, recibir el poder de otro… Sólo con imaginarlo se le llenaba el corazón de rabia. Pero al rechazar una ambición que implicaba prestigio personal se dejó llevar por aquellos anhelos íntimos que gobiernan el corazón. Considerando que el poder mental era el máximo don que existía en el mundo, gozaba sabiendo que ese poder se hallaba dentro de él y que podía ejercitarlo sobre cualquiera que le rodease. Para ello había buscado siempre a los jóvenes, por los que

sentía verdadera fascinación y de los que, en cierto modo, dependía. Le agradaba encontrar súbditos en las almas humanas y gobernar así un imperio invisible e inmaterial. De haber tenido menos apetencias sensuales y menos riquezas, hubiese aspirado a ser el fundador de una religión. Pero en la realidad de cada día sus energías se diluían en los placeres. Por otra parte, aquel vago apego a su poder moral (una vanidad siempre apetecida por los sabios) estaba influenciado por una singular y soñadora devoción hacia todo lo que se refería a la mística tierra que sus antepasados habían gobernado. Aunque no creía en sus deidades, sí aceptaba como ciertas las alegorías que representaban y que les servían, al menos, para interpretarlas de nuevo. Le complacía mantener vivo el *culto* de Egipto, puesto que así conservaba frescos la penumbra y el recuerdo de aquel *poder*. Dotó, pues, los altares de Osiris y de Isis con donaciones regias y se mostraba ansioso de dignificar el sacerdocio por medio de nuevos y ricos conversos. Entre los que tomaban los votos y abrazaban la religión, solía elegir a sus compañeros de vida disipada, en parte porque así se garantizaba su discreción, y en parte porque aseguraba su poder sobre ellos. De ahí su apego a Apaecides, en cuyo caso los motivos ya citados se incrementaban con la pasión que sentía por Iona.

Nunca había vivido mucho tiempo seguido en un determinado lugar, pero, a medida que se iba haciendo viejo, comenzó a sentirse hastiado de la emoción de descubrir nuevos escenarios y había pasado en las hermosas ciudades de Campania un período de tiempo ya tan largo que llegaba a causarle extrañeza. En realidad, su orgullo era el determinante esencial en la elección del lugar de residencia. La imposibilidad de conspirar con éxito excluía su presencia de aquellos climas que él consideraba por derecho propio como posesiones hereditarias, ahora aplastadas, hundidas y caídas bajo el dominio del águila romana. La ciudad de Roma le resultaba especialmente insultante; no deseaba que sus riquezas rivalizaran con las de los servidores de la corte y fuesen consideradas como escasas comparadas con la magnificencia dela misma corona. Las ciudades de Campania le ofrecían, por el contrario, todo lo que sus gustos exigían: lujo y un clima inigualable, los refinamientos imaginativos de una civilización voluptuosa y la certeza de no tener que encontrar rival alguno a su fortuna; quedaba a

salvo delos espías de la corte mezquina y, como era rico, nadie se inmiscuía en su intimidad. Allí podía seguir su tenebrosa actividad, seguro y sin ser molestado.

La maldición que padecen los sensualistas consiste en no poder amar hasta que su deseo de placer comienza a debilitarse; su juventud ardiente se dilapida en incontables deseos, pero su corazón queda vacío. Así, pues, perseguidor externo del amor e inducido quizá por su inquieta imaginación a exagerar sus encantos, el egipcio había malgastado sus mejores años, sin alcanzar el objetivo que perseguía. La belleza de mañana sustituía a la belleza de hoy, pero sólo obtenía sombras en aquella interminable persecución de lo sustancial. Cuando dos años atrás vio a Iona por primera vez, se dio cuenta de que ella era alguien a quien se podía *amar*. Se hallaba entonces en esa encrucijada de la vida en la que un hombre ve ante él la realidad de una juventud echada a perder, por un lado, y la incertidumbre de la vida madura, por el otro: un tiempo en el cual nos sentimos ansiosos de aseguramos un futuro antes de que sea demasiado tarde y de obtener lo que siempre nos han enseñado a considerar como necesario en la vida para poder disfrutarla, cuando lo mejor de nuestros años se ha perdido.

Con una seriedad y una paciencia que jamás había empleado para gozar de sus placeres, Arbaces se dedicó a ganar el corazón de Iona. Y no se contentó con amar, sino que deseaba también ser amado. En esta esperanza, había observado el paulatino desarrollo juvenil de la bella napolitana, y sabiendo la influencia que posee la inteligencia en todos los que han sido educados para cultivarla, él había contribuido a formar la personalidad y a dar lucidez intelectual a Iona, con la esperanza de que así sería capaz de apreciar lo que podía ser la causa más poderosa para ganar su afecto, es decir, la de un hombre que, quizá pervertido y criminal, se mostraba extraordinariamente rico en aquellas virtudes elementales de la grandeza intelectual y de la fuerza de carácter. Cuando comprobó que Iona le reconocía aquellas virtudes, le permitió o, mejor aún, la animó a que se mezclara con los ociosos devotos del placer, en la seguridad de que su alma, preparada para superior compañía, echaría de menos la suya y, comparándola con las de los demás, aprendería a amarle. Él había olvidado que la juventud exige juventud, al igual que el girasol vuelve su flor al astro

rey, hasta que el ataque de celos contra Glauco vino a sacarle de su error. A partir de aquel momento, tal como hemos visto, Arbaces ignoraba el peligro que corrían sus sentimientos hacia Iona y, en consecuencia, había decidido emprender un camino más directo que dejase al descubierto la tumultuosa pasión largamente controlada que sentía por la joven. No hay nada que encienda tanto el amor como una salpicadura de celos bien dosificada; adquiere entonces el fulgor de una llamarada resistente, inextinguible; se olvida su delicadeza, desaparece su ternura; cobra la intensidad y la ferocidad del odio.

Arbaces decidió no perder más tiempo en cautos y peligrosos preparativos. Se propuso interponer una barrera irrevocable entre él y sus rivales. Se impuso el propósito de apoderarse de la persona de Iona. En las presentes circunstancias, y a pesar de aquel amor, durante tanto tiempo acariciado y alimentado por esperanzas más puras que la simple pasión, no se habría dado por satisfecho con la mera posesión de Iona. Aspiraba a lograr su corazón y su alma, no menos que su belleza. Imaginaba que, una vez separada, por medio de un acto reprobable, del resto de la humanidad, una vez unido a Iona por un vínculo que el recuerdo no podría romper, ella se vería obligada a concentrar en él sus pensamientos, y sus males acabarían de completar su conquista; todo ello, además, de acuerdo con la genuina moral de los romanos y de los sabinos[210], consistente en dulcificar con actitudes mansas lo que se obtiene por la fuerza. Su resolución se había consolidado en él con la creencia de las profecías de las estrellas: desde hacía tiempo le habían pronosticado que aquel año, quizá incluso aquel mismo mes, tendría lugar un terrible desastre que pondría en peligro su vida. Estaba, pues, seguro de que caminaba hacia una fecha concreta y muy cercana. Y estaba resuelto a reunir, al estilo de la realeza, en su pira funeraria todo lo que su alma más había ambicionado. En sus propias palabras, si es que iba a morir, quería sentir que había vivido con intensidad, y para ello Iona tenía que ser suya.

Capítulo IX

De lo que ocurrió a Iona en casa de Arbaces. — La primera señal de ira del temido enemigo

Cuando Iona penetró en el espacioso vestíbulo del egipcio, la asaltó el mismo terror que había experimentado su hermano; se le antojó, como a él, que había algo admonitorio y maligno en aquellas inmóviles y afligidas efigies de los temibles monstruos tebanos, cuya majestad y serenidad revelaban con acierto las facciones cinceladas en mármol:

> *Su mirada, que llegaba desde tiempos remotos, era sabia, y el alma de la eternidad afloraba en sus ojos…*

El alto esclavo etíope le sonrió tras abrirle la puerta y le indicó que le siguiera. En mitad del vestíbulo se encontró con el mismo Arbaces, vestido

con ropajes de fiesta, esmaltados de joyas. A pesar de ser ya pleno día, la mansión, de acuerdo con la costumbre que imponía la fastuosidad del lujo, estaba oscurecida artificialmente y las lámparas emitían su luz uniforme y perfumada sobre los valiosos suelos y los techos de marfil.

—Bella Iona —dijo Arbaces, mientras se inclinaba para tomar su mano —. Tú eres quien eclipsa el día, tus ojos iluminan los vestíbulos y tu aliento los llena de perfumes.

—No debes hablarme en esos términos —replicó Iona, sonriendo—. Olvidas que tu saber ha formado mi mente, de modo que todas esas galanterías a mi persona me resultan desagradables. Tú me enseñaste a despreciar la adulación. ¿Vas ahora a contradecirte ante tu discípula?

Había algo tan encantador y sincero en la actitud de Iona al pronunciar aquellas palabras, que el egipcio se sintió más enamorado de ella que nunca y hasta dispuesto a repetir la torpeza en que había incurrido; sin embargo, contestó con rapidez y agudeza para mantener viva la conversación.

La condujo a través de varias habitaciones de la casa, que inexperta como era de cualquier esplendor que superase la elegancia sencilla de las ciudades de Campania, se le antojaron verdaderos tesoros.

Las paredes estaban adornadas con cuadros de inestimable valía y las luces brillaban sobre estatuas de la edad más clásica de Grecia. Gabinetes con gemas, cada uno de ellos una gema en sí mismo, llenaban los intersticios de las columnas; las maderas más preciosas adornaban los zócalos y formaban las puertas; el oro y las joyas abundaban con prodigalidad. A veces se encontraban a solas en estas habitaciones, y en otras ocasiones desfilaban ante ellos silenciosas hileras de esclavos que, tras arrodillarse a su paso, ofrecían a Iona brazaletes, cadenas, joyas, que el egipcio intentaba en vano que fuesen aceptadas.

—He oído decir con frecuencia que eras rico —dijo ella, maravillada—; pero nunca soñé la inmensidad de tu riqueza.

—Me gustaría poder acuñarla en una sola pieza —replicó el egipcio—, en una corona que colocaría encima de tu nívea frente.

—Su peso me aplastaría; me convertiría en una segunda Tarpeya[211] —contestó Iona sonriendo.

—¡No debes desdeñar las riquezas, oh Iona! Los que carecen de ellas ignoran lo que puede ofrecer la vida. El oro es el gran mago de este mundo: hace realidades los sueños, otorga aún más poder que un dios y existe una sublime grandeza en su simple posesión, es el más poderoso y, a la vez, el más obediente de los esclavos.

El artero Arbaces intentó deslumbrar a la joven napolitana con el tesoro de su elocuencia; buscó despertar en ella el deseo de convertirse en dueña de todo lo que contemplaba y esperaba que ella lograse confundir el propietario con las cosas poseídas y que los encantos de sus riquezas se reflejasen en sí mismo. Todo aquel rato, Iona se sintió íntimamente incomodada por las galanterías que se escapaban de los labios de Arbaces, que hasta hacía poco había desdeñado como muestras de vulgar homenaje a la belleza. Y con esa delicada sutileza que es patrimonio de las mujeres comenzó a disparar dardos dirigidos a ponerle en evidencia y a reírse de las palabras que componían su cálido lenguaje. Nada hay en el mundo más atractivo y más grato que esetipo de defensa; posee el mismo encanto que tiene el nigromante africano que pretende cambiar la dirección de los vientos con una pluma de ave.

El egipcio se mostraba aún más seducido por su gracia y sus modales que por su belleza; le resultaba difícil ocultar sus emociones; pero, ay, la pluma que se mostraba eficaz contra las brisas del verano era un juguete en mitad del temporal.

De repente, cuando se encontraban en una de las habitaciones que estaba íntegramente tapizada en tonos plateados y blancos, el egipcio dio una palmada con las manos y, como por arte de encantamiento, comenzó a izarse del suelo la decoración de un banquete completo: un diván o trono cubierto con tapicería púrpura apareció a la vez a los pies de Iona, en el preciso instante en que desde más allá de las cortinas sonaba la más delicada e invisible de las músicas. Arbaces se postró ante Iona, y niños, pequeños y hermosos amorcillos, sirvieron el festín. Cuando éste concluyó, la música se redujo a un melodioso acorde, apenas perceptible, y Arbaces se dirigió a su hermosa convidada con estas palabras:

—En este misterioso y desconcertante mundo tú nunca has aspirado, mi querida discípula, a proyectarte más allá…, nunca has deseado correr el

velo del futuro y contemplar desde las orillas del Destino la penumbrosa imagen de las cosas por venir. Porque no es sólo el pasado el que nos proporciona fantasmas: cada hecho *tiene que suceder* posee también su espectro, su sombra; cuando llega su hora y entra en la vida, esa sombra se convierte en algo corpóreo y está en el mundo. Así, en las tierras de más allá de la tumba existen dos tipos de espirituales e impalpables realidades: las cosas que aún tienen que ser y las cosas que ya han sido. Si gracias a nuestra sabiduría logramos penetrar en el mundo, podemos ver las unas y las otras y enterarnos, como yo lo he hecho, no sólo de los misterios de los muertos, sino también del destino de los vivos.

—Como tú has hecho… ¿Puede llegar tan lejos la sabiduría?

—¿Quieres compartir mis conocimientos, Iona, y contemplar la proyección de tu propio destino? Se trata de una experiencia aún más dramática que las obras de Esquilo[212]. Yo he preparado un destino para ti y si lo deseas puedo hacer que veas sus sombras que han de convertirse en realidad.

La napolitana tembló, pensó en Glauco y emitió un profundo suspiro. ¿Iban a unirse los destinos de ambos? En parte incrédula, en parte convencida de la certeza de las palabras del egipcio, aterrorizada y alarmada por la personalidad de su anfitrión, permaneció unos instantes en silencio y, al fin, contestó:

—Puede causarme horror, puede aterrorizarme; el conocimiento del futuro tiende a amargar el presente.

—No en tu caso, Iona. Yo he investigado lo que te reserva el futuro y puedo asegurarte que sus fantasmas pasean al sol por los jardines del Elíseo[213]; entre los asfódelos y las rosas, prepara las guirnaldas que tienen que adornar tu dulce futuro y los Hados, tan duros e implacables con otros, están tejiendo para ti un laberinto de felicidad y de amor. ¿Quieres, pues, ver tu destino con tus propios ojos y gozar así del futuro antes de que llegue?

De nuevo, el corazón de Iona murmuró el nombre de *Glauco.* Asintió a la propuesta del egipcio con una afirmación apenas audible. Arbaces se levantó y, tomándola de la mano, la condujo hasta un extremo del comedor; las cortinas se abrieron como manejadas por manos invisibles y la música

elevó su volumen con una melodía más alegre. Pasaron por un patio flanqueado por columnas, a cada lado del cual una fuente lanzaba al aire sus aguas perfumadas; descendieron hasta el jardín por una escalinata amplia, de altos peldaños, y allí Iona pudo comprobar que el atardecer había comenzado; la luna se distinguía ya en lo alto del firmamento y las tiernas flores que duermen durante el día llenaban con sus inefables perfumes las brisas nocturnas, desde sus parterres esparcidos entre los caminos de un jardín que ofrecía su vegetación, herida ya por la luz de la luna. Otras flores, arracimadas encestas, yacían a los pies de las numerosas estatuas que se trillaban a su paso.

—¿Adónde me conduces, Arbaces? —preguntó Iona, intrigada.

—Allí fuera —dijo, señalando un pequeño edificio que se alzaba al final del camino—. Es un santuario consagrado a los Hados. Nuestros ritos de adivinación requieren un lugar sagrado.

Pasaron por un estrecho vestíbulo, en uno de cuyos extremos se distinguía una cortina de piel. Arbaces la levantó e Iona penetró en el recinto y se halló en la más absoluta oscuridad.

—No tengas miedo —dijo el egipcio—, tendremos luz en un instante.

Y mientras pronunciaba estas palabras, una claridad difusa y gradual los fue envolviendo; a medida que se iban iluminando los objetos que allí había Iona se dio cuenta de que estaban en un recinto de tamaño mediano, decorado en negro en su totalidad, y que un diván del mismo color se encontraba junto a ella. En el centro de la habitación se elevaba un pequeño altar, sobre el cual se veía un trípode de bronce. En uno de los lados, encima de una columna de granito, aparecía una cabeza colosal de mármol negro, que por la corona de pequeños gorriones que rodeaban su frente Iona dedujo que era una representación de la diosa egipcia. Arbaces se colocó frente al altar; dejó su guirnalda sobre el ara y procedió a verter en el trípode el contenido de un recipiente metálico; de repente, surgió del trípode una llama azulada, irregular, intermitente y pálida; después, el egipcio volvió a situarse al lado de Iona y murmuró en su oído unas palabras en un lenguaje que no era familiar a la joven. La cortina de detrás del altar comenzó a agitarse de un lado a otro, hasta correrse lentamente, y en el espacio que dejó al descubierto Iona pudo contemplar un paisaje confuso y

pálido, que poco a poco fue haciéndose más brillante y más claro; al fin distinguió con claridad la presencia de ríos, de praderas y de otras amenidades que ofrece la tierra fértil. De pronto apareció una sombra sobre la totalidad de la escena; estaba situada justo enfrente de Iona, y lentamente se produjo de nuevo el mismo encantamiento que había transformado aquel paisaje; la sombra tomó forma y concreción y se convirtió en la figura y en las facciones de la propia muchacha.

La escena de detrás del espectro se desvaneció y fue sustituida por la representación de un precioso palacio; en mitad de su vestíbulo se elevaba un trono, alrededor del cual se arracimaban las sombras oscuras de esclavos y de guardias armados, mientras una mano pálida sostenía sobre el trono lo que parecía ser una diadema.

Pronto apareció un nuevo actor; vestía, de pies a cabeza, ropajes negros y, ocultando su rostro, se arrodilló a los pies del espectro de Iona, le tomó una mano y señaló el trono, como invitándola a subir a él.

El corazón de la napolitana palpitó con fuerza.

—¿Descubrirá su rostro esa figura fantasmal? —musitó una voz junto a ella, la voz de Arbaces.

—Eso espero —contestó Iona, con voz queda.

Arbaces levantó una mano, el espectro dejó caer el manto que ocultaba su identidad e Iona ahogó un grito: era el mismísimo Arbaces quien se arrodillaba ante ella.

—Es éste tu destino —murmuró el egipcio, a su oído—. Estás destinada a ser la esposa de Arbaces.

Iona se agitó, sobresaltada, la cortina negra se cerró, haciendo desaparecer aquella fantasmagoría, y Arbaces, en esta ocasión el Arbaces real, el Arbaces vivo, se postró a sus pies.

—¡Oh, Iona! —exclamó, mirándola apasionadamente—. Escucha a uno que durante mucho tiempo ha estado luchando contra su amor. ¡Te adoro! Los Hados no mienten, estás destinada a ser mía. He buscado por todo el mundo y jamás encontré nada como tú. Desde los remotos tiempos de mi juventud he suspirado por algo que se te pareciera. Te soñé hasta que te vi y al contemplarte desperté. No me rechaces, Iona; no pienses en mí como has hecho hasta ahora; ya no soy aquel ser frío, insensible, áspero, que te he

parecido siempre. Nunca una mujer ha sido tan deseada, nunca un enamorado tan apasionado como yo lo seré con Iona. No luches por desasirte de tu mano: mira, la suelto de mí, si lo deseas. Pero no me rechaces, Iona, no me rechaces sin pensarlo antes, sin considerar el poder que tienes sobre aquel a quien puedes transformar en algo nuevo. Yo, que jamás me he arrodillado ante ningún mortal, lo hago ante ti. Yo, que siempre he corregido el destino, acepto el mío de tus manos. Iona, no tiembles, tú eres mi reino, mi diosa, sé también mi mujer. Todos los deseos que se te antojen serán satisfechos. De todos los confines de la tierra, te ofreceré pompa, poder, lujo y serán tus esclavos. Arbaces no albergará más ilusión que el orgullo de servirte y obedecerte. Iona, vuelve tu mirada hacia mí, aliviada con tu sonrisa. Mi alma se sume en la sombra cuando me escondes tu rostro: brilla sobre mí, ilumíname, mi sol, mi cielo, mi luz del día. Iona, Iona, no me rechaces, amor mío.

A pesar de su soledad y de encontrarse en poder de hombre tan singular y poderoso, Iona no experimentó ninguna clase de temor; el respeto que le infundía su modo de expresarse y la dulzura de su voz le ganaron su confianza y se le antojaron una protección segura para su pureza. No obstante, se sintió confusa, atónita, y tardó algunos instantes en recuperar su capacidad de réplica.

—¡Levántate, Arbaces! —dijo, al fin, ofreciéndole de nuevo su mano, que retiró inmediatamente al sentir sobre ella el fuego de sus labios—. Levántate y dime si hablas en serio, si realmente sientes lo que dices.

—Sí… —murmuró Arbaces con ternura.

—Bien, entonces escúchame: tú has sido mi tutor, mi amigo, mi consejero; no estoy preparada para considerarte en este otro papel. No imagines —añadió con rapidez al contemplar cómo brillaban de pasión sus ojos oscuros—, no creas que te desprecio, que no me siento emocionada y hasta honrada por este homenaje, pero… ¿puedes escucharme con calma?

—Ay, aunque tus palabras fuesen rayos que pudiesen destrozarme…

—Amo *a otro* —confesó Iona, sonrojándose, pero con voz firme.

—¡Por todos los dioses…, por todos los infiernos! —gritó Arbaces, incorporándose—. No te atrevas a decirme eso, no te atrevas a burlarte de mí; eso es imposible. ¿A quién has visto, a quién has conocido? Oh, Iona,

es tu imaginación femenina la que se expresa así, tu argucia de mujer que pretende ganar tiempo. Te he sorprendido, te he aterrorizado. Haz conmigo lo que quieras, pero no me digas que amas a otro.

—Lo siento… —comenzó Iona.

Y, atemorizada ante la repentina e inesperada violencia de Arbaces, se echó a llorar.

Arbaces se acercó a ella e Iona notó en la mejilla su ardiente aliento; rodeó la cintura de la joven con su brazo y ella lo eludió. Durante el forcejeo una pequeña tablilla cayó del pecho de Iona al suelo; Arbaces se dio cuenta y la recogió; era la carta que Iona había recibido de Glauco aquella mañana. La joven se dejó caer en el diván, medio muerta de miedo.

Los ojos de Arbaces repasaron el escrito con rapidez; la napolitana no osó mirarle y no se apercibió de la palidez que apareció en su rostro: no cayó en la cuenta de su ceño fruncido, del temblor de sus labios, de la agitación que mostraba su pecho al respirar. Leyó la carta hasta la última palabra y, tras dejarla caer de sus manos, dijo con engañosa calma:

—¿Quien ha escrito esto es el hombre al que amas?

Iona sollozó sin contestar.

—¡Habla! —gritó él con voz fuerte.

—Sí, lo es…, lo es.

—¿Y su nombre… está escrito aquí…, su nombre es Glauco?

Iona, estrujándose las manos, miró a su alrededor en busca de socorro o escape.

—En tal caso, escúchame —comenzó Arbaces, bajando la voz aun simple susurro—. Antes irás a la tumba que a sus brazos. Pero, bueno…, ¿crees que Arbaces piensa tolerar a un rival tan débil como ese griego? ¿Acaso imaginas que he esperado a que el fruto estuviese maduro para entregárselo a otro? No, mi hermosa estúpida… Eres mía, toda tú, sólo mía. Y en consecuencia, me tomo el derecho de tenerte.

Y con estas palabras tomó a Iona en sus brazos y en aquel feroz abrazo estaba presente toda la energía, no del amor, sino de la venganza.

Pero la desesperación dio a Iona serenidad; se desasió de él nuevamente y corrió hacia el lugar de la habitación por el que habían entrado; estaba a punto ya de correr la cortina cuando el egipcio la tomó una vez más en sus

brazos. Logró escapar de ellos y cayó exhausta y lanzando un fuerte alarido, junto a la base de la columna que sostenía la cabeza de la diosa egipcia. Arbaces se detuvo unos instantes, como si pretendiera recobrar el aliento; después se abalanzó sobre su presa.

En aquel momento la cortina fue corrida con decisión y el egipcio sintió que alguien le agarraba con fuerza por el hombro. Dio media vuelta y contempló ante él los ojos fulgurantes de Glauco y el pálido, cansado y amenazador rostro de Apaecides.

—Ah —murmuró, mientras miraba a uno y a otro—, ¿qué Furia os ha enviado aquí?

—*Até*[214] —contestó Glauco, inmovilizando con rapidez al egipcio.

Mientras tanto, Apaecides intentaba levantar a su hermana del suelo, sobre el que yacía como sin vida; pero sus fuerzas, agotadas por una excesiva actividad mental, no fueron suficientes para levantarla y huir, a pesar de la ligereza del cuerpo de la joven; la dejó, pues, encima del diván y permaneció junto a ella, empuñando un cuchillo y observando la lucha entre Glauco y el egipcio, dispuesto a hundir su arma en el pecho de Arbaces, en caso de que resultase el vencedor de la pelea. Es posible que en la faz de la tierra no exista nada tan terrible como el combate puro, simple y sin armas, entre dos seres, sin más recursos que aquellos que la Naturaleza concede a la cólera. Ambos antagonistas estaban ahora confundidos en un estrecho abrazo, la mano de uno buscando el cuello del otro, con la cabeza echada hacia atrás, las venas dilatadas, los labios entreabiertos y los dientes apretados; los dos excedían en fuerza a la que es normal en los hombres y ambos luchaban animados por una ira implacable; se herían, daban vueltas agarrados entre sí, rodaban de un lado a otro por el suelo, oscilaban y se movían a lo largo del reducido templo, emitiendo gritos de rabia y de venganza; tan pronto se hallaban los dos ante el altar como junto a la base de la columna, donde la lucha había comenzado; se separaron para cobrar aliento: Arbaces, apoyado en la columna; Glauco, unos pasos más allá.

—¡Oh, vieja diosa! —exclamó Arbaces, abrazando la columna y alzando los ojos hacia la sagrada imagen que soportaba—. Protege a los elegidos, proclama tu venganza hacia este ser de credo advenedizo que con sacrílega violencia profana el lugar de tu descanso y asalta a tu servidor.

Mientras hablaba, las enormes facciones de la diosa parecieron brillar con vida; el mármol negro se convirtió en una especie de velo transparente y adoptó unas tonalidades rojas y encendidas de gran luminosidad; alrededor de su cabeza comenzaron a surgir pequeños y lívidos relámpagos y sus ojos se transformaron en dos brasas de fuego, fijos con estremecedora e intolerable ira en el rostro del griego. Asustado y sorprendido por esta repentina réplica mística a las plegarias de su enemigo e influido por las supersticiones propias de su raza, de las que nunca había logrado liberarse, Glauco palideció ante aquella extraña y horrible vitalización del mármol, temblaron sus rodillas hasta chocar una con otra y permaneció, lleno de pánico divino, inmóvil, indefenso, sin saber qué hacer ante su enemigo. Arbaces no le dio tiempo para recuperarse de su estupor.

—¡Muere, desgraciado! —gritó con voz de trueno, saltando sobre el griego—. La madre todopoderosa te reclama como víctima propiciatoria.

Cogido por sorpresa, en plena consternación de sus temores supersticiosos, el griego perdió el equilibrio —el suelo de mármol era resbaladizo como un espejo—, y cayó. Arbaces colocó un pie sobre su pecho. Apaecides, llevado por lo aprendido en el transcurso de su sagrada profesión y por su conocimiento de Arbaces a desconfiar de cualquier manifestación milagrosa, no compartió la tremenda impresión que sufrió su amigo y avanzó con decisión, blandiendo su brillante cuchillo, pero su mano fue detenida en su descenso por el astuto egipcio, que con una sencilla presión de su poderoso brazo arrancó el arma del débil puño del sacerdote, que cayó al suelo después de recibir un puñetazo de Arbaces. El egipcio, levantando en lo alto el cuchillo recién obtenido, lanzó un alarido ensordecedor y exultante. Glauco se resignó a su inevitable fin, con los ojos abiertos y con la grávida aceptación de un gladiador caído, cuando, en aquel preciso instante, el suelo comenzó a temblar bajo sus pies como asaltados por dolorosas sacudidas, rápidas y convulsivas, que hizo patente que un espíritu aún más poderoso que el del egipcio hacía su aparición en la lamentable escena…, un poder gigantesco y aplastante, ante el cual la pasión y las malas artes de Arbaces quedaban relegadas a la impotencia. Despertó, comenzó a moverse aquel temido demonio del terremoto, riéndose con desprecio por igual de la maldad de la magia humana y de la

estupidez de la ira delos mortales. Como un Titán que transporta montañas sobre sus hombros, despertó después de años de sueño, se revolvió en su lecho de tortura y las cavernas del interior de la tierra se estremecieron con el movimiento de sus miembros. En aquel instante, ansioso de venganza y de poder, el orgullo de cualquier semidiós quedaba humillado y reducido a un montón de triste arcilla. Lejos, a todo lo largo del interior de la tierra, sonó aquel ruido hosco y retumbante, y las cortinas del pequeño santuario temblaron, como si recibiesen el impacto de una tempestad; el altar se tambaleó, el trípode se deslizó sobre el suelo y, por encima de las cabezas de los contendientes, la columna se sacudió sobre su base y osciló de un lado a otro; la oscura efigie de la diosa se balanceó en su pedestal y cayó al suelo, y, cuando el egipcio se inclinaba sobre su presunta víctima, la masa de mármol negro se derrumbó sobre su cuerpo, partiéndose exactamente entre sus hombros y su cuello. El golpe lo dejó en el suelo como si hubiera muerto repentinamente, sin emitir un lamento, inmóvil, sin señal alguna de vida, aplastado por la misma divinidad a la que había invocado impíamente.

—La tierra ha salvado a sus hijos —dijo Glauco, tambaleándose sobre sus pies—. Bendita sea esta terrible convulsión, alabemos la providencia de los dioses.

Ayudó a Apaecides a levantarse y después colocaron boca arriba el cuerpo de Arbaces. Observaron su rostro. Parecía estar ya preso dela muerte. La sangre manaba por sus labios e impregnaba sus relucientes ropajes; cayó con pesadez de los brazos de Glauco y el arroyuelo sanguinolento corrió lentamente sobre el mármol. La tierra volvió a estremecerse bajo sus pies, hasta el punto de verse forzados a tener que cogerse uno a otro. La convulsión cesó tan repentinamente como vino y decidieron no entretenerse más; Glauco tomó con presteza a Iona en sus brazos y salieron del sagrado recinto. Apenas habían llegado al jardín, cuando se encontraron rodeados por todos sitios de grupos de mujeres y esclavos que huían en desorden, con sus festivos y rutilantes vestimentas, en franco contraste con el terror del momento. No hicieron el menor caso a los recién aparecidos, preocupados como estaban con su propio miedo. Después de dieciséis siglos, aquella tierra traidora y candente amenazaba de nuevo con destruirlo todos pronunciaban la misma palabra.

—¡El terremoto, el terremoto!

Apaecides y sus compañeros se encontraron en mitad de aquella muchedumbre, sin ser molestados, renunciaron a entrar en casa alguna y se encaminaron a uno de los estrechos callejones de la ciudad, cruzaron una puerta y allí, en un pequeño promontorio sobre el cual se extendía la oscura sombra de los verdes áloes, la luz de la luna iluminó la figura encogida de la muchacha ciega, que lloraba amargamente.

LIBRO III

Capítulo I

El foro de los pompeyanos. — La primera y elemental maquinaria con la que se forjó una nueva era del mundo

Era antes del mediodía y el foro estaba ya lleno, tanto de gente ocupada como de holgazanes. Como en el París de nuestro tiempo, en las ciudades de Italia, en la época que narramos, los hombres vivían la mayor parte del día fuera de sus casas; los edificios públicos, el foro, los pórticos, los baños, los mismos templos podían ser considerados como sus verdaderos hogares;

no es, pues, de extrañar que decorasen tan suntuosamente estos lugares de ocio, puesto que sentían hacia ellos una especie de afecto doméstico y de orgullo cívico. Y era ciertamente animado el aspecto que ofrecía en aquellos días el foro de Pompeya. A lo largo del ancho pavimento de grandes losas de mármol se encontraban reunidos varios grupos en animada conversación, en la que cada palabra iba acompañada por un gesto apropiado, como es todavía hoy costumbre de las gentes del sur. Allí, en siete improvisadas tiendas, a cada lado de la columnata, se sentaban los cambistas de dinero, con sus brillantes montones de monedas frente a ellos, y mercaderes marinos, de abigarrada vestimenta, se agrupaban ante sus puestos. En uno de los lados, algunos hombres que lucían largas togas[215] se dirigían con paso rápido hacia un elegante edificio en el que los magistrados administraban justicia; se trataba de abogados, activos, charlatanes, bromistas e ingeniosos, como pueden ser vistos en nuestros días en Westminster. En el centro de aquel amplio espacio varios pedestales sustentaban estatuas, entre las que destacaba la que representa al elegante Cicerón. Alrededor del edificio de la magistratura se distinguía una elegante y simétrica columnata de orden dórico, y en ella, algunos de los que por razones de negocios se veían obligados a estar allí a primera hora de la mañana, tomaban la ligera comida del día, como era el desayuno italiano, mientras hablaban con vehemencia acerca del terremoto de la noche anterior, al tiempo que mojaban en vino pequeños pedazos de pan. También en el espacio abierto podían ser vistos algunos comerciantes, dedicados a las actividades propias de sus negocios. Un hombre mostraba a una rubia dama campesina un buen número de cintas; otro mercader no acababa nunca de alabar la calidad de unos zapatos que pretendía vender a un granjero; un tercero había instalado una pequeña cantina ambulante —aún comunes hoy día en Italia— y suministraba a más de una boca hambrienta comistrajos calientes que reparaba en su fogoncillo, mientras —un gran contraste típico en aquella mezcla de actividad comercial y de intelecto que definía la época—, cerca de él, un maestro exponía a sus desconcertados discípulos los elementos de la gramática latina[216]. Una galería sobre el pórtico, a la que se llegaba subiendo unas breves escaleras de madera, atraía también a su público, aunque los grupos que allí se formaban eran menos

locuaces y se comportaban con mayor seriedad, puesto que era en aquel lugar donde se llevaban a cabo los negocios y las transacciones más importantes.

De vez en cuando, la muchedumbre que rondaba por el foro inferior abría paso a algún senador que salía del templo de Júpiter (que flanqueaba uno de los lados del foro y en cuyo recinto tenían lugar las reuniones senatoriales), que avanzaba saludando con ostentación, meneando la cabeza, a los amigos y miembros de su clientela que distinguía entre la multitud. Mezclados con ciudadanos de mejor condición y de ropas más llamativas se veían las figuras rústicas de los granjeros de las afueras, dirigiéndose hacia los graneros públicos. Muy cerca del templo se alzaba la mole del arco del triunfo, que iniciaba una calle rebosante de animación y llena de ciudadanos; en uno de los nichos del arco jugueteaba una fuente, cuya agua doraba la luz del sol, y encima de la cornisa aparecía una estatua ecuestre de Calígula, que formaba un considerable contraste con los alegres cielos de verano. Detrás delos puestos de los cambistas aparecía otro edificio llamado Panteón, ante cuyas puertas se hacinaba un nutrido grupo formado por los pompeyanos más pobres, que se iban introduciendo en el pequeño vestíbulo que daba paso al interior, con alforjas bajo el brazo, para dirigirse hacia una explanada, limitada por dos columnas, en las que los sacerdotes exponían a la venta los restos que habían quedado de los sacrificios.

En uno de los edificios públicos, dedicados a los trabajos de la administración ciudadana, se contrataba a los trabajadores, junto a sus columnas en construcción, y se distinguía con nitidez el rumor que producían con su trabajo, elevándose sobre la opinión crítica de la multitud que expresaba su queja: *¡Parece mentira que las columnas no se hayan concluido aún!*

Nada podía exceder aquella escena, en su conjunto, en variedad de vestimenta, en clases sociales, en modos de conducirse y en profesiones; nada era capaz de rebasar su bullicio, su alegría, su animación, el flujo de vida que la envolvía entera. Allí se encontraban todos y cada uno de los infinitos matices que caracterizaban a una civilización febril y enormemente activa, en la que los placeres y el comercio, la holganza y el trabajo, la

avaricia y la ambición se entremezclaban en un remanso que recibía sus aguas de heterogéneos y, a la vez, armónicos ríos.

Frente a las escalinatas del templo de Júpiter estaba en pie un hombre de unos cincuenta años, con los brazos cruzados y con ceño fruncido y despectivo. Sus ropas eran sencillas, no tanto por su material como por la absoluta ausencia de todos los ornamentos que solían ostentarlos pompeyanos de cualquier clase social, en parte, por su afición a llamar la atención y, en parte, porque tales aderezos estaban forjados en formas que se consideraban útiles para resistir los asaltos de la magia y la influencia del mal de ojo. Su frente era despejada y libre de cabello; los escasos rizos que mantenía aún en la zona posterior de su cabeza quedaban ocultos por una especie de capucha, que formaba parte de su capa, susceptible de quitarse y ponerse a discreción y que ahora le cubría sólo medio cráneo para protegerlo de los rayos del sol. El color de su vestimenta era pardo, tono no en exceso popular entre los pompeyanos, que excluían cualquier mezcla derivada del púrpura y del escarlata. Su cinto o faja sostenía un pequeño recipiente de tinta y un *stilus* (o instrumento para escribir) y tablillas que excedían del tamaño normal. Sin embargo, lo más notable era que en aquel cinto no asomaba bolsa alguna, elemento imprescindible en cualquier faja, aun cuando se diese la triste circunstancia de estar vacía.

No era corriente que los alegres y egoístas pompeyanos se ocupasen en observar el atuendo o las acciones de sus vecinos, pero la mirada y la mueca de los labios de aquel mirón resultaban tan amargos y desdeñosos, en especial al observar la procesión religiosa que en aquel momento ascendía por las escaleras del templo, que resultó inevitable que llamase la atención de muchos.

—¿Quién es ese cínico? —preguntó un mercader a uno de sus colegas, joyero por más señas.

—Es Olintho —contestó el joyero—. Es un cocinero nazareno.

El mercader se estremeció:

—Una horrible secta —dijo, en voz baja y temerosa—. Se dice que cuando se reúnen por las noches siempre comienzan sus ceremonias asesinando a un bebé recién nacido. Profesan la comunidad de bienes, los

muy desgraciados… ¡Comunidad de bienes!… ¿Qué sería de nosotros, los mercaderes, o de los joyeros si tales ideas se pusiesen de moda?

—Ésa es una gran verdad —convino el joyero—. Además, no llevan ni una joya. Sueltan imprecaciones en cuanto ven a una serpiente, y aquí, en Pompeya, todos nuestros ornamentos tienen forma de reptil.

—¿Os habéis dado cuenta —intervino un tercero, que era fabricante de objetos de bronce— de cómo ese nazareno desprecia la piedad dela procesión del sacrificio? Estoy seguro de que está lanzando maldiciones contra el templo. ¿Sabes, Celcino, que este individuo, al pasar el otro día por delante de mi tienda y viéndome trabajar en una estatua de Minerva, me dijo con desprecio que si fuese de mármol me la habría roto? Por lo visto, el bronce era demasiado duro para él. «¿Romper la imagen de una diosa?», dije. «¡Una diosa!… —exclamó el ateo—. Es un demonio, un espíritu del mal.» Y después se alejó, lanzando maldiciones. ¿Por qué tenemos que tolerar tales cosas? No es extraño que la tierra, en su deseo de arrojar de su seno a los ateos, temblase anoche como lo hizo. ¿Un ateo, digo?… Peor aún, un tipo que desprecia las bellas artes. Sería terrible para nosotros, los fabricantes de bronce, que esos tipos llegasen algún día a regir la sociedad.

—Ésos son los incendiarios que quemaron Roma en tiempos de Nerón —gruñó el joyero.

Mientras eran éstos los amigables comentarios que levantaban el aspecto y la fe del nazareno, el propio Olintho se dio cuenta del efecto que estaba produciendo, miró a su alrededor y observó que muchos rostros entre la multitud se fijaban en él y musitaban algo en tanto le miraban; se fijó en ellos durante unos instantes, primero con expresión de desprecio y luego con compasión, y recogiéndose las ropas comenzó a andar, murmurando en voz alta:

—Pobres idólatras engañados… ¿No fueron un aviso para vosotros los temblores de tierra de anoche? Ay, ¿cómo os enfrentaréis a vuestro último día?

Los que oyeron aquellas palabras agoreras les dieron una interpretación, de acuerdo con sus distintos niveles de ignorancia y de miedo; todos, sin embargo, coincidieron en imaginar que constituían una espantosa imprecación. Consideraban a los cristianos como enemigos de la

humanidad. Los epítetos que les dedicaban, entre los que el de «ateos» era el más frecuente y socorrido, pueden servir quizá para indicarnos a nosotros, creyentes del mismo credo hoy triunfante, cómo condescendemos con la persecución de que fue objeto Olintho por no compartir la opinión general y hasta qué punto nuestra situación ha cambiado en relación con aquellos días en que vivieron nuestros antecesores en la fe.

Cuando Olintho se abrió paso entre la multitud y llegó a una de las salidas del foro, lógicamente menos concurrida, descubrió que le observaba un joven de expresión preocupada y de rostro pálido, a quien reconoció con rapidez.

Cubierto con una capa[217] que ocultaba, en parte, su hábito sacerdotal, el joven Apaecides observaba al discípulo de aquel nuevo y misterioso credo, al que por un tiempo había estado a punto de convertirse.

—¿Es también éste un impostor? ¿Es este hombre, tan sencillo en su modo de vida, en su indumento, en la expresión de su rostro…, es posible que, como Arbaces, haga de la austeridad un disfraz para ocultar sus apetitos sensuales? ¿Ocultan los velos de Vesta los vicios de la prostitución?

Olintho, acostumbrado a tratar con hombres de todas clases y uniendo a su entusiasmo por la fe una profunda experiencia en sus relaciones con los seres humanos, adivinó, sin duda, por el aspecto que ofrecía el joven, que algo grave había ocurrido en el interior de su corazón. Sostuvo la mirada de Apaecides con firmeza y con el ceño despejado y lleno de candor.

—La paz sea contigo —dijo, a modo de saludo.

—La paz —contestó el sacerdote, en tono tan conmovido que estremeció el corazón de Olintho.

—En ese deseo —siguió el nazareno— se combinan todas las cosas buenas. Sin virtud no puede existir la paz. Como el arco iris, la paz descansa sobre la tierra, pero se pierde a medida que va escalando el cielo. El firmamento le presta sus rayos de luz, pero surge entre las lágrimas y los nubarrones de este mundo. Es el reflejo del Sol Eterno, el testimonio de su serenidad, el símbolo de la gran alianza entre Dios y el hombre. Esta paz, oh joven, es la sonrisa del alma, es la emanación luminosa de una lejana órbita inmortal. ¡LA PAZ sea contigo!

—Ay —se lamentó Apaecides, al darse cuenta de que algunos transeúntes le miraban, deseosos de saber qué tema de conversación podían sostener el desconocido nazareno y un sacerdote de Isis. Calló unos instantes y después añadió—: No podemos hablar aquí. Te seguiré hasta la orilla del río; hay un camino que a estas horas del día suele estar completamente desierto.

Olintho asintió con la cabeza. Echó a andar por las calles con paso rápido y con mirada inquieta y vigilante. De vez en cuando dirigía un gesto significativo a alguno de los transeúntes con los que se cruzaba, cuya indumentaria demostraba que pertenecía a las clases más humildes, porque el cristianismo fue en este aspecto, al igual que el resto de las grandes o pequeñas revoluciones, obra del grano de mostaza depositado en el corazón de los desheredados. Entre humildes cabañas de miseria y trabajo iba trazando su curso el gran río que más tarde alojaría sus aguas en corrientes más caudalosas que discurrían entre ciudades y palacios terrenales.

Capítulo II

Excursión de mediodía por el mar de Campania

—Dime, Glauco —preguntó Iona, mientras navegaban en aguas del burbujeante Sarno[218], en su nave de recreo—, ¿cómo pudisteis tú y Apaecides rescatarme de las manos de aquel malvado?

—Pregúntaselo a Nydia —contestó el ateniense, señalando a la muchacha ciega, que se sentaba a escasa distancia de ellos, apoyándose pensativamente sobre su cítara—. Dale las gracias a ella, no a nosotros. Al parecer, vino a mi casa y, al enterarse de que había salido, fue a buscar a tu hermano al templo y él la llevó a casa de Arbaces. Me encontraron por casualidad durante su camino con un grupo de amigos, a quienes me había unido para celebrar la felicidad que me produjo tu carta. El oído finísimo de Nydia identificó mi voz, y no hicieron falta muchas palabras para que me

constituyese en compañero de Apaecides. No dije a los que me acompañaban adonde me dirigía. No podía citar tu nombre para que lo utilizaran sus lenguas en estúpidos cotilleos. Nydia nos condujo hasta la puerta del jardín, y estábamos a punto de penetrar en los misterios que ocultaba aquella casa, cuando escuchamos un grito que provenía de otro lugar. Lo demás ya lo sabes.

Iona se sonrojó con fuerza. Alzó los ojos hasta encontrar los de Glauco y se sintió agradecida de tal manera que no pudo expresarlo en palabras.

—Ven aquí, Nydia —pidió con ternura a la tesalia—. ¿No te prometí que ibas a ser mi hermana y mi amiga? Ahora eres además mi guardiana y mi protectora.

—Yo no hice nada —contestó Nydia con frialdad y sin moverse de donde estaba.

—Oh, lo había olvidado —siguió Iona—. Soy yo quien debe acercarse a ti.

Y saltó por encima de los bancos hasta llegar a Nydia y, rodeándola con sus acariciantes brazos, cubrió de besos sus mejillas.

Nydia estaba aquella mañana más pálida y menos activa de lo acostumbrado y se rindió al abrazo de la bella napolitana.

—¿Pero cómo llegaste a sospechar con tanta exactitud el peligro que corría? —murmuró Iona—. ¿Sabías algo del egipcio?

—Sí, conocía sus vicios.

—¿Cómo es eso posible?

—Noble Iona, yo he sido esclava de gentes viciosas. Aquellos a quienes servía eran sus lacayos.

—¿Y osaste entrar en aquella casa, a pesar de conocer su reputación? De otra manera no hubieses sabido de la existencia de una puerta secreta.

—He tocado mi cítara para Arbaces —confesó la tesalia, un tanto confusa.

—Y escapaste del contagio del que también quisiste que Iona se librase —murmuró la napolitana, en voz tan baja que llegó al oído de Glauco.

—Noble Iona, yo no tengo belleza ni clase social alguna; soy una niña, una esclava ciega. La gente despreciable queda siempre a salvo

Nydia formuló esta humilde contestación con voz dolorida, llena de indignación y orgullo. E Iona se dio cuenta de que seguir hablando de la cuestión supondría herir a la joven ciega. Permaneció en silencio y la nave comenzó a surcar ya las aguas del mar.

—Reconocerás que yo tenía razón, Iona —dijo Glauco—, al convencerte de que no desperdiciaras esta hermosa mañana en tu aposento… Reconocerás que tenía razón.

—Tenías razón. Glauco —afirmó Nydia, de pronto.

—La querida niña se refiere a ti —declaró el ateniense—, pero deja que me coloque frente a ti porque, de otro modo, nuestra pequeña embarcación puede volcar.

Y tras anunciar estas palabras se sentó justo delante de Iona e, inclinándose hacia ella, pensó que era su aliento y no los vientos del verano lo que inundaba el mar de fragancia.

—Tienes que explicarme por qué me has cerrado la puerta de tu casa durante tantos días.

—Oh, no pienses más en ello —pidió Iona, con rapidez—. Presté oídos a lo que ahora me consta que era la maldad de la calumnia.

—¿Y fue el egipcio quien me calumnió?

El silencio de Iona equivalió a una afirmación.

—Claro, sus motivos eran obvios.

—Por favor, no me hables más de él —rogó Iona, cubriéndose la cara con las manos, como para evitar los pensamientos que el tema provocaba.

—Quizá se encuentre ya en las orillas de la silenciosa Estigia —aventuró Glauco—; sin embargo, en caso de que así fuese, nos hubiésemos enterado de su muerte. Temo que tu hermano ha padecido gravemente la influencia de su tenebroso espíritu. Cuando anoche llegamos a tu casa, se marchó sin despedirse. ¿Llegará el día en que pueda ser mi amigo?

—Le consume alguna preocupación íntima —contestó Iona, con lágrimas en los ojos—. Me gustaría que fuésemos capaces de liberarle de sí mismo. Unámonos en tan noble acción.

—Para mí ya es un hermano —contestó Glauco.

—Con cuánta calma —dijo Iona, recuperándose del abatimiento que el recuerdo de Apaecides le había producido—, con cuánta calma parecen

reposar las nubes en el cielo, y sin embargo me has dicho, porque yo no me di cuenta de ello, que anoche la tierra tembló con violencia bajo nuestros pies.

—Es cierto. Y, según dicen, lo hizo con más fuerza aún que durante el terremoto de hace dieciséis años. La tierra sobre la que vivimos alberga en sus entrañas misterio y terror, y el reino de Plutón, que se extiende bajo nuestros cálidos campos, semeja rasgarse con conmociones internas. ¿Sentiste cómo tembló la tierra, Nydia, donde tú nos esperabas sentada? ¿Acaso no fue el miedo lo que te hizo llorar?

—Sentí cómo el suelo se encogía y se alzaba debajo de mis pies, como si fuese una monstruosa serpiente —contestó Nydia—. Pero no vi nada que me produjese temor. Imaginé que la convulsión era un encantamiento más del egipcio. Dicen que posee poderes sobre los elementos.

—Tú eres una tesalia, Nydia —concedió Glauco—, y te asiste el derecho nacional de creer en la magia.

—La magia…, ¿quién la pone en duda? —replicó Nydia, con convencimiento—. ¿Tú dudas de ella?

—Hasta anoche, en que sucedió un acontecimiento nigromántico que aún me tiene desconcertado, no creía en más magia que la que proporciona el amor —afirmó Glauco, con voz temblorosa, fijando sus ojos en los de Iona.

—¡Ah! —exclamó Nydia, con una especie de escalofrío y haciendo sonar mecánicamente unas placenteras notas de su cítara.

Aquellos acordes armonizaron bien con la tranquilidad de las aguas y la soleada calma del mediodía.

—Toca algo, querida Nydia —pidió Glauco—. Tócanos una de tus viejas canciones de Tesalia. No importa que trate de magia o no, siempre que el tema central sea el amor.

—¡El amor! —repitió Nydia, levantando sus grandes ojos errantes que estremecían a quienes los veían con un sentimiento de dolor y de miedo.

Uno no era capaz de familiarizarse con el aspecto de aquellos ojos: parecía extraño que aquellas grandes pupilas oscuras ignorasen la luz del día, y su mirada resultaba tan profunda y misteriosa, o tan inquieta y agitada, que al encontrarla se experimentaba la vaga, gélida y semicelestial

sensación que asalta cuando se está en presencia de un loco o de alguien que, estando en posesión de una vida como la de todos los mortales, goza o padece de otra interior, distinta, insondable, ilocalizable.

—¿Quieres que cante una canción de amor? —preguntó, fijando aquellos ojos en Glauco.

—Sí —contestó él bajando la mirada.

Se separó un poco del brazo de Iona, que aún la abrazaba, como si aquella caricia la turbase, y colocando su ligero y grácil instrumento sobre una rodilla, tras un breve preludio, cantó los siguientes versos

LA CANCIÓN DE AMOR DE NYDIA

I

El viento y el sol a la rosa aman,
y también la rosa tiene un amor;
pues, ¿quién cuida del viento cuando sopla
y quién ama al buen sol?

II

Nadie sabe de dónde viene el viento,
pirueta que crea el firmamento…
Nadie ha soñado que en el viento hay alma,
cuando suspira con dolor y miedo.

III

¡Oh, sol feliz!… ¿Cómo puedes probarnos
tu deslumbrante amor?
Con tu luz cegadora nos demuestras
que eres… sólo esplendor.

IV

¿Cómo puede el viento revelar su amor
con sus no deseados suspiros?

Mudo, mudo su rosa ha de robar
¡y robar siempre es matar!

—Cantas con gran tristeza, dulce niña —dijo Glauco—. Tu juventud sólo percibe el aspecto oscuro del amor. Despierta unos sentimientos muy distintos cuando se apodera de nosotros y nos deslumbra.

—Canto tal como me enseñaron —replicó Nydia, con un suspiro.

—Tu maestro debió ser desgraciado en amores. Intenta un aire más alegre. No, déjame tu instrumento.

Al obedecer sus órdenes, su mano rozó la suya, y ese ligero contacto hizo que su pecho se dilatase y su rostro se llenase de rubor. Iona y Glauco, preocupados uno de otro, no percibieron esa demostración de las extrañas y prematuras emociones que manifestaba un corazón lleno de imaginación y desprovisto de esperanza.

Y ahora, ante ellos, se extendía el amplio, azul, brillante y feliz mar, tan bello como lo es en este momento, diecisiete siglos más tarde, en que yo lo contemplo rompiendo en las mismas orillas de ensueño. Y ese clima que enerva y enaltece aún más los encantos de Circe; que insensiblemente nos moldea con mano misteriosa y nos pone en armonía con nosotros mismos, desterrando de nuestro pensamiento la idea del trabajo austero, las voces de la ambición desatada, los afanes y el trajín de la vida diaria; que nos inflama con sueños sutiles y gratos, que induce a nuestra naturaleza —al menos, a la porción terrena que hay en ella— a la satisfacción del deseo y a la locura de amar que inspira el aire que respiramos. Quienquiera que te visite creerá que abandona este mundo y sus pesares para entrar por una puerta de marfil en la tierra de los sueños.

Las jóvenes y rientes Horas de HOY, aquellas Horas, hijas de Saturno, a las que su propio padre ansiaba devorar[219], se han desembarazado de su servidumbre; aquí, el pasado y el futuro se olvidan y se goza del tiempo en que uno respira. Flor del jardín de este mundo… Fuente de gozo, Italia, Italia, hermosa y benigna Campania… En vano los Titanes intentaron luchar por otro cielo en estos lugares… Aquí Dios quiso convertir el trabajo de la vida cotidiana en perpetua holganza, pues, ¿quién no suspira por habitar siempre estas tierras, sin pedir nada, sin esperar nada, mientras los

cielos brillan sobre nuestras cabezas y las aguas relucen a nuestros pies, como era el caso del ateniense Glauco, al que los dulces céfiros llevaban el mensaje delicado de la violeta y del azahar, mientras su corazón latía con una emoción que sólo encontraba salida por sus ojos y sus labios y que elevaba el espíritu con la certeza de que el amor vence sobre la rutina y es eterno?

Así, pues, en estos mares y en estos climas el ateniense contemplaba la presencia de un rostro que podía personalizar el de la ninfa espiritual de aquellos parajes; alimentaba sus ojos con los cambiantes tonos rosáceos de sus mejillas, feliz hasta más allá de la posible felicidad de la vida cotidiana, en plenitud de amor y sabiéndose amado

La historia de las pasiones humanas en tiempos pasados poseen un excepcional interés, precisamente por su remota antigüedad. Deseamos sentir dentro de nosotros mismos el eslabón que une las más distantes eras, aunque reconozcamos que los hombres, las naciones y las costumbres pasan. Sin embargo, LOS AFECTOS SON INMORTALES y ellos son los lazos que anudan sin cesar a todas las generaciones. El pasado revive en nosotros cuando consideramos la realidad de sus emociones y las hacemos nuestras de nuevo, reviviéndolas. ¡Lo que fue seguirá siendo siempre! Las dotes mágicas que resucitan muertos, que vivifican el polvo de olvidadas tumbas, no forman parte de las dotes de un escritor, sino que halla sus raíces en el corazón de los lectores.

Persiguiendo aún en vano la mirada de Iona, que incluso con los párpados caídos y la cabeza vuelta hacia un lado cegaba los ojos del ateniense, Glauco, con voz suave, expresó su sentimiento, inspirado en un estado de ánimo más feliz que el que había dejado entrever la canción de Nydia.

LA CANCIÓN DE GLAUCO

I

Como surcan los mares del estío las barcas,
en su pasión por ti, mi corazón avanza.
Perdido en el espacio, sin temor se desliza,

pues son como tu alma las mareas latinas.
Ahora se eleva o baja el océano altivo
según recoja el viento tu sonrisa o suspiro
y los astros que guían al solo navegante[220],
son su norte y su guía, cual tus ojos radiantes.

II

La nave puede hundirse en tempestad y fragor,
pues su existencia nace de la luz del amor;
como tu fe y tu risa son fuego y alegría,
así tu ceño puede crear naufragio o vida.
Feliz el que zozobra bajo el cielo sonriente…
Si con el tiempo amargo tu corazón consiente
en vivir para siempre en dolor reducido,
deja que muera ahogado mientras sea querido.

Al sonar las postreras palabras sobre el mar estremecido, Iona levantó la mirada y se confundió con la de su enamorado. ¡Feliz Nydia! …Feliz fuiste en tu aflicción, ya que no pudiste ver aquel fascinante y encantador intercambio de miradas que tantas y tantas cosas expresaba, que convertía los ojos en la voz del alma y garantizaba la imposibilidad de que sus sentimientos pudiesen cambiar.

Pero, aunque la tesalia no pudo ver la escena, dedujo su significado por el silencio que siguió, apenas roto por los suspiros de ambos. Se estrujó las manos con fuerza contra su pecho, como si intentase reducir sus sentimientos de amargura y de celos, y después se apresuró a hablar, puesto que aquel silencio se le hizo insoportable.

—Después de todo, oh Glauco —dijo—, no ha habido nada demasiado alegre en tu canción.

—Pues te prometo que al tomar tu cítara pretendía que lo hubiera. Es posible que la felicidad nos impida quedar libres de cuidado.

—Qué extraño es —dijo Iona, cambiando un tema de conversación que, a la vez, la encantaba y abrumaba— que durante estos últimos días esa nube haya permanecido inmóvil sobre la cumbre del Vesubio… Quizá no

absolutamente inmóvil, ya que en ocasiones cambia de forma; ahora se me antoja que parece un enorme gigante con un brazo extendido sobre la ciudad. ¿Le encontráis ese parecido o es sólo cosa de mi imaginación?

—Hermosa Iona, a mí también me lo parece. Su silueta es sorprendentemente nítida. El gigante semeja estar sentado en la cumbre de la montaña y las diferentes tonalidades de la nube conforman a la perfección la blanca túnica que cubre su enorme pecho y sus miembros: su actitud es la de estar mirando fijamente a la ciudad a sus pies, señalando incluso, como bien dices, las alegres calles con una mano y elevando la otra hacia lo alto del cielo, ¿no te das cuenta? Es como el fantasma de un inmenso Titán contemplando su hermoso paraíso perdido, mientras lamenta el paso del tiempo y teme la amenaza que pueda traer el futuro.

—¿Puede esa montaña tener alguna relación con el terremoto dela última noche? Dicen que hace años, casi en la primera era de nuestra historia, lanzaba fuego, como lo hace aún hoy el Etna. ¿Es posible que las llamas sigan saltando y agitándose en su interior?

—Sí, es posible —convino Glauco, pensativo.

—Tú has dicho que no crees fácilmente en las artes de la magia —terció Nydia, de pronto—. Pero yo he oído decir que una poderosa hechicera vive en las cavernas calcinadas de la montaña y que esa nube puede ser la sombra del demonio, de acuerdo con el cual actúa.

—Estás llena de fantasía de tu Tesalia nativa —contestó Glauco—, que es una extraña mezcla de sentido común y de supersticiones contradictorias.

—Los que vivimos en la oscuridad no tenemos más alternativa que la de ser supersticiosos —replicó Nydia—. Dime —añadió, tras una breve pausa —, dime, oh Glauco: ¿todas las cosas bellas se parecen unas a otras? Todos afirman que Iona es bella y que tú también lo eres. ¿Son vuestras caras iguales? Imagino que no, aunque opino que debieran serlo.

—Tu imaginación hace un flaco favor a Iona —contestó Glauco, riendo —. Pero no nos parecemos uno a otro, como a veces ocurre con los parientes cercanos y con los que son en verdad hermosos. El cabello de Iona es oscuro; el mío, claro. Los ojos de Iona son…, ¿de qué color, Iona? Vuélvete hacia mí para que los vea. Oh, ¿acaso son negros? No, son demasiado tiernos para ello. ¿Son azules? Tampoco, son mucho más

profundos. Cambian con cada rayo de sol y no sé su color. Los míos, dulce Nydia, son grises y sólo brillan cuando Iona se mira en ellos. Las mejillas de Iona…

—No entiendo ni una palabra de lo que dices —interrumpió Nydia, con displicencia—. Lo único que deduzco es que no os parecéis el uno al otro, de lo cual me alegro.

—¿Por qué, Nydia? —preguntó Iona.

Nydia enrojeció ligeramente.

—Porque —afirmó con frialdad— siempre os había imaginado como seres muy diferentes y resulta agradable saber que una tiene razón.

—¿A quién habías imaginado que se parecía Glauco? —preguntó Iona, con voz dulce.

—A la música —respondió Nydia, bajando la cabeza.

Iona pensó que tenía razón.

—¿Ya quién crees que se parece Iona?

—Aún no lo sé —contestó la muchacha ciega—, no la conozco lo suficiente para representármela de acuerdo con lo que he averiguado hasta ahora sobre ella.

—Entonces yo te lo diré —dijo Glauco, con apasionamiento—: escomo un sol que calienta y como una ola que refresca.

—A veces el sol quema, y las olas ahogan —contestó Nydia.

—Toma estas rosas —añadió Glauco—, y deja que su fragancia te haga adivinar cómo es Iona.

—Ay, las rosas se ajan en seguida —dijo la napolitana, jocosamente.

Con este tipo de conversación pasaron las horas; los enamorados, conscientes sólo de la sonrisa y de la dicha de su amor; la joven ciega, conviviendo con su oscuridad, con sus torturas, con la fiereza de sus celos y de sus temores.

Por fin, mientras seguían navegando, Glauco tomó una vez más la cítara y arrancó de ella, con dedos descuidados y ágiles, una melodía tan exótica y alegre que hasta Nydia despertó de sus ensueños y lanzó un grito de admiración.

—Como puedes comprobar, pequeña mía —dijo Glauco—, aún soy capaz de rehabilitar la música del amor. Me equivoqué al decir que en la

felicidad no podía haber tristeza. Escucha, Nydia, escucha, querida Iona, escuchad las dos:

El nacimiento del amor[221]

I

Como una estrella que surca los mares,
como un ensueño en las olas prendido,
surge el amor entrañable.
Se alzó ella con su encanto encendido
en la isla de Chipre y contra el cielo,
con la luz de su alegre sonrisa,
al corazón del bosque abrió el silencio
los trajines de su vegetal vida:
la vida que nacía a una luz nueva,
en las venas de la feliz tierra.
Oh, cierto, es cierto…
te conoce la más profunda sima
del mar y el firmamento entero
te reconoce en su fulgor más íntimo:
con el pájaro-amor subes al cielo.
Oh, vientos, dulces vientos…
Nos llega con sus alas plateadas
desde su hogar con delicioso Oriente,
abanicando brisas con doradas,
finas guedejas y trinos ardientes.
Y lejos, en las playas que vivimos,
aguarda la estación que es más propicia
para arroparte, pájaro divino,
que a la tierra conviertes en caricia.

II

¡Oh, mirad cómo surge de la concha,

fúlgido albergue de la hermosa perla!
… Mirad cómo el color de tiernas rosas
le inundan rostro y pecho de doncella
y delicados miembros se sofocan
con tímido rubor que da belleza.
Navegando por siempre mar adentro
sobre agitadas aguas violentas,
¡todo proclama que tu luz es nuestra,
portavoz del amor, tú, deidad eterna!
Somos tuyos, por siempre tuyos somos,
pues cada hoja en la riente orilla,
y las olas que el mar lleva a sus lomos
y hasta el suspiro mínimo
del espacio infinito
a ti debido son amor bendito.

III

Y a ti, querida mía, que en tus ojos
me miro ahora con feliz dulzura,
de las profundidades te recojo
en que nació la diosa y la ternura.
tus párpados son la celda oscura
donde en rubores el Amor rutila
y nuestra concha mística se abre
y la diosa aparece en tu pupila.
Cantad, bailad…,
porque ella está llegando por los mares
y hasta mi alma al mirarte a ti.
Ya llega, ya está aquí.
¡Ya viene navegando por los mares
y hasta mi alma, al mirarte a ti!
Cantad, bailad…

Capítulo III

La congregación

Seguido de Apaecides, el nazareno llegó a la orilla del Sarno; aquel río, hoy reducido a un pequeño arroyo, llevaba entonces su considerable caudal a un mar poblado de naves y en cuyas aguas se reflejaban los jardines, los viñedos, los palacios y los templos de Pompeya. Desde sus márgenes más ruidosas y frecuentadas, Olintho se dirigió hacia un camino que cruzaba una umbría llena de árboles que crecían a escasa distancia del río. Aquel paseo era uno de los lugares preferidos por los pompeyanos al caer el día, pero durante las horas de calor y de trabajo apenas era visitado por nadie, a excepción de algunas cuadrillas de niños juguetones, algún poeta meditativo o algún filósofo en busca de argumentos para ulterior discusión.

Más allá de las orillas del río había varios grupos de árboles diseminados que entremezclaban sus delicadas y ligeras hojas y en cuyos troncos se distinguían cientos de extraños dibujos tallados, desde figuras de faunos y sátiros a las siluetas de las pirámides egipcias, pasando por las letras que componían el nombre de algún ciudadano popular o eminente. Así, pues, la falta de buen gusto, en su más genuina pureza, viene desde muy antiguo; es posible que los comerciantes, desaparecidos desde hace un siglo de Hackney y de Paddington, no fuesen conscientes de que sus piezas de torturados tejos y sus cajas talladas encontraban su origen y modelo en el período más elegante de la Roma antigua, es decir, en los jardines de Pompeya y en las villas como la del melindroso Plinio.

El paseo en aquella hora del mediodía, en que el sol caía perpendicularmente, a través de hojas tupidas, estaba totalmente desierto. Ninguna otra persona, excepto Olintho y el sacerdote, rompía la soledad de los contornos. Se sentaron en uno de los bancos, situados a intervalos entre los árboles y recibiendo en la cara la amable brisa que soplaba desde el río, cuyas aguas se arremolinaban y brillaban ante ellos, formando una pareja de singular contraste: el creyente de la última y el sacerdote de la más antigua fe del mundo.

—Desde el día en que me dejaste con tanta prisa, ¿has sido feliz? —preguntó Olintho—. ¿Ha hallado consuelo tu corazón bajo esos hábitos de sacerdote? ¿Albergas aún el deseo de oír la voz de Dios? ¿Encuentras consuelo en los oráculos de Isis? Esos suspiros, ese rostro que se niega a mirarme dan la respuesta que mi alma había pronosticado.

—¡Ay! —se lamentó Apaecides—. Tienes ante ti a un hombre desgraciado y a punto de enloquecer. Desde mi más tierna edad he albergado en mi alma el sueño de la virtud. He envidiado siempre la santidad de ciertos hombres que en cavernas o en templos solitarios han sido admitidos a esa comunidad de seres que están por encima de las pasiones de este mundo; he consumido mis días en estos febriles y vagos deseos; mis noches se han burlado de mí ofreciéndome solemnes visiones. Seducido por las profecías místicas de un impostor, me revestí con estas ropas; mi modo de pensar y de sentir (te lo confieso con sinceridad) se rebelan contra lo que he visto y contra aquello en lo que mi destino me ha

empujado a participar. Buscando la verdad, me he convertido en un defensor de todo lo falso. La noche en que nos vimos por última vez estaba aún embebido por las esperanzas que había creado en mi alma aquel impostor, a quien debiera haber conocido mejor ya entonces. Tengo…, no importa…, no importa…, lo que te he dicho es más que suficiente: a mi locura y a mi pena he unido pecado y perjurio. El velo se ha rasgado definitivamente ante mis ojos; veo a un villano donde hace poco encontraba a un semidiós; la tierra se oscurece ante mis ojos; me encuentro en los más hondos abismos de la oscuridad; ni siquiera sé si existen dioses allá en lo alto, si somos o no simples efectos de la casualidad; si después de este presente, melancólico y servil, hay algo más que la simple aniquilación… Explícame tu fe; resuelve mis dudas, si en verdad tienes poder para ello.

—No me extraña que te sientas tan perdido —contestó el nazareno—, ni que muestres un escepticismo tan radical. Hace ochenta años no existía para el hombre ningún testimonio válido de Dios, ni de una existencia cierta después de la muerte. Pero nuevas leyes han sido promulgadas para los que tienen oídos, y un cielo proclamado, un verdadero Olimpo para los que tienen ojos. Hazles caso y escúchame.

Y con el celo de un hombre que cree fervientemente en lo que dice y desea sobre todas las cosas convertir, el nazareno explicó a Apaecides las promesas que se encuentran en las Escrituras. Habló primero de los milagros y de los sufrimientos de Cristo y lloró mientras lo hacía después se extendió acerca de la gloriosa Ascensión del Salvador y de las claras predicciones de la Revelación. Describió aquel cielo puro y de intenso goce espiritual, destinado a los justos, y el fuego y los tormentos que esperaban a los culpables.

Las dudas que pueden asaltar a un hombre de nuestros días en relación con la inmensidad del sacrificio de Dios para el bien del hombre no pueden compararse con las que debió sentir un pagano de los primeros tiempos. Los paganos estaban acostumbrados a creer que los dioses habían vivido en la tierra y tomado la figura y el carácter de hombres; en consecuencia, habían compartido las pasiones humanas, los trabajos humanos y las desgracias humanas. ¿Cuáles habían sido los pesares del propio hijo de Alcmeón[222], cuyos altares se perfumaban con incienso en incontable número de

ciudades, sino dolores propios con la humana condición? ¿No había pagado su pecado místico el gran Apolo dorio[223], descendiendo a la tumba? Aquellos que ahora eran deidades del cielo habían sido legisladores y benefactores del hombre terrenal y la gratitud que hacia ellos era obligado sentir se transformaba en culto. No constituía, pues, para un pagano nada nuevo ni extraño que Cristo hubiera sido enviado desde la gloria ni que un ser inmortal hubiese transigido en hacerse mortal y probase la amargura de la muerte. Y el fin por el cual Él trabajó y penó, ¡cuán glorioso y superior se le antojó a Apaecides que el que había determinado a las antiguas deidades a venir a este mundo para cruzar las puertas de la muerte!… ¿No era tarea propia de un Dios descender a estos oscuros valles para disipar las nubes que cubrían la impenetrable montaña del más allá, para satisfacer y disipar las dudas de los sabios, para convertir simples especulaciones en certezas, para dar con su ejemplo un modo digno de vida, para solucionar el enigma de ultratumba y para demostramos que el alma no sueña en vano cuando piensa y se aterra a la inmortalidad? En este último punto radicaba el gran argumento que aquellos hombres humildes utilizaban para convertir a la tierra. Del mismo modo que nada hay más halagador para el orgullo humano que la esperanza en una vida futura, nada podía ser más vago y confuso que la idea que sobre este tema místico defendían los pensadores paganos. Apaecides estaba convencido de que la fe de los filósofos no podía ser la misma que la del pueblo vulgar y que, si ellos profesaban en secreto algún culto divino, se guardaban mucho de impartir tal credo a la comunidad. Sabía también que todos los sacerdotes criticaban y ridiculizaban lo que él había predicado siempre a sus fieles. Para la clase sacerdotal, las ideas de unos pocos no tenían por qué ser compartidas por el pueblo. Pero en esta nueva fe, en cambio, parecía que el filósofo, el sacerdote y el pueblo, los que exponían los principios de la religión y sus seguidores, compartían ideas acordes; por otra parte, no se dedicaban a especular o a discutir acerca de la inmortalidad, sino que hablaban de ella como de algo cierto y seguro; la magnificencia de aquella pro-mesa le deslumbraba, el consuelo que suponía le reconfortaba. La fe cristiana hizo sus primeros creyentes entre los pecadores; muchos de sus primeros padres y mártires fueron gente que habían conocido la amargura del vicio y que, en

consecuencia, no corrían peligro de sentirse tentados a apartarse de los caminos de la austeridad y de la virtud comprometida. Todas las afirmaciones de aquella fe, curaba la maldad e inducía al arrepentimiento se adaptaban perfectamente a aquellos que habían padecido esa amargura y dolor de espíritu. El mismo remordimiento que Apaecides sentía por sus recientes excesos le inducían a acercarse a alguien que hallaba santidad en aquel remordimiento y que le hablaba de la alegría que hay en el cielo cuando un pecador se arrepiente.

—Vamos —dijo el nazareno, al darse cuenta del efecto que había producido en el joven—. Ven al humilde vestíbulo en que nos reunimos unos cuantos elegidos; escucha allí nuestras oraciones, comprueba la sinceridad de nuestras lágrimas de penitentes, únete a nuestro sacrificio, no de víctimas ni de guirnaldas, sino consistentes en la entrega de nuestro inocente pensamiento que emana del altar del corazón. Las flores que colocamos en el ara son imperecederas, puesto que siguen vivas aunque estemos ya muertos. Es más: nos acompañan hasta más allá de la tumba y crecen tras nuestros pies cuando entramos en el cielo; nos gratifican con su aroma eterno, porque pertenecen al alma y forman parte de ella. Nuestros sacrificios consisten en vencer tentaciones y en arrepentirnos de nuestros pecados. Ven, ven…, no perdamos más tiempo; prepárate ya para el grande y terrible viaje que lleva de la oscuridad a la luz, del dolor a la dicha, de la corrupción a la inmortalidad. Hoy es el día del Hijo de Dios, una jornada que reservamos de modo especial para practicar nuestras devociones. Aunque, por regla general, nos reunimos por la noche, algunos de los nuestros se encontrarán ya allí. ¡Qué alegría, qué triunfo supondrá para todos devolver al redil a una oveja perdida!

En el fondo de la conversación que sostenía con Olintho, Apaecides distinguió tanta pureza de corazón y tal espíritu de generosa benignidad —una disposición de ánimo que encontraba su propia dicha en la felicidad del prójimo, que buscaba el anhelo de convertir a cada hombre en un compañero de eternidad—, que se sintió emocionado, aliviado, sacudido. Se encontraba en un estado de ánimo que eliminaba el deseo de estar solo. La curiosidad se añadía a otros elementos estimulantes de mayor altura; se sentía ansioso de presenciar aquellos ritos de los que tenía noticias

contradictorias y oscuras. Se detuvo un instante, observó sus ropas, pensó en Arbaces y se estremeció de horror. Levantó los ojos hacia el nazareno y vio en su amplia frente inquietud, ansiedad, preocupación por su causa, por su salvación. Se envolvió con la capa para ocultar completamente sus ropajes y dijo:

—Condúceme allí, yo te seguiré.

Olintho estrechó su mano con alegría y descendieron hacia la orilla del río, donde gritaron a uno de los botes que rondaban por allí constantemente; saltaron en él, bajo el toldo que los guardaba del sol y que, a la vez, protegía sus personas de cualquier mirada curiosa. Con rapidez cogieron el impulso de la corriente y, al pasar junto a una de las pequeñas naves, cuya proa estaba adornada con guirnaldas y que se dirigía hacia el mar, llegó hasta sus oídos una música suave y armoniosa.

—Así —comentó Olintho, tristemente—, en la inconsciente alegría de su engaño, navegan los devotos de la vida muelle hacia el gran océano de temporales y naufragios… Nosotros pasamos junto a ellos, silenciosos y sin ser notados, a ganar tierra firme.

Apaecides, levantando los ojos, vio por la abertura del toldo la cara de uno de los que iban a bordo de aquella alegre barca: era el rostro de Iona. Los amantes estaban embarcados para realizar la excursión de la que ya hemos dado cuenta. El sacerdote suspiró y de nuevo se reclinó en su asiento. Alcanzaron la orilla al llegar a los suburbios dela ciudad, donde un callejón de pequeñas y humildes casas se extendía hasta el mismo río; allí despidieron el bote, desembarcaron y Olintho, precediendo al sacerdote, caminó por un laberinto de diminutas calles y llegó al fin a la puerta cerrada de una casa, algo mayor que las restantes del barrio. Llamó tres veces, la puerta se abrió y se cerró de nuevo en el preciso instante en que Apaecides siguió los pasos de su guía por el recibidor.

Atravesaron un vestíbulo vacío y llegaron a una habitación interior de moderado tamaño que, una vez cerrada la puerta, sólo recibía luz por una pequeña abertura sobre la misma. Deteniéndose en la entrada de esta pieza y llamando con los nudillos, Olintho dijo:

—La paz sea con vosotros.

Una voz preguntó:

—¿Con quién?

—Con los fieles —replicó Olintho.

La puerta se abrió. Doce o catorce personas se sentaban en un semicírculo, en silencio, al parecer absortos en sus pensamientos; en la pared opuesta se veía un crucifijo toscamente tallado en madera.

Cuando Olintho entró levantaron todos la cabeza, sin pronunciar una palabra. El propio nazareno, antes de aproximarse a ellos, se arrodilló súbitamente, detuvo su mirada en el crucifijo y comenzó a mover los labios, dando a entender a Apaecides que estaba orando. Realizado este rito, Olintho se dirigió a la congregación:

—Amigos y hermanos —dijo—. No os asombréis de ver entre nosotros a un sacerdote de Isis. Ha estado caminando con los ciegos, pero el Espíritu le ha iluminado y desea ver, oír y comprender.

—Dejemos que lo haga —replicó uno de los reunidos.

Y Apaecides observó al que había hablado y comprobó que era un hombre aún más joven que él, de aspecto igualmente pálido y desmejorado, en cuya mirada también se manifestaba la inquietud y la vitalidad propias de una mente que trabaja.

—Dejemos que lo haga —repitió otra voz.

Éste era un hombre en la plenitud de su madurez; su piel bronceada y sus facciones asiáticas correspondían a un hijo de Siria, que en su juventud había sido ladrón.

—Dejemos que lo haga —repitió una tercera voz.

Y el sacerdote, volviéndose también hacia el que había hablado, distinguió a un anciano de larga barba grisácea, a quien reconoció como uno de los esclavos del rico Diomedes.

—Dejemos que lo haga —convino simultáneamente el resto de los allí reunidos, quienes, con dos excepciones, pertenecían a clases sociales bajas.

Apaecides identificó en estas excepciones a un oficial de la guardia y a un mercader de Alejandría.

—Quede claro —siguió Olintho— que no te obligamos al secreto; no te imponemos ninguna clase de juramento (como otras hermandades más débiles harían), que te obligue a no traicionarnos. Es cierto que no existe una ley concreta contra nosotros, pero el populacho es más salvaje que los

que lo gobiernan y está sediento de nuestras vidas. Y así, amigos míos, mientras Pilato dudaba, fue *el pueblo* el que gritó: «¡Cristo a la cruz!» Pero no te obligamos a nada, no. Traiciónanos al populacho, acúsanos, calúmnianos, maldícenos, si lo deseas: nosotros estamos por encima de la muerte, nosotros entraremos en la jaula de los leones, o nos tenderemos sobre el potro de tortura, o caminaremos hacia la oscuridad de nuestras tumbas. Y lo que para un criminal es la muerte, es para un cristiano la eternidad dichosa.

Un susurro de aprobación recorrió toda la asamblea.

—Tú te encuentras entre nosotros en calidad de simple observador. Ojalá puedas llegar a ser algún día un converso. ¿Nuestra religión? La estás viendo. Aquella cruz es nuestra única imagen; aquellos pergaminos, los misterios de nuestro Ceres y Eleusis[224]. ¿Nuestra moral? Está en nuestras vidas. Todos hemos sido pecadores, pero ¿quién puede acusarnos de haber cometido un crimen? El bautismo nos hizo romper con nuestro pasado. No creas que eso ha sucedido por nuestros méritos; ha sido Dios quien lo ha hecho. Acércate, Medón —hizo un gesto dirigido al viejo esclavo, que había sido el tercero en hablar durante la ceremonia de admisión de Apaecides—. Tú eres el único entre nosotros que no eres libre. Mas en el cielo los últimos serán los primeros. Así nos ocurrirá a todos. Extrae tu pergamino, lee y explica.

Sería inútil que acompañásemos la lectura de Medón o los comentarios que sobre ella hizo la asamblea. Hoy tales doctrinas nos son tan familiares como entonces eran nuevas y extrañas. Después de dieciocho siglos poco queda que exponer acerca del conocimiento de los evangelios y de la vida de Cristo. Nosotros tampoco podríamos compartir las dudas que los sacerdotes paganos albergaban en su alma ni las contestaciones que recibían de hombres sin educar, rudos, sencillos, poseídos sólo por la convicción de que poseían una riqueza de espíritu superior a la que aparentaban.

Hubo algo que conmovió profundamente al joven napolitano. Cuando concluyeron las lecturas, se oyó que alguien llamaba con timidez a la puerta; se pronunció la contraseña, y al ser respondida con exactitud, aquélla se abrió para dar paso a dos niños, el mayor de los cuales tendría unos siete años, que entraron en el recinto en silencio; se trataba de los hijos

del dueño de la casa, aquel sirio, moreno y corpulento, cuya juventud había sido dedicada al pillaje y al crimen. El más anciano de la congregación (que era el viejo esclavo) les abrió los brazos y los pequeños se precipitaron al refugio que se les ofrecía y se estrecharon contra su pecho, mientras las duras facciones del hombre se suavizaban con una sonrisa y los acariciaba con sus ásperas manos. Y entonces aquellos hombres osados y fervientes, inmersos en la incertidumbre, golpeados por los despiadados temporales de la vida; hombres de extrema e invencible fortaleza, dispuestos a enfrentarse con el mundo, preparados para la tortura y para sobrellevar la muerte; hombres que ofrecían el más acusado de los contrastes con la débil naturaleza, los limpios corazones y la tierna fragilidad de la infancia, rodearon a los pequeños, dulcificando sus miradas sombrías e iluminando sus pobladas barbas con la más amable y cordial de las sonrisas. Después el viejo esclavo abrió su pergamino y pidió a los niños que repitiesen con él una hermosa oración que aún hoy ofrecemos nosotros al Señor y que todavía enseñamos a nuestros hijos. Les habló con palabras muy sencillas que Dios ama a los jóvenes y que nunca cae un gorrión sin que sus ojos lo vean[225]. Esta hermosa y conmovedora práctica iniciática de los niños era tenida en gran estima por la Iglesia primitiva, en cumplimiento de aquellas palabras que dicen: «Dejad que los niños se acerquen a mí y no impidáis que lo hagan[226].» Y también, quizá, fue este acto el origen de la espantosa calumnia que se atribuyó a los nazarenos —el mismo que más tarde los nazarenos, una vez triunfantes, atribuyeron a los judíos—, a saber: la de atraer a los niños a sus horrendos ritos para inmolarlos en secretos sacrificios

El rudo y paternal penitente parecía contagiarse de la inocencia delos niños y regresar a los primeros años de su existencia, aquella vida anterior al pecado; siguió con mirada vigilante el movimiento de los labios de los pequeños; sonrió mientras repetían sus palabras sagradas en actitud recogida y devota, y cuando la lección se dio por concluida, los jóvenes catecúmenos se acercaron a él y, distendidos y alegres, se sentaron sobre sus rodillas; el viejo esclavo los estrechó contra su pecho, los besó una y otra vez y no pudo evitar que las lágrimas corriesen por sus mejillas, lágrimas que hubiera sido difícil determinar de qué fuente provenían, ya que en ellas

se mezclaban la alegría y la pena, la penitencia y la esperanza, el remordimiento hacia sí mismo y el amor hacia los niños.

Había algo en la escena que afectó de manera muy particular a Apaecides, y ciertamente sería difícil imaginar una ceremonia más apropiada para mostrar el contenido de una religión basada en la benevolencia, tan apegada a la familiaridad y a los afectos cotidianos que tocan la fibra sensible en el pecho de los humanos.

Fue en este instante cuando una puerta interior se abrió con lentitud y un hombre muy anciano penetró en la habitación, apoyándose en un largo cayado. Al hacer acto de presencia toda la congregación se puso en pie; en el rostro de todos los reunidos apareció una expresión de profundo y afectuoso respeto, y el propio Apaecides, al captarla afabilidad de su mirada, se sintió atraído hacia él con irresistible simpatía. Ningún hombre hubiese sido capaz de mirar aquella cara sin sentir una oleada de amor; en ella se albergaba la sonrisa de Dios, la encarnación del amor más sublime… y el esplendor de aquella sonrisa jamás podía olvidarse.

—Hijos míos, que el Señor esté con vosotros —dijo el anciano, extendiendo los brazos.

Y los niños corrieron a abrazarse a sus rodillas. Después se sentó y los pequeños se refugiaron en su pecho. Era hermoso contemplar aquella mezcolanza de las dos edades extremas de la vida, ríos apenas nacidos de sus fuentes y la majestuosa corriente a punto de desembocar ya en el mar de la eternidad. Del mismo modo que el declinar dela luz del día parece confundir el cielo y la tierra dejando escasamente visibles los contornos de uno y otro y diluyendo las ásperas cumbres de los montes en el mismo firmamento, la sonrisa de aquel afable anciano semejaba esparcir entre los que le rodeaban un halo que difuminaba las grandes diferencias de edad entre ellos para fundir la infancia y la vejez en la luminosidad del cielo, en la cual él parecía ya cercano a desvanecerse y perderse de vista a los ojos de los demás mortales.

—Padre —dijo Olintho—. Tú, a quien el Redentor te distinguió obrando un milagro en tu propio cuerpo; tú, que fuiste arrancado dela tumba para convertirte en testigo viviente de su misericordia y su poder, ¡mira!…, en nuestra reunión hay un extraño, una nueva oveja que ha vuelto al redil.

—Dejad que le bendiga… —dijo el anciano.

Apaecides se acercó a él, impulsado como por un resorte, cayó de rodillas y el anciano le colocó una mano sobre la cabeza y le bendijo en voz baja. Mientras movía sus labios, elevó sus ojos al cielo y lágrimas —esas lágrimas que los hombres buenos derraman ante la perspectiva de felicidad en otros— cayeron por sus mejillas.

Los niños se colocaron cada uno al lado del converso. Su corazón ya les pertenecía: se había convertido en uno de ellos para entrar en el Reino de los Cielos.

Capítulo IV

El río del amor sigue fluyendo… ¿hacia dónde?

En el amor de los jóvenes los días son como años, si entre ellos no hay barreras ni obstáculos que impidan la unión de sus corazones, el sol brilla, las cosas transcurren con felicidad y es un amor dichoso y conocido por todos. Iona no ocultó durante más tiempo a Glauco el cariño que le profesaba, y su conversación versaba ahora casi exclusivamente sobre su amor. Más allá del arrebato del presente se abría la esperanza de un futuro luminoso como los cielos que se extendían sobre los jardines de la primavera. Sus confiados espíritus los inducían a considerar con deleite el lejano futuro y a trazar sin desmayos el destino que los esperaba, al que no prestaban excesiva importancia porque la luminosidad de hoy ofuscaba el mañana. En la exaltación de sus corazones parecía como si la desgracia, los

cambios de fortuna y la muerte no existieran. Es posible que la dependencia del uno para con el otro viniese agudizada por las condiciones del mundo circundante que no ofrecía a Glauco más aliciente que el amor. Las distracciones normales para los hombres libres de afectos profundos carecían de relieve para el ateniense; las condiciones en que se hallaba el país en que vivían no le inducían a tomar parte activa en la vida ciudadana y, carente de ambición, nada existía capaz de contrarrestar su pasión por Iona. Así, pues, en sus planes y proyectos sólo reinaba el amor. Inmersos en una edad de hierro, imaginaban pertenecer a una era dorada, destinados sólo a vivir y a amar.

Para un observador superficial, interesado solamente en personajes de carácter bien definido y descrito con gran detalle de colorido ambos amantes podrían ser considerados como ejemplo vulgar y poco interesante; en la presentación de ciertos personajes intencionadamente difuminados el lector imagina con frecuencia que carecen de personalidad y quizá el hecho de que yo no describa a estos dos amantes con la plenitud de atributos inherentes a su individualidad pueda dar lugar a que el lector obtenga una idea que no se corresponda con su verdadera idiosincrasia. Pero, pensando ante todo en su feliz y alada existencia, me siento cohibido de manera insensible al meditar en los terribles cambios de condición que los esperan y para los que se encuentran tan mal preparados. Esa vida fácil y alegre habrá de crear el máximo contraste con las vicisitudes que el destino les tiene reservadas. El roble, desprovisto de flor y de fruto, y dotado con un corazón sufrido y duro, tiene mucho menos que temer de la desgracia que las delicadas ramas del mirto o los rientes racimos de la uva.

No había avanzado mucho el mes de agosto cuando ellos fijaron la fecha de su boda para el mes siguiente. El vestíbulo de la casa de Glauco estaba ya repleto de guirnaldas, y por las noches, junto a la puerta de Iona, brindaba por su felicidad con sus mejores vinos. Sus amigos habían dejado de existir para él; estaba siempre con Iona. Por las mañanas aplacaban con música el calor del sol, y por las tardes solían abandonar los multitudinarios lugares donde se reunía la juventud alegre para realizar excursiones por el mar o por las fértiles llanuras repletas de viñedos que yacían a los pies de la amenazadora mole del Vesubio. La tierra no había vuelto a temblar y los

animosos pompeyanos olvidaron pronto aquel terrible aviso de la calamidad que se aproximaba. Glauco, en un alarde de vanidad propio de su religión pagana, consideró aquella convulsión como una intervención de los dioses, sino en favor de su propia salvación, sí en la de Iona. Realizó sacrificios en acción de gracias en los templos de los que más devoto era y hasta cubrió el altar de Isis con guirnaldas de flores votivas. Al recordar el prodigio que animó la cabeza de mármol de la diosa se sonrojaba aún por la impresión que le produjo. Creía haber sido objeto de la magia de un hombre y el resultado final le convenció de que aquella manifestación sobrenatural no podía identificarse con la ira de una deidad.

De Arbaces sólo sabían que estaba vivo; postrado en el lecho del dolor, se recuperó con lentitud de la impresión recibida y dejó la compañía de los enamorados para planear la hora y el modo de vengarse.

Tanto durante las mañanas que pasaban en casa de Iona como en las excursiones de las tardes, Nydia era su compañía habitual y constante y, en más de una ocasión, única. Ninguno de los dos se daba cuenta de la hoguera secreta que la consumía; la absoluta libertad con la que intervenía en su conversación; sus humores, caprichosos y bruscos, encontraban disculpa en los muchos favores que le debían y en la compasión que les inspiraba su triste condición de ciega. Ambos mostraban hacia ella gran interés, que resultaba aún más afectivo y tierno, dada la peculiaridad de su carácter, su presunta independencia, sus bruscos cambios de la pasión a la dulzura, su mezcla de ignorancia y talento, de delicadeza y acritud, característica del humor infantil, y de su sereno orgullo de mujer. Aunque se negó a aceptar la libertad, se le permitía comportarse como un ser libre; iba donde deseaba, no se opuso ningún impedimento a sus hechos ni a sus palabras; los dos sentían por aquella joven de oscuro destino y tan susceptible de sentirse herida la misma solicitud piadosa que siente una madre hacia un hijo minusválido y enfermo, y eliminaban la alternativa de imponer sobre ella su autoridad, aun en el convencimiento de que podía resultar saludable para la joven. Nydia se valió de tal situación de tolerancia para rechazar la compañía de la esclava que habían asignado a su servicio. Con el largo cayado del que se valía para dirigir sus pasos salía también ahora, tal y como lo hiciera en su anterior estado de abandono, a las calles repletas de

gentes; parecía casi milagroso comprobar con qué rapidez y con qué destreza se abría camino entre la multitud, evitando todo tipo de peligros, y cómo sabía orientarse en los más intrincados laberintos de la ciudad. Su principal entretenimiento consistía aún en visitar los pocos metros de tierra que formaban el jardín de Glauco. La atención a aquellas flores, siempre agradecidas, le era gratificante. A veces, entraba en la habitación en la que él se encontraba y emprendía una conversación que generalmente cortaba de forma abrupta, ya que las palabras de Glauco apuntaban siempre al mismo objeto: Iona, nombre que en labios del ateniense le causaba una inmensa agonía. A veces, llegaba hasta a arrepentirse de haber prestado sus servicios a Iona y solía decirse interiormente: «Si hubiese caído en la tentación, Glauco ya no la amaría», y entonces su pecho se sentía asaltado por oscuros y tenebrosos sentimientos.

No había experimentado aún las amargas pruebas que le reservaba el destino, a pesar de haberse comportado siempre con absoluta generosidad. Nunca había permanecido con Glauco e Iona cuando ambos estaban juntos; nunca había escuchado aún aquella voz, que sonaba tan grata a sus oídos, dirigirse con acento más dulce a la otra. El sobresalto que le produjo la noticia de que Glauco estaba enamorado y que había destrozado su corazón la había dejado al principio entristecida y desconcertada, y sólo poco a poco sus celos fueron cobrando una solidez airada y fiera, que participaba del odio y suspiraba por una venganza. Como es bien sabido, el viento sólo agita levemente la verde hoja que permanece adherida a la rama, mientras la seca y marchita que ha caído ya al suelo, pisada y aplastada hasta que savia y vida desaparecen, es de improviso alzada en el aire y llevada, ora aquí, ora allá, sin hallar tregua ni descanso; así también el amor que visita a los felices y a los esperanzados no tiene más que lozanía en sus alas y su violencia es juguetona y deportiva. Pero el corazón que ya ha caído de las verdes ramas de la vida y que carece de ilusiones y de la fuerza del verano en sus fibras es arrancado de cuajo y lanzado al vacío por el mismo viento que acaricia a sus hermanos, no tiene rama a la que agarrarse, es volteado de camino en camino hasta que el viento amaina, y al fin queda aplastado bajo el fango.

La infancia sin afectos de Nydia había endurecido prematuramente su carácter, quizá las ardientes escenas de disipación que había presenciado, aun cuando no la habían corrompido, sí maduraron sus pasiones y, a la vez, enardecieron su pureza. Las orgías de Burbo se le podían haber antojado desagradables; los banquetes del egipcio, terroríficos en el instante de presenciarlos. Pero los vientos pasan inadvertidos sobre el suelo y van dejando caer semillas tras ellos. Del mismo modo que la oscuridad estimula la imaginación, quizá su propia ceguera había contribuido a alimentar con visiones delirantes y apasionadas el amor de la joven. La voz de Glauco había sido la primera que sonó como música en su oído; su amabilidad dejó una honda huella en su recuerdo; mientras él estuvo ausente de Pompeya el año anterior, Nydia había atesorado en su corazón cada una de las palabras que él había pronunciado y, cuando todo el mundo decía que el amigo y protector de la pobre florista era el más agraciado y el más simpático entre todos los jóvenes calaveras de Pompeya, ella se regodeaba con orgullo en aquella afirmación. Hasta la tarea que se había impuesto de atender a sus flores le servía para mantener en la memoria su presencia; solía asociarle con todas las impresiones agradables que percibía, y cuando se negó a contestar a qué imagen creía ella que se parecía Iona, su negativa fue, en parte, debida a que todo lo que en su espíritu era dulzura y belleza lo tenía ya asociado al recuerdo de Glauco. Si cualquiera de mis lectores ha amado a una edad de la cual hoy se sonreirían al recordarla, a una edad en la que la imaginación se imponía al raciocinio, que confiese con sinceridad si aquel amor, con todos sus complicados y extraños atractivos, no era más vulnerable al sentimiento delos celos que cualquier otra pasión experimentada con posterioridad. No busco aquí explicaciones ni causas; me consta simplemente que fue así.

Cuando Glauco regresó a Pompeya, Nydia había cumplido un año más de vida; aquel año, con sus penas, su soledad y sus desengaños, había desarrollado de modo considerable el corazón y la mente de la muchacha y, cuando el ateniense la estrechó inconscientemente contra su pecho, juzgándola en alma y cuerpo aún una niña, cuando besó su mejilla aterciopelada y abarcó con el brazo su tembloroso cuerpo, Nydia sintió de repente, y como si se tratase de una revelación, que aquellos sentimientos

que durante tanto tiempo y con plena inocencia había albergado eran amor. Condenada a ser liberada de la tiranía por Glauco; condenada a aceptar refugio bajo su techo; condenada, aún por poco tiempo, a respirar el mismo aire, y condenada, en plena exaltación de mil sentimientos de felicidad, de gratitud, de una ternura que rebosaba la capacidad de dicha de su corazón, a oír que él amaba a otras, a ser enviada a esa otra como mensajera y mediadora, a darse cuenta inmediatamente de que no significaba nada, que siempre sería nada —conclusión a la que se había resistido llegar su ilusión juvenil—, una absoluta nulidad, al menos para aquel que lo resumía todo para ella, ¿era extraño que, en la confusión de su alma apasionada, la expresión de su disgusto resultase contradictoria? ¿que, si el amor debía prevalecer sobre todo lo demás, lo hiciera aún con más motivo un amor nacido de los más delicados y puros sentimientos? A veces temía que Glauco descubriese su secreto; otras veces se indignaba ante la idea de que *no* fuese capaz de sospechar nada: era una demostración de desprecio… Pero ¿podía él pensar que Nydia había llegado tan lejos? Su actitud respecto a Iona variaba de hora en hora; en ocasiones la amaba porque *él* la amaba, y al poco rato la odiaba por la misma razón. Había momentos en que hubiese matado a su confiada ama y momentos en que hubiera puesto su propia vida a sus pies. Estas terribles y feroces alternativas personales resultaban excesivas para sobrellevarlas mucho tiempo. Su salud se resintió, aunque ella no lo notase; sus mejillas palidecieron, su paso se hizo más lento, sus lágrimas acudían a sus ojos con mayor frecuencia y la desahogaban menos.

Una mañana, cuando se hallaba realizando su trabajo habitual en el jardín de Glauco, encontró al ateniense bajo las columnas del *peristilo,* con un comerciante de la ciudad. Se hallaba seleccionando joyas para su futura esposa. Había estado ya acondicionando el apartamento de Iona y las joyas que compró aquel día iban destinadas a cumplir también este fin…, aun cuando nunca llegaran a adornar la bella figura de Iona. Hoy pueden ser vistas entre los objetos desenterrados de Pompeya, en una de las salas del museo de Nápoles[227].

—Ven aquí, Nydia. Deja tu regadera y acércate. Tienes que aceptar esta cadena que te regalo. Quieta, voy a ponértela. Eso es…, ¿no crees, Servilio, que le sienta muy bien?

—¡Maravillosamente! —contestó el joyero (los joyeros eran ya en aquellos tiempos gente educada y aduladora)—. Pero cuando estos pendientes brillen en las orejas de la noble Iona…, *entonces,* por Baco, podrás darte perfecta cuenta de si mi arte puede añadir algo a la belleza.

—¿Iona? —repitió Nydia, que hasta entonces había agradecido el regalo de Glauco con sonrisas y sonrojos.

—Sí —aclaró el ateniense, jugueteando distraídamente con las joyas—. Estoy escogiendo un regalo para Iona, pero no encuentro nada que esté a la altura de su belleza.

Mientras hablaba se sorprendió al observar un repentino gesto de Nydia; se arrancó con violencia la cadena del cuello y la estrelló contra el suelo.

—¿Pero qué te ocurre, Nydia? ¿No te agrada esa minucia? ¿Estás ofendida?

—Siempre me tratas como a una esclava y como a una niña —replicó la tesalia, conteniendo la respiración y los mal ahogados sollozos.

Después se retiró al otro extremo del jardín. Glauco no intentó seguirla y consolarla, se sintió molesto y prosiguió examinando las joyas y haciendo comentarios sobre sus diseños, criticando algunos y alabando otros, para concluir diciendo al mercader que las compraba todas, lo que constituía la decisión más apropiada para un enamorado, siempre y cuando tal enamoramiento goce de la felicidad de poseer una Iona.

Al concluir su compra, y tras despedir al joyero, se recluyó en su habitación, se vistió, montó en su carro y se dirigió a casa de Iona. No volvió a pensar en la muchacha ciega ni en la posibilidad de que estuviese ofendida; había olvidado ambas cosas.

Pasó la mañana con su bella napolitana y de allí marchó a las termas, cenó (si, como ya he dicho antes, podemos traducir como tal la *coena* de los romanos) solo y fuera de su casa, porque en Pompeya había restaurantes, y al regresar a su domicilio para cambiarse de vestimenta antes de reaparecer nuevamente ante Iona, pasó por el *peristilo* y con la ausente ensoñación y la mirada perdida propias de un enamorado no distinguió la figura de la pobre muchacha ciega, que permanecía inclinada sobre las flores, en el mismo lugar en que horas antes la había dejado. Apenas había entrado en su habitación preferida, que se abría al *peristilo,* y sentado pensativo en su

lecho, cuando sintió que alguien tocaba sus ropas con delicadeza y timidez. Volvió la cabeza y distinguió a Nydia arrodillada frente a él, ofreciéndole un ramillete de flores, como presente y apropiada ofrenda de paz. Sus ojos oscuros permanecieron fijos en los del ateniense y bañados en lágrimas.

—Te he ofendido —dijo sollozando—, y no por vez primera. Preferiría morir antes de causarte un instante de inquietud. Di que me perdonas. Mira, he vuelto a ponerme tu cadena y nunca me separaré de ella. Es un regalo tuyo.

—Mi querida Nydia —contestó Glauco, levantándola del suelo y besándola en la frente—. No pienses más en ello. Pero ¿por qué, mi hermosa niña, te enfadaste tan repentinamente? Soy incapaz de adivinar la causa.

—Por favor, no preguntes nada —pidió Nydia, sonrojándose con fuerza —. Soy una persona llena de defectos y de malos humores. Soy aún una niña, tú lo has dicho muchas veces. ¿Se puede esperar que un niño tenga motivos para justificar todas sus tonterías?

—Pero, mi hermosa criatura, pronto dejarás de ser una niña y, si quieres que te tratemos como a una mujer, tienes que aprender a gobernar esos impulsos extraños y esas tormentas de pasión. Y conste que no pretendo reñirte. No, te hablo así por tu propio bien.

—Lo sé —convino Nydia—. Tengo que aprender a gobernarme a mí misma. Debo ocultar mis sentimientos y los deseos de mi corazón. Es el deber de toda mujer. Su virtud debe basarse en su hipocresía.

—Dominar los impulsos no significa engaño, Nydia mía —aclaró el ateniense—, y es una virtud tan necesaria para el hombre como para la mujer; es un signo de dignidad, algo así como la toga senatorial.

—Dominio, dominio… De acuerdo, sí, tienes razón. Cuando te oigo hablar, Glauco, mis más exaltados pensamientos se calman, se serenan y una inmensa placidez se apodera de todo mi ser. Aconséjame siempre, guíame siempre, protector mío…

—Tu buen corazón será tu mejor consejero, Nydia, cuando aprendas a controlar tus sentimientos.

—Ah, nunca lo lograré… —se lamentó Nydia, secándose las lágrimas.

—No digas eso. El primer esfuerzo es el único que resulta difícil.

—He hecho ya muchos primeros esfuerzos —contestó Nydia con inocencia—. Tú, que eres mi mentor, ¿crees que es fácil dominarse a uno mismo? ¿Puedes tú ocultar, puedes controlar tu amor hacia Iona?

—El amor, querida Nydia…, ah, el amor es un asunto aparte —contestó el joven consejero.

—Eso creo yo también —asintió Nydia, con una sonrisa melancólica—. Glauco, ¿aceptas mis pobres flores? Haz con ellas lo que gustes… Puedes dárselas a Iona —añadió, tras una pausa dubitativa.

—No, Nydia —contestó Glauco, intuyendo ciertos celos en sus palabras, que no consideró más allá de un sentimiento de una niña susceptible y vanidosa—. No pienso dar a nadie tus preciosas flores. Siéntate aquí y haz con ellas una guirnalda. La llevaré esta noche. No es la primera vez que tus delicados dedos tejen una para mí.

La joven, llena de contento, se sentó junto a Glauco. Se extrajo del cinto un ovillo con hilos de distintos colores o, por mejor decir, de estrechas cintas que se usaban para hacer guirnaldas, que (era su ocupación profesional) llevaba siempre encima, y con buen ánimo y gracia comenzó su trabajo. Las lágrimas se habían ya secado sobre sus jóvenes mejillas y una delicada media sonrisa afloraba en sus labios; como los niños, ciertamente, sólo parecía preocuparle la alegría del momento; se sentía reconciliada con Glauco; él la había perdonado y ahora estaba a su lado, jugueteando con su cabello sedoso; su aliento abanicaba su rostro; Iona, la cruel Iona, estaba lejos y nadie exigía a Glauco la exclusividad de su afecto. Sí, se sentía feliz y confiada; era uno de los pocos momentos de su breve y difícil existencia que merecería la pena rememorar con dulzura, recordar siempre. Como las mariposas que, atraídas por el sol del invierno se abandonan a su cálida y repentina luz antes de que el viento se desperece y se produzca la helada que forzosamente habrá de venir al atardecer, ella permaneció bajo la caricia de unos rayos deslumbrantes de felicidad, bajo unos cielos que, contrariamente a lo acostumbrado, no eran fríos ni hostiles. Y su instinto, que le hablaba de la brevedad de aquel momento, aparecía expresado en la alegría de su sonrisa.

—Tienes unos preciosos cabellos —dijo Glauco—. Estoy seguro de que un día hicieron las delicias de una joven madre.

Nydia suspiró. Todo parecía señalar en su persona que no había nacido esclava, pero ella siempre eludía la mención de su origen y de su parentesco que, plebeyo o noble, nadie conocía, y menos aún sus benefactores o cualquier otra persona asentada en aquellas lejanas tierras. Hija del dolor y la tristeza, la joven iba y venía por el mundo, al igual que un pájaro puede entrar por nuestras ventanas durante unos instantes. Le vemos aletear ante nuestra presencia, sin saber de dónde viene ni a qué lugar se dirige. Nydia suspiró y después de una breve pausa dijo, sin contestar a la observación de Glauco:

—¿Pongo en tu guirnalda más rosas, Glauco? Me han dicho que es tu flor preferida.

—Y la que goza de mayor favor, querida Nydia, entre todos los que llevan la poesía en su alma. Es la flor del amor, de los grandes festivales; es también la flor que dedicamos al silencio y a la muerte; florece en nuestras sienes mientras vivimos, mientras la vida merece ser vivida, y adorna nuestro sepulcro cuando ya no existimos.

—Ah —exclamó Nydia—. En lugar de hacerte esta guirnalda perecedera, me gustaría tomar de las manos del Destino tu futuro e insertar rosas *en él*.

—Querida niña, tus palabras son las propias de una voz educada en la canción, inspiradas en el espíritu mismo de la canción. Cualquiera que sea mi destino, te doy las gracias.

—Cualquiera que sea tu destino… ¿No estás ya destinado a todo lo que es hermoso y agradable? Mi deseo es en vano. Los Hados serán tan tiernos contigo como yo lo sería.

—Si no fuese por el amor, no sería así, Nydia. Mientras dure mi juventud puedo olvidar mi patria en algunos momentos. Pero ¿qué ateniense en plena madurez puede pensar en lo que fue Atenas y contentarse con ser *él* feliz, mientras *ella* decae…, se acaba para siempre?

—¿Por qué para siempre?

—Las cenizas no vuelven a arder nunca; el amor, una vez muerto, no puede revivir, y la libertad de un pueblo, una vez perdida, no se recupera jamás. Pero dejemos de hablar de estos asuntos tan poco adecuados para ti.

—¿Poco adecuados para mí?… Oh, cómo te equivocas… Yo también suspiro por Grecia; mi cuna se meció al pie del Olimpo; los dioses han abandonado la montaña, pero sus huellas persisten, están presentes en el corazón de sus adoradores, en la bondad de su clima. Me han hablado de la belleza de Grecia y yo he respirado sus aires, que resultan gratos, aunque sean ásperos, y he sentido su sol, que brilla aunque los cielos sean fríos… ¡Oh, háblame de Grecia! Aunque sea una pobre tonta, te comprenderé. Y creo que de haber permanecido en aquellas tierras, de haber sido una joven griega cuyo feliz destino hubiese sido amar y ser amada, yo misma, con estas manos, habría armado a mi amante para luchar en un nuevo Maratón, en una nueva Platea **[228]**. Sí, las manos que ahora tejen tu guirnalda de rosas habrían preparado para ti la corona de laurel.

—Si eso ocurriera algún día… —exclamó Glauco, contagiado por el entusiasmo de la joven tesalia, levantándose a medias—. Pero no. El sol se ha puesto y la noche nos obliga a olvidar y a alegrarnos en el olvido. Sigue componiendo la guirnalda de rosas.

El ateniense pronunció estas últimas palabras con un melancólico tono de fingida alegría, y dejándose llevar de lúgubres meditaciones durante unos minutos fue liberado de ellas por la voz de Nydia que, con tono quedo, comenzó a cantar los siguientes versos que él le había enseñado:

Apología del placer

I

¿Quién tomará la baya
que el guerrero ostentaba?
Guirnaldas en la tumba de los días
idos por siempre, amén.
¿Quién tomará por bien
hollar la hoja de túmulo del héroe?
Si el sagrado laurel le es debido,
queda la baya en su jardín bendito.
Pero la rosa, la rosa que se aja,
es para el hombre libre o esclavo que trabaja.

II

Si la memoria es el postrer
tesoro de la tumba de los muertos,
y si fe y libertad ya se perdieron,
mayor motivo hay para el placer.
Vamos, traed guirnaldas con mil rosas,
que al menos estas rosas son hermosas…
Al débil corazón nuestros progenitores
dejaron, con desprecio piadoso, flores.

III

En la cumbre que la erosión decrece,
de la colina de File[229],
los pasos de los héroes languidecen
y el triste emporio mercantil florece
con pulso de vibrante corazón,
cuya sangre fue en tiempos gloria ardiente.
Glaucopio[230] abandona a sus amantes,
los dioses, ofendidos, nos olvidan tonantes.
Mas, a pesar de todo, azules riachuelos,
refrescan el recuerdo de la canción soñada,
y a la luna despierta el pájaro en sus vuelos,
y las abejas zumban a la hora del alba
y el corazón del monte Himeto[231] encantan.
Y estamos ya caídos, pero no abandonados,
pues hay algo que resta para los confiados:
si el amor en nacer fue lo primero,
en fenecer será el muerto postrero.

IV

Enguirnaldad las rosas, preparadlas,
que la Belleza todavía es nuestra;

mientras los ríos manen y el sol brille,
¡será por siempre nuestra la Belleza!
Cualquier cosa que nos maraville,
ya sea en brazos de la noche o día,
nos hablará, nos contará de Grecia
y ahuyentará las penas de la vida.
Enguirnaldad las rosas, oh, enguirnaldadlas,
pues que nos hablan de primeros días.
Ya siento el palpitar de nuestra tierra,
desde la boca en flor de una extranjera.

Capítulo V

Nydia encuentra a Julia. — Entrevista entre la hermana pagana y el hermano converso. — Una visión ateniense del cristianismo

«¡Qué felicidad la de Iona!… ¡Qué gran dicha estar siempre al lado de Glauco y oír su voz! ¡Y, por si fuera poco, *ella* puede verle!…»

Éstas eran las palabras que se decía a sí misma la joven ciega, mientras caminaba sola en el atardecer hacia la casa de su nueva dueña, adonde Glauco la había precedido. De pronto, sus reflexiones fueron interrumpidas por una voz de mujer.

—¿Adónde vas, florista ciega? No llevas la cesta colgada del brazo. ¿Has vendido ya todas tus flores?

La persona que así se dirigió a Nydia era una mujer hermosa, pero de aspecto un tanto osado y en exceso desenvuelto: se trataba de Julia, la hija

de Diomedes. Su velo, al hablar, descubrió buena parte de su rostro; iba acompañada por el propio Diomedes y por un esclavo que les abría paso, llevando una linterna. El comerciante y su hija regresaban a su casa tras haber cenado con uno de sus convecinos.

—¿No recuerdas mi voz? —continuó Julia—. Soy la hija del rico Diomedes.

—Ah, perdóname; sí, me suena el tono de tu voz. No, noble Julia, no me quedan ya flores para vender.

—He oído decir que te ha comprado el bello Glauco. ¿Es verdad, guapa esclava?

—Estoy al servicio de Iona, la napolitana —replicó Nydia, evasivamente.

—Ah, luego es cierto…

—Vamos, vamos —urgió Diomedes, envuelto en su capa hasta la boca —. La noche se está poniendo fría; no voy a quedarme en mitad de la calle mientras tú hablas con una ciega. Vamos, di que te siga hasta casa, si quieres hablar con ella.

—Sí, niña, hazlo —dijo Julia, con la autoridad de alguien no acostumbrada a ver rechazadas sus propuestas—. Tengo muchas cosas que preguntarte. Ven conmigo.

—Esta noche no puedo, se está haciendo tarde —contestó Nydia—, y tengo que ir a casa. No soy libre, noble Julia.

—No me digas que la dulce Iona es capaz de reñirte. Ay, no tengo la menor duda de que es una segunda Talestris[232]. Ven entonces mañana. No te olvides, soy una vieja amiga tuya.

—Obedeceré tus deseos —aseguró Nydia.

Diomedes, de nuevo impaciente, urgió a su hija, que se vio obligada a seguirle sin haber formulado a Nydia la pregunta que más le interesaba.

Mientras tanto, volvamos a casa de Iona. El intervalo de tiempo que medió aquel día entre la primera y la segunda visita de Glauco no había resultado demasiado alegre. Había recibido la visita de su hermano. Desde la noche en que Apaecides había ayudado a salvarla, no le había visto de nuevo.

Inmerso en sus pensamientos —de naturaleza profunda y trascendente —, el joven sacerdote había pensado poco en su hermana; la verdad es que hombres de aquel tipo, dados al fervor espiritual que aspira a todo lo que está por *encima de* este mundo, son poco proclives a los afectos de esta tierra. Y desde hacía mucho tiempo Apaecides parecía haber desistido de aquel amistoso y agradable cambio de opiniones, de aquellas tiernas confidencias que en su primera juventud solía mantener con Iona y que tan naturales resultaban entre dos personas tan estrechamente unidas por lazos familiares.

No obstante, Iona nunca había dejado de lamentar la lejanía de su hermano, que atribuía a los estrictos deberes de su dedicación religiosa. Y a menudo, entre sus satisfacciones y alegrías, y ahora, con su compromiso matrimonial con Glauco, había pensado en la frente prematuramente rugosa de su hermano, en sus labios ajenos a la sonrisa, en su figura encorvada, y suspiraba con pena al pensar que el servicio a los dioses pudiese proyectar sobre las cosas que ellos habían creado una sombra tan patética como la que envolvía a Apaecides.

Pero aquel día, cuando fue a visitarla, observó una desconocida serenidad en su rostro, una expresión más serena y más segura de sí en sus ojos hundidos, como no había observado en él desde hacía años. Pero aquella aparente mejoría fue sólo momentánea, una falsa tranquilidad que podía disipar la más ligera de las brisas.

—Que los dioses te bendigan, hermano mío —dijo Iona, abrazándole.

—Los dioses… No hablemos de vaguedades; a lo mejor sólo existe un Dios.

—¡Hermano!…

—¿Qué dirías si la fe de los nazarenos fuese la verdadera? ¿Qué pasaría si resultase que Dios es un ser superior, único, invisible, omnipotente? ¿Cómo recibirías la noticia de que nuestras innumerables deidades, cuyos altares llenan la tierra, no son sino pequeños demonios que intentan alejarnos de la creencia verdadera? Todo es posible, Iona.

—Bueno, en realidad eso no parece verosímil. Y en caso de que así fuese, se trataría de una fe muy triste —respondió la napolitana—. ¿Qué haríamos entonces con todo nuestro humanizado mundo? Las montañas

huérfanas de sus Oréadas[233], las aguas desprovistas de sus Ninfas[234], la hermosa multiplicidad de nuestra fe que a todo lo hace divino, que consagra las flores más diminutas, que da a las brisas murmullos celestiales… ¿Negarías tú todo esto y convertirías la tierra en mero polvo y arcilla? No, Apaecides, lo más luminoso que albergamos en nuestros corazones es ese credo que puebla de dioses el universo entero.

Iona contestó como debía hacerlo un creyente en la poesía mitológica. Y de su respuesta podemos inferir la obstinada y dura lucha que tuvo que librar el cristianismo para abrirse camino entre los paganos. La atractiva superstición era siempre difícil acallarla; todo, incluidas las más livianas actividades domésticas, se encontraba entreverado con ella y formaba parte de la misma vida, como las flores son partes del tirso. Ante cualquier incidente se apelaba a un dios, y cada copa de vino iba precedida por una invocación; las guirnaldas de los vestíbulos se dedicaban a una deidad, y los propios antepasados, deificados, presidían como dioses Lares vestíbulos y hogares. Tan profunda era la creencia en la superstición, que aún hoy en aquellas latitudes la idolatría no ha sido arrancada de raíz; cambian los objetos de culto; se apela a innumerables santos que sustituyen a las viejas divinidades, e inmensas multitudes oyen con reverencia las profecías de san Jenaro o de san Esteban, en lugar de los oráculos que salían de los templos de Isis o de Apolo.

Estas supersticiones constituían para los primeros cristianos un motivo de horror más que de desprecio. No creían con el tranquilo escepticismo de los filósofos paganos que los dioses fueran un invento delos sacerdotes; ni siquiera creían, de acuerdo con la opinión más extendida —según nos informa la luz nunca clara en exceso de la historia—, que habían sido seres mortales como cualquiera de ellos. Opinaban, por el contrario, que las divinidades paganas eran espíritus del Mal y que a Italia y a Grecia habían sido trasplantados los siniestros demonios de la India y del Este; ante Júpiter o Marte se estremecían como si se tratase de los representantes de Moloch o Satán[235].

Apaecides no había adoptado aún formalmente la fe cristiana, pero estaba a punto de hacerlo. Participaba de todos y cada uno de los puntos doctrinales de Olintho y creía que las divertidas imaginaciones de los

paganos no eran otra cosa sino sugerencias del maligno, enemigo encarnizado de los humanos. La inocente y normal réplica de Iona le estremeció. Se apresuró a contestar con vehemencia, pero de modo tan confuso que Iona temió más por su razón que por la violencia conque se expresaba.

—¡Ah, hermano!… —exclamó—. El duro régimen de vida que has llevado ha alterado tu razón. Vamos, Apaecides, hermano, mi querido hermano. Abrázame y deja que te seque el sudor de la frente. Ni te irrites conmigo por el hecho de que no te comprenda. Piensa sólo que Iona no pretende ofenderte.

—Iona —dijo Apaecides, atrayéndola hacia sí y mirándola con ternura —, no quiero pensar que tu hermosa figura y tu generoso corazón estén destinados al tormento eterno.

—*Dii meliora*[236], los dioses no lo permitan —exclamó Iona, utilizando las palabras acostumbradas por sus contemporáneos para invalidar una predicción de mal agüero.

Pero aquella expresión y el sentido supersticioso que implicaba hirieron los oídos de Apaecides. Se levantó, murmurando cosas para sí mismo, paseó por la habitación y de pronto se detuvo, observó con afecto a Iona y le extendió los brazos. Iona se lanzó a ellos con inmensa alegría y él la besó con fervor.

—Adiós, hermana —dijo—. La próxima vez que nos veamos ya no significarás nada para mí; te abrazo ahora, aún invadido por los tiernos recuerdos de nuestra infancia, cuando nuestra fe, nuestras esperanzas, creencias, costumbres, intereses y objetos eran compartidos por los dos. A partir de ahora ese lazo se rompe.

Con aquellas extrañas palabras abandonó la casa.

Una de las más duras y exigentes pruebas a las que tenían que someterse los primeros cristianos era ésta: su conversión suponía romper profundos lazos afectivos. No podían tratarse con seres cuyas más normales acciones y formas de expresarse estuviesen impregnadas de idolatría. Los horrorizaban las manifestaciones de amor y de amistad que a sus oídos se les antojaban pronunciadas en nombre del diablo. Pero esta desgracia constituía también su fuerza. Si los separaba del resto del mundo, era para unirlos más entre sí.

Fueron ciertamente hombres de hierro los que propagaron la palabra de Dios, y el nexo que los unía unos con otros debía ser también de hierro.

Glauco encontró a Iona llorando; últimamente parecía haber adoptado el grato papel de consolar al prójimo. Arrancó de sus labios las palabras que se pronunciaron en la entrevista con su hermano, pero la confusión con la que Iona se expresó y la utilización del lenguaje casi desconocido con el que intentó expresarse su hermano llevaron tanto a ella como a Glauco a un confusionismo total en cuanto a las intenciones de Apaecides.

—¿Has oído hablar con cierto detalle —preguntó ella— de esa nueva secta de los nazarenos de la que habla mi hermano?

—Algo me han dicho acerca de sus fieles —contestó Glauco—, pero ignoro qué persiguen con sus prácticas, que me parecen anormalmente insociables y desdeñosas. Viven separados de todos los demás hombres y se sorprenden hasta de que utilicemos guirnaldas. Ignoran, o al menos no se muestran adictos a los placeres de la vida y lanzan terribles pronósticos acerca de la destrucción del mundo. Es como si hubiesen sacado su tenebroso credo de la mismísima cueva de Trofonio[237]. Sin embargo —siguió Glauco, tras una pausa—, no desean tener entre ellos hombres de gran inteligencia ni muy poderosos, ni siquiera para hacer conversos entre los areopagitas[238] de Atenas. Recuerdo haber oído hablar a mi padre de un extraño huésped que llegó a Atenas hace ya muchos años; creo que su nombre era PABLO. Mi padre fue uno de los que formó parte de la inmensa multitud que se reunió en una de nuestras memorables colinas para oír el mensaje que aquel hombre traía del Este. La gran muchedumbre de gente enmudecía, no se oyó entre ella el más mínimo murmullo; el griterío y las bromas con las que suelen ser recibidos nuestros oradores nativos se tradujeron en silencio ante su presencia. Y allí, en la cumbre de la colina, podía verse, por encima de la multitud absorta, al misterioso extranjero, cuyo rostro y aspecto llenaron de respetuoso temor a todos los allí presentes, aun antes de que pronunciara una sola palabra. Oí decir a mi padre que se trataba de un hombre de escasa estatura, pero de rostro y expresión nobles; sus ropas eran oscuras y amplias, y el sol, ya en el ocaso, porque la reunión se celebró al atardecer, iluminó su figura mientras permanecía allí, en lo alto, inmóvil e imperioso; su rostro ofrecía claras

muestras de agotamiento y presentaba alguna señal o cicatriz, como alguien que hubiese desafiado toda clase de infortunios y aventuras en distintos lugares y climas; sus ojos brillaban como si estuviesen iluminados por fuego no terreno, y, al levantar la mano para comenzar a hablar, lo hizo con la majestad de un hombre en el cual se alberga el espíritu de Dios. «Hombres de Atenas —según contaron los que le oyeron—: Veo entre vosotros un altar en el que se lee esta inscripción: AL DIOS DESCONOCIDO. En vuestra ignorancia estáis adorando al mismo Dios que yo sirvo; *desconocido* por vosotros hasta hoy, en que vengo yo a revelároslo.» Después afirmó aquel hombre solemne que el gran Creador de todas las cosas, que colocó a cada hombre en su tribu y cada tribu en su lugar, el Señor de la tierra y del universo, no habitaba en templo alguno hecho por mano de hombre, sino que su presencia, su espíritu, estaba en el aire que respiramos: nuestra vida y nuestro ser existían en Él. «¿Creéis acaso —gritó — que lo invisible se asemeja a vuestras estatuas de oro y mármol? ¿Imagináis que Él necesita que le ofrezcáis sacrificios, Él, que creó los mares y la tierra?» Después habló de los horribles tiempos por venir, del fin del mundo, de una resurrección de los muertos que había quedado garantizada por la resurrección de ese mismo Dios poderoso, cuya religión él venía a predicar. Cuando pronunció estas palabras se escuchó un largo murmullo entre la multitud, y los filósofos que se hallaban mezclados con el pueblo hicieron constar su radical desprecio hacia aquella teoría[239]. Debió ser un verdadero espectáculo observar los ceños fruncidos de los estoicos y la burla delos cínicos[240], y los epicúreos[241], que ni siquiera creían en nuestro propio Elíseo, lanzaron imprecaciones irónicas y se separaron riendo dela multitud, pero aquellas palabras llegaron al corazón del pueblo y cundió entre ellos la emoción; se estremecieron y comenzaron a temblar sin saber por qué. Pero lo cierto es que la voz y la majestad de aquel extraño hacían pensar que, en efecto, el Dios desconocido le había encomendado la predicación de su fe.

Iona escuchó con arrobamiento las palabras de Glauco, y el modo grave y serio con el que el narrador había hablado hacía pensar que también él había quedado impresionado por lo que le había contado alguien que estuvo

presente en la colina del pagano Marte y que había escuchado las primeras noticias de la palabra de Cristo.

Capítulo VI

El portero. — La muchacha. — Y el gladiador

La puerta de la casa de Diomedes estaba abierta y Medón, el viejo esclavo, se sentaba al pie de la escalera de acceso a la mansión. Aquella lujosa morada del rico comerciante de Pompeya puede aún contemplarse fuera de las puertas de la ciudad, en el inicio de la avenida de las Tumbas; a pesar de los muertos, era aquélla una alegre vecindad. Unos pocos metros más cercano a la puerta, enfrente de la casa, había un gran mesón, en el cual los que llegaban a Pompeya, ya fuesen por cuestiones de trabajo o para divertirse, se detenían con frecuencia para descansar del viaje. En la explanada que se abría ante la posada había carros campesinos, carretas y coches de paseo, recién llegados o a punto de iniciar la marcha. Era aquél un lugar en el que reinaba siempre gran animación popular y gran

movimiento, tal y como correspondía a un establecimiento público de su naturaleza. Ante la puerta, unos campesinos se sentaban en un banco alrededor de una mesa redonda, tomaban su refrigerio matinal y charlaban de asuntos propios de su oficio. En uno de los lados de la puerta aparecía el alegre, pulido y eterno dibujo del tablero ajedrezado[242]. Sobre el tejado de la hostería se distinguía una terraza en la que algunas mujeres, las esposas de los granjeros antes mencionados, se dedicaban, unas sentadas, otras inclinadas sobre la barandilla, a hablar con sus amigas que se hallaban en la explanada. En un lugar apartado, a cierta distancia de la puerta, había un amplio sofá tapizado, en el cual dos o tres pobres viajeros descansaban y se sacudían el polvo de sus ropas. A poca distancia de la hospedería se veía un amplio espacio que originariamente había sido lugar de enterramiento de una raza mucho más remota que la de los ciudadanos de Pompeya de aquel entonces y que había sido convertido en el Ustrinum[243], o lugar donde se incineraba a los muertos. Sobre ese solar se alzaban las terrazas de una hermosa villa, semioculta por los árboles. Las tumbas, con sus gráciles y variadas formas, y las flores y el follaje que las rodeaban no otorgaban al lugar el menor asomo de tristeza o melancolía. Pegado a la puerta de la ciudad, en un pequeño nicho, se distinguía la figura, rígida y disciplinada, de un centinela romano, cuyo casco, con su aseada cresta, brillaba al sol, junto a la lanza sobre la que se apoyaba. La puerta estaba dividida en tres arcos, el central destinado a los vehículos, y los otros dos para los viajeros de a pie, ya cada lado de ella se alzaban las macizas murallas que rodeaban la ciudad, restauradas, parcheadas y recompuestas en mil lugares distintos y en diferentes épocas, siempre que las guerras, el tiempo o los terremotos lo habían hecho necesario para mantener aquella inútil protección. A intervalos frecuentes se elevaban sobre la muralla torres cuadradas, cuya parte superior rompía con pintoresca rudeza la línea regular de los muros y que formaban un contraste chocante con los modernos edificios que se alzaban y brillaban con blancura en sus cercanías.

La sinuosa carretera que en aquella dirección unía Pompeya con Herculano se perdía de vista entre los viñedos plantados en terrazas por las laderas sobre las que el Vesubio apoyaba su hosco y mayestático aspecto.

—¿Te has enterado de la noticia, Medón? —preguntó una joven muchacha, que llevaba un ánfora en la mano, al detenerse junto a la puerta de Diomedes para charlar un rato con el esclavo antes de regresar al vecino mesón para llenar la vasija y coquetear con los viajeros.

—¡La noticia!… ¿Qué noticia? —preguntó el esclavo, alzando con malhumor los ojos del suelo.

—Pero, bueno… Si ha cruzado por la puerta esta mañana, cuando tú debías estar ya despierto… Menudo visitante para Pompeya…

—Ah, ya… —convino el esclavo con indiferencia.

—Sí, un gran regalo para el noble Pompiniano.

—¿Un regalo? ¿No decías que se trataba de un visitante?

—Ambas cosas, visitante y regalo. Entérate, estúpido, tío aburrido. Se trata de un precioso y joven tigre para nuestros ya cercanos juegos en el anfiteatro. ¿Lo has oído, Medón? ¡Oh, qué maravilla!… Te juro que no podré pegar ojo hasta que lo vea; dicen que ruge de un modo…

—¡Pobre idiota!… —masculló Medón, con tristeza y con cinismo.

—¡Yo, de idiota, nada, viejo asqueroso!… Un tigre es un animal precioso, en especial si se encuentra con alguien a quien poderse comer. Ya tenemos un tigre y un león. ¡Imagina, Medón, lo que es eso! …Y en el peor de los casos, a falta de dos buenos criminales, nos veremos forzados a ver cómo se comen uno a otro. Por cierto, tu hijo es gladiador, un hombre guapo y fuerte… ¿No podrías persuadirle para que luchase contra el tigre? Si lo hiciese me sentiría muy agradecida; es más, te convertirías en el benefactor de toda la ciudad.

—Bah, bah… —dijo el esclavo, con gran aspereza—. Piensa en el peligro que corres tú antes de decir tonterías acerca de mi pobre hijo.

—¿Yo, peligro? —contestó la chica, con gesto asustado y mirando a su alrededor—. ¡Retira esa afirmación de mal agüero! Ojalá tus palabras caigan sobre tu propia cabeza.

Y mientras hablaba, la joven acarició el talismán que colgaba de su cuello.

—Ocúpate de tus cosas… ¿Qué peligro puedo correr yo?

—¿Acaso el terremoto de hace unas noches no fue un aviso? —preguntó Medón—. ¿No constituyó una voz de alarma? ¿No nos dijo a

todos; «Preparados para morir, el fin de todas las cosas está muy cerca»?

—Bah, tonterías… —replicó la joven, ordenando los pliegues de sus ropas—. Estás hablando como dicen que lo hacen los nazarenos. Temo que seas uno de ellos. Bueno, ya no tengo tiempo de charlar más contigo, pájaro de mal agüero. Cada día te vuelves más y más raro. ¡Oh, Hércules, envíanos un hombre para el león, y otro para el tigre…! *Vale.*

> Viva, viva la fiesta de la alegría,
> hay un bosque de rostros en cada fila.
> Ah, los gladiadores cual el hijo de Alcmena[244],
> combatirán sin miedo en la pálida arena.
> Habla mientras puedas; quedarás inerte
> cuando te sorprenda la gloriosa muerte.
> Uno, dos, alegres marchan, codo con codo…
> Viva, viva la fiesta que da placer a todos.

Cantando con voz clara y argentina esta femenil tonada y levantando los bordes de su túnica del suelo para protegerla del polvo, la joven se dirigió con presteza hacia la concurrida hostería.

—Mi pobre hijo… —se lamentó el esclavo, a media voz—. ¡Y pensar que por gente como ésa puedes ser despedazado…! Oh, fe de Cristo, podría entregarme a ti en cuerpo y alma si no fuese por el terror que me inspiran estas sangrientas perspectivas.

El viejo dejó caer con gesto desesperado su cabeza sobre el pecho. Permaneció absorto y en silencio, y de vez en cuando, con el puño de las mangas se recogía una lágrima. Su corazón era su hijo. No vio, pues, la figura de un hombre que ahora se aproximaba a él desde la puerta de la ciudad, con paso rápido. Se trataba de un hombre de aspecto fiero e inquieto. El esclavo no levantó los ojos hasta que aque llafigura se detuvo ante el lugar en el que se sentaba y pronunció con dulce voz la palabra:

—Padre…

—¡Hijo mío!… ¡Lydon! ¿Es posible que seas tú? —exclamó el viejo, con profunda alegría—. Estaba pensando en ti ahora mismo…

—Me alegra oírlo, padre —contestó el gladiador, tocando respetuosamente las rodillas y la barba del esclavo—. Y espero estar ya pronto en tu compañía y no sólo en tu pensamiento.

—Sí, hijo…, pero temo que no sea en este mundo —opinó el esclavo, en un tono un tanto lúgubre.

—No hables así, mi señor… Anímate, porque yo me siento alegre. Estoy seguro de que ganaré en los juegos y con el oro que obtenga compraré tu libertad. Oh, padre mío, hace sólo unos días apostó a mi favor una persona a la que no me agradaría defraudar, por ser mucho más generoso que cualquiera de sus iguales. No es romano, sino ateniense, y despertó mi deseo de victoria cuando le pregunté en cuánto valoraba el premio de mi triunfo. El duda de mi éxito, pero ¡qué poco conoce el espíritu que anima a Lydon!…

—Hijo mío, hijo mío… —dijo el viejo esclavo mientras ascendía lentamente las escaleras y conducía a su hijo a su pequeña habitación, que comunicaba con la entrada del vestíbulo (que en aquella casa hacía las veces de *peristilo,* y no de *atrium,* como hoy puede aún comprobarse; es la tercera puerta, entrando a la derecha. La primera puerta conduce a la escalera, la segunda es una simple hornacina, en la que había una estatua de bronce).

—Por muy generosos, afectivos y desinteresados que sean tus motivos —explicó Medón, una vez que se sintió seguro de no ser observado—, tus hechos son en sí mismos condenables. Vas a arriesgar tu vida a cambio de lograr la libertad de tu padre. Esto puede serte perdonado, pero el precio de la victoria será la sangre de otro. Oh, eso es un pecado mortal, que nada puede justificar. Evítalo, evítalo, prefiero seguir siendo un esclavo a obtener la libertad a tan alto precio.

—Cállate, padre —replicó Lydon con cierta impaciencia—, tú has abrazado ese nuevo credo del que te he rogado que no me hables, porque los dioses que me dieron la fuerza me negaron la sabiduría y no entiendo una palabra de lo que con tanta frecuencia me predicas. Y ese nuevo credo te ha llenado la cabeza de fantasías extrañas acerca del bien y el mal. Perdóname si te ofendo…, pero reflexiona… ¿Contra quién peleo? Oh, si conocieses a esa partida de desgraciados con los que por tu causa me

relaciono pensarías que purifico la tierra al librarla de uno de ellos. Son bestias cuyos labios gotean sangre; individuos salvajes que imponen su fortaleza sin ninguna clase de principios; despiadados, insensibles, incapaces de albergar afectos en su vida. Es cierto que no conocen el miedo, pero también ignoran la gratitud, la caridad, el amor; viven exclusivamente para ejercitar su carrera, para matar sin piedad y para morir sin temor. ¿Pueden tus dioses, cualesquiera que sean, ver con desagrado una pelea contra semejantes canallas, y más aún considerando los motivos que tengo para ello? Oh, padre, cualquiera que sea el poder que nos mira desde arriba en esta tierra, no encontrará causa más santa y respetable que el sacrificio ofrendado por un hijo agradecido en favor de un padre anciano.

El pobre esclavo, privado también del don de la sabiduría, dada su reciente conversión al cristianismo, no hallaba argumento alguno para denunciar aquella terrible ignorancia que, no obstante su radical error, resultaba tan hermosa. Su primer impulso fue el de arrojarse contra el pecho de su hijo, pero optó simplemente por estrujarse las manos; en el intento de replicar a sus palabras perdió la voz y comenzó a llorar.

—Y si —siguió Lydon— tu Deidad (pues creo recordar que sólo tienes una) es en verdad el Poder benévolo y piadoso que tú predicas, sabe muy bien que fue el hecho de que te convirtieras a su fe lo que me determinó a tomar la decisión que ahora me reprochas.

—¡Cómo!… ¿Qué quieres decir? —preguntó el esclavo.

—Tú sabes muy bien que yo, vendido en mi niñez como un esclavo, obtuve mi libertad en Roma por voluntad expresa de mi dueño, a quien tuve la suerte de complacer con mis servicios y mi conducta. Entonces vine a Pompeya a verte y te encontré ya envejecido y enfermo, bajo el yugo de un amo caprichoso y disipado. Tú ya habías abrazado esta nueva religión, y la esclavitud te resultaba doblemente difícil de soportar, puesto que a tus ojos quedaba exenta del encanto dulcificador dela costumbre, que en parte nos reconcilia con lo peor. ¿No me confesaste acaso que te veías obligado a realizar servicios que no te eran repudiabas como esclavo, pero que resultaban pecaminosos como nazareno? ¿No me dijiste que tu alma se estremecía de remordimientos cuando te obligaban a colocar una migaja de pan en el altar de los Lares que presiden el *impluvium?* ¿Que tu alma se

rasgaba en una perpetua lucha? ¿No me contaste que por el hecho de derramar vino en el vestíbulo y de invocar el nombre de alguna deidad griega corrías el peligro de incurrir en suplicios aún más terribles que los de Tántalo[245], en torturas eternas aún más espantosas que las que acechan en los campos de Tartaria? ¿No me expusiste acaso todo esto? Yo estaba sorprendido, no podía comprenderte; ni, ¡por Hércules!, soy capaz de comprenderte ahora. Pero soy tu hijo y mi único deber era consolarte y aliviarte. ¿Podía acaso escuchar tus lamentos, ser testigo de tus misteriosos terrores y de tu constante angustia y permanecer sin hacer nada? No, por los dioses inmortales… La idea acudió a mi mente como una luz que venía del Olimpo. No tenía dinero, pero poseía juventud y fuerza. Éstos eran mis dones y podía venderlos para ayudarte. Me enteré dela cantidad que hacía falta para manumitirte y descubrí que el premio de un gladiador que obtiene una victoria supone el doble. Y me hice gladiador, me uní a la suerte de esos hombres malvados que me recibieron con desprecio e insultos, hasta que adquirí su misma habilidad. ¡Benditas lecciones que me iban a permitir liberar a mi padre!…

—¡Cuánto lamento que no puedas oír a Olintho! —suspiró el anciano, cada vez más afectado por la bondad de su hijo y cada vez más convencido de la criminalidad de sus intenciones.

—Si lo deseas, estoy dispuesto a oír al mundo entero —replicó el gladiador, despreocupadamente—, pero no mientras sigas siendo un esclavo. Bajo mi propio techo, padre, podrás lavarme el cerebro el día entero…, y también la noche, si eso te complace. Oh, si supieras el lugar que ya tengo apalabrado para ti…, en una de las novecientas noventa y nueve tiendas que posee la vieja Julia Felix, en el lugar más soleado de la ciudad, donde podrás tomar el sol sentado en la puerta el día entero, mientras yo me entretendré en vender aceite y vino en tu lugar. Y pienso vender vino y aceite en tu lugar, padre, contando con la voluntad de Venus (o sin tener en cuenta su voluntad, ya que no te agrada ni oír su nombre, ¿qué puede importarle eso a Lydon?). Y hasta es posible que un día llegues a tener también una hija que cuide de tus cabellos grises y puedas escuchar las voces chillonas de los que se sienten en tus rodillas, llamándote «padre de Lydon». Ah, seremos muy felices. El precio de la victoria puede

comprarlo todo. Anímate, anímate, dueño mío. Y ahora tengo que marcharme. El tiempo pasa y el *lanista*[246] me espera. Adiós, dame tu bendición.

Cuando Lydon pronunció estas palabras, ya había abandonado la penumbrosa habitación de su padre. Y, hablando animadamente, entono apenas perceptible, llegaron al mismo lugar en que presentamos al portero, en ejercicio de sus funciones.

—¡Bendito seas, bendito seas, mi valiente muchacho!… —exclamó Medón, con fervor—. Que el gran Ser que lee en todos los corazones contemple la nobleza del tuyo y perdone sus errores.

La alta figura del gladiador avanzó con rapidez por el camino, y los ojos del esclavo siguieron su ligero y firme paso hasta que se perdió en la lontananza; después se sentó de nuevo en su asiento, con la mirada clavada en el suelo. Permaneció mudo e inmóvil, como si fuera de piedra. Su corazón…, ¿quién de nosotros en estos tiempos más felices puede imaginar sus luchas, sus conmociones?…

—¿Puedo entrar? —preguntó una dulce voz—. ¿Está Julia en casa?

El esclavo, con un movimiento mecánico, indicó al visitante que entrara, pero al no poder ver su gesto repitió su pregunta con timidez y en voz más alta:

—¿Acaso no te he dicho que entres? —contestó el esclavo, un tanto irritado.

—Gracias —dijo la que había hablado, con tono de excusa.

Y el esclavo, alertado por aquella voz, elevó los ojos y reconoció a la florista ciega. Y como los afligidos suelen simpatizar con el dolor, se levantó y guió los pasos de la joven hasta el inicio de una escalera adyacente (por la cual se bajaba a las habitaciones de Julia), donde reclamó la presencia de una esclava, a quien le confió la joven ciega.

Capítulo VII

El tocador de una belleza pompeyana. — Una importante conversación entre Julia y Nidia

La elegante Julia estaba sentada en su habitación, rodeada de esclavas; al igual que el cubículo adjunto a la misma, el cuarto era de reducidas dimensiones, pero, con todo, de mayor tamaño que las piezas habitualmente destinadas para dormir, tan diminutas incluso en las más lujosas mansiones, que quienes nunca las han contemplado difícilmente pueden formarse una idea de los pequeños cuchitriles que los ciudadanos de Pompeya consideraban adecuados para pasar la noche. La «cama» para los antiguos no era el grave, solemne e importante objeto doméstico ni poseía el sentido mistérico que hoy guarda para nosotros. El lecho propiamente dicho no era más ancho que un pequeño sofá y lo suficientemente ligero para poder ser

transportado de manera fácil de un lado para otro por el mismo ocupante[247]; sin duda era llevado casi de modo constante de uno a otro sitio, de habitación en habitación, de acuerdo con los gustos y deseos de su propietario o con motivo de los cambios de estación; cualquier lugar de la casa, atestado de gente en un mes determinado, podía quedar vacío al mes siguiente. Entre los italianos de aquel tiempo existía una peculiar y rigurosa tendencia a evitar al máximo la luz solar; sus habitaciones oscurecidas, que en un principio podían parecer el resultado de una concepción deficiente de la arquitectura, eran objeto de una intencionalidad estudiada con gran detalle. En los pórticos y en los jardines tomaban el sol durante el tiempo que dictasen sus gustos elegantes, pero en el interior de sus casas buscaban con frecuencia el frescor y la sombra.

La habitación de Julia durante aquella estación estaba instalada en la parte inferior de la casa, justo debajo de las dependencias principales, y se abría a un jardín que estaba al mismo nivel. Sólo una amplia puerta de cristal permitía el paso de la luz del sol; sin embargo, los ojos de Julia, acostumbrados a la penumbra, eran lo suficientemente agudos para determinar con exactitud cuáles eran los colores que mejor la podían favorecer: qué sombra de delicado escarlata prestaba más fulgor a su mirada oscura y mayor frescor juvenil a sus mejillas.

Sobre el tocador ante el que se sentaba había un pequeño espejo redondo de acero pulido, alrededor del cual, en perfecto orden, se distinguían los cosméticos y los ungüentos, los perfumes y las pinturas, las joyas y los peines, las cintas y los pasadores de oro, destinados a añadir a sus encantos naturales la accesoria belleza que pudiesen prestar los recursos del arte y de las técnicas del maquillaje en boga. A pesar de la relativa oscuridad en la que se hallaba la pieza, se veían claramente los vivos y variados colores de las paredes, en las que aparecían algunos deslumbrantes frescos pompeyanos. Ante el tocador, bajo los pies de Julia, se extendía una alfombra, tejida en los telares del Este. A su lado, en otra mesa, había una jofaina y una jarra de plata, una lámpara apagada de la más exquisita artesanía, en la que el artista había tallado un Cupido descansando en el amplio ramaje de un mirto y un pequeño rollo de pergamino que contenía las más dulces elegías de Tibulo[248]. Ante la puerta que comunicaba con el

cubículo anexo, colgaba una cortina bordada con ricas flores de oro. Así eran los tocadores de las hermosas mujeres de hace dieciocho siglos.

La bella Julia se reclinaba con indolencia sobre el respaldo de su silla, mientras la *ornatrix* (la peluquera) apilaba uno encima de otro los innumerables rizos, mezclando con gran habilidad los verdaderos y los falsos y amontonándolos todos en una única estructura de altura tal que parecía colocar la cabeza más bien en el centro que al final del cuerpo humano.

Su túnica de ámbar oscuro, que destacaba su oscuro cabello y su constitución morena, se fruncía en varios pliegues a sus pies, calzados con unas zapatillas sujetas a sus finos tobillos con blancas correas; las zapatillas, con profusión de perlas engarzadas sobre seda de color púrpura, se volvían ligeramente hacia arriba, como lo hace hoy ese tipo de calzado procedente de Turquía. Una vieja esclava, con larga experiencia en los arcanos del tocado, se hallaba en pie junto a la peluquera, con el amplio ceñidor, adornado con tachuelas, de su dueña sobre un brazo, y de cuando en cuando (mezclando en sus palabras juiciosas frases de adulación hacia su ama) daba instrucciones a aquel albañil encargado de levantar la ascendente torre de cabellos:

—Coloca ese pasador un poco más a la derecha…, más abajo, imbécil. ¿No te das cuenta de lo maravillosamente uniformes que son esas cejas? Cualquiera diría que estás peinando a Corina[249], que sólo tenía una parte de la cara. Ahora coloca esas flores… ¡No seas estúpida! …Esas rojas oscuras no. No estás buscando el color que armonice con las tristes mejillas de Cloris[250]; sólo las flores más alegres pueden competir con el rostro de la joven Julia.

—¡Cuidado!… —exclamó la damisela, pateando con sus pequeños pies sobre el suelo—. Me estás arrancando el pelo como si se tratara de una mala hierba.

—Torpe inútil —siguió la directora de ceremonias—. ¿No te acuerdas de lo delicada que es nuestra ama? No estás peinando las ásperas crines de caballo de la viuda Fulvia. Ahora coloca la cinta…, bueno, eso está bien. Bella Julia, mírate al espejo: ¿has visto alguna vez algo más bello que tú misma?

Cuando, después de innumerables comentarios, dificultades y retrasos, se completó la erección de la complicada torre, la operación siguiente consistió en proporcionar a su mirada una dulce languidez, por medio de la aplicación a sus párpados de unos polvos oscuros; un pequeño lunar postizo, en forma de media luna, hábilmente colocado junto a sus rosáceos labios, hacía destacar la gracia de los hoyuelos de sus mejillas y prestaba mayor relieve a sus dientes, a los que se habían aplicado todos los medios entonces conocidos para hacer aún más patente su natural blancura.

Otra esclava, que hasta entonces había permanecido desocupada, se encargó de seleccionar las joyas: los pendientes de perlas (dos encada oreja), los brazaletes de oro macizo, la cadena de eslabones del mismo metal, a la cual se había incorporado un talismán de cristales tallados, el gracioso broche para su hombro izquierdo, con una exquisita miniatura de Psique, el cinto de seda púrpura, ricamente tachonado con apliques de oro y con un broche de dos serpientes entrelazadas y, por fin, las diversas sortijas, perfectamente adaptadas al grosor de sus blancos y delgados dedos. Aquel tocado respondía a la última moda de Pompeya. La bella Julia se miró por última vez en el espejo con complacida vanidad, volvió a reclinarse sobre el respaldo de su silla y ordenó a la más joven de sus esclavas, con tono displicente, que le leyese uno de los dísticos amatorios de Tibulo. Y esta lectura aún continuaba cuando la vieja esclava hizo pasar a Nydia a la presencia de Julia.

—*Salve*[251], Julia —dijo la florista, deteniéndose a pocos pasos del lugar donde Julia se sentaba y cruzando los brazos sobre su pecho—. He cumplido tus deseos.

—Lo has hecho muy bien, florista —contestó la dama—. Acércate y toma asiento.

Una de las esclavas colocó un taburete para Nydia y ésta se sentó.

Julia miró durante unos instantes a la tesalia con cierto embarazo. Después ordenó a sus sirvientas que se retiraran y que cerrasen la puerta. Y cuando quedaron solas, apartando mecánicamente la mirada de Nydia y olvidando que la joven florista no podía ver la expresión de su rostro, preguntó:

—¿Sirves a la napolitana, a Iona?

—De momento estoy a sus órdenes —contestó Nydia.

—¿Es tan hermosa como dicen?

—No lo sé —replicó Nydia—. No puedo juzgar.

—Ah…, debí haberlo recordado. Pero, aunque no tengas ojos, sí tienes oídos. ¿Dicen tus compañeros esclavos que es hermosa? Cuando los esclavos hablan entre ellos se olvidan hasta de adular a sus amas.

—Me dicen que es muy bella.

—Hmm… ¿Dicen que es alta?

—Sí.

—Yo también lo soy. ¿Cabello oscuro?

—Eso he oído.

—Igual que yo. ¿Recibe a Glauco con frecuencia?

—Todos los días —contestó Nydia, ahogando un suspiro.

—Vaya…, todos los días. ¿La encuentra hermosa?

—Imagino que sí, puesto que van a casarse dentro de poco.

—¡Casarse!… —exclamó Julia, palideciendo, a pesar del falso color rosáceo de sus mejillas.

Naturalmente, Nydia no pudo comprobar la conmoción que sus palabras habían causado. Julia permaneció en silencio largo rato, pero la respiración alterada de su pecho y el centelleo de su mirada la habrían delatado ante alguien que pudiese *ver* la herida que había sufrido su vanidad.

—Me han dicho que eres de Tesalia —dijo al fin Julia, rompiendo su silencio.

—Es cierto.

—Tesalia es tierra de magia y de brujas, de talismanes y de filtros de amor —dijo Julia.

—Es famosa por sus encantamientos —concedió Nydia, con timidez.

—Entonces, ¿conoces tú, ciega tesalia, algún encantamiento de amor?

—¿Yo? —exclamó la florista, sonrojándose—. *¿Yo?* ¿Cómo voy a conocerlo? No, puedes estar segura de que no.

—Peor para ti. Podría haberte dado oro suficiente para comprar tu libertad si fueses más lista.

—Pero —preguntó Nydia—, ¿qué puede inducir a la bella Julia a formular una pregunta como ésa a una de sus sirvientas? ¿No tiene acaso

dinero, belleza y juventud? ¿No son *esos* encantos suficientes para no hacer necesarias fórmulas mágicas?

—A ninguna persona de este mundo, excepto una —contestó Julia, con altivez—, has sido capaz de contagiar tu ceguera y…, en fin, ¿qué más da?

—¿Y quién es esa persona? —preguntó Nydia con interés.

—No, no se trata de Glauco…, no es Glauco —replicó Julia, utilizando el disimulo propio de su sexo.

Nydia suspiró con alivio y, tras una breve pausa, Julia insistió:

—Pero, hablando de Glauco y de su compromiso con esa napolitana… Eso me ha hecho recordar la eficacia de los filtros de amor, que probablemente, aunque a mí no me importa en absoluto, ella habrá utilizado sobre él. Joven ciega, estoy enamorada y (¿cómo puede vivir Julia para decir eso?) no soy correspondida. Eso me humilla…, no, no me *humilla, destroza* mi orgullo. Me agradaría ver a ese ingrato amis pies, no para decirle que se levantara, sino para darle una patada. Cuando me dijeron que eres tesalia creí que tu joven disposición podía haberte inducido a aprender los misteriosos secretos de aquellas tierras.

—Ay, no —murmuró Nydia—. ¡Qué más quisiera yo!…

—Gracias, al menos, por tus buenos deseos —añadió Julia, ignorante de lo que estaba experimentando el sentir de la florista—. Pero, dime…, tú, que presencias el cotilleo de los esclavos, siempre tan apegados a esas oscuras creencias, siempre dispuestos a echar mano a toda clase de brujerías para hacer realidad sus amoríos…, ¿has oído hablar alguna vez de un mago oriental que vive en esta ciudad y que posee ese arte que tú ignoras? No un simple quiromántico, no un charlatán de pieza pública, sino un verdadero mago, procedente, según creo, de la India o de Egipto…

—De Egipto, sí… —dijo Nydia, con un escalofrío—. ¿Quién no ha oído hablar de Arbaces en Pompeya?

—¡Arbaces!… Ése es su nombre —contestó Julia, tras refrescar su memoria—. Dicen que se trata de un hombre que está muy por encima de impostores y de falsos adivinos, que está muy versado en la sabiduría de las estrellas y en los secretos del viejo Nox[252]. Si es tan sabio, ¿cómo no va a estar al corriente de los misterios del amor?…

—Si existe algún hombre cuyas artes mágicas le coloquen en situación de desbancar las de los demás, es ese horrible mago —confirmó Nydia, tocando su talismán mientras hablaba.

—Espero que no sea tan rico como para negarse a ejercer sus poderes por dinero… —dijo Julia, con cierto desprecio en su voz—. ¿Puedo visitarle?

—Su casa es un palacio del mal para la gente joven y hermosa —replicó Nydia—. También he oído decir que él languidece…

—¡Un palacio del mal!… —exclamó Julia, que sólo había atendido a las primeras palabras de la ciega—. ¿Por qué?

—Las orgías que organiza en sus noches de ocio son impuras y detestables, según se rumorea en todos sitios.

—¡Por Ceres, por Pan y por Cibeles!…[253] Has provocado mi curiosidad, en lugar de despertar mis temores —constató la díscola y caprichosa pompeyana—. Le buscaré e interrogaré acerca de su saber. Sien esas orgías se practica el amor, algo debe conocer sobre sus secretos.

Nydia no contestó.

—Le buscaré hoy mismo —insistió Julia—. ¿Qué hoy mismo? Ahora.

—Durante el día, y en la situación en que ahora se encuentra, corres menos peligros —informó Nydia, rindiéndose al secreto y repentino deseo de saber si el siniestro egipcio estaba de verdad en posesión de los encantamientos que desataban o atraían la pasión amorosa, delos cuales tantas veces había oído hablar la tesalia.

—¿Quién osará insultar a la hija del rico Diomedes? —preguntó altivamente Julia—. Voy a verle.

—¿Puedo visitarte más tarde para que me cuentes el resultado? —preguntó Nydia con ansiedad.

—Bésame por tu interés en la felicidad de Julia —contestó la dama—. Sí, naturalmente. Esta noche no cenamos en casa. Pero ven aquí mañana, a esta misma hora, y lo sabrás todo. Es posible que tenga que utilizarte para algo más. Ya está bien por hoy. Espera, toma este brazalete por la excelente idea que me has dado y recuerda que si sirves a Julia gozarás de su gratitud y de su generosidad.

—No puedo aceptar tu regalo —dijo Nydia, rechazando el brazalete—. Aunque me veas tan joven, yo siempre estoy al lado de los que aman…, de los que aman sin esperanza.

—¡Y que tú digas eso!… —se admiró Julia—. Hablas como una mujer libre… Y algún día es posible que llegues a serlo. Adiós.

Capítulo VIII

Julia va en busca de Arbaces. — Resultado del encuentro

Arbaces estaba sentado en una habitación que daba al jardín principal por una especie de balconada o pórtico. Sus mejillas se mostraban aún pálidas y cansadas por los sufrimientos que había padecido, pero su constitución de acero se había recuperado ya de los graves efectos de aquel accidente que había frustrado sus malvados proyectos en el mismo instante de la victoria. El perfumado aire que llegaba hasta su rostro revivía sus agostados sentidos y hacía que su sangre circulase con mayor facilidad por sus venas que en los días anteriores.

«Así, pues —pensó—, la tormenta que me guardaba el destino ha explotado, me ha barrido, y el mal augurio que predecía mi saber y amenazaba mi vida se ha producido…, y, sin embargo, estoy vivo. Ha sido

todo como habían predicho las estrellas, y ahora la larga, brillante y próspera carrera que, en caso de sobrevivir, tenía que reemplazara la desgracia, me sonríe: he salvado, he eliminado el último obstáculo que se oponía a mi destino. Ya no me queda más que extender ante mí mi paradisíaco futuro, libre de temores y con plena seguridad. El primero de mis goces, que antepongo incluso a la satisfacción de mi amor, será la venganza. Ese muchacho griego que se ha interpuesto en mi pasión y ha frustrado mis designios (e incluso se me escurrió de entre los dedos cuando la hoja estaba a punto de hacer brotar su sangre) no volverá a escapárseme. ¿Qué método seguir para realizar esa venganza? Tengo que pensarlo bien. ¡Oh, Até, si eres de verdad una diosa, llename con tu inspiración más espantosa…!»

El egipcio se sumió en honda meditación, que no pareció aportarle ninguna satisfacción ni plan alguno claro y definido. Cambió de posición con exacerbada inquietud mientras imaginaba nuevas intrigas y asechanzas, que iba eliminando una por una a medida que se le ocurrían; varias veces se golpeó el pecho y gruñó con fuerza para expresar su sed de venganza y el disgusto por verse impotente de llevarla a cabo. Mientras estaba absorto en sus cavilaciones, entró en la habitación un niño esclavo y lleno de timidez.

Una mujer de alto rango social, a juzgar por su atavío, acompañada por un solo esclavo que la atendía, esperaba en la planta baja a que Arbaces le concediese una entrevista.

—¿Una mujer? —preguntó con corazón palpitante—. ¿Es joven?

—Oculta su cara con un velo, pero su figura es esbelta, aunque bien conformada, como corresponde a una persona joven.

—Hazla pasar —ordenó Arbaces, que por un instante, en la vanidad de su corazón, llegó a pensar que la extraña podía ser Iona.

La primera mirada que lanzó a su visitante al entrar ésta en la habitación le convenció de que su exaltada imaginación le había engañado. Es cierto que tenía la misma estatura que Iona, y quizá su misma edad; no cabía discutir que su figura no estuviese conformada con delicadeza y rotundidad, pero…, ¿dónde estaba la ondulosa e inefable gracia que acompañaba todos y cada uno de los movimientos de la incomparable napolitana; su casto y decoroso atavío, tan sencillo hasta en aquellas ocasiones en las que debía

cuidarlo de modo especial; su paso siempre digno y comedido; la majestad de su feminidad y su modestia?

—Perdona que me levante con expresión de dolor —dijo Arbaces, mirando a la desconocida—. Estoy aún convaleciente de una reciente enfermedad.

—No te molestes, oh gran egipcio —contestó Julia, procurando disimular el miedo que experimentaba bajo aquella aparente actitud de aduladora sumisión—, y perdona a una mujer que busca consuelo en tu sabiduría.

—Acércate más, bella desconocida —dijo Arbaces—, y háblame sin ninguna clase de reserva o aprensión.

Julia se acomodó en una silla a su lado y observó abrumada la habitación en la que se hallaba, cuya lujosa y esplendente decoración avergonzaría la más cara ornamentación de la casa de su padre; miró con temor las inscripciones jeroglíficas de las paredes, los rostros de las misteriosas imágenes que parecían observarla desde todos los rincones, el trípode, situado a escasa distancia de donde se encontraban y…, sobre todo, el grave y mayestático aspecto que ofrecía el propio Arbaces; una túnica blanca cubría como un velo parte de sus córvidos cabellos y se extendía después hasta sus pies; su rostro resultaba aún más misterioso a causa de su palidez, y sus oscuros y penetrantes ojos atravesaban la protección de su velo y exploraban sin el menor reparo los secretos de su alma femenina y vanidosa.

—¿Y qué es lo que te trae aquí, oh joven —preguntó Arbaces con voz profunda—, a casa de este extranjero de Oriente?

—Tu fama —replicó Julia.

—Fama, ¿de qué? —inquirió Arbaces, con una pequeña sonrisa de sarcasmo.

—¿Cómo es posible que lo preguntes, oh sabio Arbaces? ¿No es acaso tu sabiduría el tema de conversación de toda Pompeya?

—Confieso que poseo algunos conocimientos almacenados en mi espíritu —contestó Arbaces—, pero ¿en qué medida pueden esos estériles y graves secretos beneficiar a unos oídos tan bellos?

—Ay —exclamó Julia, un poco animada por aquellas palabras de adulación, a las que estaba tan acostumbrada—. ¿No es normal que los infelices se dirijan a los sabios en busca de ayuda? ¿Y acaso no son víctimas elegidas del dolor aquellos que aman sin ser amados?

—Bah… —dijo Arbaces—. ¿Es posible que el amor no correspondido sea la suerte que debe correr una mujer tan bella, cuyas formas, proporcionalmente modeladas, son visibles hasta a través de los pliegues de tu elegante túnica? Si te dignas, oh doncella, levantarte el velo me daré cuenta de si tu rostro se corresponde con la belleza de tu figura.

Quizá no contrariada en absoluto en exhibir sus encantos, y pensando en el posible interés del mago en ver su rostro para poder adivinar su destino, Julia, tras ciertas vacilaciones, se levantó el velo y reveló una belleza que, de no haber sido por su exceso de maquillaje, hubiera agradado a los ojos del egipcio, que la miraba con fijeza.

—Vienes a pedirme consejo para un amor desgraciado —dijo él—. Bien, vuelve la cara hacia el ingrato que te atormenta. ¿Qué otro encantamiento puedo ofrecerte?

—Oh, deja a un lado tus cortesías —protestó Julia—. Es un encantamiento, en efecto, lo que vengo a pedir de tu ciencia.

—Bella desconocida —replicó Arbaces, con cierta sorna en la voz—. Los filtros de amor no figuran entre los secretos que me han hecho perder noches enteras hasta alcanzarlos.

—¿Es cierto? En tal caso, te ruego que me perdones, gran Arbaces. Adiós…

—Espera —dijo Arbaces, quien, a pesar de su amor por Iona, no era indiferente a la belleza de su visitante.

Y si hubiese gozado del impulso que concede una buena salud, quizá habría intentado consolar a Julia por otros medios ajenos a la sabiduría sobrenatural.

—Espera. Aunque confieso que ya he abandonado la brujería delos filtros y pociones, hay quienes se ganan la vida con esas actividades; yo no soy nunca indiferente a la belleza y tuve que utilizarlos en mi juventud, en mi propio beneficio. Si eres sincera conmigo, podré darte al menos un buen consejo. Imagino que, como indica tu vestimenta[254], eres soltera.

—Sí —dijo Julia.

—Y, como careces de fortuna, quieres seducir a algún pretendiente rico.

—Yo soy más rica que el que me desdeña.

—Qué cosa más extraña. ¿Y tú le quieres a él y él no te quiere a ti?

—Yo no estoy muy segura de quererle —contestó Julia, con altivez—. Lo que a mí me agradaría es triunfar sobre una rival y convertir en mi pretendiente a quien me desprecia. De este modo también podría humillar a la que él quiere ahora.

—Una ambición muy natural y muy femenina —dijo el egipcio, con ironía—. Una cosa más, noble doncella, ¿quieres confiarme el nombre de aquel a quien amas? ¿Puede un pompeyano despreciar la riqueza, aun suponiendo que sea insensible a lo bello?

—Es de Atenas —confesó Julia, bajando la mirada.

—¡Ah!… —exclamó el egipcio repentinamente, mientras sus mejillas se encendían por un flujo de sangre—. Sólo hay un ateniense, joven y rico, en Pompeya. ¿Se llama Glauco el hombre del que me hablas?

—Por los dioses, no me traiciones… En efecto, se llama así.

El egipcio se reclinó en su asiento, con la mirada perdida sobre el rostro vuelto de la hija del mercader y murmuró para sí mismo si aquella entrevista, que hasta aquel instante había tomado en broma para divertirse con la credulidad y la vanidad de su visitante, no podría proporcionarle los medios para llevar a cabo su venganza.

—Ya veo que no puedes ayudarme —dijo Julia, molesta por su prolongado silencio—. Guárdame al menos mi secreto. Adiós, de nuevo…

—Doncella —comenzó el egipcio, en tono serio y reflexivo—. Tu caso me ha emocionado y me pongo a tu disposición. Escúchame. No estoy muy versado en estos pequeños misterios, pero conozco a alguien que sí lo está. Al pie del Vesubio, a menos de una legua de la ciudad, vive una extraordinaria bruja; de debajo de los pestilentes rocíos de la luna nueva ha recogido unas hierbas que poseen la virtud de encadenar el amor por toda la eternidad. Sus buenos oficios pueden llevar a tus pies a tu enamorado. Búscala y menciónale el nombre de Arbaces; teme ese nombre y te dará inmediatamente el más potente de sus filtros.

—Ay —exclamó Julia—. No conozco el camino que lleva a la casa de que hablas, y aunque sea corto resulta demasiado largo para una joven que abandona sin permiso la casa de su padre. La campiña está enteramente cubierta de vides que dificultan el paso y de peligrosos y hondos precipicios. No puedo confiar en cualquier extraño que se ofrezca a conducirme hasta allí; la reputación de una mujer de mi rango se empaña con facilidad, y aunque no me importa que todos sepan que amo a Glauco, me desagradaría que pensasen que he obtenido su fervor gracias a un bebedizo.

—Si hubiesen pasado tres días de mi convalecencia —dijo el egipcio levantándose y echando a andar (como para comprobar el estado de sus fuerzas) por la habitación, con paso vacilante y lento—, yo mismo te acompañaría. Tendrás, pues, que esperar.

—Pero Glauco va a casarse con esa odiosa napolitana.

—¿Casarse?

—Sí, en los primeros días del próximo mes.

—¿Con tanta rapidez? ¿Estás bien segura de ello?

—Lo sé de labios de su propia esclava.

—Eso no ocurrirá. Queda tranquila —dijo el egipcio, ardorosamente—, no temas nada. Glauco será tuyo. Pero, cuando lo tengas a tu disposición, ¿cómo le administrarás el filtro?

—Mi padre le ha invitado, y creo que también a la napolitana, aun banquete en mi casa pasado mañana. Entonces será el momento de darle el bebedizo.

—Así será —convino el egipcio, y sus ojos brillaron con tan fiera alegría que Julia tuvo que bajar la mirada ante el temor que le produjeron —. Mañana, por la tarde, ordena que te tengan preparada la litera. ¿Dispones de algún esclavo que te atienda?

—Sí, claro —contestó la orgullosa Julia.

—Que preparen tu litera entonces… A tres kilómetros de la ciudad hay un establecimiento frecuentado por los pompeyanos más ricos, por la excelencia de sus termas y la belleza de sus jardines. Allí te limitarás a preguntar el camino que seguir… Y allí, vivo o a punto de morir, estaré yo, junto a la estatua de Sileno, en el bosquecillo que rodea el jardín. Y yo

mismo te llevaré hasta la bruja. Esperaremos a que aparezca el lucero de la noche[255] y estemos seguros de que los rebaños de cabras están ya en los apriscos con sus pastores; y cuando las sombras nos protejan y no haya posibilidad de encontrar a nadie en nuestro camino partiremos. Ahora ve a tu casa y nada temas. Por el Hades, te jura Arbaces, el mago de Egipto, que Iona jamás se casará con Glauco.

—¿Me juras también que Glauco será mío? —inquirió Julia, dando pleno sentido a la frase de Arbaces, que se le antojó incompleta.

—Tú lo has dicho —contestó Arbaces.

Y Julia, algo asustada por lo poco recomendable que le parecía aquella cita, pero urgida por los celos y por un sentimiento de rivalidad, más que por el amor, decidió secundar los planes del egipcio.

Una vez solo, Arbaces exclamó en voz queda:

—Oh, rutilantes estrellas, nunca mentís… Oh, comenzáis ya a cumplir vuestra promesa: éxitos en el amor, victorias sobre los enemigos y una tranquila y feliz existencia… En el mismo instante en que yo era incapaz de urdir cualquier intriga que me condujese a la venganza, vosotras me habéis enviado a esa bella estúpida como instrumento para lograr mi fin —se detuvo, concentrándose en la profundidad de sus pensamientos y siguió, con voz más serena—: Sí, no podía haberle dado un veneno que pasase por ser un bebedizo. Su muerte habría llevado a una investigación hasta mi propia puerta… Pero esa bruja, ah, esa bruja es el agente apropiado, el medio natural de lograr mi objetivo.

Llamó a uno de sus esclavos y le ordenó que siguiese inmediatamente los pasos de Julia y que se enterase de su nombre y condición social. Después salió al pórtico. Los cielos se mostraban serenos y claros; para él, que era capaz de interpretar sus más ligeros cambios, distinguió en una lejana masa de nubes que se alzaba sobre el horizonte y que el viento comenzaba a agitar lentamente que se estaba gestando una tormenta en lo alto.

—Es como mi venganza —se dijo, mientras miraba—. El cielo está despejado, pero las nubes están ya en movimiento.

Capítulo IX

Una tormenta en el sur. — La caverna de la bruja

Cuando el calor del mediodía fue muriéndose poco a poco sobre la tierra, Glauco e Iona salieron a disfrutar del aire fresco y límpido. En aquel tiempo se usaban varios tipos de carruajes entre los romanos. El más utilizado por los ciudadanos ricos, cuando no requerían ir acompañados en sus excursiones, era la *biga*[256], ya descrito en los inicios de esta obra; el más apropiado para las matronas, era el llamado *carpentum*[257], que solía tener dos ruedas; también viajaban los antiguos en una especie de litera, similar a la moderna silla de mano, pero que reunía más comodidad que éstas, ya que el ocupante podía tenderse sobre ella, si así le apetecía, en lugar de permanecer sentado verticalmente, sufriendo el inevitable traqueteo[258]. Había un medio más de transporte, que se empleaba tanto

para viajes largos como para excursiones al campo; era amplio y cómodo, tenía capacidad para contener en su interior a tres o cuatro personas e iba cubierto con una capota que podía quitarse o ponerse, según se deseara; es decir, se trataba de un vehículo que, en definitiva, cumplía los mismos fines (aunque su forma era distinta) que la moderna *britska*[259]. Era un carruaje de este tipo el que solían utilizar en sus excursiones nuestros enamorados y una esclava de Iona. A unos quince kilómetros de la ciudad había en aquellos días una vieja ruina, consistente en los restos de un templo, evidentemente griego; y como Glauco e Iona estaban interesados en todo lo que tuviera aquella procedencia, decidieron ir a visitarlo. Era, pues, hacia allí donde se dirigían ahora.

Su camino cruzaba viñedos y olivares; y a medida que iba ascendiendo por las laderas del Vesubio, se hacía más irregular y dibujaba frecuentes curvas; las mulas se movían con lentitud y con esfuerzo; encada uno de los calveros del bosque, podían ver con nitidez las grises y horribles cavernas que se abrían en la roca calcinada, que tan bien describe Estrabón[260]. El sol, ya en su descenso, lanzaba largas y profundas sombras sobre la montaña, que a través de distintas etapas geológicas había perdido su calidad de volcán, para adoptar el aspecto que ahora ofrecía; aquí y allá se oían aún las rústicas flautas de los pastores, entre los boscajes de hayas y de robles. En ellos se distinguía a veces la figura de alguna sedosa y grácil cabra[261], con sus cornamentas curvas y sus brillantes ojos grises que, aun bajo aquellos cielos ausonianos[262], recordaban las églogas de Marón[263], paciendo la hierba en la media ladera; las uvas, ya teñidas en la púrpura sonriente del verano que iba avanzando, brillaban colgando de sus combados sarmientos que crecían entre árbol y árbol; por encima de ellas flotaban las nubes en los cielos serenos, arrastrándose tan lentamente sobre los pies del firmamento que apenas semejaban moverse; a la derecha de su camino podían ver de vez en cuando el espectáculo de un mar inmóvil y sin oleaje, en el que alguna que otra barca aparecía en su superficie; la puesta de sol estallaba sobre aquellos profundos, delicados e incontables matices de luminosidad que ofrece con frecuencia aquel delicioso mar.

—¡Qué hermoso! —dijo Glauco, con un murmullo apagado—. Esto explica por qué atribuimos a la tierra el papel de madre… ¡Con qué

generoso y ponderado amor distribuye sus bendiciones entre sus criaturas…, incluso en aquellos lugares a los que la Naturaleza ha olvidado sonreír, como los arbustos y los viñedos que ha hecho crecer sobre el suelo calcinado de un volcán extinto! ¡Ah, en una hora y en un lugar como este, bien podemos pensar que el divertido rostro de Fauno[264] puede aparecer entre estas verdes guirnaldas; o que descubramos la huella de la ninfa de las montañas entre los más espesos laberintos de estos contornos! Pero las ninfas desaparecieron, bella Iona, cuando tú naciste…

No existe voz alguna que pueda halagar tanto como la de un enamorado; y a pesar de ello, a Glauco, en la exaltación de sus sentimientos, se le antojaba insuficiente y vulgar aquel intento de agradar a Iona. ¡Extraña y pródiga exuberancia oratoria que pronto se ahoga en sí misma por exceso de caudal!

Llegaron a las ruinas; las examinaron con el mismo interés con que nosotros veneramos los vestigios de las casas que ocuparon nuestros antepasados, y permanecieron entre ellas hasta que Héspero[265] apareció en el sonrosado firmamento; y cuando volvieron hacia sus casas, a la pálida luz del atardecer, se mostraron mucho más silenciosos que antes: en la sombra y bajo la estrellas sentían con mayor opresión que nunca la fuerza de su propio amor.

Fue en aquellos momentos cuando la tormenta que había predicho el egipcio comenzó a formarse sobre ellos de forma concreta y visible. Al principio, unos truenos, amortiguados y distantes, fueron los encargados de anunciar el cercano conflicto de los elementos; poco después se hallaba ya encima de ellos una masa de nubarrones oscuros y revueltos. La rapidez con que se forman tormentas en aquellos climas es extraordinaria y quizá debido a esta circunstancia la superstición atribuye a este tipo de fenómenos un origen divino. Unos pocos y gruesos goterones comenzaron a caer pesadamente sobre el ramaje y las hojas que colgaban sobre el camino, y después hicieron acto de presencia los rápidos, zigzagueantes y cegadores relámpagos, que brillaron ante los ojos de los enamorados en la luminosidad cada vez más oscura de la tarde.

—¡Más aprisa, *Carrucarius*[266]! —gritó Glauco al cochero—. La tempestad avanza con presteza.

El esclavo estimuló a las mulas, que marchaban con la máxima rapidez sobre la superficie desigual y pedregosa del camino, mientras las nubes se espesaban más y más, los rayos caían cada vez más cercanos y la batiente y torrencial lluvia se estrellaba contra el mundo.

—¿Tienes miedo? —murmuró Glauco, como si buscase una excusa para aproximarse más a Iona.

—Si tú estás conmigo, no —contestó ella, con dulzura.

En aquel preciso instante, el vehículo, frágil y mal concebido (como era norma general en aquel entonces —a pesar de su belleza de líneas—, en todos los artilugios inventados para prestar cualquier tipo de servicio útil), entró con violencia en una de las profundas roderas del camino, sobre la que había caído el tronco de un árbol; el cochero, lanzando una maldición, exigió de las mulas aún más velocidad para salvar el obstáculo, y la rueda saltó de su eje y el carruaje volcó.

Glauco logró salir del carretón y corrió a prestar ayuda a Iona, quien por fortuna resultó también ilesa; con gran dificultad lograron levantarla *carruca* (o carricoche) y se dieron cuenta de que ya no servía ni para protegerlos de la lluvia; los muelles que sujetaban el toldo se habían soltado y el aguacero penetraba, con rapidez y fuerza, en el interior del vehículo.

Ante semejante dilema, ¿qué se podía hacer? Estaban aún a bastante distancia de la ciudad, y en las cercanías no era posible encontrar casa ni ayuda alguna.

—Hay un herrero que vive a unos tres kilómetros de aquí —dijo el esclavo—. Puedo ir a buscarle para que, al menos, acople la rueda a la carreta… Por Júpiter, qué modo de caer la lluvia. Mi ama estará completamente empapada cuando yo vuelva.

—Ve lo más aprisa que puedas —dijo Glauco—. Nosotros buscaremos algún lugar donde refugiarnos hasta que regreses.

El camino estaba cubierto por las ramas de los árboles y Glauco eligió el de más amplia copa para proteger a Iona. Intentó despojarse de su capa para impedir que la lluvia la empapase, pero el agua caía con tal fuerza y rapidez que resultaba inútil oponerle diminutos obstáculos. De pronto, mientras Glauco aún intentaba infundir valor a su bella prometida, un rayo cayó sobre uno de los grandes árboles que se elevaban frente a ellos y con

gran estrépito partió su pesado tronco en dos pedazos. Este horrible incidente les hizo conscientes del peligro que estaban corriendo en aquel lugar, y Glauco miró con ansiedad a su alrededor, en busca de algún otro lugar más seguro donde refugiarse.

—Ahora estamos —dijo— a mitad de camino de la ascensión al Vesubio; tiene que existir alguna caverna o algún hueco junto a los viñedos que nacen entre las rocas y tenemos que encontrarlo, en la esperanza de que las ninfas lo hayan abandonado.

Mientras hablaba se apartó de los árboles y, mirando con detenimiento hacia la ladera de la montaña, observó entre las sombras, cada vez más extendidas, una luz trémula y roja, a una distancia no muy alejada.

—Debe de tratarse de la vivienda de algún pastor o de un podador de vides. El resplandor de ese fuego nos llevará a un refugio hospitalario. ¿Quieres quedarte aquí, mientras yo…? No, eso equivaldría a dejarte en peligro.

—Iré encantada contigo —dijo Iona—. Aunque el lugar parece muy abierto, siempre será más seguro que estas ramas.

Medio guiando, medio arrastrando a Iona, Glauco, acompañado por la temblorosa esclava, avanzó hacia aquel resplandor, que aún se ofrecía firme y enrojecido. Más adelante encontraron obstáculos en su camino. Las vides silvestres dificultaban sus pasos e incluso ocultaban de su vista, la mayor parte del tiempo, el resplandor que los guiaba. La lluvia seguía cayendo aún con mayor fuerza y fiereza y los rayos se ofrecían con frecuencia espectacular y peligrosa; sin embargo, no cejaron en su empeño de avanzar hacia adelante, en la esperanza de que ninguna de las exhalaciones los alcanzara, hasta llegar a alguna casa o cueva protectora. Las vides se hacían cada vez más espesas e intrincadas y la luminosidad rojiza desapareció definitivamente de su vista; pero una estrecha senda por la que caminaban trabajosa y arduamente, bajo el resplandor casi constante del aparato eléctrico dela tormenta, los conducía en aquella dirección. De repente cesó la lluvia. Y los abismales precipicios de lava calcinada aparecieron ante sus ojos, a la luz terrible de los relámpagos que iluminaban aquella tierra oscura y peligrosa. A veces, el destello de un relámpago se detenía unos segundos sobre los montones de escorias grisáceas, cubiertas en parte de musgos

secos y árboles desmedrados, y parecía buscar algún pedazo de tierra más generoso y más meritorio sobre el cual descargar sus iras. Otras veces, dejando el resto del mundo en la más absoluta oscuridad, los rayos, agitados e inquietos, se colgaban extrañamente sobre la superficie del mar, que se agitaba al pie de la montaña, encendiendo sus olas con fulgores de fuego; y tan intensas eran aquellas claridades, que permitían la vista de las más lejanas escarpaduras y entrantes de la bahía, desde el eterno Miseno con sus elevados cantiles hasta el bello Sorrento y los gigantescos montes que tras él se elevaban.

Nuestros enamorados se detuvieron perplejos e indecisos, cuando, de pronto, inmersos de nuevo en la oscuridad que lo cubría todo al cesar el claror de los relámpagos, vieron muy cerca de ellos, aunque algo más encaramada en la ladera, la misteriosa luz que iban persiguiendo. Un nuevo rayo que enrojeció cielos y tierra les permitió contemplar todo lo que los rodeaba; no se veía casa alguna en las cercanías, pero en el lugar en que habían visto la luz que perseguían les pareció distinguir la oquedad de una caverna, y justo en el centro de la misma, la silueta de una figura humana. La oscuridad invadió de nuevo al mundo; y aquel resplandor rojizo no volvió a palidecer bajo las exhalaciones celestes. Así que decidieron ascender hacia la cueva. Tuvieron que caminar entre grandes fragmentos de piedra, cubiertos en ocasiones por arbustos que dificultaban el paso; pero poco a poco iban aproximándose a la oquedad en la que aquella luz perduraba, hasta encontrarse al fin ante la boca de una especie de caverna, aparentemente formada por pesados fragmentos de roca, caídos transversalmente unos encima de otros. Y, al contemplar su hosco aspecto, cada uno de ellos retrocedió unos pasos, dejándose llevar de un temor supersticioso e invencible.

En un lugar apartado de la entrada de la cueva, ardía un fuego; sobre él se posaba un pequeño caldero; de una alta y delgada viga de hierro colgaba un tosco candil; y, en la parte del muro cerca de donde ardía el fuego, había varios manojos de hierbas y maleza, en una larga hilera, puestos a secar. Un zorro, que yacía cerca del fuego, dirigió hacia los recién llegados sus ojos encendidos y brillantes, mientras su piel se erizaba y emitía entre dientes un sordo y amenazador gruñido; en el centro de la cavidad se distinguía una

estatua de barro con tres cabezas de fantástico y extraño modelado; estaban formadas por los cráneos reales de un perro, un caballo y un jabalí; un pequeño trípode aparecía colocado ante esta elemental representación de la popular Hécate[267].

Pero no fueron todos estos accesorios y utensilios de la caverna lo que heló la sangre de los que miraron con temor hacia su interior, sino el rostro de la persona que la habitaba. Junto al fuego, cuyo resplandor iluminaba sus facciones, se sentaba una mujer de considerable edad. Quizá en ningún otro país del mundo pueden verse tantas viejas como en Italia; en ningún otro país, la belleza se transforma espantosamente en algo tan sorprendente como repugnante. La vieja que ahora aparecía ante ellos no pertenecía a la categoría de la máxima fealdad humana; por el contrario, su rostro ofrecía aún rasgos de facciones duras y de severidad aquilina; sus ojos pétreos se volvieron hacia ellos con una mirada que los dejó fascinados, puesto que aquella extraña figura era la imagen pura y simple de un cadáver: los ojos gélidos y sin brillo, los labios azules y hundidos, la mandíbula entreabierta y hueca, propia de los muertos, el cabello lacio, gris pálido, la piel verdosa y horriblemente lívida, que semejaba sin duda alguna estar impregnada de la decadencia de la tumba.

—Es un ser muerto —dijo Glauco.

—No, se mueve, debe de tratarse de un fantasma o *larva*[268] —aventuró Iona, mientras se aferraba al pecho del ateniense.

—¡Oh, vámonos, huyamos! —gritó la esclava—. ¡Es la bruja del Vesubio!

—¿Quiénes sois? ¿Qué hacéis aquí? —dijo una voz hueca y fantasmagórica.

Aquel sonido terrible y mortuorio se adaptaba perfectamente al aspecto de quien lo emitió; más que la de un mortal, parecía la voz de un ser incorpóreo y vagabundo en la Estigia, y habría inducido a Iona a volver al fragor sin piedad de la tormenta, si Glauco, no sin abrigar cierta temerosa desconfianza, no la hubiera obligado a penetrar aún más en la caverna.

—Venimos de una ciudad cercana y nos hemos perdido en mitad de la tormenta —dijo Glauco—. Y hemos venido aquí guiados por el resplandor de tu fuego; necesitamos refugio y el calor de tu hogar.

Mientras hablaba, el zorro se levantó del suelo y avanzó hacia los desconocidos, mostrando la totalidad de sus blancos dientes y repitiendo con más fuerza su amenazador gruñido.

—¡Quieto, esclavo! —gritó la vieja.

Y, al oír su voz, el animal volvió a sentarse y se cubrió la cara con su cola, dejando sólo al descubierto sus ojos vigilantes, que no se apartaban de los que habían turbado su reposo.

—Acercaos al fuego, si lo deseáis —dijo la vieja, volviéndose hacia Glauco y su compañera—. Nunca acostumbro a dar albergue a ningún ser vivo, excepto al búho, el zorro, el sapo y la víbora. Así que no puedo deciros que sois bienvenidos. Pero acercaos al fuego, sin bienvenida alguna. No hay necesidad de practicar las buenas maneras.

El lenguaje en el que se expresaba aquella vieja consistía en un bárbaro y decadente latín, mezclado con varias palabras de algún dialecto aún más arcaico y rudo. No se movió de su asiento, pero los miró con sus pétreos ojos con interés, en especial cuando Glauco despojó a Iona de sus prendas exteriores de abrigo y la hizo sentarse sobre un leño que era el único posible asiento que había a la vista. Luego avivó con su aliento las brasas brillantes del fuego. La esclava, animada por el valor de sus superiores, se despojó también de su larga *palla*[269] y con aire temeroso se colocó al otro lado del hogar.

—Temo que te causemos alguna molestia —dijo Iona, con su conciliadora y dulce voz.

La bruja no contestó. Era como si se hubiese levantado un instante de entre los muertos y hubiera vuelto de nuevo al sueño eterno.

—Decidme —preguntó, después de una larga pausa—. ¿Sois acaso hermano y hermana?

—No —contestó Iona, enrojeciendo.

—¿Estáis casados?

—Todavía, no —replicó Glauco.

—¡Oh, enamorados…! ¡Ja, ja, ja…!

Y la bruja rió con tal fuerza que sus carcajadas resonaron en los más profundos ámbitos de la caverna.

El corazón de Iona se sobresaltó al oír aquella extraña manifestación de alegría. Glauco masculló con rapidez unas palabras para contrarrestar el embrujo, y la esclava se puso más pálida que la propia piel de la agorera.

—¿De qué te ríes, vieja loca? —preguntó Glauco, tan pronto como concluyó su invocación.

—¿Me he reído? —exclamó la bruja, con aire ausente.

—Está chocheando —murmuró Glauco.

Y, al decir estas palabras, observó que la bruja fijaba en él sus ojos con una mirada malévola e hiriente.

—¡Mientes! —exclamó de pronto.

—Careces en absoluto de hospitalidad —se lamentó Glauco.

—Calla, querido Glauco, no la provoques —susurró Iona.

—Voy a decirte por qué me he reído cuando me he enterado de que sois una pareja de enamorados —dijo la vieja—. Lo he hecho porque es un placer para los viejos y macilentos darse cuenta de que aúne xisten corazones jóvenes como los vuestros… Y también porque me consta que llegará el día en que os odiaréis uno a otro…, os odiaréis…, os odiaréis… ¡Ja…, ja…, ja…!

Ahora fue Iona quien recitó una oración para dejar sin efecto aquel mal augurio.

—¡Los dioses no lo permitirán! —dijo—. Tú, pobre mujer, sabes muy poco del amor: el amor nunca cambia.

—¿Acaso crees que nunca he sido joven? —contestó la vieja con rapidez—. ¿Acaso no soy ahora vieja, repugnante y me encuentro cerca de la muerte? Pues así cambian los sentimientos del corazón.

Y con estas palabras se hundió de nuevo en una inmovilidad profunda y absoluta, como si la vida la hubiese abandonado.

—¿Vives aquí desde hace mucho tiempo? —preguntó Glauco, tras una pausa e incomodado por un silencio tan prolongado.

—Oh, sí…, mucho tiempo.

—Pues no es un habitáculo agradable.

—Ah, yo incluso diría que el infierno está bajo el suelo que pisamos —replicó la vieja, dirigiendo su huesudo dedo hacia la tierra—. Y te diré un secreto: los oscuros y malignos seres que están ahí abajo se preparan para

hacer objeto de sus iras a los que estáis arriba, en especial a los jóvenes, a los confiados y a los que sois bellos.

—Son las tuyas unas palabras espantosas no conciliables con la hospitalidad —dijo Glauco—. En el futuro, desafiaré las tormentas antes que tener que enfrentarme contigo.

—Y harás muy bien. Nadie tiene por qué buscarme, excepto los desgraciados.

—¿Y por qué los desgraciados? —preguntó el ateniense.

—Yo soy la bruja de la montaña —replicó la hechicera con una espantosa sonrisa—, y mi principal ocupación es la de dar la esperanza a los desesperados; para los que padecen mal de amores, yo tengo filtros; para los avariciosos, promesas de tesoros; para los malvados, pociones que facilitan la venganza; para los felices y los buenos, sólo tengo lo que la vida puede proporcionar: maldiciones. No me molestes más.

Después, la inquilina de la caverna volvió a caer en otro silencio obstinado y hosco, a pesar de que Glauco intentó, sin éxito, forzarla a que siguiese hablando. Por la indiferencia total que mostraban sus facciones, cerradas a cualquier clase de recepción exterior, la vieja demostraba que ni siquiera se molestaba en oírle. Por fortuna, la tormenta, que había sido tan breve como violenta, comenzó a amainar; la lluvia caía ya con menos intensidad; por fin las nubes se disiparon, y la luna tiñó el firmamento con una tonalidad púrpura que iluminó con intensidad el interior de la desolada vivienda. Quizá nunca había brillado la luna sobre un grupo que con mayores méritos mereciese la atención de un artista. La joven y bella Iona, sentada junto al rústico fuego, parecía haber olvidado la presencia de la vieja, al igual que su enamorado, y escuchaba las dulces palabras que éste le dirigía, sentado a sus pies y alzando la cabeza hacia ella; la pálida y asustada esclava se mantenía algo distanciada del grupo, y la horrible vieja reposaba su mirada muerta alternativamente, en cada uno de ellos. Al parecer aquellas tres hermosas personas semejaban estar serenas y sin especial cuidado (la presencia del amor obra esos milagros) y se comportaban en la oscura e indigna caverna como seres de otro mundo, trasladados a un ambiente de reprobable extravagancia. El zorro los miraba desde su rincón con ojos agudos y fieros; y, al volverse Glauco hacia la

vieja, distinguió por primera vez, debajo de su asiento, la mirada viva y la cabeza encrestada de una gran serpiente. Y quizá porque el brillante colorido de la capa del ateniense, que ahora cubría los hombros de Iona, atrajo la atención del reptil, lo cierto es que su cresta comenzó a adquirir forma y relucir, como si se dispusiese a lanzarse sobre la napolitana. Glauco tomó con rapidez uno de los maderos a medio quemar del fuego y la serpiente, sintiéndose provocada por semejante acción, salió de su refugio con un prolongado silbido y se incorporó sobre su cola, hasta alcanzar una altura que se aproximaba a la del ateniense.

—¡Bruja! —gritó—. Ordena a tu criatura que se esté quieta o la verás muerta.

—Le he quitado las glándulas del veneno —dijo la bruja, vuelta en sí, al oír la amenaza.

Pero, antes de que acabase de pronunciar sus palabras, la serpiente saltó sobre Glauco; con rapidez y destreza, el ágil griego se echó aun lado y golpeó con tal fuerza y habilidad la cabeza del reptil que ésta cayó retorciéndose sobre las cenizas del fuego.

La vieja se levantó y se quedó mirando con insistencia a Glauco, con una cara que nada tenía que envidiar a la más irritada de las Furias: hasta tal punto llegaba su expresión de resentimiento y de ira —y sin embargo, a pesar de su ferocidad, manteniendo una cierta e innegable belleza en sus facciones—, completamente ajena al vulgar y grotesco concepto que tiene la imaginación nórdica acerca de las fuentes del terror.

—Tú —dijo con voz firme y lenta, que asemejaba desmentir la expresión de su rostro, pues hasta tal punto sonaba falta de apasiona-miento y llena de contenida calma—, tú que te has refugiado bajo mi techo y te has calentado en mi hogar; tú, que me has devuelto mal por bien; tú que has golpeado e intentado asesinar la cosa que más quiero y que me pertenece; más aún, una criatura superior a todas las demás, consagrada a los dioses y considerada como digna de veneración por los hombres[270], atiende ahora a tu castigo. Por la luna que es la guardiana de la magia, por Orcus que es la fuente primigenia de la ira…, yo te maldigo y quedas maldito; que tu amor se destruya, que tu nombre constituya un baldón, que las fuerzas infernales te marquen y agosten tu corazón y lo calcinen y que en tu última hora

recuerdes la voz profética de la Saga[271] del Vesubio. Y tú —añadió, dirigiéndose a Iona, con su brazo derecho alzado…

Pero Glauco la interrumpió impetuosamente:

—¡Cállate, vejestorio! Tú me maldices y yo apelo a los dioses. Te desafío y te desprecio. Pero pronuncia una palabra contra esta joven y convertiré la maldición de tus repugnantes labios en un estertor de muerte. ¡Ve con cuidado…!

—Mis palabras ya han sido pronunciadas —exclamó la vieja, riendo con frenesí—. En tu destino quedan incluidos los que te aman y, en consecuencia, participan de mi maldición. Y ahora que he oído tu nombre en sus labios, ya sé con qué palabras encomendarte a los diablos. *Glauco,* sé maldito…

La bruja volvió la espalda al ateniense y, arrodillándose junto al cuerpo herido de su animal preferido, lo sacó del hogar y no volvió a dirigirles la mirada.

—¡Oh Glauco! —exclamó Iona horrorizada—. ¿Qué hemos hecho? Vámonos inmediatamente de este lugar. La tormenta ha pasado. Buena mujer, perdónale, sólo pretendía defenderse…, recuerda sus palabras, acepta esta oferta de paz e invalida la maldición que acabas de pronunciar.

Y, agachándose, Iona dejó sus bolsas sobre el regazo de la anciana.

—¡Fuera! —gritó ésta, con amargura—. Fuera… Lo que el destino teje no se puede destejer. ¡Largo de aquí…!

—Vamos, querida —dijo Glauco, con impaciencia—. ¿Crees que los dioses, ya estén en los cielos o en los infiernos, van a entretenerse en escuchar los importantes desatinos de una loca? Vamos.

Con gran estruendo y durante largo rato sonaron en la caverna los ecos de las horribles carcajadas de la Saga, que no se dignó contestar. Los enamorados respiraron con mayor tranquilidad al encontrarse al aire libre; sin embargo, la escena que habían presenciado, las palabras y las risotadas de la bruja quedaron grabadas en el recuerdo de Iona; e incluso Glauco no fue capaz de desembarazarse de la impresión que le habían causado. La tormenta había concluido; de cuando en cuando se oía el resonar de algún trueno lejano, entre las nubes oscuras o el resplandor de un relámpago rivalizaba momentáneamente con la luminosidad de la luna soberana. No

sin cierta dificultad llegaron al camino, donde encontraron su vehículo en condiciones suficientes para emprender el regreso y al *carricarius* que interpelaba en voz alta a Hércules, preguntándose por el paradero de sus pasajeros desaparecidos.

Glauco intentó en vano animar el espíritu agobiado de Iona; y casi con la misma ineficacia trató de recuperar el talante habitual de su desenfadada alegría. Pronto llegaron a la puerta de la ciudad. Y cuando la abrieron, una litera llevada por varios esclavos les impidió el paso.

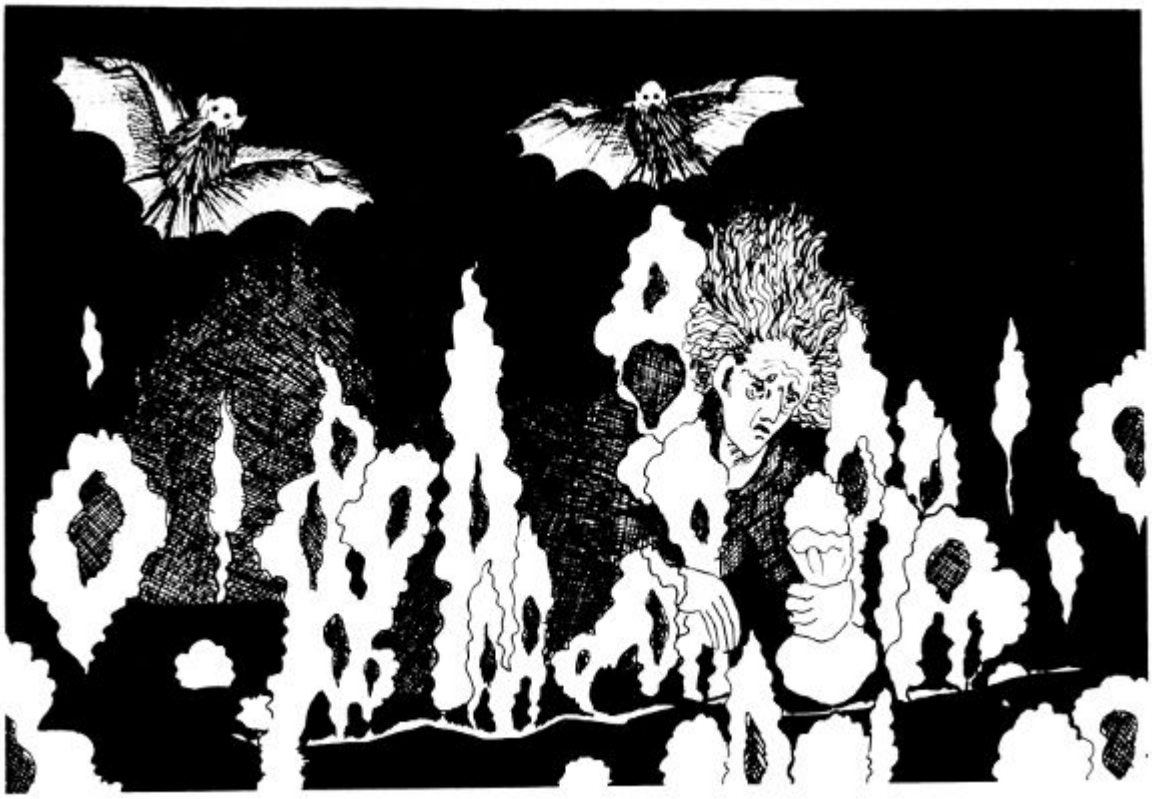
—Es demasiado tarde para salir —gritó un centinela al ocupante de la litera.

—Yo no lo creo así —contestó una voz que los enamorados oyeron con sorpresa, puesto que les resultó familiar—. Voy a la villa de Marco Polibio. Regresaré en seguida. Soy Arbaces, el egipcio.

Los escrúpulos del que estaba en la puerta desaparecieron y la litera pasó junto a la carreta que conducía a nuestros enamorados.

—¡Arbaces, a estas horas…! E imagino que apenas recuperado… ¿Por qué dejará la ciudad? ¿Qué le habrá inducido a hacerlo? —preguntó Glauco.

—¡Ay! —gimió Iona, estallando en llanto—. Mi alma cada vez presiente con mayor intensidad la llegada de toda clase de males. ¡Que los dioses nos protejan!… ¡O al menos —añadió para sí—, que protejan a mi Glauco!



Capítulo X

El señor del cinturón flamígero y su favorita. — El Destino escribe su profecía con letras rojas, pero ¿quién las leerá?

Arbaces había esperado que la tormenta cesase antes de salir, protegido por la noche, en busca de la Saga del Vesubio. Llevado por sus más leales esclavos, en los que acostumbraba a confiar sus secretas expediciones, permanecía ahora extendido en su litera, dedicado a dar satisfacción a su corazón sanguinario con la perspectiva de una venganza satisfecha y de un amor plenamente poseído. En aquel corto trayecto, los esclavos avanzaban a un paso algo más lento que el habitual de las mulas y Arbaces pronto llegó a un estrecho camino que los enamorados no habían sido capaces de encontrar y que, eludiendo los espesos viñedos, conducía con rapidez al

habitáculo de la bruja. Allí mandó detener la litera y ordenó a los esclavos que se escondiesen con ella entre las viñas para que no fuesen observados por ningún viajero. Subió solo hacia la caverna, con paso aún vacilante y débil, y con la ayuda de un largo cayado logró salvar aquel ascenso pronunciado y un tanto lúgubre.

Ya no caía ni una gota de lluvia de los cielos serenos; pero la humedad había empapado los cargados sarmientos de las viñas silvestres, y de cuando en cuando se formaban pequeños charcos en las hendiduras y desniveles del camino rocoso.

—«Extrañas pasiones son éstas —pensaba Arbaces—, que me han conducido casi desde el lecho mortuorio, tras haber gozado de una salud que me ha permitido siempre acariciar las rosas del disfrute y el lujo, a caminar por nocturnos parajes como éste. Pero la pasión y la venganza pueden convertir el Tártaro[272] en un Elíseo, cuando se ve próximo el momento de satisfacerlas.»

La luna brillaba alta, clara, melancólica, sobre el camino en el cual aquel oscuro viajero ascendía a la caverna, reflejándose en cada uno de los charcos que encontraba a su paso y acariciando las dormidas sombras que surgían en la ladera de la montaña. Vio ante sí mismo la luz que había guiado a sus presuntas víctimas, aunque ahora el resplandor aparecía más amortiguado, puesto que no contrastaba ya con un firmamento ennegrecido.

Se detuvo unos momentos, ya muy cerca de la entrada de la cueva, para recuperar el aliento; y después, con su severa y mayéstica expresión habitual, cruzó la entrada de la caverna.

Al distinguir al recién llegado, el zorro emitió un gruñido y anunció a su dueña la llegada de un nuevo visitante.

La bruja se había sentado otra vez en su asiento y permanecía en un estado de grave meditación y de torvo reposo. A sus pies, sobre un lecho de malas hierbas secas que casi la cubrían, yacía la serpiente herida; el ojo avispado del egipcio captó con rapidez las escamas brillantes, en las que se reflejaba el fuego que ardía a su lado, mientras se contraía y se estiraba o se plegaba sobre sí misma con dolor y rabia no disimulados.

—Calla, esclavo —dijo la vieja, como antes había dicho al zorro.

Y también, como antes, el animal volvió a sentarse en el suelo, mudo, pero vigilante.

—Levántate, servidora de Nox y de Erebo[273] —dijo Arbaces, imperativamente—. Un superior en tus artes te saluda. ¡Levántate y dale la bienvenida…!

Al oír estas palabras, la vieja dirigió su mirada hacia la imponente figura de Arbaces y sus siniestras facciones. Le observó durante un rato, mientras él permanecía erguido ante ella, vestido con su indumentaria oriental, los brazos cruzados y su expresión altiva e imperiosa.

—¿Quién eres tú —dijo, al fin, la mujer—, que te consideras superior a la Saga de los campos quemados y a una hija superviviente dela desaparecida raza de los etruscos?[274]

—Yo soy —contestó Arbaces— el hombre ante el cual todos los cultivadores de la magia, del norte al sur, del este al oeste, del Ganges al Nilo y de los valles de Tesalia a las riberas del Tiber, se han inclinado para aprender de su sabiduría.

—Sólo existe un hombre que reúna semejante condición por estas tierras —replicó la vieja—, y es aquel a quien los seres del mundo exterior, desconocedores de sus altísimos atributos y de su alta fama secreta, llaman Arbaces, el egipcio. Para nosotros, los que gozamos delos altos dones de la Naturaleza y de una profunda sabiduría, su verdadero nombre es el de Hermes o señor del cinturón flamígero.

—Mírame… Ése soy yo.

Mientras hablaba, se abrió la vestimenta y dejó al descubierto un cíngulo de fuego que semejaba arder alrededor de su cintura, en cuyo centro aparecía un broche en el que se veía grabado un signo aparentemente vago e ininteligible, pero que en modo alguno era desconocido para la Saga, quien se levantó con rapidez y se lanzó a los pies de Arbaces.

—Acabo de ver —exclamó, en tono de profunda humildad— al señor del poderoso cinto. Recibe mi homenaje.

—Levántate —ordenó el egipcio—. Te necesito.

Así hablando, se sentó en el mismo tronco de árbol en el que Iona lo había hecho y mandó a la bruja que volviese a ocupar su asiento.

—Tú sabes —dijo, después de que ella hubiese obedecido su orden— que eres hija de las viejas tribus de Etruria[275]; las poderosas murallas de roca que rodeaban vuestras ciudades aún claman venganza contra esa raza de ladrones que se apoderaron de su antiguo reino. Parte de vuestras tribus procedían de Grecia, y otras llegaron allí en el exilio, desde lugares cálidos y aún más antiguos. En cualquier caso, tú desciendes del linaje egipcio, puesto que los griegos, dominadores de los antiguos holotes[276], figuraban entre los más inquietos hijos del Nilo, condenados al destierro. Por lo tanto, oh Saga, tú desciendes de antepasados que prestaron juramento de fidelidad a los míos. Tanto por tu cuna como por tus conocimientos, estás estrechamente ligada a Arbaces. ¡Escúchame, pues, y obedece!

La bruja asintió con la cabeza.

—Cualquiera que sea la habilidad que tengamos en cuestión de brujería —continuó Arbaces—, con frecuencia, acudimos a medios naturales para lograr nuestros fines. Las adivinaciones que resultan del análisis de los anillos, del cristal, de las cenizas, y de las hierbas[277], no son infalibles[278]; tampoco lo son los más altos misterios que proporciona la observación de la luna ni siquiera a aquellos que poseemos el cinto flamígero. De vez en cuando, todos tenemos la necesidad de emplear medios humanos para conseguir un fin humano. Escúchame, pues: tú eres, según he oído decir, ducha en los secretos relativos a las hierbas de veneno mortal; tú conoces las que detienen la vida y las que hielan en las venas la sangre de los jóvenes, de modo tal que se convierten en un pedazo de hielo que ningún sol es capaz de disolver. ¿Exagero tus habilidades? Habla, dime la verdad.

—¡Venerado Hermes, esa es, precisamente, mi especialidad! Dígnate observar a estas fantasmales y casi cadavéricas criaturas; han perdido su aspecto de seres vivos por el mero hecho de observar y olerlas fétidas hierbas que cuezo día y noche en mi caldero.

El egipcio se meneó en su asiento para alejarse un poco de la compañía maldita e insana de la bruja.

—Eso está muy bien —dijo—. Ya veo que has profundizado en la máxima fundamental, origen de toda sabiduría: «Desprecia el cuerpo y cultiva la mente.» Pero vayamos a lo que nos interesa. Mañana, bajo el resplandor de las estrellas, vendrá a verte una doncella vanidosa, para

solicitarte un bebedizo amoroso para que un hombre aparte sus ojos de otra y le recite a ella sus tiernas y apasionadas historias; en lugar de darle un filtro, entrega a esa joven uno de tus más poderosos venenos. Dejemos que el amante haga sus promesas de amor alas sombras.

La vieja tembló de pies a cabeza.

—¡Oh, perdón, perdón, admirado maestro! —contestó, falta de aliento —. No me atrevo a hacer tal cosa. La ley en nuestras ciudades es escrupulosa y severa. Me cogerían y me matarían.

—Entonces, ¿para qué fabricas tus caldos de hierbas y tus pociones, Saga respetuosa? —preguntó Arbaces, despectivamente.

La vieja cubrió su horrible rostro con las manos.

—Oh, hace años —afirmó con voz quejumbrosa y suave, distinta de la suya habitual— yo no era la que soy ahora. Estaba enamorada y creía ser correspondida.

—¿Y qué relación existe entre tu amor, bruja, y mis órdenes? —preguntó Arbaces, con impetuosidad.

—Ten paciencia —replicó la vieja—. Ten paciencia, te lo suplico. Yo estaba enamorada, y otra menos bella que yo…, ¡sí, por Némesis[279]!, menos bella, sedujo a mi elegido. Yo pertenecía a una de aquellas tenebrosas tribus etruscas, la mayoría de las cuales conocían los secretos de la magia negra. Mi propia madre era Saga: desde su infancia fue una mujer resentida. Y yo recibí de sus manos la poción que debía devolver a mi amante a mis brazos; y también me dio otro bebedizo para destruir a mi rival. ¡Oh, caed sobre mí, horribles paredes…! Mis manos temblorosas confundieron los frascos, y mi enamorado cayó amis pies…, ¡pero, muerto…, muerto! Desde entonces, ¿qué podía significar la vida para mí? Me volví vieja de repente y me dediqué a las brujerías propias de mi raza; y un impulso irresistible me impulsaba a maldecirme a mí misma y a imponerme la espantosa penitencia de seguir buscando las más venenosas hierbas existentes; sigo destilando venenos con la esperanza de poder administrárselos algún día a mi rival; aún los envaso en frascos; aún pienso que llegará el momento en que pueda reducir su belleza a cenizas; aún me despierto para ver el cuerpo tembloroso, los labios espumeantes y la mirada ausente de mi Aulo…, ¡asesinado por mí!

El armazón del esqueleto de la bruja, se estremeció con fuertes convulsiones. Arbaces la observaba con curiosidad y con desprecio.

«Y esa cosa repugnante alberga aún emociones humanas —pensó—, aún se retuerce en la ceniza del mismo fuego que consume a Arbaces. ¡Así somos todos…! La mística de las pasiones mortales es el único nexo que une a los más grandes con los más pequeños y despreciables.»

Se abstuvo de contestar, hasta que la vieja se recuperó un poco y comenzó a mecerse en su asiento, con sus vidriosos ojos fijos en las llamas de fuego, mientras grandes lágrimas resbalaban por sus lívidas mejillas.

—La verdad es que la tuya constituye una lamentable historia —dijo Arbaces, al fin—. Pero experimentar este tipo de emociones sólo resulta adecuado en la juventud. La edad debiera endurecer nuestros corazones hacia todas las cosas, excepto nosotros mismos; del mismo modo que cada año añade una valva a una concha de moluscos, así cada año debiera amurallarnos el corazón. No pienses más en esos dislates… Y ahora, escúchame de nuevo. Por la venganza que era para ti tan anhelada, te ordeno que me obedezcas. También la venganza me ha traído hasta ti. Este joven al que quiero barrer de mi camino me sigue causando molestias, a pesar de mis hechizos contra él. Esa cosa envuelta en púrpuras y encajes, en sonrisas y miradas, sin espíritu y sin mente, sin más encanto que el de su belleza…, ¡maldito sea…! Ese insecto, ese Glauco, ¡te lo juro por Orco y Némesis!, tiene que morir.

Y, dejándose llevar por el ardor de sus palabras, el egipcio, ajeno a su debilidad corporal, a la extraña compañera que le observaba, ya todo lo que no fuese sus ansias de venganza, caminó con largos y rápidos pasos por la siniestra caverna.

—¡Glauco!… ¿Has dicho Glauco, poderoso maestro? —preguntó la vieja, súbitamente.

Y sus ojos negros brillaron con todo el feroz resentimiento que el recuerdo de pequeñas afrentas despierta en la mente de los solitarios y de los marginados.

—Sí, ése es su nombre. Pero ¿qué importa cómo se pueda llamar? Lo único que espero es que dentro de tres días nadie pueda referirse a él como a un hombre vivo.

—Escúchame —dijo la bruja, rompiendo el breve sopor en el que se había sumergido después de oír la postrera frase el egipcio—. Escúchame. Soy tu esclava y estoy a tu disposición, pero no me condenes. Si doy a la joven de la que hablas lo que puede destruir la vida de Glauco, seré descubierta con toda seguridad y me matarán. Un muerto siempre tiene quien le vengue. No, terrible señor… Si alguien ha seguido tus pasos hasta aquí, si tu odio hacia Glauco se hace público, tendrás que valerte de toda la gama de tu magia para protegerte.

—¡Ah! —exclamó Arbaces, deteniéndose de súbito.

Y en prueba de la ceguera con que las pasiones oscurecen los ojos más incisivos, se le ocurrió pensar por vez primera en los riesgos que corría con aquel sistema de llevar a cabo su venganza, y se extrañó de que su mente precavida y audaz no se hubiese percatado de ello con anterioridad.

—Pero —continuó la bruja—, si en lugar de la pócima que detiene el corazón, le proporciono la que agosta y reseca el cerebro e inutiliza a quien la bebe para la convivencia normal y los trabajos de esta vida; la que convierte a un hombre en un ser abyecto, enloquecido y desquiciado; la que transforma el sentido común en delirio y la juventud en chochera, ¿no lograrías satisfacer tu venganza, no alcanzarías igualmente tu objetivo?

—¡Oh, bruja…, ya no me dirijo a ti como servidora, sino como hermana, como colega de Arbaces! ¡Cuánto más brillante es el ingenio de la mujer, incluso en materias de venganza, que el de los hombres…! Ese proyecto tuyo es aún más exquisito que la muerte.

—Y no entraña peligro alguno —siguió la vieja, complaciéndose en su idea—. Hay diez mil formas de hacer enloquecer a una persona, que nadie es capaz de descubrir. Pueden creer que mientras paseaba entre los viñedos vio a una ninfa[280]…, que el vino fue el responsable de ello…, ¡ja, ja!, o, si lo prefieren, pueden investigar en las infinitas razones que inducen a los dioses a hacernos perder la razón. Y aún suponiendo que se descubriese lo peor, es decir, que todo fuese debido a haber tomado un filtro de amor… Bien, todo el mundo sabe que la locura suele ser un efecto que puede derivarse de un bebedizo, lo cual rondaría en beneficio de la bella que se lo administrara, que sería tratada con indulgencia y hasta con comprensión. Dime, poderoso Hermes, ¿no te he servido con eficacia y astucia?

—Vivirás veinte años más, a partir de hoy —contestó Arbaces—. Voy a escribir una nueva época de tu destino en la faz de las pálidas estrellas. No has servido en vano al señor del cinturón flamígero. Y además, Saga, con este oro que te entrego, acondiciona esta horrible caverna en un recinto más acogedor: un solo servicio a mi persona debe equivaler para ti a mil predicciones realizadas por medio de cedazos y de tijeras a otros tantos rústicos papanatas.

Y, tras pronunciar estas palabras, lanzó al suelo una pesada bolsa, que resonó armoniosamente en los oídos de la bruja, y la hizo sentirse satisfecha de poseer los medios para adquirir unas comodidades que desdeñaba.

—Adiós —dijo Arbaces—. No te olvides de consultar con las estrellas al preparar tu pócima ni de comunicar a tus hermanas de los nogales[281] que tu dueño y amigo es Hermes, el egipcio. Nos veremos de nuevo mañana por la noche.

No se detuvo a oír las gracias que le dio la bruja al despedirse. Con paso rápido salió a la noche iluminada por la luna y descendió con prisa por la ladera.

La vieja, que le siguió hasta la entrada de la caverna, permaneció allí durante un rato con los ojos fijos en la figura que se alejaba; y cuando la luz de la luna bañó su cuerpo fantasmal y su mortuoria cara, emergiendo entre las rocas, pareció, en efecto, estar dotada de poderes mágicos sobrenaturales y de haber escapado misteriosamente del terrible Orco, mientras el resto de los innumerables condenados permanecían en sus sombríos portales exigiendo su vuelta o suspirando en vano unirse a ella.

La bruja volvió a entrar en su caverna, se agachó con un gruñido y recogió la pesada bolsa, tomó una vela de su alacena, e introduciéndose en la parte más profunda de su guarida, tras atravesar un pasillo oscuro y abrupto que resultaba invisible si no se estaba muy cerca del mismo —cerrado como estaba por afiladas y consistentes rocas que se abrían como un bostezo en la sombra—, avanzó por aquellas anfractuosidades pétreas, que se inclinaban cuesta abajo como si pretendieran llegar a las entrañas de la tierra y, levantando una gran piedra, depositó allí su tesoro, junto a otras monedas de distinto valor que contenía ya aquella hendidura, obtenidas de

la credibilidad o de la gratitud de sus visitantes, y que brillaron a la luz de la vela.

—Me gusta veros —dijo, dirigiéndose a aquellas piezas de metal—. Cuando os contemplo, me doy cuenta de que soy poderosa. Y voy a tener veinte años más para ir engrosando mi tesoro. ¡Oh, tú, gran Hermes…!

Volvió a reponer la piedra sobre el agujero y dio unos pasos antes de detenerse frente a una profunda e irregular fisura que se abría en el suelo. Se agachó sobre ella y pudo distinguir un extraño, bronco y continuado rumor que, de vez en cuando, culminaba en un agudo y sonoro estallido que, utilizando un símil doméstico muy adecuado, parecía el del roce de unas ruedas metálicas sobre el suelo. Por la hendidura emergían, además, gran cantidad de vapor y humos de tonos oscuros que ascendían en espiral hasta lo alto de la caverna.

«Las Sombras están más alborotadas que de costumbre», se dijo la vieja, agitando sus grises mechones de pelo.

Y, mirando a través de la fisura, distinguió una especie de reguero de luz intensamente roja.

«Es raro —siguió pensando—. Desde hace sólo dos días puede verse ese resplandor deslumbrante y profundo. ¿Qué querrá pronosticar?»

El zorro, que había escuchado los pasos de su horrible dueña, emitió un desesperado lamento y corrió a refugiarse en lo más profundo de la cueva; y la vieja sintió un violento escalofrío al oír la queja del animal, que, no obstante carecer de causa aparente, la superstición propia de aquellos tiempos identificaba como una predicción de mal agüero. La bruja pronunció una fórmula jaculatoria para aplacar a los dioses y caminó hacia la caverna, donde, entre las hierbas y sus conjuros, se dispuso a ejecutar las órdenes del egipcio.

«Me ha dicho que chocheaba —se dijo, mientras el humo salía del gran caldero silbante—. Cuando las quijadas se distienden, las muelas se caen y el corazón deja de palpitar, es algo penoso chochear; pero cuando —siguió pensando, con sonrisa maligna y exultante— los jóvenes, los hermosos y fuertes, son reducidos a un estado de idiotez crónica…, eso resulta maravilloso. ¡Arded, llamas; humead, hierbas; ahogaos, sapos…! ¡Yo le maldigo y que sea maldito!»

Aquella noche, a la misma hora en que hemos asistido a la pagana y tétrica conversación entre Arbaces y la Saga, era bautizado Apaecides.

Capítulo XI

De cómo se desarrollan los acontecimientos. — La trama se complica. — Se teje la tela de araña, pero cambia de manos

—¿Y vas a tener el valor, Julia, de ir a visitar esta noche a la bruja del Vesubio y, además, en compañía de ese hombre horrible?

—¿Por qué no, Nydia? —replicó Julia, con timidez—. ¿Crees realmente que hay algo que temer? Esas viejas brujas, con sus espejos encantados, sus cedazos temblequeantes y sus hierbas recogidas a la luz de la luna, son (o al menos yo lo creo así) impostores profesionales que no han aprendido más que a elaborar los bebedizos que voy a pedirles y que no requieren más conocimiento que el de las inocentes hierbas silvestres. Por lo tanto, nada hay que temer.

—¿No te asusta tu compañero?

—¿Ese Arbaces? Por Diana [282]. Nunca he conocido a un cortejador más dicharachero que ese mago. Y si el color de su piel no fuese tan oscuro, resultaría hasta atractivo.

A pesar de su ceguera, Nydia gozaba de suficiente intuición para darse cuenta de que la mentalidad de Julia eliminaba cualquier asomo de temor ante las galanterías de Arbaces. Por lo tanto, cesó en sus intentos de disuadirla. Pero en su inquieto corazón albergaba el cada vez mayor y más acendrado deseo de saber si existía de verdad algún bebedizo o encantamiento para obligar a amar a quienes eran amados y no correspondían a tal sentimiento.

—Déjame ir contigo, noble Julia —dijo al fin—. Ya sé que mi compañía no constituye protección alguna, pero me agradaría estar a tu lado hasta el final.

—Tu ofrecimiento me complace mucho —replicó la hija de Diomedes —. Pero ¿cómo te la ibas a arreglar? No regresaré hasta muy tarde y te echarían de menos.

—Iona es tolerante —insistió Nydia—. Si tú me permites dormir bajo tu techo, diría que tú, una antigua ama y amiga, me habías invitado a pasar un día contigo para cantarte mis canciones de Tesalia. Su cortesía la impulsaría a concederte este pequeño favor.

—No. Si lo deseas, pide permiso tú misma —dijo la altiva Julia—. No quiero rebajarme a pedir ningún favor a la napolitana.

—Bien, como te parezca. Me iré ahora, pediré el permiso, que inmediatamente me será concedido, y regresaré dentro de poco tiempo.

—Date prisa. Te prepararé una cama en mi propia habitación.

Con estas palabras, Nydia dejó a la bella pompeyana.

En su camino hacia la casa de Iona, se encontró con el carro de Glauco, cuyos nerviosos y corveteantes caballos atraían la mirada de las muchedumbres que pasaban por la calle. Se detuvo amablemente un momento para hablar con la florista:

—Estás tan bella como tus rosas, gentil Nydia. ¿Cómo está tu dueña? Confío en que se haya recuperado de los efectos de la tormenta.

—Aún no la he visto esta mañana —contestó Nydia—, pero…

—Pero, ¿qué?… Échate un poco hacia atrás. Estás demasiado cerca de los caballos.

—¿Crees que Iona me dejará pasar el día con Julia, la hija de Diomedes? Ella asilo desea y siempre se mostró amable conmigo, cuando tenía muy pocos amigos.

—Los dioses bendigan tu corazón agradecido. Yo respondo del permiso de Iona.

—Entonces, ¿puedo pasar también la noche con Julia y regresar mañana? —preguntó Nydia, sin prestar atención a las alabanzas que Glauco le dirigía y ella no creía merecer.

—Haz lo que te plazca a ti y lo que desee la bella Julia. Salúdala de mi parte. Ah, Nydia, y cuando la oigas hablar compara su tono de voz con la pureza argentina de la de Iona. *Vale.*

Con su buen humor totalmente recuperado de los acontecimientos de la noche anterior, con sus cabellos ondeando al viento y su alegre y distendido corazón palpitando al mismo compás que sus corceles de Partía, verdadero prototipo de dios de su tierra, pletórico de juventud y de amor, Glauco llegó con rapidez a casa de su amada.

Gozad, mientras podáis, del presente… ¿Quién puede saber lo que os deparará el futuro…?

Cuando la tarde comenzaba a oscurecer, Julia, reclinada en el interior de su litera, que era lo suficientemente amplia para admitir la presencia de su compañera ciega, tomó la dirección del establecimiento rural de baños, de acuerdo con las indicaciones que le había dado Arbaces.

La natural ligereza de su carácter encontraba en aquella empresa más atractivo y excitación que temor; y sobre todo, gozaba de antemano al pensar en su triunfo sobre la odiada napolitana.

Un pequeño grupo de gentes alegres, reunido en la puerta del establecimiento, vio entrar la litera por la puerta privada de las termas, reservada a las mujeres.

—Creo haber reconocido a la escasa luz que le queda al día —dijo uno de los que allí estaban— a los esclavos de Diomedes.

—Es cierto, Clodio —confirmó Salustio—. Es probable que se trate de la litera de su hija Julia. Es rica, mi querido amigo. ¿Por qué note decides a

cortejarla?

—Bah… Yo tenía la esperanza de que Glauco se casase con ella. Julia no disimula sus preferencias. Y como él juega tanto y siempre con tan mala suerte…

—… todos los sestercios irán a parar a tus manos, mi sabio amigo. Una esposa es cosa buena cuando pertenece a otro hombre.

—Pero —continuó Clodio—, como creo que Glauco va a casarse con la napolitana, no elimino la posibilidad de probar mi suerte con la doncella rechazada. Después de todo, la lámpara de Himeneo también es de oro y su gran depósito de combustible le reconciliaría a uno con el aroma de las llamas. Sólo me negaría, querido Salustio, a que Diomedes te nombrase a ti depositario de la fortuna de su hija[283].

—Ja…, ja… Entremos, mi *comissator*[284]. El vino y las guirnaldas nos esperan.

Tras despedir a sus esclavos a la dependencia que el establecimiento les reservaba, Julia entró en las termas en compañía de Nydia y, declinando los servicios que les ofrecieron los servidores de los baños, pasaron por una puerta privada al jardín trasero.

—Ésa viene aquí a entrevistarse con alguien, estoy seguro —dijo uno de los esclavos.

—¿Y a ti qué te importa eso? —gritó el que parecía ser encargado de la servidumbre, con voz agria—. Paga por su baño y no gasta azafrán[285]. Estas visitas son las más beneficiosas para el negocio. ¡Escuchad! ¿No oís a la viuda Flavia dar palmetazos? ¡Corred estúpidos, corred…!

Julia y Nydia, eludiendo la parte pública del jardín, llegaron al lugar que Arbaces había descrito. En una pradera redonda de hierba, las estrellas brillaban sobre una estatua de Sileno: el alegre dios se apoyaba en un pedazo de roca, con el lince de Baco postrado a sus pies y sosteniendo sobre su boca, con el brazo extendido, un racimo de uvas al que parecía dar la bienvenida con una sonrisa antes de devorarlo.

—No veo al mago por parte alguna —dijo Julia, mirando a su alrededor.

E inmediatamente, el egipcio salió de entre los arbustos cercanos y la luz de la luna iluminó con palidez su vestimenta que se arrastraba sobre el suelo.

—¡*Salve,* dulce joven! Pero, ¿a quién has traído contigo? No debíamos tener compañero alguno…

—Es sólo una florista ciega, sabio mago —replicó Julia—. Es una tesalia.

—¡Oh, Nydia…! —exclamó el egipcio—. La conozco bien.

Nydia retrocedió unos pasos y sintió un escalofrío.

—Creo que tú has estado en mi casa —añadió, acercándose a la ciega y hablándole al oído—. Conoces, pues, tu juramento: silencio y reserva absoluta…, o te arrepentirás. «De todos modos —se dijo para sí mismo—, ¿por qué confiar, más de lo necesario incluso en alguien que sea ciego?…» Julia, ¿no quieres confiarte sola a mi cuidado? Puedes creerme: esta maga es menos poderosa de lo que imaginas.

Julia se acercó a ambos.

—A la bruja no le gusta recibir muchos visitantes a la vez —dijo él—. Deja a Nydia aquí hasta que regresemos. No puede sernos de ninguna utilidad. Para protegerte ya tienes bastante con tu belleza y con tu rango. Sí, Julia, conozco tu nombre y tu alta cuna. Vamos, confía en mí, digna rival de las Náyades…

Como hemos visto, la vanidosa Julia no se asustaba con facilidad; se sintió halagada por la galantería de Arbaces y consintió en que Nydia permaneciese allí hasta su regreso. Nydia no insistió en acompañarla. Con sólo oír su voz, todo su horror hacia él había renacido; llegó a sentir incluso un sentimiento de alivio al darse cuenta de que no iba a viajar en su compañía.

Regresó a la casa de baños y esperó la vuelta de Julia en una de las habitaciones privadas. Muchos y muy amargos eran los pensamientos que acudieron a la mente de aquella valiente muchacha, sumida en eterna ceguera. Pensó en su desolado destino, lejos de su tierra nativa y de los cuidados y afectos que mitigan las penas primaverales de la infancia; pensó en sus ojos privados de luz; en que, salvo extraños, no tenía a nadie que guiase sus pasos; todo ello agravado por el tierno sentimiento que albergaba en su corazón de amar a alguien sin esperanza de ser amada, a excepción de aquella leve luz, un tanto impía, que en ocasiones iluminaba su pensamiento cuando consideraba la eficacia de los encantamientos y de los poderes

mágicos, a los que como buena tesalia, no dejaba nunca de considerar como posibles.

La naturaleza había sembrado en el corazón de aquella pobre muchacha la semilla de una virtud destinada a no fructificar jamás. Las lecciones que da la adversidad no resultan siempre saludables: en algunas ocasiones, dulcifican el carácter y corrigen defectos; en otras endurecen y pervierten. Si nos consideramos más castigados por el destino que los demás que nos rodean, nos negamos a reconocer que nuestros actos son tratados con justicia y más bien nos inclinamos a considerar que el mundo es nuestro enemigo, que debemos, en consecuencia, ponernos a la defensiva, luchar contra nuestra debilidad de carácter y entregarnos a las bajas pasiones que suelen fermentar cuando uno alberga en su alma un sentimiento de injusticia. Vendida precozmente como esclava, sentenciada a soportar un amo brutal, y a cambiar luego sus circunstancias para sentirse aún más amargada con su suerte, la afectividad natural, tan abundante en el corazón de Nydia, se había ido agostando y languideciendo. Su sentido del bien y del mal se confundía en una pasión a la que ella se abandonaba con insensatez. Y las trágicas e intensas emociones de las que, según leemos, participaron otras mujeres de la época clásica —como Mirra o Medea[286] —que entregaron su alma arrebatada al abandonarse al amor, reinaban y alteraban la paz de su pecho.

Pasó el tiempo y el sonido de un leve paso sonó en la habitación en la que Nydia se había dado a sus desoladas meditaciones.

—¡Oh, benditos sean los dioses inmortales! —dijo Julia—. Ya estoy de vuelta, ya he salido de aquella horrible caverna. Vamos, Nydia, regresemos a casa inmediatamente.

Hasta que no estuvieron instaladas en la litera Nydia no habló de nuevo.

—¡Oh!, —exclamó, temblorosa—. ¡Qué escena…, qué espantosos encantamientos…! Y la cara cadavérica de la vieja… Pero no hablemos de ello. He obtenido mi poción y me ha asegurado su eficacia. Mi rival pronto resultará indiferente a sus ojos y yo, sólo yo, seré el ídolo de Glauco.

—¡Glauco! —musitó Nydia.

—Sí; al principio te dije, muchacha, que no era el ateniense a quien amaba. Pero ahora estoy segura de que puedo confiar plenamente en ti. Sí,

ese hermoso griego.

No es fácil imaginar la emoción que sintió Nydia. Había ayudado, había proporcionado su colaboración para separar a Glauco de Iona; pero solamente para transferir, por medio del poder de la magia, su amor a otra con la que era aún más difícil competir. Su corazón se dilató hasta casi ahogarla y luchó para recobrar el aliento. En la oscuridad del interior de la litera, Julia no se apercibió de la agitación de su compañera de viaje. Siguió hablando con rapidez acerca de los prometidos efectos de su valiosa adquisición y de su inminente triunfo sobre Iona, a la vez que narraba abruptamente los horrores de la escena que acababa de abandonar y hablaba del semblante inconmovible de Arbaces y de la autoridad que ejercía sobre la temible Saga.

Mientras tanto, Nydia recobró su serenidad. Un pensamiento acudió a su mente: iba a dormir en la habitación de Julia y podía apoderarse de la pócima.

Llegaron a casa de Diomedes y descendieron a las habitaciones de Julia, donde las esperaba la comida de la noche.

—Bebe algo, Nydia, debes de tener frío. El aire era fresco esta noche. Yo siento mi sangre helada en las venas.

Sin más preámbulos, Julia bebió varios tragos de vino con especias.

—Tienes el bebedizo —dijo Nydia—. Deja que lo toquen mis manos. ¡Qué frasquito tan diminuto! ¿De qué color es el líquido?

—Transparente como un cristal —replicó Julia, mientras volvía a tomar el frasco—. No podrías distinguirlo del agua. La bruja me ha asegurado que no sabe a nada. Aunque sea pequeño, es suficiente para garantizar toda una vida de fidelidad. Glauco sólo notará que lo ha tomado por los efectos que le causará.

—¿Exactamente igual que el agua?

—Sí, tan brillante e incoloro como el agua. ¡Qué destellos lanza…! Es la misma esencia del rocío bañado por la luna. ¡Oh, hermoso líquido…, cómo iluminas mis esperanzas, a través de tu cristal!

—¿Y cómo está cerrado?

—Con un pequeño tapón. Ahora lo voy a quitar, ya verás como no huele a nada. Es raro que algo que no afecta a los sentidos pueda determinar todas

las cosas.

—¿Sus efectos son instantáneos?

—Generalmente, sí. Pero puede ocurrir que quien lo tome permanezca unas horas dormido.

—¡Oh, qué bien huele este perfume…! —exclamó Nydia, de pronto, mientras tomaba un frasco de encima de la mesa y se inclinaba para oler su contenido.

—¿De verdad te gusta? El frasco tiene incrustadas joyas de algún valor. Ayer por la mañana, no quisiste aceptar mi brazalete… ¿Por qué no te llevas el frasco?

—Tiene que ser un perfume de calidad como éste para que al olerlo le recuerde a una a la generosa Julia. Si el frasco no fuese tan costoso…

—Oh, tengo muchos aún más caros. Cógelo, pequeña.

Nydia se inclinó para demostrar su gratitud y colocó el frasco en el interior de su túnica.

—¿Y ese bebedizo será eficaz aunque lo administre cualquier persona?

—Aunque se lo diese a beber la vieja más repugnante que exista bajo el sol, es tal su virtud que Glauco la consideraría como el compendio de la belleza.

Julia, animada por el vino y por su disposición de ánimo, era toda ella felicidad y regocijo; reía en voz alta y hablaba de cien cosas. Hasta bien entrada la noche, casi de madrugada, no llamó a sus esclavas para que la desnudasen. Cuando éstas se fueron, dijo a Nydia:

—No voy a dejar que esta bendita pócima se aparte de mí hasta el instante en que la utilice. ¡Descansa bajo mi almohada, espíritu transparente y proporcióname hermosos sueños…!

Después de pronunciar estas palabras, colocó el frasquito bajo la almohada. El corazón de Lydia latía con violencia.

—¿Por qué bebes agua sola, Nydia? Mézclala con un poco de ese vino que tienes al lado.

—Tengo algo de fiebre —contestó la joven ciega—, y el agua me refresca. Pondré la botella al lado de mi cama. Es un buen sustitutivo en estas noches de verano, si el rocío del sueño se niega a caer sobre los labios.

Noble Julia, tendré que dejarte muy temprano (así me lo ha pedido Iona), antes de que te despiertes; por lo tanto, acepta ahora mi felicitación.

—Gracias. La próxima vez que nos veamos, te encontrarás con Glauco a mis pies.

Se metieron ambas en sus lechos y Julia, agotada por la excitación de todo el día, pronto quedó dormida. Pero la insomne tesalia repasaba en su cabeza angustiosos e inquietos pensamientos. Escuchó con calma el respirar de Julia; y su oído, acostumbrado a las más sutiles diferencias de sonido, pronto le convenció de que su compañera de habitación estaba profundamente dormida.

«Ahora, que Venus me proteja», se dijo a sí misma.

Se levantó con cuidado y vertió el contenido del frasco de perfume que Julia le había regalado, sobre el suelo de mármol. Lo enjuagó varias veces con el agua que tenía junto a su cama y se dirigió con gran facilidad hacia la cama de Julia (para ella la noche era como el día). Introdujo su temblorosa mano debajo de la almohada y tomó la poción. Julia no se movió y su aliento refrescó la ardiente mejilla de la muchacha ciega. Después, Nydia abrió el frasquito y vació su contenido en su frasco, en el que cabía holgadamente; luego, volvió a rellenarlo con un poco de agua, que, según palabras de Julia, era tan parecida al bebedizo, y volvió a colocarlo en su sitio. Regresó de nuevo a su cama y esperó —¡con qué excitados pensamientos!— a que el día amaneciera.

Se levantó el sol y Julia aún dormía, cuando Nydia se vistió sin hacer ruido, colocó en el bolsillo interior de su túnica su preciado tesoro, tomó su largo cayado y se apresuró a dejar la casa.

El portero, Medón, la saludó con amabilidad cuando descendía los escalones que conducían a la calle; ella no le oyó; se sentía confusa y perdida en el remolino de tumultuosos y apasionados pensamientos. Sintió en sus mejillas el aire fresco de la mañana, que no fue capaz de aliviar el ardor que sentía en sus venas.

—Glauco —murmuró—. Ni todos los bebedizos del mundo del más encantado de los mundos podrían hacer que me amases más de lo que te amo yo. Iona… ¡Ah, fuera remordimientos, fuera dudas! Glauco, mi destino

está en tu sonrisa. ¡Y el tuyo…, oh esperanza, oh alegría…, oh sueño increíble…, *tu* destino está en estas manos!

LIBRO IV

Capítulo I

Reflexiones sobre el celo de los primeros cristianos. — Dos hombres llegan a un acuerdo peligroso. — Las paredes oyen, en especial las de los recintos sagrados

Quienquiera que observe la historia de la primitiva Cristianidad sedará perfecta cuenta de lo necesario que resultó para su triunfo aquel valeroso espíritu de ardoroso fervor que no temía peligro ni compromiso alguno, y que inspiró a sus creyentes y a sus mártires. En una Iglesia ya bien establecida, el genio de la intolerancia *traiciona* a su propia causa; en una

Iglesia aún débil y perseguida, ese mismo genio la mantiene y *fortalece.* Era necesario desdeñar, odiar, aborrecer los credos del resto de los hombres para vencer las tentaciones que los mismos ofrecían; y era imprescindible creer, no sólo que el Evangelio encerraba la verdadera fe, sino la *única* que además de ser verdadera llevaba a la salvación, con el fin de fortalecer a sus seguidores en la austeridad de su doctrina y animarlos en la peligrosa y desinteresada misión de convertir a los politeístas y a los paganos. El severo sectarismo que limitaba el ejercicio de la virtud y la vida eterna a unos pocos elegidos, que veían demonios en otros dioses, y las penas del infierno, inevitables para cualquier practicante de otras religiones, convertían al creyente en un ser ansioso de convertir a todos aquellos con quienes tuviese alguna relación de afecto humano; y así, el pequeño círculo que hallaba su origen en la buena voluntad del hombre se fue engrandeciendo por un deseo de glorificar a Dios. Constituye un honor para la fe cristiana que sus creyentes osaran triunfar sobre el escepticismo de algunos, la repugnancia de otros, el desprecio ilustrado de los filósofos y el piadoso temor del pueblo; su propia intolerancia le suministró la herramienta más eficaz para su éxito; y los débiles paganos comenzaron, por fin, a pensar que existía algo sagrado en aquel celo sin precedentes en su experiencia vital, que no se detenía ante ningún obstáculo, ni se arredraba ante peligro alguno —ni siquiera el cadalso o la tortura—, y que proyectaba cualquier tipo de discusión mucho más allá de lo que era normal en las controversias de la filosofía especulativa para someterla al juicio de un Dios eterno. Este mismo fervor, que hizo del cristiano de la Edad Media un fanático, en los inicios de la primitiva Iglesia creó héroes que no conocían el miedo.

Uno de estos valientes, osados, serenos y a la vez entusiastas creyentes fue Olintho. Apenas Apaecides había sido recibido con el rito bautismal en el seno de la Iglesia, el nazareno se apresuró a indicar al neófito la imposibilidad de que siguiese en la práctica y con la vestimenta del sacerdocio pagano. No era lógicamente aceptable adorar aun Dios verdadero y continuar honrando, incluso externamente, el altar idólatra de un ser maligno.

No se detenía ahí el impetuoso y entusiasta pensamiento de Olintho, sino que se daba cuenta de que Apaecides tenía en su poder medios más que suficientes para divulgar entre la gente sometida a engaño las mentiras que encerraban los misterios del oráculo de Isis. Pensaba que el cielo le había proporcionado aquel instrumento por especial designio para abrir bien los ojos de las multitudes y para prepararse, si tal caso se daba, a la conversión de la ciudad entera. No dudó un instante en apelar a todo el entusiasmo de neófito que se albergaba en Apaecides para levantar su ánimo y estimular su celo. Se encontraron, tal como habían acordado con anterioridad, la tarde que siguió al bautismo de Apaecides, en la arboleda de Cibeles, que ya hemos descrito en páginas anteriores.

—En la próxima consulta solemne al oráculo —dijo Olintho, comenzando con calor sus palabras—, deberás avanzar hasta la verja y proclamar en voz alta a todo el pueblo el engaño al que es sometido. Los invitarás a entrar para que ellos mismos sean testigos del vil, y a la vez ingenioso, mecanismo de falsedad que me has descrito. Y no temas, el Señor que protegió a Daniel[287] velará por ti. *Nosotros,* la comunidad de cristianos, estaremos entre la multitud; *nosotros* insistiremos en que los fieles se retiren; y a la primera oleada de indignación o protesta, yo mismo pondré sobre los mismísimos altares la rama de palmera, emblema de nuestro Evangelio, y descenderá a mi lengua la inspiración del Espíritu del Dios vivo.

En el estado de excitación y de euforia en que se encontraba, aquella sugerencia no resultó desagradable a Apaecides. Se alegraba de disponer tan pronto de una oportunidad de darse a conocer en la fe de su nueva secta, y a sus sentimientos religiosos se añadía un deseo de repulsión vengativa por las imposiciones que había tenido que sufrir. En este estado de ánimo, que *infravaloraba* las dificultades (la impetuosidad es necesaria para todos los que emprenden valerosas y aventuradas acciones), ni Olintho ni su prosélito se daban cuenta de los impedimentos que podían oponerse a sus planes y que hallaban su base en la reverente superstición del mismo pueblo, que ante los sagrados altares de la gran diosa egipcia se mostraría reacio a creer en el testimonio de uno de sus sacerdotes contra el poder omnímodo de Isis.

Apaecides aceptó la propuesta de Olintho con un entusiasmo y una rapidez que entusiasmaron a su mentor. Se separaron tras acordar que Olintho se pondría en contacto con los más influyentes de sus hermanos cristianos para obtener su apoyo en la empresa y solicitar su consejo sobre la mejor manera de obrar el día del acontecimiento. Dio la casualidad de que, al día siguiente de la reunión de Olintho con sus seguidores, iba a tener lugar uno de los festivales de Isis. Aquella festividad ofrecía una excelente ocasión para la realización del plan. Quedaron en reunirse en aquel mismo lugar la tarde del día siguiente; yen aquella asamblea determinaron con orden y detalle el programa que seguir en tan señalada jornada.

Sucedió que la última parte de esta reunión se celebró en las cercanías del *sacellum*[288] o pequeña capilla, ya descrita en la primera parte de este libro; y tan pronto como se dispersaron los cristianos y el sacerdote por la arboleda, una figura sombría y de aspecto desagradable salió detrás de la capilla.

«Te he descubierto con excelente resultado, hermano sacerdote —se dijo el que había escuchado aquella conversación—. Tú, consagrado al culto de Isis, no te has reunido con los cristianos para mantener una conversación sin importancia. Lástima que no haya podido oír la totalidad de vuestro plan, pero he escuchado lo suficiente. Sé, al menos, que te has ofrecido a revelar los sagrados misterios y que mañana os reuniréis de nuevo en este mismo lugar para planear el cómo y el cuándo. Espero que Osiris aguce mi oído y me entere de tu inaudita audacia en toda su magnitud. Cuando lo sepa todo, iré a ver inmediatamente a Arbaces. Él frustrará vuestros planes, amigos míos, por muy inteligentes que os creáis. Por el momento, mi pecho es un tesoro que encierra vuestro secreto.»

Mascullando estas palabras, Caleno —puesto que de él se trataba— se envolvió en sus ropas y caminó pensativo en dirección a su casa.

Capítulo II

Un anfitrión, un cocinero y una cocina clásica. — Apaecides busca a Julia. — Conversación entre ambos

Era el día en que Diomedes ofrecía un banquete a sus más selectos amigos. El agraciado Glauco, la bella Iona, el funcionario Pansa, el aristócrata Clodio, el inmortal Fulvio, el exquisito Lépido y el epicúreo[289] Salustio, honrarían con su presencia el acontecimiento. El anfitrión esperaba también la asistencia de un senador inválido de Roma (un hombre de considerable reputación e influencia en la corte) y a un gran guerrero de Herculano que había luchado con Tito contra los judíos[290] y que, habiéndose enriquecido prodigiosamente en las guerras, era puesto como ejemplo por sus amigos como un hombre con el que la nación estaba en deuda eterna, por sus desinteresadas hazañas. No obstante, la invitación al

banquete se había extendido a otras muchas personas. Aunque, en tiempos pasados, la norma general era considerar como poco elegante entre los romanos invitar a menos de tres y a más de nueve personas a un banquete, esta regla resultaba invalidada por los que gustaban de la ostentación. Y así debió suceder, puesto que la historia nos habla de uno de los más espléndidos de estos convites que llegó a alcanzar a más de trescientos invitados. Diomedes, sin embargo, se comportó en esta ocasión más modestamente y se contentó con doblar el número de las Musas[291]. Sus invitados ascendían a dieciocho, número no exagerado en aquellos años.

Era la mañana del banquete de Diomedes; y el propio Diomedes, aunque le agradaba aparecer ante sus amigos como un caballero de buena cuna y como hombre de gran cultura, aplicaba buena parte de su experiencia mercantil a la vida diaria y sabía perfectamente que un amo observador hace a un esclavo diligente. De acuerdo con ello, con su túnica sin ceñir sobre su voluminoso estómago, sus flexibles zapatillas en los pies y una pequeña varita en su mano, con la cual dirigía la mirada de un subordinado o golpeaba la espalda de otro poco activo, Diomedes iba de habitación en habitación, a lo largo y a lo ancho de su lujosa villa.

Ni siquiera dejó de realizar una visita al recinto sagrado donde los sacerdotes del banquete preparaban sus sacrificios. Al entrar en la cocina sus oídos fueron acariciados por el sonido de platos y cazuelas, de juramentos y de órdenes. A pesar de que en las casas de Pompeya esta indispensable dependencia era de reducidas dimensiones, solían estar dotadas de una cantidad sorprendente de hornos y moldes, cazuelas y sartenes, cuchillos y raspadores, sin los cuales ningún cocinero de inspiración, ya fuese antiguo o moderno, se hubiese atrevido a ofrecer nada para comer. El combustible era —como hoy— escaso y caro en aquellas tierras y era preciso mostrar una enorme destreza para preparar la mayor cantidad de platos con el menor fuego posible. En el museo de Nápoles podemos contemplar hoy un extraordinario invento, consistente en una cocina portátil, del tamaño aproximado de un folio por lado, que contenía hornillos para cuatro platos, además de un artilugio para calentar agua u otras bebidas.

En aquella pequeña cocina iban de un lado a otro un sinnúmero de gente que el propietario de la casa no había visto jamás.

—¡Oh, oh! —murmuró para sí mismo—. Este maldito Congrio ha invitado a toda una legión de cocineros para que le ayuden. No vana servir más que para añadir otro capítulo a los gastos del día. Por Baco, me consideraré afortunado si cada uno de ellos no se lleva consigo un ánfora de vino. Sus manos están entrenadas a tal actividad y sus túnicas son lo bastante amplias para ello. Me *miserum…!*[292]

Sin embargo, los cocineros siguieron trabajando, sin darse cuenta, al parecer, de la presencia de Diomedes.

—¡Eh, Euclio, trae la canasta de los huevos! Pero, bueno, ¿es ésa la más grande que tienes? Sólo contiene treinta y tres huevos. En las casas en las que acostumbro servir, las cestas más pequeñas tienen cincuenta.

«¡Insensato canalla! —pensó Diomedes—. Habla de los huevos como si estuviesen a un sestercio el centenar.»

—¡Por Mercurio! —gritó un pinche de cocina que apenas debía haber iniciado su aprendizaje—. ¿Quién ha visto alguna vez unas tartas moldeadas de forma tan antigua como ésta? Es imposible demostrar el arte que uno lleva dentro con materiales tan toscos. Las más vulgares tartas de mazapán, realizadas por Salustio, representan el cerco de Troya. Allí están Héctor y Paris, Helena, con el pequeño Astianacte y hasta el caballo de madera[293].

—Silencio, estúpido —exclamó Congrio, el cocinero de la casa, que parecía dejar la parte más importante de aquel combate en manos de sus aliados—. Mi dueño, Diomedes, no es uno de esos derrochadores estúpidos que se empeñan en seguir siempre la última moda, cueste lo que cueste. _

—Mientes, vil esclavo —gritó Diomedes, fuera de sí—. Tú sólo me cuestas ya lo suficiente como para haber arruinado a Lúculo[294]. Sal de tu guarida, quiero hablar contigo.

El esclavo, tras guiñar el ojo a sus colegas confederados, obedeció la orden.

—¡Hombre de tres letras[295]! —dijo Diomedes, con rostro congestionado por la ira—. ¿Cómo te has atrevido a invitar a todos esos sinvergüenzas a mi casa?

—Te aseguro, amo, que todos ellos son hombres de gran honradez y además…, los mejores cocineros de la ciudad. Es un gran privilegio que haya logrado que estén aquí. Pero por complacerme a mí…

—¡Lo que a ti se refiere, desgraciado Congrio…! —interrumpió Diomedes—. ¿Te olvidas del dinero que me robas…? ¿Qué hay de tus sisas cuando vas al mercado? ¿Y de las excelentes carnes, convertidas en grasa, que vendes en los suburbios? ¿Y de las cuentas falsas por arreglo de cacharros de bronce abollados y por vasijas de arcilla rotas…? ¿Crees que han venido aquí a trabajar gratis sólo para complacerte a *ti?*

—Dueño mío, no dudes de mi honestidad. ¡Que los dioses me abandonen…!

—¡No perjures! —le interrumpió de nuevo el colérico Diomedes—. Porque, si lo haces, los dioses te matarán y yo me quedaré sin cocinero la víspera de mi banquete. Dejemos el asunto por ahora. Vigila atentamente a tus malditos colaboradores y no me vengas mañana con cuentos de vasijas rotas y de copas milagrosamente desaparecidas, si no quieres que toda tu espalda se estremezca de dolor. Y atiende: ya sabes que me has hecho pagar por esas *attagens*[296] de Frigia…, ¡por Hércules!, más de lo que sería necesario para mantener a un hombre austero un año entero… Vigila que estén asadas en su punto, sin excederte ni un ápice. La última vez, oh Congrio, que di un banquetea los amigos, la vanidad te indujo a asar en demasía aquellas hermosas grullas de Melia…[297] y llegaron a la mesa (lo sabes muy bien) como si fuesen piedras escupidas por el Etna, y como si todos los fuegos de Flegetón[298] hubiesen evaporado su jugo. Sé humilde esta vez, Congrio, sé modesto y cuidadoso. La modestia es el origen de las grandes acciones; y en este aspecto, como en cualquier otro, si no piensas en el bolsillo de tu dueño, hazlo al menos en su buena fama.

—No te preocupes. Desde los tiempos de Hércules, no se habrá visto en Pompeya una cena como la tuya.

—Calla, calla… otra vez tus malditos juramentos… Oye, Congrio, ese *homunculus*[299], ese pigmeo al asalto de mis aves, ese charlatán descarado, neófito de la cocina, ¿pretendía manifestar algo más que su insolencia cuando criticaba lo inapropiados que eran los moldes de mis tartas? No me agradaría haberme quedado desfasado de la moda, Congrio.

—Es costumbre de los cocineros —replicó Congrio con gravedad— infraestimar nuestros utensilios para aumentar el mérito de nuestro trabajo. Los moldes de las tartas son adecuados y muy hermosos; pero me atrevo a recomendarte, dueño mío, que compres cuanto antes unos nuevos para…

—Basta, ya has dicho suficiente —exclamó Diomedes, que parecía decidido a no permitir que su esclavo acabase ninguna de sus frases—. Ahora, vuelve a tus ocupaciones, reluce, eclípsate. Haz que todos envidien al cocinero de Diomedes, haz que los esclavos de Pompeya te llamen Congrio, el grande. Vete. Espera, no te habrás gastado todo el dinero que te di para el mercado, ¿verdad?

—*Todo,* lo siento. Las lenguas de ruiseñor y los *tomacula*[300] de Roma y las ostras de Britania y otras muchas cosas, excesivas para detallártelas ahora, las he dejado a deber. Pero, ¿qué importa eso? Todo el mundo concede crédito al *Archimagirus*[301], de Diomedes, el rico.

—¡Oh, inconsciente pródigo…! ¡Qué derroche, qué lujo…! Estoy arruinado. Anda, vete…, date prisa, vigila, inspecciona, prueba, da órdenes, supérate a ti mismo. No permitas que un senador de Roma desprecie a los pobres pompeyanos. Fuera, esclavo…, y no olvides lo que te he dicho acerca de esas aves de Frigia.

El jefe de cocina desapareció en el interior de sus dominios naturales y Diomedes arrastró su corpulenta humanidad hacia otras habitaciones más elegantes. Todo había quedado a su gusto: las flores estaban frescas, las fuentes funcionaban a la perfección, los suelos de mosaicos aparecían resbaladizos como espejos.

—¿Dónde está mi hija Julia? —preguntó.

—En el baño.

—Ah, eso me recuerda… ¡Cómo pasa el tiempo!… ¡Yo también tengo que bañarme!

Nuestra historia vuelve a Apaecides. Al despertar aquella mañana del sueño, febril e intermitente, que venía sufriendo desde que había adoptado una fe tan radicalmente distinta a la que había alimentado en su juventud, aquel sacerdote, casi adolescente, apenas podía creer otra cosa, excepto que seguía durmiendo y soñando. Había atravesado el río que no podía salvarse de nuevo y, en consecuencia, el pasado no aceptaba ya trato alguno con el

futuro; ambos mundos quedaban nítidamente separados: lo que había sido carecía de relación con lo que iba a ser. ¡Ah…, en qué incierta y osada aventura había comprometido su existencia! Revelar los falsos misterios de los que había participado, desacralizar los altares a los que había servido, denunciar a la diosa, cuyo hábito aún cubría sus propias carnes… Poco a poco fue dándose cuenta del odio y del horror que provocaría entre las gentes piadosas, incluso en el caso de que todo saliese bien; y si sus atrevidos planes se frustraban, incurriría en un pecado del que no existía precedente alguno y que no se hallaba recogido en ninguna ley, puesto que las leyes, al fin y al cabo, son producto de la experiencia de la sociedad. Todo ello supondría penas inimaginables. Y quizá por esa misma razón, es decir, por la inexistencia de precedentes, la despiadada letra de una legislación tradicional, ya pasada de moda, sería, con toda posibilidad, distorsionada para aplicarla a su caso. De sus amigos, de la hermana de su infancia, podía recibir compasión, pero ¿cabía esperar justicia? Su valiente, su heroico acto sería considerado a los ojos de los paganos como una repulsiva apostasía, si no una locura digna de compasión.

Se había atrevido a dar el paso, había renunciado a todo lo que puede ofrecer este mundo, en la esperanza de asegurarse la eternidad en el otro, que de repente, se le había revelado. Estas convicciones, por una parte, y por la otra su orgullo, su valor, su virtud, entremezclados con su deseo de venganza por haber sido engañado y con su indignado disgusto por el fraude de que había sido objeto, encontraban cobijo en su corazón y se aunaban para mantener y levantar su espíritu.

El conflicto resultaba agobiante y doloroso, pero sus nuevos sentimientos prevalecieron sobre los antiguos y ya desechados. Un poderoso argumento que podía ser esgrimido para santificar la lucha contra las viejas doctrinas y hereditarias corrientes de opinión era precisamente conquistarlas, gracias a la intervención de un humilde sacerdote. Si los primeros cristianos hubiesen sido más respetuosos con «las plausibles y solemnes costumbres sociales» —menos democráticos en la alta y genuina aceptación de esta palabra hoy prostituida—, la Cristiandad hubiese muerto en la cuna.

Cada sacerdote dormía varias noches seguidas en las dependencias del templo, y el turno impuesto a Apaecides aún no había concluido; cuando se levantó de su lecho, se vistió como de costumbre, con sus hábitos, salió de su pequeña camarilla y se encontró ante los altares del templo.

Exhausto por sus recientes emociones, había dormido hasta bien entrada la mañana, y el sol, ya en su cenit, caía con cálido resplandor sobre el lugar sagrado.

—*Salve,* Apaecides —dijo una voz que ocultaba su natural aspereza con un fingido tono de cordialidad que resultaba molesto y artificioso—. Amaneces tarde. ¿Acaso se te ha aparecido la diosa?

—Si la diosa pudiese aparecerse con su verdadera imagen a la gente, temo, Caleno, que en sus altares no volvería a quemarse más incienso.

—Quizá tengas razón —replicó Caleno—. Pero la deidad es lo suficientemente sabia como para comunicarse sólo con sus sacerdotes.

—Llegará el día en que su rostro sea descubierto contra su voluntad.

—No es probable. Viene reinando sobre los hombres desde hace incontables años. Y quien ha aguantado tan reiteradamente la prueba del tiempo, es raro que sucumba a impulso de una moda. Además, hermano, estas palabras tuyas resultan altamente indiscretas.

—Y no creo que tú seas la persona más indicada para silenciarlas —replicó con altivez Apaecides.

—Hace demasiado calor para enfadarme contigo. Pero, Apaecides, ¿no te ha convencido el egipcio de la necesidad de que todos nosotros vivamos unidos? ¿No te ha hablado acerca de la conveniencia de eludir a extraños y de gozar de nuestra privilegiada posición? Si no ha sido así, temo que carezca de los grandes poderes que le atribuimos.

—¿También tú has recibido sus lecciones? —preguntó Apaecides, con una sonrisa hueca.

—Sí, claro. Pero yo tenía menos necesidad de ellas que tú. La Naturaleza me había otorgado ya el don de amar el placer y el deseo de ser rico y poderoso. Largo es el camino que conduce al voluptuosoa la austeridad de la vida; pero hay sólo un paso entre caer en un grato pecado y albergar la hipocresía en el alma. Ve con cuidado con la venganza de la diosa, en caso de que se descubra ese pequeño paso al que me he referido.

—Tú eres quien debe ir con cuidado, cuando el sepulcro se abra y quede al descubierto toda la podredumbre —contestó Apaecides, con solemnidad —. *Vale!*

Con estas palabras dejó al sacerdote dedicado a sus meditaciones. Cuando se alejó unos pasos del templo, se volvió para dirigirle una mirada. Caleno ya había desaparecido de la sala de recepción de los sacerdotes, porque se acercaba la hora de la comida, llamada *prandium*[302] por los antiguos, que por la hora en que se tomaba equivalía al desayuno de la gente de hoy. El blanco y elegante templo brillaba a la luz del sol. En los altares de su fachada principal se elevaban pequeñas humaradas de incienso y se distinguían guirnaldas de flores. El sacerdote observó con detenimiento y aprensión el edificio. Era la última vez que iba a contemplarlo.

Dio media vuelta y se encaminó lentamente hacia la casa de Iona; antes de que el último lazo de afecto que le unía a ella resultase invalidado, antes de que los peligros que iba a correr el día siguiente produjesen su efecto indeseable, se sentía ansioso de ver a su único pariente vivo y el mejor amigo de su infancia y de su juventud.

Llegó a la casa y la encontró en el jardín con Nydia.

—Eres muy amable al visitarme, Apaecides —dijo Iona, con gran alegría—. Tenía muchas ganas de verte, te agradezco mucho que hayas venido. ¡Qué mal te has portado al no contestar a ninguna de mis cartas y al no venir aquí para poder expresarte mi gratitud…! Oh, gracias a tu ayuda, tu hermana logró salvar su honor. ¿Qué puedo…, qué puedo decirte para agradecértelo ahora que estás aquí…?

—Dulce Iona, no me debes gratitud alguna. Tu causa era mi causa. Dejemos de hablar de ello, olvidemos a aquel hombre impío, al que ambos odiamos tanto. Dentro de muy poco tiempo voy a tener oportunidad de revelar al mundo su presunta sabiduría y su hipócrita austeridad. Sentémonos, hermana; el calor del sol me cansa; sentémonos en aquella sombra y seamos, durante un breve rato, lo que siempre hemos sido el uno para el otro.

Debajo de un amplio sicomoro, rodeado de jaras y madroños, con la rumorosa fuente ante ellos y las alegres cigarras, tan queridas en otro tiempo en Atenas, apareciendo de vez en cuando entre la hierba; las

mariposas, hermoso insecto emblemático del alma, dedicado a Psique —y que aún hoy sigue proporcionando a los poetas cristianos bellas metáforas —, mostrando los atractivos colores adquiridos bajo los cielos de Sicilia[303], revoloteando sobre las flores bañadas al sol, ellas mismas, una flor alada…, en aquel lugar, en tal escenario, hermano y hermana se sentaron juntos y por última vez en este mundo. Hoy en día se puede localizar aún aquel bello rincón; pero el jardín ya no existe, las columnas están destrozadas y la fuente ha dejado de manar. Dejemos que el viajero sepa encontrar en las ruinas de Pompeya la casa en la que vivió Iona. Son visibles aún sus ruinas. Pero no voy a dar indicio alguno para que puedan contemplarlas los turistas vulgares. El que tenga más sensibilidad de la común en una manada de personas las descubrirá fácilmente: cuando lo haya logrado, por favor, que guarde bien el secreto.

Se sentaron y Nydia, feliz al hallarse sola, se retiró a la parte más lejana del jardín.

—Iona, hermana mía —dijo el joven converso—. Pon tu mano sobre mi frente. Deja que sienta la frescura de tu tacto. Y háblame también, porque tu voz cristalina es como una brisa que lleva en sí el frescor de la música. Háblame, pero *no me bendigas o* pronuncies ni una sola palabra de las que en nuestra niñez nos dijeron que eran sagradas.

—Entonces, ¿qué voy a decirte? Nuestro lenguaje afectivo está tan estrechamente relacionado con alusiones a nuestros cultos, que queda desprovisto de calor y de sentido si no hacemos referencia a nuestros dioses.

—*¡Nuestros dioses…!* —murmuró Apaecides, con un escalofrío—. Ya empiezas a desoír mi ruego.

—¿Quieres que te hable exclusivamente de Isis?

—¡El espíritu del mal! Preferiría que no pronunciases ni una sola palabra acerca de ella. Pero… dejemos, dejemos eso. No vamos a enfadarnos y a discutir ahora ni a juzgarnos con dureza uno a otro, tú considerándome como apóstata y yo lamentando y avergonzándome de que seas una idólatra. No, hermana mía, evitemos tales ideas y pensemos en otras cosas. Tu dulce presencia calma mi espíritu. Quiero olvidar por unos instantes. Deja que apoye mi sien sobre tu pecho, mientras siento que tu

hermoso brazo me estrecha contra ti. Volvamos a ser niños una vez más y que el cielo nos sonría a ambos. Oh, si más tarde tengo que marcharme, no me importarán los peligros que pueda correr… Y si alguna vez me es permitido hablarte de algo tan terrible como sagrado y encuentro tu oído cerrado a mi palabra y tu corazón endurecido, ¿qué esperanza me quedará para compensar el dolor y la amargura que sentiré por ti? Veo en ti, hermana, embellecido y ennoblecido, un cierto parecido conmigo. ¿Vivirá el espejo eternamente, mientras la figura reflejada en él queda condenada a romperse como una vasija de arcilla? Ah, no…, no…, yo sé que me oirás. ¿Recuerdas cuando corríamos por la campiña de Baia, cogidos de la mano, para ir a cortar las flores de la primavera? Pues así entraremos, tomados por las manos, en el Jardín Celestial, coronados con imperecederos asfódelos.

Desconcertada y llena de extrañeza por aquellas palabras que no podía comprender, y emocionada hasta el punto de derramar lágrimas por el tono quejumbroso con que habían sido pronunciadas, Iona escuchó aquel desahogo de un corazón angustiado y lleno de inexplicable pesar. La verdad era que Apaecides mostraba ahora un carácter más regular que el habitual en él —al menos aparentemente—, dado a oscilar entre la impetuosidad y la falta de interés. Nuestros más nobles deseos van siempre acompañados de un matiz egoísta que embarga, absorbe el alma y deja en lo profundo de nuestro ser un sedimento de estancada amargura que pasa desapercibido al mundo externo. Sino prestamos atención a las cosas que hay a nuestro alrededor, se nos juzga hoscos y malhumorados; si nos impacientamos ante las interrupciones terrenales que dificultan el alcance de nuestros ensueños y anhelos divinos, se nos califica de irritables y ariscos. Y puesto que no existe quimera más vana que la esperanza de que un corazón humano pueda ser comprendido por otro, nadie puede interpretar nuestros deseos de justicia; y nadie, nadie, ni siquiera aquellos con los que nos unen los más íntimos lazos, son capaces de tratarnos con comprensión y piedad. Y cuando ya estemos muertos y les llegue el tardío arrepentimiento, tanto amigos como enemigos se darán cuenta y se admirarán de lo poco que tenían que perdonarnos.

—Deseo que hablemos de nuestros primeros años —dijo Iona—. ¿Quieres que esa muchacha ciega te cante algo acerca de la infancia? Su

voz es dulce y armoniosa y sabe una tonada que no contiene nada que pueda molestarte oír.

—¿Recuerdas la letra, hermana? —preguntó Apaecides.

—Creo que sí… La melodía es muy sencilla y se me ha grabado bien en la memoria.

—Entonces, cántamela tú. Mi oído no está sintonizado con voces extrañas; y la tuya, Iona, está aún más llena de asociaciones familiares y resulta más dulce que las melodías mercenarias de Licia o de Creta[304]. Cántamela.

Iona hizo una señal a uno de sus esclavos que estaba en pie junto al pórtico y, una vez tuvo en sus manos la cítara, comenzó a tañer una tonada sencilla y tierna, con los siguientes versos:

AÑORANZAS INFANTILES

I

No es que nuestro cielo infantil
escapase a las mil lluvias de abril;
ni que el corazón de la infancia
víboras no ocultase en sus fragancias.
Ah, toda hoja del jardín
se entrelazaba con su fin,
en las guirnaldas tejidas por las Horas.
Aunque hoy somos jóvenes, nos duelen ya las cosas,
nuestro vivir de hoy es sólo pena,
mas aún reluce con esperanza plena
todo lo que al mañana se dirige:
tal como el sol aflige
las sombras más oscuras
que viste con rubor y galanura.

II

No es que nuestros años, ya crecidos,

estén entretejidos con suspiros
y tarde la sonrisa tras la afrenta
o que la herida cicatrice lenta.
Hoy la memoria evoca
a los muertos de otrora.
Por todo eso, nuestra alegría es turbia,
no sube al arco-iris con la lluvia,
que nos sonríe tras llegar las nubes.
Si la tormenta estalla nos tornamos lúgubres
y un vacío interior nos vuelve locos.
Con los juguetes rotos
por nuestra infantil risa,
el báculo hemos roto que, al fin, nos sostenía.

Con gran tacto y delicadeza, Iona había elegido aquella canción, aun cuando su contenido entrañaba una gran carga de tristeza; porque cuando estamos tristes se nos antoja hiriente comprobar la alegría de otros, y el mejor remedio para nuestro consuelo es acudir a la propia melancolía, que atenúa la oscuridad de nuestro pensamiento que en modo alguno puede ser iluminado por la felicidad; así se diluye el horizonte, rígido y preciso de nuestro dolor y nos abre las puertas a la contemplación de nuestros pesares idealizados. Del mismo modo que se utiliza la aplicación de sanguijuelas para extraer a la superficie los humores internos de una herida infectada, mientras que en otra limpia son expulsados espontáneamente, eliminando así peligros en ocasiones mortales, en lo que se refiere a los venenos que afectan al pensamiento es preciso crear una tristeza irreal que absorba y elimine el dolor que roe el corazón. Así pues, Apaecides, rindiéndose a la influencia de la voz argentina de su hermana, que le devolvía al pasado y le recordaba las pequeñas penalidades que sufrió en aquellos tiempos, olvidó sus pesares más inmediatos y más profundos, determinantes de su angustioso estado de ánimo. Durante horas estuvo pidiendo a su hermana que le cantase o que hablase con él; y, cuando se levantó para marcharse, su mente se hallaba más apaciguada y serena.

—Iona —dijo, estrechándole la mano—. Si oyeses mi nombre denostado y calumniado, ¿darías crédito a los que me calumniasen?

—Nunca, querido hermano, nunca.

—¿No crees, de acuerdo con tus creencias, que el que hace daño debe ser castigado y el que practica el bien recompensado?

—¿Cómo puedes dudarlo?

—¿Crees, entonces, que el que es bueno debe sacrificar todos sus intereses personales en el ejercicio de su virtud?

—El que así obra queda equiparado a los dioses.

—¿Y no opinas que, de acuerdo con el desinterés y el valor del que así actúa, tiene que recibir un premio glorioso más allá de la tumba?

—Nos han enseñado a que esperemos eso.

—Bésame, hermana… Una pregunta más. Sé que vas a casarte con Glauco y es posible que ese matrimonio pueda separamos aún más sin remedio. Pero no hablemos de ello ahora… Vas a casarte con Glauco… ¿Le amas? No, hermana mía, dímelo con palabras.

—Sí —murmuró Iona, ruborizándose.

—¿Estarías dispuesta a renunciar a tu orgullo, a enfrentarte con el deshonor y a desafiar la muerte por su causa? He oído decir que las mujeres que aman de verdad lo hacen hasta tal extremo.

—Hermano, si tuviese que hacer todo lo que dices por Glauco, no lo consideraría un sacrificio. El sacrificio no existe para el que ama. Todo se sobrelleva por aquellos a quienes amamos.

—De acuerdo. Si una mujer siente todo esto por un hombre, ¿qué no tiene que hacer un hombre por su Dios?

No habló más. Toda su persona pareció informada, inspirada por un aliento divino; su pecho se ensanchó con orgullo; sus ojos brillaron; en su frente se leía la majestad de un hombre que había logrado ennoblecer su alma. Levantó la mirada y se encontró con los ojos de Iona: temerosos, serios, preocupados. La besó con ternura y la estrechó contra su pecho con fervor. Y un instante más tarde, dejaba la casa.

Iona permaneció absorta y sin pronunciar una palabra en el mismo lugar. Las sirvientas fueron a avisarla una y otra vez para decirle que la tarde avanzaba y se aproximaba la hora del banquete de Diomedes. Por fin

despertó de su ensoñación y se preparó para la fiesta, no con el afán de exaltar su belleza, sino con melancolía e indiferencia. Sólo un pensamiento la reconciliaba con su prometida asistencia al banquete. Allí encontraría a Glauco y podría confiarle todos los temores e inquietudes que sentía por su hermano.

Capítulo III

Una reunión elegante y una cena à la mode[305] *en Pompeya*

Mientras tanto, Salustio y Glauco caminaban lentamente hacia la casa de Diomedes. A pesar de sus hábitos de vida, Salustio no carecía de cualidades muy estimables. Hubiese podido ser un excelente amigo, un útil ciudadano —en una palabra, un hombre de provecho—, si no se le hubiese metido en la cabeza considerarse un filósofo. Educado en las escuelas de Roma en las que se plagiaba el venerable eco de la sabiduría griega, se había embebido de aquellas doctrinas con lasque los epicúreos tardíos corrompían las más elementales máximas de su gran maestro. Se entregaba exclusivamente al placer e imaginaba que no existía mayor sabiduría que la de ser un buen amigo de juergas. Sin embargo, poseía un considerable arsenal de conocimientos, de ingenio y de bondad; la cordial franqueza con

la que hablaba de sus vicios podía considerarse como virtud, comparada con la absoluta corrupción de Clodio o el enfermizo afeminamiento de Lépido; y en consecuencia, Glauco le consideraba el mejor de sus amigos; y él, a su vez, estimando las nobles cualidades del ateniense, le apreciaba casi tanto como a un plato de morena fría o un vaso del mejor vino de Falerno.

—Este viejo Diomedes —dijo Salustio— es un tipo vulgar, pero tiene ciertas buenas cualidades… ¡en su bodega!

—Y otras encantadoras, como su hija.

—Cierto, Glauco, pero no creo que a ti te seduzcan mucho. Parece que Clodio se ha erigido en tu sucesor.

—Que le aproveche… En el banquete de la bella Julia, ningún invitado será considerado como una *musca*[306].

—Eres severo en exceso. Hay algo en ella que recuerda a una pintura corintia… Después de todo, harían una buena pareja… Demostramos ser personas muy tolerantes al aceptar como amigo a ese jugador que no sirve para nada.

—Es agradable tratar a gente extraña… —contestó Glauco—. A mí me divierte.

—Y te halaga…, aunque se lo cobra con creces. Baña sus alabanzas con polvo de oro.

—A veces insinúas que hace trampas en el juego… ¿De verdad lo crees?

—Mi querido Glauco, un noble romano tiene que guardar siempre su dignidad. Y la dignidad cuesta dinero. Clodio no tiene más remedio que hacer trampas como un villano para poder vivir como un caballero.

—¡Ja, ja! Últimamente, he dejado de jugar a los dados. Ah, Salustio, cuando esté casado con Iona espero ser capaz de redimir mi juventud, plagada de estupideces. Los dos hemos nacido para fines más altos, y ambos merecemos rendir culto en templos más dignos que la *stoa*[307] de Epicuro.

—Mira… —contestó Salustio, con voz melancólica—. ¿Qué sabemos nosotros de todo esto, excepto que la vida es corta y que má sallá de la tumba hay sólo oscuridad? No existe más sabiduría que la de gozar mientras estemos aquí.

—¡Por Baco! Dudo que *podamos* gozar al máximo de todo lo que la vida es capaz de ofrecernos.

—Yo soy un hombre moderado —contestó Salustio— y nunca exijo «lo máximo». Somos como criminales condenados y nos intoxicamos con vino y mirra, mientras nos hallamos al borde de la muerte; y sino lo hiciéramos así, la visión de ese abismo resultaría muy desagradable. Reconozco que tenía tendencia al pesimismo hasta que comencé a beber… Entonces inicié una nueva vida, Glauco.

—Sí, una vida que trae cada mañana una nueva muerte.

—Sí, reconozco que la mañana siguiente es desagradable. Pero sino fuese así, uno nunca se pondría a leer. Yo estudio siempre en la cama, porque, por los dioses, no sirvo para otra cosa hasta el mediodía.

—Uf, eres un escita[308].

—Psé… El que niega a Baco, que sufra el destino de Penteo[309].

—Mira, Salustio, a pesar de todos tus defectos, eres el mejor libertino que he conocido jamás. Y estoy seguro de que, si mi vida peligrase, tú serías la única persona en Italia que movería un dedo para salvarme.

—Si estuviese cenando, quizá no lo haría. La verdad es que nosotros, los italianos, somos terriblemente egoístas.

—Como todos los que carecen de libertad —dijo Glauco, con un suspiro—. La libertad obliga al hombre a sacrificarse por los demás.

—En tal caso, la libertad debe ser una cosa muy fatigosa para un epicúreo —opinó Salustio—. Ya estamos en casa de nuestro anfitrión.

Como la villa de Diomedes es una de las de mayor tamaño entre todas las descubiertas en Pompeya y está, además, construida de acuerdo con las normas específicas de las viviendas suburbanas establecidas por la arquitectura romana, quizá no carezca de interés describir aquí la distribución de las habitaciones por las que pasaron nuestros visitantes.

Entraron por el mismo pequeño vestíbulo en el cual hemos presentado al lector al viejo Medón y pasaron inmediatamente a la columnata, conocida técnicamente como peristilo. La principal diferencia entre una villa de las afueras y una casa de la ciudad consistía en que, en las primeras, la citada columnata ocupaba idéntico lugar que el *atrium* en las moradas urbanas. En el centro del peristilo había un patio descubierto que contenía el *impluvium*.

Desde este peristilo una escalera descendía a los servicios y un estrecho pasillo comunicaba en el otro lado con el jardín; varias habitaciones pequeñas rodeaban la columnata, destinadas, probablemente, a visitantes procedentes del campo. Otra puerta, situada a la izquierda de la entrada, daba paso a un pequeño pórtico triangular, que pertenecía a la zona doméstica de los baños. Detrás estaba el guardarropa, donde dejaban los esclavos sus vestidos de fiesta y, a veces, también los de sus dueños. Diecisiete centurias más tarde se encontraron restos de antiguas prendas, calcinadas y casi desechas: habían durado bastante más de lo calculado por sus prósperos dueños.

Volvamos al peristilo e intentemos ahora proporcionar al lector un *coup d'oeil*[310] a todas las habitaciones que se abrían ante los pasos de los visitantes.

Dejemos que el lector imagine las columnas del pórtico decoradas con guirnaldas de flores; las basas de tales columnas, pintadas de rojo, y las paredes de alrededor decoradas con distintas figuras al fresco; después, mirando a través de una cortina, corrida en sus tres cuartas partes, se descubría el *tablinum o* salón (que podía cerrarse a discreción por medio de puertas correderas de cristal, ahora empotradas en las paredes). Y a cada lado del *tablinum* había pequeñas habitaciones, una de las cuales hacía las veces de gabinete de joyas; estos cuartos, al igual que el propio *tablinum,* comunicaban con una larga galería que iba a dar a uno de los extremos de las terrazas; y entre éstas y la galería se encontraba un gran comedor en el que se había preparado el banquete. Todas estas habitaciones, casi al nivel de la calle, se hallaban un piso más arriba del jardín; las terrazas que daban a la galería continuaban en forma de pasillos que, sostenidos sobre grandes pilares, rodeaban el jardín a inferior altura. Más abajo, junto al jardín, se encontraban las habitaciones que va hemos descrito y que correspondían a Julia.

En la galería a la que acabamos de referirnos, estaba ahora Diomedes, recibiendo a sus invitados.

El mercader, que pretendía pasar por un hombre de letras y afirmaba sentir verdadera pasión por todo lo que procedía de Grecia, prestó particular interés a la presencia de Glauco.

—Ya ves, mi buen amigo —dijo, con un gesto amplio de su mano—, que todo lo que hay aquí posee un cierto matiz clásico, un poco cecropiano[311], ¿verdad? El cuarto en el que vamos a cenar imita la decoración griega. Es una especie de Oecus Cyzicene[312] Noble Salustio, según me han dicho, ni en Roma existe una habitación como ésta.

—Oh —exclamó Salustio, con una media sonrisa—. Los pompeyanos sabéis combinar muy bien lo mejor de Grecia y de Roma. Y espero, Diomedes, que tu comida esté a la altura de tu arquitectura.

—Ya veremos, amigo Salustio, ya veremos —replicó el mercader—. En Pompeya gozamos de buen gusto y tenemos dinero.

—Ambas cosas son excelentes —dijo Salustio—. Ah, mirad, ahí viene nuestra anfitriona Julia.

Como he hecho notar anteriormente, la mayor diferencia que existía entre griegos y romanos consistía en que, mientras entre los primeros las mujeres honestas rara vez tomaban parte en fiestas y convites, entre los segundos eran un ornamento más que enaltecía los banquetes. No obstante, cuando asistían a una fiesta de este tipo, éstas solían concluir más temprano de lo habitual.

Magníficamente ataviada con una túnica blanca, en la que se entretejían perlas e hilos de oro, la hermosa Julia entró en la habitación.

Apenas había recibido el saludo de los dos invitados, cuando Pansa y su mujer, Lépido, Clodio y el senador romano llegaron casi al mismo tiempo; después lo hizo la viuda Fulvia, y luego el poeta Fulvio, cuya única similitud con la viuda era su nombre; el guerrero de Herculano, acompañado de su *umbra*[313], apareció un poco más tarde; y a continuación lo hicieron los invitados de menor categoría; sin embargo, Iona se retrasaba.

Era costumbre habitual entre aquellos antiguos cortesanos adularse entre sí siempre que tuviesen oportunidad de ello. De acuerdo con tal principio, era considerado de pésima educación sentarse inmediatamente después de entrar en casa del anfitrión. Después de proceder al correspondiente saludo, que generalmente consistía en un cordial apretón de manos, uso todavía habitual entre nosotros, y algunas veces en un familiar abrazo, se detenían unos minutos observando el vestíbulo y admirando los bronces, las pinturas y los muebles que lo decoraban, actitud que resultaría

poco acorde con las refinadas maneras de los ingleses de hoy, que basan la buena educación en la indiferencia. Nosotros por nada del mundo expresaríamos nuestra admiración por la casa de otra persona, por temor a que creyesen que nunca habíamos visto nada tan hermoso.

—Es una bella estatua ésta de Baco —dijo el senador romano.

—Bah…, una tontería —contestó Diomedes.

—Qué frescos más preciosos —comentó la viuda Fulvia.

—Cosas sin importancia —replicó su propietario.

—Exquisitos candelabros… —sentenció el guerrero.

—Exquisitos… —repitió su sombra.

—Bagatelas, bagatelas… —reiteró el mercader.

Mientras tanto, Glauco se desplazó hasta una de las ventanas dela galería, que comunicaba con las terrazas, y se encontró con la bella Julia a su lado.

—¿Es una virtud ateniense, Glauco —preguntó la hija del mercader—, eludir a los que desean encontrarte?

—No, bella Julia…

—Pues creo que es una de las características de Glauco.

—Glauco nunca elude a un *amigo* —replicó el griego, haciendo énfasis en la última palabra.

—¿Puede Julia incluirse en la categoría de sus amigos?

—Sería un honor propio de emperadores poseer un amigo tan bello.

—Eludes mi pregunta —insistió la enamorada Julia—. Pero dime, ¿es verdad que admiras a la napolitana Iona?

—¿Acaso la belleza no merece nuestra admiración?

—Ah, sutil Glauco, aún sigues eludiendo el sentido de mis palabras. Contéstame, ¿puede Julia considerarse de verdad como tu amiga?

—Si ella me otorga tal favor, benditos sean los dioses. El día en que merezca tal privilegio, lo marcaré con piedra blanca.

—Y, sin embargo, mientras te hablo, tu mirada es opaca, el color de tus mejillas va y viene, sientes impulsos involuntarios de marcharte…, te muestras tan impaciente por estar junto a Iona… __

En aquel momento, Iona había entrado en la casa y, en efecto, Glauco no pudo evitar la emoción que despertó los celos de la otra belleza.

—¿Acaso puede la admiración por una mujer impedir mi amistad con otra? ¡No debes creer, oh Julia, los libelos que lanzan los poetas contra tu sexo!

—Sí, tienes razón. Intentaré aprender a comportarme como dices. Espera un instante, Glauco. Tú y Iona vais a casaros, ¿no es así?

—Si los Hados lo permiten, esa es mi gran esperanza.

—Entonces, y en prueba de nuestra nueva amistad, acepta un regalo para tu prometida. Ya sabes que es costumbre entre amigos ofrecer un obsequio a los novios, como muestra de afecto y de deseo de felicidad.

—Julia, jamás podría rechazar una demostración de amistad de una persona como tú. Aceptaré tu regalo como si fuese un don de la misma Fortuna.

—Entonces, después de la fiesta, cuando se vayan los invitados, baja a mis habitaciones y recíbelo de mis propias manos. ¡No lo olvides! —añadió Julia, mientras se unía a la mujer de Pansa, y Glauco marchaba al encuentro de Iona.

La viuda Fulvia y la esposa del edil estaban inmersas en una agitada y seria conversación.

—Oh, Fulvia. Te aseguro que las últimas noticias de Roma anuncian que el peinado de rizos encrespados está pasando de moda; ahora empieza a llevarse simplemente recogido sobre la cabeza como una torre, tal como lo lleva Julia, o como si se tratase de un yelmo. Es la moda *galeriana*[314]. Puedes observarla en mí; creo que causa su impacto. Y puedo asegurarte que Vespio (Vespio era el nombre del héroe de Herculano) lo admira enormemente.

—¿Y nadie lleva el cabello a la manera griega, como la napolitana?

—¿Cómo? ¿Partido por la mitad y recogido con un moño en la nuca? ¡Oh, no…! Es ridículo, me recuerda la estatua de Diana. No obstante, Iona está guapísima, ¿no te parece?

—Eso dicen los hombres, pero como es rica… Parece que va a casarse con el ateniense. Bien, le deseo felicidad, aunque temo que él no le sea fiel durante mucho tiempo. Esos extranjeros son tan casquivanos…

—¡Oh, Julia…! —exclamó Fulvia, cuando se unió a ellas la hija del mercader—. ¿Aún no has visto el tigre?

—No.

—Pero, cómo… Todas las matronas han ido a verlo.

—Espero que podamos encontrar uno o dos criminales para él y para el león —contestó Julia—. Tu marido —se volvió hacia la mujer de Pansa— no se muestra tan activo como debiera en este asunto.

—Bueno, las leyes son tan estrictas y benévolas —replicó la del peinado en forma de casco—, que existen muy pocos delitos que puedan ser castigados con la muerte en la arena. Y, por otra parte, los gladiadores se están volviendo tan afeminados… Los *bestiarii*[315] más fuertes afirman que no tendrían inconveniente en enfrentarse con un jabalí o con un toro, pero nunca con un león o un tigre. Piensan que estos animales son demasiado para ellos.

—Merecerían ser coronados con una mitra[316] —comentó Julia, con desprecio.

—Oh…, ¿habéis visto la nueva casa de Fulvio, nuestro querido poeta? —preguntó la mujer de Pansa.

—No. ¿Es hermosa?

—Mucho, de excelente gusto. Pero, según me han dicho, tiene unas pinturas muy indecorosas. Se niega a que las vean las mujeres…, ¡qué mal educado!

—Estos poetas son siempre tipos raros —dijo la viuda—, pero Fulvio es un hombre interesante y escribe unos versos preciosos. Estamos mejorando mucho en poesía. Ahora es imposible leer a los antiguos.

—Estoy completamente de acuerdo —declaró la matrona del casco—. Hay mucha más fuerza y energía en la escuela moderna.

El guerrero se unió a aquellas damas.

—Al contemplar vuestros rostros me reconcilio con la paz —dijo.

—¡Oh, vosotros, los héroes, siempre tan aduladores! —replicó Fulvia, dispuesta a apropiarse del piropo en exclusiva.

—Por esta cadena que recibí de la misma mano del emperador —contestó el guerrero, jugueteando con las manos con la cadena que le colgaba del cuello y apenas le llegaba al pecho, como era moda entre los amantes de la paz—, por esta cadena, te digo que te equivocas. Yo soy un hombre obtuso, que es lo que corresponde a un soldado.

—¿Qué opinas, en general, de las mujeres de Pompeya? —preguntó Julia.

—¡Por Venus, son preciosas! Me distinguen con su afecto y, claro, eso me induce a que se me antojen doblemente encantadoras.

—Nos gustan los guerreros —afirmó la mujer de Pansa.

—¡Por Hércules, ya lo veo! Resulta hasta desagradable ser tan agasajado en estas ciudades. En Herculano, la gente se sube hasta el tejado de mi atrio para echarme un vistazo a través del *compluvium*[317]; la admiración de los conciudadanos resulta grata al principio, pero se convierte en algo muy fastidioso con el tiempo.

—Es verdad, es verdad, oh Vespio —asintió el poeta, integrándose al grupo—. A mí me ocurre lo mismo.

—¿A ti? —se extrañó el poderoso guerrero, paseando la mirada por la pequeña figura del poeta, con inefable desdén—. ¿En qué legión has servido?

—Puedes ver mis trofeos y mis botines en el mismísimo foro[318] —contestó el poeta, dirigiendo una mirada significativa a las mujeres—. Entre mis compañeros de tienda he tenido a los *contubernales*[319] del gran general de Mantua.

—No conozco a ningún general de Mantua —dijo el guerrero, con gravedad—. ¿En qué campañas has servido?

—En la de Helicón[320].

—Nunca he oído hablar de ella.

—Vamos, Vespio, ¿no te das cuenta de que está bromeando? —terció Julia, riendo.

—¿Bromeando? ¡Por Marte! ¿Acaso soy yo un hombre al que se le pueden gastar bromas?

—Sí, el propio Marte se enamoró de la madre de las bromas[321] —afirmó el poeta, con cierta alarma—. Además, entérate, oh Vespio, de que soy el poeta Fulvio. Soy yo quien hace inmortales a los guerreros.

—Los dioses no lo permitan —susurró Salustio a Julia—. Si Vespio fuese inmortalizado, menudo pedazo de charlatán legaríamos a la posteridad.

El soldado se mostró desconcertado, cuando, para su alivio y el de sus acompañantes, se anunció que el banquete iba a comenzar.

Como ya fuimos testigos en casa de Glauco del rutinario ceremonial de una comida pompeyana, eximimos al lector de una segunda relación de platos y de la manera como se presentaban.

Diomedes, hombre muy ceremonioso, había colocado una tarjeta con el nombre de cada invitado en el sitio que le correspondía.

El lector debe saber que en el lugar del banquete se habían colocado tres mesas; una en el centro de la habitación y dos a cada uno de los lados. Los comensales se reclinaban sólo en la parte externa de las mesas, de modo que el espacio interior quedaba libre para mayor comodidad de sirvientes o *ministri*[322]. En el extremo de una de las alas se sentaba Julia, en su calidad de anfitriona del banquete, que ocupaba el lugar que como tal correspondía, junto a su padre, Diomedes. En una de las esquinas de la mesa central se colocó al edil y en la otra al senador romano. Aquellos eran los puestos de honor. El resto delos invitados estaban distribuidos de manera que los más jóvenes (damas y caballeros) se sentasen uno junto a otro y los de edad más avanzada con idéntico criterio. Una buena organización que con frecuencia puede molestar a los que piensan que aún son jóvenes.

La silla de Iona se encontraba, pues, al lado del diván de Glauco[323]. Los asientos estaban chapeados de concha de tortuga y cubiertos con edredones de pluma, ornados con ricos bordados. Los modernos centros de mesa estaban constituidos por imágenes de los dioses labradas en bronce, marfil y plata. Tampoco faltaban los familiares Lares y el sagrado salero. Sobre mesas y asientos colgaba un precioso tapiz, suspendido del techo. A cada uno de los extremos de las mesas había altos candelabros encendidos, puesto que, a pesar de que el banquete tenía lugar a primeras horas de la tarde, la habitación estaba casi a oscuras, mientras que de trípodes situados en distintos lugares de la estancia surgían los aromas del incienso y de la mirra. Sobre una especie de vitrina o de aparador se distinguían diversas jarras y adornos de plata, expuestos con la misma ostentación (pero, sin duda, con mejor gusto) con que hoy se exhiben en situaciones similares.

La costumbre de bendecir la mesa se realizaba mediante libaciones a los dioses; y Vesta, la diosa del resto de las deidades del hogar, erala primera en

recibir aquel cálido homenaje.

Una vez realizada esta ceremonia, los esclavos lanzaron flores sobre los asientos y el suelo y coronaron a todos los invitados con guirnaldas de rosas, entretejidas con cintas de forma complicada y unidas con pedazos de corteza de tilo; todas ellas ofrecían también algunas hojas de hiedra y violeta, supuestamente eficaces contra los efectos del vino. Las guirnaldas de las mujeres carecían de estas hojas, ya que no acostumbraban a beber vino en *público*. Fue entonces cuando Diomedes, en su calidad de presidente, juzgó oportuno instituir a un *basileus*[324] o director del banquete, cargo importante, a veces nombrado al azar, y otras, como en nuestro caso, por el dueño de la casa donde se celebraba el festejo.

Diomedes no tuvo muchos problemas para efectuar esa elección. El inválido senador romano era demasiado serio y enfermizo para poder cumplir con los deberes del cargo; el edil Pansa, si bien era persona adecuada, quedaba eliminado por su condición de servidor público de condición inferior al senador, lo que hubiese supuesto un agravio para éste último. Y mientras repasaba mentalmente acerca de los méritos de los restantes comensales, sus ojos se detuvieron en la mirada divertida de Salustio, y por inspiración repentina, otorgó al jovial epicúreo el cargo de director o *arbiter bibendi*[325].

Salustio recibió el nombramiento con decorosa humildad.

—Seré un rey misericorde con los que beban bien —dijo—. Con los que se nieguen, seré más inexorable que Minos[326]. ¡Así que, ojo!

Los esclavos entregaron a cada comensal un recipiente de agua perfumada, y con aquel lavatorio de manos dio comienzo el banquete: en las tres mesas se sirvió el plato inicial.

La conversación, al principio falta de interés y dispersa, permitió a Iona y a Glauco pronunciar tiernos susurros que valían más que toda la elocuencia de este mundo. Julia los observaba con ojos deslumbrantes.

«Muy pronto me encontraré en el lugar de ella», pensó.

Clodio, que estaba sentado en el centro de la mesa, para observara placer la persona de Julia, adivinó su desagrado y decidió sacar partido de ello. Se dirigió a la joven a través de la mesa y pronunció unas frases de tópica galantería. Y como era un hombre de noble cuna y de aspecto

atractivo, la vanidosa Julia no estaba lo suficientemente enamorada como para desatender a sus atenciones.

Entre tanto, los esclavos permanecían en todo momento alerta para satisfacer los requerimientos del vigilante Salustio, que parecía decidido, copa tras copa, a agotar las enormes bodegas que el lector puede ver aún debajo de la casa de Diomedes. El probo mercader comenzaba a lamentar su elección, mientras veía cómo las ánforas se abrían y se vaciaban una tras otra. Los esclavos, todos ellos por debajo de la edad juvenil (el más joven no llegaba a los diez años, y era el encargado de servir el vino; y el mayor, de unos quince, lo mezclaba con agua), parecían participar en el entusiasmo de Salustio, y el rostro de Diomedes comenzó a encenderse de indignación mientras observaba la complacencia, un tanto provocativa, con la que los jóvenes obedecían las órdenes del rey del banquete.

—Perdóname, oh senador —dijo Salustio—, pero observo que te moderas; el borde rojo de tu túnica no debe impedir que bebas.

—Por los dioses —replicó el senador, tosiendo—. Mis pulmones están ya abrasados; llevas el banquete con tal velocidad, que perderías de vista al propio Faetonte[327]. Estoy enfermo, mi admirado Salustio, y debes perdonarme.

—¡Por Vesta que no pienso hacerlo! Soy un monarca imparcial. Bebe.

El pobre senador, en obediencia a la ley de la mesa, se vio obligado a cumplir la solicitud de Salustio. Y, ¡ay!, cada copa le llevaba cada vez más cerca de la laguna Estigia.

—Cuidado, cuidado, gran monarca… —gruñó Diomedes—. Estamos empezando a…

—¡Traición…! —interrumpió Salustio—. No quiero aquí exigentes Brutos[328]. No acepto interferencias en el ejercicio de mi realeza.

—Pero nuestras invitadas…

—Amo a todo el que bebe. ¿No se enamoró hasta la locura Ariadna[329] de Baco?

La fiesta siguió y los invitados comenzaron a charlar con bullicio y sin interrupción; el postre o último plato estaba ya en la mesa y después los esclavos ofrecieron de nuevo el agua perfumada con hisopo[330] y mirra para el lavatorio final de manos. Al mismo tiempo, una plataforma circular

que se veía colocada frente a los invitados se abrió de repente, como por arte de encantamiento y comenzó a despedir un fragante chaparrón de vapor aromatizado que cayó sobre las mesas y sus ocupantes. Al cesar aquella extraña lluvia, el tapiz que se sostenía sobre las cabezas de los invitados comenzó a correrse hacia uno de los lados y apareció una soga extendida paralelamente bajo el techo, sobre la que danzaba en inestable equilibrio uno de aquellos ágiles funámbulos tan celebrados en Pompeya, cuyos descendientes añaden aún un toque de gracia y encanto a nuestras ferias de Astley o de Vauxhall, atravesando el aéreo espacio caminando sobre sus cabezas.

Aquella aparición gravitando tan sólo de una cuerda sobre el pericráneo de los presentes y ocupada en dar aparatosos saltos con la aparente intención de aterrizar sobre la delicada región cerebral de quienes lo presenciaban, sería probablemente contemplada con verdadero terror en nuestras fiestas de May Fair[331]. Pero aquellos alegres pompeyanos observaban el espectáculo con divertida curiosidad y aplaudían en proporción al peligro de que el danzarín pudiese caer sobre la cabeza que desde la altura había elegido para continuar con sus malabarismos. Le cupo en suerte al senador la peculiar distinción de estar a punto de recibir sobre su cráneo el cuerpo del equilibrista, que de pronto cayó de la maroma, a la que pudo en última instancia agarrarse con una mano, salvando así la cabeza del romano, que hubiese quedado —tal como comentaron más tarde todos los asistentes a la fiesta— más destrozada que la del poeta a quien un águila tomó por una tortuga[332]. Al fin, con gran alivio al menos para Iona, que no estaba acostumbrada a aquella clase de divertimentos, el equilibrista se detuvo, al distinguir todos los acordes de una música que venía desde fuera. Después, el funámbulo volvió a danzar aún con mayor agitación que antes; cambió el ritmo de la melodía y volvió a serenarse; no, la música no podía liberarle del encantamiento que padecía. El danzante representaba a alguien que, por un extraño desarreglo en su persona, se veía obligado a danzar y a quien tan sólo una determinada melodía era capaz de curar[333]. Por fin, pareció que el músico dio con las notas adecuadas; el equilibrista dio un gran salto, descendió al suelo y desapareció.

Un arte seguía a otro; los músicos, que se hallaban agrupados en el exterior de la terraza, entonaron una suave y meliflua melodía en la que se cantaban los siguientes versos, cuyas palabras resultaban difíciles de distinguir por la distancia que los separaba y el tono, en exceso bajo, del coro.

LA MÚSICA FESTIVA DEBE CANTARSE TENUEMENTE

I

Por medio de estas flores, la música os alegra
en vuestro comedor donde Psilas[334] guarda el día;
pues cuando el joven dios halló su ninfa en Creta,
con la flauta de Pan cantó esta melodía:
tenue como el rocío en la uva
bebed en esta hora pura,
la rica libación del río del sonido
que Afrodita con su arpa os ha ofrecido.

II

Los timbales del triunfo para los que han vencido,
la más sublime música que guerra ha conocido.
Pero el labio más dulce bajo guirnalda aduce
que cuanto son más tenues, los susurros más dulces.
Despacio, lentamente, llegue la melodía
como voz de mujer reposada y querida,
para que quien la oiga pueda sentir mejor
en tu voz la de aquella por la que siente amor.

Al concluir la canción, las mejillas de Iona estaban más encendidas que nunca y Glauco osó, bajo la protección de la mesa, tomarla dela mano.

—Es una bonita canción —dijo Fulvio, con benevolencia.

—Ah, si tú nos honrases… —murmuró la mujer de Pansa.

—¿Pretendes que Fulvio cante? —preguntó el rey del banquete, que acababa de proponer a todos los presentes un brindis a la salud del senador de Roma, consistente en beber una copa de vino después de cada una de las letras que componían su nombre.

—¿No puedes pedírselo tú? —solicitó de Salustio la matrona, lanzando una mirada al poeta.

Salustio chascó los dedos, murmuró algo al oído del esclavo, que se acercó a él para cumplimentar sus órdenes, y al poco rato apareció de nuevo el servidor con una pequeña arpa en una mano y un ramo de mirto en la otra.

El esclavo se acercó al poeta y con una gran reverencia le ofreció el arpa.

—Lo siento, no sé tocarla —se excusó el poeta.

—Entonces tienes que cantar al mirto. Es la moda griega, y Diomedes ama a los griegos, y yo también y tú asimismo los amas. Todos amamos a los griegos, aunque de ti para mí es ésta la única costumbre que les he copiado. De todos modos, me alegra introducirla aquí. Yo soy el rey…, canta, súbdito, canta…

El poeta, con una sonrisa tímida, tomó el mirto en sus manos y, tras un breve prólogo, cantó lo siguiente, con voz agradable y entonada:

La coronación de los amores[335]

I

Los alegres amores de vacación
saltan alegres con grande fruición.
Pero el amor que dura apenas juega
sin que le llegue alguna pena.
Ríen, corren, saltan de aquí a allí
y después, si te veo no me acuerdo.
Ay, ay, ¿por qué riñen así?
Lesbia mía, oh ámame, por favor,
puesto que no hace aún ni una hora,
era eso lo que me dabas: amor.

II

Los amores se creen inmortales,
ni rey ni ley los tratan como iguales.
Pero dioses y hombres siempre están
sujetos a la ley, dice el refrán.
Nuestro convite un rey ha elegido
para que imponga su mejor sentido.
Un beso, ay, horrible cosa
para los dos sería, niña hermosa,
si un rey se los prohibiera a su grey,
exigiendo un respeto hacia la ley.

III

Entre nuestros juguetes escolares,
el casco de Ares se halló con su plumero
y su aspecto asustó a los dioses lares,
por su cresta de pelo de camello.
Jamás existió un rey tan bravo y bello
y pusieron el yelmo en los altares.
Niña, si el valor vence al mundo,
siempre habrá algún tirano nauseabundo.
Ábreme tu abanico de sonrisas
y yo ganaré el mundo más deprisa.

IV

El casco vio que los amores eran
una tropa difícil de domar;
y los guerreros saben que hasta un niño
con frecuencia los puede engañar.
Tan imposible le hicieron la vida
que se casó para aliviar su herida;
si hasta los reyes creen que la lucha

por la vida en solitario es dura,
compartir quiero contigo mi dolor:
ven, compañera, venme a dar tu amor.

V

En la alcoba del ave del amor
se conoce el secreto de la pena.
El rey dio a su paloma bienvenida
y la puso a su lado como reina.
De alegría rieron los amores:
—Larga vida a nuestra reina y rey…
¡Ah, Lesbia, si esos tronos tuviera
y coronar tu frente yo pudiera…!
Pero me consta que en tu corazón
no hay otro trono sino el del amor.

VI

El amor quiso herir a la pareja,
como al héroe en pleno corazón
y cuando se presentó ante ella,
la juzgó aún peor que a Nerón.
El ceño fruncido, la voz de la ley,
repasó su vida llena de pasión.
En ti encuentro yo idéntico horror,
ay, ahora que es tarde ya para aprender…
¿Pero existe acaso rostro como el tuyo,
a la vez hermoso e impío en su orgullo?

Aquella canción, que tan bien se adaptaba al carácter imaginativo y alegre de los pompeyanos, fue recibida con considerables aplausos; la viuda Fulvia se empeñó en coronar a su homónimo poeta con la misma rama de mirto a la que había cantado. Una vez convertido enguirnalda, el laurel pasó a coronar la cabeza del inmortal Fulvio en medio de las ovaciones de los

comensales y de los gritos de *Io triumphe!*[336] El arpa y la letra de la canción circuló de mano en mano entre la concurrencia, deteniéndose durante unos instantes en aquellos que se sintieron capaces de entonarla[337].

Había declinado ya el día, pero los invitados no se dieron cuenta de las horas transcurridas, debido a la oscuridad que reinaba en el comedor. Y el senador, que se sentía cansado, y el guerrero, que tenía que regresar a Herculano, se levantaron para irse y dieron así noticia a los demás de que ya era hora de marcharse.

—Esperad un momento, amigos míos —dijo Diomedes—. Ya que queréis iros tan temprano, adelantaremos el programa para que toméis parte en la última atracción.

Con un gesto de la mano hizo que uno de los esclavos se acercara y le murmuró algo al oído; el servidor desapareció y volvió con rapidez, trayendo consigo un pequeño recipiente que contenía varias tablillas, debidamente envueltas y selladas y, aparentemente, idénticas. Cada uno de los invitados tenía que adquirir una de ellas al precio de una moneda de plata de más bajo valor. La gracia de aquella especie de lotería (que había sido la diversión favorita de su introductor, el emperador Augusto) consistía en la desigualdad y en algún caso hasta en la incongruencia de los premios, cuyo importe y naturaleza se especificaba en el interior de las tablillas. Por ejemplo, el poeta, con expresión de disgusto, extrajo del interior de su tablilla uno de sus propios poemas (nunca ningún médico había tragado con tan mala gana su propia receta); al guerrero le correspondió un par de pasadores para el cabello, lo que dio lugar a varios comentarios ingeniosos relativos a Hércules y la rueca[338]; la viuda Fulvia obtuvo una copa de vino; Julia, un broche de caballero, y Lépido, una caja de costura. El regalo más apropiado se lo adjudicó Clodio, que enrojeció de ira al contemplar en su mano un par de dados trucados[339].

Una cierta frialdad acabó con la alegría que en un principio había despertado aquel sorteo, debido a un incidente que se consideró aciago: Glauco obtuvo el mejor de los premios, una pequeña estatua de mármol de la diosa Fortuna, producto de la artesanía griega. Cuando se disponía a

recogerla de manos de un esclavo, la talla resbaló entre las manos de éste y se partió en mil pedazos.

Un escalofrío corrió por la espalda de los allí reunidos y todos comenzaron a recitar, de forma espontánea, plegarias a los dioses para librarse del mal augurio que suponía aquel accidente. Glauco fue el único que, a pesar de ser tan supersticioso como los demás, permaneció encalma, sin verse afectado por el hecho.

—Dulce napolitana —susurró con ternura a Iona, que palideció tan pronto como vio el mármol despedazado—. *Acepto* el mal augurio. Significa que, al tenerte a ti, la diosa Fortuna no puede ofrecerme nada más; destruye su propia imagen y me bendice entregándote a mí.

Para disipar la impresión creada por aquel contratiempo que, considerando la naturaleza de las personas allí reunidas, dio lugar a todo tipo de comentarios milagreros y supersticiosos —tal como hoy ocurriría con cualquier dama que en un té entre propietarios rurales se deprime al darse cuenta de que ha salido del comedor en decimotercer lugar—. Salustio decoró su copa con flores y brindó a la salud de su anfitrión. Idéntico honor propuso hacia el emperador; y después solicitó de todos que apuraran una última copa para pedir a Mercurio que les concediese felices sueños[340]. Con esta postrera libación, concluyó el convite y se dispersaron los invitados.

Tanto los carruajes como las literas eran poco usados en Pompeya, debido a la extrema estrechez de las calles y por las reducidas dimensiones de la ciudad. La mayoría de los invitados se calzaron de nuevo las sandalias, de las que se habían despojado al entrar en la sala del banquete y, envolviéndose en sus capas, abandonaron la casa a pie, seguidos por sus esclavos.

Tras ver cómo Iona se marchaba, Glauco se dirigió hacia la escalera que llevaba a las habitaciones de Julia y guiado por un esclavo penetró en una pequeña sala donde encontró a la hija del mercader.

—Glauco —dijo, bajando la mirada al suelo—. Me he dado cuenta de que amas de verdad a Iona. Es tan bella…

—El encanto de Julia consiste en su generosidad —replicó el griego—. Sí, amo a Iona; y estoy seguro de que entre los muchos jóvenes que

frecuentan tu compañía debe haber alguno que te adore con la misma sinceridad.

—Pido a los dioses que así sea. Mira, Glauco, estas perlas son el regalo que reservo para tu novia, con mi deseo de que Juno[341] le otorgue buena salud.

Diciendo tales palabras, colocó un pequeño estuche en su mano que contenía una hilera de perlas de considerable tamaño y precio. Era costumbre que las personas que se encontraban a punto de casarse recibiesen regalos de aquel tipo y, en consecuencia, Glauco no tuvo el menor escrúpulo en aceptar aquel collar, aunque el galante y orgulloso ateniense decidiese interiormente compensar el obsequio con otro que superase tres veces su valor. Julia interrumpió sus manifestaciones de agradecimiento y vertió un poco de vino en una pequeña copa.

—Has brindado varias veces con mi padre —dijo, sonriente—. Toma una copa conmigo. Salud y fortuna para la novia.

Tocó la copa con sus labios y después se la pasó a Glauco. La más elemental cortesía exigía que Glauco vaciase el vaso hasta la última gota, y así lo hizo. Julia, ignorante del engaño de que había sido objeto por parte de Nydia, le observó mientras bebía con mirada febril; a pesar de que la bruja le había anunciado que los efectos podían no ser inmediatos, esperaba ansiosamente que el cambio de opinión de Glauco respecto a sus encantos se operase con rapidez. Se sintió defraudada cuando observó cómo Glauco colocaba con indiferencia su vaso sobre la mesa y continuaba hablando con ella con la misma gentileza que antes. Y, aunque intentó detenerle allí todo el tiempo que permitía el decoro, no adivinó cambio alguno en su proceder.

«Pero mañana —pensó, recobrándose de su desánimo—, mañana, adiós Glauco…»

Lamentémonos por él, ciertamente…

Capítulo IV

La historia se detiene un momento para narrar un episodio

Inquieto y lleno de ansiedad, Apaecides consumió el día vagando por los más apartados caminos cercanos a la ciudad. El sol se estaba poniendo sobre un solitario paraje del Sarno, antes de que esta corriente manase con amplio caudal y fuerza. Sólo a través de escasos claros en los bosques y en los viñedos podía verse la blancura y la luminosidad de la ciudad, de la que no se distinguía ruido alguno a aquella distancia ni el rumoreo de hombres dados a sus trabajos. Por las verdes orillas del río aparecían lagartos y saltamontes, y aquí y allí, entre helechales, un pájaro solitario entonaba e interrumpía su canto. Reinaba alrededor una profunda calma, que no era aún la propia de la noche; el aire guardaba el aliento y el frescor de la vida;

la hierba aún palpitaba con el zumbido y el movimiento de sus hordas de insectos; y en la orilla opuesta las gráciles y blancas cabras pastaban sobre la hierba y a veces se inclinaban ante la corriente para beber.

Mientras Apaecides se detenía para observar meditativamente el paso de las aguas, distinguió junto a él el ladrido bronco de un perro.

—Tranquilo, amigo mío —dijo una voz cercana—. La presencia de un desconocido no daña a tu amo.

El converso reconoció la voz y, volviéndose hacia ella, vio a aquel viejo y misterioso anciano que conocimos en la congregación de los nazarenos.

El anciano se sentaba sobre un fragmento de piedra, recubierto con varias capas de musgo; junto a él estaba su cayado y su morral; y a sus pies yacía un perro de escasa envergadura, compañero de quién sabe cuántas peregrinaciones peligrosas y remotas.

El rostro del viejo revelaba tal paz que confortó el espíritu del neófito; se aproximó a él y, suplicando su bendición, se sentó a su lado.

—Pareces preparado para un largo viaje, padre —le dijo—. ¿Vasa dejarnos ya?

—Hijo mío —replicó el anciano—, los días que me restan en este mundo son pocos, quizá muy pocos; y los empleo como más me complace. Voy de lugar en lugar, confortando a aquellos a quienes Dios ha unido en su nombre y proclamando la gloria de su Hijo, de la que yo doy testimonio.

—¿Es cierto, como dicen, que tú viste el rostro de Cristo?

—El rostro que resucitó de entre los muertos. Has de saber, joven prosélito de la verdadera fe, que yo soy aquel sobre el cual has leído en los pergaminos de los Apóstoles. En la ciudad de Naím, en la lejana Judea, vivía una viuda, pobre de espíritu y de corazón entristecido, porque de todos los alicientes que existen en esta vida sólo le restaba un único hijo. Lo amaba con amor melancólico, pues él le recordaba a los demás que había perdido. Y ese hijo murió. El hilo que unía a la mujer con la vida quedó roto, y el aceite se secó en las vasijas de la viuda. Colocaron el cadáver en el féretro y, ya cerca de las puertas dela ciudad, donde la multitud se amontonaba, el silencio prevaleció sobre los lamentos funerarios, porque el Hijo de Dios pasaba por allí. La madre, que seguía el féretro, lloraba… El silencio, y todos los que la miraban se daban cuenta de que su corazón

estaba destrozado. Y el Señor se apiadó de ella, tocó con sus manos el féretro y dijo: «LEVÁNTATE Y ANDA». Y el muerto resucitó y vio el rostro del Señor. ¡Oh, qué expresión más serena y solemne…, qué inexpresable sonrisa…, qué mirada llena de comprensión y ternura, llena de la benignidad de un Dios, había en sus ojos, que disipaban las sombras de la tumba! Me levanté y hablé. Estaba vivo y me lancé a los brazos de mi madre. Sí, yo era un muerto revivivo. La gente gritó, las trompas funerarias entonaron alegres canciones y por doquier se oía el mismo grito: «Dios ha visitado a su pueblo[342]» Yo no pude oírlo…, no sentía nada, no veía nada, excepto la faz del Redentor.

El anciano hizo una pausa, profundamente emocionado. Y el joven sintió que la sangre se estremecía en sus venas y que sus cabellos se erizaban. Estaba en presencia de uno que había conocido el misterio de la muerte.

—Hasta entonces —siguió el hijo de la viuda—, yo había sido un hombre como los demás; irreflexivo, aunque no abandonado, no prestaba atención más que a las cosas de la vida y del amor. Incluso me seducía la triste fe de los saduceos, tan apegados a las cosas del mundo. Pero resucité de entre los muertos, de aquel terrible desierto de sueños que mis labios jamás osarán revelar; volví a la tierra para testificar y anunciar los poderes de los cielos, de nuevo convertido en un ser mortal y a la vez testigo de la inmortalidad; de mi tumba se levantó un ser nuevo. ¡Oh triste, oh perdida Jerusalem…! A Aquel que me devolvió la vida tuve que contemplarle juzgado, sometido a la agonía de una espantosa muerte. Metido entre la enorme multitud, vi la luz reposar y brillar sobre la cruz; distinguí los gritos de las gentes y yo mismo grité, me desesperé, amenacé… Nadie me hizo caso y mi voz se perdió en el alboroto y en las imprecaciones del populacho… Pero, incluso entonces, en mi agonía y en la Suya, no podía olvidar el esplendor de la mirada del Hijo del Hombre cuando me liberó de la tumba… Sus labios sonreían porque Él había vencido a la muerte y aquel convencimiento me sumió en un estado de ánimo que sólo sabía expresar con silenciosa calma. Aquel que había desafiado a la muerte para resucitara otro, ¿cómo iba a morir Él mismo? El resplandor del sol iluminó sus pálidas y regulares facciones y murió. La oscuridad se hizo sobre la tierra, no sé por

cuanto tiempo. Se oyó un agudo grito que rasgó la penumbra…, un grito terrible, amargo, y después volvió el silencio. ¿Cómo contar los horrores de aquella noche? Paseé por toda la ciudad, el suelo se estremecía y las casas temblaban sobre sus cimientos. Los vivos habían abandonado las calles, pero no *los muertos:* los veía deslizarse en las tinieblas, observaba sus oscuras y espantosas siluetas, envueltas en sus mortajas; con terror, con agonía, contemplé sus quijadas inmóviles, sus ojos sin luz; pasaron muy cerca de mí, mientras yo caminaba; me miraron…, yo había sido su hermano y ellos movían la cabeza para saludarme; habían abandonado sus tumbas para demostrar a los vivos que también ellos *podían* resucitar.

De nuevo el anciano hizo una pausa y siguió luego, con tono más sosegado:

—Desde aquella noche renuncié a cualquier objetivo terrenal y me dediqué a servirle a Él. Como predicador peregrino, he llegado a los más remotos rincones de la tierra, proclamando su divinidad y aportando conversos a su rebaño. Llego como el viento y como el viento desaparezco, llevando la semilla que ha de germinar y enriquecer al mundo, como también lo hacen los vientos. Hijo, no volveremos a vernos más en este mundo. Pero no te olvides de este instante… ¿Qué significan los placeres y las pompas de la vida? Al igual que una lámpara, la vida dura apenas una hora. Por el contrario, la luz del alma es la estrella que siempre está encendida en el mismo corazón de los espacios ilimitados.

Fue entonces cuando su conversación recayó sobre el tema sublime de las doctrinas de la inmortalidad, que apaciguó y serenó la mente del joven converso, todavía aferrada a muchos de los misterios y de las sombras de aquella partícula de fe a la que había renunciado recientemente. Fue como si el aire de los cielos entrase en los pulmones de un prisionero que acaba de salir de la cárcel. Existía una pro-funda diferencia de matiz entre el concepto de cristiandad de aquel anciano y el que propugnaba Olintho. El del primero era más delicado, más místico, más consolador. En el heroico batallar de Olintho había más de la fiereza, de la intolerancia —era preciso que desempeñara aquel papel al que estaba destinado— y del coraje del mártir que dela caridad del santo. Excitaba, encorajinaba, alentaba, más que perseguir el sosiego y la paz de espíritu. Pero el alma de aquel anciano

estaba impregnada de amor. La sonrisa de Dios había disipado cualquier rastro de las burdas y terrenales pasiones para aunar la energía del héroe con la inocencia del niño.

—Y ahora —dijo, levantándose, cuando el postrer rayo de sol se hundía en el oeste—, ahora, en el esplendor de este ocaso, emprendo mi camino hacia la Roma imperial. Viven allí varios santos varones que, como yo, vieron la cara de Cristo, y deseo saludarlos antes de morir.

—La noche es fría para la edad que tienes, padre, y el viaje es largo. Los caminos están llenos de ladrones; mejor sería que descansases aquí hasta mañana.

—Querido hijo, ¿crees que llevo algo en esa escarcela que pueda tentar a los ladrones? En cuanto a la noche y la soledad…, ellas son las escaleras en las que gustan de arracimarse los ángeles y en su seno puedo pensar en Dios. Oh, nadie puede imaginar lo que el peregrino sueña y siente cuando camina en ejercicio de su sagrado ministerio; nada teme ni corre el menor peligro, porque Dios va con él. Los vientos le susurran al oído buenas noticias; los bosques duermen a la sombra de alas todopoderosas; las estrellas son las escrituras del cielo, pruebas de amor y testimonios de la inmortalidad. La noche es el gran día para los peregrinos.

Con estas palabras, el anciano estrechó a Apaecides contra su pecho. Después tomó el cayado y la escarcela, su perro saltó con alegría frente a él, y con paso lento y mirada en el suelo emprendió su camino.

El converso permaneció observando su figura encorvada, hasta que unos árboles la ocultaron a sus ojos; después, al aparecer las estrellas, abandonó sobresaltado sus pensamientos y recordó la cita que tenía con Olintho.

Capítulo V

El filtro. — Sus efectos

Cuando Glauco llegó a su casa, encontró a Nydia sentada bajo el pórtico del jardín. La verdad es que se había dirigido allí para aprovechar la oportunidad, en caso de que *le fuera posible* regresar a hora temprana; ansiosa, atemorizada, con ansias de anticipación, estaba dispuesta a no perder la más mínima ocasión de servirse de la pócima amorosa, en la que confiaba y, a la vez, esperaba que su utilización se aplazara cuanto fuese posible.

En aquel estado de ánimo, exaltado y lleno de miedo, con el corazón palpitando con fuerza y las mejillas sofocadas, Nydia confiaba en la posibilidad de que Glauco estuviese de vuelta antes de caer la noche. El

ateniense cruzó el pórtico en el instante en que afloraban las estrellas y el cielo se cubría con la más purpúrea de sus túnicas.

—Hola, pequeña, ¿me estás esperando?

—No, he estado cuidando las flores y me he sentado un momento para descansar.

—Ha hecho un día caluroso —dijo Glauco, sentándose en una de las banquetas que había debajo de la columnata.

—Muy caluroso.

—¿Te importa llamar a Davo? El vino que he bebido me ha sofocado y estoy deseando tomar algo fresco.

De forma repentina e inesperada, se le presentó, pues, a Nydia la oportunidad deseada, por iniciativa de él libremente formulada.

—Yo misma te la prepararé —dijo ella, casi sin aliento—. Es el refresco veraniego que tanto gusta a Iona, miel y vino aguado con nieve.

—Gracias —exclamó Glauco, ajeno a las intenciones de la ciega—. Si a Iona le agrada, tengo más que suficiente; no me importaría que fuese veneno.

Nydia frunció el ceño y después sonrió; se retiró durante unos momentos y volvió con una copa que contenía la bebida. Glauco la tomó de su mano. ¿Qué no habría dado Nydia por disponer de la prerrogativa de observar durante una hora los efectos del bebedizo en el que depositaba toda su esperanza? Ver el primer atisbo del amor soñado; ofrecer culto, aún más suntuario que el de la liturgia persa, al nuevo sol que iba a nacer, tras aquella noche desolada, a la espera de que su alma candorosa pudiese comprobar que sus deseos se cumplían… Muy diferentes eran los pensamientos de la ciega, en aquel lugar y en aquella hora, de los que albergaba la vanidosa pompeyana que compartía idéntica inquietud que la joven esclava. En el caso de aquélla, habían sido sus frívolas pasiones las que le indujeron a proyectar su osado plan. Despreciable vanidad, pequeñas venganzas, la expectativa de un mezquino triunfo, constituían los atributos de un sentimiento que ella pre-tendía dignificar con el nombre de amor. En cambio, en el ardiente corazón de la tesalia todo era pureza, pasión incontrolada y espontánea: equivocada, poco femenina, frenética, pero desprovista de cualquier elemento sórdido o innoble. Tan llena de amor

como de vida, ¿cómo iba a resistir la tentación de obtener también amor a cambio del suyo?

La joven ciega se apoyó contra la pared, y su rostro, hasta hacía poco sonrojado, poseía ahora un blancor de nieve; sus manos delicadas se agitaban convulsivamente; sus labios entreabiertos y sus ojos mirando al suelo parecían esperar con expectación las próximas palabras que Glauco pronunciase.

Glauco se había llevado la copa a los labios y había apurado ya casi una cuarta parte de su contenido. De pronto, sus ojos se detuvieron en el rostro de Nydia y quedó asombrado por la alteración que había sufrido, por la intensa, dolorosa y extraña angustia que ofrecía la expresión de la joven. Dejó de beber y con la copa aún cerca de sus labios, exclamó:

—Pero, Nydia, Nydia…, ¿estás enferma?, ¿te duele algo?

Después dejó la copa y se levantó de su asiento para acercarse a ella, cuando un súbito dolor le asaltó en mitad del corazón, seguido de una sensación de desconcierto, confusión y mareo que se enseñoreó de su cabeza. El suelo semejaba deslizarse bajo su persona; sus pies parecían moverse en el aire; una alegría poderosa, sobrenatural, se apoderó de su espíritu; se sintió demasiado vital para este mundo y deseó tener alas; o mejor, se le antojó que en la vivacidad etérea de su nueva existencia, ya disponía de ellas. Irrumpió de pronto en carcajadas ruidosas y estremecidas y batió palmas, saltando sobre el suelo: era como si se hubiese convertido en una pitonisa inspirada; por fin, con la misma rapidez con la que había sobrevenido, aquellos extraños transportes se atenuaron, sin llegar a desaparecer. Notaba que su sangre corría con rapidez, como una corriente sonora; sintió la sensación de que su cuerpo se dilataba exultante, que crecía y saltaba como un río desbordado que se abalanza hacia el mar. Y todo resonaba en su oído con ruido ensordecedor, lo notaba gravitando en su frente, lo sentía en sus sienes y en sus venas palpitantes que parecían incapaces de contener aquella violenta y creciente avenida… Después cayó sobre sus ojos una especie de oscuridad, que velaba cuanto le rodeaba aunque no de manera total. A través de aquella penumbra, distinguió el brillo de las paredes opuestas y las figuras pintadas sobre ellas, como si fuesen fantasmas que se deslizasen reptando. Y lo que resultaba más

extraño era que no se encontraba enfermo. No se sintió postrado ni atemorizado por aquel tremendo frenesí que se había apoderado de su cuerpo. La sensación que presidía aquella nueva experiencia resultaba vital y grata: era como si una inyección de salud juvenil hubiese remozado todo su cuerpo. Se deslizaba hacia los mundos de la locura y él… lo ignoraba.

Nydia no había contestado a su primera pregunta. No había podido hacerlo porque sus estrepitosas y terribles carcajadas habían disipado su apasionada intriga: ella no podía ver su gesticulación vehemente ni sus pasos dubitativos e inciertos que le llevaban de un lado a otro; pero sí oía perfectamente las palabras quebradas, incoherentes, insensatas, que surgían de su boca. Se sintió sorprendida y aterrorizada y corrió hacia él, palpando con sus manos hasta tocar sus rodillas y, dejándose caer al suelo, se abrazó a ellas, llorando con horror y excitación.

—Oh, háblame, háblame. ¿Me odias? Contéstame.

—¡Por la bella diosa, por la hermosa tierra de Chipre…! Cómo nos llenan de vino, en vez de sangre… Ahora abren las venas de aquel fauno para mostrarnos cómo burbujea y brilla el líquido que contienen. Acércate, viejo y alegre dios…, tú montas una cabra, ¿no?…, qué larga cabellera tiene…, merecería tomar parte en las carreras de Partía. Pero voy a decirte una cosa. Ese vino tuyo es demasiado fuerte para nosotros, los mortales. Oh, cuánta hermosura…, las ramas se mantienen inmóviles…, el verde oleaje de los bosques ha cogido a los céfiros y los ha ahogado…, ni el más mínimo aliento mueve las hojas…, y observo cómo los sueños duermen con sus alas plegadas sobre los impertérritos olmos y al mirar más allá veo cómo reluce un riachuelo azulen el silencioso mediodía… Una fuente, una fuente brota más arriba… ¡Ah, es mi fuente…! Tú nunca podrás atenuar los rayos de mi sol griego, por mucho que lo intentes con tus ágiles y plateados brazos…, pero ahora, ¿qué es esa forma que se desliza entre las ramas, que resbala como un rayo de luna?… Lleva una guirnalda de hojas de roble en la cabeza…, sostiene en su mano una vasija vuelta del revés, de la que deja caer pequeñas conchas rojas y agua transparente… ¡Oh, mirad su cara…! ¡El hombre nunca ha visto nada igual…! Mirad, estamos solos…, solos, ella y yo, en este bosque inmenso… Sus labios no sonríen…, se mueve con paso grave y con dulce tristeza… ¡Ah, dioses, es una ninfa…, es una de las

Napeas[343] de los bosques…! Quienquieraque la vea se vuelve loco… ¡Dioses, ah, mirad, me ha descubierto…!

—Glauco, Glauco, ¿no me conoces? Deliras de tal manera que cada una de tus palabras me mata.

Un nuevo cambio pareció operarse en la mente desquiciada y enferma del desgraciado ateniense. Colocó su mano sobre los sedosos cabellos de Nydia, acarició sus rizos, miró su rostro con fijeza y después, como si su pensamiento pretendiese aferrarse a uno o dos eslabones de una cadena destrozada, pareció que la contemplación de la muchacha le traía el recuerdo de Iona. Al pensar en aquella joven su locura se incrementó y todo él se llenó de pasión, mientras oscilaba sobre sus pies.

—Juro por Venus, por Diana y por Juno —gritó desaforadamente—, que llevo ahora el mundo sobre mis espaldas, como ocurrió con mi compatriota Hércules (¡Ah, perezosa Roma, quienes fueron verdaderamente grandes fuimos los griegos; si no hubiese sido por nosotros ni dioses tendrías!)… Digo que, como mi compatriota lo hizo antes que yo, dejaría caer el mundo en el caos más absoluto a cambio de una sonrisa de Iona. Ah, hermosa y adorada Iona —añadió, en tono quejumbroso y pletórico de amor —, ya no me quieres. Eres ingrata conmigo. El egipcio me ha calumniado ante ti…, ignoras la enorme cantidad de horas que he pasado bajo tu ventana, ignoras cómo he visto morir a las estrellas mientras pensaba en ti, en espera de que mi sol propicio amaneciese al fin…, pero no me quieres, me has abandonado… Oh, no me dejes ahora…, presiento que mi vida será corta…, déjame mirarte al menos hasta que concluyan mis días. Pertenezco a la hermosa tierra de tus padres…, he pisado las alturas de File, he cogido los jacintos y las rosas que crecen entre los olivares del Iliso[344]… No me abandones, pues tus padres eran hermanos de los míos…, y todos dicen que aquella tierra es hermosa y sus climas benignos y allí desearía llevarte conmigo. Oh…, oscuro rostro que te levantas entre mi amada y yo…, veo a la muerte asentada en tu frente y en tus labios la sonrisa que asesina…, tu nombre es Orco, pero en este mundo adoptas el nombre de Arbaces. Ya lo ves, te reconozco…, desaparece sombra horrible, tus encantos ya no te sirven…

—Glauco, Glauco —sollozó Nydia, dejando de abrazar sus rodillas, abrumada por su desesperación, sus remordimientos, su angustia, y cayendo sin sentido al suelo.

—¿Quién me llama? —preguntó él, con voz recia—. Es Iona, es ella… Alguien se la ha llevado…, tengo que salvarla…, ¿dónde está mi estilete?… Ah, aquí lo tengo…, voy a tu rescate, Iona…, voy ahora mismo…, voy.

Tras aquellas palabras, el ateniense se dirigió hacia el pórtico, atravesó la casa, salió a la calle con paso rápido y vacilante y, murmurando palabras para sí mismo, avanzó por la ciudad iluminada por la luna. La terrible poción quemaba como un fuego sus venas, puesto que sus efectos probablemente se habían acentuado con el vino que había tomado previamente. Acostumbrados a la presencia de juerguistas nocturnos, los ciudadanos le dejaban paso libre, sonriendo o guiñándole un ojo; le imaginaban bajo la influencia del dios Bromio[345], que no en vano recibía culto masivo en Pompeya; pero los que se volvían para observar con detenimiento su cara, experimentaban un inexpresable terror y la sonrisa se les helaba en los labios. Caminó por las calles más frecuentadas, tomando instintivamente la dirección de la casa de Iona; después, atravesó el barrio más solitario de la ciudad y penetró en la desierta alameda de Cibeles, en la que Apaecides había mantenido su entrevista con Olintho.

Capítulo VI

Reunión de diferentes actores. — Arroyos que discurrían, en apariencia, por distintos caminos, desembocan en la misma bahía

Impaciente por saber si la terrible droga había sido ya administrada por Julia a su odiado rival y cuáles habían sido sus efectos, Arbaces decidió, cuando la tarde estaba ya avanzada, dirigirse a casa de la joven para satisfacer su curiosidad. Como hemos visto, era costumbre que los hombres saliesen a la calle llevando sus tablillas y sus estiletes metidos en el cinto, en el cual permanecían cuando regresaban a sus hogares. De hecho, bajo la presencia de un instrumento literario, los romanos llevaban consigo en aquel mismo estilete un arma punzante de enorme eficacia. Fue con su estilete[346] con lo que Casio mató a César[347] en el senado. Tomando, pues,

su cinto y su capa, Arbaces dejó su morada y dirigió sus pasos, que aún no habían recobrado la plenitud de su firmeza (aunque la esperanza de lograr sus vengativos propósitos había coadyuvado, junto con sus profundos conocimientos médicos, a recobrar su natural fortaleza), hacia la villa de Diomedes, ayudándose con su largo cayado.

El sur, a la luz de la luna, es muy hermoso. En aquellas latitudes la noche se desliza con tanta rapidez sobre el día, que el ocaso es apenas un puente de unión entre ambos. Hay un momento en que el cielo se cubre de púrpura oscuro y las aguas de miles de tonalidades rosáceas, al paso que las sombras parecen triunfar sobre la luz; y de pronto surgen incontables estrellas, se alza la luna y la noche restablece su dominio.

Con claridad, con dulce claridad, iluminaban los rayos de la luna la alameda sagrada de Cibeles, donde los altos árboles, cuyo origen se remontaba más allá de la tradición oral, lanzaban sus sombras alargadas sobre el suelo, mientras entre los espacios libres de sus ramas las estrellas rutilaban en calma. La blancura del pequeño *sacellum*[348] entre el oscuro follaje del interior de la alameda, ofrecía un aspecto áspero y fantasmal que recordaba inmediatamente el fin para el que había sido consagrada aquella reducida edificación de madera, su solemnidad y su carácter sagrado.

Con paso rápido y sigiloso, Caleno se deslizó por las sombras delos árboles hasta alcanzar la capilla y, tras reponer con cuidado las ramas que cerraban y protegían la parte trasera del templete, se instaló en su escondite; un escondite tan perfecto que, teniendo enfrente el templo y detrás los árboles, ningún viandante confiado podía descubrir. De nuevo todo quedó en silencio en la desierta alameda; a lo lejos, se oían a veces las voces de ruidosos trasnochadores o la música que se interpretaba alegremente en algunos lugares de la ciudad en las noches de verano, tal y como sucede también hoy en aquellos climas, para deleite de algunos grupos de personas que permanecen en las calles, disfrutando del aire fresco y de la claridad líquida y pálida de la luna que ofrecen un ambiente más grato que el del día.

Desde la pequeña colina en la que estaba emplazada la alameda, se distinguía entre los árboles el amplio mar de púrpura[349], ondeando en la lejanía, las blancas villas de Stabiae en las curvadas orillas y las oscuras montañas de Lectaria, cuyo contorno dibujaba con claridad el delicioso

firmamento. La esbelta figura de Arbaces, en su camino hacia la casa de Diomedes, entró por uno de los extremos de la alameda y al cabo de unos instantes Apaecides, que se dirigía a cumplimentar su cita con Olintho, se cruzó en su camino con el egipcio.

—¡Eh, Apaecides! —dijo Arbaces, al reconocer al sacerdote con sólo un vistazo—. La última vez que nos vimos fuiste mi enemigo. Desde entonces he estado deseando verte, porque me agradaría que siguieses siendo mi discípulo y mi amigo.

Apaecides se sobresaltó al oír la voz del egipcio. Se detuvo al instante y le miró con expresión en la que se mezclaban la amargura y el desprecio.

—Eres un villano y un impostor —dijo al fin—. Veo que, por esta vez, te has librado de las quijadas de la muerte. Pero no pretendas envolverme de nuevo en tus pecaminosas redes. *Retiarius*[350], voy a hacer valer mis armas contra ti.

—Calla —dijo Arbaces, en voz baja, aunque su orgullo, como correspondía a aquel descendiente de reyes, acusó la herida que acababa de recibir con los epítetos insultantes del sacerdote, traduciéndose en un temblor de labios y un rubor en el rostro—. Calla, habla más bajo. Puedes ser oído y si alguna otra persona ha escuchado lo que acabas de decirme…

—¿Pretendes amenazarme? ¿Y qué me importa que me oiga toda la ciudad?

—Las almas de mis antepasados no permitirían que te perdonase. Pero calla y escúchame. Sientes infinita rabia hacia mí por haber utilizado la violencia sobre tu hermana. No…, calma, calma…, un instante, te lo ruego. Tienes razón, fue un ataque de pasión y de celos y me arrepiento amargamente de tal locura. Perdóname; yo, que nunca he implorado el perdón de ningún ser humano, te suplico ahora que me excuses. Estoy dispuesto a reparar mi falta y pido a tu hermana en matrimonio; no te sorprendas…, considera mi ofrecimiento… ¿Qué significa una alianza con ese griego en vacaciones comparada con lo que yo te ofrezco? Riquezas ilimitadas, abolengo de tal antigüedad que hace de vuestros nombres griegos y romanos cosas de ayer…, sabiduría…, eso ya lo sabes. Dame a tu hermana y dedicaré toda mi vida a expiar un error.

—Egipcio, aunque yo lo consintiera, mi hermana odia hasta el aire que respiras. Yo tengo mis propias afrentas que perdonarte y puedo excusar que me hayas tomado como una herramienta más para tus engaños, pero nunca que me indujeses a compartir tus vicios, que definen a un hombre sucio y perjuro. Puedes echarte a temblar…, estoy preparando el momento en que tú y tus falsos dioses seréis puestos en entredicho…, quedarán en evidencia tus momificados oráculos…, tu vida inmoral y depravada saldrá a la luz del día…, el templo de ese ídolo que es Isis será sinónimo de lo más despreciable…, el nombre de Arbaces, blanco de protestas y de maldiciones… Comienza a temblar.

El rostro enrojecido del egipcio se cubrió de pronto con una lívida palidez. Miró hacia adelante, hacia atrás, a los lados, para asegurarse de que no había nadie cerca; después fijó sus dilatadas pupilas negras en la persona del sacerdote, con tal expresión de ira y de rencor, que cualquier otra persona carente del respaldo moral que Apaecides recibía de su ferviente y osado celo divino no hubiese podido ser capaz de resistir aquella mirada sin retroceder ante ella. El joven converso se mantuvo impertérrito y observó al egipcio con aire de retadora altivez.

—Apaecides —dijo Arbaces, con tono trémulo y amenazador—. Ve con cuidado… ¿Por qué no te detienes a pensar un poco? Reflexiona, medita bien tu respuesta antes de contestarme… ¿Me hablas impulsado por la ira…, lo haces sin tener un determinado propósito…, cuál es el fin que persigues con tus palabras?

—Te hablo por inspiración del verdadero Dios, en cuyo servidor me he convertido —contestó Apaecides, con gallardía—, y en el convencimiento de que, mediante su gracia, la entereza de los humanos ha marcado ya la fecha para descubrir tu hipocresía y el culto que das al demonio; antes de que el sol amanezca tres veces, te enterarás de todo. ¡Adiós y tiembla, burdo hechicero…!

La totalidad de las pasiones desatadas e irrefrenables que había heredado de su patria y de su ambiente, y que en determinadas ocasiones lograba disimular bajo los artificios de la magia o con la frialdad de la filosofía, renacieron en el pecho del egipcio. Sus pensamientos cruzaron con rapidez por su mente. Ante él, no sólo veía un obstáculo insalvable para

lograr cualquier clase de unión legal con Iona, sino que percibía con claridad que Glauco, el campeón de la joven, lograría al fin malbaratar sus planes. Por otra parte, pensó en aquel que se disponía a envilecer su nombre, a desacralizar a la diosa a la que él había servido sin creer en ella, a revelar en fecha próxima y con suficiente testimonio sus imposturas y sus vicios. Su amor, su reputación, su propia vida estaba en peligro, el día y la hora parecían incluso haber sido ya fijados para revolverse contra él. Se enteró por las palabras del converso que Apaecides había adoptado la fe cristiana y sabía del gran celo que aquella creencia despertaba entre sus prosélitos. Ante él estaba su enemigo. Acarició su estilete…, ¡aquel enemigo estaba en su poder! Estaban ahora frente a la pequeña capilla; de nuevo dirigió una mirada a su alrededor. No había nadie cerca de ellos. La soledad y el silencio le tentaban.

—¡Muere, entonces, por tu osadía…! —murmuró—. ¡Fuera obstáculos a mi irresistible destino…!

Y en el preciso instante en que el joven cristiano iba a darle la espalda para emprender de nuevo su camino, Arbaces levantó su manolo más alto que le fue posible sobre el hombro izquierdo de Apaecides y la hundió dos veces en su pecho.

Apaecides cayó al suelo herido de muerte, en silencio, sin emitir un solo lamento, al pie de la capilla sagrada.

Arbaces le miró un instante con la alegría elemental y salvaje de un animal que ha acabado con su enemigo. Pero de pronto cayó en la cuenta de que se encontraba en situación un tanto peligrosa. Limpió con cuidado su arma, pasándola sobre la crecida hierba y con las vestiduras de la víctima; se embozó en su capa y se disponía a abandonar el lugar, cuando distinguió acercándose a él, por el camino, la figura de un hombre joven, cuyos pasos vacilaban y tropezaban de modo extraño mientras avanzaba: la silenciosa luna iluminó de lleno su cara, que se ofrecía incolora como el mármol en la blanquecina claridad dela noche. El egipcio reconoció la persona y el rostro de Glauco. El infortunado y hechizado griego cantaba de forma inconexa una delirante canción, compuesta por fragmentos de himnos y odas sagradas, entremezclados sin orden ni concierto.

—¡Ah! —exclamó el egipcio, adivinando su estado y la terrible causa que lo había provocado—. Entonces está claro que esa droga infernal es eficaz y que el destino te ha enviado hasta aquí para que pueda aplastar a la vez a mis dos enemigos.

Con rapidez, antes incluso de que se le ocurriera pensarlo, se retiró hacia uno de los lados de la capilla y se escondió entre las ramas; desde aquel escondido lugar vigiló, como un tigre en su guarida, el avance de su segunda víctima. Distinguió desde allí la inquieta y demencial mirada que despedían los bellos ojos del ateniense y las convulsiones que distorsionaban sus facciones, propias de una estatua y que contraían sus labios con dolor. No obstante, cuando Glauco llegó al lugar donde yacía el cuerpo muerto de Apaecides, del que manaba un lento riachuelo rojo oscuro que iba empapando la hierba lentamente, el ateniense se detuvo, impresionado por aquel tremendo y extraño espectáculo, a pesar de su estado delirante que obnubilaba sus sentidos. Se detuvo, se llevó una mano a la frente, como si desease concentrar sus pensamientos y dijo:

—¿Qué es esto? ¿Es posible que duermas tan profundamente, Endimión[351]? ¿Qué te ha dicho la luna? Haces que me sienta celoso, ya es tiempo de despertar.

Se agachó con intención de levantar el cuerpo.

Olvidando —sin sentir apenas— su propia debilidad, el egipcio salió de su escondite y, al comprobar que el griego se inclinaba, le derribó con fuerza sobre el mismo cadáver del cristiano; después alzó su voz poderosa lo máximo que le fue posible y gritó:

—¡Eh, ciudadanos…! ¡Eh, socorredme…, venid aquí, aquí…! ¡Un asesinato, un asesinato, enfrente de vuestro templo! Venid en mi ayuda, el asesino se escapa…

Mientras hablaba colocó un pie sobre el pecho de Glauco, precaución inútil y superflua, puesto que la poción había cooperado eficazmente a que el griego cayese al suelo inmóvil e insensible, aunque, de vez en cuando, sus labios emitiesen unos vagos y erráticos sonidos.

Durante el rato que estuvo allí, esperando la llegada de aquellos a los que su voz seguía llamando, un tenue e indefinido remordimiento, quizá algún entrañable recuerdo —porque, no obstante sus crímenes, era un ser

humano—, invadió el pecho del egipcio; el estado de indefensión de Glauco, sus palabras inconexas, su razón perdida, le impresionaron incluso más que la muerte de Apaecides, hasta el punto de murmurar a media voz para sí mismo:

«¡Pobre arcilla…! Pobre razón humana. *¿Dónde está ahora tu alma?* Pude haberte ahorrado todo esto, oh rival mío, ya nunca más mi competidor. Pero el destino debe ser obedecido y mi salvación exige tu sacrificio.»

Después, como si el arrepentimiento le ahogase, gritó aún con más fuerza. Tomó el estilete del cinto de Glauco, lo impregnó de sangre del hombre muerto y lo dejó junto al cadáver.

Aparecieron, agitados y sin aliento, varios ciudadanos que se agruparon en el lugar, algunos llevando antorchas que la luz de la luna hacía innecesarias, pero que bajo las copas de los árboles formaban un resplandor rojizo y trémulo. Rodearon los dos cuerpos caídos.

—Levantad el cadáver —dijo el egipcio—, y vigilad bien al asesino.

Alzaron el cuerpo de Apaecides y, al comprobar que se trataba de los restos sin vida de un sacerdote de la adorada y venerada Isis, creció su horror y su sagrada indignación; pero aún mayor fue su sorpresa cuando en la persona del asesino identificaron al brillante y admirado ateniense.

—¡Glauco! —gritó uno de los presentes, con sorpresa—. ¡Es increíble…!

—Antes hubiese creído —murmuró otro de los que allí estaba a su vecino— que lo había hecho el egipcio.

Apareció en aquel instante un centurión entre la multitud, con aire de hacer valer su autoridad.

—¡Cómo…! ¿Un delito de sangre…? ¿Quién es el asesino?

Los curiosos señalaron a Glauco.

—¿Éste…? ¡Por Marte, parece más bien la víctima…! ¿Quién le acusa?

—Yo —afirmó Arbaces, incorporándose con altivez.

Las joyas que adornaban su vestimenta resplandecieron a los ojos del soldado, que quedó convencido sin más trámites de la respetabilidad del testigo.

—Perdona…, ¿cuál es tu nombre? —preguntó el valiente guerrero

—Arbaces. Creo que soy sobradamente conocido en Pompeya. Cuando pasaba por la alameda, vi que el griego y el sacerdote mantenían una tensa conversación. Me llamaron la atención los gestos titubeantes del primero y su enfurecido tono de voz; me pregunté si no se trataría de un borracho o de un loco. De repente vi cómo empuñaba su estilete y lo levantaba en el aire. Corrí hacia él, pero fue tarde para evitar el golpe. Ya había apuñalado dos veces a su víctima y se inclinaba sobre ella. Entonces, lleno de horror y de indignación, golpeé al asesino y le derribé. Cayó sin oponer resistencia, lo cual me reafirma más en mi creencia de que no estaba en su sano juicio cuando cometió el crimen, porque, como estoy aún convaleciente de una grave enfermedad, mi golpe fue relativamente flojo y la persona de Glauco, como puede apreciarse, está llena de vigor y de juventud.

—Ahora abre los ojos, sus labios se mueven —dijo el soldado—. Habla, prisionero. ¿Qué tienes que decir en tu descargo?

—¿En mi descargo…? ¡Ja…, ja…! Todo fue muy divertido… Cuando la vieja incitó a la serpiente para que me atacase, aquella Hécate reía de oreja a oreja… ¿Qué podía hacer yo?… Estoy enfermo…, pierdo el sentido…, la horrible lengua de la serpiente me ha emponzoñado. Llevadme a mi lecho y llamad a mi médico… El propio Esculapio[352] me atenderá si le decís que soy griego… Oh, tened piedad…, piedad…, ardo, el meollo mismo de mi cerebro arde…

Con estas enigmáticas y terribles quejas, el ateniense volvió a caer en los brazos de los allí congregados.

—Delira —dijo el centurión, compasivamente—. Y en su delirio ha matado al sacerdote. ¿Alguno de vosotros le ha visto hoy?

—Yo —afirmó uno de los espectadores—. Le he visto esta mañana. Ha pasado por mi tienda y me ha hablado. Parecía estar más sano que cualquiera de los que estamos aquí.

—Pues yo le he visto hace media hora —añadió otro—. Iba por las calles murmurando palabras consigo mismo y haciendo extraños gestos, tal como ha dicho el egipcio.

—Si varios testigos lo corroboran, debe ser cierto. De todos modos hay que presentarlo al pretor… Una pena, tan joven y tan rico. Pero el crimen

cometido es abominable: un sacerdote de Isis, vestido con sus hábitos y justo al lado de nuestra capilla más antigua.

Con estas palabras, la multitud se hizo consciente del horror que suponía aquel sacrilegio, una vez superados los primeros instantes de excitación y de curiosidad. Quedaron todos estremecidos de espanto.

—No es raro que la tierra haya temblado —dijo uno—, al saber que sostenía a semejante monstruo.

—Fuera con él, a la cárcel. Fuera… —gritaron todos.

Y se oyó una voz aguda y divertida que sobresalía de las demás.

—Las bestias pueden tener ahora el gladiador que necesitamos.

¡Viva, viva la fiesta de la alegría…!

Era la voz de la joven, cuya conversación con Medón hemos relatado.

—Es cierto, es cierto, ha coincidido con la inauguración de los juegos —exclamaron algunos.

Y con la simple enunciación de aquellas palabras desapareció cualquier sentimiento de piedad hacia el acusado. Su juventud y su belleza resultaban datos muy adecuados para su exhibición en la arena.

—Traed algunas tablas o, si la encontráis a mano, una litera. Hay que retirar el muerto —dijo Arbaces—. Un sacerdote de Isis no debe ser conducido a su templo por las manos vulgares de cualquier gladiador carnicero.

Al oír tal advertencia, los que allí estaban colocaron en el suelo, boca arriba, el cadáver de Apaecides, con gran reverencia. Algunos de ellos marcharon en busca de algún artilugio con el que trasladarlo, sin ser tocado por manos profanas.

Fue en el preciso instante en que la multitud de curiosos comenzaba a dispersarse a derecha e izquierda, cuando la figura vigorosa de un hombre se abrió paso entre ellos. Olintho, el cristiano, se detuvo ante el egipcio. Al principio, sus ojos permanecieron fijos con inexpresable espanto y dolor en el costado empapado en sangre y en aquel rostro ladeado que mantenía aún la inmensa angustia que acompaña siempre a una muerte violenta.

—¡Asesinado! —exclamó—. ¿Ha sido tu celo lo que te ha llevado a la muerte? ¿Han descubierto tus nobles propósitos y te han matado para evitar su gran vergüenza?

Volvió la cabeza con rapidez y sus ojos permanecieron inmóviles en las solemnes facciones del egipcio.

Mientras le miraba, era fácil darse cuenta, por la expresión de su rostro y por el ligero temblor que invadía todo su cuerpo, de la repugnancia que sentía el cristiano hacia aquel cuya peligrosidad y cuyas tendencias criminales tan bien conocía. Fue aquella mirada algo así como la de un pájaro sobre un basilisco, silenciosa y larga. Pero, sacudiéndose el helor repentino que la sorpresa le había ocasionado, extendió su brazo derecho, señaló a Arbaces y dijo con voz profunda y sonora:

—Este cuerpo ha sido asesinado… ¿Dónde está el asesino? ¡Da un paso adelante, egipcio! ¡Por el Dios verdadero creo que *tú* eres el hombre…!

Las morenas facciones de Arbaces se contrajeron durante unos instantes con ansiedad y preocupación. Pero aquella expresión fue solamente el inicio de una explosiva indignación y de un profundo desprecio hacia quien le acusaba, que inmovilizó y asustó a los espectadores de aquel episodio, quienes, sorprendidos por la vehemencia y lo inesperado de la acusación del cristiano, se iban acercando más y más a los dos intérpretes de la escena.

—Conozco —dijo Arbaces con altivez— a quien me acusa y me constan los motivos que le inducen a culparme. Sabed, amigos y ciudadanos, que este hombre es uno de los más fanáticos nazarenos, ya sea este su verdadero nombre o el de cristianos. No tiene nada de extraño que en su malignidad ose acusar hasta a un egipcio del asesinato de un sacerdote de Isis.

—¡Apaciguaos, hermanos, y oídme! —replicó Olintho, con dignidad—. Este sacerdote de Isis asesinado se había convertido a la fe cristiana antes de su muerte. Me reveló entonces todos los siniestros pecados y brujerías de ese egipcio, las mentiras y los engaños que se practican en el templo de Isis. Él mismo iba a declararlos públicamente. *Él*, un desconocido, un hombre inofensivo y sin enemigos…, ¿quién podía tener interés en derramar su sangre, sino alguien que pudiese temer sus palabras? ¿Y quién era la

persona a la que más podía perjudicar ese testimonio? ¡A Arbaces, el egipcio!

—¡Le estáis oyendo! —exclamó Arbaces—. ¡Habéis oído lo que acaba de decir! ¡Blasfema…! ¡Preguntadle si cree en Isis!

—¿Que si creo en un demonio del mal? —preguntó Alintho con imprudencia.

Se oyeron rumores y se distinguió cierta agitación entre los que aún permanecían reunidos. Sin acobardarse, dispuesto a correr cualquier peligro y perdiendo en la excitación del momento la más elemental precaución, el cristiano continuó:

—¡Atrás, idólatras…! Esta arcilla no está destinada a vuestros vanos y corrompidos ritos, sino a los nuestros, a los de los seguidores de Cristo, puesto que deben ser cristianas las exequias de los que siguen nuestra fe. Reclamo, pues, sus restos mortales, en nombre del gran Creador, que ha acogido ya a su espíritu.

Tan solemnes e imperiosas fueron sus palabras y la actitud del cristiano, que en el grupo de hombres al que iban dirigidas nadie se atrevió a pronunciar la menor manifestación de desprecio, de temor o de odio hacia los cristianos que muchos de ellos sentían. Y quizá nunca, desde la lucha que mantuvieron Lucifer y el Arcángel para apoderarse del cuerpo del Supremo Legislador, ha habido un tema más atractivo para el genio de un pintor que el que ofrecía aquella escena. Los árboles en la oscuridad, el bello templo, la luna iluminando el cuerpo del muerto, las antorchas yendo y viniendo, los rostros de la abigarrada concurrencia, la figura insensible del ateniense, sostenida por varios hombres, en la distancia. Y en primer plano, las figuras de Arbaces y el cristiano: el primero erguido, mucho más alto que el resto de los reunidos, los brazos cruzados, el ceño fruncido, los ojos fijos en su opositor, los labios ligeramente curvados en una mueca de desafío y de desprecio. El segundo, cubierto con su sayo pardo, raído y arrugado, mayestático en su autoridad, las facciones graves y francas, su aspecto osado y abierto. La silenciosa dignidad de toda su persona impresionaba por su inefable fervor y despertaba una simpatía que quedaba paliada por la atmósfera trágica que él mismo había creado. Su mano

izquierda señalaba el cadáver y la derecha la mantenía dirigida hacia el cielo.

El centurión apareció de nuevo.

—En primer lugar, ¿tienes tú, Olintho, o como te llames, alguna prueba contra Arbaces que ratifique lo que por ahora no son más que vagas sospechas?

Olintho permaneció en silencio, mientras el egipcio reía despectivamente.

—¿Reclamas el cuerpo del sacerdote de Isis, por su condición de nazareno o miembro de la secta de los cristianos?

—Sí, lo reclamo.

—¿Juras por ese templo, por la estatua de Cibeles, por esa capilla que es la más antigua de Pompeya, que el hombre muerto había abrazado tu fe?

—¡Hombre estúpido…! ¡Yo no reconozco a tus ídolos…, yo aborrezco tus templos…! ¿Cómo voy a jurar nada por la diosa Cibeles?

—¡Fuera, fuera con el ateo! ¡Fuera y que la tierra nos trague si permitimos tales blasfemias en una alameda sagrada…! ¡Fuera, dadle muerte!

—*¡A las fieras!* —añadió una voz femenina desde el centro de la multitud—. *¡Así tendremos uno para el león y otro para el tigre!*

—Nazareno, si no crees en Cibeles, ¿cuál de nuestros dioses aceptas como verdadero? —preguntó el soldado, indiferente al griterío que le rodeaba.

—Ninguno.

—¡Oídle, escuchadle…! —vociferó el gentío.

—¡Necios y ciegos! —continuó el cristiano, levantando la voz—. ¿Cómo podéis creer en dioses de madera y de piedra? ¿Acaso creéis que tienen ojos que os ven, oídos que os oyen o manos capaces de ayudaros? ¿Son dioses esas cosas inanimadas, cinceladas por el arte humano? ¿Crearon ellos al hombre? Al contrario, los hombres los hicieron a ellos. Oh, convenceos de su inanidad y de vuestra estupidez…

Mientras hablaba comenzó a caminar en dirección al templo, y antes de que ninguno de ellos pudiese adivinar sus intenciones, él, inducido por su apasionado fervor, tiró la estatua de madera de su pedestal

—¡Ya lo veis! —gritó—. Vuestra diosa es incapaz de vengarse. ¿Merece la pena adorar semejante cosa?

Le impidieron pronunciar más palabras. Un sacrilegio tan obvio y tan osado, realizado además en uno de los lugares más sagrados dela ciudad, llenó de rabia y de horror a los más tibios en su fe. De forma unánime la multitud se echó sobre él, le zarandeó y, de no haber mediado la intervención del centurión, le hubiesen hecho pedazos.

—¡Calma! —gritó el soldado, imponiendo su autoridad—. Hay que entregar a este insolente blasfemo al tribunal que corresponda. Ya hemos perdido demasiado tiempo. Hay que presentar a ambos culpables ante los magistrados. Colocad el cadáver del sacerdote en la litera y llevadlo hasta su casa.

En aquel momento, un sacerdote de Isis se adelantó al resto de los presentes.

—Reclamo esos restos, de acuerdo con la costumbre de nuestro sacerdocio.

—Obedeced al sacerdote —convino el centurión—. ¿Cómo se encuentra el asesino?

—Inconsciente o dormido.

—Si su crimen fuese menor, sentiría piedad por él.

Al volverse, Arbaces fijó la mirada en el sacerdote de Isis. Era Caleno. Y leyó en sus ojos algo tan siniestro y expresivo, que el egipcio no pudo menos de musitar para sí mismo:

«¿Habrá sido testigo de los hechos?»

Una muchacha se adelantó también sobre el resto del grupo y miró con dureza a Olintho:

—¡Por Júpiter, es un desvergonzado corpulento! Ahora ya es seguro que tenemos un hombre para el tigre; ¡uno para cada fiera!

—¡Estupendo! —gritó la multitud—. ¡Un hombre para el león y otro para el tigre! ¡Menuda suerte…! *Io Paean!*[353]

Capítulo VII

En el que el lector se entera del estado de Glauco. — La amistad sometida a prueba. — La enemistad mitigada. — El amor también…— Porque una de las amantes es ciega

Aunque la noche estaba ya avanzada, los lugares de alegre haraganeo de Pompeya se hallaban atestados. Pero se podía ver en la cara de algunos de aquellos desocupados una expresión más seria y preocupada que la habitual. Se reunían en nutridos grupos para hablar, como si persiguiesen dividir entre todos ellos la ansiedad, semidolorosa, semigratificante, inherente al tema sobre el que conversaban, que no era otro sino el de la vida y la muerte.

Un hombre joven cruzó con rapidez por el esbelto pórtico del templo de Fortuna; su paso era tan ligero que vino a dar con considerable fuerza

contra la rotunda y atildada figura del respetable ciudadano Diomedes, que se retiraba hacia su casa de los suburbios de la ciudad

—¡Cuidado…! —exclamó el mercader, recobrando con cierta dificultad el equilibrio—. ¿No tienes ojos o imaginas que yo no siento los golpes? ¡Por Júpiter! Has estado a punto de arrebatar mi partícula divina. ¡Otro susto como éste y mi alma irá directa al Hades!

—¡Ah…! ¿Eres tú, Diomedes? Perdona mi falta de cuidado. Iba absorto, pensando en los reveses de la vida. Nuestro pobre amigo Glauco, ¿eh? ¿Quién podía haberlo imaginado?

—Bueno, dime, Clodio, ¿es cierto que va a ser juzgado por el Senado?

—Sí, dicen que su crimen es de tan extraordinaria naturaleza que debe juzgarlo el mismo Senado, de modo que los lictores[354] formulenlos cargos oportunos contra él[355].

—Entonces, ¿ha sido acusado públicamente?

—Desde luego. ¿Dónde te has metido para no haberte enterado de nada?

—Acabo de regresar de Nápoles, adonde tuve que ir por cuestiones de negocios la mañana que siguió a su crimen. Resulta sorprendente que todo sucediese la misma noche que estuvo en mi casa.

—No hay duda de su culpabilidad —comentó Clodio, encogiéndose de hombros—. Y como estos delitos tienen preferencia sobre cualquier otro tipo de faltas indignas y leves, se darán prisa para dictar sentencia antes de que comiencen los juegos.

—¡Los juegos…! Por todos los dioses… —replicó Diomedes, con un ligero estremecimiento—. ¿Pueden condenarle a pelear contra las fieras?… Tan joven y tan rico…

—Cierto; pero es un griego. Si fuese un romano, habría sido aún más lamentable. Estos extranjeros sólo pueden ser soportados en sus momentos de prosperidad; cuando les llega el infortunio, no hay que olvidar que son bárbaros y, en consecuencia, esclavos. Sin embargo, nosotros, los de las clases altas, somos demasiado tiernos de corazón, y saldría con bien de este problema si su caso nos fuera confiado, porque, entre nosotros, ¿qué importancia tiene un despreciable sacerdote de Isis? ¿Quién es la propia

Isis? Pero el pueblo llano es supersticioso y clama por la sangre del sacrílego. Es peligroso no atender a la opinión pública…

—¿Y el blasfemo, el cristiano o nazareno o como se llamen?

—Ah, el pobre perro… Si acepta prestar un sacrificio a Cibeles o a Isis, será perdonado; si se niega a hacerlo, el tigre se encargará de él. Al menos eso creo. Pero será el tribunal quien decida. Estamos hablando cuando la urna está aún vacía[356]. Incluso el griego puede aún evitar la mortal Θ[357] de su propio alfabeto. ¿Cómo está la bella Julia?

—Imagino que muy bien.

—Salúdala de mi parte. Pero escucha… Aquella puerta cruje sobre sus goznes. Es la casa del pretor[358]. ¿Quién sale? ¡Por Pólux…, es el egipcio! ¿Qué habrá ido a tratar con nuestro amigo, el funcionario?

—Algún asunto relativo al asesinato, imagino —replicó Diomedes—. ¿Cuál puede ser la causa que ha determinado el crimen? Glauco se iba a casar con la hermana del sacerdote.

—Sí; algunos afirman que Apaecides rechazaba ese matrimonio. Pudo haber una riña repentina. Glauco estaba, sin duda alguna, borracho…, tanto que cuando lo detuvieron se encontraba inconsciente y deliraba, no sé si a causa del vino, del terror, del remordimiento, de las Furias o de las Bacantes[359].

—¡Pobre muchacho…! ¿Tiene un buen abogado?

—El mejor. Cayo Pollio, un tipo bastante elocuente. Pollio está sobornando a todos los jovenzuelos pobres y a todos los aristócratas dilapidadores de Pompeya, para que se vistan de mendigos y vayan por ahí jurando su amistad con Glauco (a quienes no habría hablado ni aun en el caso de que fuesen emperadores…, hay que hacerle justicia en eso: era un caballero que sabía elegir sus amistades), para tratar de enternecer el corazón de piedra de los ciudadanos. Pero esa artimaña no dará resultado. Isis es demasiado popular en estos momentos.

—Y, hablando de todo, he enviado ciertas mercancías a Alejandría. Sí, Isis debe ser protegida.

—Cierto. Adiós, viejo amigo. Pronto nos veremos. Y si no lo hacemos, ya tendremos ocasión de cruzar una apuesta amistosa en el anfiteatro. Todos mis cálculos se han ido al garete por esta maldita desgracia que le ha

ocurrido a Glauco. Él había apostado al gladiador Lydon. Tengo que actualizar mis tablillas como sea. *Vale.*

Tras dejar al activo Diomedes que regresase a su villa, Clodio siguió su camino cantando una melodía griega y perfumando la noche con los aromas que emanaban de sus inmaculados ropajes y sus sueltas guedejas.

«Si a Glauco se lo come el león —pensó—, Julia no tendrá a nadie a quien amar, excepto a mí; se volverá loca por mi persona…, y por tanto imagino que nos casaremos. ¡Por los dioses, los doce puntos empiezan a fallar y la gente observa mi mano con sospecha cuando agito los dados! Ese infernal Salustio insinúa que hago trampas; y si se descubre que mis dados de marfil están amañados, adiós a los alegres festines y a las notitas perfumadas. Clodio se habrá acabado. Es mejor casarse mientras sea posible hacerlo, renunciar al juego y trasladar mi fortuna (o mejor dicho, la de la gentil Julia) a la corte imperial.»

Iba formulándose estos ambiciosos planes, si tal nombre podían merecer los proyectos de Clodio, cuando el jugador se vio repentinamente abordado por alguien; volvió el rostro y descubrió el siniestro ceño de Arbaces:

—Salud, noble Clodio, y perdona mi intromisión. ¿Puedes informarme, por favor, de cuál es la casa de Salustio?

—Está a muy pocos metros de aquí, sabio Arbaces. ¿Da Salustio un festín esta noche?

—Lo ignoro —contestó el egipcio—. Pero ya sabes que la persona de Glauco, el asesino, está depositada en su casa.

—Vaya… O sea, que ese compasivo epicúreo cree en la inocencia del griego… Me recuerdas, en efecto, que se ha constituido en su fiador y que, en consecuencia, es responsable de sus actos hasta que se celebre el juicio[360]. Bueno…, la casa de Salustio es mejor que una cárcel, especialmente si la comparamos con ese inmundo agujero que tenemos en el foro. Pero ¿para qué deseas *tú* ver a Glauco?

—Mira, noble Clodio. Si logramos entre todos que se salve de ser ejecutado, será una gran ventaja. La condena de un rico es una bofetada a la propia sociedad. Me gustaría hablar con él, ya que he oído que ha recuperado el conocimiento, para enterarme de los motivos que le indujeron

al crimen. Es posible que sean tan poderosos que lleguen a eximirle de responsabilidad si los alega la defensa.

—Eres muy benévolo, Arbaces.

—La benevolencia es un deber para todo el que aspira a la sabiduría —replicó el egipcio, modestamente—. ¿Dónde está la casa de Salustio?

—Si eres capaz de aguantar mi compañía durante unos cuantos pasos —dijo Clodio—, yo mismo te la mostraré. Pero, por favor, ¿qué ha ocurrido con la pobre chica que iba a casarse con el ateniense…, me refiero a la hermana del sacerdote asesinado?

—Está muy afectada, casi cerca de la locura. En ocasiones, lanza imprecaciones contra el asesino…, y después deja de hablar y grita: «¿*Por qué* le maldigo? Glauco *no* te na asesinado, nunca podré creerlo.» Luego vuelve y vuelve a llorar y murmura para sí misma con horror: «Y, sin embargo, ¿quién sabe si no ha sido él?»

—¡Desgraciada Iona!

—Para ella han constituido un gran consuelo las solemnes ceremonias que la religión dedica a los muertos. Gracias a ello, ha dejado de pensar en Glauco y en su propia persona. En la confusión de su espíritu, no parece darse cuenta de que Glauco ha sido detenido y está en las vísperas de un juicio. Cuando se lleven a cabo los ritos funerarios de Apaecides, reaparecerán todas sus preocupaciones; y entonces temo que sus amigos queden escandalizados al comprobar cómo intenta socorrer y ayudar al asesino de su hermano.

—Tenemos que evitar ese escándalo.

—Creo que ya he tomado algunas precauciones en este sentido. Yo soy su tutor legal y he obtenido permiso para trasladarla a mi casa, después del funeral de Apaecides. Espero que los dioses me sean propicios. Allí estará en lugar seguro.

—Has obrado con gran prudencia, sabio Arbaces. Mira, aquella es la casa de Salustio. ¡Los dioses te guarden…! Escucha, Arbaces, ¿porqué te muestras siempre tan huidizo y tan poco sociable? La gente dice que *sabes* cómo divertirte y mostrarte alegre. ¿Por qué no dejas que te introduzca en los placeres que Pompeya puede ofrecer?

—Gracias, noble Clodio. Bajo tus auspicios creo que podría aventurarme a lucir la *philyra*[361]. Pero, a mi edad, temo ser un mal discípulo.

—Oh, no te preocupes. He logrado sacar partido hasta de individuos de setenta años. Además, los ricos nunca son viejos.

—Me estás adulando. Quizá en un futuro no muy lejano te recordaré tu promesa.

—Marco Clodio está siempre a tu disposición… *Vale.*

«Ahora —se dijo el egipcio— debo reconocer que no soy un hombre que guste del derramamiento de sangre; de buena gana salvaría a ese griego si, confesando su crimen, él perdiese a Iona para siempre y yo me viese libre de ser descubierto esté donde esté. *Puedo* salvarle persuadiendo a Julia de que reconozca la existencia del filtro, que podría constituir una circunstancia eximente de su responsabilidad. Pero, si no acepta la autoría del crimen, a Julia no es posible avergonzarla con la historia del bebedizo y, en consecuencia, Glauco debe morir; morir para desembarazarme de un rival entre los vivos; morir para tener así un comisionado mío entre los muertos. ¿Aceptará haber cometido el crimen? ¿Será posible persuadirle de que en su delirio perpetró el asesinato? Para mí eso sería mucho más seguro que su muerte. Bien, tenemos que arriesgarnos e intentar el experimento.»

Caminando por la estrecha calleja, Arbaces se aproximó a la casa de Salustio y distinguió una figura oscura, envuelta en una capa, que yacía tumbada ante la puerta del vestíbulo. Tan inmóvil estaba aquel cuerpo y tan negros eran los ropajes que lo cubrían, que cualquier otra persona que no fuese Arbaces habría sentido el supersticioso temor de hallarse ante uno de aquellos torvos *lémures*[362] que suelen habitar con preferencia los vestíbulos de las casas que en otro tiempo poseyeron. Pero no afectaban a Arbaces aquel tipo de pesadillas.

—Levántate —dijo, tocando la figura yacente con su pie—. Me estás obstruyendo el camino.

—Ah, ¿quién eres? —preguntó con voz aguda la figura que se hallaba en el suelo.

Después se levantó, la claridad de la noche iluminó la palidez de su rostro y brilló en la mirada ciega de Nydia, la tesalia.

—¿Quién eres? Conozco el tono de tu voz.

—¿Qué haces aquí a estas horas de la noche, joven ciega? Vamos, no es éste lugar adecuado para jóvenes de tu edad. Vete a casa, muchacha.

—Sé quién eres —dijo Nydia, en voz baja—. Eres Arbaces, el egipcio.

Y después, como inducida por un impulso repentino, se arrojó a sus pies y se abrazó a sus rodillas, con voz desesperada y llena de pasión:

—¡Oh, temido y poderoso señor…! —dijo—. Sálvale, sálvale. Soy yo la culpable, no él. Está ahí dentro enfermo, muriéndose, por mi odiosa culpa. Y no quieren permitir mi entrada, expulsan a la esclava ciega del recibidor. Cúrale. Tú debes conocer hierbas, algún encantamiento, un antídoto a la pócima…, porque fue la pócima la causa de su locura.

—Cállate, niña… Lo sé todo. ¿Olvidas que acompañé a Julia a casa de la bruja? Probablemente fue su mano la que le administró la droga. Pero su reputación exige tu silencio. No te reproches nada, lo que tenía que suceder ha sucedido. Mientras tanto yo voy en busca del criminal, que aún puede ser salvado. Apártate.

Con estas palabras, Arbaces se desasió del abrazo de la desesperada tesalia y llamó con fuerza a la casa. A los pocos momentos, se oyó cómo eran desplazadas las pesadas barras y el portero apareció en la puerta a medio abrir para preguntar quién era.

—Soy Arbaces y me trae un asunto importante para Salustio, relacionado con Glauco. Vengo de ver al pretor.

El portero, medio bostezando, medio gruñendo, dejó entrar al gigantesco egipcio. Nydia penetró en la casa tras él y se adelantó unos pasos.

—¿Cómo está? —preguntó—. Dime cómo está, dímelo.

—Ay, chicuela loca… ¿Aún estás aquí?… ¿No te da vergüenza? Dicen que ha recuperado el conocimiento.

—¡Los dioses sean loados…! ¿Por qué no me dejas entrar? Ah, te lo suplico…

—¿Dejarte entrar? No. Buena carga de palos iban a recibir mis hombros por dar entrada a cosas como tú. Vete a casa.

La puerta volvió a cerrarse y Nydia, con un profundo suspiro, se dejó caer de nuevo sobre las frías piedras; se envolvió el rostro con su capa y

reanudó su monótona espera.

Entre tanto, Arbaces fue conducido hasta el *triclinium,* donde Salustio tomaba una cena tardía con su liberto preferido.

—¡Vaya…! ¡Arbaces, y a estas horas! Acepta una copa.

—No, gentil Salustio. Vengo a molestarte por asuntos graves, no por diversión. ¿Cómo se encuentra tu encomendado? Dicen en la ciudad que ha recobrado el sentido.

—Y es cierto —replicó el bondadoso y confiado Salustio, secándose unas lágrimas que asomaron a sus ojos—. Pero sus nervios y toda su persona están tan destrozados, que apenas reconozco en él al alegre y brillante desocupado al que trato desde hace mucho tiempo. Sin embargo, resulta muy extraño que no encuentre razón alguna del súbito ataque de locura… Apenas tiene una vaga idea de todo lo que sucedió; y, a pesar de tu testimonio, sabio egipcio, mantiene que es inocente de la muerte de Apaecides.

—Salustio —replicó Arbaces, con gravedad—. En el caso de tu amigo concurren ciertas circunstancias que merecen ser tratadas con especial indulgencia. Y si nos fuese posible oír de sus propios labios la confesión de su crimen y las causas que le indujeron al mismo, creo que podríamos esperar mucho de la benevolencia del Senado; tú sabes que el Senado tiene la facultad de mitigar y de agravar las penas. He estado hablando sobre este punto con las más altas autoridades de la ciudad, de las que he obtenido el permiso necesario para mantener una conversación privada con el ateniense esta misma noche. Como sabes, el juicio comienza mañana.

—Bien —replicó Salustio—. Creo que harás honor a tu nombre oriental y a tu fama si logras sacar algo en limpio de él. Naturalmente, puedes intentarlo. Pobre Glauco… Él, que tenía tan buen apetito. No hay quién le haga comer nada ahora…

El benévolo epicúreo se conmovió íntimamente ante aquella realidad. Suspiró y ordenó a su esclavo que le volviese a llenar la copa

—La noche avanza —dijo el egipcio—. Permíteme que vea ahora a tu custodiado.

Salustio asintió con la cabeza y se dirigió hacia una pequeña habitación, vigilada por dos esclavos adormilados. La puerta se abrió y, al

requerimiento de Arbaces, Salustio se retiró. El egipcio quedó a solas con Glauco.

Un candelabro, alto y estilizado —tan comunes en aquellos tiempos—, sostenía una única luminaria que ardía cerca de la cama. Su claridad cayó sobre el rostro del ateniense y Arbaces se estremeció al comprobar cómo había cambiado su expresión. Había desaparecido su buen color habitual, sus mejillas aparecían hundidas y sus labios pálidos y convulsos; dura había sido la lucha entre la razón y la locura, entre la vida y la muerte. La juventud y la fortaleza de Glauco habían vencido; pero el frescor de la sangre y del alma —vida de la vida—, su gloria y su empuje, habían desaparecido para siempre.

El egipcio se sentó en silencio junto al lecho; Glauco permaneció mudo e inconsciente de su presencia. Por fin, tras una considerable pausa, Arbaces habló de este modo:

—Glauco, hemos sido enemigos. Y ahora vengo solo y en mitad de la noche…, para ser tu amigo, quizá tu salvador.

Del mismo modo que un corcel se encabrita al hallar un tigre en su camino, Glauco se incorporó, alarmado, jadeante, al darse cuenta de la repentina aparición de su enemigo y del sonido abrupto de su voz. Sus miradas se encontraron y ni uno ni otro logró retirarla. El flujo sanguíneo enrojecía y hacía palidecer la cara del ateniense y las mejillas broncíneas del egipcio adoptaron una cierta palidez. Al fin, con un gruñido, Glauco volvió la cabeza, se pasó la mano por la frente, se tumbó de nuevo sobre su cama y murmuró:

—¿Estoy aún soñando?

—No, Glauco, estás despierto. Te juro por ésta, mi mano derecha, y por la cabeza de mi padre, que estás viendo a alguien que puede salvarte la vida. Escucha. Sé lo que has hecho, pero también sé la causa de la que tú eres ignorante. Has cometido un asesinato, es cierto, un crimen sacrílego…, no frunzas el ceño, no te excites, mis ojos lo han presenciado. Pero puedo salvarte, puedo probar que estabas privado de juicio y que te encontrabas desposeído de tu libertad para pensar y para actuar. No obstante, para salvarte debes confesar tu crimen. Firma este papel reconociendo haber

dado muerte a Apaecides con tu propia mano y quedarás a salvo de la urna fatal.

—¿Qué palabras son esas? Asesinato y Apaecides… ¿Acaso no le vi tirado en el suelo, convertido en un cadáver aún sangrante? ¿Y quieres persuadirme de que lo hice yo? ¡Mientes…! ¡Lárgate de aquí!

—No te apresures, Glauco, no seas temerario. El hecho está probado. Vamos, vamos, es excusable que te resistas a aceptar un acto cometido durante tu delirio, que en tu sano juicio evitarías incluso presenciar. Tú sabes que estabas paseando con el sacerdote y que hablabais acerca de su hermana. Deja que te refresque la memoria. Conocías muy bien su carácter intolerante, que era ya medio nazareno y que pretendía convertirte. Cruzasteis palabras duras; criticaba el género de vida que llevabas y juró que jamás consentiría tu matrimonio con Iona. Fue entonces cuando, en tu frenesí y llevado por tu ira, le propinaste el repentino golpe. Vamos, vamos…, todo esto puedes recordarlo. Lee este pergamino que narra todo lo que te he explicado, fírmalo y estás salvado.

—¡Bárbaro, dame esa sarta de mentiras escritas para romperlas inmediatamente! ¡Yo, el asesino del hermano de Iona…! ¡Yo confieso que jamás tocaría un pelo de la cabeza de alguien a quien ella ama! ¡Prefiero morir antes mil veces…!

—Ve con cuidado… —dijo Arbaces, con voz baja y silbante—. No tienes más que dos alternativas: firmar tu confesión, o el anfiteatro y las quijadas del león.

Mientras el egipcio fijaba la mirada en su víctima, captó con alegría las señales de la evidente emoción que asaltó a Glauco al escuchar sus últimas palabras. Un escalofrío recorrió el cuerpo entero del ateniense, sus labios se entreabrieron y una expresión de repentino temor y de sorpresa se reflejó en su ceño y en su mirada.

—¡Por los dioses! —dijo con voz débil—. ¿Qué maldición es ésta? Hace apenas un día, la vida me sonreía entre rosas, Iona era mía, la juventud, la salud, el amor, derramaban sobre mí todos sus tesoros; y ahora…, dolor, locura, vergüenza, muerte. ¿Y por qué? ¿Qué es lo que he hecho? Oh, ¿estoy loco todavía?

—Firma y estarás a salvo —dijo la voz suave y meliflua del egipcio.

—¡Jamás…, no me tientes! —gritó Glauco, en pleno ataque de rabia—. Tú no me conoces, tú ignoras el alto espíritu de los atenienses. La cara de la muerte puede asustarme por un momento, pero el temor acaba. El deshonor me abruma siempre. ¿Quién puede envilecer su nombre para salvar la vida? ¿Quién trueca hermosos pensamientos e ideales por días de ignominia? ¿Quién puede entregarse a la absoluta vergüenza y aparecer como un punto negro y despreciable a la gloria y al amor? Si para ganar unos cuantos años de vida es preciso convertirse en un ser ruin y cobarde, no sueñes siquiera, siniestro bárbaro de Egipto, encontrar tan inmunda condición en uno que ha pisado la misma hierba que Harmodio y respirado el mismo aire que Sócrates[363]. ¡Vete…! ¡Déjame vivir sin reprocharme nada o morir sin temor alguno!

—¡Piénsalo bien…! Los colmillos del león, el griterío de la brutal muchedumbre, la mirada plebeya fija en tu agonía de muerte y en tus miembros despedazados, tu nombre degradado, tu cadáver sin enterrar, la vergüenza que pretendes evitar ineludiblemente ligada a ti por siempre.

—¡Deliras…! *Tú* eres el loco. La vergüenza no es el resultado de la pérdida de la estima ajena, sino de la que nos debemos a nosotros mismos. ¿Quieres irte, de una vez? Los ojos me duelen al verte. Te he odiado siempre y ahora, además, te desprecio.

El egipcio se levantó lentamente, se ajustó sus ropajes y salió dela habitación. Buscó a Salustio y habló con él unos instantes, aunque los ojos del epicúreo denotaban la larga vigilia dedicada al vino.

—Sigue aún inconsciente; no queda ninguna esperanza de salvarle.

—No hables así —replicó Salustio, que sentía un cierto resentimiento hacia el acusador del ateniense, puesto que, al carecer de la austeridad que acompaña a la virtud, se sentía tan conmovido por las desgracias de su amigo como convencido de su inocencia—. No hables así, amigo egipcio. Un bebedor tan excelente tiene que salvarse de una u otra manera. Baco contra Isis.

—Ya veremos —se limitó a decir el egipcio.

De pronto, los cierres de la puerta volvieron a ser retirados y volvió a abrirse el acceso a la casa; Arbaces se encontró en la calle. Y la pobre Nydia se sobresaltó una vez más en su larga espera.

—¿Le salvarás? —preguntó, tomándole de las manos.

—Niña, sígueme a casa. Me gustaría hablar contigo. Te lo pido por él.

—¿Y querrás salvarlo?

Ninguna contestación alcanzó el sediento oído de la joven ciega. Arbaces había comenzado ya a caminar calle arriba; ella vaciló unos instantes y después siguió sus pasos en silencio.

—«Tengo que poner a esta niña a buen recaudo —se dijo, con aire meditativo—, para que no haga mención del filtro. En cuanto a la presumida Julia, no creo que se traicione a sí misma.»

Capítulo VIII

Un funeral clásico

Mientras Arbaces se dedicaba a estos menesteres, el dolor y la muerte se enseñoreaban de la casa de Iona. Era la noche que precedía a la mañana en la cual debían celebrarse los solemnes ritos funerarios a los restos del asesinado Apaecides. El cadáver había sido trasladado desde el templo de Isis a la casa de su pariente más cercano, y Iona había oído a la vez la noticia de la muerte de su hermano y la acusación contra su prometido. Una angustia violenta difuminó todo lo que a su alrededor sucedía, y el silencio reiterado de sus esclavos impidió que la joven se enterase de las circunstancias en las que se encontraba su amante. Su enfermedad, su

locura, su próximo juicio, resultaban desconocidos para ella. Se enteró sólo de la acusación que pesaba sobre él y la rechazó indignada; es más, le dijeron que era Arbaces quien le acusaba y se ratificó en el convencimiento de que el egipcio había sido el criminal. Pero la atención, intensa y absorbente, que los antiguos concedían a la representación de todo el ceremonial relacionado con la muerte de un familiar había limitado hasta entonces su cuidado hacia todo lo que no fuese la habitación en la que yacía el difunto. No había podido realizar ella la tierna y emocionante función, que resultaba obligada al pariente más próximo, de recoger el postrer aliento del alma que partía, siempre la más amada; pero sí le correspondió a ella cerrar sus crispados párpados y unir sus rígidos labios; observar la consagración de aquella arcilla, cuando, una vez lavada y ungida por óleos y perfumes, yacía con sus mejores ropajes sobre el lecho de marfil; y adornar con hojas y flores el catafalco, así como renovar la rama de ciprés colocada en la puerta del vestíbulo. En estas tristes ocupaciones, entre lamentos y rezos, Iona se olvidó de sí misma. Una de las más bellas costumbres de los antiguos era la de enterrar a los jóvenes a la luz mortecina del amanecer; se esforzaban siempre por conceder a la muerte un carácter melancólico, y así imaginaban poéticamente que la Aurora, amante de los jóvenes, se los llevaba entre sus brazos; y aun cuando en el caso del sacerdote asesinado no era posible aplicar aquel simbolismo que consolaba a los deudos del fallecido, se siguió la tradición acostumbrada[364].

Las estrellas iban palideciendo una por una en el firmamento grisáceo y la noche se retiraba con lentitud antes de la llegada del día, cuando un grupo de personas vestidas con ropajes negros llegó a la puerta de la casa de Iona y permaneció allí inmóvil. Antorchas, altas y estilizadas, palidecidas por la incipiente claridad de la amanecida, lanzaban su luz sobre todos los rostros, unidos en aquel momento por la misma y solemne expresión. Y comenzó a sonar una música lenta y triste, muy de acuerdo con la naturaleza de aquel rito, que flotó a lo largo y a lo ancho de las calles desiertas y sin vida. Después, un coro de voces fémeninas (las *Praeficae*[365], tantas veces citadas por los poetas latinos), acompañadas por el *Tibicen*[366] y la flauta misia, entonaron el siguiente canto:

LAMENTO FUNERARIO

En el triste vestíbulo donde el ciprés mora
suplantando a las rosas que a toda casa ornan,
en tu último viaje por la tierra dichosa,
te espera, oh vagabundo de Cocito[367], la hora.

Con tristeza gemimos y a llorar invitamos;
la Muerte es tu anfitrión y tu cuerpo le damos,
en casa de la noche hay guirnaldas y ramos
y ya sólo aguas negras nos llenarán los vasos.

¡Para ti concluyeron la canción y la risa
y las noches alegres y la gloria del día!
En sus largas labores trabajan las argivas[368],
la presa de Titán roba el ave de rapiña[369].

Ya el falso Eólidas[370] en lento cataclismo,
de la colina eterna se asoman hasta el abismo:
y ves al rey de Lidia[371], en su terror sumido
y a la verde Calírroe y su monstruoso hijo[372]

Así, ellos verán tu triste sombra oscura
que del cielo de Plutón hace tétrica hondura;
y pálido te vemos en la negra espesura,
a la que el rito fúnebre lleva nuestra ternura[373].

Ven, pues, ya sin demora, que tu fantasma gime
entre los no enterrados que sin hogar se afligen;
que bajo el cielo gris nuestras antorchas brillan
y el pájaro perdido en sus deudos pervive.

Cuando concluyó el canto, el grupo se dispersó; el cadáver fue colocado sobre unas parihuelas, cubierto por un palio rojo y fue extraído de la casa con los pies por delante. El *designator*[374] o maestro del sombrío ceremonial, acompañado de los que portaban las antorchas, vestidos de negro, dio la señal para que la procesión comenzara a moverse con lentitud.

En primer lugar, desfilaban los músicos, tocando una marcha lenta —la solemnidad de los instrumentos bajos contrastaba con las notas agudas que emitían las trompetas funerarias—; a continuación figuraban las plañideras alquiladas, cantando sus himnos al muerto; las voces femeninas se mezclaban con las de los niños, cuyos tiernos años ponían aún más de relieve el contraste entre la vida y la muerte, las hojas frescas y las ya secas. Los intérpretes o bufones y el *archimimus*[375] (cuyo deber era personificar e imitar al muerto), que solían figurar en los desfiles funerarios, no tomaban parte en el entierro, dadas las terribles circunstancias en que la muerte se había producido.

Seguían después los sacerdotes de Isis, descalzos, con sus níveas túnicas y agitando hojas de maíz. En el inicio de la comitiva se llevaban imágenes del fallecido y de sus antepasados atenienses. Detrás del féretro, rodeada por otras mujeres, marchaba la única pariente viva del muerto, con su cabeza descubierta, su cabello en desorden, su rostro más pálido que el mármol, pero serena y resignada, a excepción de algunos momentos en que algún recuerdo enternecedor, evocado por la música, la obligaba a despertar de su letargo de dolor para llevarse las manos a la cara y sollozar sin ser vista. Su pena no se exteriorizaba en el llanto sonoro, en el lamento desgarrado ni en los gestos incontrolados, característicos de todos los que honraban a sus muertos con dolor menos intenso. En aquellos tiempos, como hoy, la expresión de la sincera condolencia fluye por cauces silenciosos y, en apariencia, tranquilos.

Así pues, la procesión siguió su camino, atravesó las calles, llegó a la puerta de la ciudad y continuó su marcha hasta llegar a la Avenida de las Tumbas, situada en los extramuros y que el lector ya conoce. Construida en forma de altar —de madera de pino sin pulir, en cuyos instersticios se habían colocado materiales combustibles— se alzaba la pira, rodeada de oscuros y severos cipreses, consagrados por medio de canciones a los muertos.

Tan pronto como el féretro fue colocado sobre la pira, el personal que lo había llevado hasta allí se apartó a cada uno de sus lados, y Iona se aproximó a las parihuelas y se detuvo unos instantes para contemplar aquel pedazo de arcilla inanimada, silenciosa e inmóvil. Las facciones del difunto

habían sido manipuladas hasta hacerle perder la agobiante expresión de su muerte violenta y aparecía ya ajeno al terror y a la duda, a las luchas de las pasiones, a las dudas de la religión, a las preocupaciones del pasado y del presente, a la esperanza y al temor del futuro. Pero, a pesar de todo, aquello que podía martirizar y asolar el corazón de un joven aspirante a cuanto es sagrado en este mundo era aún visible en la inmensa serenidad de aquella tersa frente y de aquellos labios ya sin aliento. La hermana le miró, sin que se oyese el más leve murmullo entre los que componían la comitiva. Había algo terrible y, a la vez, consolador en el silencio; y cuando éste se rompió lo hizo de manera repentina y abrupta, con un lamento apasionado y trágico, que dio salida a una desesperación largamente contenida

—¡Hermano, hermano mío…! —gritó la pobre huérfana, cayendo sobre el cuerpo sin vida—. Tú, a quien ni siquiera los insectos temían… ¿a qué enemigo pudiste provocar? Oh, ¿es cierto lo que ven mis ojos? Despierta, despierta. Ambos crecimos juntos, ¿por qué nos separan ahora? No estás muerto…, tan sólo duermes. Despierta, despierta…

El sonido de su voz atribulada hizo estallar la solidaridad del resto de los deudos, que rompieron en lamentos desgarrados y sin freno. Aquellas quejas determinaron que Iona tomase conciencia de sí misma. Miró a su alrededor con cierta rapidez y confusión, puesto que hasta entonces no había sido consciente de la presencia de los que la rodeaban.

—*¡Ah!* —murmuró con un escalofrío—. *¡Entonces, no estamos solos!*

Después de una breve pausa, se levantó; de nuevo su pálido y belio semblante se serenó y adoptó su habitual rigidez. Con mano temblorosa y delicada, abrió los párpados del muerto**[376]**. Pero, al contemplar aquella mirada fría e indiferente, incapaz de brillar ya llena de amor y de vida, volvió a gritar como si hubiese visto un espectro. Se recobró una vez más, y le besó una y otra vez los párpados, los labios, la frente; y con mano que parecía accionar mecánicamente, quizá sin darse cuenta de lo que hacía, recibió la antorcha funeraria del sumo sacerdote. El súbito inicio de nuevos cánticos por parte de las plañideras y el sonido de la música, anunciaron el ceremonial de la llama purificadora.

HIMNO AL VIENTO

I

¡En tu lecho de nubes aún durmiendo,
despierta, oh sagrado y dulce viento…!
Pues dulce y muy sagrado es tu nombre,
para quienquiera que tu aliento absorbe;
ya sea del viejo Auster[377] heredero
o hijo del Euro[378], orgulloso y fiero;
o quizá aquel[379] que con oscuro empeño
del turbio Norte exije rayo y trueno.
Ni aun así te llamaremos pérfido
y tendrás flores en tu cabeza, Céfiro,
cuando al atardecer, dulce rocío,
des con temblor a tu ninfa[380] amoríos.

II

Los incensarios plateados vuelan
y los perfumes el camino anegan.
Nunca sobre el gran valle del Tempe[381]
ni en las chipriotas calles siempre alegres
o en el mar de las islas de las rosas[382],
flotaron alas tiernas cual tus ondas.
Ved cómo en nuestros vasos encendemos
mirras, nardos y flores de canelo,
y sembramos la tierra con laureles
que pisen tus sandalias cuando llegues…

III

Vientos augustos y eternos, fuente
de todo ser fantástico o viviente.
Toda la muda arcilla que contemplas
germina en tu presencia: tú nos sueñas.
¡Respira, roja llama, antorcha ardiente,

viento de vida, enciende siempre, enciende
tu propio ser en un solemne fuego
para que el aire nos lo esparza luego!

IV

Ya llega, ya viene y barre todo
el viento al que invocamos aquí a coro.
ya salta y ya cruje y centellea
y la pira sagrada es una tea.
se alza y sus alas se entremezclan
y sus llamas con qué fulgores vuelan;
oscila en remolinos de aquí allá,
y cuando siempre que busca libertad,
sube, sube, a inusitada altura;
oh fuego, ¿quién no admite tu hermosura
cuando tus brazos de gigante alzas
con ayuda del viento al que tú abrazas?
Viento y fuego se sientan en el trono
de la muerte y lo reclaman todo.

V

¡Moved, moved aún más el incensario
y que las cuerdas tañan más despacio…!
Desde el tormento del quehacer diario,
desde el meollo del mortal osario,
desde la cárcel de esta arcilla presa,
las manos de la llama nos libera.
Oh, alma ya eres libres, libre, libre…
Como los vientos dejan sus pesares
cuando se desvanecen en los mares,
puedes llegar al reino de la paz
sin que grilletes te aprisionen ya…
Alégrate…, que en la marea lenta,
sobre la Estigia tu barca se aposenta;

tu paso ya dispuesto a cambiar
por la arboleda de la felicidad,
donde lejos del Cocito furioso,
el amor de los muertos es dichoso.
Ya no somos esclavos de esta tierra…
Oh, alma, eres libre…, pero ¿y luego?
Cuando nuestra labor esté completa,
todos descansaremos junto al fuego.

Entonces, alto y crepitante, el fuego ascendió hacia el cielo recién amanecido, iluminó con destellos los oscuros cipreses, ascendió sobre las macizas murallas de la ciudad vecina; y los primeros pescadores se sorprendieron al contemplar cómo la enorme hoguera enrojecía las aguas de los mares.

Iona, sentada a solas, separada de los demás asistentes y apoyando su rostro en una mano, ni oía los lamentos del canto ni veía las llamas del fuego. Sentía solamente una sensación de abandono que no había alcanzado aún el místico estado de íntima complacencia que sobreviene cuando uno es consciente de que no está solo, sino en compañía de los muertos.

La brisa incrementó el efecto de los combustibles colocados dentro de la pira y, poco a poco, las llamas comenzaron a oscilar, a empequeñecer, a agotarse, hasta que, al fin, tras baldíos intentos de renacer, acabaron muriendo, como símbolo de la vida misma; donde poco tiempo antes todo era inquietud y fuego, restaba tan sólo un montón de cenizas, humeantes y grises.

Las postreras llamaradas fueron extinguidas por los sirvientes y las cenizas recogidas. Impregnadas del zumo de las más raras uvas y delos más caros perfumes, fueron introducidas en una urna de plata, que fue solemnemente introducida en uno de los sepulcros cercanos a la gran avenida; también metieron bajo aquella lápida un vial lleno de lágrimas y una pequeña moneda que, de acuerdo con los poetas, iba destinada al tenebroso barquero[383]. Por fin, el sepulcro fue cubierto con flores y coronas, mientras se hacía arder incienso en el altar y la gente se arracimaba alrededor de la tumba y colocaba sobre la lápida lamparillas votivas.

Pero, al día siguiente, cuando el sacerdote volvió a la tumba con nuevas ofrendas, descubrió que, a todas aquellas reliquias de la superstición pagana dejadas el día anterior, había que añadir ahora una hoja verde de palma que una mano desconocida había colocado[384]. Y permitió que permaneciera allí, ignorante de que era el signo mortuorio utilizado por los cristianos.

Cuando todas las ceremonias anteriores concluyeron, una de las *praeficae* purificó a todos los presentes con una rama de laurel mojada en agua, mientras pronunciaba la postrera palabra de la función fúnebre, *Ilicet!:* «Marchaos.» Y el rito concluyó.

Pero antes se detuvieron unos instantes para cantar —muchos de ellos con lágrimas en los ojos—, el entrañable adiós *Sabe Eternum.* Y como Iona parecía dispuesta a no moverse de allí, al menos por el momento, entonaron todos juntos el himno.

SALVE ETERNUM

I

Adiós, alma bendita,
adiós, urna sagrada,
sola y atribulada
dejas aquí a quien te ama.
En triste playa oscura
nos precede tu ocaso
y a idéntica tristura
nos dará el Tiempo paso.
Salve, salve…
urna amada, celda solemne,
cenizas mudas, adiós por siempre.
Salve, salve…

II

¡Ilicet, ire licet[385], en vano queremos partir!
Tu tumba es el corazón

en el que nos llevas siempre.
Imposible llorarte sin pasión.
En vano nos salpica el agua
de los arroyos rientes;
en vano nos ilumina
el fuego de la pureza
que ante nosotros rutila.
¿Mas, hay encanto que pueda
llevarnos a tu otra vida?
Nuestro dolor es inmenso
por el sacerdote muerto.
Salve, salve…

II

Ilicet, ire licet,
Apagóse ya el fuego,
¿Dónde lo ha llevado el viento?
Te acogen los elementos
y sombra a tu alma dan.
¿Nuestro dolor te conmueve
al surcar el negro río?
Si amor en la vida es breve,
la muerte es a plazo fijo.
Salve, salve…
En casa la fiesta ruge,
la rosa en punto florece,
en la tumba el ciprés luce,
el ciprés por siempre verde…
Salve, salve…

Capítulo IX

En el que Iona corre una aventura

Mientras algunos quedaron atrás para compartir el banquete fúnebre de los sacerdotes, Iona y sus servidoras emprendieron su triste camino a casa. Y ahora (cumplidos sus últimos deberes hacia su hermano), la joven despertó su mente absorta y pensó en su prometido yen los terribles cargos que se le imputaban. Como antes hemos indicado, no creyó ni por un momento en la veracidad de aquella acusación antinatural y, albergando una vaga sospecha contra Arbaces, llegó a la conclusión de que para hacer justicia a su enamorada y a su pariente asesinado, era preciso ir en busca del pretor y exponerle sus impresiones, aunque careciese de pruebas en qué apoyarlas. Interrogó a sus esclavas —quienes hasta entonces habían

decidido, como ya se ha dicho, evitar a Iona una preocupación y una agonía adicional y ocultarla verdadera situación en la que Glauco se encontraba—, y a través de ellas se enteró de que el ateniense se encontraba gravemente enfermo, bajo la custodia y el techo de Salustio y de que la fecha de su juicio estaba ya fijada.

—¡Dioses ingratos…! —exclamó—. ¿Y cómo he podido olvidarme de él durante tanto tiempo? ¿Creerá que le he abandonado? Oh…, quiero hacerle justicia ahora mismo, demostrarle que yo, la pariente más cercana del muerto, creo en su inocencia. Debo consolarle, atenderle, animarle. Aprisa, aprisa, volemos… Y en caso de que no quieran creerme, si no comparten mi convicción en su inocencia, si le condenan a muerte o al exilio, compartiré con él la sentencia.

Apresuró el paso instintivamente, confusa y abrumada, apenas sin saber adónde dirigirse; primero pensó en ir a visitar al pretor; después, en apresurarse al lugar donde se hallaba Glauco. Salió de su casa, atravesó la puerta de la ciudad y se encontró en la larga calle que conducía al centro de la urbe. Las casas estaban abiertas, pero no se veía a nadie en las vías públicas; la vida ciudadana había despertado apenas…, cuando de pronto distinguió un puñado de hombres junto a una litera cubierta. Un alto personaje sobresalió sobre todos los demás e Iona, al verle, gritó con fuerza el nombre de Arbaces.

—Bella Iona —exclamó él con gentileza, aparentando no notar la alarma de la joven—. Mi pupila, mi tutelada, perdona si turbo tu piadoso dolor; pero el pretor, preocupado por tu honorabilidad y ansioso de que en modo alguno te veas implicada en el inminente juicio, conociendo la embarazosa situación en la que te encuentras (hacer justicia a tu hermano, pero temiendo que el castigo de la misma recaiga sobre tu prometido), compadeciendo tu falta de protección y de amigos y juzgando impropio que puedas actuar sin guía suficiente por tu cuenta y riesgo, ha decidido sabia y paternalmente confiarte al cuidado de tu tutor legal. He aquí el escrito que ordena que quedes bajo mi custodia.

—¡Siniestro egipcio! —replicó Iona, apartándose orgullosamente de su lado—. ¡Vete! Eres tú quien ha asesinado a mi hermano. ¿Es a tus manos, que aún huelen a sangre, a las que ahora confían a su hermana? Te has

puesto pálido. Tu conciencia te acusa. Tiemblas al pensaren el rayo justiciero de los dioses. Retírate y déjame sola con mis penas.

—Tus penas han trastornado tu cabeza, Iona —dijo Arbaces, en un vano intento de mantener su voz serena—. Te perdono. En mí encontrarás, ahora y siempre, a tu mejor amigo. Pero las calles públicas no son el lugar más adecuado para mantener una conversación ni para que yo intente consolarte. Acercaos, esclavos. Ven, mi dulce pupila, la litera nos está esperando.

Las sorprendidas y aterrorizadas esclavas rodearon a Iona y se abrazaron a sus rodillas.

—Arbaces —dijo la mayor de aquellas servidoras—, estoy segura de que la ley no puede disponer lo que pretendes. ¿Acaso no está establecido por escrito que hasta el noveno día después de un funeral no puede molestarse a los parientes del fallecido ni interrumpir su solitaria pena en su casa o fuera de ella?

—¡Mujer! —replicó Arbaces, con un gesto imperioso de su mano—. Depositar a una pupila bajo el techo de su tutor no es contrario a las leyes funerarias. Te digo que tengo el *fiat*[386] del pretor. Este retraso en cumplir sus órdenes es indecoroso. Coloca a tu ama en la litera.

Diciendo estas palabras, apretó su brazo con firmeza alrededor del cuerpo de la huidiza Iona. Ésta intentó desasirse, le miró con fijeza a la cara y rompió a reír de forma histérica.

—¡Ja…, ja! ¡Está muy bien…, muy bien…! ¡Excelente tutor…, leyes paternales! ¡Ja, ja…!

Y, sobresaltándose a sí misma ante el eco terrible de aquellas carcajadas, propias de la excitación y de la locura, pareció hundirse, se desmayó sin vida y cayó al suelo… Un instante más tarde, Arbaces la levantó en sus brazos y la introdujo en la litera. Los porteadores emprendieron la marcha con rapidez y la infortunada Iona pronto fue perdida de vista por sus llorosas esclavas.

Capítulo X

De lo que ocurrió a Nydia en casa de Arbaces. — El egipcio siente compasión por Glauco. — La compasión es con frecuencia un huésped inútil para el culpable

Se recordará que, por orden de Arbaces, Nydia siguió al egipcio hasta su casa y, conversando allí con ella, se enteró tras su confesión, llena de remordimiento y desesperación, que había sido Nydia y no Julia quien había administrado a Glauco la poción fatal. Quizá en otro momento el egipcio hubiese tratado de buscar un interés filosófico en averiguar las profundas fuentes del origen de aquella extraña y radical pasión que la joven, ciega y esclava, había osado albergar en su pecho. Pero en aquel instante no se sintió impulsado a tal reflexión. Después de exponer los

hechos, la pobre Nydia se lanzó a las rodillas del egipcio y le rogó que devolviese la salud y salvase la vida a Glauco, ya que, en su juventud e ignorancia, la joven ciega estaba convencida de que aquel mago tenía poder para obrar ambos milagros. Arbaces, sin prestar oídos a sus súplicas, pensó sólo en la necesidad de mantener prisionera a Nydia hasta que el proceso y la suerte de Glauco quedase decidida. Aunque consideró que Nydia no pasaba de ser cómplice de Julia en la obtención del filtro, juzgó que era peligroso para el pleno éxito de su venganza que la muchacha quedase en libertad y pudiese, quizá, aparecer como testigo para aclarar el modo en que Glauco se había visto privado de discernimiento e inducir así a los jueces a la indulgencia acerca del crimen del que se le acusaba. Ahora más que nunca la ciega tesalia se aprestaría a ofrecer voluntariamente el testimonio de que ella misma había administrado la droga, e inspirada por su amor, se mostraría ansiosa de enmendar su error y salvar la vida a su amado, sin que le importase quedar cubierta de vergüenza. Por otra parte, resultaba de poca categoría para la alta reputación de Arbaces verse implicado en el lamentable papel de alcahuete de la apasionada Julia, y prefería ocultar su presencia en los ritos milagreros dela Saga del Vesubio. No existía mejor solución que se cumpliesen sus deseos de que Glauco confesase el asesinato de Apaecides, hecho que, además de asegurar su seguridad permanente, garantizaba el éxito de sus aspiraciones respecto a Iona, sin necesidad de implicar en el asunto a Julia.

Con respecto a Nydia, quien de modo inevitable y a causa de su ceguera carecía de la necesaria referencia acerca de cómo discurría la vida real y que, como esclava y extranjera, ignoraba las peligrosas sutilezas de la ley romana, se interesaba, más que por otra cosa, por la enfermedad y los peligros que corría su ateniense, relegando a segundo plano el crimen del que se le acusaba o el resultado del inminente proceso. Aquella pobre desgraciada, a la que nadie se acercaba y dela que nadie se preocupaba, ignoraba lo que era el Senado o una sentencia, la interpretación de las leyes, la ferocidad de las masas, el circo y las jaulas de los leones. Estaba acostumbrada a asociar el pensamiento de Glauco con lo próspero y elevado y era incapaz de imaginar que un peligro podía amenazar su cabeza sagrada, excepto la locura de su amor hacia él. El ateniense, según ella, estaba hecho

para gozar de las bendiciones de la vida. Sólo *ella* había alterado los cauces por los que discurría su felicidad. No sabía ni podía soñar siquiera que aquel arroyo, de aguas cristalinas y brillantes, pudiese estar nunca abocado a la oscuridad y a la muerte. Así, pues, si imploraba la asistencia del gran egipcio, era para restablecer su cerebro, que *ella* había alterado, y para salvar su vida que *ella* había puesto en peligro.

—Hija —dijo Arbaces, despertando de sus meditaciones—. Tú debes permanecer aquí. No es bueno para ti que andes vagando por las calles ni que seas expulsada de las casas por el pie desconsiderado de un esclavo. Comprendo tu preocupación por tu pequeña falta y te pro-meto remediarla. Quédate aquí durante unos días, sé paciente y Glauco se restablecerá.

Sin esperar respuesta de la ciega, salió de la habitación, corrió el cerrojo de la puerta y encargó al esclavo que cuidaba de aquella parte de la casa que atendiese las necesidades de su prisionera.

Solitario y meditabundo, Arbaces esperó la luz del día, y con ella, tal como hemos visto, tomó posesión de la persona de Iona.

Con respecto a la infeliz napolitana, su primer objetivo era el que ya había anunciado a Clodio, es decir: impedir su intervención activa en el proceso de Glauco y evitar que le acusase (cosa que, sin duda, habría hecho) de su primer acto de pérfida violencia contra su persona —su pupila —, de los muchos motivos de venganza que tenía hacia Glauco, que pusiera de manifiesto la hipocresía de su carácter, creando así un ambiente de duda sobre las acusaciones que dirigía contra el ateniense. Hasta que no la encontró aquella mañana, hasta que no oyó sus altivos reproches, no cayó en la cuenta del gran peligro que para él suponía el hecho de que Iona sospechase de su autoría en el crimen de su hermano. Se detuvo, pues, a reflexionar la mejor manera de lograr todos los fines que perseguía. Por de pronto, la mujer a la que temía y amaba estaba en su poder. Creía más que nunca en el influjo de las aduladoras estrellas, y cuando fue a visitar a Iona a la habitación de más difícil acceso de la misteriosa casa en la que la había recluido la encontró abatida por los continuos golpes que venía recibiendo —que la obligaban a pasar del ataque de furia a la crisis de llanto, de la violencia al absoluto torpor, propios de la enfermedad cíclica de la histeria —, pensó más en su belleza que ningún estado de ánimo era capaz de

disipar, que en los horrores que él mismo le había producido. Con aquella radical vanidad, tan frecuente en hombres que deforma continuada han tenido éxito en la vida, tanto en los negocios como en el amor, se enorgulleció al pensar que, cuando Glauco estuviese muerto, cuando su nombre quedase demorado mediante el aval de una sentencia del Senado, cuando su derecho al amor de Iona se invalidara por haber sido condenado a muerte por el asesinato de su propio hermano…, el afecto de Iona hacia el ateniense sería sustituido por un sentimiento de horror; y así, él, con su ternura y su pasión, asistido por todas las artes que tan bien conocía y que deslumbraban la imaginación de las mujeres, podría ocupar aquel trono en el corazón de la napolitana, del que su rival había gozado antes de ser expulsado de forma abominable. Tal era su esperanza; y por si sus expectativas resultaban de difícil realización, se consoló pensando con pasión febril:

«En el peor de los casos, *ahora* ella está ya en mi poder.»

Sin embargo, sintió la incomodidad y las aprensiones que acompañan al temor de ser descubierto, incluso en los casos en los que el criminal es insensible a la voz de la conciencia: un vago terror a las consecuencias del delito que con frecuencia son equivocadamente consideradas como horror al delito mismo. El liviano aire de Campania le oprimía el pecho; anhelaba huir de aquel lugar donde el peligro podía no dormir eternamente con los muertos; y, teniendo ahora a Iona en su poder, decidió para sí que tan pronto como fuese testigo de la larga agonía de su rival, trasladaría sus riquezas y a ella —la pieza más costosa de su tesoro— a playas más remotas.

«Sí —se dijo, mientras paseaba de un lado a otro de su solitaria habitación—. Sí, la misma ley que me concede la persona de mi tutelada me otorga el derecho a desposarla. Incluso hasta más allá de los amplios mares, vamos a la busca de goces sibaríticos y de placeres aún no experimentados. Animado por las estrellas, protegido por los buenos augurios que presiente mi alma, voy penetrando en los vastos y gloriosos mundos eme mi sabiduría intuye aún inexplorados en los más remotos lugares del inmenso mar que nos rodea. Allí este corazón poseído ahora por el amor, en otro tiempo abierto a toda clase de ambiciones; allí, entre pueblos no aplastados por el yugo de Roma y donde ese nombre no ha sido jamás oído por sus

habitantes, puedo encontrar un imperio en el que instaurar las creencias de mi tierra natal, resucitando de sus cenizas el poder de Tebas[387], continuando en territorios más extensos la dinastía coronada de mis antepasados y despertando en el noble corazón de Iona la agradecida conciencia de que comparte su suerte con uno que, alejado de la podredumbre de esta civilización esclavizada, ha logrado restaurar los elementos primigenios de la grandeza que reúnen en un alma poderosa los atributos de los profetas y de los reyes.»

Arbaces abandonó este exultante soliloquio para asistir al juicio del ateniense.

Las pálidas y hundidas mejillas de su víctima le impresionaron menos que la firmeza de sus nervios y la intrepidez de su actitud; Arbaces acostumbraba a sentir poca piedad hacia los desgraciados y una fuerte admiración por los osados. Las cualidades que nos unen a otras personas se identifican siempre con las que tenemos nosotros. El héroe lamenta menos los reveses de sus enemigos que la fortaleza con la que los sobrellevan. Todos somos humanos, y Arbaces, a pesar de su condición de criminal, participaba de los sentimientos que son comunes a la madre arcilla. De haber obtenido de Glauco la confesión de su crimen, que habría evitado la vergüenza de ser juzgado por otros, supuesto la pérdida de Iona y la imposibilidad de que el crimen de Arbaces hubiese sido descubierto jamás, el egipcio se habría esforzado al máximo por salvar a su rival. Pero incluso ahora su odio hacia él había cedido, y su deseo de venganza estaba satisfecho: aplastaba a su víctima, no como a un enemigo, sino como un obstáculo que se interponía en su camino. Pero no por ello se mostraba menos decidido, menos habilidoso y perseverante en mantener la decisión que había tomado y que conllevaba la destrucción de todos y cada uno de los obstáculos que resultaba necesario eliminar para alcanzar los objetivos propuestos. Y así, con aparente contrariedad y pesadumbre, prestó un testimonio en contra de Glauco, que no sólo le condenaba, sino que, valiéndose de su calidad sacerdotal, tendía a fomentar la indignación popular y a constituir un obstáculo efectivo que impedía la clemencia del Senado. Había visto a Julia; le había explicado con detalle la confesión de Nydia, eliminando de este modo cualquier escrúpulo de conciencia que

pudiera impulsarla a declarar su intervención en la administración del bebedizo, lo que hubiese supuesto una posible circunstancia atenuante del delito. Julia no pareció sentir pena alguna hacia el infortunado joven —porque su presuntuoso corazón había amado la prosperidad y la fama de Glauco y no a Glauco mismo— y hasta expresó cierta complacencia al suponer humillada a su odiada Iona. Si Glauco no podía ser su esclavo, tampoco sería el amor de su rival. Ese consuelo era más que suficiente para compensar cualquier desdicha que pudiese sufrir Glauco. Inconstante y voluble, comenzó pronto a quedar impresionada por el galanteo repentino e intenso de Clodio y no se avino a perder un posible compromiso con un pretendiente de la alta nobleza, a causa de la exposición pública de pasadas debilidades y poco edificantes pasiones con otro. Todo, pues, sonreía a Arbaces y todo parecía estar en contra del ateniense.

Capítulo XI

Nydia ejerce de bruja

Cuando la tesalia comprobó que Arbaces ya no se interesaba por ella y pasaban las horas, una tras otra, llenas de tortura y de agobiada inquietud, que la ceguera hacía doblemente intolerables, comenzó apalpar con los brazos extendidos los muros de su habitación en la esperanza de encontrar alguna vía de escape; y, al encontrar sólo la puerta de entrada, se puso a gritar en voz alta y con la vehemencia de un temperamento excitable, exacerbado por su impaciente agonía.

—Eh, muchacha… —respondió el esclavo que la atendía, abriendo la puerta—. ¿Acaso te ha mordido un escorpión o imaginas que el silencio va a matarte y quieres disiparlo con una pataleta, como Júpiter niño?

—¿Dónde está tu amo? ¿Por qué estoy aquí encerrada? Necesito aire, libertad. Déjame salir.

—Ah, pequeña… Aún no conoces lo suficiente a Arbaces para saber que su voluntad es mandato de emperador. Ha ordenado que sigas encerrada, y seguirás encerrada mientras yo sea tu guardián. No puedes respirar aire puro ni verte en libertad, pero sí puedo traerte algo mejor: comida y vino.

—¡Por Júpiter…! —exclamó la joven, estrujándose las manos—. ¿Por qué me ha hecho prisionera de este modo? ¿Qué puede desear Arbaces de una persona tan insignificante como yo?

—Eso lo ignoro… A no ser que quiera ponerte al servicio de tu nueva ama, a la que hoy han traído a esta casa.

—¡Cómo…! ¿Iona está aquí?

—Sí, pobrecilla… Temo que esta casa no le agrade demasiado. Sin embargo, ¡por el templo de Cástor!, hay que aceptar el hecho de que Arbaces es muy galante con las mujeres. La dama está bajo su tutela, ya sabes.

—¿Puedes llevarme hasta ella?

—Está indispuesta…, loca de rabia y de despecho. Además, no tengo órdenes para acceder a tu petición y no soy partidario de tomar iniciativas por mi cuenta. Cuando Arbaces me hizo esclavo de estas habitaciones[388], me dijo: «Sólo tengo que decirte estas palabras: mientras estés a mi servicio, no debes usar los ojos ni los oídos ni la inteligencia; lo único que debe preocuparte es obedecer.»

—Pero ¿qué mal hay en que vea a Iona?

—Eso no lo sé. Pero, si necesitas un compañero, aquí me tienes a mí, dispuesto a hablarte, pequeña, porque yo también me siento muy solo en mi pequeño cubículo. Por cierto, he oído decir que eres tesalia… ¿No conoces algún entretenimiento ingenioso de adivinación o algún truco para predecir el porvenir, como lo practican muchos de tus compatriotas, para pasar el tiempo?

—Bah, esclavo… Déjame en paz. Si quieres hablar, dime qué has oído acerca del estado de Glauco.

—Mi amo ha ido a presenciar el juicio del ateniense. Glauco pagará caro lo que ha hecho.

—¿Qué ha hecho?

—Asesinar al sacerdote Apaecides.

—Ah… —exclamó Nydia, llevándose las manos a la frente—. Algo he oído sobre eso, pero la verdad es que no lo entiendo. Sea como sea, ¿quién se atreverá a tocarle un solo pelo de la cabeza?

—Temo que lo haga el león.

—¡Los dioses te confundan…! ¿Qué perversas palabras estás diciendo?

—Simplemente esto: si es declarado culpable, el león, o quizá el tigre, serán sus verdugos.

Nydia se levantó como si un dardo le hubiese atravesado el corazón; lanzó un grito desesperado; y después, postrándose ante los pies del esclavo, se echó a llorar de un modo que enterneció el duro corazón del sirviente.

—Ah, dime que bromeas… dime que no estás diciendo la verdad. Habla, habla.

—Por mi fe, niña ciega, y, como es fácil comprender, yo no entiendo ni una palabra de asuntos legales y es posible que las cosas no sean tan graves como imagino. Pero Arbaces es el acusador, y el pueblo quiere una víctima para la arena. ¡Anímate! ¿Qué tiene que ver el destino de ese ateniense con el tuyo?

—No importa, no importa… Has sido amable conmigo. Entonces, ¿no tienes idea de lo que va a ocurrir? Arbaces, el acusador. ¡Oh, maldición…! El pueblo…, el pueblo… Ah, si le miran a la cara, ¿quién se atreverá a ser cruel con el ateniense? Y, sin embargo, ¿no fue cruel con él el amor?

Tras pronunciar estas palabras, dejó caer la cabeza sobre su pecho y se hundió en el silencio. Cálidas lágrimas cayeron por sus mejillas. Y todos los esfuerzos del esclavo para consolarla o distraerla de los pensamientos que la embargaban, resultaron inútiles.

Cuando sus deberes domésticos obligaron al sirviente a abandonarla habitación de Nydia, ésta comenzó a ordenar sus ideas. Arbaces era el acusador de Glauco; Arbaces la retenía prisionera allí, ¿no probaba aquello que su libertad podía beneficiar a Glauco? Sí, sin duda alguna, ella se

hallaba metida en una trampa y estaba contribuyendo a la perdición de su enamorado. Suspiraba por verse libre. Por suerte para ella, sus sufrimientos quedaban atenuados por su deseo de escapar; y, cuando comenzó a considerar la posibilidad de liberarse, se calmó para pensaren ello. Poseía muchas de las habilidades propias de su sexo, incrementadas por su esclavitud desde sus tiernos años. ¿Qué esclavo carece de ingenio y de recursos? Resolvió poner en práctica sus tretas en la persona de su guardián; y, recordando súbitamente su supersticioso interés por las artes mágicas de su Tesalia nativa, concibió esperanzas de liberarse por medio de ellas. Tales pensamientos la ocuparon el resto de las horas del día y la totalidad de la larga noche; y, cuando Sosia fue a verla a la mañana siguiente, se apresuró a dirigir su charlatanería hacia el tema sobre el que había evidenciado su especial interés. No obstante, ella estaba convencida de que su única oportunidad de escapar era durante la noche y, en consecuencia, tuvo que pasar por el amargo trago de demorar su pretendido intento.

—La noche —dijo a Sosia— es el único período de tiempo en que nos es posible descifrar los designios del Destino. Es entonces cuando tienes que venir a buscarme. ¿Qué es lo que deseas saber?

—¡Por Pólux! Me gustaría saber tanto como mi dueño, pero no creo que sea posible. Deja que me entere al menos si podré ahorrar el dinero suficiente para comprar mi libertad o si el egipcio estará dispuesto a concedérmela a cambio de nada. De vez en cuando, se comporta con verdadera generosidad. Después, suponiendo que mi libertad sea un hecho, me agradaría saber si puedo llegar algún día a ser propietario de la confortable *taberna*[389] situada entre las *Myropolia*[390], que tengo muy bien vista desde hace mucho tiempo. Es un hermoso oficio el de perfumista y que sienta muy bien a un esclavo manumitido que ha adquirido algo de señorío en su persona.

—Desde luego, es fácil obtener contestaciones precisas sobre este tipo de asuntos. Existen varios sistemas para satisfacer tus deseos. Está la *lithomanteia* o piedra que habla, que responde las preguntas que se le hacen con voz de niño; por desgracia, no tenemos esa preciosa piedra aquí, es costosa y muy rara. Existe también la *gastromanteia,* mediante la cual el

demonio traza figuras pálidas y fatales en el agua, que profetizan el futuro. Pero este arte requiere también una determinada clase de cristal para contener el líquido sagrado, del que tampoco disponemos. Creo que la manera más sencilla de satisfacer tus deseos es utilizando la magia del aire.

—Espero que no se trate de una operación en exceso terrible —dijo Sosia, con voz temblorosa—. Odio las apariciones.

—No temas, no verás nada. Sólo oirás por medio del burbujeo del agua si tus peticiones pueden o no convertirse en realidad. Lo primero que tienes que hacer, desde el momento en que aparezca en el cielo la estrella de la tarde[391], es dejar entreabierta la puerta del jardín para que el demonio se sienta invitado a entrar; hay que colocar frutas yagua cerca de la reja, como demostración de hospitalidad; después, a las tres horas de que haya anochecido, vendrás aquí con un cuenco lleno del agua más cristalina y pura, y entonces yo te profetizaré el futuro, de acuerdo con la tradición tesalia que aprendí de mi madre. No te olvides de la puerta del jardín, porque todo depende de ello: déjala abierta cuando vengas y durante las tres horas anteriores.

—Confía en mí —contestó el inocente Sosia—, yo sé lo que siente un caballero cuando se le cierra la puerta en las narices, como ha hecho muchas veces conmigo el propietario de la casa de comidas. Y también sé que una persona respetable como es un demonio debe ser complacida sin reserva alguna con toda clase de detalles propios de una esmerada hospitalidad. Entre tanto, hermosa niña, aquí tienes tu desayuno.

—¿Qué noticias tienes del proceso?

—Oh, los abogados aún están en ello…, habla que te habla. No acabarán hasta mañana.

—¿Mañana? ¿Estás seguro de eso?

—Eso he oído.

—¿E Iona?

—¡Por Baco…! Debe encontrarse bastante bien y con fortaleza de ánimo, porque esta mañana ha hecho pegar patadas y morderse el labio a mi amo. Le he visto salir de su habitación, y su ceño parecía presagiar una tormenta de rayos y truenos.

—¿Está cerca de aquí su habitación?

—No, está en el piso de arriba. Pero no debo entretenerme más hablando contigo. *Vale!*

Capítulo XII

Una avispa se aventura a meterse en la tela de araña

Llegó la segunda noche desde que comenzó el proceso. Era casi la hora en la que Sosia debía desafiar a los poderes ocultos, cuando por la puerta del jardín que el esclavo había dejado entornada entró, no uno de los misteriosos espíritus de la tierra o del aire, sino la forma más gruesa y más humana de Caleno, el sacerdote de Isis. Apenas si percibió la humilde ofrenda de la modesta fruta y del aún más vulgar vino que el piadoso Sosia había creído oportuno dejar para satisfacción del invisible espíritu al que pretendía halagar.

«Un pequeño tributo para el Dios del jardín —pensó—. Por la cabeza de mi padre…, si esa deidad no fuese en otras ocasiones mejor servida, haría bien en abandonar su sacra profesión. Ah, si no fuese por nosotros, los

sacerdotes, los dioses tendrían escaso porvenir. Y ahora…, a por Arbaces. Estoy pisando las arenas movedizas que pueden ocultar una mina. Tengo en mi poder la vida del egipcio. ¿En cuánto la valorará?»

Repasando mentalmente este soliloquio, cruzó el jardín abierto y penetró en el peristilo, donde unas pocas antorchas rompían la oscuridad de la noche; y de pronto se encontró con Arbaces, que salía de una de las habitaciones que bordeaban la columnata.

—Eh. Caleno, ¿me estás buscando? —preguntó el egipcio, con un rastro de turbación en la voz.

—Sí, sabio Arbaces. Espero que mi visita no te resulte intempestiva

—No. Apenas hace un instante que mi liberto Callias ha estornudado tres veces a mi derecha; sabía, por lo tanto, que me esperaba una buena noticia, y he aquí que los dioses te han enviado, Caleno.

—¿Entramos en tu habitación, Arbaces?

—Como prefieras; pero hace un noche tan clara y tan tibia… Aún me queda un lastre de cansancio desde mi reciente enfermedad y *el* aire, me conforta. Paseemos por el jardín donde estaremos igualmente solos.

—Con mil amores —contestó el sacerdote.

Y los dos *amigos* se dirigieron con lentitud a una de las muchas terrazas, bordeadas por vasijas de mármol y durmientes flores, que daban al jardín.

—Hace una noche preciosa —dijo Arbaces—, azul y transparente como aquella que me recibió hace veinte años, cuando por primera vez vi las costas de Italia. Mi buen Caleno, los años comienzan ya a caer sobre nosotros. Sintamos, al menos, que los hemos vivido.

—A buen seguro, tú puedes presumir de ello —opinó Caleno, con el fin de encontrar una oportunidad de comunicarle el secreto que pesaba sobre su espíritu y dándose cuenta de que el terror habitual que le infundía Arbaces resultaba aún más intenso aquella noche, dado el amistoso y reposado tono de digna condescendencia que adoptaba el egipcio—. Tú puedes presumir de ello. Has disfrutado de incontables riquezas, en cuya espesa urdimbre la enfermedad no ha sido capaz de penetrar… Amores correspondidos…, placeres infinitos y por si fuera poco, el gozo de una venganza triunfante.

—¿Te refieres al ateniense? Mañana se dictará su sentencia de muerte. El Senado se ha mantenido firme. Pero te equivocas: su muerto no me produce más satisfacción que la de eliminar un rival en mi afecto hacia Iona. No albergo ningún otro sentimiento de animosidad contra ese desgraciado homicida.

—Homicida… —replicó Caleno, con lentitud y tono dubitativo

Y después se detuvo y fijó la mirada en Arbaces. Las estrellas brillaban con palidez y fijeza en el rostro altivo de su intérprete, que no mostró la más mínima alteración. Caleno retiró su mirada y se sintió defraudado y algo abatido. Siguió hablando con rapidez:

—Homicida… Puedes, si asilo deseas, atribuirle ese crimen. Pero nadie sabe mejor que tú que él es inocente.

—Explícate —pidió Arbaces, con frialdad, puesto que se encontraba preparado para afrontar la insinuación que sus temores secretos lo habían ya anunciado.

—Arbaces —siguió Caleno, bajando la voz hasta convertirla en un susurro—. Yo estaba en la arboleda sagrada, escondido en la capilla y entre el follaje que la rodea. Lo oí todo, lo presencié todo. Vi cómo tu arma atravesaba el corazón de Apaecides. No te reprocho semejante acto, ya que supuso la eliminación de un enemigo y un apóstata.

—Lo viste todo… —replicó Arbaces, con sequedad—. Lo imaginaba. ¿Estabas solo?

—Solo —contestó Caleno, admirado ante la calma del egipcio.

—¿Y qué hacías escondido a aquella hora en la capilla?

—Me había enterado de la conversión de Apaecides a la fe cristiana y sabía que en aquel lugar iba a encontrarse con el fiero Olintho para discutir los planes de escarnecer ante el pueblo los sagrados misterios de la diosa. Me proponía enterarme bien de todo para frustrar su intento.

—¿Y has contado a alma viviente lo que viste?

—No, maestro. Ese secreto permanecerá sellado en el pecho de tu servidor.

—¿Estás seguro? ¿Ni siquiera tu pariente Burbo sospecha algo? ¡Vamos, quiero la verdad!

—Por los dioses…

—Calla… Nos conocemos bien… ¿Qué significan para ti los dioses?

—Entonces, por el temor que me inspira tu venganza…, no.

—¿Y por qué me has ocultado hasta ahora ese secreto? ¿Por qué has esperado a la víspera de la condenación del ateniense para venir a decirme que Arbaces es un asesino? Y, habiendo tardado tanto, ¿porqué me cuentas ahora lo que sabes?

—Porque…, porque… —tartamudeó Caleno, enrojecido de confusión.

—Porque —le interrumpió Arbaces, con una amable sonrisa y una palmada en el hombro, en gesto amistoso y familiar—, porque, amigo Caleno (atiende ahora; voy a leer en tu corazón y a explicar tus motivos), deseabas que me comprometiese con mi actuación en el proceso, de modo que una vez implicado en el asunto, no me quedase posibilidad alguna de salvación y apareciese, no sólo como culpable del asesinato, sino también de perjurio y de calumnia; una vez excitado el apetito de sangre del populacho por mi propia instigación, no habría riqueza ni poder capaz de impedir que fuese yo su víctima: y me cuentas ahora tu secreto, antes de que concluya el proceso y un inocente resulte condenado, para mostrarme la sofisticada red de villanías que tu palabra puede destruir mañana; para encarecer, a última hora, el precio de tu silencio y para hacerme ver que, mediante tu testimonio, mis maniobras para soliviantar la ira del pueblo pueden revolverse contra mi persona; y, en fin, para indicarme que si las fauces del león no se abren para engullir a Glauco, lo harán para devorarme a mí. ¿No es eso?

—Arbaces —replicó Caleno, perdiendo la vulgar audacia de su carácter —, eres verdaderamente un adivino. Lees en el corazón de uno como en un pergamino.

—Es mi vocación —contestó el egipcio, riendo apaciblemente—. Entonces, cállate. Cuando todo haya acabado, te haré rico.

—Perdona —dijo el sacerdote, al oír aquella sugerencia de *una futura* generosidad que no satisfacía su instinto de avaricia apasionada—. Perdona. Tú acabas de decirlo. Nos conocemos el uno al otro. Si quieres que permanezca en silencio, tienes que pagarme algo por adelantado, como ofrenda a Harpócrates[392]. Si la rosa, dulce símbolo de la discreción, tiene

que arraigar con fuerza, debes regarla esta misma noche con un chorro de oro.

—Ingeniosas y poéticas palabras —contestó Arbaces, aún con aquel tono condescendiente que animaba y seducía a su avaricioso amigo, en lugar de alarmarle y disuadirle—. ¿No puedes esperar hasta mañana?

—¿Por qué retrasarnos? Es posible que, si llega el momento en que no pueda prestar mi testimonio por vergüenza de haber hecho sufrir a un hombre inocente, te olvides de mi petición. Y, ciertamente, tus dudas de ahora no son buen augurio de mi futura gratitud.

—Bien. Entonces, Caleno, ¿cuándo quieres que te pague?

—Tu vida es preciosa y tu riqueza inmensa —replicó el sacerdote, sonriendo.

—Cada vez te muestras más ingenioso… Habla, ¿a cuánto asciende la suma?

—Arbaces, he oído decir que en el secreto que guardas en tus sótanos, bajo esos primitivos arcos oscos[393] que sostienen tus elegantes salones, hay una montaña de oro, de vasijas y de joyas que pueden rivalizar con la riqueza de un Nerón deificado. Sólo tienes que prescindir de una mínima parte de ella para convertir a Caleno en uno de los sacerdotes más ricos de Pompeya, sin que tú notes la menor diferencia

—Vamos, Caleno —replicó Arbaces, con aire generoso y sincero—. Tú eres un viejo amigo y te has comportado siempre como un leal servidor. Ni tú deseas quitarme la vida ni yo regatear tu recompensa. Ahora bajarás conmigo a ver el tesoro al que te refieres, te recrearás la vista con el resplandor de oro incontable y con el brillo de inapreciables joyas; y, en concepto de recompensa, podrás llevarte esta misma noche todo cuanto seas capaz de ocultar debajo de tus ropas. Cuando compruebes lo mucho que tiene tu amigo, te convencerás de que sería estúpido perjudicar a alguien que tiene tanto que dar. Cuando Glauco no exista, podrás venir a echar otro vistazo al tesoro. ¿Hablo con claridad, querido amigo?

—¡Eres el más grande, el mejor de los hombres! —exclamó Caleno, casi llorando de alegría—. ¿Podrás perdonarme mis injuriosas dudas acerca de tu justicia y de tu generosidad?

—Calla. Demos otra vuelta al jardín y luego bajaremos a los arcos oscos.

Capítulo XIII

El esclavo consulta el oráculo. — Los que se ciegan a sí mismos pueden ser engañados por los propios ciegos. — Dos nuevos prisioneros en una sola noche

Nydia esperaba impaciente la llegada del no menos ansioso Sosia. Fortificando su valor con buenas dosis de un vino mejor que el preparado para el espíritu, el crédulo esclavo entró en la habitación de la muchacha ciega.

—Bueno, Sosia, ¿estás preparado? ¿Tienes el cuenco de agua cristalina?

—Sí, en efecto. Pero tiemblo de miedo. ¿Estás segura de que no veremos al espíritu? He oído decir que esos caballeros no son en modo alguno gente agradable y que se comportan en forma ineducada.

—No tengas miedo, no lo verás. ¿Has dejado entornada la puerta del jardín?

—Sí, y he colocado unas hermosas nueces y unas manzanas en una pequeña mesa muy cerca de ella.

—Muy bien. ¿Estás seguro de que la puerta está abierta para que el espíritu pueda pasar?

—Sí, estoy seguro.

—Bien, entonces abre también esta puerta; eso es…, déjala abierta de par en par. Ahora, Sosia, dame el candil.

—No se te ocurrirá apagarlo, ¿verdad?

—No. Pero tengo que lanzar mi encantamiento sobre sus rayos. También hay un espíritu en el fuego. Siéntate.

El esclavo obedeció; Nydia, tras inclinarse unos segundos sobre el candil, se irguió y en voz queda comenzó a cantar la siguiente y sencilla canción.

INVOCACIÓN AL ESPECTRO DEL AIRE

Amados de igual modo por el aire y el agua
son en todo momento los hijos de Tesalia;
y a nuestros corazones olímpicos el viento
trae encantos que manan de la luna y los cielos.
Todo el saber creado en el remoto Egipto
y que la magia persa nos dejó por escrito,
ya extraído de cantos u obtenido de flores
o dicho por espíritus, hoy ya nos corresponde.

Espectro del aire invisible
oye este ruego de la tesalia ciega,
aprendido por el arte de Ericte[394]
que supo rociar de vida nueva
la propia vida que moría triste.
Por el solitario rey de Itaca[395]
que el don tenía de despertar fuentes,

a la voz de profecía y magia;
por Eurídice[396], perdida y doliente,
convocad de las airadas sombras
las musas de la mágica canción.

Por las temidas pócimas de Cólquide[397],
donde el rubio Jasón perdió su amor,
espectro del vestíbulo del aire
esta voz, que es la tuya, va a cantarte.
Sobre esta agua pura echa tu aliento
y dispón que esta alma temerosa
que yace prisionera entre las sombras
e intenta adivinar el tiempo incierto,
vea el futuro. Ven, espectro del viento,
responde así a quien te quiere bien.
Ven, oh, sí, ven…

No hay dios ni en cielos ni tierra
ni reina de gozo en Pafia[398]
ni señor de luz o magia
ni de la noche doncellas
ni del trueno espectro horrendo,
al que ore más contento…
Ven, oh, sí, ven…

—Ciertamente, el espectro está llegando —dijo Sosia—. Lo noto correr por encima de mi pelo.

—Coloca tu cuenco de agua en el suelo. Ahora dame tu servilleta y deja que cubra tu cara y tus ojos.

—Ah, esa es la costumbre habitual cuando se realizan esta clase de encantamientos. No aprietes tanto…, cuidado, cuidado…

—¿Puedes ver algo?

—¡Por Júpiter…, ver! No, nada, excepto oscuridad.

—Pues ahora dirige al espectro todas las preguntas que desees formularle. Debes decirlas tres veces y en voz baja, casi un susurro. Si la contestación es afirmativa, oirás cómo el agua se agita y burbujea cuando el espíritu sople sobre ella; si es negativa, el agua se quedará quieta.

—No harás trampas con eso del agua, ¿eh?

—Voy a colocar el cuenco bajo tus pies, así. Ahora ya ves que no puedo tocarla sin que te enteres.

—Estupendo. Y ahora, ¡oh Baco!, asísteme. Sabes que siempre te he querido más que al resto de los dioses y que voy a dedicarte en ofrenda la copa de plata que robé el año pasado al gordo mayordomo si intercedes por mí ante ese espíritu amante del agua. Y tú, ¡oh espíritu!, escúchame, óyeme con atención. ¿Podré comprar mi libertad el próximo año? Tú sabes, puesto que vives en el aire y los pájaros[399] te habrán puesto al corriente de todos los secretos de esta casa, tú sabes que he sisado y robado todo lo que honestamente (es decir, impunemente) he tenido al alcance de mi mano, durante los tres últimos años y que todavía me faltan dos mil sestercios para alcanzar la suma necesaria. ¿Seré capaz, oh espíritu, de completar la diferencia en el curso de este año? Habla… ¿Ah, el agua burbujea?… No, está silenciosa como una tumba. Bien, si este año no es posible, ¿quizá dentro de dos años? ¡Vaya…! Me parece que oigo algo; el espectro está junto a la puerta, llegará aquí inmediatamente. Dentro de dos años, mi querido amigo, vamos, dos; es un tiempo razonable. ¿Aún mudo?… Dos años y medio…, tres…, cuatro… Te deseo lo peor, espectro amigo. Está claro que no eres un caballero; de otro modo, no callarías durante tanto tiempo. ¿Cinco…, seis…, sesenta años? ¡Que Plutón te confunda! No pienso hacerte más preguntas.

Y Sosia, lleno de rabia, pegó una patada al agua y se mojó las piernas. Después de muchos aspavientos y aún más maldiciones, logró despojarse de la servilleta que le cubría la cabeza, miró a su alrededor y se dio cuenta de que estaba completamente solo.

—¡Eh, Nydia, el candil se ha apagado…! ¡Ah, traidora…! También tú has escapado. Pero ya te cogeré y me las pagarás por esto.

El esclavo se dirigió a tientas hacia la puerta; estaba cerrada por fuera: era él quien había quedado preso, en lugar de Nydia. ¿Qué podía hacer? No

se atrevía a llamar a gritos por temor a que Arbaces le oyera y descubriese que había sido engañado; y era muy posible que Nydia hubiese llegado ya a la puerta del jardín y corriera en su huida.

—Pero se dirigirá a su casa o a algún otro lugar de la ciudad. Mañana, al amanecer, cuando los esclavos estén trabajando en el peristilo, ellos me oirán. Después saldré en su busca. Estoy seguro de poder encontrarla y traerla de nuevo, antes de que Arbaces se entere de una sola palabra de lo que ha ocurrido. Pequeña traidora, mis dedos se estremecen de ganas de agarrarte. ¡Y todo lo que me ha dejado es un cuenco con agua! Si fuese vino, sería un consuelo.

Mientras Sosia, allí encerrado y maldiciendo su destino, se lamentaba de este modo y se rompía la cabeza haciendo planes para recuperar la persona de Nydia, la joven ciega, con su peculiar precisión y su acostumbrada rapidez de movimientos que ya hemos señalado anteriormente, había atravesado el peristilo y tomado el corredor opuesto que llevaba al jardín. Con corazón agitado estaba a punto de alcanzar la puerta del mismo, cuando de pronto oyó el sonido de unos pasos que se acercaban y distinguió después la voz temida del propio Arbaces. Se detuvo un instante, llena de miedo y sin saber qué hacer. Después recordó que existía otro pasillo que apenas era utilizado más que para recibir a los distinguidos compañeros de las juergas secretas del egipcio y que, bordeando la planta baja de aquella maciza edificación, comunicaba también con el jardín. Con buena suerte lo encontraría abierto. Retrocedió con rapidez, descendió por la escalera angosta que se iniciaba a la derecha del peristilo y llegó con presteza al inicio del pasillo. Pero, ¡ay!, la puerta de acceso estaba cerrada y candada. Mientras se convencía de que no era posible abrirla, oyó a su espalda la voz de Caleno y un instante más tarde la de Arbaces, que le contestaba en un susurro. No podía permanecer allí; era casi seguro que iban a utilizar aquella misma puerta. Siguió adelante por la escalera y se encontró en un lugar desconocido, de ambiente húmedo y frío. Aquello la tranquilizó. Pensó que podía hallarse en las bodegas de la lujosa mansión o al menos en algún lugar desabrido, al que no era probable que pudiese bajar su altivo propietario, cuando de nuevo sus oídos se estremecieron con el ruido de pasos y el sonido de voces. Una vez más

emprendió su carrera, con los brazos extendidos al frente, que chocaban con anchos y macizos pilares. Con un instinto estimulado por el miedo, logró salvar toda clase de obstáculos y continuó su camino, en medio de una atmósfera cada vez más húmeda; a pesar de ello, las escasas veces que se detenía para tomar aliento seguía distinguiendo el rumor de pasos que avanzaban hacia ella y el murmullo de las voces que se aproximaban. Por fin tuvo que detenerse ante un muro que parecía cerrarle el camino de modo definitivo. ¿No había lugar alguno donde esconderse? ¿Ni una salida? ¿Ni un hueco? No había nada. Se detuvo y se estrujó las manos con desesperación. Nuevamente las voces sonaron una vez más, cada vez más cercanas a ella; se deslizó contra la pared, y de pronto su cuerpo fue a chocar con un afilado arbotante que sobresalía de la pared. Cayó al suelo. Aunque quedó seriamente magullada, no perdió el sentido ni emitió el más mínimo grito; por el contrario, se alegró de que aquel accidente la hubiera conducido a un escondite que la protegía; se incorporó contra el ángulo que formaba el arbotante y se dio cuenta de que, al menos por uno de los lados, quedaba a salvo de ser vista. Encogió su pequeña figura todo lo que le fue posible y esperó sin respirar apenas lo que el destino pudiese reservarle.

Mientras tanto, Arbaces y el sacerdote se aproximaban a la cámara secreta de cuyo contenido tanto se vanagloriaba el egipcio. Se encontraban en el atrio o vestíbulo de una gran planta subterránea; el bajo techo era sostenido por amplios pilares de una arquitectura mucho más arcaica que la griega del opulento período clásico. Arbaces llevaba en la mano la única y pálida lámpara que iluminaba con débil resplandor las ásperas paredes de grandes piedras que, sin cemento ni argamasa, encajaban de manera curiosa y tosca una sobre otra. Algunos reptiles miraron con sorpresa y somnolencia a los intrusos y se deslizaron hacia las partes de los muros protegidas por la sombra.

Caleno se estremeció al mirar a su alrededor y al respirar aquel aire húmedo e insano.

—Y sin embargo —dijo Arbaces, sonriendo, al percibir su temblor—, son estos sombríos lugares los que sostienen todo el lujo que hay en las habitaciones de encima. Son como los trabajadores del mundo:

despreciamos su rudeza, a pesar de ser ellos los que alimentan el orgullo que los desprecia.

—¿Y adonde va a parar esa galería que sale ahí a la izquierda? —preguntó Caleno—. La profundidad de estas tinieblas parece no tener límites y llegar hasta el mismo Hades.

—Te equivocas. Ese pasillo conduce a las habitaciones superiores —respondió Arbaces, con indiferencia—. Es esta de la derecha la que nos llevará a nuestro destino.

Aquel sótano, al igual que la mayor parte de los que había en Pompeya, se bifurcaba en su final en dos galerías o pasillos, cuya extensión, no en exceso grande, se incrementaba a los ojos de quienes la visitaban por la resistencia que su oscuridad total ofrecía a todo tipo de candiles o linternas. Los dos amigos dirigieron sus pasos hacia el *ala*[400] de la derecha.

—El alegre Glauco será alojado mañana en una morada no mucho más saneada y espaciosa que ésta —comentó Caleno, mientras pasaban por el mismísimo lugar donde, totalmente protegida por la sombra que proyectaba el amplio contrafuerte, se refugiaba la tesalia.

—Sí, pero al día siguiente disfrutará de una habitación seca y grandiosa: la arena del anfiteatro. Y pensar que… —continuó Arbaces, con lentitud deliberada—, y pensar que una palabra tuya podría salvarle y transferir a Arbaces su sentencia.

—Esa palabra no se pronunciará jamás —sentenció Caleno.

—Estoy de acuerdo, Caleno: nunca será pronunciada —replicó Arbaces, colocando amistosamente su brazo sobre el hombro del sacerdote—. Y ahora, detente… Hemos llegado a la puerta.

El resplandor del candil osciló sobre una pequeña hendidura empotrada con profundidad en la pared, en la que se distinguían varias placas superpuestas de hierro, protegidas por diversos cerrojos que sobresalían de la superficie de áspera y negruzca madera que formaba el portón de acceso a alguna cámara. Arbaces extrajo de su cinto una anilla que mantenía unidas tres o cuatro llaves cortas y de considerable espesor. ¡Oh, cómo palpitó el codicioso corazón de Caleno al oír el rugido que emitían aquellas herrumbrosas guardianas, lamentando la admisión de extraños a los tesoros que custodiaban!

—Entra, amigo mío… —dijo Arbaces—, mientras yo sostengo el candil en lo alto para que tus ojos puedan recrearse en esos montones amarillos.

El impaciente Caleno no requirió que se le invitase dos veces y se apresuró hacia la abertura.

Apenas había cruzado el umbral, cuando la poderosa mano de Arbaces lo empujó hacia dentro.

—¡Esa *palabra no se pronunciará jamás!* —gritó el egipcio, con una carcajada exultante, al tiempo que cerraba la puerta a la espalda de Caleno.

Caleno, que había caído rodando sobre varios escalones, no sintió de momento el dolor de sus golpes. Subió de nuevo hasta la puerta y comenzó a golpearla brutalmente con el puño y a gritar con una voz que parecía más el aullido de un animal que una protesta humana: tan terrible era el tono de agonía y de desesperación.

—¡Déjame salir, déjame salir, no pienso pedirte oro…!

Aquellas palabras apenas pudieron atravesar el espesor de la puerta, y al oírlas Arbaces volvió a reír. Después, pateando el suelo con fuerza, quizás para desahogarse de su indignación contenida durante tanto tiempo, gritó:

—¡Ni con todo el oro de Dalmacia[401] vas a poder comprarte ni un pedazo de pan! ¡Muere de hambre, desgraciado…! Tus lamentos de muerte no turbarán con su eco estos inmensos zaguanes; y el aire no revelará jamás cómo, en tu hambre de desesperado, roerás la carne de tus propios huesos. Así es como debe morir el hombre que ha amenazado, que ha querido perder a Arbaces. ¡Adiós!

—¡Oh, piedad, clemencia…, clemencia…! Villano inhumano; era para esto…

El resto de la frase no fue captado por Arbaces, que se dirigía hacia el oscuro vestíbulo, ya de regreso. Un sapo, grueso, abotargado, yacía inmóvil en su camino; la claridad del candil cayó sobre aquel deforme y repugnante ser y sus ojos enrojecidos. Arbaces dio un rodeo para no lastimarlo.

—Eres repelente y obsceno —murmuró—, pero no puedes hacerme daño alguno; en consecuencia, estás a salvo en mi camino.

Los gritos de Caleno, amortiguados y sofocados por el muro que los confinaba, llegaron débilmente hasta los oídos de Arbaces. Se detuvo y los escuchó con atención.

«Es un feo asunto —pensó—. No puedo embarcar hasta que su voz enmudezca para siempre. Mis mercancías y mis tesoros no están en esa mazmorra, es cierto, sino en el ala opuesta. Pero ¿por qué temer nada? En tres días, suponiendo que logre sobrevivir, sus lamentos, por la barba de mi padre, serán muy débiles… No, no podrán ser oídos más allá de su propia tumba. ¡Por Isis, hace frío…! Estoy deseando un largo trago de ese falernio con especias.»

Tras tales pensamientos, el despiadado egipcio, se ciñó sus ropas y volvió a salir al aire libre.

Capítulo XIV

Nydia habla con Caleno

¡Qué palabras de terror, y también de esperanza, había oído Nydia…! Al día siguiente Glauco iba a ser condenado; y allí, cerca, estaba el hombre que podía salvarle y dar su merecido a Arbaces. Ese ser alentaba a unos cuantos pasos de su escondite. Oía sus gritos, sus lamentos, sus imprecaciones, sus rezos, aunque llegaban a ella ahogados y débiles. Estaba prisionero, pero ella sabía el secreto de su celda. Si ella pudiera escapar, si le fuese posible llegar hasta el pretor, aquel hombre podría estar aún a tiempo para poner las cosas en claro y salvar al ateniense. Su emoción casi la ahogaba, su cerebro daba vueltas, se le antojaba que iba perdiendo el sentido; con un esfuerzo violento se serenó. Y después de escuchar atentamente durante varios

minutos, hasta convencerse de que Arbaces había dejado sólo para ella aquel espacio de soledad, tomó la dirección que le dictaba su oído hacia la puerta que se había cerrado tras Caleno. Intentó hablar tres veces y en las tres ocasiones su voz no logró atravesar el espesor de la pesada puerta. Al fin encontró la cerradura y pegó los labios a la diminuta abertura. El prisionero oyó con claridad una voz dulce que pronunciaba su nombre.

La sangre del sacerdote se heló en sus venas y sus cabellos se erizaron. ¿Qué ser misterioso y sobrenatural podía encontrarse en aquella horrible soledad?

—¿Quién está ahí? —preguntó, con alarma—. ¿Qué espectro, qué temible *larva*[402] llama al perdido Caleno?

—Sacerdote —contestó la tesalia—. Sin que Arbaces lo supiese, he sido, con el permiso de los dioses, testigo de su perfidia. Si yo puedo escapar de estas paredes, espero salvarte. Deja que tu voz alcance a mi oído a través de este pequeño orificio y contesta a lo que te pregunte.

—Ah, espíritu bendito —exclamó el sacerdote, exultante y obedeciendo la sugerencia de Nydia—. Sálvame y venderé hasta los mismísimos cálices del altar para recompensar tu bondad.

—No quiero tu oro, sino tu secreto. ¿He oído bien? ¿Puedes salvar al ateniense Glauco de los cargos por los que se le ha condenado a muerte?

—Puedo hacerlo, puedo… Por eso (¡las Furias maldigan al malvado egipcio!), por eso Arbaces me ha encarcelado aquí, para que muera de hambre y me pudra.

—Acusan al ateniense de asesinato… ¿Puedes probar que tal acusación no es justa?

—Libérame y te demostraré que ni la cabeza más altiva de Pompeya queda más segura que la tuya. Yo vi cómo se realizaban los hechos. Contemplé cómo Arbaces pegaba las puñaladas. Puedo condenar al verdadero asesino y devolver la libertad al hombre inocente. Pero si yo muero, él también morirá. Oh, bendita desconocida, en mi corazón hay una urna que puede condenarle o salvarle.

—¿Y vas a dar el testimonio completo que tú conoces?

—¿Que si lo haré…? Aunque estuviese en el infierno lo haría… Venganza sobre el falso egipcio… ¡Venganza, venganza, venganza…!

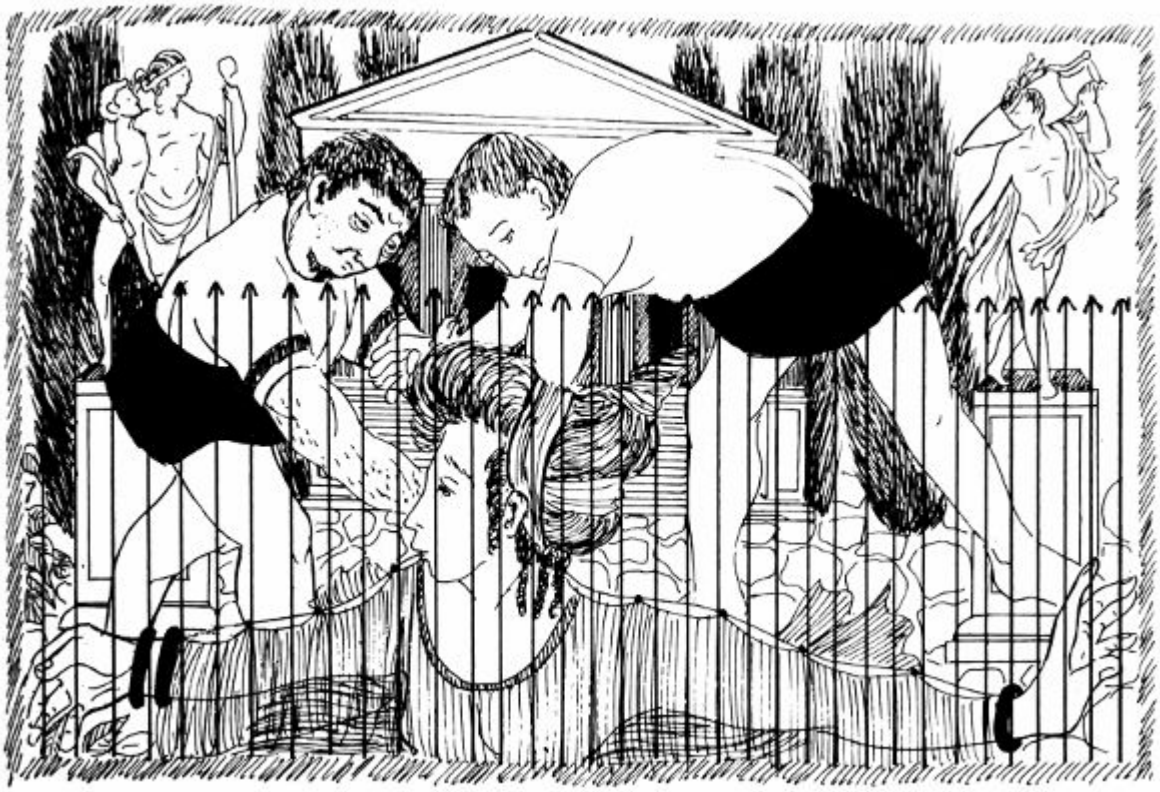
Como sea que Caleno pronunció esas palabras chirriando de dientes, Nydia se dio cuenta de que sus bajas pasiones constituían una garantía para la liberación de Glauco. Su corazón palpitó con rapidez. ¿Iba a ser su afortunado destino el medio por el que su idolatrado hombre podía salvarse?

—Bien —dijo—. Los poderes que me han traído aquí lograrán que cumpla mi cometido. Sí, presiento que voy a lograr liberarte. Ten esperanza y sé paciente.

—Y tú ve con cuidado, compórtate con prudencia, dulce desconocida. No intentes ablandar a Arbaces, es mármol puro. Busca al pretor, cuéntale lo que sabes y obtén su autorización para que sea liberado, trae soldados y cerrajeros duchos en el oficio, porque estas cerraduras son terriblemente sólidas y complicadas. El tiempo vuela y puedo morir de hambre…, morir de hambre. Si no te das prisa… ¡Anda, vete, vete…! ¡Pero, no, espera…! Es tremendo quedarse aquí solo: el aire huele a muerto y los escorpiones, ah, y las descoloridas *larvae*... ¡oh, quédate, quédate!

—No —contestó Nydia, contagiada por el miedo del sacerdote y deseando serenarse—. Por tu propio bien, tengo que marcharme. Ten confianza en tu compañera. Adiós.

Diciendo estas palabras, se alejó palpando con los brazos extendidos a lo largo de los pilares hasta llegar al otro extremo del gran sótano y el inicio del pasillo que conducía al piso superior. Una vez allí, se detuvo. Consideró más seguro esperar hasta que la noche, que estaba ya luchando contra el día, sumergiese en el sueño a toda la mansión y facilitase así su huida sin ser vista. Una vez más, pues, se sentó en el suelo para dejar pasar el tiempo. En su joven corazón, la alegría dominaba sobre la emoción. Glauco estaba en peligro mortal…, y ella iba a salvarle.



Capítulo XV

Arbaces e Iona. — Nydia llega al jardín. — ¿Logrará huir y salvar al ateniense?

Cuando Arbaces reconfortó la sangre de sus venas con tragos profusos de vino perfumado con especias que tanto estimaban los potentados, se sintió más tranquilo que nunca y lleno de satisfacción. Existe un peculiar orgullo en la ingeniosa solución de problemas que no deja de manifestarse ni cuando las medidas tomadas para ello constituyen un mal en sí mismas. Nuestra vanidad humana se apega al convencimiento de que el éxito obtenido se debe a la habilidad con la que hemos tratado la situación, aunque después aparezca la horrible realidad del remordimiento.

Pero el remordimiento era una sensación que Arbaces no solía experimentar y menos todavía por causa del destino del rastrero Caleno.

Eliminó, pues, de su mente la idea de las agonías que esperaban al sacerdote en el transcurso de su lenta muerte; era sólo consciente de que había eliminado un gran peligro y había condenado al silencio aun amigo; lo único que quedaba ahora era dar cuenta al resto de los sacerdotes de la desaparición de Caleno; e imaginó que no sería difícil justificarla. En varias ocasiones, Caleno había sido enviado por el propio Arbaces a cumplir misiones religiosas en las ciudades vecinas. Podría, pues, afirmar que ahora había marchado a los templos de Isis en Herculano y Nápoles para ofrecer sacrificios a la diosa, en desagravio por el reciente asesinato de Apaecides. Cuando Caleno expirase, su cuerpo podía ser lanzado, antes de la salida del egipcio de Pompeya en las profundas aguas del Sarno; y, cuando fuese descubierto, las sospechas recaerían sobre los ateos nazarenos, como acto de venganza por la muerte de Olintho en el anfiteatro. Tras repasar estos planes dirigidos a su protección, Arbaces olvidó al desventurado sacerdote. Y, animado por el éxito que había acompañado a todos sus actos hasta el momento, rindió su pensamiento a la bella Iona. La última vez que la había visto, le había despedido de su presencia con amargos reproches que su arrogante carácter era incapaz de aceptar. Y ahora se sintió de nuevo con la osadía necesaria para continuar aquella entrevista frustrada; la pasión que sentía hacia ella producía sentimientos similares a los del resto de los hombres; le obligaba a suspirar por estar a su lado, aun cuando el objeto de sus sueños le exasperase con humillaciones. Por delicadeza con su dolor no se cambió sus ropas negras y sencillas, y componiendo en su túnica los pliegues más atractivos, marchó hacia la habitación de la napolitana. Se acercó al esclavo que vigilaba su puerta y le preguntó si Iona se había retirado ya a descansar. Cuando se enteró de que aún estaba levantada, tranquila y silenciosa hasta lo inusual, se aventuró a presentarse ante ella. Encontró a su hermosa pupila sentada ante una pequeña mesa, apoyando la cara en ambas manos, en actitud pensativa. Sin embargo, la expresión de su rostro no poseía su acostumbrada lucidez de dulce inteligencia, que parecía inspirarse en la propia Psique; sus labios se ofrecían entreabiertos, su mirada perdida en el vacío y errática y su largo pelo oscuro, cayendo con negligencia y desorden sobre su cuello, contrastaba con la palidez de sus mejillas que, a la vez, habían perdido la armónica redondez de su contorno.

Arbaces la observó unos instantes, antes de avanzar hacia ella. También ella levantó su mirada; y, cuando distinguió quién era el intruso, cerró los ojos con expresión de dolor. Sin embargo, no se movió.

—¡Ah! —exclamó Arbaces, en voz baja y serena, mientras se dirigía hacia ella respetuosamente, o mejor, humildemente, y se sentaba a cierta distancia de la mesa—. ¡Ah, si mi muerte pudiese disipar tu odio, moriría con alegría! Me juzgas mal, Iona, pero sobrellevaré tu injusticia sin queja alguna, siempre que me dejes verte de vez en cuando. Repréndeme, repróchame, despréciame si lo deseas. Aprenderé a soportarlo. Lo más amargo que puedas decirme sonará a mis oídos con la dulzura de la suave música que puede surgir de la cítara mejor interpretada. En tu silencio el mundo parece quedarse inmóvil… una parálisis coagula las venas de la tierra… y el mundo concluye, queda sin la vida, sin la luz que irradia tu persona, sin la melodía de tu voz.

—Devuélveme a mi hermano y a mi prometido —dijo Iona, con voz implorante y serena, mientras unas lágrimas resbalaban furtivamente por sus mejillas.

—¡Me gustaría poder resucitar a uno y salvar al otro…! —exclamó Arbaces, con fingida emoción—. Sí. Para verte feliz, renunciaría a mi desgraciado amor y pondría con júbilo tu mano en la del ateniense. ¿Quién sabe si no saldrá con bien del juicio? —Arbaces había evitado que ella se enterase de que el proceso había comenzado ya—. Si eso sucede, serás libre de considerarle culpable o inocente. Y en caso de que le prefieras, no imagines que yo te siga acosando con solicitudes de amor. Me consta que sería vano empeño. Permíteme por ahora que sólo llore y me lamente contigo. Perdóname aquella violencia de que te hice objeto y que nunca volverá a repetirse. Déjame ser para ti lo que siempre he sido: un amigo, un padre, un protector. ¡Ah, Iona, sé amable conmigo y perdóname!

—Te perdono. Salva a Glauco y renunciaré a él. ¡Oh, poderoso Arbaces…! Tú, que puedes ejercer mejor que nadie el bien y el mal, salva al ateniense y Iona te promete que no volverá a verle.

Se levantó de su silla, con gesto débil y tembloroso y, cayendo a sus pies, abrazó sus rodillas.

—¡Oh, si realmente me amas, si queda en ti algo de humano, re-cuerda las cenizas de mi padre, recuerda mi infancia, piensa en las horas felices que hemos pasado juntos y salva a mi Glauco!

El cuerpo de Arbaces se vio sacudido por extrañas convulsiones; sus facciones se distorsionaron hasta producir espanto, volvió su rostro hacia un lado y dijo con voz hueca:

—Si pudiese salvarle a estas alturas, lo haría. Pero la ley romana es dura y estricta… Sin embargo…, si *pudiera* tener éxito…, si pudiera ponerle en libertad…, ¿accederías a ser mía, a convertirte en mi esposa?

—¿Tuya? —replicó Iona, incorporándose—. ¿Tuya? ¿Tu esposa? La sangre de mi hermano no ha sido aún vengada: ¿*Quién* le asesinó? Oh, Némesis, ¿acaso puedo venderme al precio de la vida de Glauco? Arbaces, ¿tuya…? Jamás.

—Iona, Iona —exclamó Arbaces, apasionadamente—. ¿A qué vienen esas misteriosas palabras? ¿Por qué asocias mi nombre con la idea de la muerte de tu hermano?

—Escúchame —replicó Iona, con fiereza y con voz decidida y solemne —. Si salvas a Glauco, nunca seré llevada a su casa en calidad de esposa. Pero no soy capaz de sufrir otro tipo de ceremonia análoga: no puedo casarme contigo. No me interrumpas y atiéndeme, Arbaces… En caso de que Glauco muera, eludiré el mismo día tus arteras maniobras y sólo te dejaré mis cenizas para que las ames. Si…, aunque apartes de mí los cuchillos y los venenos, aunque me sometas a prisión, aunque me encadenes, un espíritu valiente, decidido a escapar, siempre tiene medios a su alcance para lograrlo. Estas manos desnudas y desprovistas de armas son suficiente para rasgar las fronteras de la vida. Y, si Glauco muere, me agradará seguir sus pasos. ¡Por todos los dioses del cielo, de los mares y de la tierra, me dispondré a morir! Y lo lograré.

Enhiesta, altiva, como si su estatura hubiese aumentado repentinamente, como un ser del otro mundo, el gesto y la voz de Iona llenaron de terror el pecho de su interlocutor.

—¡Corazón decidido! —dijo, al fin, tras una breve pausa—. Mereces, en verdad, ser mía. Oh, yo que siempre he soñado con una compañera como tú, que me ayudase a alcanzar mis altos fines, he ido a encontrarla en ti…,

Iona —continuó, con rapidez—, ¿no te das cuenta de que somos el uno para el otro? ¿No reconoces algo muy similar a tu propia decisión, a tu propio valor, en este espíritu mío, independiente y de elevadas miras? Hemos nacido para unir nuestros destinos, para formar una entidad superior a todo lo que existe en este bajo y vil mundo, para lograr los insuperables objetivos que mi alma, barriendo la oscuridad en que nos sumerge el tiempo, vislumbra con la claridad de un profeta. Una fortaleza de ánimo como la tuya debe subestimar la amenaza de cometer un mezquino suicidio. Yo te declaro semejante a mí; reina de regiones no oscurecidas por las alas del águila, intocadas por su pico; me inclino ante ti con admiración y con temor, y te reclamo para que me permitas adorarte y amarte. Juntos cruzaremos los mares y fundaremos nuestro propio reino. Y los tiempos futuros reconocerán como insuperable la larga dinastía de los reyes que nacerán del matrimonio de Arbaces e Iona.

—¡Deliras! Tus místicas declaraciones resultan más adecuadas a un loco paralítico que vende bebedizos en las plazas públicas que al sabio Arbaces. Ya has oído mi decisión; es inconmovible como los propios Hados. Orco ha escuchado también mi promesa y ha quedado escrito en el libro del Hades, el que jamás olvida. Compensa, pues, compensa, oh Arbaces, el pasado; convierte tu odio en compasión, tu venganza en gratitud; salva, al menos, a quien no es tu rival. Adopta esa actitud, que responde a tu manera de ser y de cuando en cuando produce destellos de intenciones elevadas y nobles. Son estos actos son los que pesan en la balanza de los Reyes de la Muerte[403]. Son ellos los que deciden la suerte de las almas sin cuerpo que permanecen temblorosas y tristes entre el Tártaro y el Elíseo; y que también alegran el corazón en esta vida con mayor duración y ventaja que la breve recompensa de un instante de pasión. ¡Oh, Arbaces, óyeme y apiádate!

—Basta ya, Iona. Todo cuando pueda nacer por Glauco será hecho. Pero no me culpes si fracaso. Pregunta a mis enemigos si no he intentado, si no intento, evitar que la sentencia caiga sobre su cabeza. Y después, júzgame. Ahora duerme, Iona. La noche está cayendo. Te dejo para que descanses y tengas sueños favorables para quien sin tino concibe la existencia.

Arbaces se retiró sin esperar contestación temeroso quizá de incurrir de nuevo en sus ruegos a Iona, que suponían un martirio de celos e incluso de compasión hacia su rival. Pero aquella compasión llegaba demasiado tarde. Aun cuando Iona hubiese prometido su mano como recompensa, una vez dado su testimonio y excitado el furor del pueblo, resultaba imposible salvar al ateniense. No obstante, animado por la fortaleza de su espíritu, pensó en las grandes oportunidades que le reservaba el futuro y llegó a creer incluso que triunfaría sobre la mujer que excitaba sus pasiones.

Mientras sus servidores le ayudaban a quitarse la ropa para dormir, el recuerdo de Nydia pasó por su mente. Era preciso que Iona nunca llegase a saber el ataque de locura que había padecido su enamorado y que hubiera constituido una circunstancia eximente de su responsabilidad en el crimen. No resultaba imposible que alguno de los esclavos a su servicio le hubiese informado de la presencia de Nydia bajo el mismo techo y desease verla. Cuando se le ocurrió esta idea, se volvió hacia uno de sus libertos.

—Callias —ordenó—, ve a ver a Sosia y dile que no deje salir bajo ningún concepto a la esclava ciega Nydia de su habitación. Espera…, acude antes a los que custodian a mi pupila y comunícales que no digan a nadie que la ciega está en esta casa. Vamos…, rápido.

El liberto se apresuró a cumplimentar sus órdenes. Y, tras haberlo hecho a los servidores de Iona, salió en busca del despabilado Sosia. No le encontró en la pequeña celda adjunta a su cubículo. Le llamó en voz alta y, desde la habitación de Nydia, muy cercana, oyó la voz de Sosia, contestando:

—Oh, Callias, ¿eres tú quien me llama? ¡Los dioses sean loados…! Abre la puerta, te lo ruego.

Callias corrió el cerrojo y apareció con rapidez el rostro asustado del mismísimo Sosia.

—¡Pero, Sosia, estás en la habitación de la joven! *Proh pudor…!*[404] ¿Acaso no hay frutos maduros para que tengas que conformarte con los que aún están verdes?

—No me nombres a esa pequeña perra —le interrumpió Sosia con impaciencia—. Ella será mi ruina.

Y explicó a Callias la historia del Espíritu del aire y la huida de la tesalia.

—¡Ahórcate, pues, desgraciado Sosia! Precisamente traigo un mensaje de Arbaces para ti. En modo alguno debes permitir que la joven ciega salga ni un instante de esta habitación.

—*Me miserum!* —exclamó el esclavo—. ¿Qué voy a hacer? A estas horas puede haber recorrido ya media Pompeya. Mañana intentaré cogerla en su acostumbrada guarida. Fíate de lo que te digo, mi querido Callias.

—Haré lo que pueda por nuestra amistad, siempre que no afecte a mi seguridad personal. ¿Estás seguro de que ha abandonado la casa? Puede estar escondida en algún sitio.

—No es posible. Habrá podido llegar con facilidad al jardín; la puerta, como acabo de decirte, estaba abierta.

—No creo que así sea. A la hora que te refieres, Arbaces se hallaba en el jardín en compañía de Caleno. Yo fui allí a buscar unas hierbas para el baño de mañana para mi señor. Vi la mesa dispuesta con las frutas, pero estoy seguro de que la puerta estaba cerrada. Convéncete de lo que te digo. Caleno entró por el jardín y, como es lógico, debió de cerrar la puerta.

—Pero no con llave.

—Sí. Yo mismo, molesto de que por una negligencia quedaran bronces del peristilo al alcance de cualquier ladrón, giré la llave y la retiré de la cerradura; y como no vi al esclavo al que debía entregársela (y le hubiese echado un buen rapapolvo), la llevo aún aquí, metida en mi cinto.

—¡Oh, generoso Baco…! Después de todo, no te he rogado en vano. No perdamos ni un solo momento. Vamos ahora mismo al jardín. Ella puede encontrarse allí.

El complaciente Callias se prestó a acompañar al esclavo; y, tras una infructuosa búsqueda en las habitaciones cercanas y en los rincones del peristilo, penetraron en el jardín.

En ese mismo instante Nydia decidía abandonar su escondite y aventurarse a salir de la casa. Atemorizada, sosteniendo su aliento, que de cuando en cuando irrumpía en un rápido y convulsivo suspiro, se deslizó a lo largo de las columnas adornadas de flores que limitaban el peristilo y oscurecían la serena claridad de la luna que iluminaba las teselas centrales.

Salió a la terraza que comunicaba con el jardín, caminó agazapada entre los misteriosos árboles inmóviles, hasta llegar a la puerta y encontrarla cerrada. Todos conocemos bien esa expresión de dolor, de desconcierto, de miedo, que un error en el tacto —si se puede utilizar tal término— produce en el rostro de los ciegos. No existen palabras para describir el intolerante sufrimiento, el inmenso desánimo de corazón, que afloraron en la cara de la tesalia. Una y otra vez sus pequeñas y temblorosas manos palparon la superficie de la inexorable puerta. ¡Pobre e indefensa muchacha…! En vano habías buscado apoyo en tu noble valor, en tus ingenuas tretas, en tus argucias para escapar de los mastines y de los cazadores… A escasos metros de ti, riéndose de tus trabajos, de tu desesperación, sabiendo que estabas ya en su poder, aguardando con cruel calma el momento más apropiado para coger su presa, se hallaban tus perseguidores sin que tú los hubieses visto aún.

—Cállate, Callias… Deja que siga ahí. Vamos a ver qué hace cuando se convenza de que la puerta no se abre.

—Mira, levanta la cabeza al cielo…, murmura algo, se hunde en la desesperación… ¡No, por Pólux! Parece que ha ideado algo nuevo. No se resigna al fracaso. Mira, se incorpora, retrocede unos pasos…, intenta una estratagema nueva. Sosia, mejor no retrasarlo más. Cógela antes de que abandone el jardín, ahora mismo…

—¡Ah, fugitiva…! Ya te tengo, ¿eh? —exclamó Sosia, cogiendo a la infeliz Nydia.

Como la liebre lanza un gemido casi *humano* al sentir en sus carnes los colmillos de los mastines, como el grito agudo que emite el sonámbulo repentinamente despertado, la muchacha lanzó un horrible lamento cuando sintió sobre su cuerpo las manos del carcelero. Fue un gemido que denotaba tan tremenda agonía, tan absoluta desesperación, que hubiese permanecido siempre en el oído de una persona sensible. Sintió como si la última tabla de salvación con la que podía salvar a Glauco se escapase de entre sus manos. Se había entablado una batalla entre la vida y la muerte; y la muerte había ganado la partida.

—¡Dioses…! Ese grito habrá alarmado a la casa entera. Arbaces tiene un sueño muy ligero. ¡Amordázala! —gritó Callias.

—¡Ah, aquí tengo la misma servilleta que utilizó esta pequeña bruja para hacerme perder la razón! Ven aquí. Ya está. Ahora, además de ciega, eres muda.

Y, tomando su leve persona en brazos, Sosia regresó a la casa y entró en la habitación de la que Nydia había escapado. Allí le quitó la mordaza y la dejó sumida en una soledad tan devastadora y terrible, que ni siquiera aceptaba comparación con las angustias que deben experimentarse en el Hades.

Capítulo XVI

De cómo se entristecen nuestros generosos amigos con nuestras aflicciones. — El calabozo y sus víctimas

Era el tercer y último día del juicio de Glauco y de Olintho. Pocas horas más tarde de que se dictara sentencia y se desalojara la sala, un pequeño grupo de elegantes jóvenes pompeyanos se reunían alrededor de la mesa del melindroso Lépido.

—¿Así que Glauco ha negado su crimen hasta el final? —preguntó Clodio.

—Sí, pero el testimonio de Arbaces ha sido convincente. Vio cómo daba las puñaladas —contestó Lépido.

—¿Cuál habrá podido ser la causa?

—El sacerdote era un tipo taciturno y hosco. Probablemente desaprobaba la vida alegre y los hábitos de juego de Glauco y, al parecer, había jurado que no consentiría su matrimonio con Iona. Debió haber palabras fuertes entre ambos y el ateniense, lleno del espíritu apasionado de los dioses, decidió matarle en un instante de exasperación. Los efectos del vino y el repentino remordimiento le ocasionaron el delirio que ha sufrido durante varios días; y yo me apresuro a creer, ¡pobre muchacho!, que en la confusión de ese desvarío no se da cuenta del crimen que ha cometido. Tal es, al menos, la aguda conclusión a la que ha llegado Arbaces, que se ha comportado de forma muy tolerante y comprensiva al prestar su testimonio.

—Sí, ha logrado hacerse popular con lo que ha dicho. Y, en consideración a esas circunstancias atenuantes, el senado debió de haber dulcificado la sentencia.

—Así lo *hubiese* hecho de no ser por el pueblo. La gente está muy alborotada y el sacerdote no ha perdido oportunidad de excitarla aún más. Esa feroz gentuza debió de pensar que, como Glauco era un hombre rico y un caballero, podía escapar de la justicia; y en consecuencia se ensañaron con él y su opinión ha influido en la sentencia. Por otra parte, parece que por un motivo u otro, Glauco no ha obtenido nunca la calidad de ciudadano de Roma. Por lo tanto, el Senado se ha visto privado del poder suficiente para resistir la presión del pueblo. A pesar de ello, ha habido una mayoría de tres contra uno. ¡Oh, ahí viene el vino de Quíos!

—El ateniense parece tristemente alterado. Pero ha sabido guardarla compostura y la sangre fría.

—Bueno, ya veremos si conserva esa firmeza hasta mañana. ¿Qué mérito puede tener el valor cuando ese perro ateo, Olintho, ha manifestado también el suyo?

—El muy blasfemo… Sí —terció Lépido, con ira sacrosanta—. Así no es extraño que uno de nuestros decuriones, hace un par de días, cayese muerto por un rayo, estando el cielo completamente despejado[405]. Los dioses clamarán venganza sobre Pompeya mientras ese vil sacrílego esté vivo dentro de nuestras murallas.

—Y, sin embargo, el Senado fue tan benévolo que, si el acusado hubiese manifestado su arrepentimiento y ofrecido unos granos de incienso en el

altar de Cibeles, habría sido puesto en libertad. Dudo que esos nazarenos fuesen tan tolerantes, en caso de que su doctrina se convirtiera en religión estatal, si cualquiera de nosotros patease las imágenes de sus deidades, blasfemase de sus ritos o negase su fe.

—En consideración a las circunstancias del caso, a Glauco se le ofrece una oportunidad. Se le permite utilizar frente al león el mismo estilete con el que mató al sacerdote.

—¿Has visto al león? ¿Has observado sus dientes y sus colmillos, y sigues llamando a eso una oportunidad? Un escudo y una espada serían como un pergamino y una caña contra el empuje de tan poderosa fiera. No, yo creo que la verdadera clemencia que se le ha concedido es la de no mantenerle en la incertidumbre durante mucho tiempo; ha resultado, pues, bueno para él que nuestras benignas leyes sean lentas en su procedimiento y rápidas en ejecutar la sentencia. Y que los juegos del anfiteatro hayan sido, por extraño deseo de la providencia, fijados desde hace tiempo para mañana. El que espera la muerte muere dos veces.

—En cuanto al ateo —dijo Clodio— deberá enfrentarse sin más armas que sus manos al formidable tigre. Ése sí que es un combate que no acepta apuesta alguna. ¿Alguien quiere probar suerte?

Una fuerte carcajada subrayó el absurdo de la pregunta.

—¡Pobre Clodio! —dijo su anfitrión—. Perder un amigo no es agradable. Pero no encontrar a nadie capaz de apostar contigo que logrará escapar con vida es una desgracia mucho peor para ti.

—Sí, resulta indignante. Sería un consuelo, tanto para él como para mí, pensar que había sido útil hasta el final.

—El pueblo —terció Pansa, con tono severo y convincente— está encantado con el giro que han tomado las cosas. Temían que los deportes del anfiteatro no dispondrían de un criminal para enfrentarse alas fieras; y haber obtenido *dos* es una gran alegría para esa pobre gente. Trabajan mucho y tienen derecho a alguna diversión.

—El popular Pansa ha hablado, el hombre que no puede moverse sin arrastrar tras él una multitud de clientes tan numerosa como el séquito de un rey indio. Siempre está hablando acerca del pueblo… ¡Dioses! Acabará convirtiéndose en un nuevo Graco[406]

—Prefiero eso a ser un patricio insolente —replicó Pansa, con actitud benévola.

—Sí —convino Lépido—, hubiese resultado peligroso haberse mostrado benévolo en la víspera de la lucha de fieras. Si alguna vez yo, educado y nacido en Roma, me veo en trance de ser juzgado, pido a Júpiter que no haya fiera alguna en los *vivaria*[407] y sí muchos criminales en las cárceles.

—Y decidme —dijo otro asistente a la reunión—, ¿qué ha sido dela pobre chica que se iba a casar con Glauco? Convertirse en viuda, antes de llegar a ser esposa, es muy duro.

—Oh —replicó Clodio—, está a salvo, bajo la protección de su tutor, Arbaces. Es normal que haya acudido a él, después de haber perdido a su hermano y a su prometido.

—Por la dulce Venus…, Glauco fue siempre afortunado con las mujeres. Dicen que la acaudalada Julia estaba enamorada de él.

—Pura fábula, amigo mío —dijo Clodio, estúpidamente—. He estado hoy con ella. Si en realidad albergó hacia él algún sentimiento, yo me he encargado de disiparlo.

—Silencio, señores —pidió Pansa—. ¿Acaso no sabéis que Clodio ha sido empleado en la casa de Diomedes para soplar con fuerza a la antorcha? Está comenzando ya a arder y pronto iluminará los altares de Himeneo[408].

—¿Es cierto eso? —preguntó Lépido—. ¿Clodio va a convertirse en un hombre casado? ¡Caramba…!

—No te preocupes —respondió Clodio—. El viejo Diomedes está encantado con la idea de casar a su hija con un noble y no tendrá inconveniente en proporcionarme sestercios en abundancia. Y ya comprobaréis que no pienso guardarlos en el *atrium*. Cuando Clodio se case con la heredera, será un día que sus amigos marcarán con piedra blanca.

—Si tú lo dices… —exclamó Lépido—. Vamos…, una copa a la salud de la bella Julia.

Mientras tenía lugar esta conversación —de altura intelectual muy común entre los disipados jóvenes de aquellos tiempos, como pudo serlo también, hace un siglo, en los lugares más liberales de París—; mientras,

como digo, esta conversación discurría en el lujoso triclinio de Lépido, ante el joven ateniense se abría una perspectiva muy distinta.

Después de ser condenado, Glauco no pudo quedar durante más tiempo bajo la guardia y custodia de Salustio, su único amigo en la desgracia. Fue conducido al foro, donde sus guardianes se detuvieron frente a una pequeña puerta, junto al templo de Júpiter. Aún puede verse allí el lugar al que nos referimos. La puerta se abría por su centro de manera singular, rotando sobre sus goznes, como si se tratase de un torno giratorio, que sólo daba acceso a una de las dos mitades del vestíbulo. Introdujeron al prisionero por esta estrecha abertura, pusieron ante él un mendrugo de pan y una vasija con agua y le dejaron en la oscuridad y en la soledad más absoluta. Tan rápido había sido el cambio de su suerte, que le había hundido desde las cumbres más selectas del placer juvenil y del amor correspondido a los más bajos abismos del horror y de una terrible muerte, que apenas era capaz de convencerse de que no se hallaba inmerso entre las redes de un mal sueño. Su vigoroso y atlético cuerpo había superado los efectos del filtro, pero no había disipado definitivamente la vaga y confusa depresión que se agarraba aún a sus nervios y oscurecía su mente. Su valor integral y su orgullo de noble griego le facilitaron el dominio de cualquier actitud que pudiese empañar su dignidad, y durante el juicio afrontó su fatal suerte con rostro distendido y mirada serena. Pero la conciencia de ser inocente apenas resultó suficiente para sostener su ecuanimidad, cuando se dio cuenta de que los ojos de los que allí estaban ya no le exaltaban en modo alguno, sino que, por el contrario, provocaban su ira y le inducían a sumirse en la soledad y en el silencio. Sintió que la humedad del calabozo se extendía por su cuerpo debilitado. *Él,* el exquisito, el refinado, el amante del lujo, que hasta entonces no había padecido calamidad alguna ni conocido ninguna clase de contratiempo… ¡Había sido un hermoso pájaro! ¿Por qué había dejado su lejano y soleado país, los olivares de su tierra nativa, la música de sus eternos ríos? ¿Porqué se había presentado con su deslumbrante plumaje ante aquellos extranjeros, incultos e inmisericordes, deslumbrando sus ojos con sus alegres colores deleitando sus oídos con su gozosa voz…, para ser detenido de repente, encerrado en la oscuridad, convertido en un reo, en una presa, dando por finalizados sus gráciles vuelos y silenciando para siempre

la recitación de sus himnos de alegría? ¡Pobre ateniense! Sus propias faltas de su carácter, debidas a la exuberancia y al desenfado propio, ¡qué poco le habían preparado para las pruebas que estaba destinado a padecer…! Los abucheos del populacho, que otrora le aplaudía al verle conducir su carro y sus fogosos corceles, sonaban aúnen sus oídos. La expresión fría e impertérrita de sus amigos (compañeros de jolgorios y festines) no desaparecía de su imaginación. Ahora nadie se preocupaba de animar, de consolar a aquel extranjero en otro tiempo adulado y admirado. Aquellas paredes sólo se abrirían para dar paso a la arena y a una muerte infame. E Iona… Tampoco de ella había sabido nada; ni una palabra de aliento, ni un mensaje piadoso; también ella le había abandonado; le consideraba culpable, ¿de qué crimen? De la muerte de su hermano. Rechinó los dientes, se lamentó en voz alta y una y otra vez, se vio invadido por el miedo. En aquel delirio espantoso que había caído sobre su alma de forma inexplicable y que de modo tan radical había trastornado su mente, no era posible que él hubiera podido cometer el delito que se le imputaba. Pero, apenas surgido este pensamiento, lo rechazó con decisión; ¿acaso, entre la niebla que cubría su inmediato pasado, no era capaz de recordar con detalle la oscura alameda de Cibeles, el rostro boca arriba del pálido cadáver, la pausa que había hecho para observar al muerto, el golpe repentino que lo derribó al suelo? Estaba convencido de su inocencia. Y, sin embargo, ¿quién hasta el final de los tiempos, mucho después de que su cuerpo se reintegrase a los elementos, iba a creerle inocente y a defender su buen nombre? Al recordar su entrevista con Arbaces y los muchos motivos de venganza que concurrían en el corazón sombrío de aquel hombre terrible, ¿no era lógico creer que era la víctima de algún ardid misterioso y bien elaborado, cuyo origen y huellas intentaba descubrir sin éxito? Este pensamiento le absorbió más que ningún otro. ¿E Iona? Arbaces la amaba: ¿podía su rival haber provocado su ruina? Su noble corazón se vio más atormentado por los celos que por el temor. De nuevo, emitió otro lamento.

Una voz, desde las profundidades de las tinieblas, contestó a aquella manifestación de angustia.

—¿Quién es mi compañero en estas horas de tribulación? Ateniense Glauco, ¿eres tú?

—Sí, así me llamaban en mis tiempos de bonanza; imagino que ahora me designarán con otros nombres. ¿Cuál es el tuyo, desconocido?

—Olintho, tu compañero de juicio y ahora de prisión.

—¡Cómo…! ¿Aquel al que llamaban ateo? ¿Acaso la injusticia delos hombres te ha inducido a negar la providencia de los dioses?

—Mira —replicó Olintho—. Tú eres el verdadero ateo, puesto que niegas al único Dios verdadero, el Dios desconocido, a quien tus antepasados atenienses erigieron un altar. Es en estos momentos cuando siento más cercano a mi Dios. Su sonrisa penetra la oscuridad y se encuentra conmigo en este calabozo; en la víspera de mi muerte mi corazón me habla de inmortalidad, la tierra se despide de mí y acerca cada vez más a mi cansada alma al cielo.

—Dime —preguntó Glauco, de pronto—. ¿He oído en el juicio tu nombre relacionado con Apaecides? ¿Me consideras culpable?

—Sólo Dios puede leer en los corazones. Pero mis sospechas no recaen sobre ti.

—¿Sobre quién, entonces?

—Sobre tu acusador, Arbaces.

—Ah, me consuelas. Pero ¿por qué?

—Porque me consta que en su pecho anida el mal y porque tenía motivos para temer al que ahora está muerto.

Después de estas palabras, Olintho procedió a informar a Glauco de los detalles que el lector ya conoce: la conversión de Apaecides, el plan que habían elaborado para denunciar la impostura de los sacerdotes egipcios y las prácticas de seducción que empleaba Arbaces sobre la juvenil debilidad de sus prosélitos.

—Por tanto —concluyó Olintho—, si el fallecido se encontró con Arbaces, reprobó su traición y amenazó con divulgar sus viles estratagemas, el lugar y la hora eran los apropiados para excitar la ira del egipcio; y su apasionamiento y su vil astucia le impulsaron a dar el golpe mortal.

—Así debió ocurrir —dijo Glauco, con alegría—. Me siento feliz.

—Pero, oh hombre infortunado…, ¿de qué te sirve ahora este descubrimiento? Estás ya condenado sin remisión posible y, a pesar de tu inocencia, perecerás.

—Pero así tengo *la convicción de mi* inocencia, de la que, debido a mi misterioso delirio, he llegado a albergar dudas en algún momento. Dime, hombre de extraño credo, ¿crees que por pequeños errores o por faltas inherentes a nuestro carácter seremos abandonados para siempre y acusados por los poderes celestiales, cualquiera que sea el nombre que queramos darles?

—Dios es justo y no abandona a sus criaturas por sus meras debilidades humanas. Dios es misericordioso y sólo maldice a los pecadores que no se arrepienten.

—Sin embargo, parece como si yo hubiese sido castigado con una repentina locura, con un delirio sobrenatural y solemne, producido por causas que quedan más allá de lo humano.

—Existen demonios en la tierra —contestó el nazareno, con gesto de temor—, del mismo modo que Dios y su Hijo están en el cielo; y como tú no reconoces la existencia de los segundos, el primero puede haberse apoderado de ti.

Glauco no contestó y durante unos minutos reinó el silencio. Por fin el ateniense dijo, con voz dubitativa y débil:

—Cristiano, de acuerdo con las doctrinas de tu religión, ¿crees que los muertos viven de nuevo…, que se unirán eternamente después de fallecidos con los seres que aman…, que más allá de la tumba nuestro buen nombre volverá nuevamente a brillar purificado de sus imperfecciones mortales y de las calumnias inferidas por este bajo y ruin mundo…, y que los ríos, divididos por los desiertos y las rocas, vuelven a encontrarse en el solemne Hades para seguir su curso único y glorioso?

—¿Que si creo todo eso, ateniense? No, no lo creo…, *sé* que es así. Y esa bendita y hermosa seguridad me sostiene ahora. Oh, Cillene —continuó Olintho apasionadamente—, esposa de mi corazón, arrancada de mi lado el primer mes de nuestra boda, ¿no he de verte de nuevo dentro de pocos días? Sé bienvenida, muerte, sé bienvenida, puesto que me vas a llevar al cielo y a ella.

Hubo algo en aquella repentina confesión de humanidad que conmovió el alma sensible de Glauco. Sintió por primera vez un sentimiento de amistad, que superaba la simple compasión, hacia su compañero. Se

aproximó a Olintho. Los italianos, rudos en muchos aspectos, no son innecesariamente crueles en otros. Prescindieron en aquella ocasión de las celdas separadas y de las cadenas superfluas y permitían a las víctimas que iban a concluir en la arena gozar del triste consuelo de toda la libertad y el compañerismo que una cárcel podía proporcionar.

—Sí —prosiguió el cristiano, con sagrado fervor—. La inmortalidad del alma, la resurrección, la comunión de los muertos, es el gran principio de nuestro credo, la gran verdad que atestigua el verdadero Dios que padeció la muerte en su propia persona. No se trata de fabulosos Elíseos ni de poéticos Orcos, sino de la realidad pura y radiante del cielo que espera a aquellos que hayan sido buenos.

—Cuéntame tus doctrinas y expónme tus esperanzas —pidió Glauco, con profundo interés.

Olintho no tardó ni un instante en obedecer aquel ruego; y allí —como tantas veces ocurrió en los primeros tiempos del cristianismo—, en la oscuridad de aquella cárcel y en las cercanías de la muerte, la luz del Evangelio emitió sus consoladores y sagrados rayos.

Capítulo XVII

Una oportunidad para Glauco

Las horas pasaban con lacerante lentitud sobre la cabeza de Nydia, a partir del momento en que había sido reintegrada a su celda.

Sosia, temeroso de volver a ser engañado, se abstuvo de visitarla de nuevo hasta bien entrada la mañana del día siguiente, y aun así, se limitó a entregarle la cotidiana cesta de comida y un poco de vino. Después cerró la puerta sin pronunciar una palabra. Nydia se sintió atrapada, encarcelada, inexorablemente presa en el día en que se juzgaba a Glauco y cuando su libertad hubiera podido salvarle. No obstante, al estar convencida de que resultaba imposible escapar y de que la única oportunidad de que Glauco se salvara dependía de ella, aquella muchacha frágil, apasionada y de gran sensibilidad, resolvió no abandonarse a una desesperanza que le impediría

aprovechar *cualquier* coyuntura favorable que pudiese producirse. Mantuvo su serenidad de espíritu cuando, bajo el remolino de sus pensamientos, su sentido común corría el riesgo de vacilar o perderse. Es más, tomó alimentos y vino para que se sostuviesen sus energías y estar en todo momento preparada.

Uno tras otro, ideó varios planes para huir y se vio forzada a rechazarlos todos. Sin embargo, Sosia seguía siendo su única esperanza, el único instrumento de que podía valerse. Había mostrado su inclinación hacia las supersticiones en su deseo de adivinar si lograría o no obtener su libertad. ¡Benditos dioses…! ¿No podría ser sobornado utilizando la idea de la manumisión? ¿Acaso no tenía ella dinero suficiente para lograrla? Sus delicados brazos estaban llenos de brazaletes que le había regalado Iona; y de su cuello pendía la cadena que, como se recordará, había originado su enfado con Glauco a causa de sus celos y que después había prometido llevar siempre. Esperaría con impaciencia hasta que Sosia apareciese de nuevo. Pero, como las horas iban pasando y el esclavo no acababa de llegar nunca, se impacientó. Cada uno de sus nervios se estremecía de fiebre, no podía aguantar durante más tiempo la soledad; se lamentó…, gritó en voz alta…, dio con las manos contra la puerta. Sus gritos recorrieron todo el vestíbulo y Sosia, con humor desabrido, se apresuró a ver lo que ocurría y a obligara callar a su prisionera.

—¡Eh, eh…! ¿Qué pasa aquí? —dijo con mal talante—. Joven esclava, si continúas gritando de este modo, tendré que amordazarte de nuevo. Mi espalda responderá de ello si te oye mi dueño.

—Sé bueno, Sosia, no me riñas… No puedo tolerar la soledad más tiempo —contestó Nydia—. Por favor, siéntate conmigo un rato. No, no temas que intente escapar, coloca tu silla frente a la puerta. No me pierdas de vista…, no voy a moverme de este lugar.

Sosia, que era hombre de infinita capacidad para el cotilleo, se dejó seducir por aquella petición. Se compadeció de alguien que no tuviese con quién hablar, puesto que éste era también su caso. Se apiadó y decidió, a la vez, consolarse *a sí mismo.* Aceptó la sugerencia de Nydia, colocó el taburete frente a la puerta, apoyó su espalda en ella y contestó:

—Como ves, no soy hombre arisco; no tengo el menor inconveniente en aceptar una breve e inocente charla. Pero ve con ojo, no más tretas ni más conjuros.

—No, no; dime, querido Sosia, ¿qué hora es?

—Ha caído ya la tarde… Las cabras ya han regresado al aprisco.

—Oh, dioses… ¿cómo ha ido el juicio?

—Los dos condenados.

Nydia contuvo un lamento.

—Bien, bien… Imaginaba que iba a terminar así. ¿Cuándo se cumple la sentencia?

—Mañana, en el anfiteatro. Si no fuese por ti, pequeña desgraciada, me sería permitido ir a verlo con el resto de los esclavos.

Nydia reclinó sus hombros contra la pared. Y, como hay momentos en los que la naturaleza no puede aguantar más…, se desmayó. Pero Sosia no se dio cuenta de ello, porque la tarde había caído ya y porque deseaba expresar sus propios problemas. Siguió lamentando la pérdida de tan extraordinario espectáculo y expresó su descontento ante la injusticia cometida por Arbaces al elegirle a él, entre todos sus compañeros, para convertirle en carcelero. Y antes de que hubiese finalizado de hablar, Nydia, con un profundo suspiro, recobró el sentido.

—Ya veo, joven ciega, que suspiras al enterarte de lo que me pierdo. Mira, al menos es un consuelo. Ya que te das cuenta de lo mucho que me cuestas, procuraré no protestar. Es muy duro ser maltratado y encima no recibir la más mínima compasión.

—Sosia, ¿cuánto necesitas para completar la compra de tu libertad?

—¿Cuánto? Pues…, unos dos mil sestercios.

—¡Loados sean los dioses…! ¿Sólo eso? ¿Ves estos brazaletes y esta cadena? Valen más del doble de esa cantidad. Estoy dispuesta a dártelos si tú…

—No me tientes. No puedo liberarte. Arbaces es un amo espantosamente severo. ¿Quién sabe si acabaría alimentando a los peces del Sarno? Ay, entonces todos los sestercios del mundo no podrían devolverme la vida. Mejor ser un perro vivo que un león muerto[409].

—Sosia, se trata de tu libertad…, piénsalo bien. Si me dejases salir sólo una hora… Permite que me vaya a la medianoche y volveré a estar aquí antes del amanecer. Si lo deseas, puedes venir conmigo.

—No —replicó Sosia, con tozudez—. Una vez hubo un esclavo que desobedeció a Arbaces y nunca más se supo de él.

—Pero la ley no concede a un señor el derecho a la vida del esclavo.

—La ley es muy de agradecer, pero es más complaciente que eficiente. Me consta que Arbaces interpreta las leyes a su conveniencia. Además, cuando ya esté muerto, ¿qué ley puede devolverme a este mundo?

Nydia se estrujó las manos.

—Entonces, ¿no hay esperanza? —preguntó, con crispación.

—Ninguna, hasta que Arbaces ordene que te vayas.

—Bien, en tal caso —dijo Nydia, impetuosamente—, no te negarás a llevar una carta en mi nombre. Tu dueño no puede matarte por eso.

—¿A quién?

—Al pretor.

—¿A un magistrado? No, no… A lo mejor me obligarían a declarar como testigo y el modo de interrogar a un esclavo es a base de tortura

—Perdona… No me refería al pretor. Fue una palabra que se me escapó sin querer. Quería decir a otra persona, al jovial Salustio.

—Oh, ¿y qué quieres de él?

—Glauco era mi amo, me compró de un cruel dueño anterior. Sólo él fue bueno conmigo. Va a morir. Yo nunca podría vivir tranquila si, en esta hora de espanto y muerte, no le hiciese saber lo muy agradecido que le queda mi corazón. Salustio es su mejor amigo y él le transmitirá el mensaje.

—Estoy seguro de que no hará tal cosa. Glauco debe tener muchas cosas en que pensar entre hoy y mañana para preocuparse de una muchacha ciega.

—Esclavo, ¿quieres ser libre? —preguntó Nydia, levantándose—. Tienes la oportunidad al alcance de la mano; mañana será ya demasiado tarde. Nunca podrás comprar tu libertad por tan bajo precio. Puedes salir de la casa con facilidad y sin que nadie te eche de menos: bastará con que estés ausente media hora. ¿Vas a renunciar a ser libre por esa nimiedad?

Sosia se mostró interesado. La petición que se le hacía parecía carecer de importancia. ¿Qué le importaba eso a él? Si así era, tanto mejor. Podía cerrar bien la puerta con Nydia dentro de la habitación y, en caso de que Arbaces descubriese su ausencia, la falta carecería de importancia y se saldaría con una reprimenda. Por el contrario, si en la carta de Nydia figuraba algo más de lo que ella había dicho o, simplemente, citaba su calidad de prisionera, como él con su peculiar astucia conjeturaba, ¿qué podría ocurrir? Era preciso que Arbaces no supiera nunca que *él* había llevado la carta. En todo caso el cebo era enorme, el riesgo escaso, la tentación irresistible. Dejó de dudar y aceptó su propuesta.

—Dame esas baratijas y llevaré la carta. Pero espera…, tú no eres la propietaria de esos adornos…, pertenecen a tu dueño.

—Glauco me los regaló, él es mi amo. ¿Qué oportunidad tiene él de reclamarlos? ¿Quién puede saber que están en mis manos?

—De acuerdo… Te traeré un pergamino.

—No, nada de pergaminos: una tablilla de cera y un estilete.

Nydia, como ya sabe el lector, era hija de familia noble. Sus padres habían hecho cuanto estuvo en sus manos para paliar su desgracia, y su despierto intelecto había secundado sus excelentes intenciones. A pesar de su ceguera, aprendió en su niñez, aunque no de manera perfecta, el arte de escribir con un estilete afilado sobre tablillas recubiertas de cera, tarea en la cual se veía auxiliada por su exquisito sentido del tacto. Con gran cuidado pasó la estrecha cinta protectora por encima de la carta y aseguró su nudo con más cera. Y, antes de entregársela a Sosia, le dirigió estas palabras:

—Sosia, estoy ciega y me encuentro prisionera. Es posible que me engañes, puedes simular que has entregado la misiva a Salustio, quizá no cumplas con tu deber. Yo me limitaré, en tal caso, a encarecer a los poderes malignos que me venguen sobre tu cabeza y también mi alma se encargará de vengarse en tu persona si abusas de mi confianza y me engañas. Te emplazo, pues, a que coloques tu mano sobre lamía y repitas conmigo estas palabras: «Por el lugar en el que nos hallamos; por los elementos que contienen vida y pueden maldecir la vida, ¡por Orco, el omnivengador!, por Júpiter Olímpico, el omnisciente, juro que desempeñaré honestamente mi cometido y que entregaré esta carta en las propias manos de Salustio. Y, si

falto a ese juramento, que todas las furias del cielo y del infierno caigan sobre mí.» Bien. Confío en ti, toma tu recompensa. Y ahora que ya ha caído la noche, márchate.

—Eres una muchacha extraña y me asustas de una manera terrible; pero tu mandato es fácil de cumplir. Si encuentro a Salustio, juro que le entregaré la carta. Por los dioses, uno puede tener sus pequeñas flaquezas, pero jamás cometeré perjurio. *Eso* lo dejo para mis dueños.

Con estas palabras, Sosia se retiró, pasó con cuidado el gran cerrojo que aseguraba la puerta de Nydia y, colgándose la llave del cinto, pasó a su propia habitación para envolverse de pies a cabeza con una pesada capa que constituía un verdadero disfraz. Salió por la parte trasera del edificio, sin ser visto ni molestado.

Las calles estaban a oscuras y poco frecuentadas. Pronto llegó a la casa de Salustio. El portero le pidió que dejase la carta y se marchara. Salustio se encontraba tan impresionado por la condena de Glauco, que en modo alguno era posible molestarle.

—A pesar de ello, he jurado entregarle esta carta en propia mano…, y así debo hacerlo.

Y Sosia, que estaba al corriente de que Cerbero**[410]** gusta siempre de una propina, puso media docena de sestercios en su mano.

—Bueno, bueno… —dijo el portero, más apaciguado—. Entra, si así lo deseas. Pero, para que sepas la verdad, Salustio está matando sus penas a fuerza de vino. Es lo que siempre acostumbra hacer cuando tiene alguna preocupación. Encarga una soberbia cena, el mejor delos vinos y no ceja en su empeño hasta que se siente ahíto, excepto de vino.

—Me parece un plan excelente, excelente. Lo que significa ser rico… Si yo fuera Salustio, tendría dos o tres preocupaciones cada día. Te lo ruego, di una palabra en mi favor al esclavo del atrio… Le estoy viendo venir.

Salustio estaba demasiado triste para poder recibir a nadie; también se sentía entristecido por tener que beber a solas; y así, como era su costumbre, invitó a su banquete al favorito de sus libertos, con lo que aquello resultó el festín más desacostumbrado que pueda imaginarse. De vez en cuando, el sensible epicúreo sollozaba o lloraba de modo abierto y

descarado, para atacar a continuación y con nuevos bríos un nuevo plato u otra copa de vino.

—Mi buen amigo —dijo a su compañero—, fue el más terrible delos juicios… Caramba…, no está mal este cabrito, ¿verdad?… Mi pobre y querido Glauco… ¡Y qué fauces tiene ese león…! ¡Ah, ah, ah…!

Y Salustio rompía a llorar con fuerza, hasta que su emoción quedaba interrumpida por un ataque de hipo.

—Toma una copa de vino —indicaba el liberto.

—Es una sugerencia indiferente y fría por tu parte… ¡Qué brutalmente frío estará Glauco ahora…! Mañana quiero que la casa permanezca totalmente cerrada. Ni un solo esclavo debe moverse y nadie delos que están a mi servicio honrarán con su presencia esa maldita arena. ¡No, nadie…!

—Prueba este vino de Falernia…, el dolor te hace delirar. Por los dioses…, prueba un poco de esta tarta de queso.

Fue en este propicio instante cuando Sosia compareció ante la presencia del desconsolado bebedor.

—Hum…, ¿y tú quién eres?

—Un simple mensajero que busca a Salustio. Tengo que entregarle esta misiva de parte de una mujer joven. Que yo sepa, no tengo que esperar contestación. ¿Puedo retirarme?

Tras estas palabras, el discreto Sosia, que había permanecido con el rostro envuelto en su capa y hablando con voz fingida para evitar posteriores y posibles identificaciones, creyó llegado el momento de retirarse.

—¡Por todos los dioses…, un alcahuete…! ¡Puerco, desgraciado…! ¿No te das cuenta de mi dolor?; ¡Lárgate y que la maldición de Pándaro[411] vaya contigo!

Sosia no dudó ya ni un instante en salir de allí.

—¿No lees la carta, Salustio? —preguntó el liberto.

—Carta…, ¿*qué* carta? —preguntó el epicúreo, tambaleándose, porque comenzaba a verlo todo doble—. ¡Malditas sean todas esas jovenzuelas…! ¿Soy acaso un hombre capaz de pensar en los placeres…, *hip...,* cuando mi mejor amigo va a ser devorado…?

—Toma otro pastelillo.

—¡No, no…! ¡La pena me ahoga!

—Llevadle a la cama —dijo el liberto—.

Y con la cara caída sobre su pecho condujeron a Salustio a su cubículo, mientras murmuraba sin cesar lamentaciones por Glauco e insultos a las damiselas del placer por sus atrevidas iniciativas.

Mientras tanto, Sosia se dirigía indignado hacia casa.

«Alcahuete… —se decía—. ¡Puerca lengua tiene ese Salustio…! Me han llamado truhan y ladrón y eso lo puedo perdonar; pero alcahuete… Hay algo en esa palabra que revuelve el estómago más fuerte del mundo. ¡Puah! Un truhan es un truhan porque le gusta serlo, y un ladrón es un ladrón porque saca de ello beneficio; hay algo honorable y filosófico en ser un sinvergüenza para medrar en la vida, es decir, es una actividad que exige principios y trabajo a gran escala. Pero eso de alcahuete es una palabra degradante…, una cazuelita que se pone al fuego para que otro se la coma…, una servilleta en la que todos los invitados se secan las manos…, un ser del que se ríe hasta el pinche de cocina, "con su permiso, señor". Un alcahuete… Habría preferido que me hubiese llamado parricida. Pero el tipo estaba borracho y no sabía lo que decía; por otra parte, también yo le oculté mi cara. De haber visto que yo era Sosia, me habría llamado "hombre honesto" y "hombre meritorio", lo garantizo. De todos modos, he ganado esas baratijas con facilidad; es siempre un consuelo… Oh, diosa Feronia[412], pronto seré un hombre libre… Y entonces sí que no me agradaría que alguien me llamase alcahuete… ¡a no ser, claro, que me pagasen por ello una buena cantidad!»

Mientras Sosia iba inmerso en este soliloquio de gran altura intelectual y generosidad de espíritu, su camino fue a dar a una calle estrecha que llevaba al anfiteatro y a sus palacios adyacentes. De pronto, al volver una esquina, se encontró en medio de una considerable multitud. Hombres, mujeres y niños, corrían, reían, hablaban y gesticulaban; y antes de que se diese cuenta de ello, el buen Sosia se vio arrastrado por aquella ruidosa corriente.

—¿Qué pasa? —preguntó a uno de los que se hallaban cerca de él, un joven afeminado—. ¿Qué pasa? ¿Por qué se reúnen estas buenas gentes?

¿Acaso algún rico se propone repartir dinero o comida esta noche?

—No, hombre, es algo mucho mejor —replicó el joven—. El noble Pansa, el amigo del pueblo, ha otorgado permiso a todo el que lo desee para ir a ver a las fieras en su *vivaria.* ¡Por Hércules…! Hay otras personas que no las verán mañana tan a salvo como nosotros ahora.

—Ah, debe ser un bonito espectáculo —dijo el esclavo, rindiéndose a la marea que le impulsaba hacia adelante—. Como mañana no voy a poder presenciar los deportes, es una buena ocasión para echar un vistazo a las fieras esta noche.

—Harás muy bien —contestó su nuevo amigo—. Un león y un tigre no se ven en Pompeya todos los días.

La multitud llegó a un amplio desmonte, escasamente iluminado desde cierta distancia con escasas antorchas, donde los empujones resultaban peligrosos para aquellos cuyos hombros y miembros no estaban habituados a caminar entre aglomeraciones. No obstante, las mujeres —algunas de ellas llevando niños en los brazos, en incluso dándoles de mamar— parecían las más decididas a abrirse paso; y sus exclamaciones hirientes y sus protestas se oían sobre las voces masculinas, más joviales y reposadas. Allí, en mitad de la multitud, se distinguía el grito juvenil de una muchacha que parecía proceder de alguien que vivía momentos de excitación feliz, a pesar de los inconvenientes que suponía el hallarse en medio de aquel remolino humano.

—Ah —gritó la joven a alguno de sus compañeros—. Yo siempre os lo dije; yo siempre mantuve que tendríamos un hombre para el león. Y ahora tenemos también otro para el tigre. Estoy deseando que llegue mañana.

¡Viva, viva, la fiesta de la alegría,
hay un bosque de rostros en cada fila!
¡Ah, los gladiadores, cual los hijos de Alcmena,
combatirán sin miedo en la pálida arena!
¡Habla mientras puedas; quedarás inerte
cuando te sorprenda la gloriosa muerte!
Uno, dos, alegres marchan, codo a codo…
¡Viva, viva la fiesta que da placer a todos!

—¡Qué muchacha tan alegre! —exclamó Sosia.

—Sí —subrayó el afeminado de cabeza rizada y rostro juvenil—. Sí —añadió, con envidia—. Las mujeres gustan de los gladiadores. Si yo fuese un esclavo, en lugar de un maestro de escuela, hubiese buscado un *lanista.*

—¿De verdad? —preguntó Sosia, con una sonrisa—. Cada uno puede pensar lo que más le guste.

La muchedumbre llegó al lugar de su destino. Pero la jaula en la que estaban encerradas las fieras era pequeña y estrecha, los empujones de la vehemente multitud se multiplicaron por diez para intentar ocupar un puesto desde el que obtener un lugar de observación adecuado. Dos empleados del anfiteatro, colocados en la entrada del recinto, mitigaron el posible peligro de aplastamiento, despachando un número limitado de entradas a tiempos espaciados, sin permitir el acceso a las jaulas a nuevos visitantes hasta que los predecesores hubiesen saciado su curiosidad. Sosia, que era un hombre bastante robusto y que no albergaba en su espíritu escrúpulos de consideración al prójimo ni de buena educación, se las compuso para figurar en el grupo de los que tuvieron la suerte en entrar los primeros.

Separado de su compañero afeminado, Sosia se encontró en un estrecho recinto de atmósfera opresiva, iluminado por diversas antorchas apestosas y que difundían una leve claridad.

Los animales, que generalmente eran guardados en diferentes *vivaria,* estaban ahora, para proporcionar al público un aliciente mayor, en una sola, separados entre sí por fuertes barrotes de hierro.

Allí podían ser contemplados los fieros e inflexibles vagabundos de las estepas, convertidos en aquellos instantes en los protagonistas más importantes de esta historia. El león, que por naturaleza era más reposado que su compañero, había sido incitado a la máxima ferocidad por una dieta alimenticia y se paseaba con nerviosismo y fiereza de un lado a otro de su reducido espacio; sus ojos brillaban de rabia y de hambre; y cuando a veces se detenía y miraba a su alrededor, los espectadores retrocedían asustados y sus pechos jadeaban con mayor rapidez. El tigre, por el contrario, yacía completamente extendido en su jaula, y su inmovilidad sólo se veía interrumpida por algún movimiento de su cola o por un largo e impaciente

bostezo, que producía buenas dosis de emoción entre la audiencia que le honraba con su pleitesía.

—Jamás he visto una bestia más fiera que ese león, ni siquiera en el anfiteatro de Roma —comentó un hombre gigantesco y musculoso, que se hallaba a la derecha de Sosia.

—Cuando observo sus miembros, me siento humillado —replicó otro de los espectadores, éste situado a la izquierda de Sosia, de figura más joven y ligera y con los brazos cruzados sobre el pecho.

Sosia miró primero al uno, luego al otro y murmuró para sí:

—*Virtus in medio!*[413] La virtud está en el justo medio. Tienes una maravillosa compañía, Sosia: un gladiador a cada lado.

—Estoy de acuerdo con lo que has dicho, Lydon —contestó el corpulento gladiador—. Yo siento lo mismo.

—Y pensar —añadió Lydon, en tono de profundo sentimiento—, y pensar que el joven griego que hace un día o dos vimos ante nosotros, lleno de juventud, de salud y de alegría, va a ser el festín de este monstruo…

—¿Y por qué no? —gruñó el salvaje Niger—. Más de un honesto gladiador ha sido obligado a librar un combate como éste por deseo de los emperadores. ¿Por qué razón no puede hacerlo un asesino rico condenado por la ley?

Lydon suspiró, se encogió de hombros y permaneció en silencio. Mientras tanto los espectadores que se hallaban junto a ellos escuchaban con los ojos desorbitados y los labios entreabiertos. Los gladiadores eran objeto de interés tan profundo como las fieras, animales dila misma especie; así, pues, la multitud repasaba con sus miradas unos y otros, primero a los hombres y luego, a las fieras, mientras expresaban en voz baja sus comentarios y anticipaban el espectáculo del día siguiente.

—Bueno —dijo Lydon, dando media vuelta—. Doy gracias a los dioses por no tener que enfrentarme mañana con el tigre ni el león; incluso tú, Niger, eres un enemigo menos peligroso que ellos.

—Igual de peligroso —dijo el gladiador, con una hostil risotada.

Y los que allí se encontraban también rieron, seducidos por sus enormes miembros y la fiereza de su expresión.

—Es posible —contestó Lydon, despreocupadamente, abriéndose paso entre la multitud para salir del recinto.

«Podría aprovecharme de la amplitud de sus hombros —se dijo el prudente Sosia, apresurándose a seguirle—. La multitud siempre abre paso a un gladiador, de modo que, bien pegado a su espalda, saldré de aquí sin el menor problema.»

El hijo de Medón pasó con rapidez entre la muchedumbre, en la que muchos reconocieron su profesión y sus facciones.

—Es el joven Lydon, un tipo valiente; lucha mañana —dijo uno.

—Ah, he apostado a su favor —dijo otro—. Observad la firmeza con la que camina.

—¡Buena suerte, Lydon! —exclamó un tercero.

—Lydon, tienes todo mi apoyo —murmuró otra más (se trataba de una modosa mujer de clase media)—. Si ganas, ya tendrás noticias mías.

—¡Por Venus, eres un hombre hermoso! —gritó una quinta persona, esta vez una muchacha apenas quinceañera.

—Muchas gracias —contestó Sosia, con seriedad, creyendo que el piropo iba dirigido a él.

Lydon, aunque hombre de acrisolados principios y puros sentimientos, que jamás hubiese abrazado aquella profesión de no mediar la esperanza de obtener con ella la libertad de su padre, no pasó entre la multitud sin prestar buena atención a la admiración que despertaba. Olvidó que aquellas mismas voces que ahora le aclamaban podían celebrar al día siguiente con idéntico griterío los dolores de su agonía. Inquieto y osado por naturaleza, al tiempo que generoso y de buen corazón, se encontraba ya imbuido por el orgullo de una profesión que él creía despreciar y en la que era preciso tratar con compañeros que en realidad le repugnaban. Pero ahora se consideraba un hombre importante; su paso se hizo más ligero y su rostro más distendido.

—Niger —dijo de pronto, una vez que se abrieron camino entre la gente —. Tú y yo nos hemos enfadado con frecuencia; y, aunque no nos han emparejado para luchar el uno contra el otro, lo más probable es que uno de los dos caiga mañana. Dame esa mano.

—Con sumo gusto —dijo Sosia, ofreciendo su palma.

—Pero… ¿quién es este idiota? Yo creí que era Niger quien me seguía.

—Lamento tu error —replicó Sosia, condescendiente—. No te preocupes, el error es comprensible. Niger y yo tenemos idéntica corpulencia.

—¡Ja…, ja…, excelente contestación! Niger te cortaría el cuello si te oyese.

—Vosotros, los caballeros de la arena, tenéis una manera muy desagradable de expresaros —dijo Sosia—. Cambiemos de conversación, si te parece.

—*¡Bah!* —replicó Lydon, con impaciencia—. No estoy de humor para charlar contigo.

—Lo creo —contestó el esclavo—. Debes de tener muchas cosas en las que ocupar tu mente; según me han dicho, mañana es el primer día que actúas en la arena. Bien, estoy seguro de que sabrás morir como un valiente.

—¡Que tus palabras caigan sobre tu propia cabeza! —dijo Lydon, estimulado por sus supersticiones, que le indujeron a indignarse por la bendición que Sosia le había dirigido—. *Morir*... No, confío en que *mi* hora aún no haya llegado.

—Quien juega a los dados con la muerte, debe temer que algún día le abandone la buena fortuna —replicó Sosia maliciosamente—. Pero tú eres un hombre fuerte y te deseo toda la suerte imaginable. Ahora, *vale.*

Con estas palabras, el esclavo dio media vuelta y se dirigió hacia su casa.

«Espero que las palabras de ese pícaro no sean de mal augurio —se dijo Lydon, pensativamente—. En mi deseo de liberar a mi padre y en la confianza de mis nervios y músculos, no he contemplado nunca la posibilidad de la muerte. ¡Mi pobre padre…! ¡Soy su único hijo! Si yo cayese…»

Al cruzar ese pensamiento por su mente, el gladiador echó a andar con paso más apresurado e inquieto; y de pronto, en la calle opuesta a la que caminaba, descubrió a la persona que era objeto de sus cavilaciones. Apoyándose en un cayado, con su cuerpo encorvado por el trabajo y la edad, con los ojos fijos en el suelo y su paso vacilante, la cabeza gris de Medón se aproximaba lentamente hacia el gladiador. Lydon se detuvo unos

instantes. Sabía perfectamente la causa que había obligado a salir al viejo a hora tan avanzada.

«Estoy seguro de que va en busca mía —pensó—. Está horrorizado con la condena de Olintho; hoy más que nunca, debe considerarla arena como algo criminal y odioso. Viene a disuadirme de que participe en los combates. Tengo que eludir su presencia. No puedo soportar sus ruegos y sus lágrimas.»

Estos pensamientos, tan largos de transcribir, pasaron por la cabeza del joven con la velocidad de un rayo. Se volvió con presteza y tomó la dirección contraria. No se detuvo hasta que, casi agotado y sin aliento, se encontró en la cima de un promontorio que dominaba la parte más alegre y lujosa de aquella ciudad en miniatura; y se entretuvo en contemplar las largas y tranquilas calles iluminadas por los rayos de la luna, que acababa de alcanzar su cenit y extendía su claridad sobre parte de la pintoresca multitud que se arracimaba alrededor del anfiteatro, oscilando en la distancia y levantando un apenas perceptible murmullo. Aquella escena afectó la sensibilidad de Lydon, a pesar de su carácter un tanto elemental y su falta casi absoluta de imaginación. Se sentó a descansar en las escalinatas de un pórtico desierto y se sintió invadido y aliviado por la calma y el silencio del momento. No muy lejos de donde estaba, frente a él, brillaban las luminarias de un palacio, cuyo dueño celebraba una de sus francachelas. Sus puertas estaban abiertas al frescor de la noche y el gladiador pudo distinguir el grupo numeroso de invitados reunido alrededor de las mesas del *atrium*[414]; detrás de ellos, cerrando la vista de las habitaciones iluminadas del interior, la espuma de una fuente rebrillaba a la luz de la luna. Las columnas del vestíbulo se adornaban con guirnaldas, donde ofrecían su perfil inmóvil y silencioso numerosas estatuas de mármol. Y desde allí, entre el sonido de jocundas carcajadas, se alzó la música que acompañó a esta canción.

Canción de los epicúreos

Ya basta de historias del infierno
con las que el sacerdote nos aflige.

Nosotros nos reíamos de las Parcas[415]
del Destino y del Cocito terrible.

Júpiter tuvo una difícil vida,
si hay que creer las cosas que se cuentan,
que se cerró de oídos a su esposa
y abrió sus ojos a la suerte incierta.

¡Bendito sea el buen Epicuro,
que nos legó su risa en vez de lágrimas!
En el infierno nos quisieran todos,
y él vino a rescatarnos con sus máximas.

Y ahora resulta que ni Juno y Júpiter
se preocupan por nuestro destino:
y aunque lo hicieran, tú y yo bien sabemos
que ser indiferente es don divino.

¡Ah! ¿Pensáis que los dioses en su gloria
tienen tiempo de espiar nuestros pecados,
de enumerar las copas que bebemos
o de contar las chicas que besamos?

Somos felices con los labios que aman,
con la música, el vino y la alegría.
Nos importan un rábano los dioses
y no los aceptamos en la vida.

La religiosidad de Lydon (que, siendo un tanto acomodaticia, no se sintió en manera alguna molesta por aquellos versos que resumían la filosofía de aquellos días) se recuperó pronto de la sorpresa que le había causado la canción, por la aparición de un reducido grupo de hombres, vestidos con los sencillos atuendos de las clases medias, que pasaron junto al lugar en que él descansaba. Parecían inmersos en apasionada conversación, hasta el punto de que no se dieron cuenta o no dieron importancia a la presencia del gladiador.

—¡Oh, horror de los horrores! —dijo uno—. Olintho ha sido arrancado de nuestra compañía. Nos han amputado nuestro brazo derecho. ¿Cuándo descenderá Cristo para defender a los suyos?

—¿Hasta ese punto puede llegar la atrocidad humana? —preguntó otro —. ¿Hasta sentenciar a un hombre inocente en el circo y en compañía de un criminal? Pero no desesperamos; el trueno del Sinaí puede aún ser oído y el Señor protege siempre a sus santos. «Dijo el necio en su corazón: No hay Dios[416]».

En aquel momento, volvieron a oírse desde el palacio iluminado los dos versos más rotundos de la canción de los juerguistas:

> Nos importan un rábano los dioses
> y no los aceptamos en la vida.

Y antes de que murieran estas palabras, los nazarenos, impulsados por una súbita indignación, eliminaron el eco del canto pagano con la: estrofas de uno de sus himnos favoritos, que entonaron a voz en grito

HIMNO DE ADMONICIÓN DE LOS NAZARENOS

> Ahora y siempre estamos cerca tuyo,
> oh Dios, aquí nos tienes para oírte siempre…
> En tu carroza la tormenta intuyo,
> se agita el cielo y el sol se estremece.
> ¡Piedad para el orgullo que te desafía,
> y de aquel que te niega ten piedad!
> Perdona a los que ejercen la maldad.
> Caerán las altas estrellas
> y el sol pálido caerá,
> como un papel se arrugarán los cielos
> y el infierno perderá,
> con el latido de tu alma eterna,
> su desesperanza y su profundidad.
> Pues será el cadáver del gigante Tiempo

lo único que entonces morirá.
Oíd el clamor que nos convoca
y ved cómo la tierra ya se agrieta.
Y allí, en su angélico Trono,
surgirá de las Tinieblas
para juzgar a los muertos
para salvar a los que bien obraron
y dar castigo a los que mal juzgaron.
Viene a salvar a los suyos.
¡Piedad para el orgullo que le desafía
y para aquel que te negó su amor!
¡Horror para los malos, ay, horror!

Un repentino silencio del sorprendido vestíbulo del palacio siguió a estas terribles palabras. Los cristianos siguieron su camino y pronto se perdieron de vista. Sin saber bien por qué, el gladiador se sintió estremecido por las místicas denuncias de los cristianos y, tras unos minutos, Lydon emprendió su camino hacia su casa.

Frente a él, ¡con qué serenidad parecían dormitar las estrellas y la hermosa ciudad…! ¡Con qué calma y con qué seguridad reposaban las calles de grandes baldosas…! ¡Con qué dulzura murmuraban más allá las aguas verdinegras del mar…! ¡Cómo se ofrecía aquel cielo de ensueño de Campania, alto, azul, desprovisto de nubes…! Y, sin embargo, iba a ser la última noche de la alegre Pompeya, la antigua colonia de los rubios caldeos[417], la fabulosa ciudad de Hércules, el orgullo dela voluptuosa Roma. Era tras era habían pasado sobre ella, indestructible, confiada; y ahora el postrer rayo de luz relucía en el reloj de solde su destino. El gladiador oyó un sonido de pasos detrás de él. Un grupo de mujeres regresaban a sus casas, después de la visita al anfiteatro. Al volverse para verlas, su mirada se detuvo para contemplar una repentina y extraña aparición. De la cima de Vesubio, recortado por la noche en la distancia, surgía una claridad pálida, meteórica, lívida, que se mantuvo temblorosa durante unos instantes y desapareció. Y en el mismo momento en que sus

ojos se fijaron en ella, la voz de una de las mujeres más jóvenes, rompió a cantar con voz divertida y aguda:

UNO, DOS, ALEGRES MARCHAN, CODO A CODO…
¡VIVA, VIVA LA FIESTA QUE DA PLACER A TODOS…!

LIBRO V

Capítulo I

El sueño de Arbaces. — Una visita y una advertencia para el egipcio

La terrible noche que precedió a la desenfrenada alegría del anfiteatro pasó con desesperanza, y al fin amaneció grisáceo ¡EL ÚLTIMO DÍA DE POMPEYA! En el aire había una calma inusitada y la bochornosa pesadez formaba espesas nieblas en los valles y umbrías de las amplias tierras de Campania. Los pescadores que madrugaron quedaron perplejos al comprobar que, a pesar de la extrema calma del ambiente, las olas del mar eran de considerable altura y parecían obligadas a un movimiento de

retroceso, tan pronto como tocaban las orillas de la tierra. A lo largo del cauce del azul y majestuoso Sarno, cuya complicada red de canales el viajero de hoy buscaría en vano, se distinguía un bronco y torvo murmullo, mientras se deslizaba por las llanuras sonrientes y junto a las lujosas villas de los ciudadanos ricos. Por encima de la baja neblina se distinguían las torres de las murallas, semiderruidas por la mano del tiempo, de la inmemorial ciudad, las cubiertas de rojas tejas que se elevaban sobres las alegres calles y las columnas solemnes de varios templos, así como las estatuas que remataban los portales del foro y del arco de triunfo. En la lejanía, el contorno de las colinas que rodeaban la ciudad sobresalía por encima de la niebla que se iba ornando con los colores cambiantes del cielo matinal. La nube que desde hacía tanto tiempo se había mantenido en la cresta del Vesubio había desaparecido repentinamente y su cima, altiva y escarpada, presidía con su fruncido ceño la bella escena que se desenvolvía a sus pies

A pesar de lo temprano de la hora, las puertas de la ciudad estaban ya abiertas. Jinetes y más jinetes, vehículo tras vehículo, entraban en el recinto ciudadano con rapidez; y las voces de numerosos grupos que lo hacían a pie, vestidos con la indumentaria propia de las fiestas, se elevaban a lo alto con enorme alegría y divertida agitación; las calles estaban repletas de ciudadanos y de forasteros procedentes de los muy poblados alrededores de Pompeya; ruidosamente, con rapidez e indudable confusión, varios ríos humanos se disponían a confluir en el escenario de la mortífera fiesta.

La cabida que ofrecía el anfiteatro, aparentemente desproporcionada a la extensión de la ciudad, respondía a la conveniencia de albergar en su interior cómodamente al total de la población de Pompeya: pero en las grandes, en las extraordinarias ocasiones, era tal la afluencia de público de distintos lugares de Campania, que su aforo quedaba cubierto varias horas antes del comienzo de los juegos, ocupado incluso por personas que por razón de su rango no tenían derecho a ocupa las plazas en las que se sentaban. La intensa expectación que había levantado el juicio y la sentencia de dos criminales tan notorios incrementó la multitud que acudió al circo aquel día, hasta alcanzar unas cifras sin precedente.

Mientras aquellas sencillas gentes, con la vehemente algarabía de su sangre de Campania, se empujaban con apresuramiento y avanzaban con indudable confusión —conservando sin embargo, en medio de su excitación y entusiasmo, como sigue siendo norma entre los italianos de hoy en similares ocasiones, un envidiable sentido del orden y un buen humor que garantizaba y eliminaba cualquier tipo de violencia—, una desconocida viajera se dirigía a la apartada mansión de Arbaces con el fin de visitarle. Al contemplar su extraño y original porte, su paso y sus gestos un tanto desmedidos, las gentes que encontraba en su camino se miraban entre sí y sonreían; pero tan pronto como veían su cara, la risa desaparecía instantáneamente. Su rostro era el propio de una muerta; y entre sus horribles facciones y sus ropas pasadas de moda, aquel extraño ser semejaba a un difunto que, tras varios años de permanecer en la tumba, surgía de nuevo entre los vivos. Entre el silencio y el miedo de los que encontraba en su camino, la mujer siguió avanzando hasta encontrarse al cabo de poco tiempo en el amplio pórtico del palacio del egipcio.

El portero negro, como el resto de los mortales, apenas despierto a aquellas horas intempestivas, se sobresaltó cuando abrió la puerta en contestación a sus llamadas.

Durante aquella noche, el sueño del egipcio había sido más pro-fundo que de costumbre. Pero, al acercarse el amanecer, se vio asaltado por sueños inquietantes y terribles que le impresionaron aún más por estar influidos por la peculiar filosofía que él había adoptado.

Soñó que era transportado hasta las entrañas de la tierra y que allí permanecía solo en el interior de una caverna sostenida por enormes pilares de roca virgen que se perdían en su ascenso en la infinita oscuridad de unas sombras eternas en las que jamás había brillado la luz del día. En los espacios que mediaban entre las columnas había pesadas ruedas que daban vueltas sobres sí mismas sin cesar, produciéndose un ruido fragoroso y ensordecedor. Solamente en los extremos, a derecha e izquierda de la caverna, las oquedades entre las columnas estaban vacías, y aquellos huecos se abrían como un acceso a largas galerías, cuya oscuridad no era absoluta, sino velada por un resplandor de fuego errático y vacilante que, como si se tratase de un meteorito, reptaba (como lo hacen las serpientes) por el suelo

irregular y húmedo; y tan pronto saltaba con fiereza de un lado para otro, irrumpiendo en la vasta oscuridad como monstruo saltarín, como desaparecía repentinamente para volver a reaparecer con su cegadora brillantez diez veces incrementada. Y mientras él observaba con sorpresa todo lo que allí ocurría, surgieron de la galería de la izquierda unas pequeñas, nebulosas figuras aéreas que desfilaron lentamente ante sus ojos: y, una vez llegadas al vestíbulo de la cueva, comenzaron a ascender y a desvanecerse como si se tratase de humo, en su infinita escalada.

Se volvió con temor hacia el otro extremo y, ante su horrorizada sorpresa, vio que de las tinieblas superiores descendían velozmente sombras similares a las que habían surgido de la galería de la derecha, como si hubiesen sido arrastradas en ambas ocasiones hasta las orillas de un río misterioso e invisible; los rostros de estos espectros se distinguían con mayor claridad que los que habían aflorado del pasillo opuesto; algunos de ellos expresaban dolor y otros alegría, e incluso era fácil identificar en ellos la inenarrable tristeza del desánimo y del dolor o la alegría que conlleva la esperanza y la vida. Pasaban ante su mirada con tal rapidez e insistencia, que los ojos del que los veía concluyeron por cegarse ante aquella vertiginosa y siempre cambiante sucesión de imágenes impelidas por un poder que no les pertenecía.

Arbaces se volvió para salir y, al llegar al vestíbulo, vio la poderosa figura de una giganta, sentada sobre un montón de calaveras, con sus manos jugando con una oscura y pálida tela de araña; percibió que esa tela de araña se comunicaba con las innumerables ruedas, como si fuese ella quien gobernara la maquinaria que decidía sus movimientos. Sintió que sus pies se dirigían, como impulsado por una fuerza desconocida, hacia aquella mujer y caminó hasta encontrarse cara a cara con ella. La expresión de la giganta era solemne, callada y expresaba una serena belleza. Era como el rostro de una escultura colosal, semejante a su propia y ancestral esfinge. Ninguna pasión, ninguna emoción humana turbaba su ceño liso y pensativo. Estaba libre de todo aquello que podía resultar familiar al genuino corazón del hombre. El misterio de los misterios se aposentaba en aquella cara que sobrecogía pero no aterrorizaba: era la encarnación de lo sublime. Y

Arbaces oyó su propia voz saliendo de sus labios, sin él quererlo ni desearlo. Y su voz preguntó:

—¿Quién eres tú y cuál es tu cometido?

—Soy aquella a la que tú has adorado siempre —contestó el poderoso fantasma, sin dejar de trabajar con sus manos—. Mi nombre es NATURALEZA. Y estas son las ruedas del mundo que guía mi mano para que vivan todas las cosas.

—¿Y qué significan esas galerías, tan extrañas y adecuadamente iluminadas, que se extienden a cada lado hacia los abismos de las tinieblas?

—La que has visto a tu izquierda —contestó la madre-giganta— es la galería de lo aún no nacido. Las sombras que has visto flotar arriba y abajo en ese mundo son las almas que pasan de la infinita eternidad de ser a su peregrinación en la tierra. Las que has observado a tu derecha, donde las sombras que descienden desde lo alto lo ocultan todo y es igualmente un pasillo ignoto y oscuro, pertenecen a la galería de los muertos.

—¿Y por qué esas errantes luminarias rasgan de manera tan brutal las sombras; y digo *rasgan* solamente, pues nada *revelan*?

—¡Estúpido estudioso de las ciencias humanas…! ¡Soñador de estrellas y presunto descifrador del origen primero de las cosas…! Esas luces no son sino el relucir de los conocimientos que se han concedido a la naturaleza para realizar su trabajo de cada día, para descubrir lo que es preciso saber del pasado y para proporcionar los medios necesarios para proyectar el futuro. Con ello puedes juzgar, como títere que tú eres, las luces que a ti te han sido asignadas.

Arbaces sintió que todo su cuerpo temblaba al preguntar:

—¿Por qué estoy aquí?

—Para que te enteres del futuro de tu alma, para que conozcas tu inminente castigo, para que la sombra de tu destino comience a proyectarse en la eternidad cuando su declive en este mundo ha dado ya comienzo.

Antes de poder replicar a estas palabras, Arbaces notó que un viento huracanado asolaba el interior de la caverna, como si se tratase del aliento de un dios. Arrebatado del sueño e izado en lo alto como una hoja en una tormenta de otoño, se vio a sí mismo rodeado por los espectros de los muertos y aventado con ellos a lo largo del vacío sin luz. Con desesperado y

vano empeño, luchó contra aquel poder invencible y se dio cuenta de que aquel viento iba adquiriendo forma poco a poco, hasta convertirse en la línea espectral de las alas y las garras de un águila, en otros miembros que flotaban en la confusa lejanía del aire y en ojos que se fijaban con claridad y fijeza en los suyos propios y que le observaban con mirada pétrea e inmisericorde.

—¿Quién eres? —preguntó de nuevo el egipcio.

—Yo soy aquella a la que tú has venerado —dijo el espectro riendo sonoramente—. Mi nombre es NECESIDAD.

—¿Y adonde me llevas?

—A lo desconocido.

—¿Para felicidad o para dolor?

—Lo que sembraste recogerás.

—Temido ser, no lo hagas así. Si tú eres quien gobierna la vida, mis desmanes son tuyos, no míos.

—Yo soy sólo el aliento de Dios —replicó el poderoso viento.

—En tal caso, tu sabiduría no te pertenece —gritó el soñador.

—El agricultor no acusa al destino cuando, tras haber sembrado cardos, recoge grano. Tú que has sembrado el crimen, no acuses al destino si no recoges la cosecha de la virtud.

La escena cambió súbitamente. Arbaces se encontró en un lugar lleno de huesos humanos… y, de pronto, en mitad de ellos había una calavera que mantenía aún parte de su carne mortal y fue configurándose, con la misteriosa lentitud y la confusión de un sueño, en el rostro de Apaecides. Entre las sonrientes mandíbulas surgió un pequeño gusano que comenzó a avanzar hacia los pies de Arbaces. El egipcio trató de pisarlo y aplastarlo; pero cada vez que lo intentaba, se convertía en algo más ancho y más largo. Y se fue hinchando y creciendo hasta convertirse en una gran serpiente que se enroscaba alrededor de los miembros de Arbaces y le rompía los huesos. Luchó por desasirse, perdió el aliento, se sintió sin fuerzas, bajo la influencia del hedor que despedía aquel animal por las fauces y se resignó a abandonarse a una muerte cierta. De pronto una voz surgió de aquel reptil que todavía conservaba el rostro de Apaecides y le dijo al oído, con voz vacilante.

—¡TU VÍCTIMA ES TU JUEZ! ¡EL GUSANO QUE QUERÍAS PISAR SE HA CONVERTIDO EN UNA SERPIENTE QUE VA A DEVORARTE!

Con un grito de rabia, de dolor y de desesperada resistencia, Arbaces despertó con los cabellos erizados, su cuerpo corpulento temblando como el de un niño, bajo la agonía de aquel sueño. Despertó, procuró tranquilizarse y bendijo a los dioses, en los que no creía, porque todo aquello sólo *había sido* una pesadilla; volvió la mirada de un lado a otro, vio la luz del amanecer penetrando a través de su pequeña y elevada ventana. Se encontraba, pues, en los inicios del día; se alegró de ello y sonrió; de repente, sus ojos se fijaron en el extremo opuesto de la habitación y contempló las deformes facciones, la mirada sin vida, los labios lívidos… de la bruja del Vesubio.

—¡Ah…! —exclamó, colocando una mano sobre sus ojos para eludir aquella indeseable visión—. ¿Estoy aún soñando? ¿Me encuentro todavía entre los muertos?

—Por el omnipotente Hermes, no. Estás en compañía de alguien que parece estar muerta, pero que todavía no lo está. Imagino que reconoces a tu esclava y amiga.

Se produjo un largo silencio. Lentamente, los escalofríos que habían sacudido los miembros del egipcio fueron cediendo, desapareciendo poco a poco, hasta encontrarse en posesión de su propia y habitual personalidad.

—Entonces, todo fue un sueño —se dijo—. Bien, esperemos que no se repita, no vaya a ser que el día no compense la inquietud de las noches. Mujer, ¿cómo llegaste hasta aquí y por qué?

—Vengo a advertirte algo —contestó la voz sepulcral de la *saga*

—¿Advertirme? Entonces, el sueño no ha mentido… ¿De qué peligro?

—Escúchame. Una gran calamidad amenaza a esta ciudad. Vete de aquí, mientras haya tiempo. Sabes que tengo mi casa en la montaña bajo la cual, según la vieja tradición, todavía arden los fuegos del río Flegetonte**[418]**; bajo mi caverna hay un inmenso abismo en el que últimamente he visto cómo un río rojo y ardiente se desliza despacio, poco a poco; he oído una infinidad de ruidos silbantes y estruendoso, resonando en las tinieblas. Pero anoche, mientras estaba mirando por las grietas, me di cuenta de que ese río ya no fluía con la lentitud de siempre, sino que lo hacía con fiereza y se

mostraba inusitadamente luminoso; y, mientras estaba allí mirando, la bestia que vive conmigo comenzó a aullar a mi lado, dio de sopetón un agudo alarido, cayó al suelo y murió[419] con la boca llena de espumas y babas. Regresé a mi aposento y durante toda la noche sentí cómo se movían y temblaban las rocas. Y, aunque el ambiente era cálido y tranquilo, parecía como si vientos internos soplasen bajo mis pies, donde también se distinguía una especie de rumor de ruedas de molino puestas en marcha. Así, pues, cuando he despertado esta mañana con el nacimiento del día, he vuelto a mirar por la ranura a aquellos abismos y he visto que varios fragmentos de piedra flotaban y eran arrastrados por aquel espeluznante río de fuego; y observé que se había formado allí un gran agujero que nunca había visto con anterioridad, del cual surgía una columna de humo oscuro y mortecino. Sus vapores eran mortales y al respirarlos me sentí enferma y estuve a punto de morir. Regresé a casa. Tomé mi oro y mis drogas y abandoné el hogar en el que he vivido tantos años. Recordé la vieja y tenebrosa profecía etrusca que decía: «Cuando la montaña se abra, la ciudad morirá; cuando el humo corone el monte delos campos quemados, habrá sólo terror y llanto en el corazón de los hijos del mar.» Temido maestro, antes de abandonar estas murallas para instalarme en algún lugar lejano, he venido a verte. Por tu vida, estoy convencida de que el terremoto que hace dieciséis años conmovió a esta ciudad sobre sus sólidos cimientos no fue sino un anticipo de su destino fatal. Las murallas de Pompeya están levantadas sobre los campos de los muertos y sobre los ríos del insomne infierno. Date por advertido y huye.

—Bruja, como hombre agradecido, quiero recompensarte. Encima de aquella mesa hay una copa de oro. Llévatela, es tuya. Jamás hubiese creído que, al margen de la comunidad sacerdotal de Isis, hubiera un ser viviente que se preocupase por salvar a Arbaces de la muerte. Las señales que has contemplado en el lecho de ese volcán extinto —continuó el egipcio pensativamente— son sin duda el anticipo de que un grave peligro se cierne sobre la ciudad; quizá un terremoto, aún más intenso que el que sufrimos hace pocos días. Sea como sea, es una razón más para apresurar mi salida de estas murallas. A partir de ahora, voy a prepararme para huir. Hija de Etruria, ¿adónde piensas dirigirte?

—Pienso pasar hoy por Herculano y seguir a lo largo de la costa hasta encontrar un nuevo hogar. No tengo amigos: mis dos compañeros, la serpiente y el zorro, han muerto. ¡Oh, gran Hermes…, y tú me has prometido veinte años más de vida…!

—Sí, te lo he prometido —contestó el egipcio, incorporándose sobre su hombro y observando el rostro de la bruja—. Pero, dime, por favor, ¿para qué quieres vivir? ¿Qué atractivo descubres en la existencia?

—No se trata de que la vida sea buena o mala, sino de que la muerte es espantosa —replicó la vieja, con tono tan horrorizado que sorprendió al observador de las estrellas.

Arbaces se estremeció ante la exactitud de la respuesta y, sin el más mínimo deseo de retener aquella desagradable compañía, añadió:

—El tiempo pasa y tengo que prepararme para el solemne espectáculo de hoy. Adiós, hermana… Disfruta todo lo que puedas de las cenizas de la vida.

La vieja, que había guardado el costoso regalo de Arbaces entre los pliegues de su túnica, se levantó para marchar. Al llegar a la puerta se detuvo, se volvió y dijo:

—Ésta es la última vez que nos vemos en este mundo. Pero ¿dónde va la llama cuando abandona sus cenizas? Vagabundea de un lado para otro, arriba y abajo, y como una exhalación de los pantanos puede ser vista sobre la superficie de las aguas en lagos y marjales; y la bruja y el mago, el maestro y el discípulo, el gran astrólogo y la mujer maldita, pueden encontrarse de nuevo. Adiós.

«¡Fuera, esperpento…!» —murmuró Arbaces cuando la puerta se cerró tras las harapientas ropas de la vieja; e impaciente con sus propios pensamientos, aún no del todo recuperados de su pesadilla, convocó con rapidez a sus esclavos.

Era costumbre asistir a las ceremonias del anfiteatro con la indumentaria de los días festivos, y Arbaces se atildó aquel día con mayor cuidado de lo que en él era habitual. Su túnica era de una blancura cegadora; sus muchas *fibulae*[420] habían sido obtenidas de las más preciosas piedras; sobre su túnica flotaba al viento una prenda oriental suelta, mitad toga, mitad manto, en la que se distinguían los más ricos tonos

de los tintes tirios; y las sandalias que cubrían sus piernas hasta casi las rodillas, se adornaban con gemas incrustadas en oro. En los distintivos que revelaban se condición sacerdotal, Arbaces ponía su mayor atención en las grandes ocasiones, beneficiándose de cuantos artificios tenía a mano para deslumbrar e imponer el deseable respeto que exigía su persona sobre el pueblo llano y vulgar. Y en aquel día en que iba a verse liberado, gracias al sacrificio de Glauco, de los temores que podía inspirarle un rival y de los peligros de ser descubierto, creyó apropiado vestirse como si fuese a recibir un gran homenaje o asistir a un acto nupcial.

También era habitual que los hombres de relieve acudiesen a las funciones del anfiteatro acompañados por un numeroso séquito de esclavos y libertos; así, pues, la numerosa familia de Arbaces se organizó debidamente para custodiar la litera de su señor. Tan sólo los esclavos encargados de atender a Iona y el carcelero de Nydia, el meritísimo Sosia, permanecieron, para su desgracia, encerrados en casa.

—Callias —dijo Arbaces a su liberto, que estaba abrochándole el cinto —, estoy cansado de Pompeya y me propongo abandonarla dentro de tres días, si los vientos me son propicios. Tú conoces la nave que está anclada en el puerto y que pertenecía a Narses de Alejandría. Pues bien, la he comprado. Pasado mañana comenzaremos a avituallar sus bodegas.

—¿Tan pronto?… Bien, Arbaces será obedecido. ¿Y Iona, tu pupila?

—Vendrá conmigo. Basta ya de charla… ¿Tenemos una mañana hermosa?

—Gris y sofocante; probablemente hará mucho calor al mediodía.

—Los pobres gladiadores y los aún más desgraciados criminales lo pasarán mal. Baja a formar el cortejo de esclavos.

Una vez solo, Arbaces penetró en su gabinete de trabajo y salió al pórtico exterior. Distinguió la gran masa de gente que se dirigía con rapidez hacia el anfiteatro y oyó los gritos de las asistencias y el chasquido de las cuerdas que tensaban el pesado y gran toldo, bajo el cual los ciudadanos podrían contemplar con comodidad y sin ser molestados por los rayos del sol las agonías de sus congéneres. De pronto, se distinguió un extraño sonido de gran intensidad y que cesó a los pocos segundos: se trataba del rugido del león. Al oírlo se hizo un profundo silencio en la distante

multitud, que fue seguido por alegres risotadas; se sentían felices al comprobar la impaciencia y el hambre de aquella fiera regia.

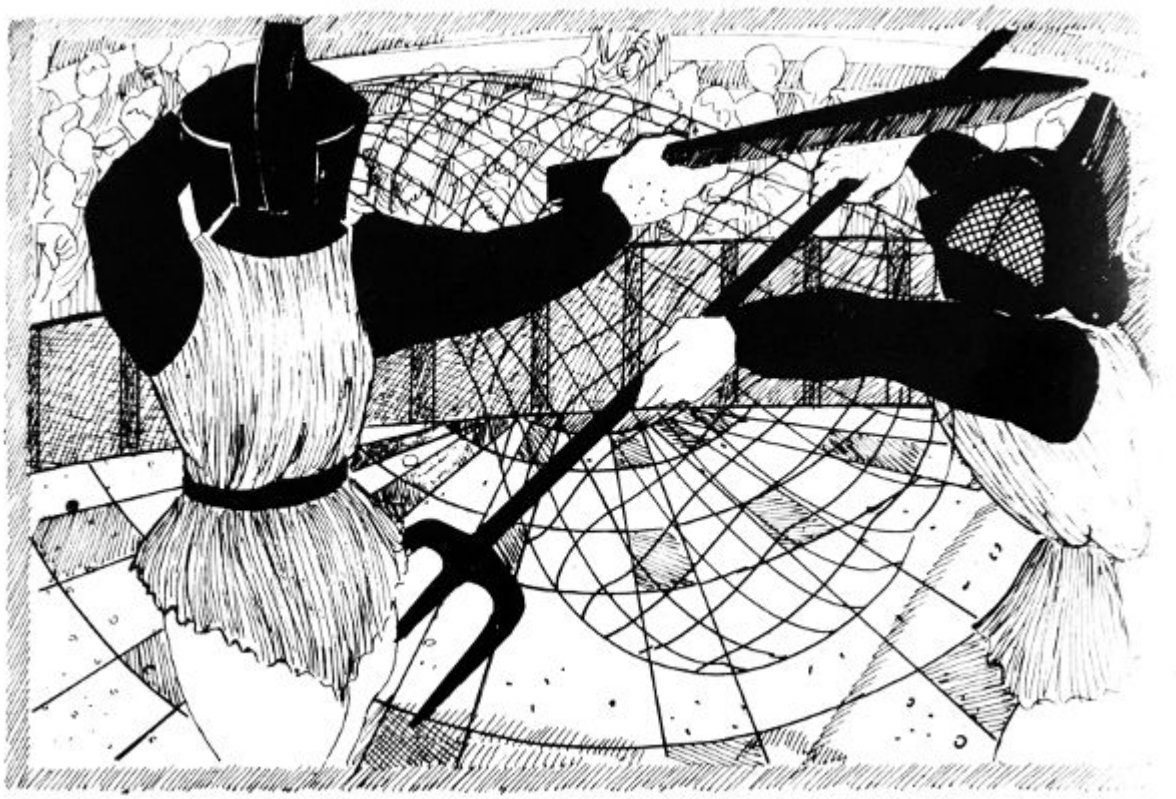
—¡Salvajes…! —exclamó Arbaces—. ¿Acaso no sois vosotros tan homicidas como yo? Yo asesino en defensa propia… Vosotros hacéis del crimen un pasatiempo.

Lanzó después una mirada inquieta y curiosa hacia el Vesubio. En sus laderas, los verdes y hermosos viñedos ofrecían su colorido perfil, y una calma, sosegada como una eternidad, reinaba en el inmóvil firmamento sobre el que se delineaba el poderoso monte.

«Aunque el terremoto esté ya gestándose, aún tengo tiempo», pensó Arbaces.

Dejó aquel lugar y se detuvo ante la mesa sobre la cual yacían sus místicos pergaminos y las tablas de cálculos caldeas.

«¡Arte augusto! —se dijo—. No he vuelto a consultaros desde que sucedió la crisis y apareció el peligro que me augurasteis. Pero ¿qué importa? Me consta que *de ahora en adelante* mi camino es llano y luminoso. ¿Acaso no lo han demostrado así los hechos? Fuera dudas, fuera compasiones… ¡Contempla, oh corazón, contempla el futuro basado en dos ideas: mi imperio e Iona!»



Capítulo II

El anfiteatro

Nydia, tranquilizada con las explicaciones que le dio Sosia a su regreso a la casa y satisfecha de que su carta estuviese ya en manos de Salustio, mantenía su espíritu abierto a la esperanza. Estaba segura de que Salustio no tardaría ni un minuto en acudir al pretor, en presentarse en aquella casa, en liberarla y en sacar a Caleno de su mazmorra. Aquella misma noche Glauco quedaría absuelto de sus cargos. Pero, ¡ay!, pasó la noche y llegó de nuevo el amanecer. La joven no oyó nada más que las carreras de los esclavos a lo largo del vestíbulo y del peristilo y las voces que revelaban sus preparativos para el gran espectáculo. Poco más tarde captó la voz autoritaria de Arbaces y sonaron los ecos de una alegre musiquilla: la larga

procesión partía hacia el anfiteatro para presenciar con ojos glotones los padecimientos agónicos del ateniense.

El cortejo de Arbaces prosiguió su camino a paso lento y con gran solemnidad, hasta llegar al lugar en que era preciso, para quienes viajaban en carruajes o literas, descender de ellos. Arbaces abandonó la suya y se dirigió a la entrada por la que penetraban los espectadores más distinguidos. Sus esclavos se mezclaron con los ciudadanos más humildes y fueron conducidos a sus localidades situadas en la *popularia*[421], o zona reservada al pueblo llano, por unos acomodadores (no en exceso distintos a los que hoy encontramos en los teatros de la ópera modernos) que recibieron sus entradas. Y ahora, desde el lugar en que Arbaces se sentaba, dirigía sus ojos inquisitivos hacia la numerosa e impaciente multitud que llenaba a rebosar el espléndido circo.

En el primer piso (pero separadas de los espectadores masculinos) se sentaban las mujeres y sus alegres vestimentas ofrecían un aspecto semejante a un variopinto parterre de flores; no hace falta decir que era el sector del público más animado y charlatán; eran muchas la miradas que a ellas se dirigían, especialmente desde las localidades asignadas a los hombres jóvenes y solteros. En las primeras filas que rodeaban la arena se hallaban instalados los personajes más distinguidos y ricos, junto con los magistrados y los que ostentaban cargos senatoriales u ostentaban la calidad de *équites*[422]; los pasillos que a derecha e izquierda accedían a aquellas localidades, situadas a ambos extremos del ovalado circo, constituían también la entrada de los combatientes en la arena. En aquellas zonas, fuertes empalizadas protegían a los espectadores de cualquier indeseable excentricidad por parte de las fieras y las obligaba a fijar su atención exclusivamente en su presa. Alrededor del parapeto que bordeaba la arena y desde los cuales se elevaba el graderío, podían distinguirse inscripciones referentes a los gladiadores y pinturas al fresco de motivos típicos de los juegos que tenían lugar en aquel recinto. Por todo el ámbito del edificio había un sinnúmero de invisibles tuberías, de las cuales, a medida de que iba avanzando el día, surgían pequeñas rociadas de agua, refrescante y perfumada, que caía sobre los acalorados espectadores. Los acomodadores y demás personal del anfiteatro eran los encargados de extender sobre la

totalidad del edificio el enorme toldo (o *velaria*[423]), lujosa invención que se atribuyeron siempre los pobladores de la Campania; estaba tejido con la más blanca lana de Apulia[424], con amplias grecas de distinta amplitud y color. Ya fuese debido a la inexperiencia por parte de los trabajadores o a algún defecto de la maquinaria, el toldo no pudo ser instalado aquel día con la facilidad que era habitual; ciertamente, dada la enorme amplitud de la circunferencia que formaba el circo, la tarea implicaba siempre grandes esfuerzos y una notoria dificultad, hasta el punto de que resultaba imposible tener aquella protección siempre que soplaba viento fuerte o racheado. Pero aquel día el tiempo era tan extremadamente calmo que, desde el punto de vista de los espectadores, la impericia de los encargados de extender el toldo no aceptaba excusa alguna; y cuando se formó en mitad del toldo un gran agujero por negarse una parte de la *velaria* a cerrarse sobre las demás, se generalizaron los murmullos de descontento en forma unánime de creciente protesta.

El edil Pansa, encargado de financiar la exhibición, observó con particular enfado aquel fallo y prometió infligir un duro castigo al encargado en jefe de la fiesta, quien, inquieto, sudoroso y sin aliento, corría de un lado a otro, gritando órdenes vanas e inútiles amenazas.

El escándalo cesó de modo repentino; los encargados de extender el toldo desistieron de trabajar; el agujero en la Iona fue olvidado, porque en aquellos instantes las trompetas entonaron agudos y floreados acordes guerreros, y los gladiadores, formados en ceremoniosa formación, entraron en la arena. Pasearon alrededor del espacio ovalado con gran lentitud para que el público pudiese admirar con toda calma la fuerte contextura de sus cuerpos, la serenidad de su expresión, la musculatura de sus miembros y las distintas armas que blandían, y permitir a la vez al público cerrar cuantas apuestas pudiesen cruzarse en aquellos momentos de excitación.

—¡Oh! —exclamó la viuda Fulvia, dirigiéndose a la mujer de Pansa, mientras ambas se inclinaban sobre la barandilla de sus altas localidades—. ¿Ves aquel gigantesco gladiador que va vestido de modo tan pintoresco?

—Sí —contestó la esposa del edil, dándose importancia, puesto que ella conocía los nombres y cualidades de todos los combatientes—. Es un *retiarius,* uno de esos que manejan la red; como ves, sólo va armado con la

red y el tridente y no lleva más armadura que el tirante de cuero y la túnica. Es un tipo de gran fortaleza y va a luchar contra Sporus, aquel hombre de aspecto robusto que lleva el escudo y la espada en la mano, pero con el cuerpo sin protección alguna; ahora no lleva puesto el casco para que todos podamos ver el rostro (que no produce ningún miedo, la verdad), pero después luchará con el yelmo y la visera bajada.

—Pero una simple red y un tridente son armas inofensivas frente a un escudo y una espada.

—Eso demuestra lo inocente que eres, querida Fulvia; generalmente el *retiarius* lleva siempre la mejor parte.

—¿Y quién es aquel gladiador, casi completamente desnudo…, lo cual no me parece decente? ¡Por Venus…! Qué miembros tan bien formados…

—Es Lydon, un joven sin experiencia. Va a tener el arrojo de enfrentarse con aquel otro gladiador vestido igual que él, o mejor dicho, tan desnudo como él: Tetraides. Primero lucharán con el látigo, al estilo griego; después se pondrán una armadura y echarán mano a la espada y al escudo.

—Es un hombre muy guapo ese Lydon; estoy segura de que las mujeres estarán de su lado.

—Pero no los más experimentados que nosotras; Clodio ofrece tres a uno contra él.

—¡Oh, Júpiter…, con lo guapo que es! —exclamó la viuda, cuando ambos gladiadores, armados *cap-à-pié*[425], aparecieron en la arena sobre ligeros y encabritados corceles. Muy a semejanza de los combatientes en los torneos medievales, llevaban lanzas y escudos redondos bellamente tallados; sus armaduras estaban entretejidas por láminas de hierro que cubrían sólo los muslos y el brazo derecho; cortas capas que llegaban hasta la cintura otorgaban un aire pintoresco y grácil a su vestimenta; sus piernas quedaban desnudas, a excepción de las sandalias, que se abrochaban sobre los tobillos.

—¡Oh, qué hermoso…! ¿Quiénes son esos dos?

—Uno se llama Berbix…, que ha ganado diez veces. El otro ha adoptado el nombre arrogante de Nobilior[426]. Ambos son galos[427].

Mientras conversaban de este modo, concluyeron las formalidades iniciales de los juegos. A ellas siguieron el combate fingido, con espadas de

madera, entre varios gladiadores emparejados. Entre todos ellos fue admirada la habilidad de dos gladiadores romanos, contratados para aquella ocasión; después de ambos, el luchador más elegante fue Lydon. Estos combates ficticios no atraían en exceso ni producían entusiasmo alguno, excepto de los verdaderos aficionados a la arena, para quienes el arte de la lucha poseía más interés que el espectáculo puramente sanguinario. Pero la mayoría de los espectadores se alegraron de que aquellas luchas concluyesen para dar paso al terror sobre la simple admiración. Los combatientes se enfrentaron ahora por parejas, tal como habían acordado con anterioridad; sus armas fueron inspeccionadas, y los juegos serios del día dieron comienzo en medio de un silencio sepulcral, sólo interrumpido por un toque preliminar y estimulante de unos acordes guerreros.

Con frecuencia, los juegos solían comenzar con los números más crueles, en los que algún bestiario, o gladiador enfrentado a una fiera, era inmolado como víctima propiciatoria de un sacrificio iniciático. Pero en nuestro caso, el experimentado Pansa había decidido que era mejor que el drama fuese subiendo de tono y en interés, en lugar delo acostumbrado. De acuerdo con tal criterio las ejecuciones de Glauco y de Olintho habían sido reservadas para el final. Se estableció que los jinetes fuesen los primeros en ocupar la arena; que los gladiadores de a pie saliesen emparejados a escena a intervalos regulares; que Glauco y el león tomasen parte a continuación en el sanguinario espectáculo; y que Olintho y el tigre constituyesen la gran atracción final. Con referencia a los espectáculos organizados en Pompeya, el conocedor de la historia de Roma debe limitar su imaginación y no esperar de ellos las vastas y grandiosas exhibiciones de matanzas al por mayor con lasque Nerón o Calígula obsequiaron a los habitantes de la ciudad imperial. Los juegos romanos concentraban a los más afamados gladiadores y la mayor parte de las fieras exóticas; y tal era la razón por la que en las pequeñas ciudades del Imperio los juegos del anfiteatro eran más escasos y comparativamente más humanos. En este aspecto, como en otros muchos, Pompeya venía a ser la miniatura, el microcosmos de Roma. Sin embargo, sus juegos ofrecían un espectáculo terrible y abrumador que, por fortuna, no pueden ser igualados a ninguno de los que tienen lugar en los tiempos modernos: un enorme teatro, ascendiendo fila tras fila, lleno a

rebosar de seres humanos, cuyo número oscilaba entre los quince y los dieciocho mil, inmersos no en representaciones ficticias, propias de la tragedia escénica, sino en la victoria o derrota real, en la vida exultante o la muerte sangrienta de todos y cada uno de los que salían a la arena.

Los dos jinetes se encontraban ahora en cada uno de los extremos de la palestra (si así puede ser llamada); y en obediencia a una señal de Pansa, los combatientes avanzaron a la vez, uno contra otro, para ir a colisionar en el centro del circo, cada uno de ellos adelantando su escudo redondo y levantando su ligera, pero contundente jabalina; pero a los tres metros escasos de su oponente, el caballo de Berbix se detuvo repentinamente, hizo un violento quiebro y, al pasar Nobilior junto a él, su antagonista le atacó. El escudo de Nobilior, hábil y rápidamente alzado, recibió el golpe que de otro modo hubiese resultado fatal.

—¡Muy bien, Nobilior! —gritó el pretor, dando así suelta a la excitación popular.

—¡Buen golpe, Berbix! —exclamó Clodio desde su asiento.

Y un rugido salvaje formado por miles de gritos, cubrió el anfiteatro

La celada de ambos jinetes estaba completamente cerrada (al igual que la de los caballeros de tiempos futuros), pero la cabeza era, no obstante, el gran blanco en cada asalto. Y Nobilior, obligado a gambeteara su caballo con no menos habilidad que su oponente, dirigió su lanza hacia el rostro de su enemigo. Berbix alzó su escudo para intentar protegerse, y su avispado rival, bajando repentinamente su arma, le atravesó el pecho. Berbix se estremeció y cayó al suelo.

—¡Nobilior…, Nobilior…! —gritó el populacho.

—Acabo de perder diez sestercios[428], —musitó Clodio, entre dientes.

—*¡Habet!* Ya lo tiene —dijo Pansa, con convencimiento.

El populacho, aún no lo suficientemente enardecido para mostrar sin ambages su crueldad, pidió el perdón del vencido; pero, cuando los empleados del circo se aproximaron al caído, comprobaron que la buena disposición del público llegaba demasiado tarde; el corazón del galo había resultado atravesado y sus ojos mostraban ya la fijeza dela muerte. La sangre que le prestaba vida cubría con una mancha oscura la arena y el serrín del anfiteatro.

—Es una lástima que haya durado tan poco; para eso no merecía la pena haber venido —dijo la viuda Fulvia.

—Sí…, no siento la menor compasión por Berbix. Cualquiera ha podido darse cuenta de que Nobilior pretendía esquivarle y hacer unas cuantas fintas para prolongar la pelea. Mira, ya le han clavado el gancho en el cuerpo y lo están arrastrando hacia el *spoliarium*. Ahora echarán arena limpia. Lo que más lamenta Pansa es no disponer de dinero suficiente para cubrir la arena con bórax y cinabrio[429], como acostumbraba a hacerlo Nerón.

—Bueno, el combate ha sido breve, pero es rápidamente sustituido. Mira, mi hermoso Lydon está ya en la arena… Y también los de las redes y los de las espadas. ¡Oh, es maravilloso…!

Ahora había en la arena seis combatientes. Niger con su red para enfrentarse a Sporus con su escudo y su espada, ancha y de corta longitud; Lydon y Tetraides, desnudos salvo el estrecho círculo que rodeaba sus cinturas, y cada uno de ellos armado tan sólo con el grueso puño de pelea griego; y dos gladiadores venidos de Roma, equipados íntegramente con coraza de hierro e idénticas armas: grandes escudos y espadas largas y puntiagudas.

Por tratarse de un juego menos sangriento que el del resto de los combatientes, Lydon y Tetraides actuaron en primer lugar y, tan pronto como se dirigieron hacia el centro del circo, los otros cuatro, como de común acuerdo, se retiraron para presenciar el desarrollo de la pelea, a la espera de que otras armas más ofensivas reemplazaran a los puños y les diesen ocasión a ellos de romper las habilidades. Permanecieron, pues, separados unos de otros y apoyando los hombros en los muros del anfiteatro para observar un combate que, si bien no ofrecía la sangre necesaria para satisfacer al pueblo, era admirado por todos por ser originario de la ancestral Grecia.

A primera vista, parecía que no era posible encontrar dos hombres menos parecidos que aquellos contrincantes. Tetraides, aunque no más alto que Lydon, pesaba mucho más; el tamaño natural de sus músculos se incrementaba a ojos del populacho por las grandes masas de carne apretada que los cubrían; y, como existía la idea de que en las competiciones de

pugilismo llevaba ventaja el contendiente más robusto, Tetraides había estimulado al máximo su propensión hereditaria al exceso de peso. Sus hombros eran anchos y sus piernas se apoyaban con firmeza en el suelo; sus rodillas se tocaban y le obligaban a encorvarse hacia adelante, posición que restaba belleza a su cuerpo, pero aumentaba la sensación de su fuerza. Lydon, a pesar de que su delgadez llegaba casi a lo escuálido, poseía un cuerpo hermoso y delicadamente proporcionado; y los entendidos en pugilismo comprendían que, con mucha menos potencia muscular que su oponente, podían ser sus golpes sin embargo más oportunos, más contundentes y mejor dirigidos. Por otra parte, si bien carente de excesiva corpulencia, era muy probable que gozase de mayor ligereza de movimientos; y aquella sonrisa altiva de su rostro sereno, que contrastaba, favorablemente para él, con la estúpida pesantez del de su enemigo, inspiraba confianza a quienes le contemplaban, que sentían hacia él una peculiar mezcla de simpatía y de lástima. Por ello, y a pesar de la aparente diferencia de fuerzas entre los luchadores, los gritos de la multitud sonaron con tanto entusiasmo a favor de Lydon como a favor de Tetraides.

Cualquiera que esté familiarizado con el boxeo moderno —quienquiera que haya tenido la oportunidad de contemplar los terribles y devastadores efectos que puede causar el puño humano dirigido con habilidad— puede entender fácilmente lo mucho que la citada arma puede potenciarse por medio de una tira de cuero sujeta al brazo hasta el codo, que no sólo por sí misma endurece el golpe, sino que se reforzaba con una placa de hierro en los nudillos e incluso, en algunas ocasiones, con una pesa de plomo. Sin embargo, tales medidas destinadas a dar mayor interés al combate, lo disminuían con frecuencia puesto que acortaban su duración. Unos cuantos golpes, sucesiva y científicamente *administrados,* eran suficientes para que una pelea concluyese; por tanto, los combates no siempre finalizaban con el éxito del más fuerte, poderoso y perseverante, conjunto de virtudes que hoy llamamos *agallas,* pero incapaz hoy de enfrentarse con posibilidades de victoria a quienes poseen una técnica superior y más científica que, si bien puede prestar un interés adicional —aunque más doloroso y patético— a la lucha, no evita que nuestra simpatía se incline hacia el más valiente.

—En guardia —exclamó Tetraides, acercándose poco a poco a su rival, que lejos de retroceder daba pequeños saltos a su alrededor.

Lydon no contestó; miró a su enemigo con una mirada rápida, de vigilante desprecio. Tetraides golpeó; era como el martillo de un herrero en su yunque. Lydon se agachó sobre una rodilla y el puñetazo pasó por encima de su cabeza. No resultó tan inofensiva la respuesta de Lydon. Se incorporó con rapidez y dirigió su puño enfundado hacia la mitad del pecho de su contrario. Tetraides se balanceó y el populacho rugió entusiasmado.

—Hoy no tienes suerte —dijo Lépido a Clodio—. Ya has perdido una apuesta y vas a perder otra.

—¡Por los dioses…! Mis bronces saldrán a pública subasta si eso ocurre. He apostado nada menos que cien sestercios[430] a favor de Tetraides. ¡Ja, ja, fíjate como se recupera! Ha sido un golpe maestro. Ha destrozado el hombro de Lydon. ¡Animo, Tetraides! ¡Animo, Tetraides!

—Pero Lydon no se desmoraliza. Observa la habilidad con que elude esos verdaderos martillazos, saltando aquí y allá, dando vueltas a su alrededor. ¡Ah, pobre Lydon! Ha vuelto a encajar otro golpe.

—Te ofrezco aún uno a tres a favor de Tetraides. ¿Qué dices, Lépido?

—De acuerdo, nueve sestercios contra tres. Hecho… ¿De nuevo le ha dado a Lydon? Se detiene, intenta recuperar el aliento. Por todos los dioses, ha caído al suelo… No, vuelve a ponerse de pie. ¡Bravo, Lydon! Tetraides está encorajinado, se ríe en voz alta, se lanza sobre él.

—Estúpido… La seguridad de su éxito le ciega. Debiera ser más prudente. Lydon tiene una vista de lince —murmuró Clodio, entre dientes.

—Eh, Clodio, ¿has visto eso? Tu hombre se tambalea… Otro puñetazo…, cae…, ha caído.

—Sí, pero el contacto con la tierra le hace revivir. Ya vuelve a estar de pie. Pero la sangre le baña toda la cara.

—¡Por el padre trueno…! Lydon va a ganar. Fíjate como le acorrala. Ese puñetazo en la sien hubiera derribado a un buey. Ha aplastado a Tetraides. Cae de nuevo…, no se puede mover. *Habet…! Habet…!*

—*Habet!* —repitió Pansa—. Retiradlos y entregadles los escudos y las espadas.

—Noble edil —dijeron los encargados de hacerlo—. Tememos que Tetraides no tendrá tiempo suficiente para recuperarse. No obstante, lo intentaremos

—Hacedlo así.

A los pocos minutos, los empleados que habían arrastrado al inconsciente y golpeado gladiador regresaron con gesto compungido. Temían por su vida; resultaba imposible que volviese a aparecer en la arena.

—En tal caso, hay que proporcionar un *subdititius*[431] para Lydon, —dijo Pansa—. Cuando el primer gladiador sea vencido, haced que Lydon se enfrente con el que le haya ganado.

El público manifestó su entusiasmo al enterarse de estas palabras; después, se formó en todo el anfiteatro un largo silencio, roto por el retumbar de una trompeta. Los cuatro combatientes se colocaron unos frente a otros, en estudiado y perfecto orden de batalla.

—¿Conoces a los romanos, amigo Clodio? ¿Se trata de hombres distinguidos o son simples *ordinarii?*[432]

—Eumolpo es un buen gladiador de segunda categoría, amigo Lépido. A Nepimo no le he visto actuar nunca; pero es hijo de uno delos *fiscales*[433] del Imperio y procede de una escuela de prestigio; sin duda darán un buen espectáculo, pero no estoy de humor para la pelea. No puedo recuperar mi dinero, estoy arruinado. ¡Maldito sea el tal Lydon! ¿Quién iba a suponer que fuese tan hábil o tan afortunado?

—Mira, Clodio, te compadezco hasta el punto de que estoy dispuesto a aceptar una apuesta en los términos que te plazcan, en la pelea de estos romanos.

—¿Te parece bien diez sestercios a favor de Eumolpo?

—¿Cómo…? ¿No dices que Nepimo es un principiante? Vamos, vamos, me parece excesivo.

—Bien… ¿Diez contra ocho?

—De acuerdo.

Cuando los combates dieron comienzo en el anfiteatro, había una persona en las localidades más altas que mostró por ellos un interés agobiante y desmedido. El anciano padre de Lydon, a pesar del cristiano horror que le inspiraba el espectáculo, en su angustiosa ansiedad por su

hijo, no había podido resistir la tentación de convertirse en un espectador de la suerte que le esperaba. Uno más entre la masa de enardecidos extraños, pertenecientes a la más baja ralea del populacho, el viejo era incapaz de ver nada que no fuese la figura y la presencia de su valiente hijo. Ni un lamento había escapado de sus labios cuando lo vio caer dos veces al suelo; su rostro palideció más y sus miembros temblaron. Pero sí emitió un débil grito cuando le vio victorioso, sin darse cuenta de que aquel triunfo no era más que el preludio de unos combates mucho más sangrientos.

—¡Mi valiente muchacho! —musitó, limpiándose los ojos.

—¿Es tu hijo? —preguntó un tipo pendenciero que se sentaba al lado del nazareno—. Ha peleado bien. Vamos a ver como se porta de ahora en adelante. Escucha, va a enfrentarse con el primero que gane. Por tanto, viejo amigo, pide a los dioses que ese ganador no sea Niger ni ninguno de los dos romanos.

El anciano bajó los ojos y se cubrió la cara con las manos. Los combates que ahora se desarrollaban carecían de interés para él. Lydon no participaba en ellos. Sin embargo, sin embargo… —fue un pensamiento que le vino repentinamente a la cabeza—, aquella lucha poseía verdadero interés, ya que el primero que cayese dejaría paso a Lydon. Se estremeció y se inclinó hacia delante, con ojos escrutadores y manos entrecruzadas y tensas para observar los combates.

Su interés se centró en principio en la lucha entre Niger y Sporus; aquel tipo de enfrentamiento, dado el fatal desenlace con que solía concluir y la gran técnica que desplegaban ambos contendientes, resultaba siempre de especial interés para los espectadores.

Los gladiadores estaban a considerable distancia el uno del otro. El peculiar casco que llevaba Sporus, con la visera caída, le ocultaba el rostro; pero las facciones de Niger atraían un interés sobrecogedor por parte del público, por su tensa y vigilante ferocidad. Ambos contendientes quedaron inmóviles durante unos instantes, observándose uno a otro, hasta que Sporus comenzó a avanzar, lentamente y con gran precaución, con la espada dirigida, como un moderno esgrimidor, al pecho de su enemigo. Niger retrocedió mientras su antagonista se aproximaba, sosteniendo su red en la mano derecha y sin dejar de vigilar con sus diminutos y brillantes ojos los

movimientos del hombre de la espada. De pronto, cuando Sporus se había acercado a la distancia de un brazo, el *retiarius* avanzó y le tiró la red. Un rápido encogimiento de todo el cuerpo salvó al gladiador de resultar fatalmente inmovilizado; lanzó un grito de alegría y de rabia y atacó de nuevo a Niger, pero éste había recogido ya su red, la había alzado sobre sus hombros y retrocedía hacia el muro del circo, a una velocidad que el *secutor*[434] no fue capaz de igualar. El público reía y gritaba al ver los baldíos esfuerzos del hercúleo gladiador por alcanzar a aquel gigante en su huida… De pronto, la atención de todo el público se fijó en el combate que sostenían los dos romanos.

En los inicios de su lucha, se habían colocado uno frente al otro, a una distancia similar a la que guardan los practicantes de esgrima; pero las precauciones que ambos tomaban habían restado emoción al combate y permitido a los espectadores fijarse con detenimiento en la pelea entre Sporus y Niger. Pero ahora los romanos se hallaban enzarzados en un feroz y apasionado encuentro: avanzaban, retrocedían, avanzaban de nuevo, volvían atrás…, cada uno de ellos tomando cuantas precauciones eran precisas, a veces no fáciles de captar por el público, que caracterizaban a todo gladiador experimentado, frente a otro de igual calidad. En aquellos instantes, Eumolpo, el más veterano delos dos, con un hábil golpe de revés, considerado como muy difícil de eludir en combate, había herido a Nepimo en un costado. El público gritó y Lépido comenzó a palidecer:

—¡Oh…! —exclamó Clodio—. El combate se acerca a su fin. Si Eumolpo lucha ahora con calma y serenidad, el otro acabará desangrándose, poco a poco.

—¡Gracias a los dioses! No se limita a luchar a la contra. Fíjate como ataca a Nepimo… ¡Por Marte…! ¡Nepimo lo tiene en sus manos…! ¡Le ha vuelto a dar en el casco…! ¡Voy a ganarte, Clodio!

—¿Por qué no me limitaré a apostar sólo a los dados? —gruñó Clodio para sí mismo—. ¿Y por qué no podrá trucarse a un gladiador?

—¡Vamos, Sporus…! ¡Vamos, Sporus…! —gritó el populacho, cuando Niger se detuvo al fin para lanzar de nuevo su red, sin éxito alguno. Esta vez no le fue posible retroceder con la agilidad felina de antes y la espada de Sporus le produjo una herida grave en la pierna derecha; incapacitado

para huir, quedó a merced de la espada del fiero gladiador. No obstante, su gran altura y la envergadura de su brazo, siguieron prestándole una ayuda muy apreciable; y, sosteniendo su tridente frente a su enemigo, logró mantenerlo a raya durante varios minutos. Sporus intentó con gran rapidez de movimientos situarse a la espalda de su contrincante, que se movía con la lentitud a la que le obligaba el dolor de su herida. Al efectuar tal maniobra olvidó tomarlas precauciones necesarias, se colocó demasiado cerca del gigante, levantó su espada para asestarle un golpe mortal y recibió las tres puntas del tridente en mitad de su pecho. Cayó sobre sus rodillas. Un instante más tarde sintió sobre él la red que le inmovilizaba y de la que en vano trató de desasirse; una vez y otra y otra se estremeció en silencio al recibir de nuevo el tridente en sus carnes, y su sangre comenzó a empapar la red y tiñó de rojo la arena. Depuso sus armas en señal de rendición.

El victorioso *retiarius* retiró su red y, apoyándose sobre su arma, miró al público en solicitud de una decisión sobre el destino de su contrincante, al tiempo que el vencido gladiador recorría lentamente con su mirada los graderíos, en actitud sumisa y desesperanzada. Desde cada asiento, desde cada fila del anfiteatro, distinguía los ojos fríos, inmisericordes, despiadados que se posaban sobre su cuerpo caído.

De pronto cesó el griterío, cesó el rumor de voces. Se formó un hondo silencio que nada bueno presagiaba; ni una mano, ni siquiera las de las mujeres evidenciaron caridad o indulgencia hacia él; el interés del combate se había incrementado a partir del momento en que Niger había resultado herido y el favor del público estaba con él. Los espectadores se hallaban ya sedientos de sangre: las *parodias* de luchas habían dejado de interesar. El apasionamiento de los combates provoca la exigencia del sacrificio, la sed de muerte.

El gladiador se dio cuenta de que su sino era irreversible. No pronunció ni una oración ni un lamento. El pueblo emitió su veredicto de muerte[435]. Con gesto que a la vez evidenciaba sumisión y rebeldía, inclinó la cabeza para recibir el golpe de gracia. Y, como el tridente del *retiarius* no era el arma adecuada para producir una muerte cierta e instantánea, apareció en la arena la figura tenebrosa de un hombre, con el rostro oculto tras la visera de su casco, blandiendo una espada corta y afilada. Con paso lento y medido,

el terrible verdugo se aproximó al gladiador, que aún permanecía arrodillado, cogió con su mano izquierda el cabello del herido, posó el filo de su espada sobre el cuello del vencido y miró hacia los graderíos para comprobar si entre el público había cundido la piedad. Pero el terrible veredicto continuaba deforma unánime. La hoja brillante se elevó en el aire, cayó, y el gladiador se derrumbó sobre la arena; sus miembros se estremecieron unos instantes y quedaron inertes: era ya un cadáver[436].

Su cuerpo fue retirado con rapidez del circo por la puerta de la muerte y lanzado al tétrico depósito, denominado *spoliarium.* Y antes de que alcanzase su destino, la lucha que mantenían los restantes combatientes que quedaban en la arena concluyó. La espada de Eumolpo había producido una herida mortal al otro gladiador, menos experimentado. Una nueva víctima pasaba a engrosar el receptáculo donde yacían los muertos.

Entre toda aquella concurrencia masiva se produjo ahora un sentimiento unánime; la gente respiró con tranquilidad y se sentaron de nuevo en sus localidades. Un agradable chaparrón de agua surgió de las tuberías invisibles y, bajo aquel refrescante y placentero ambiente, el público discutió acerca de los postreros y sangrientos combates. Eumolpo se despojó de su casco y se secó el sudor de su frente; su cabello rizado y su pequeña barba, sus nobles facciones romanas y sus ojos oscuros, produjeron unánime admiración. Parecía descansado, ileso y libre de cuidado.

El edil tomó la palabra y anunció que, como Niger no podía volver a la arena debido a sus graves lesiones, Lydon iba a sustituirle, enfrentándose con el que había matado a Nepimo y que, en consecuencia, iba a librar combate con Eumolpo.

—Sin embargo —añadió—, Lydon queda en total libertad de renunciar a un enfrentamiento con un gladiador tan valiente y experimentado, puesto que Eumolpo no es el antagonista que en principio le ha correspondido. Nadie mejor que él puede saber si es o no capaz de competir con el enemigo designado. Si lo hace y pierde, su fin será una muerte llena de horror; si vence, además del premio que le corresponda, yo le premiaré con otra cantidad similar.

El público gritó y aplaudió. En lo alto del graderío, Lydon, ya dispuesto a salir a la arena, distinguió el rostro pálido y la mirada fatigada de su

padre. Retrocedió, dubitativo, unos pasos. ¡No! La victoria en el pugilato no había sido suficiente; su padre seguiría siendo un esclavo si no ganaba el precio de la victoria frente al romano.

—¡Noble edil! —gritó con voz profunda y firme—. No me asusta el combate. Por el honor de Pompeya solicito que un gladiador formado en su famosa escuela de luchadores se enfrente a ese romano.

El público rompió en ovaciones y gritos estentóreos.

—Cuatro a uno contra Lydon —dijo Clodio a Lépido.

—No jugaría ni veinte contra uno. Eumolpo es un verdadero Aquiles[437] y ese pobre chico es apenas un *tyro*[438].

Eumolpo observó con fijeza el rostro de Lydon; sonrió; y aquella sonrisa fue acompañada por un ligero y casi inaudible suspiro, por un toque de velada compasión, capaz de conmover el corazón de todo el que la captase.

Y ambos, equipados con coraza completa, con la espada desenvainada y la visera del casco caída, los dos postreros combatientes en la arena (antes de que los hombres se enfrentasen con las fieras) se dispusieron a iniciar la lucha.

Fue en este preciso momento cuando uno de los servidores del anfiteatro entregó una carta al pretor; rompió el sello, la observó durante unos instantes y su rostro adoptó una expresión de sorpresa y desconcierto. Releyó la misiva y después murmuró, confuso:

—¡Bah, es imposible…! Ese hombre debe de estar borracho, incluso a estas horas de la mañana, para creer estas tonterías…

Dejó la carta a su lado y fijo su atención en el desarrollo de los juegos.

El interés del público se había enardecido. Eumolpo, en un principio, había ganado su admiración, pero la gallardía de Lydon y su acertada alusión, que honraba a la escuela de gladiadores de Pompeya, le convirtieron en el indiscutible favorito que gozaba de sus preferencias.

—¡Eh, viejo! —dijo el vecino de Medón—. Tu hijo tiene un duro enemigo. Pero no temas; el edil no permitirá que le mate…, no, ni el público tampoco; se ha comportado con demasiado valor para eso. ¡Por Pólux! Su alusión a nuestros entrenadores locales ha sido un acierto. ¡A él, Lydon! Deja de suspirar, viejo… ¿Qué diablos estás murmurando…?

—Oraciones —contestó Medón, con más calma y mayor esperanza en la mirada que nunca.

—¿Oraciones…? ¡Qué tontería…! Ya han pasado los tiempos en que los dioses arrebataban de la tierra a los hombres por medio de una nube. ¡Ah, por Júpiter…, menudo golpe! El costado, el costado… ¡Ten cuidado con el costado, Lydon!

Un rumor convulsivo conmovió a todos los espectadores. Eumolpo descargó un potente golpe sobre el casco de Lydon y éste se vio obligado a apoyar la rodilla en el suelo.

—*Habet...!* ¡Ya lo tiene! —gritó una voz femenina y aguda—. ¡Ya lo tiene!

Era la misma voz de la muchacha que con tanta ansiedad había anticipado el sacrificio de los criminales ante las fieras.

—¡Cállate, niña…! —dijo la mujer de Pansa, con altivez—. *Non habet*...! ¡No le ha herido siquiera!

—Me gustaría que lo hiciese, aunque sólo fuera para fastidiar al impertinente Medón.

Mientras tanto Lydon, que hasta el momento se había defendido con habilidad y valor, comenzó a ceder ante los vigorosos asaltos del experimentado romano; su brazo comenzó a cansarse, su mirada se hizo vacilante, su respiración entrecortada y dificultosa.

—Escucha, joven —dijo Eumolpo, en voz baja—, desiste de seguir combatiendo. Voy a herirte levemente y, en cuanto lo haga, deja caer tus armas; tienes el favor del edil y del público y salvarás la vida honorablemente.

«Y mi padre seguirá siendo un esclavo —murmuró Lydon, para sí mismo—. ¡No! La muerte o su libertad.»

Ante tal pensamiento y al darse cuenta de que su resistencia y la fuerza de su golpe no podían compararse con las del romano y de que su victoria dependía de un repentino y desesperado ataque, se lanzó con ardor contra el romano. Eumolpo retrocedió, Lydon insistió en su ofensiva, el romano trató de eludirle y se echó a un lado, mientras rompía con la espada la coraza del pompeyano, que quedó con el pecho al descubierto. El romano introdujo la punta de su espada entre las junturas de su armadura, sin intentar producirle

una herida profunda; pero Lydon, débil y exhausto, cayó hacia adelante, gravitó sobre la punta de la espada, y la hoja le atravesó de parte a parte, hasta asomar por su espalda. Eumolpo retiró el arma; Lydon realizó un intento de recobrar su equilibrio, la espada se le escapó de la mano, golpeó instintivamente con el puño desnudo al gladiador y quedó postrado sobre la arena. El edil y el público hicieron la señal formularia para que se perdonase su vida, los encargados del anfiteatro corrieron a él y le quitaron el casco. Aún respiraba; su mirada se dirigía con fiereza hacia su enemigo; toda la violencia que había adquirido en el ejercicio de su profesión asomaba aún en sus ojos y en su ceño, ya oscurecido por las sombras de la muerte; después emitió un lamento convulsivo e incorporándose alzó su mirada. Sus ojos no se dirigieron hacia el edil ni tampoco al público conmovido que debía determinar su suerte. Ni siquiera los vio; era como si aquel enorme espacio del anfiteatro fuese un vacío desolado y desnudo; reconoció tan sólo un rostro pálido y lleno de agonía, sólo oyó el quejido de un corazón destrozado, que entre el griterío y el rumor intenso del populacho llegó a sus oídos. La expresión hostil desapareció de su rostro; y un sentimiento de desesperanzado y divinizado amor filial inundó sus facciones y fue desvaneciéndose, apagándose… Su cara volvió a endurecerse y a adquirir rigidez, hasta recobrar de nuevo su fiereza. Y cayó al suelo.

—Miradle —gritó el edil—. ¡Ha cumplido con su deber!

Los encargados de la arena lo arrastraron hasta el *spoliarium.*

—Un tipo glorioso que ha sabido ser fiel a su destino —murmuró Arbaces para sí.

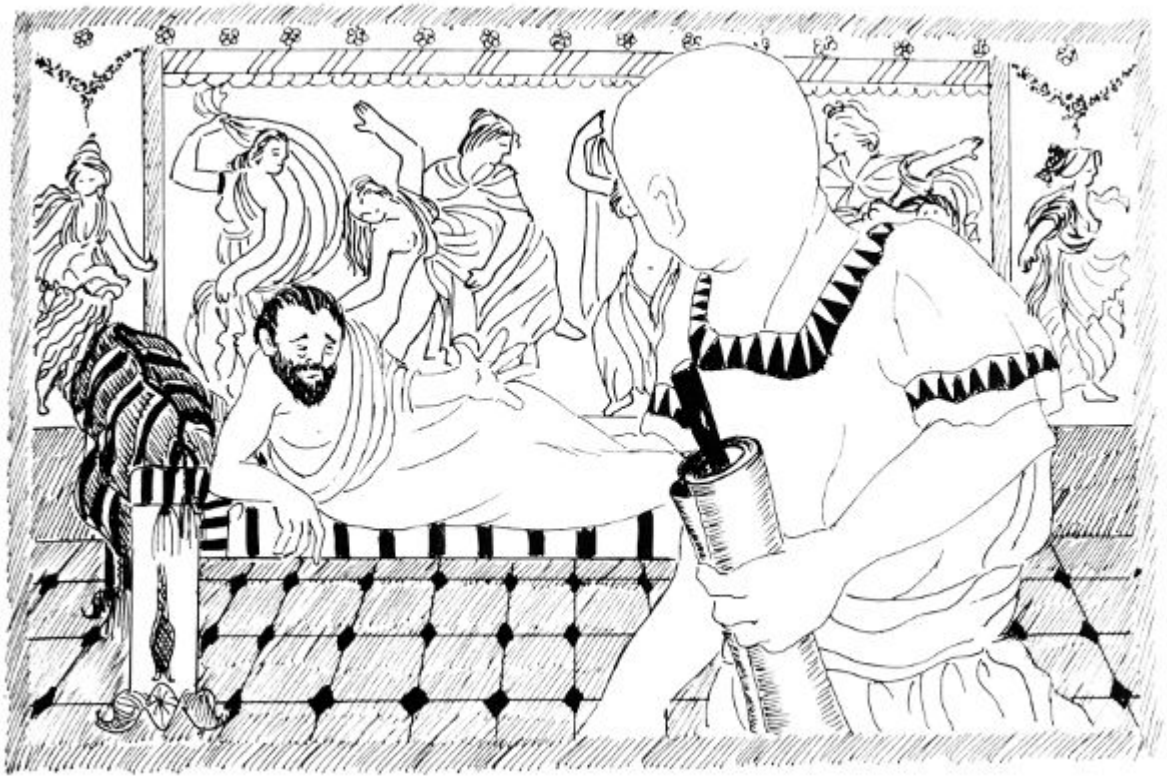
Y su mirada recorrió todo el anfiteatro con desdén y desprecio tales que cualquiera que la hubiese captado habría dejado súbitamente de respirar y sentido en su alma la gélida sensación de vergüenza y temor.

De nuevo el rocío perfumado que exhalaban las ocultas tuberías inundaron el teatro; los encargados esparcieron por el circo arena fresca.

—Que salga el león y Glauco, el ateniense —gritó el edil.

Y un profundo y expectante silencio cundió en el ambiente, en el que parecía vibrar una nota de inquieto e intenso terror (no desagradable,

aunque resulte extraño decirlo), semejante al que inspira una pesadilla absorbente y pavorosa.



Capítulo III

Salustio y la carta de Nydia

Salustio se había despertado tres veces durante su sueño matutino y, al recordar las tres veces que su amigo iba a morir aquel día, se había dado media vuelta en su lecho, emitiendo un hondo suspiro y sumergiéndose de nuevo en el olvido. Su único objeto en la vida era evitar el dolor y, en caso de que no fuese posible evitarlo, al menos olvidarlo.

Finalmente, al no ser ya capaz de mantener su consciencia en el sueño, abandonó su posición horizontal y encontró a su liberto preferido, sentado como de costumbre, al lado de su lecho. Como ya hemos dicho, Salustio sentía un señorial apego a las bellas letras y acostumbraba a hacerse leer algún texto selecto durante una hora, antes de abandonar la cama.

—Hoy no quiero libros. No más Tibulo, no más Píndaro… ¡Ay, ay! Su solo nombre recuerda esos juegos de nuestro anfiteatro que son sus brutales sucesores. ¿Ha comenzado ya eso…, del anfiteatro? ¿Se han iniciado sus salvajes ritos?

—Hace bastante rato, oh Salustio… ¿No has oído las trompetas y los pasos de la multitud?

—¡Ay…! Doy gracias a los dioses por haber estado adormilado. Por suerte, daba media vuelta y me quedaba otra vez dormido.

—Ahora deben de estar los gladiadores en la arena.

—¡Desgraciados…! Imagino que nadie de esta casa habrá asistido al espectáculo.

—Puedes estar seguro de que no. Tus órdenes fueron estrictas.

—Eso está bien… Ojalá concluya pronto este día. ¿Qué carta es ésa que está sobre esa mesa?

—¿Ésa? La trajeron anoche, cuando estabas demasiado…, demasiado…

—… borracho para leerla, supongo. No importa, no creo que diga nada interesante…

—¿Quieres que la abra, Salustio?

—Sí, por favor… Cualquier cosa es buena para distraer mis pensamientos. ¡Pobre Glauco!

El liberto abrió la carta.

—¡Caramba…! ¿En griego? —dijo—. Alguna dama distinguida, imagino…

Leyó la carta y durante unos momentos los trazos irregulares escritos por la ciega, le desconcertaron. Sin embargo, pronto su expresión evidenció emoción y sorpresa:

—¡Dioses benditos…, noble Salustio! ¿Cómo es posible que no hayamos abierto antes esta carta? Escucha lo que voy a leerte:

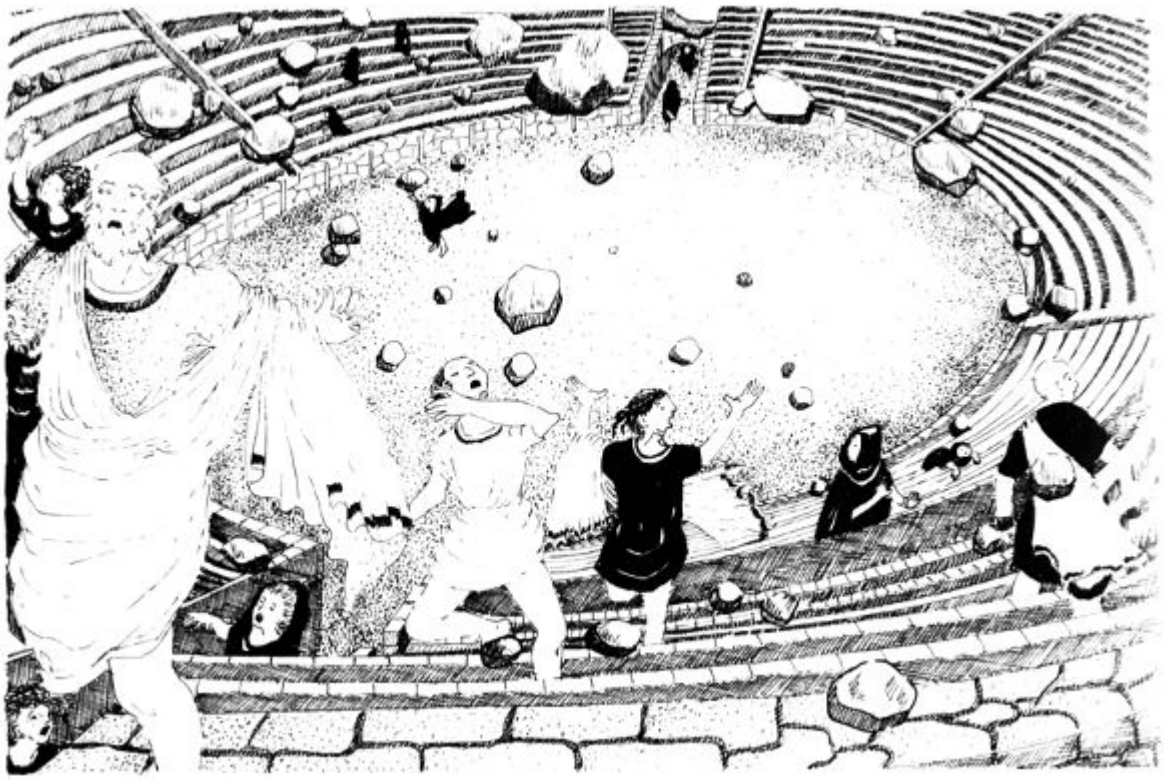
«De Nydia, la esclava, a Salustio, el amigo de Glauco. Estoy prisionera en casa de Arbaces. Corre en busca del pretor, obtén mi liberación y aún estaremos a tiempo de salvar a Glauco del león. En el interior de estos muros hay otro prisionero cuyo testimonio puede demostrar la inocencia del ateniense en el cargo que se le imputa; se trata de alguien que presenció el crimen y puede identificar al criminal en la persona de un villano del que

nadie sospecha. ¡Vuela, apresúrate, corre, corre! Trae contigo gente armada, puesto que puede haber resistencia, y un cerrajero despierto y diestro, ya que el calabozo de mi compañero de presidio posee unos cerrojos fuertes y complicados. ¡Oh, por tu mano derecha y por las cenizas de tu padre, no pierdas ni un instante!»

—¡Por el gran Júpiter…! —exclamó Salustio, sobresaltado—. Y hoy, quizá en este mismo instante, él puede estar muriendo. ¿Qué debemos hacer? Iré a ver al pretor inmediatamente.

—No, no lo hagas. El pretor, al igual que Pansa, el edil, son dos peleles en manos del populacho; y el populacho no querría ni oír hablar de un aplazamiento, no se le puede contrariar en el momento culminante de su expectación. Además, una acusación pública pondría en guardia al astuto egipcio. Es evidente que él está interesado en mantener todo este asunto oculto. No, afortunadamente, los esclavos están en casa.

—Comprendo lo que insinúas —le interrumpió Salustio—. Arma a todos los esclavos inmediatamente. Las calles están vacías. Nos apresuraremos a ir a casa de Arbaces y liberaremos a los presos. ¡Rápido, rápido! ¡Davo, ven aquí! Trae mi túnica, mis sandalias, pergaminos y unos junquillos[439]. Escribiré al pretor, pidiendo que aplace la sentencia de Glauco, ya que dentro de una hora podremos probar que es inocente. Así, eso está bien. Davo, toma esto y llévaselo al pretor al anfiteatro. Comprueba que se la dan en propia mano. Y ahora, ¡oh dioses!, cuya providencia negó Epicuro, ¡ayudadme y os complaceré diciendo que Epicuro fue un mentiroso!



Capítulo IV

Otra vez el anfiteatro

Glauco y Olintho habían sido colocados juntos en una oscura y estrecha celda en la que los criminales condenados a morir en la arena esperaban la llegada de su postrera y terrible lucha. Sus ojos, últimamente acostumbrados a la oscuridad, escrutaban los rostros de uno y otro en aquella tremenda hora, a la luz mortecina de la prisión, que aumentaba la natural palidez de ambos y determinaba que las tonalidades de sus mejillas perdieran su escaso colorido natural y se ofreciesen con una blancura cenicienta y estremecedora. Sin embargo, sus frentes se alzaban con dignidad y altivez, sus miembros no temblaban y sus labios se mostraban rígidos y firmes. La religiosidad del uno y el orgullo del otro, la conciencia

en ambos de ser inocentes y quizá la ayuda que se prestaban con su mutua compañía, elevaban a aquellas víctimas a la categoría de héroes.

—Escucha. ¿Oyes esos gritos? ¡Cómo gruñen ante el derramamiento de su propia sangre humana! —dijo Olintho.

—Los oigo y me ponen enfermo. Pero los dioses me sostienen.

—¡Los dioses…! ¡Oh, joven osado…! En esta hora sólo debes reconocer al único Dios. ¿Acaso no te he instruido, no he llorado por ti, no he rezado por tu causa en esta mazmorra? En mi celo y en mi agonía, ¿no he pensado más en tu salvación que en la mía propia?

—Mi valeroso amigo —contestó Glauco, con solemnidad—. He escuchado tu palabra con miedo, con admiración, con una íntima tendencia a creer cuanto decías. Si nuestras vidas siguiesen adelante, gradualmente, me sería posible desligarme de los grilletes de mi propia fe e inclinarme hacia la tuya; pero en esta última hora opino que sería una cobardía, una bajeza, rendirme con la rapidez que impone el terror, aceptar una nueva doctrina que debiera ser objeto de una larga meditación. Si abrazase tu credo y renunciase a los dioses de mis padres, ¿no estaría sometiéndome a ella sobornado por tu promesa de un cielo o atemorizado por tus amenazas del infierno? No, Olintho. Tratémonos ambos con idéntica caridad. Yo admiro tu sinceridad; tú compadeces mi ceguera y mi obstinado proceder. Y de acuerdo con los actos realizados en mi vida, así será mi recompensa. Y el Poder de todos los Poderes no podrá juzgar con severidad el error de un ser humano, si su conducta ha ido siempre emparejada con la honestidad y con limpieza de corazón. No hablemos más de ello. ¡Calla! ¿No oyes cómo arrastran un cuerpo más por el pasillo? Como esa arcilla inanimada seremos pronto nosotros.

—¡Oh, cielos…! ¡Oh, Cristo…! ¡Ya te estoy viendo! —gritó con fervor Olintho, elevando su mano—. No tiemblo…, me alegro de que pronto concluya esta prisión.

Glauco inclinó la cabeza en silencio. Se dio cuenta de la diferencia que existía entre su fortaleza de espíritu y la de su compañero de fatigas. El pagano se limitaba a no temblar; el cristiano se mostraba exultante de gozo.

La puerta giró sobre sus goznes con un chirrido y a lo largo del muro apareció el brillo de una hilera de lanzas.

—Glauco, el ateniense, tu hora ha llegado —dijo una voz fuerte y clara —. El león te espera.

—Estoy preparado —replicó Glauco—. Hermano y compañero, un último abrazo. Bendíceme y adiós.

El cristiano abrió los brazos y estrechó al joven pagano contra su pecho, le besó en la frente y en las mejillas y sollozó en voz alta; sus lágrimas se deslizaron cálidas y rápidas sobre el rostro de su nuevo amigo.

—Oh, si hubiera podido convertirte, no lloraría ahora. ¡Oh, si pudiera decirte; «Esta noche cenaremos en el paraíso»…!

—Es posible que así sea —replicó el griego con voz trémula—. Aquellos a quienes la muerte no es capaz de separar pueden encontrarse más allá de la tumba: desde esta tierra, desde esta hermosa y querida tierra, adiós para siempre. Soldado, estoy a tu disposición.

Glauco se arrancó de sus brazos; y, cuando salió al aire libre, el aliento cálido del día sin sol, el ambiente acre y polvoriento le debilitó de forma alarmante. Su cuerpo, aún no restablecido de los efectos dela pócima letal, se estremeció y tembló. Los soldados le animaron.

—¡Valor! —dijo uno de ellos—. Eres joven, osado y estás bien constituido. Te darán un arma. No desesperes, aún puedes salir victorioso.

Glauco no contestó; se avergonzó de su debilidad e hizo un esfuerzo desesperado y lleno de crispación por recobrar el dominio de sus nervios. Bañaron con aceite su cuerpo completamente desnudo, a excepción de un cinto alrededor de sus caderas, colocaron en su mano un estilete (¡inútil arma!) y le condujeron a la arena.

Y cuando Glauco vio los ojos de miles, de decenas de miles de personas concentrados en su ser, dejó de pensar al instante que era un hombre destinado a morir. Todo síntoma de terror, el miedo mismo, desaparecieron. Una oleada de sangre tiñó de rojo la intensa palidez de sus facciones y se irguió mostrando su magnífica estatura. En la elástica conformación de sus miembros y de su cuerpo, en su ceño sereno y altivo, en su enorme desdén, en el alma indomable que asomaba de manera casi visible a través de su actitud, de sus ojos, de sus labios, se reconocía la encarnación vivida y corpórea del valor de su tierra natal y de las divinidades de su culto, que participaban a la vez de la doble calidad de héroes y de dioses.

Al murmullo de odio y horror por su crimen con que fue saludado al aparecer en la arena, siguió un silencio de involuntaria admiración y de compasivo respeto; y con un rápido y violento suspiro que pareció conmover la totalidad de aquella masa vital de espectadores como si se tratase de un solo cuerpo, la mirada del público abandonó la figura del ateniense para fijarse en un oscuro y rústico objeto que se hallaba en el centro de la arena: era la jaula enrejada del león.

—¡Por Venus…, qué calor hace! —dijo Fulvia—. Y, sin embargo, no brilla el sol. Esos estúpidos marineros[440] ya hubiesen podido cerrar ese agujero del toldo…

—Sí, hace mucho calor… No me encuentro bien, voy a desmayarme… —replicó la mujer de Pansa, que a pesar de su probado estoicismo temía no poder resistir la lucha que se iba a iniciar.

El león había estado sin comer durante veinticuatro horas y había mostrado toda la mañana una singular e incesante inquietud, que sus cuidadores atribuían a las molestias del hambre. Sin embargo, su aspecto parecía expresar más temor que ferocidad; sus rugidos sonaban doloridos y tristes; agachaba la cabeza, se aproximaba a los barrotes para respirar el pesado aire, se extendía sobre el suelo de la jaula y de nuevo emitía sus salvajes y resonantes gruñidos. Por fin permaneció tumbado en su receptáculo, como si se tratase de un ser sordo y mudo, con sus fauces distendidas y bien apretadas contra las rejas, levantando con su respiración la arena frente a la cual estaba la jaula.

Los labios del director de los juegos temblaron y sus mejillas palidecieron; miró con ansiedad a su alrededor, como dudando, como deseando aplazar el espectáculo. La muchedumbre se impacientó. Lentamente se dio la señal; el servidor que se encontraba detrás de la jaula levantó el enrejado con gran precaución, y el león saltó al circo con un poderoso y vivaz gruñido con el que celebraba su liberación. Después el cuidador se retiró con rapidez por el pasadizo que conducía a la arena y dejó en el amplio escenario del circo al señor de las selvas y a su presa.

Glauco se inclinó de cintura para lograr la posición más firme y segura para recibir el ataque del animal, con su pequeña y brillante arma elevada en lo alto y albergando la imposible esperanza de que un golpe bien dirigido

(porque le constaba que sólo tendría tiempo de administrar un *sólo golpe*) introdujese el estilete por el ojo del león y llegase al cerebro de su terrible enemigo.

Pero, ante la sorpresa de todos, el animal parecía ignorar la presencia del criminal.

Durante los instantes que siguieron a su liberación, la bestia se detuvo de forma abrupta sobre la arena, levantó la cabeza para respirar con anhelantes suspiros y de pronto echó a correr, pero no en dirección al ateniense. A paso rápido dio una vuelta completa al anfiteatro, volviendo la cabeza a un lado y a otro, con mirada perdida y angustiada, como si estuviese buscando un lugar por donde escapar; una o dos veces trató incluso de saltar el parapeto que le separaba del público y, al caer de nuevo en la arena, lanzó un débil lamento que nada tenía que ver con sus mayestáticos rugidos. No evidenció el menor síntoma de fiereza ni de hambre; su cola se arrastraba sobre la arena en lugar de azotar sus costados; y su mirada, aunque en ocasiones se detenía en Glauco, la apartaba después de él, sin prestarle la menor atención. Por fin, como si estuviese cansado de intentar en vano la huida, volvió a entrar con un quejido en su jaula y se tumbó en ella a descansar.

La sorpresa inicial de los espectadores ante la apatía del león se convirtió pronto en protestas por su cobardía; el populacho, compadecido poco antes por el triste destino de Glauco, manifestaba ahora su enfado al comprobar que sus expectativas quedaban defraudadas.

El edil llamó al cuidador de la fiera.

—Pero ¿qué ocurre? Toma la aguijada, fuérzale a salir y cierra la puerta de la jaula.

Mientras el subordinado se disponía, con cierto temor, a obedecerlas órdenes, sonó un grito en uno de los accesos al anfiteatro; se formó un pequeño tumulto, cierta confusión, voces de protesta que fueron silenciadas súbitamente por la respuesta que obtuvieron. Todas las miradas se volvieron hacia el lugar del alboroto; los espectadores dejaron paso y Salustio apareció en los bancos reservados a los senadores, con el cabello revuelto, acalorado, falto de aliento y casi exhausto. Miró con avidez a lo largo del ruedo.

—¡Sacad de ahí al ateniense! —gritó—. ¡Rápido…, él es inocente! Arrestad a Arbaces, el egipcio. ¡Él es el asesino de Apaecides!

—¿Estás loco, Salustio? —inquirió el pretor, levantándose de su asiento —. ¿A qué viene esa locura?

—¡Libertad al ateniense, rápido…, o su sangre caerá sobre vuestras cabezas! ¡Pretor, si no te apresuras a hacer lo que digo, responderás con tu vida ante el emperador! ¡Traigo conmigo a un testigo ocular de la muerte del sacerdote Apaecides! ¡Dejadme paso…, retroceded… apartaos…! ¡Pompeyanos, observad con vuestros propios ojos a Arbaces…! Está sentado allí… ¡Dejad sitio para el sacerdote Caleno!

Pálido, macilento, recién liberado de las quijadas del hambre y dela muerte, sus mejillas hundidas, sus ojos opacos como los de un buitre, su ancha complexión física reducida a la condición de un esqueleto, Caleno fue llevado hasta el mismo lugar en el que Arbaces se sentaba. Sus liberadores le habían proporcionado una generosa ración de alimentos, pero el principal motivo que mantenía el vigor de sus miembros debilitados era un deseo de venganza.

—¡El sacerdote Caleno…! ¡Es Caleno…! —gritó la multitud—. ¿*Es* él? No… ¿Es acaso un muerto?

—¡Es el sacerdote Caleno! —gritó el pretor, con gravedad—. ¿Qué es lo que tienes que decir?

—Arbaces, de Egipto, es el asesino de Apaecides, sacerdote de Isis; estos ojos le vieron asestar el golpe mortal. ¡De la mazmorra en la que él me encerró, de la oscuridad y del horror de una muerte por hambre, los dioses me han sacado para proclamar su crimen! ¡Liberad al ateniense…! ¡Él es inocente…!

—Por eso el león ha respetado la vida. ¡Un milagro…, un milagro! — exclamó Pansa.

—¡Un milagro…, un milagro! —gritó el populacho—. Sacad de ahí al ateniense. *¡Arbaces al león…!*

El eco de aquel grito corrió por valles y montañas, de las costas al mar. *¡Arbaces al león…!*

—¡Soldados! —exclamó el pretor—. Sacad al acusado Glauco dela arena y tenedle bajo custodia. Los dioses nos regalan hoy con sus

maravillas.

Cuando el pretor dio la orden de liberar a Glauco, se oyó una exclamación de alegría…, una voz de mujer…, la voz de una niña…, el grito que emitió era sin duda de alegría. Aquella voz atravesó el corazón de todos los que la oyeron como si se tratara de una descarga eléctrica. La voz de aquella niña era una voz emocionada, llena de divina armonía. Y el pueblo la saludó con su adhesión y su simpatía.

—¡Silencio! —gritó el pretor—. ¿Quién está ahí?

—Nydia, la joven ciega —contestó Salustio—. Gracias a su intervención, Caleno ha sido extraído de su tumba y Glauco salvado del león.

—Desde ahora, sí —afirmó el pretor—. Caleno, sacerdote de Isis, ¿acusas a Arbaces del asesinato de Apaecides?

—Sí, le acuso.

—¿Fuiste testigo de los hechos?

—Sí, pretor, con mis propios ojos.

—Por ahora es suficiente. Los detalles ya los examinaremos en lugar y tiempo más adecuado. Arbaces, de Egipto, has oído los cargos que contra ti existen y permaneces callado. ¿No tienes nada que decir?

La mirada del pueblo se fijó en la persona de Arbaces, una vez despejada la confusión que había producido la primera acusación de Salustio y la entrada de Caleno en el anfiteatro. Al oír el grito de «¡Arbaces al león!», el egipcio había sufrido un súbito temblor y el tono broncíneo de su rostro había adoptado un matiz más pálido. Pero pronto recobró su altivez y su serenidad. Devolvió con orgullo y engreimiento las miradas de infinitos ojos a su alrededor; y en respuesta a la pregunta del pretor dijo con el tono altanero que caracterizaba sus réplicas:

—Pretor, esa acusación es tan absurda que apenas merece contestación. El primero en acusarme es el noble Salustio, el más íntimo delos amigos de Glauco. Y el segundo en hacerlo es un sacerdote; yo venero su hábito y su vocación, pero…, pueblo de Pompeya, todos vosotros conocéis bien la personalidad de Caleno: es ambicioso y su sed de oro es proverbial; el testimonio de un hombre como él está siempre a disposición de quien mejor lo pague. Pretor, soy inocente.

—Salustio —preguntó el magistrado—. ¿Dónde encontraste a Caleno?

—En las mazmorras de Arbaces.

—Egipcio —dijo el pretor, frunciendo el ceño—. ¿Por qué osaste reducir a prisión a un sacerdote de los dioses?

—Escuchadme —contestó Arbaces, levantándose con calma, pero con agitación visible en su rostro—. Este hombre vino a amenazarme de que me acusaría de los cargos que ahora me formula, si no compraba su silencio con la mitad de mi fortuna. Protesté en vano. Ruego silencio…, no permitáis que el sacerdote me interrumpa. Noble pretor, y vosotros, oh pueblo de Pompeya, yo soy un extranjero en esta tierra; sabía que era inocente del crimen que se me pretendía imputar, pero, a pesar de ello, el testimonio de un sacerdote podía destruirme. En mi perplejidad, decidí llevarle hasta la mazmorra de la que ha sido liberado, con el pretexto de que allí guardaba mi oro. Estaba dispuesto a retenerle hasta que se consumase el destino del verdadero criminal y sus amenazas quedasen sin relevancia alguna; pero conste que no pretendía nada peor. Es posible que me equivocase en mi decisión, pero ¿quién de entre todos vosotros no reconoce la legitimidad de actuar en defensa propia? Si yo fuese culpable, ¿por qué el testigo mantuvo su silencio durante el juicio? *Entonces* no le había aún retenido ni escondido. ¿Por qué no proclamó mi culpabilidad cuando yo testimonié la de Glauco? Pretor, estas preguntas exigen una respuesta. Por lo demás, me someto al peso de vuestras leyes y solicito protección. Detened aquí mismo al acusado y al acusador. Estoy dispuesto a comparecer voluntariamente y de buena gana ante un tribunal legítimo y aceptar su resolución. Éste no es el lugar adecuado para más parloteo.

—Tiene razón en lo que dice —aseveró el pretor—. ¡Eh, guardia, custodiad a Arbaces y retened a Caleno! Salustio, te hago responsable de esta acusación. Dejemos ahora que prosigan los juegos.

—¿Cómo es posible —gritó Caleno, volviéndose hacia el pueblo— que Isis resulte condenada de este modo? ¿Acaso la sangre de Apaecides no clama venganza? ¿Se aplazará ahora la acción de la justicia para que más tarde quede frustrada? ¿Puede acaso el león ser desposeído de la presa que le pertenece? ¡Un dios…, un dios…, yo siento en mis labios la indignación de un dios! *¡Al león…, Arbaces al león…!*

Su cuerpo exhausto no pudo soportar por más tiempo la malicia furibunda del sacerdote. Cayó al suelo, presa de fuertes convulsiones, echando espumarajos por la boca, como si en efecto se tratase de un hombre poseído por poderes sobrenaturales. La gente le contempló horrorizada.

—¡Es, ciertamente, un dios quien inspira a este hombre…! ¡*Arbaces al león, al león con el egipcio…!*

Este grito alzó y puso en movimiento a miles y miles de personas. Desde las alturas del anfiteatro descendieron en dirección al egipcio. Resultaron inútiles las órdenes del edil y las estentóreas voces del pretor, apelando a la ley. El populacho, convertido por el espectáculo en una masa salvaje, solicitaba más sangre y se dejaba llevar por sus instintos supersticiosos y feroces. Excitado, endurecido por el sacrificio de sus víctimas, ignoraba la autoridad de sus gobernantes. Se formó, pues, una de aquellas convulsiones populares, tan terribles como frecuentes entre multitudes incultas, mitad libres, mitad serviles, que la peculiar estructura de las provincias romanas provocaba con frecuencia. La autoridad del pretor se convirtió en un junquillo sacudido por el vendaval; no obstante, logró que la guardia obedeciese sus órdenes y se alinease a lo largo de las filas anteriores donde se sentaban las clases altas, separadas de la multitud. Los soldados formaban una débil barrera, pero lograron no obstante detener a aquella marea humana durante unos instantes, circunstancia que permitió a Arbaces meditar acerca del fin que le esperaba. Desesperado, presa de un terror que destruía incluso el más leve asomo de su dignidad y de su orgullo, alzó los ojos para observar aquel tropel indómito de gente que se abalanzaba sobre él, cuando justo encima de ella, a través del gran agujero que había quedado abierto en la *velaria,* contempló una extraña y espantosa aparición que hizo reaparecer en su espíritu el culto a las artes mágicas.

—¡Mirad! —gritó con voz de trueno que se elevó por encima del clamor de la multitud—. ¡Mirad cómo los dioses protegen a los inocentes! ¡El fuego del vengativo Orco se alza contra el testimonio de mis acusadores!

Las miradas de la gente siguieron el gesto de egipcio y contemplaron con absoluto desconcierto cómo surgía de la cumbre del Vesubio una enorme nube de efluvios que iba adquiriendo la forma de un inmenso

pino[441]: el tronco oscuro y las ramas de fuego; un fuego que se agitaba y crecía, que cambiaba de color minuto a minuto y que tan pronto aparecía pletórico de destellos luminosos como envuelto en una tonalidad oscura y rojiza para volver más tarde a ofrecerse con una cegadora y terrorífica brillantez.

Se produjo entre la multitud un silencio total y desesperado, que fue disipado repentinamente por el rugido del león, contestado desde el interior del edificio por los alaridos de su compañero, el tigre. Ambas fieras anunciaban la aflicción de la atmósfera y se erigían en profetas de las calamidades por venir.

Se alzaron los gritos unánimes de las mujeres, mientras los hombres permanecían mudos, mirándose entre sí. Un instante más tarde, sintieron que la tierra comenzaba a temblar bajo sus pies y que los muros del anfiteatro vacilaban; y allá, en la distancia, se oyó el estruendo de los techos que se hundían; un momento después pareció que la nube instalada sobre la montaña comenzaba a avanzar con la rapidez de un oscuro torrente, y arrojaba sobre ellos al mismo tiempo, desde el interior de sus entrañas, un chaparrón de cenizas mezcladas con grandes fragmentos de piedras en ignición. Sobre los viñedos aplastados, sobre las calles desoladas, sobre el propio anfiteatro, a lo largo y a lo ancho del horizonte y con sonora reventazón sobre el mar agitado, fue cayendo aquella lluvia espantosa.

El populacho no se detuvo a pensar de nuevo en aplicar justicia a Arbaces; su único afán era ponerse a salvo. Cada uno de los espectadores echó a correr, chocaron entre sí, se empujaron, se aplastaron. Caminaron sin cesar sobre los que habían caído, pronunciando juramentos, oraciones, emitiendo lamentos, gritos repentinos, mientras poco a poco la inmensa multitud salía por los numerosos pasillos y vomitorios del anfiteatro. ¿Hacia dónde dirigirse? Algunos, previendo un nuevo terremoto, corrieron hacia sus casas para cargar con sus enseres más preciosos y escapar mientras estuviesen a tiempo; otros, atemorizados ante los constantes chaparrones de cenizas, cada vez más intensos, que caían como torrenteras sobre las calles, buscaron refugio bajo cualquier clase de protección que evitase los terrores y peligros del aire libre. Pero la nube se extendía cada vez con mayor

tamaño, más oscura y más poderosa sobre todos ellos. Era como si una repentina y espantosa noche invadiese el reino del día.

Capítulo V

La celda del prisionero y el depósito de los muertos. — La pena supera al miedo

Aturdido por su liberación, dudando de que estuviese despierto, Glauco fue conducido por los soldados de la pista a una pequeña celda, dentro del perímetro del anfiteatro. Le cubrieron con una amplia capa y le rodearon para felicitarle, llenos de asombro. Fuera de la celda sonó un grito frenético e impaciente. El grupo abrió paso y apareció la joven ciega, conducida por una mano generosa. Nydia se lanzó a los pies de Glauco.

—Soy yo quien te ha salvado —dijo, llorando—. Ahora sólo deseo morir.

—Nydia…, mi niña…, mi protectora.

—¡Oh, deja que te toque, que sienta tu aliento! ¡Sí, sí, estás vivo! ¡No hemos llegado demasiado tarde! Temí que aquella horrible puerta jamás se abriría… Y Caleno… ¡Oh, su voz sonaba como una leve brisa entre las tumbas! Tuvimos que esperar…, oh dioses…, parecía que pasaban horas y más horas, antes de que la comida y el vino restableciesen parte de sus fuerzas. ¡Pero tú vives…, vives todavía! ¡Y yo te he salvado!

Aquella emocionante escena se vio pronto interrumpida por el acontecimiento ya narrado.

—¡La montaña…! ¡El terremoto…! —se oyó decir por todas partes.

Los soldados huyeron, al igual que todos los demás, y Glauco y Nydia fueron abandonados para que se salvasen como les fuese posible.

Cuando la sensación de inmediato peligro tomó posesión de Glauco, su generoso corazón recordó a Olintho. También él se había librado del tigre, por intercesión de los dioses. ¿Iba a abandonarle ahora a una muerte no menos cierta en el interior de una celda cercana? Tomó a Nydia de la mano y corrió por los pasillos, hasta llegar a la mazmorra del cristiano. Se encontró a Olintho rezando de rodillas.

—¡Levántate, levántate…! —gritó—. Ponte a salvo, corre. La naturaleza es tu terrible liberadora.

Condujo al abrumado cristiano hasta un ventanuco y le señaló la nube que, cada vez más y más oscura, iba avanzando y dejaba caer una intensa lluvia de cenizas y pumitas[442]; los tres distinguieron los gritos y los pasos atropellados de la multitud que se esparcía al salir del anfiteatro.

—¡Es la mano de Dios…, alabado sea el señor! —dijo Olintho, con devoción.

—Corre…, ve en busca de tus hermanos. Planea con ellos tu huida. Adiós.

Olintho no contestó ni pareció darse cuenta de que su amigo se separaba de él. Elevados y solemnes pensamientos absorbían su mente; en el entusiasmo que se apoderaba de su generoso corazón, intuía con mayor claridad la misericordia de Dios que el peligro que en aquellos momentos evidenciaba su poder infinito.

Por fin se incorporó y avanzó con paso rápido, sin saber a ciencia cierta adonde dirigirse.

Las puertas abiertas de las oscuras y desoladas mazmorras aparecieron, una tras otra, en su camino. De una de ellas surgía un vacilante resplandor que emitía una solitaria antorcha; y en la claridad de aquella luz distinguió tres cuerpos cenicientos y desnudos, extendidos sobre el suelo. Sus pies se detuvieron inmediatamente; en medio del horror de aquel terrible receptáculo —el *spoliarium—,* oyó una voz débil que invocaba el nombre de Cristo.

No pudo resistir aquel insistente llamamiento; entró en la celda y sus pies chapotearon sobre los lentos riachuelos de sangre que manaba de los cadáveres extendidos sobre la arena.

—¿Quién invoca el nombre del Hijo de Dios? —preguntó el nazareno.

No obtuvo contestación alguna; al volverse Olintho distinguió a la vaga claridad de la antorcha la figura de un anciano de cabello grisáceo que, sentado en el suelo, sostenía en su regazo la cabeza de uno de los muertos. Las facciones del fallecido aparecían firme y rígidamente inmersas en su postrer sueño; pero en sus labios podía intuirse todavía el rictus de una sonrisa, no el sonreír esperanzado del cristiano, sino una especie de mueca de odio y de desafío. A pesar de ello, en aquel rostro permanecía intacta la hermosa lozanía de la primera juventud. El cabello, rizado y abundante, caía sobre su tersa frente; y el rastrojo de su masculinidad oscurecía el aspecto marmóreo de sus mejillas. Y sobre aquella cara se inclinaba el anciano con tristeza inexpresable, con absorbente ternura, con profundo amor y desesperación. Las lágrimas caían cálidas y veloces por el rostro del anciano, pero él no las notaba; y, cuando sus labios se movían para recitar una oración que expresaba mecánicamente la resignación y la esperanza de su fe, era evidente que ni su corazón ni sus sentidos participaban en el significado de sus palabras: era, más bien, la expresión de una involuntaria emoción que emergía en el letargo de su mente. Su hijo estaba muerto y había dado su vida por él… El viejo sintió que se le partía el corazón.

—Medón —dijo Olintho, compasivamente—. Sal de aquí y huye. Dios ha tomado en su mano las alas de los elementos. ¡La nueva Gomorra[443] está condenada…! ¡Huye antes de que el fuego te consuma!

—Estaba tan lleno de vida… *No es posible* que esté muerto. Acércate, pon tu mano sobre su corazón…, estoy seguro de que aún palpita…

—Hermano, su alma ha volado. No puedes reanimar una arcilla sin vida. Vamos, vamos… Escucha, mientras estoy hablando se van cayendo las paredes…, escucha esos gritos de agonía. ¡No hay que perder ni un instante! ¡Vamos…!

—No oigo nada —contestó Medón, sacudiendo su cabello gris—. ¡Pobre muchacho, su amor le ha matado!

—¡Vámonos…! Perdona que te fuerce a salir de aquí.

—¿Cómo…? ¿Quién puede separar a un padre de su hijo?

Y Medón abrazó aún con más fuerza el cuerpo de su hijo y lo cubrió de apasionados besos.

—¡Vete! —añadió, alzando la mirada un instante—. ¡Vete! ¡Él y yo tenemos que estar solos!

—¡Ay! —añadió compasivamente el nazareno—. ¡La muerte ya te ha arrebatado de este mundo!

El anciano sonrió con calma.

—No —replicó—. No, no —y su voz iba haciéndose cada vez más débil—. La muerte ha sido buena conmigo.

Su cabeza cayó sobre el pecho del hijo y sus brazos dejaron de estrecharle. Olintho le tomó por una mano; su pulso había cesado de latir. Las últimas palabras de aquel padre entrañaban una gran verdad: *La muerte ha sido buena conmigo.*

Mientras tanto, Glauco y Nydia corrían velozmente por terribles y peligrosas calles. El ateniense se enteró por boca de su salvadora de que Iona estaba aún en casa de Arbaces. Hacia allí se encaminaban a liberarla, a salvarla. Los pocos esclavos que el egipcio había dejado en su mansión, tras formar la larga procesión que le había llevado al anfiteatro, no habían sido capaces de oponer resistencia alguna al grupo armado dirigido por Salustio; y más tarde, cuando el volcán entró en erupción, arracimados en un grupo, asustados y atónitos, se habían encerrado en una de los habitaciones interiores de la casa. Hasta el alto etíope abandonó su puesto en la puerta; y Glauco (que había dejado a Nydia fuera, la pobre Nydia, una vez más llena de celos, incluso en aquellos trágicos momentos) cruzó el amplísimo vestíbulo sin encontrar a nadie que pudiese guiarle a la habitación de Iona. Mientras caminaba, la oscuridad del cielo fue haciéndose cada vez más

intensa, hasta el punto de resultarle difícil el simple hecho de mantener una dirección determinada. Las columnas coronadas con flores oscilaban y temblaban y a cada instante oía el caer rechinante de las cenizas sobre el peristilo desprovisto de tejado. Ascendió a las habitaciones superiores y corrió hasta casi perder el aliento, gritando el nombre de Iona. Al fin, en el extremo de un pasillo oyó una voz…, su voz, preguntando quién la llamaba. Siguió galería adelante, destrozó la puerta, tomó a Iona en sus brazos y salió con ella de la casa, en un intervalo de tiempo que le pareció apenas un segundo. Y aún no había llegado al lugar donde esperaba Nydia, cuando oyó que unos pasos se aproximaban a la casa y reconoció la voz de Arbaces, que regresaba en busca de sus riquezas y de Iona antes de emprender la huida de Pompeya. Perola atmósfera era ya tan densa y pestilente que los rivales no pudieron verse uno a otro, aunque se hallaban tan cerca que, en la creciente oscuridad, Glauco pudo distinguir la figura del egipcio, enfundado en sus níveos ropajes.

Los tres se apresuraron a salir de allí…, pero ¿adonde? Apenas veían más allá de un metro a su alrededor y la oscuridad se iba incrementando. Se sintieron llenos de dudas y de horror… Y la muerte de la que Glauco había escapado se le antojó que sólo había cambiado de forma y había aumentado el número de víctimas.

Capítulo V

La celda del prisionero y el depósito de los muertos. — La pena supera al miedo

Aturdido por su liberación, dudando de que estuviese despierto, Glauco fue conducido por los soldados de la pista a una pequeña celda, dentro del perímetro del anfiteatro. Le cubrieron con una amplia capa y le rodearon para felicitarle, llenos de asombro. Fuera de la celda sonó un grito frenético e impaciente. El grupo abrió paso y apareció la joven ciega, conducida por una mano generosa. Nydia se lanzó a los pies de Glauco.

—Soy yo quien te ha salvado —dijo, llorando—. Ahora sólo deseo morir.

—Nydia…, mi niña…, mi protectora.

—¡Oh, deja que te toque, que sienta tu aliento! ¡Sí, sí, estás vivo! ¡No hemos llegado demasiado tarde! Temí que aquella horrible puerta jamás se abriría… Y Caleno… ¡Oh, su voz sonaba como una leve brisa entre las tumbas! Tuvimos que esperar…, oh dioses…, parecía que pasaban horas y más horas, antes de que la comida y el vino restableciesen parte de sus fuerzas. ¡Pero tú vives…, vives todavía! ¡Y yo te he salvado!

Aquella emocionante escena se vio pronto interrumpida por el acontecimiento ya narrado.

—¡La montaña…! ¡El terremoto…! —se oyó decir por todas partes.

Los soldados huyeron, al igual que todos los demás, y Glauco y Nydia fueron abandonados para que se salvasen como les fuese posible.

Cuando la sensación de inmediato peligro tomó posesión de Glauco, su generoso corazón recordó a Olintho. También él se había librado del tigre, por intercesión de los dioses. ¿Iba a abandonarle ahora a una muerte no menos cierta en el interior de una celda cercana? Tomó a Nydia de la mano y corrió por los pasillos, hasta llegar a la mazmorra del cristiano. Se encontró a Olintho rezando de rodillas.

—¡Levántate, levántate…! —gritó—. Ponte a salvo, corre. La naturaleza es tu terrible liberadora.

Condujo al abrumado cristiano hasta un ventanuco y le señaló la nube que, cada vez más y más oscura, iba avanzando y dejaba caer una intensa lluvia de cenizas y pumitas[442]; los tres distinguieron los gritos y los pasos atropellados de la multitud que se esparcía al salir del anfiteatro.

—¡Es la mano de Dios…, alabado sea el señor! —dijo Olintho, con devoción.

—Corre…, ve en busca de tus hermanos. Planea con ellos tu huida. Adiós.

Olintho no contestó ni pareció darse cuenta de que su amigo se separaba de él. Elevados y solemnes pensamientos absorbían su mente; en el entusiasmo que se apoderaba de su generoso corazón, intuía con mayor claridad la misericordia de Dios que el peligro que en aquellos momentos evidenciaba su poder infinito.

Por fin se incorporó y avanzó con paso rápido, sin saber a ciencia cierta adonde dirigirse.

Las puertas abiertas de las oscuras y desoladas mazmorras aparecieron, una tras otra, en su camino. De una de ellas surgía un vacilante resplandor que emitía una solitaria antorcha; y en la claridad de aquella luz distinguió tres cuerpos cenicientos y desnudos, extendidos sobre el suelo. Sus pies se detuvieron inmediatamente; en medio del horror de aquel terrible receptáculo —el *spoliarium—,* oyó una voz débil que invocaba el nombre de Cristo.

No pudo resistir aquel insistente llamamiento; entró en la celda y sus pies chapotearon sobre los lentos riachuelos de sangre que manaba de los cadáveres extendidos sobre la arena.

—¿Quién invoca el nombre del Hijo de Dios? —preguntó el nazareno.

No obtuvo contestación alguna; al volverse Olintho distinguió a la vaga claridad de la antorcha la figura de un anciano de cabello grisáceo que, sentado en el suelo, sostenía en su regazo la cabeza de uno de los muertos. Las facciones del fallecido aparecían firme y rígidamente inmersas en su postrer sueño; pero en sus labios podía intuirse todavía el rictus de una sonrisa, no el sonreír esperanzado del cristiano, sino una especie de mueca de odio y de desafío. A pesar de ello, en aquel rostro permanecía intacta la hermosa lozanía de la primera juventud. El cabello, rizado y abundante, caía sobre su tersa frente; y el rastrojo de su masculinidad oscurecía el aspecto marmóreo de sus mejillas. Y sobre aquella cara se inclinaba el anciano con tristeza inexpresable, con absorbente ternura, con profundo amor y desesperación. Las lágrimas caían cálidas y veloces por el rostro del anciano, pero él no las notaba; y, cuando sus labios se movían para recitar una oración que expresaba mecánicamente la resignación y la esperanza de su fe, era evidente que ni su corazón ni sus sentidos participaban en el significado de sus palabras: era, más bien, la expresión de una involuntaria emoción que emergía en el letargo de su mente. Su hijo estaba muerto y había dado su vida por él… El viejo sintió que se le partía el corazón.

—Medón —dijo Olintho, compasivamente—. Sal de aquí y huye. Dios ha tomado en su mano las alas de los elementos. ¡La nueva Gomorra[443] está condenada…! ¡Huye antes de que el fuego te consuma!

—Estaba tan lleno de vida… *No es posible* que esté muerto. Acércate, pon tu mano sobre su corazón…, estoy seguro de que aún palpita…

—Hermano, su alma ha volado. No puedes reanimar una arcilla sin vida. Vamos, vamos… Escucha, mientras estoy hablando se van cayendo las paredes…, escucha esos gritos de agonía. ¡No hay que perder ni un instante! ¡Vamos…!

—No oigo nada —contestó Medón, sacudiendo su cabello gris—. ¡Pobre muchacho, su amor le ha matado!

—¡Vámonos…! Perdona que te fuerce a salir de aquí.

—¿Cómo…? ¿Quién puede separar a un padre de su hijo?

Y Medón abrazó aún con más fuerza el cuerpo de su hijo y lo cubrió de apasionados besos.

—¡Vete! —añadió, alzando la mirada un instante—. ¡Vete! ¡Él y yo tenemos que estar solos!

—¡Ay! —añadió compasivamente el nazareno—. ¡La muerte ya te ha arrebatado de este mundo!

El anciano sonrió con calma.

—No —replicó—. No, no —y su voz iba haciéndose cada vez más débil—. La muerte ha sido buena conmigo.

Su cabeza cayó sobre el pecho del hijo y sus brazos dejaron de estrecharle. Olintho le tomó por una mano; su pulso había cesado de latir. Las últimas palabras de aquel padre entrañaban una gran verdad: *La muerte ha sido buena conmigo.*

Mientras tanto, Glauco y Nydia corrían velozmente por terribles y peligrosas calles. El ateniense se enteró por boca de su salvadora de que Iona estaba aún en casa de Arbaces. Hacia allí se encaminaban a liberarla, a salvarla. Los pocos esclavos que el egipcio había dejado en su mansión, tras formar la larga procesión que le había llevado al anfiteatro, no habían sido capaces de oponer resistencia alguna al grupo armado dirigido por Salustio; y más tarde, cuando el volcán entró en erupción, arracimados en un grupo, asustados y atónitos, se habían encerrado en una de los habitaciones interiores de la casa. Hasta el alto etíope abandonó su puesto en la puerta; y Glauco (que había dejado a Nydia fuera, la pobre Nydia, una vez más llena de celos, incluso en aquellos trágicos momentos) cruzó el amplísimo vestíbulo sin encontrar a nadie que pudiese guiarle a la habitación de Iona. Mientras caminaba, la oscuridad del cielo fue haciéndose cada vez más

intensa, hasta el punto de resultarle difícil el simple hecho de mantener una dirección determinada. Las columnas coronadas con flores oscilaban y temblaban y a cada instante oía el caer rechinante de las cenizas sobre el peristilo desprovisto de tejado. Ascendió a las habitaciones superiores y corrió hasta casi perder el aliento, gritando el nombre de Iona. Al fin, en el extremo de un pasillo oyó una voz…, su voz, preguntando quién la llamaba. Siguió galería adelante, destrozó la puerta, tomó a Iona en sus brazos y salió con ella de la casa, en un intervalo de tiempo que le pareció apenas un segundo. Y aún no había llegado al lugar donde esperaba Nydia, cuando oyó que unos pasos se aproximaban a la casa y reconoció la voz de Arbaces, que regresaba en busca de sus riquezas y de Iona antes de emprender la huida de Pompeya. Perola atmósfera era ya tan densa y pestilente que los rivales no pudieron verse uno a otro, aunque se hallaban tan cerca que, en la creciente oscuridad, Glauco pudo distinguir la figura del egipcio, enfundado en sus níveos ropajes.

Los tres se apresuraron a salir de allí…, pero ¿adonde? Apenas veían más allá de un metro a su alrededor y la oscuridad se iba incrementando. Se sintieron llenos de dudas y de horror… Y la muerte de la que Glauco había escapado se le antojó que sólo había cambiado de forma y había aumentado el número de víctimas.

Capítulo VI

Caleno y Burbo. — Diomedes y Clodio. — La muchacha del anfiteatro y Julia

La repentina catástrofe, que había destrozado también la normativa que regía la sociedad y había dejado a prisionero y carcelero en idéntica libertad, permitió a Caleno desembarazarse de la guardia a cuya custodia había sido sometido por el pretor. Y cuando la oscuridad y la multitud separaron al sacerdote de sus vigilantes, corrió con paso vacilante hacia el templo de su diosa. Mientras se dirigía allí, antes de que la oscuridad se hiciese impenetrable, notó de pronto que alguien le tiraba de la túnica y oyó una voz que le decía al oído:

—¡Oh, Caleno…! ¡Es ésta una hora de horror…!

—¡Por la cabeza de mi padre, tienes razón…! ¿Quién eres? Veo tu rostro oscurecido y no reconozco tu voz.

—¡Diantre! ¿No te acuerdas de tu amigo Burbo?

—¡Dioses…! ¡Cómo se juntan las sombras…! ¡Mira, mira, de qué forma tan terrible escupe esa montaña cegadores relámpagos[444]! ¡Cómo se retuercen y zigzaguean! El infierno se ha apoderado de la tierra.

—Bah, estoy seguro de que no crees en nada de lo que dices, Caleno. Éste es el momento de hacer una fortuna.

—¿Qué?

—Escucha. Tu templo está lleno de oro y de toda clase de objetos valiosos. Carguemos con todos ellos y dirijámonos después al puerto para embarcar. Nadie nos va a pedir cuentas por lo que hagamos en un día como hoy.

—Burbo…, tienes razón. Calla y sígueme al templo. ¿Qué importa ahora…? ¿Quién puede vernos…? ¿Qué más da que tú seas o no un sacerdote? Sígueme e iremos a medias.

En el recinto del templo distinguieron varios sacerdotes agrupados alrededor de los altares; unos rezaban, otros lloraban, algunos se arrastraban sobre el polvo. Impostores en el tiempo de bonanza, no dejaban sus supersticiones en momentos de peligro. Caleno pasó junto a ellos y penetró en la cámara situada en la parte sur de la gran explanada. Burbo le siguió; el sacerdote encendió un candil. Sobre la mesa había vino y comida, restos de una ofrenda sacrificante.

—Un hombre que no ha comido durante cuarenta y ocho horas —murmuró Caleno— tiene apetito hasta en estos momentos.

Se lanzó sobre los alimentos y los devoró con avidez. Es posible que nada pueda ser más horrendo y antinatural que la egoísta bajeza de este tipo de villanos, pues nada hay más repugnante que el vicio de la avaricia. ¡Robar y cometer sacrilegio, mientras los pilares del mundo se tambaleaban sobre su base! ¡Cuánto peor que los terrores de la naturaleza pueden llegar a ser los vicios del hombre…!

—¿Cuándo acabarás de comer? —preguntó Burbo con impaciencia—. Tienes la cara enrojecida y los ojos parecen querer salirse de sus órbitas.

—Hay días en que uno no tiene derecho a satisfacer su hambre. ¡Por Júpiter…! ¿Qué ruido es ese? Parece un rumor de aguas enfurecidas. ¿También esa nube deja caer agua además de fuego? ¡Eh…! ¿Yesos gritos? Burbo, qué gran silencio se ha formado ahora. Ve a echar un vistazo.

Además de otros horrores, la poderosa montaña lanzaba ahora chorros de agua hirviente. Mezclados y formando una pesada amalgama con las cenizas semiardientes, aquellos arroyos de barro pegajoso corrían sobre las calles en frecuentes intervalos. Y una de aquellas temibles torrenteras cayó de lleno sobre los sacerdotes de Isis apiñados alrededor de los altares, donde intentaban reducir el fuego y a la vez quemar incienso. Aquel diluvio ardiente, mezclado con enormes fragmentos de escoria, se ensañó en ellos. Cayó sobre las encorvadas espaldas de los sacerdotes, y sus quejas fueron en realidad un estertor de muerte, y su posterior silencio el que precede de la eternidad. Las cenizas, el torrente de brea, salpicaron los altares, cubrieron el pavimento y sepultaron en parte los cuerpos temblorosos de los sacerdotes.

—Están muertos —dijo Burbo, aterrorizado por vez primera, al regresar de nuevo a la cámara—. No creí que el peligro pudiese estar tan cerca y resultar fatal.

Los dos infelices se miraron uno a otro. Sus corazones palpitaban con fuerza. Caleno, por naturaleza el menos valiente, pero el más ávido de riquezas, se recuperó antes que su compañero.

—Volvamos a nuestro trabajo y larguémonos —murmuró en voz baja, asustado hasta del sonido de sus palabras.

Caminó por el vestíbulo, se detuvo y volvió a emprender la marcha sobre el suelo recalentado en el que yacían muertos sus compañeros de religión, hasta llegar a la capilla sagrada; desde allí indicó a Burbo que le siguiera. Pero el gladiador, acobardado, volvió atrás.

«Tanto mejor —pensó Caleno—. Así *mi* botín será mayor.»

Cargó con rapidez con los más valiosos tesoros transportables del templo y, sin detenerse a pensar en su compañero, salió del recinto sagrado. El repentino resplandor de un relámpago mostró a Burbo, que permanecía inmóvil en el vestíbulo, la figura huidiza y cargada del sacerdote. Se animó y echó a andar para unirse a él, cuando un tremendo chaparrón de cenizas

cayó ante sus pies. El gladiador retrocedió de nuevo. La oscuridad se cernió sobre su persona. Pero la lluvia de ceniza incandescente no cesó; continuó cayendo con rapidez hasta formar altos y sofocantes montones que emitían vapores mortales. El desgraciado intentó respirar, trató de saltar sobre las cenizas que bloqueaban ya la salida del vestíbulo y lanzó un terrible lamento cuando sus pies se hundieron en el magma fluido e hirviente. ¿Cómo podía escapar? No pudo ganar el espacio abierto de la calle; aunque hubiese realizado un verdadero alarde de valor, jamás habría podido salir victorioso de aquellos horrores. Sería mejor permanecer en la cámara sagrada, protegido al menos del aire letal que envenenaba. Se sentó y chirrinó los dientes. Poco a poco la atmósfera exterior, asfixiante y venenosa, se iba introduciendo en la cámara. No pudo permanecer allí más tiempo. Sus ojos inquietos miraron a su alrededor y se detuvieron en el hacha de los sacrificios que algún sacerdote había dejado en aquel lugar y la tomó en sus manos. Con la fuerza de la desesperación, su brazo corpulento intentó abrirse camino a través de las paredes.

Mientras tanto, las calles iban quedando desiertas; la multitud se dispersó en busca de refugio y las cenizas comenzaron a cubrir la parte baja de la ciudad; pero aquí y allá podía oírse el paso de fugitivos que avanzaban con lentitud sobre la crujiente superficie del suelo ver o incluso sus pálidos y desencajados rostros a la luz azulenca de los relámpagos o el aún más vacilante resplandor de antorchas con las que pretendían iluminar su camino. Pero una y otra vez el agua hirviente, las cenizas dispersas, las misteriosas ráfagas de viento que arreciaban y amainaban en un suspiro, extinguían aquellas luminarias que pretendían guiar sus pasos, y con ellas moría también la esperanza de sobrevivir para los que las llevaban.

En la calle que conducía a la puerta de Herculano, Clodio cambió la dirección de su caminar perplejo y dubitativo.

«Si puedo llegar al campo abierto —pensó—, encontraré sin duda algún vehículo más allá de la puerta, y Herculano no está demasiado lejos. ¡Gracias sean dadas a Mercurio…! Tengo poco que perder y todo lo llevo encima.»

—¡Eh…, socorro, aquí…, socorro! —gritó una voz quejumbrosa y asustada—. He caído aquí y mi antorcha se ha apagado. Soy Diomedes, el

rico Diomedes… ¡Seis mil sestercios al que me ayude…!

En aquel preciso instante, Clodio notó que alguien le cogía por los pies.

—Has tenido mala suerte…, suéltate, imbécil… —exclamó el jugador.

—¡Oh, ayúdame…, échame una mano!

—Venga…, sal de ahí.

—¡Eres Clodio! Reconozco tu voz. ¿Hacia dónde huyes?

—Hacia Herculano.

—¡Benditos sean los dioses…! Seguimos el mismo camino hasta la puerta. ¿Por qué no te refugias en mi villa? Tú conoces la gran extensión de mis bodegas subterráneas debajo de los cimientos. No existe temporal de cenizas capaz de penetrar en ese refugio.

—Tienes razón —dijo Clodio con aire pensativo—. Si almacenamos algo de comida, podemos permanecer allí varios días, en caso de que estas malditas tormentas duren mucho.

—Oh, bendito sea el que inventó las puertas de las ciudades —exclamó Diomedes—. Mira, han colocado una luminaria dentro de aquel arco que nos será de utilidad para dirigir nuestros pasos.

El aire se mantuvo tranquilo durante unos minutos; la antorcha dela puerta refulgía con claridad en la lejanía. Los fugitivos aligeraron el paso, llegaron a la puerta, pasaron junto al centinela romano y el resplandor de la luz iluminó su rostro lívido y se reflejó en su brillante casco; sus duras facciones permanecían serenas en medio de tanto horror. Permaneció inmóvil y erguido en su puesto. Aquella hora de dura prueba no había alterado la maquinaria que regía la mayestática crueldad del sistema romano y que anulaba la iniciativa racional y la libertad del hombre. Y allí siguió, ajeno a los elementos desencadenados, porque no tenía permiso para abandonar su puesto y ponerse a salvo[445].

Diomedes y su compañero siguieron adelante; de pronto una voz femenina interrumpió su marcha. Era la muchacha cuyas palabras aciagas se habían oído tantas veces y habían anticipado con alegría el «vivala fiesta».

—¡Oh, Diomedes! —gritó—. ¡Dame refugio, concédeme asilo! ¡Mira…! —añadió, dejando ver a un niño que llevaba abrazado contra su pecho—. ¡Fíjate en este pequeño! ¡Es mío! ¡Un hijo de la vergüenza! Nunca

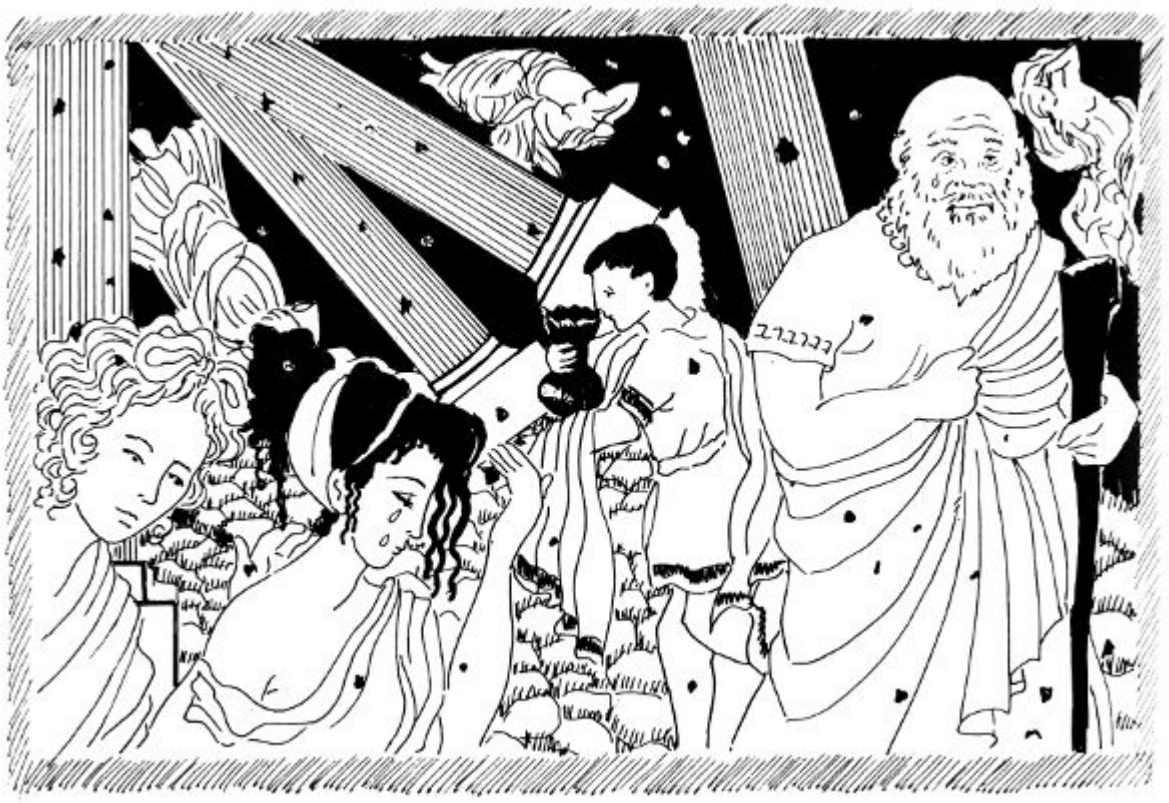
me atreví a mostrarlo a nadie hasta este momento. *Ahora* me doy cuenta de que soy, antes que cualquier otra cosa, una madre. Lo he sacado de la cuna de su niñera; *ella* había huido. ¿Quién puede pensar en semejantes circunstancias en un bebé, excepto la persona que lo llevó en su vientre? ¡Sálvalo, sálvalo…!

—¡Que la maldición caiga sobre tu destemplada voz…! ¡Lárgate, furcia…! —masculló Clodio entre dientes.

—De acuerdo, muchacha —concedió Diomedes, más humano—. Síguenos, si lo deseas. Por aquí, por aquí, a las bodegas.

Se apresuraron, llegaron a casa de Diomedes y al cruzar su vestíbulo se echaron a reír sonoramente, por considerar conjurado el peligro.

Diomedes ordenó a sus esclavos que llevasen a las galerías subterráneas antes descritas una buena provisión de comida y de aceite para los candiles; y allí Julia, Clodio, la madre y el niño, la mayor parte de los esclavos y algunos amigos y clientes de la vecindad, encontraron refugio.



Capítulo VII

El progreso de la destrucción

La nube que había esparcido la profunda oscuridad sobre el día se constituía ahora en una masa sólida e impenetrable. Parecía más bien la oscuridad de una pequeña y estrecha habitación de ventanas cerradas que la lobreguez propia de una noche al aire libre[446]. Y en la misma proporción en que crecía la tiniebla, se incrementaba el relampagueo en las cercanías del Vesubio y su vivido y ardiente resplandor. Aquel espectáculo de espantosa belleza no se limitaba a mostrar las tonalidades propias del fuego; ningún arco-iris podía rivalizar con su colosal despliegue de pródigos colores. Tan pronto ofrecía azules aún más brillantes y profundos que los cielos del sur, como lívidos y serpenteantes verdes que aparecían aquí y allá, como si se tratase de las curvaturas de un enorme reptil o

deslumbrantes y cegadores tonos rojizos que ascendían con las columnas de humo y se extendían después sobre el cielo, iluminando a la ciudad de confín a confín; de pronto aparecían también matices de enfermiza y agonizante palidez, que semejaban sombras de la propia vida.

En los intervalos de las lluvias de ceniza se oía el rumor de la tierra bajo su superficie y el romper de las olas del mar torturado. Y aún más amortiguados, pero audibles en aquella espera presidida por un pánico total, el murmullo chirriante de los gases que surgían de los abismos de la lejana montaña. A veces la nube parecía perder su sólido aspecto y adoptar, a la luz de los relámpagos, extrañas semejanzas con monstruosas formas humanas, que se deslizaban por las penumbras del firmamento persiguiéndose unas a otras o desvaneciéndose con rapidez en aquellos turbulentos abismos de tinieblas; de modo que a los ojos y en la imaginación de los afligidos damnificados aquellos vapores incorpóreos se convertían en forma y cuerpo de gigantescos enemigos, embajadores del terror y de la muerte[447].

Las cenizas llegaban en muchos lugares a la altura de las rodillas y la lluvia procedente del vapor que exhalaba el volcán penetraba en las casas, llevando consigo gases asfixiantes e irrespirables. En algunos lugares, grandes pedazos de roca lanzados contra los tejados de las casas sembraban las calles con montones de ruinas confusas, que con el paso de las horas constituían verdaderas barreras que obstruían el paso; y a medida que el día avanzaba, los movimientos de la tierra eran cada vez más acusados y los pies parecían inclinarse y resbalar, de modo que los carruajes y las literas no podían mantenerse en equilibrio ni en los lugares más llanos.

A veces las enormes rocas chocaban en su caída unas con otras, se rompían en mil pedazos y despedían chispas ígneas que hacían arder cualquier materia combustible que se interpusiera en su paso. A lo largo de la llanura que rodeaba la ciudad, la sombra que todo lo cubría quedaba interrumpida; varias casas e incluso viñedos ardían en llamas, y en distintos lugares pequeños focos de fuego lograban romperla oscuridad imperante. Además del alivio parcial que suponía esta interrupción total de unas tinieblas generalizadas, los ciudadanos disponían en algunos sitios determinados, y de modo especial en edificios públicos tales como los

pórticos de los templos y las entradas del foro, de varias ristras de antorchas a su disposición, aunque cada vez eran repuestas en menor número; la caída de la cálida lluvia y los vientos las extinguían con singular frecuencia y la repentina oscuridad que habían intentado disipar volvía a reinar sobre todas las cosas, mostrando de modo doblemente terrible y desolador la impotencia de la esperanza humana e imponiendo una lección de absoluta desesperación.

Con cierta frecuencia, a la luz momentánea de aquellas antorchas, grupos de fugitivos se habían unido a otros para dirigirse hacia el mar y se encontraban con otros que desde el mar regresaban tierra adentro, ya que las aguas se habían retirado con rapidez inusitada de las playas y orillas, se mantenían cubiertas por una total oscuridad y, por encima del rugir de sus olas alborotadas, la tormenta de cenizas y de piedras caía incesantemente, sin que pudiese encontrarse la protección que ofrecían las calles y los tejados en la ciudad. Inquietos, demacrados, llenos de temor supersticioso, estos grupos se encontraban con otros y corrían juntos en busca del refugio más próximo. La totalidad de la normativa que regía la vida civilizada parecía haberse destrozado. Una y otra vez, al leve resplandor de oscilantes luminarias, podía verse al ladrón corriendo junto a las más altas autoridades que aplicaban la ley, cargando al hombro con el producto de sus recientes ganancias y conjurando el miedo con una sonrisa. Si en la oscuridad la mujer quedaba separada del marido o el padre de su hijo, no cabía la esperanza de volver a encontrarse. Cada uno corría a ciegas y en enorme confusión. Ninguna de las muchas y complicadas normas que ordenaban la vida social quedó a salvo, a excepción del instinto primario de subsistencia.

A través de este caótico escenario se abrió paso el ateniense, acompañado por Iona y la muchacha ciega. De repente, una avalancha de gentes que se dirigía al mar los barrió de su camino. Nydia fue separada de Glauco, que junto a Iona fueron llevados en dirección contraria; y cuando aquella multitud (cuyas formas no pudieron distinguir de tan espesas como se ofrecían las sombras) desapareció, Nydia quedó separada de ambos. Glauco gritó su nombre y no obtuvo contestación. Retrocedieron en su camino inútilmente. No pudieron encontrarla y parecía evidente que había sido arrastrada en dirección contraria por aquella enloquecida corriente

humana. ¡Su amiga, su salvadora, se había perdido! Y hasta entonces, Nydia había sido también su guía. *En su ceguera, aquella escena sólo a ella podía resultarle familiar.* Acostumbrada a caminar en su noche perpetua por los recovecos de la ciudad, los había conducido felizmente hacia la orilla del mar, donde intentarían escapar. Ahora, ¿qué camino tenían que seguir? Todo resultaba complicado para ellos: una especie de laberinto, sin la más mínima pista. Cansados, abatidos y llenos de incertidumbre, siguieron adelante; las cenizas caían sobre sus cabezas y fragmentos de roca se estrellaban chisporroteando ante sus pies.

—Basta, basta —murmuró Iona—. No puedo seguir adelante. Mis pies se hunden en estas cenizas abrasadoras. ¡Huye tú, querido, huye y deja que se cumpla mi destino!

—¡Calla, mi amor, esposa mía! Morir a tu lado es más dulce que vivir sin ti. Sin embargo…, ¿adónde vamos, adónde…? ¿Cómo podemos orientarnos en esta oscuridad? Parece como si hubiésemos estado andando en círculo, porque nos encontramos en el lugar donde estuvimos hace una hora.

—¡Oh, dioses…! ¡Mira, aquella piedra acaba de hundir un tejado, justo enfrente de nosotros! ¡La muerte anda suelta por las calles!

—¡Bendito relámpago! Mira, Iona, mira… Ahí están los pórticos del templo de la diosa Fortuna. Vamos a refugiarnos bajo ellos; nos protegerán de esta espantosa lluvia.

Cogió en brazos a su amada y con dificultad y esfuerzo llegó al templo. La condujo a la parte más protegida y recóndita del pórtico y se inclinó sobre ella para protegerla con su propio cuerpo de los relámpagos y de las lluvias de ceniza. La generosidad de aquel bello amor ponía una nota de espiritualidad en aquellos terribles instantes.

—¿Quién está ahí? —preguntó la voz temblorosa y hueca de alguien que se les había anticipado en refugiarse en aquel lugar—. Pero ¿qué importa? La destrucción de este mundo en ruinas nos impide incluso tener amigos y enemigos.

Al oír aquella voz, Iona se volvió, emitió un leve grito y se acurrucó en los brazos de Glauco, mientras él, al fijar la mirada en la dirección en que había sonado la voz, descubrió la causa de su alarma. A través de la

oscuridad brillaban dos ojos enfebrecidos —los relámpagos iluminaron oblicuamente durante varios segundos el templo—, y Glauco descubrió con un escalofrío, sentado junto a una de las columnas, el león al que había sido condenado a enfrentarse; y cercano al animal e ignorante de su presencia, yacía la gigantesca figura de quien les había dirigido la palabra, el gladiador herido, Niger.

El resplandor de un postrer relámpago reveló a uno y otro la silueta del hombre y del animal; pero el instinto feroz de ambos se había acallado. Es más, el león se acercó al gladiador en busca de compañía y Niger no se asustó ni retrocedió. Aquella conmoción de la naturaleza había acabado con los pequeños temores y también con los odios y afectos habituales.

Mientras permanecían allí, precariamente protegidos, un grupo de hombres y de mujeres, portando antorchas, pasó junto al templo. Erala congregación de los nazarenos. Ninguna clase de emoción sublime o sobrenatural había sido capaz de desterrar el sentimiento de horror de sus almas, pero sí se mostraban libres del lastre del miedo. De acuerdo con el error en el que incurrieron los primeros cristianos, estaban convencidos de que estaban viviendo el fin del mundo y de que se hallaban en el último día.

—¡Es el día de la calamidad…! ¡Afligios, afligios…! —gritó, con voz aguda y penetrante, el más anciano de ellos que los dirigía—. ¡Observad…! El señor desciende para juzgarnos. ¡Afligios, afligios, vosotros los fuertes y los poderosos…! ¡Aflicción para los que gozan del cetro y de la púrpura…! ¡Aflicción para los idólatras y para los que adoran a las bestias…! ¡Aflicción para los que derraman la sangre de los justos y para los que se deleitan con los estertores de agonía de los hijos de Dios…! ¡Aflicción para las prostitutas de los mares…! ¡Aflicción, aflicción…!

Los nazarenos pasaron lentamente, con sus antorchas oscilando en el temporal de cenizas, sus voces pronunciando sin cesar el mensaje de advertencia y de amenaza, hasta perderse en el laberinto de las calles; y la oscuridad y el temblor silencioso de la muerte volvió a caer sobre el templo.

Se produjo una de las frecuentes pausas entre el diluvio de cenizas, y Glauco animó a Iona para emprender de nuevo su camino. Y mientras, aún dubitativos, se encontraban en el último escalón del pórtico, un anciano cargado con una bolsa y con una mano apoyada sobre el hombro de un

joven, pasaron junto a ellos. Glauco los identificó como padre e hijo, el avaro y el pródigo.

—Padre —dijo el joven—. Si no puedes caminar con mayor rapidez, tendré que dejarte para que no muramos los dos.

—¡Corre entonces, muchacho, y abandona a tu padre!

—No puedo huir para morirme de hambre; dame la bolsa de oro.

Y el muchacho intentó arrancársela de las manos.

—¡Desgraciado…! ¿Te atreves a robar a tu padre?

—¡Bah! ¿Quién va a andarse con excusas en momentos como éste? Muérete, avaro.

El joven derribó a su padre al suelo, le tomó la bolsa de su mano ya sin fuerza y echó a correr, lanzando un grito de alegría.

—¡Oh dioses! —gritó Glauco—. ¿También vosotros estáis ciegos en la oscuridad? En los crímenes que hoy se cometen condenáis por igual a los culpables y a los inocentes. ¡Vamos, Iona, vamos!

Capítulo VIII

Arbaces se encuentra con Glauco e Iona

Avanzando, como hacen los prisioneros que sin más instrumento que sus manos palpan en busca de una salida, Iona y su enamorado prosiguieron su incierto camino. Aprovechaban los instantes en que los relámpagos volcánicos iluminaban las calles para determinar la dirección de sus pasos, gracias a la terrible claridad que esparcían. Sin embargo, lo que se ofrecía a su vista distaba mucho de animarlos y de confortarlos. En los lugares donde las cenizas se amontonaban solas, sin ser humedecidas por las torrenteras hirvientes que lanzaba la montaña a su capricho, la superficie de la tierra presentaba un aspecto blancuzco, similar a la espantosa piel de los leprosos. En otros sitios, cenizas y rocas se entremezclaban en grandes montones,

bajo los cuales no era extraño distinguir los miembros medio ocultos de algún fugitivo aplastado y mutilado. Los lamentos de los moribundos se confundían con los salvajes gritos de terror de las mujeres —a veces, lejanos; en otras ocasiones, cerca—, que oídos en aquella tremenda oscuridad parecían doblemente espantosos, dado el total sentimiento de impotencia que todos padecían y la incertidumbre que proporcionaba el peligro que surgía por doquier. Los más claros y nítidos de todos aquellos sonidos espeluznantes eran los que procedían de la montaña criminal; sus devastadores vientos; sus arremolinadas torrenteras y de cuando en cuando el estallido rugiente de alguna explosión más rotunda y más violenta. Y, mientras las fuertes ráfagas de viento ululaban por las calles, arrastraban siempre consigo corrientes de polvo ardiente y vapores tan pestilentes y venenosos que al instante impedían la respiración y privaban del normal uso de los sentidos; proceso al que seguía la extraña sensación de que la sangre se detenía en las venas, con una especie de hormigueo agónico que hacía temblar cada uno de los músculos y de los nervios del cuerpo.

—¡Oh, Glauco, amor mío…! ¡Tómame en tus brazos! ¡Abrázame, déjame sentir tus brazos alrededor mío y que muera entre ellos…! ¡No puedo más!

—Hazlo por mí, por mi vida… Ten valor, dulce Iona. Mi existencia está ligada a la tuya. Mira aquellas antorchas… Vayamos por allí. Observa cómo esas luminarias desafían al viento. Se mantienen vivas en mitad de la tormenta… Deben de ser fugitivos que van al mar. Unámonos a ellos.

Como si se hubieran dispuesto a ayudar y a animar a los enamorados, los vientos y la lluvia cesaron unos instantes; la atmósfera ofrecía una profunda calma; la montaña parecía descansar un rato, quizá reuniendo fuerzas para añadir más furia a su próximo estallido. Los que llevaban las antorchas avanzaban con lentitud.

—Nos estamos acercando al mar —dijo con voz tranquila la persona que los conducía—. ¡Libertad y riqueza para todos los esclavos que sobrevivan el día de hoy! ¡Valor! Ya os he dicho que los mismos dioses me han prometido la salvación. Adelante…

Las rojizas y uniformes llamas de las antorchas se reflejaron en los ojos de Glauco y de Iona, quien se inclinaba, temblorosa y exhausta, contra el

pecho de su enamorado. Varios esclavos llevaban, bajo la claridad de las antorchas, cestos y cofres cargados de mercancías; y al frente de ellos, con una espada desenvainada en su mano, se alzaba la alta figura de Arbaces.

—¡Por mi padre…! —gritó el egipcio—. El destino me sonríe incluso en medio de estos horrores, y en esta desolación presidida por el terror y la muerte me augura felicidad y amor. ¡Fuera, griego! ¡Reclamo a mi pupila, Iona!

—¡Traidor y asesino! —exclamó Glauco, mirando a su enemigo—. ¡Némesis me ha traído hasta ti para realizar mi venganza…! Será un justo sacrificio a las sombras infernales que hoy parecen andar sueltas sobre la superficie de la tierra. Acércate, toca tan sólo una mano de Iona y tu espada se convertirá en una caña. ¡Pienso despedazarte, miembro a miembro!

De pronto, mientras hablaba, el lugar quedó iluminado por una intensa y cegadora claridad. Brillante y gigantesca, como si estuviese encerrada entre las paredes del infierno, surgió de la montaña una inmensa columna de fuego. Parecía que su cumbre se había dividido en dos; o mejor, que sobre su superficie se habían erguido dos cuerpos monstruosos que enfrentasen uno a otro, como demonios disputándose la posesión del mundo. Una gran pincelada de oscuros tintes sanguinolentos tiñó la totalidad del firmamento, a lo ancho y a lo largo de los campos; pero la parte inferior de la montaña permanecía aún envuelta en la oscuridad, excepto en tres puntos determinados, por los que manaban de forma irregular y serpenteante ríos de lava derretida. Aquellas torrenteras de rojo oscuro avanzaban con lentitud entre la desolada oscuridad de sus orillas y se dirigían hacia la ciudad querida. Sobre la mayor de aquellas corrientes ígneas parecía alzarse un peñascoso y magnífico arco, como si se tratase de la misma boca del infierno que expelía las entrañas de un improvisado Flegetonte. Y en la calma del aire se oyó el paso silbante de los fragmentos de roca, lanzados uno tras otro a medida que la catarata iba avanzando; por un instante oscurecían el fuego donde caían con estrépito, para abrirse después sobre sí mismos y ofrecer la gama entera de bruñidos colores que presentaba la corriente de fuego en la que habían flotado.

Los esclavos comenzaron a gritar, se agacharon y se cubrieron el rostro con las manos. El propio egipcio permaneció en pie, inmóvil, como en

éxtasis, observando aquel gran resplandor rojizo que teñía sus autoritarias facciones y sus ropas repletas de joyeles. Detrás de él se hallaba la alta columna que sostenía la estatua de bronce de Augusto; y hasta la efigie imperial parecía cambiar de forma y de color con el resplandor del fuego.

Con su mano izquierda rodeando la cintura de Iona y con la derecha sosteniendo el estilete que hubiese sido su única arma en la arena y que por fortuna llevaba aún encima, en actitud amenazante, con el ceño fruncido, los labios ligeramente separados, con toda la rabia propia de la pasiones humanas, contenida como por arte de encantamiento en su expresión, Glauco se enfrentó al egipcio.

Arbaces apartó la mirada de la montaña y fijó sus ojos en la persona de Glauco. Hizo una breve pausa y después dijo:

—¿Por qué dudo? ¿Acaso no predijeron las estrellas el único peligro inminente que me amenazaba? ¿Y acaso no ha sido conjurado tal peligro? El alma —gritó en voz alta— puede enfrentarse al naufragio de los mundos y a la ira de imaginarios dioses. Seguid adelante, esclavos… ¡Ateniense, defiéndete y que tu sangre caiga sobre tu propia cabeza! ¡Así recobraré a Iona!

Avanzó un paso…, el último que dio sobre la tierra. El suelo se sacudió bajo él con una convulsión que lanzó sobre su superficie todo cuanto había a su alrededor. Simultáneamente sonó otro estruendo procedente de la ciudad, como consecuencia del derrumbamiento de varios tejados y columnas; la luz de un relámpago, como atraída por el metal, se detuvo un instante sobre la estatua imperial, mientras el bronce y la columna oscilaban. El eco de su destrucción corrió por la calle y el sólido pavimento sobre el que se mantenían erguidas se partió en dos al recibir sus restos. La profecía de las estrellas se había cumplido.

El estruendo y la sorpresa anonadaron al ateniense durante algunos momentos. Cuando se rehízo, la luz iluminaba aún la escena y la tierra todavía oscilaba y temblaba bajo sus pies. Iona yacía sin sentido en el suelo; pero él aún no la había visto. Sus ojos se hallaban aferrados al rostro fantasmagórico que parecía emerger, sin tronco ni miembros, de los grandes pedazos de la destrozada columna, un rostro que expresaba un dolor, una agonía, una desesperanza infinita. Sus ojos cerrados se abrieron con

rapidez, como si estuviese aún en posesión de sus sentidos; sus labios temblaron y sonrieron y… de pronto cayó sobre aquella cara una repentina inmovilidad y las sombras cubrieron sus facciones, manteniendo sin embargo todo el horror que encerraba su aspecto, imposible de ser olvidado jamás.

¡Así murió el sabio mago, el gran Arbaces, el Hermes del flamígero cinto, el postrer eslabón de la realeza de Egipto!

Capítulo IX

La desesperación de los enamorados. — La zozobra del pueblo

Glauco se sintió a la vez agradecido y lleno de horror. Tomó de nuevo a Iona en sus brazos y caminó por la calle, que ahora estaba intensamente iluminada. Pero de pronto una sombra aún más impenetrable que las anteriores cubrió el cielo. Se volvió instintivamente hacia la montaña y distinguió cómo uno de los dos picachos que componían su cumbre oscilaba y se movía de un lado para otro; y después, con un estrépito que no puede ser descrito con palabras, vio cómo se desprendía de su base y provocaba una avalancha de fuego que comenzó a deslizarse por las laderas del monte. Al mismo tiempo, una intensa nube de humo negro comenzó a cubrir el cielo, la tierra y el mar.

Uno y otro y otro chaparrón de cenizas, mucho más profusos que los anteriores, sembraron nueva desolación en las calles y la oscuridad volvió a envolverlas como si se tratara de un velo. El animoso corazón de Glauco quedó anonadado y en plena desesperación se dejó caer bajo la protección de un arco, apretando a Iona contra su pecho —una novia en un lecho de ruinas— y se resignó a morir.

Mientras tanto Nydia, separada por la multitud de la compañía de Glauco y de Iona, había intentado en vano volver a encontrarlos. Inútilmente había anunciado a voces su lamentable condición de ciega; sus penosos gritos se perdían entre miles de lamentos de abrumado terror. Una y otra vez regresó al lugar donde se habían separado sin encontrar rastro de ellos, para detener a todos los que huían y preguntarles por Glauco, para verse empujada y desatendida de todos en la inquietud de aquella locura colectiva. ¿Quién era capaz en aquellos momentos de dedicar un pensamiento al prójimo? Quizá en este tipo de escenas de espanto universal nada resulta más horrible que el egoísmo que engendran. Al fin pensó que, si habían decidido ir en busca del mar para salvarse, la mayor posibilidad de volver a reunirse con ellos era seguir en aquella dirección. Dirigió, pues, sus pasos con la ayuda del cayado que llevaba siempre y prosiguió con increíble destreza, evitando las grandes masas de ruinas que encontraba a su paso en mitad de las calles y sin perder el rumbo (¡resultaba ahora tan beneficioso ser ciego como era triste en la vida normal!) para tomar el trayecto más breve hacia el mar.

¡Pobre muchacha…! Era hermoso contemplar el valor que atesoraba… Y el destino parecía favorecer también a una persona tan desvalida. Las torrenteras hirvientes no tocaron su piel, a excepción de la lluvia de ceniza que los acompañaba; pesados fragmentos de escoria hacían estremecer la tierra a su lado o frente a ella, pero parecían eludir su frágil persona; y cuando la ceniza caía sobre ella, se la sacudía con un ligero temblor de su cuerpo y continuaba su camino[448].

Débil, desamparada, valerosa, mantenida en pie por un solo deseo, era la viva imagen de Psique, en su errático vagabundear; de la Esperanza, marchando por los Valles de las Sombras; del alma misma, solitaria e indefensa, en medio de los peligros y las asechanzas dela vida.

Su camino se veía continuamente entorpecido por multitudes que se abrían paso en la oscuridad, decididas a huir aprovechando la intermitente claridad que los relámpagos ponían a la escena; al fin, un grupo de gentes que portaba antorchas fue a dar con ella y la arrojaron al suelo con violencia.

—¡Vaya! —dijo algún componente de aquella partida—. ¡Es la muchacha ciega! ¡Por Baco, no podemos dejarla aquí para que muera! ¡Arriba, tesalia mía! Eso es, así… ¿Estás herida? Eso está bien. Ven con nosotros, nos dirigimos al mar.

—Oh, Salustio, es tu voz… ¡Los dioses sean loados…! Glauco, Glauco, ¿le has visto?

—No, a estas alturas ya debe de hallarse fuera de la ciudad. Los dioses que le salvaron del león también lo protegerán de estas montañas de fuego.

El amable epicúreo, después de animar a Nydia, la llevó consigo en dirección al mar, desoyendo su apasionada solicitud de permanecer donde estaban para proceder a la búsqueda de Glauco; y de nuevo, con su peculiar acento de desesperanza, continuó pronunciando el nombre de su amado, que en medio de los convulsivos elementos era la única música capaz de dar vida a su corazón.

La repentina luminosidad del ambiente, la aparición de los ríos de lava y el terremoto, que ya han sido descritos, ocurrieron cuando Salustio y su partida llegaron al camino que conducía directamente desde la ciudad al puerto. Y allí se vieron detenidos por una ingente multitud, quizá más de la mitad de los pobladores de Pompeya. Miles y miles de personas se encontraban diseminadas por los campos de extramuros, sin saber adónde dirigirse. El mar se había retirado lejos dela costa, y los que habían huido hacia él se mostraban tan agitados por el sobrenatural repliegue de las aguas, como por el espectáculo que ofrecían las formas, sorprendentes y deterioradas, de los objetos que el mar había dejado sobre la arena de las playas. Y atemorizados por los silbidos de las pesadas piedras que la montaña arrojaba a las profundidades marinas, habían optado por regresar a tierra, donde la tragedia ofrecía un aspecto menos espantoso que el huidizo mar. Así, pues, los dos grandes grupos humanos, uno procedente de la costa y otro de tierra adentro, se juntaron para experimentar el relativo consuelo

de ser muchos los que se encontraban en la misma y desesperada situación. Se detuvieron todos, embargados por la duda y el desánimo.

—El mundo va a ser destruido por el fuego —dijo un anciano de larga túnica que era filósofo de la escuela estoica—. Tanto la sabiduría estoica como la epicúrea han coincidido en esta predicción y ha llegado la hora.

—Sí, ha llegado la hora —corroboró una voz solemne, profunda y exenta de temor en su tono.

La gente se volvió para verlo, un tanto aterrorizada. Aquella voz había sonado por encima de sus cabezas y era la de Olintho, que, rodeado de sus amigos cristianos, se encontraba en el abrupto promontorio en el que los antiguos colonos griegos habían alzado su templo a Apolo, ya abandonado y en estado semidormido.

Mientras pronunciaba aquellas palabras, se produjo la repentina claridad que anunció la muerte de Arbaces y que resplandeció sobre aquella enorme multitud asustada, encogida de ánimo, tensa y sin aliento —nunca se habían visto sobre la faz de la tierra rostros humanos más macilentos; jamás seres mortales se han hallado de tal modo marcados por la sublimidad del terror-pánico ni nunca volverán a estarlo hasta que los postreros acordes de la trompeta del Juicio Final de nuevo los convoque—, que observaba la figura de Olintho, quien con el brazo alzado y ceño profético parecía burlarse de aquellos fuegos vivientes. Y la multitud reconoció el rostro de aquel a quien había condenado a morir en los colmillos de la fieras: *entonces* su víctima, *ahora* su amonestador. Y en mitad del silencio, volvió a sonar su voz terrible:

—¡Ha llegado la hora!

Los cristianos repitieron el grito, que resonó por todos los ámbitos y fue captado por las mujeres, por los hombres, los niños y los ancianos, que repitieron, no en voz alta, sino para sí mismos, con un ahogado y tétrico murmullo:

—¡HA LLEGADO LA HORA!

En aquel instante el viento pareció rasgarse con el aullido violento de un animal; y el terrible tigre del desierto, pensando sólo en escapar, sin saber hacia dónde, saltó entre la multitud y se abrió paso entre ella. Después

advino el terremoto y la más total oscuridad volvió a cernerse sobre la tierra.

A los pocos minutos, llegaron nuevos fugitivos. Sin cargar ya con los tesoros propiedad de su dueño, los esclavos de Arbaces se unieron a la multitud. Solamente una de sus antorchas seguía luciendo y la llevaba Sosia; y, al caer su resplandor sobre la cara de Nydia, reconoció a la tesalia.

—¿De qué me servirá ahora la libertad, muchacha ciega? —preguntó el esclavo.

—¿Quién eres? ¿Sabes algo de Glauco?

—Sí, acabo de verle hace unos minutos.

—¡Que los dioses bendigan tu cabeza…! ¿Dónde?

—Reclinado bajo uno de los arcos del foro, muerto o a punto de morir. Habrá ido a unirse con Arbaces, que también ha pasado a mejor vida.

Nydia, sin pronunciar una palabra, se escabulló de la compañía de Salustio; se deslizó en silencio entre los que se hallaban detrás de ella y encaminó sus pasos hacia la ciudad. Llegó al foro y fue a dar con el arco; se detuvo, palpó a su alrededor y gritó el nombre de Glauco.

—¿Quién me llama? —preguntó una voz débil—. ¿Es acaso la voz de las Sombras? Ven, pues, estoy preparado.

—¡Levántate, sígueme…! Cógete de mi mano. Tienes que salvarte, Glauco.

Abrumado por aquella repentina sorpresa, Glauco se levantó.

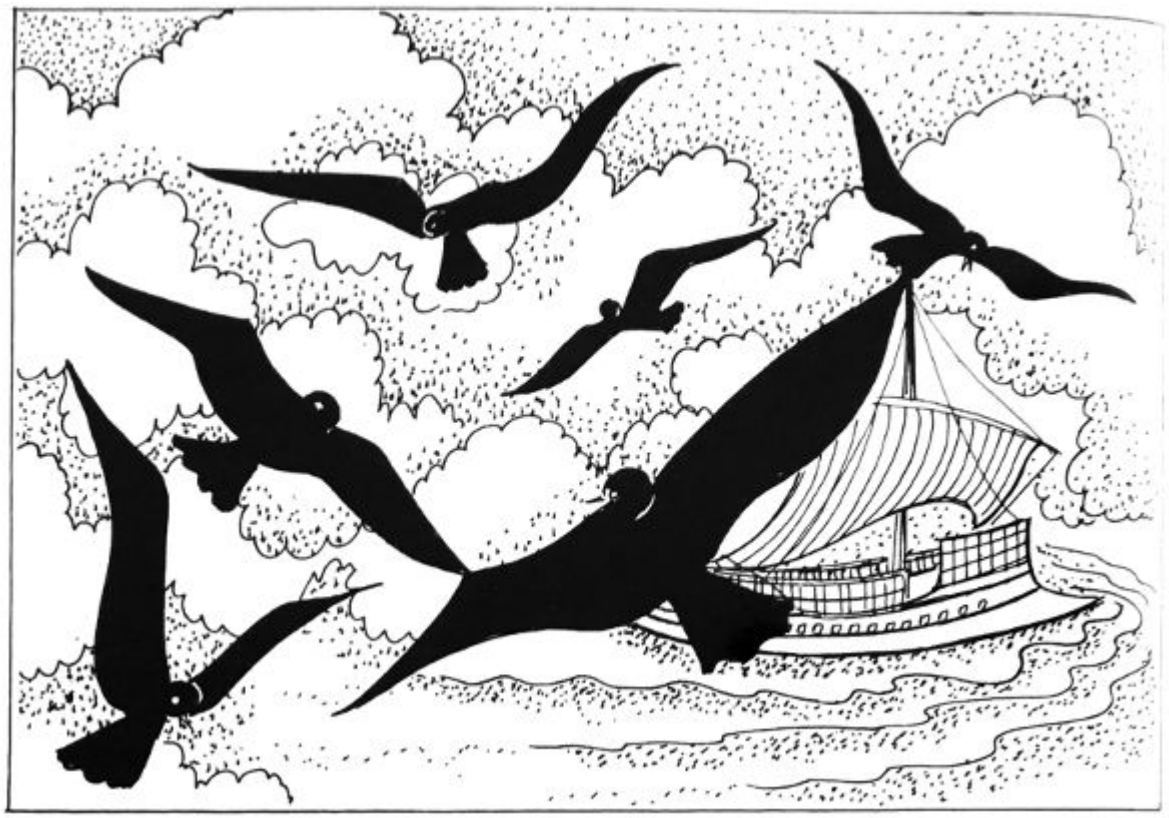
—¿Otra vez tú, Nydia? Entonces, ¿estás a salvo?

La alegría y la ternura de su voz conmovió el corazón de la pobre tesalia, mientras le bendecía por haber pensado en ella.

Medio arrastrando, medio llevando a Iona, Glauco siguió a su guía. Con admirable prudencia, Nydia evitó el camino que conducía a la multitud que acababa de dejar y marchó por otra ruta en busca de la orilla del mar. Tras varios descansos e increíble perseverancia, llegaron a la costa y se encontraron con un grupo de gente más osada que los demás, resuelta a desafiar cualquier peligro antes que permanecer en aquel lugar. En plena oscuridad se hicieron a la mar; y, cuando ya habían dejado tierra, observaron que el aspecto de la montaña había cambiado y que ahora sus torrenteras de lava fundida teñían de tonos rojos las olas.

Totalmente agotada, exhausta, Iona dormía sobre el pecho de Glauco y Nydia descansaba a sus pies. Mientras tanto, la lluvia de polvo y cenizas, impulsada cada vez más lejos, caía sobre las aguas y se esparcía como nieve sobre la cubierta de la nave.

Llevadas por los vientos a lo largo y a lo ancho del mundo, aquellas lluvias cayeron en los más remotos confines, sorprendiendo incluso a los negros de África. Y también se arremolinaron sobre los suelos arcaicos de Siria y de Egipto[449].



Capítulo X

La mañana siguiente. — El destino de Nydia

Dulce, suave y bellamente, surgió el amanecer y la luz de aquella patética oscuridad; los vientos se calmaron; la espuma de las olas desapareció y el delicioso mar se vistió de nuevo con su brillante tono azul. Por el este, las delicadas nieblas fueron tiñéndose poco a poco de un matiz rosáceo que anunciaba el día; la luz se disponía a restaurar su reinado. Sin embargo, los fragmentos de piedra que habían caído de la devastadora nube, se distinguían, oscuros y macizos, en la distancia, y los rojos regueros, cada vez más y más oscurecidos, revelaban que la montaña de «los campos calcinados» seguía vomitando fuego. Los hermosos muros y las esbeltas columnas que contribuían a decorar la bella costa habían desaparecido. Las

orillas del mar, cercanas a Herculano y Pompeya, aparecían sombrías y tristes. Las novias del mar habían sido arrancadas de sus brazos. Siglos y más siglos el poderoso océano alargaría sus poderosas manos de bruñidos azules sin poder encontrarlas, tras esparcir sus lamentos sobre los sepulcros de lo que había perdido.

Ningún *grito* de los marineros saludó al día. El amanecer llegó gradualmente y la gente del mar se encontraba cansada en exceso para expresar su repentina alegría; pero sí hubo un *susurro,* apagado y sincero, de acción de gracias, entre aquellos hombres que habían sido testigos de la espantosa noche. Se miraban unos a otros y sonreían para reanimarse y para darse cuenta de que aún existía un mundo a su alrededor y un Dios por encima de sus cabezas. Y en el convencimiento de que lo peor había ya pasado, los que se encontraban más cansados dieron media vuelta y conciliaron un sueño placentero. En la luz creciente de los cielos había un silencio que la noche no había ofrecido. Y las naves comenzaron a surcar las aguas rumbo a sus puertos. Unos pocos bajeles, ocupados por fugitivos, podían distinguirse también en la infinidad del mar, aparentemente inmóviles, pero también poniendo proa hacia tierra. Se palpaba un sentimiento de seguridad, de compañerismo, de esperanza, a la vista de sus esbeltos mástiles y sus blancas velas. ¡Cuántos queridos amigos, perdidos en la oscuridad y quizá muertos, no habían tenido la oportunidad de lograr un refugio que los salvara…!

En el silencio que implicaba un sueño compartido por todos, Nydia se levantó sin hacer ruido. Se inclinó sobre el rostro de Glauco, inhaló el aliento de su profundo dormitar y, con timidez y tristeza, le besó la frente y los labios; palpó para tomar su mano y la encontró cerrada sobre la de Iona; suspiró profundamente y su rostro se cubrió de tristeza. De nuevo le besó en la frente y con un mechón de su cabello le quitó la humedad de la noche.

—¡Que los dioses te bendigan, ateniense —murmuró—, y que seas feliz con tu amada…! Quizá alguna vez te acuerdes de Nydia. ¡Ay, ella ya no tiene nada que hacer en este mundo!

Tras pronunciar estas palabras, dio media vuelta. Se deslizó lentamente por los *fori*[450], o pasillos cercanos a las amuras, hacia el otro extremo de la

nave y deteniéndose allí se inclinó sobre las aguas. La fresca espuma del mar le acarició la frente acalorada.

—Es el beso de la muerte —dijo—. Sea bienvenido.

El aire tibio jugueteaba con sus trenzas, que apartó de su rostro para elevar sus ojos —tan tiernos y tan huérfanos de luz— hacia la terciopelada superficie de un cielo que ella jamás había visto.

—¡No, no! —dijo casi en voz alta, en tono de profunda reflexión—. No puedo soportarlo; ese amor exigente, esos celos, conducirán mi alma a la locura. He podido salvarle la vida dos veces…, feliz, feliz consuelo. En consecuencia, ¿por qué no *morir* ahora que me siento feliz? ¡Oh, mar divino, oigo tu hospitalaria voz con la frescura de una alegre llamada! Dicen que morir en tus brazos no es honorable, que tus víctimas no pueden cruzar la fatal Estigia[451]. ¡Bien, que así sea…! ¡Prefiero no volver a encontrarle en las sombras, porque aun *allí* estaría con *ella!* ¡Descansar, descansar, descansar…! No puede haber otro Elíseo para un corazón como el mío.

Un marinero, medio dormido sobre cubierta, oyó un ligero chapoteo sobre las aguas. Echó un vistazo con desidia, y al incorporarse le pareció ver, tras las aguas que la nave surcaba alegremente, una sombra blanquecina sobre el mar, que desapareció en un instante. Volvió a tenderse sobre cubierta y comenzó a pensar en su hogar y en sus hijos.

Cuando los enamorados se despertaron, el primer impulso de cada uno fue pensar en el otro…, y después en Nydia. No fue posible encontrarla. Nadie la había visto desde la noche anterior. Buscaron por todos los rincones de la nave sin hallar rastro alguno de ella. Misteriosa de principio a fin, la tesalia ciega se había desvanecido del mundo delos vivos. Ambos adivinaron en silencio su destino. Y Glauco e Iona, al hallarse juntos (conscientes de que el uno constituía el mundo entero para el otro), olvidaron su mutua entrega y lloraron por su perdida hermana.

Último Capítulo

En el que todo concluye

CARTA DE GLAUCO A SALUSTIO, DIEZ AÑOS DESPUÉS DE LA DESTRUCCIÓN DE POMPEYA

Atenas.

«De Glauco a su querido Salustio, ¡paz y salud!

Me pides que visite Roma… No, Salustio, sería mejor que tú vinieses a Atenas. Reniego de la ciudad imperial, de sus aglomeraciones multitudinarias, de sus frívolos entretenimientos. Pienso vivir el resto de mis días en mi tierra nativa. El recuerdo de sus pasadas grandezas me resulta más querido que vuestra vida lujosa y vuestra estrepitosa prosperidad. Hallo en nuestros reverenciados pórticos el hálito sagrado de

nuestros venerables espíritus y poseen para mí un encanto que ningún otro lugar puede proporcionarme. En los olivares del Iliso oigo aún la verdadera voz de la poesía: en las alturas de File, las nubes del atardecer semejan las mortajas de nuestra libertad perdida, o quizá anuncian la llegada de los heraldos que nos la devolverán en el futuro. No te rías de mi entusiasmo, Salustio. Más vale la esperanza para un ser entre cadenas que la resignación ante el esplendor de las mismas. Me dices que estás convencido de que no puedo gozar de la vida en la melancolía de estos lugares que añoran su grandeza. Tú, al parecer, hallas inenarrable deleite en el esplendor de Roma y en los lujos dela corte imperial. Querido Salustio, *non sum qualis eram*[452], no soy el que fui. Los acontecimientos de mi vida han serenado el ardor de mi sangre. Mi salud no ha acabado de recuperar el acostumbrado bienestar anterior a las penas de mi enfermedad y a la languidez que adquirí en el humedecido ambiente de las celdas de los criminales. Jamás se ha desvanecido de mi memoria el recuerdo de la total oscuridad que envolvió el último día de Pompeya ni los horrores de tanta desolación y tanta ruina. ¡Nuestra querida, nuestra siempre presente Nydia…! He erigido una tumba en su honor, que veo todos los días desde la ventana de mi estudio. Mantiene en mí despierta una tierna rememoración, una tristeza grata, que constituyen el adecuado homenaje a su fidelidad y a su misteriosa y temprana muerte. Iona recoge flores y yo con mis propias manos compongo guirnaldas con ellas antes de dejarlas sobre su tumba cada día. ¡Se merecía tener un túmulo en Atenas!

Me hablas de que la secta de los cristianos crece considerablemente en Roma. Salustio, a ti puedo confesarte mi secreto; he pensado mucho, he meditado acerca de esa fe y… la he adoptado. Después de la destrucción de Pompeya, volví a ver a Olintho, a salvo…, ay, pero sólo por un día y caído como un mártir en la indomable y enérgica entrega a su credo. Me hizo ver que en mi salvación de las garras del león y del terremoto había mediado la mano de un Dios desconocido. Le escuché…, creí…, y ahora adoro a ese Dios. Mi amada, mi cada día más querida Iona, ha abrazado también ese credo…, un credo, Salustio, que tras lanzar luz sobre esta existencia en este mundo ofrece una gloria ilimitada, bella como un atardecer, en el próximo. Ahora sabemos que ella y yo estamos unidos en alma y cuerpo para

siempre. Pueden, pues, pasar los años uno tras otro, podrá desaparecer hasta nuestro polvo y secarse la tierra como un viejo pergamino; pero una y otra vez el ciclo de la eternidad moverá incesantemente las ruedas de la verdadera vida. Y del mismo modo que la tierra se ilumina del sol, la inmortalidad alimenta su felicidad de la virtud practicada en esta vida; y esa felicidad es, ni más ni menos, la sonrisa de Dios. Ven avernos, Salustio, te lo ruego; tráeme los siempre instructivos pergaminos de Epicuro, Pitágoras y Diógenes y prepárate para la derrota; discutiríamos por las arboledas de la Academia[453], bajo el consejo bien fundado que nos legaron nuestros antepasados, acerca del gran problema de la finalidad de nuestra vida y de la naturaleza del alma.

Iona… —al escribir este nombre mi corazón palpita con fuerza—, Iona está aquí, a mi lado, mientras te escribo. Y levanto los ojos y encuentro su sonrisa. El atardecer cae tembloroso sobre el Himeto y por los ámbitos de mi jardín se escucha el zumbido de las abejas de verano. Aquí, todo cuanto se ve abre el alma y despierta profundos afectos: los árboles, las aguas, las colinas, los cielos…, son los de Atenas —noble, aunque degradada—, madre de la Poesía y del Saber. ¿Me preguntas, pues, si soy feliz? ¡Oh! ¿Acaso Roma puede ofrecerme algo semejante a lo que tengo en Atenas? En el vestíbulo veo las efigies de mis antepasados. En el Cerámico[454] contemplo sus tumbas. En las calles veo la mano de Fidias y el alma de Pericles. Harmodio y Aristogiton están en todas partes, y en nuestros corazones, o al menos en el *mío*, nunca morirán. Si existe algo que pueda hacerme olvidar que soy ateniense y que no poseo libertad, es tan sólo el dulce, el vigilante, el vívido e insomne amor de Iona: un amor que ha adquirido un nuevo matiz con nuestro nuevo credo, un amor que ninguno de nuestros poetas, por muy inspirados que se encontrasen, podrían describir sin ensombrecerlo; puesto que, unido a nuestra religión, forma parte de ella misma y queda presidido por los más puros y celestiales pensamientos: es decir, que nos lo llevaremos ambos a la eternidad y allí lo conservaremos blanco e inmaculado, de modo que no tengamos de qué avergonzarnos cuando se lo expongamos a nuestro Dios.

Es ésta la verdadera moraleja que se extrae de nuestra remota fábula griega de Eros y Psique[455]: en resumen, y para decirlo en pocas palabras,

el alma dormida en los brazos del amor. Y si nuestro amor me alivia de la fiebre de ser libre, mi religión aporta aún mayor contribución a ese fin. Porque cada vez que tomo la espada o taño la cítara y pienso en un nuevo maratón[456] (un maratón sin victoria) y el desánimo se apodera de mi alma al pensar en la impotencia de mi patria, bajo el peso insoportable del yugo de Roma, me conformo al menos con el pensamiento de que la tierra apenas ha comenzado a vivir y que la gloria de unos cuantos años no significa nada ante los vastos espacios de la eternidad, pues no existe libertad perfecta hasta que las cadenas de nuestra arcilla liberen las almas y pasen éstas a heredar y a dominar el tiempo y el espacio. Sin embargo, Salustio, aún quedan unas gotas de mi sangre griega en mi concepto de la nueva fe. No comparto el fanatismo de los que ven pecado merecedor de ira eterna en los hombres que no piensan como nosotros. No me escandalizo ante otras creencias religiosas y, lejos de atreverme a *maldecirlos,* pido a nuestro Padre que los *convierta.* Este tipo de tibieza produce cierta desconfianza entre los cristianos; pero yo los perdono. Y sin ofender de manera palpable los prejuicios de la mayoría, encuentro ciertas facilidades para proteger a mis hermanos de los peligros de la ley, que son consecuencia de un excesivo celo. Si la moderación se me antoja la secuela natural de la benevolencia, ofrece además amplio campo para practicar la beneficencia.

Ésta es, pues, Salustio, mi vida y éstas mis opiniones. Y de este modo vivo la vida y espero la muerte. Y tú, amable y buen discípulo de Epicuro, tú… Pero será mejor que vengas por aquí y te des cuenta de cuáles son nuestros gozos y esperanzas; ciertamente no, el esplendor de los banquetes imperiales ni los gritos de la multitud en el circo, ni el alboroto del foro, ni la brillantez de los teatros ni los lujosos jardines ni las voluptuosas termas de Roma. Estoy seguro de que nuestra vida se te antojará de una más plena e ininterrumpida felicidad que la que injustamente compadeces y califica como penosa existencia de Glauco, el ateniense. Adiós.»

Han pasado cerca de diecisiete siglos desde que Pompeya fue desenterrada de su silenciosa tumba[457], con todo su vivido y lozano colorido; las pinturas al fresco de sus paredes parecían concluidas ayer y las teselas de los valiosos mosaicos de sus suelos estaban intactas; en el foro aparecieron las columnas a medio concluir, tal y como las habían dejado las

manos de los artesanos; en los jardines de las casas se hallaron los trípodes de los sacrificios; en los vestíbulos, las vitrinas delos tesoros; en las termas, el *strigil*[458]; en los teatros, las taquillas; en los salones, los muebles y las lámparas; en sus *triclinia,* restos del último festín; en los dormitorios, perfumes y barras de labios para enaltecer bellezas ya ajadas; y en todas partes, huesos y esqueletos de aquellos que en otro tiempo dieron movimiento a aquella pequeña maquinaria de vida y de lujo.

En las bóvedas subterráneas de la casa de Diomedes se descubrieron veinte esqueletos (uno de ellos un bebé), en un lugar muy determinado cercano a la puerta, y cubiertos por una fina capa de cenizas que indudablemente habían entrado por toda clase de resquicios hasta llenar las bodegas. Se encontraron joyas y monedas, candelabros que no pudieron proporcionar luz y vino endurecido en sus ánforas para prolongar su agonía. Las cenizas, consolidadas por la humedad, recogieron el contorno de los esqueletos como si se tratara de moldes. Y el viajero puede observar el relieve de un cuello y un torso de una mujer joven, de armónicas proporciones: el rastro de la desgraciada Julia. El visitante tiene la impresión de que el aire fue transformándose poco a poco en vapores sulfurosos y que los habitantes de las bodegas se debieron agrupar junto a la puerta para encontrarla cerrada y bloqueada por las escorias acumuladas en el exterior, antes de morir ahogados por aquella atmósfera enrarecida.

En el jardín se encontró un esqueleto con una llave entre los huesos de su mano y en sus cercanías una bolsa con monedas. Se cree que se trata del dueño de la casa, el infeliz Diomedes, que con toda probabilidad intentó huir por el jardín y resultó muerto por inhalar el aire venenoso o por el impacto de alguna piedra. Junto a unas jarras de plata yacía otro esqueleto, perteneciente a un esclavo.

Las casas de Salustio y de Pansa y el templo de Isis, con sus disimulados puestos de observación tras las columnas, donde se ocultaban los sagrados oráculos, hoy se encuentran descubiertos a la mirada del curioso. En una de las habitaciones del templo se halló un corpulento esqueleto, con un hacha a su lado; dos paredes habían sido derruidas por el arma, pero la víctima que la empuñaba no pudo llegar más lejos. En mitad de la ciudad se descubrió un esqueleto más, a cuyo lado había un buen

montón de monedas y muchos ornamentos y objetos místicos del templo de Isis. Muerto y destruido por causa de su avaricia, Caleno pereció al mismo tiempo que Burbo. Cuando los arqueólogos excavaron entre las masas de ruinas, descubrieron el esqueleto de un hombre, literalmente partido en dos por la caída de una columna. Su cráneo poseía una conformación tan chocante que dio lugar a toda clase de conjeturas acerca de su gran capacidad intelectual, utilizada sin el menor género de duda para la perpetración de la maldad, que ha despertado siempre el interés de todos los viajeros que defienden como ciertas las teorías de Spurzheim[459], quien ha estudiado con detalle aquel ruinoso palacio de la mente. Y también, tras el paso de los siglos, el viajero puede admirar el amplio vestíbulo de la casa en cuyos intrincados pasillos y lujosas habitaciones pensó, razonó, soñó y pecó el alma de Arbaces, el egipcio.

Y a la vista de aquellos testimonios de un sistema social desaparecido para siempre de este mundo, un extranjero de la remota y bárbara isla cuyo sólo nombre hacía temblar al Imperio Romano[460], se detuvo entre los muchos encantos de la dulce Campania para escribir esta historia.

F I N

Apéndice

El hombre y la época

La primavera de 1803

A finales del mes de mayo de 1803, la primavera inglesa se convirtió en prematuro verano. Los castaños estaban en flor y las azules campánulas comenzaron a aparecer en los bosques. Pero, al margen de tal bonanza climática, Inglaterra se encontraba en uno de los momentos más dramáticos de su historia. La breve paz de Amiens había concluido en el mes de marzo y la ya larga guerra contra Francia se había reanudado: una guerra que venía durando nueve años y que aún tenía que mantenerse doce años más. Napoleón se disponía a reagrupar su flota en Boulogne para invadir Inglaterra, y el anciano monarca inglés Jorge III, aunque no había perdido la razón definitivamente, había padecido ya sus primeros ataques de locura.

Nace Edward George Earle Bulwer

Los días 23 y 24 de mayo se había debatido en el Parlamento inglés el estado de la nación y los dos grandes genios políticos de la época, Pitt y Fox, habían alertado del peligro inminente que se cernía sobre todos los ingleses. La noche siguiente, en el número 31 de la londinense Baker Street, Elisabeth Barbara, hija y heredera de Richard Warburton Lytton y esposa del general Bulwer, de Heydon Hall, Norfolk, daba a luz su tercer hijo, que fue bautizado con los nombres de Edward George Earle Lytton.

Londres e Inglaterra en los inicios del siglo XIX

La ciudad de Londres que acogió a aquel recién nacido era muy distinta a la de hoy. La revolución industrial que siguió a la utilización del carbón como fuente de energía, aún no se había producido. No existían ferrocarriles ni barcos de vapor, ni fábricas dedicadas a complicados procesos de manufactura. Tampoco existía el telégrafo, y el servicio de correos era caro y deficiente. Las grandes ciudades industriales del norte de Inglaterra que hoy monopolizan la industria pesada del país eran entonces

pequeñas aldeas o simples y desnudos páramos, y el gran Londres no había aún experimentado su extraordinario crecimiento: barrios como Kensington y Marylebone eran diminutos pueblos rodeados de bosques y de campos; en Hyde Park Córnerhabía un cruce de caminos; Oxford Street se conocía con el nombre de Tybourne Road, y en lo que hoy es Marble Arch se alzaba el patíbulo donde, en sesiones públicas, eran colgados por el cuello los criminales condenados a muerte.

Los padres y la infancia de Bulwer

No tenemos noticia de que el pequeño Edward fuese llevado durante su infancia a la casa paterna de Norfolk. Nació, eso sí nos consta, en uno de los momentos más desgraciados de la vida de su madre. El general Bulwer, que padecía gota, era hombre de pésimo talante, irritable, celoso y violento, hasta el punto de que su esposa había decidido ya no vivir en su compañía. La madre de nuestro escritor permaneció en Londres, cambió varias veces de domicilio y se instaló, al fin, en Nottimgham Place. La familia se deshizo totalmente.

Edward pasó la infancia en compañía exclusiva de su madre y a él dedicó ésta toda la solicitud y la ternura que no había encontrado eco en su marido ni en sus dos hijos mayores. Elisabeth Barbara era una mujer culta, buena conocedora de los poetas ingleses —Golsmith, Gray, Milton, Donne —, poseía una voz musical y una gracia en el gesto que enamoraban al menor de sus hijos, a quien leía, además, las historias homéricas del sitio de Troya, que eran escuchadas por el pequeño con emocionado entusiasmo y con fogosa avidez. No es de extrañar, por tanto, que Edward comenzase a escribir versos a partir de su primera infancia.

El abuelo materno y su biblioteca

La rutinaria vida londinense de madre e hijo se vería interrumpida, de vez en cuando, por la presencia del viejo y excéntrico abuelo de Edward, Richard Warburton Lytton, hombre de enciclopédica cultura, que había abandonado su residencia familiar de Knebworth para instalarse en la pequeña localidad de St. Lawrence. Su hogar, auténticamente atiborrado de libros, mapas, esferas geográficas e instrumentos de variada lección, causó en el pequeño Edward verdadero impacto y en sus visitas a su abuelo gustaba de acariciar los lomos de cualquiera de los infinitos ejemplares de libros que cubrían, no sólo las paredes de todas las habitaciones, sino también las de las escaleras,

los desvanes, las bodegas y demás dependencias de la casa. Esta primeriza atracción hacia los libros cristalizó en el alma de Edward a la muerte de su abuelo, ocurrida en 1810,cuando Elisabeth Barbara se vio obligada a trasladar la totalidad de los volúmenes de su padre a su propio domicilio para proceder a su venta y cubrir así las deudas dejadas en este mundo por su progenitor.

La casa Tudor de Knebworth

Elisabeth Barbara se dispuso entonces a trasladarse a la residencia familiar de los Lytton en Knebworth, Hertfordshire, una de las más bellas mansiones de la arquitectura Tudor, de planta cuadrangular y lienzos de ladrillo y madera. En Knebworth vivió, pues, Edward George hasta 1812,

Edward va a la escuela

año en que su madre creyó oportuno enviarlo a una escuela, donde el pequeño sufrió todas las vejaciones y tormentos por los que suele pasar un niño sensible, a manos de matones y tiranos de su misma edad. Aprendió algo de latín y de griego y, sobre todo, ocupó sus dos años de colegial en largas sesiones de voraz lectura. Tras varios años más de estudios bajo la dirección de un afectuoso tutor, en la ciudad de Ealing (período sobre el que volveremos), Edward, a la edad de diecinueve años, ingresó en Cambridge, donde permaneció dedicado al estudio de los clásicos, durante tres años. El último año de su estancia en la Universidad obtuvo el premio *Chancelor's Medal,* por su poema «Sculpture».

Fortaleza física y moral

Bulwer era en su juventud un hombre vigoroso, tanto física como mentalmente y, aunque nunca fue un atleta, sí era aficionado a los largos paseos al aire libre, ya fuese a pie o a caballo. En general gozó de buena salud o al menos de la suficiente para mantenerse vivo durante setenta años, a pesar de los continuos sufrimientos morales a los que se vio sometido a partir de 1827,fecha en la que contrajo matrimonio. Lo cierto es que Edward, en su época universitaria, practicó el deporte y llegó a dominar con considerable perfección el arte de la esgrima.

Excelente intelectual y primeros

Intelectualmente bien dotado, destacó por sus conocimientos de latín y de griego, muy superiores a lo

libros de versos que era normal entre la juventud de su tiempo y por su pro-fundo interés por la Historia. Por otra parte, su dominio de la lengua inglesa facilitó su tarea de escritor y comenzó a publicar sus primeros libros de poemas entre los diecisiete y los veinte años.

Hegemonía de Inglaterra

Al concluir su estancia en Cambridge, la guerra con Francia había llegado a su fin. Las batallas de Trafalgar y de Waterloo habían sido ganadas por Inglaterra, Napoleón se hallaba desterrado en Santa Elena, y el Congreso de Viena había decretado la restauración de los Borbones en el trono de Francia. Pitt, Fox y el gran Castlereagh habían muerto y el rey Jorge III, tras diez años de furiosa locura e incapacitación, fue reemplazado por su hermano, el Príncipe Regente, monarca desde 1820, con el nombre de Jorge IV. Como resultado de la guerra con Francia, Inglaterra incrementaba sus dominios y colonias, a costa del vencido, e inauguraba una era de paz que había de durar cerca de cien años.

Viajes de Bulwer

Antes de iniciar con total dedicación su carrera de escritor, Bulwer se dispuso a viajar durante dos años. Decidió comenzar por su propia tierra. En aquellos tiempos, viajar por Inglaterra suponía avanzar día a día, en etapas cortas, ya fuese a caballo o en diligencia.

El gran amor de Edward

Ya hemos dicho que Bulwer vivió en Ealing y estudió en esa localidad, bajo la custodia de su profesor Mr. Wallington. Y en Ealing vivió el joven Edward una experiencia en la que es preciso detenerse. En aquella pequeña ciudad rural conoció a una muchacha de su misma edad y, llevados ambos por el ingenuo ardor de la adolescencia, llegaron a la conclusión de que habían nacido el uno para el otro, aunque no cruzasen entre sí ni una sola palabra de amor. Su lugar de encuentro diario estaba situado en las riberas del río Brent y la mutua compañía era suficiente para satisfacer los deseos de sus corazones juveniles. No tenían planes ni hablaban del futuro. Pero un día, cuando más tierna era su relación, la joven dejó de acudir al lugar de cita habitual y Edward no volvió a verla. Tres años más tarde, Bulwer recibió una carta de la chica, en la que se hacía constar que había sido casada contra su voluntad y que era él el único hombre al que había amado y

amaba todavía. El cumplimiento del deber —seguía la joven— no había podido matar aquel amor y su profunda falta de felicidad, prolongada durante tres años, había destrozado su salud. En la carta a su amado, aquella desgraciada joven le rogaba, con palabras ya escritas con el temblor de la muerte, que se dignase visitar su tumba. Edward no olvidó jamás aquel romántico amor adolescente, y cincuenta y cinco años más tarde, lo narró con detalle en su última novela *Kenelm Chillingly.*

Bulwer cumple el deseo de su amada

La primera etapa de su viaje por Inglaterra tuvo por objeto el cumplimiento de la solicitud de su joven enamorada. Edward marchó a Northumberland y, con la excusa de visitar a su compañero de Cambridge, William Ord, continuó su peregrinación por la región delos lagos y pasó una larga noche en vela en el cementerio de Ullswater, ante la tumba que albergaba los restos de su enamorada de Ealing. Tal visita la inmortalizó el joven escritor en un poema titulado «Fábula de un soñador», escrito al día siguiente en Windermere, versos que, por cierto, permanecen inéditos.

Bulwer y los gitanos

Durante su periplo inglés, Edward embarcó en Leith con rumbo sur. Presa de un insoportable mareo, se vio obligado a desembarcar en Scarborough, para continuar viaje por tierra firme. A los pocos días de camino, en medio de un deslumbrante atardecer, encontró a una joven gitana de impar belleza, que se ofreció a pronosticarle el porvenir. El propio Bulwer confesaría más tarde que ofreció su mano a la muchacha con total escepticismo y que quedó impresionado al comprobar cómo la hermosa gitana recitaba con gran exactitud su pasado, con estas palabras:

—¡Ay, a pesar de tu juventud, has tenido ya muchas penas! Tu padre murió cuando eras muy niño. Tienes hermanos, pero no hermanas. Ah, tuviste una novia cuando eras apenas un chiquillo. Jamás volverás a verla. Mira, aquí la línea se rompe y desaparece. Eso te ha destrozado el corazón, hasta el punto de que has estado cerca de la muerte. Has logrado sobrevivir, pero…, nunca, nunca volverás a ser tan feliz como entonces.

Asombrado por el encanto de la joven y deseoso de ampliar sus conocimientos acerca de la vida de las tribus gitanas, Bulwer le preguntó si

podía quedarse con ellos unos días. Lo cierto es que permaneció en el campamento una semana y que sus relaciones con aquella muchacha morena fueron más allá de las que acepta la simple amistad. Pero ante la actitud hostil de algunos miembros de la tribu, Bulwer tuvo que abandonar a la joven.

Viaje a Francia

Un año más tarde, 1825, Edward visitó por primera vez Francia, pasó unos días en Boulogne, en casa de su amigo Frederick Villiers, de quien fue testigo en un duelo, y siguió viaje a París, donde gracias a los buenos oficios de un jesuíta irlandés, llamado Kinsela y que era confesor de madame Polignac, esposa del primer ministro del rey Carlos X, fue acogido en el seno de las familias más nobles del Faubourg St. Germain, entre las cuales se contaba la de la marquesa de la Rochejacquelin, la heroína de *La Vendée.*

Otra aventura y su familia

Este viaje a Francia proporcionó a Edward su tercera aventura amorosa juvenil. Entre las familias que bajo el patrocinio de Kinsela le abrieron sus puertas, se contaba la de una damisela que había pasado su infancia en Inglaterra y que manifestaba gran admiración hacia los modos de vida y la literatura ingleses. Joven de excelente familia católica, poseedora de una gran fortuna, congenió muy bien con Edward y éste llegó a considerar que podría ser muy feliz casándose con ella. Pero Elisabeth Barbara, madre de Bulwer, se opuso radicalmente al matrimonio, alegando la condición «papista» de la muchacha. Edward, sobre quien su madre ejercía una gran influencia, dejó pasar aquella excelente oportunidad y con ella la ocasión de haber tenido una vida infinitamente mejor que la que le deparó el destino. Abatido por la pérdida de aquella adorable francesita, alquiló un piso en Versalles y permaneció en Francia hasta que su espíritu se resignó a lo inevitable.

Al regresar de su viaje al Continente, Edward fue invitado, a instancias de su propia madre, a asistir a una reunión que celebraba en Londres una tal miss Benger. Y fue también su madre quien le llamó la atención acerca de la presencia en aquella casa de una joven de extraordinaria belleza. Fueron presentados por la anfitriona y ambos se sintieron mutuamente atraídos.

Rosina Wheeler amorosa

La chica en cuestión era la irlandesa Rosina Doyle Wheeler, hija de Francis Massey Wheeler, del condado de Limerick,

quien se había casado a los diecisiete años con una adolescente de quince. De aquel matrimonio nacieron seis hijos, cuatro de los cuales murieron en la infancia. Aquel matrimonio prematuro acabó con una separación legal y la madre quedó encargada de la guarda y tutela de las dos hijas supervivientes, Henrietta y Rosina, que más tarde vivieron durante años en la isla de Guernese y, bajo la custodia de su tío sir John Doyle, gobernador del archipiélago. Rosina se trasladó más tarde, en compañía de su madre, a Francia y residió una temporada en Caen, donde entró en contacto con un pequeño grupo intelectual de socialistas y librepensadores. Muerta su madre, regresó a Irlanda y vivió con su buena amiga miss Greene, joven católica y convencional, que se escandalizaba ante las opiniones y las costumbres progresistas de Rosina. Poco después, moría el coronel Francis Wheeler y dejaba la totalidad de sus bienes a su hija mayor, Henrietta. Rosina se trasladó a Londres, vivió unos meses con su tío abuelo sir Francis Doyle y durante su estancia en la capital tuvo oportunidad de conocer a numerosos escritores y artistas: miss Landor, lady Caroline Lamb, Thomas Campbell, entre otros.

Cuando Rosina y Edward se conocieron tenían ambos veinticuatro años; la joven irlandesa ofrecía un modelo impensado de belleza, de facciones perfectas, cabello oscuro y piel blanca, ojos brillantes y expresivos y una perfecta figura. Su conversación era vivaz y se esmaltaba con el típico ingenio irlandés.

Edward queda hechizado

No es, pues, extraño que Edward Bulwer quedase hechizado por aquella joven beldad y procurase por todos los medios evitar una nueva agonía amorosa como las que había experimentado con la joven de Ealing, con la gitana de las cercanías de Scarborough y con la muchacha parisina. Cortejó a Rosina y acordaron ambos contraer matrimonio lo antes posible.

Elisabeth Barbara se opone al matrimonio de su hijo

Elisabeth Barbara Lytton, por cuya mediación se conocieron los novios, expresó nuevamente su disgusto ante la proyectada boda de Edward con la irlandesa. En esta ocasión, Elisabeth Barbara no apeló a la circunstancia reprobable del «papismo», puesto que Rosina no practicaba su religión nativa, sino,

simplemente, al convencimiento de que su hijo no podía ser feliz con aquella mujer librepensadora, anticonvencional, frívola y egoísta. Esta vez la madre de Bulwer no se equivocaba, pero los medios que adoptó para evitar el enlace precipitaron los acontecimientos. Elisabeth Barbara, sin pensarlo dos veces, retiró a Edward la considerable pensión anual que el joven tenía asignada y ambos novios, heridos en su orgullo por aquella desproporcionada y brutal medida materna, adelantaron la fecha de su matrimonio.

Primeros años de matrimonio

Tras la boda, Edward y Rosina se instalan en Woodcoy House, en las cercanías de Reading, una enorme casa de campo, cuyo mantenimiento requería unos ingresos de los que Bulwer carecía. No obstante, en Woodcoy House fueron felices un par de años y en aquella mansión nació el primero de sus hijos, Emily.

Trabajo duro y grandes gastos

Edward Bulwer se vio obligado a realizar un titánico esfuerzo para obtener con su pluma los ingresos que sustituyesen la asignación suprimida por su madre. La fortuna personal de Rosina producía unos réditos no superiores a 80 libras anuales y los gastos aproximados del joven matrimonio en su lujosa casa de campo, con su carruaje, sus varios caballos de silla, sus numerosos servidores, sobrepasaban con mucho las tres mil libras esterlinas. Al igual que el gran *sir* Walter Scott, Bulwer se vio en la necesidad de escribir sin tregua para pagar sus deudas y evitar que éstas alcanzasen proporciones insuperables. Su trabajo literario tenía que producir, pues, más de tres mil libras anuales, hecho imposible en el caso de un escritor joven y carente aún de prestigio consolidado. Pero lo cierto es que en los diez primeros años de su matrimonio Edward Bulwer escribió diez novelas, dos poemas largos, una obra de teatro y un panfleto político, dos volúmenes de ensayos, *Inglaterra y los ingleses* y *El estudiante,* varios relatos y novelas cortas y los tres volúmenes de *Historia de Atenas,* de los cuales sólo se publicaron los dos primeros. Al mismo tiempo, dirigió el *Monthly Magazine* y colaboró con artículos varios en *Edinburgh Review, Westminster Review, Monthly Chronicle, The Examiner, Literary Gazette* y otras publicaciones.

Traslado a Hertford Street Crisis

En 1829, la joven pareja decidió trasladarse al número 36 de Hertford Street, que adquirieron por 2.570 libras,

matrimonial

más 800 que tuvieron que desembolsar para decorar y amueblar la casa. Y en aquel nuevo hogar, en 1831, nació su segundo hijo, Edward Robert. El esfuerzo realizado por Bulwer sólo podía lograrse a costa de su propia salud. En aquella lucha contra el reloj, cualquier interrupción en su trabajo constituía una provocación, y cualquier problema familiar y doméstico una intolerable falta de respeto a su trabajo. Gracias a ese trabajo su mujer podía disfrutar de comodidades y lujos, pero, a la vez, aquella desproporcionada ocupación le privaba de la compañía de su marido y de la atención personal que cabe esperar de un padre de familia. El matrimonio iba perdiendo su estabilidad, se sucedían las discusiones y los reproches, se multiplicaban las broncas conyugales en las que ambos perdían hasta el más elemental de los respetos hacia el otro.

Otra vez el conde Lytton

Es posible que sea cierta la afirmación que formula el ya citado conde Lytton, al enjuiciar el desastroso matrimonio de sus abuelos: «Los escritores, los artistas yen general los profesionales cuyo medio de vida radica en la estimación del público y que dedican la totalidad de su tiempo al trabajo del que subsisten, en raras ocasiones resultan buenos maridos, y en cualquier caso requieren esposas sufridas y abnegadas. Su egoísmo los induce a exigir de su hogar más de lo que ellos están dispuestos a conceder.» Rosina nada tenía de sufrida ni de abnegada. Era, por el contrario, tan egoísta como su marido y aspiraba a divertirse y a ser mimada; deseaba lucir en sociedad su belleza y su talento y le importaba un comino ser la esposa de una gran figura literaria; la vida hogareña carecía de alicientes para ella y los problemas de sus hijos le importaban tan poco como los de sus perros.

Bulwer enferma. Viaje a Italia con Rosina

Al fin, en 1833, Bulwer enferma seriamente. El exceso de trabajo y la inestabilidad de su matrimonio des-trozan sus nervios. Los médicos le imponen un descanso y le aconsejan un viaje. Edward y Rosina marchan a Italia, con la buenísima intención de realizar un segundo viaje de novios. Pero la realidad fue que sólo sirvió para poner aún más de manifiesto la divergencia de sus caracteres. A Edward, Roma y Pompeya le inspiran nuevas novelas. En Rosina, la suciedad y los malos olores de Roma prevalecieron sobre sus hermosos monumentos, sus museos y sus evocaciones históricas. Acerca dela ciudad

eterna, escribió a su amiga miss Greene: «Es, sin excepción, el lugar más sucio, bárbaro y triste que he visto jamás.» Venecia fue para ella «una pesadilla de mosquitos». Y de Florencia opinó: «Cheltenham, o cualquier otra ciudad-balneario de Inglaterra, es veinte veces más bella que esta ciudad.»

El príncipe napolitano y Nápoles

Nápoles obtuvo mejor suerte en la opinión de aquella elemental irlandesa. En Nápoles, los Bulwer trabaron conocimiento con un príncipe que se dedicó a cortejar a Rosina con descaro, ante la indignación del desgraciado Edward, que acusó a su mujer de serle infiel. En el hotel donde se hospedaban hubo alboroto y bronca conyugal, y el matrimonio regresó con presteza a Inglaterra, entre una lluvia de reproches mutuos. Devuelta a casa, decidieron separarse, al menos por algún tiempo. Hubo reconciliaciones y nuevos altercados durante los dos años siguientes y al fin, en abril de 1836,ambos cónyuges firmaban la separación judicial.

Problemas tras la separación judicial

La separación no supuso el final de esta triste historia, sino el comienzo de una nueva etapa de amargura y rencor que duró hasta el fin de sus vidas. Bulwer tenía el recurso de su actividad literaria y política, en la que encontraba consuelo, éxitos y distracción. Rosina no tuvo otra opción que la de repasar en su mente toda una juventud de desamor y de desdichas y ese indecible tormento fue, poco a poco, trastornando su razón. Cualquier éxito o distinción que obtenía su marido constituía para ella una nueva afrenta que la inducía a presentarse ante él para insultarle e incluso golpearle públicamente. Aquella tragedia doméstica sólo concluyó con la muerte. La pesadilla no se disipó jamás en la memoria de Bulwer. Rosina le sobrevivió nueve años y llevó su dolor a la tumba, en 1882.

Bulwer político

Bulwer alternó la literatura con un brillante quehacer político. En 1831, ingresó en el Parlamento británico como miembro representante de la localidad de St. Ives. Eran tiempos muy cercanos a la famosa *Ley de Reforma*, que Bulwer apoyaría sin reservas. Liberal por naturaleza, Edward apoyó la posición de los Whigs, de cuyas cabezas visibles se mantuvo, no obstante, apartado por razones de tipo doctrinal, económico y político.

La revolución industrial y sus efectos

La revolución industrial comenzaba, ya a partir de1830, a producir sus efectos, algunos beneficiosos para el país y otros gravemente perjudiciales para determinados sectores sociales, en especial, artesanos y asalariados. Los postulados de la escuela de economistas de Manchester, aceptados por la mayoría de los Whigs como indiscutible credo industrial y basados en los principios del desenvolvimiento natural de la economía *(laissez faire, laissez aller…),* consideraban como inevitables los perniciosos resultados que el desarrollo económico producía en las clases trabajadoras, y se limitaban a con-fiar en que la dinámica propia y no regulada de las leyes de la oferta y la demanda concluiría por establecer un equilibrio que mejoraría la calidad de vida de las clases más necesitadas de la sociedad. Bulwer se opuso desde el inicio de su carrera política a los optimistas pronósticos de la escuela de Manchester y propuso mejoras inmediatas y legislación protectora para desempleados y receptores de salarios de hambre.

El progresismo de Bulwer

Sus inquietudes sociales y económicas le llevaron con el tiempo a abandonar el partido Liberal y a formar parte de lo que dio en llamarse sector progresista del partido conservador, fundado por Disraeli y presidido por Lord Derby, con quienes Bulwer mantuvo lazos de amistad.

La crisis de 1834

La carrera política de Edward comenzó con un hecho de indiscutible importancia, como fue la crisis gubernamental de 1834. Con tal motivo, Bulwer escribió en brevísimas horas —exactamente, en dos— un famosísimo panfleto, titulado *Carta a un ministro del Gobierno acerca de la presente crisis,* del cual se tiraron más de veinte ediciones en el breve plazo de seis semanas, con gran satisfacción de sus editores, Saunders y Otley, que dudaban de la comercialidad de la obra. El prestigio político de Bulwer quedó así perfectamente establecido y, cuando la ya citada *Ley de Reforma* suprimió la representación parlamentaria a la localidad de St. Ives, se presentó a las elecciones por Lincoln y resultó electo por dicha ciudad.

Defensor de desprotegidos y marginados

Comprometido en conciencia con la mejora de la condición de vida de las clases marginadas de la sociedad,

Bulwer fue pionero de la prohibición del tráfico de esclavos, y su intervención parlamentaria en defensa delos derechos de los aprendices de raza negra, de los cuales se abusaba indignamente, se recuerda en la historia del parlamentarismo inglés como una de las piezas más brillantes y eficaces jamás pronunciadas. El parlamentario O'Connell, padre del nacionalismo irlandés, manifestó que jamás se había oído en la Cámara de los Comunes británica un discurso tan bien construido y tan bellamente expresado.

Muere su madre y une dos apellidos

Mientras Bulwer escribía, obtenía éxitos en su actividad política y trataba de eludir —no siempre con buen resultado— los constantes acosos a los que le sometía su ex-mujer, murió su madre. Bulwer heredó de ella la propiedad de Knebworth y a partir de entonces decidió unir, con autorización real, sus apellidos paterno y materno. La mayor parte de sus vacaciones y de su tiempo libre la dedicaba a viajar, a leer, a escribir y a ampliar, en lo posible, la casa y los jardines de Knebworth, en un intento frustrado de devolver a aquella mansión la belleza y la grandiosidad que su madre, con una inexplicable decisión, había echado a perder sin remedio.

Bulwer-Lytton interrumpe su vida parlamentaria

En 1841, Edward dejó de representar a Lincoln en el Parlamento y se dedicó a escribir durante once años. En 1853, volvió a la vida política activa, con un nombre nuevo, Bulwer-Lytton, y encuadrado ya en el partido conservador, como representante del condado de Hertfordshire. Reanudó su carrera política con la dedicación y la actividad de siempre y manteniendo la fama de gran orador, obtenida en años anteriores.

Es nombrado miembro del Gabinete y Par del Reino

En 1855, Lord Derby le nombra Secretario de Estado para las Colonias, cargo en el que se mantuvo poco más de un año, aun cuando su actividad política no cesó hasta 1866, año en que fue elevado a la categoría de Par del Reino. A partir de entonces, Bulwer-Lytton siguió escribiendo en su casa de Knebworth, hasta que en 1873, le sorprendió la muerte, que concluyó con el martirio moral que supuso para él la continuada presencia de Rosina en su vida.

escritor previctoriano

Bulwer-Lytton es con frecuencia estudiado por la crítica como un autor más de la era victoriana, consideración que no responde a la realidad. Bulwer-Lytton era ya un autor conocido durante los reinados de Jorge IV y de Guillermo IV, y publicó su novela *Pelham* cuando la reina Victoria contaba apenas siete años de edad. *Los últimos días de Pompeya* se publicó en 1834, tres años antes de que la joven Victoria accediese al trono para iniciar su largo reinado. Todo ello refuerza la teoría, expuesta en el «Apéndice» a mi traducción de *Sólo cuentos (para niños),* de Rudyard Kipling, donde traté el tema con mayor detalle.

Versátil en su genialidad

Bulwer-Lytton gozó de un genio versátil y polifacético. Escritor, político, historiador, alcanzó merecido prestigio en cada una de estas actividades. Sus obras literarias obtuvieron una triunfal acogida en los ambientes cultos ingleses y muchas de ellas siguen aún hoy editándose con envidiable regularidad; como político es recordado como uno de los mejores oradores del parlamentarismo inglés, junto a los grandes retóricos Pitto Gladstone, y sus puntos de vista progresistas constituyeron una réplica eficacísima al oscurantismo y a la falta de solidaridad de la sociedad de su tiempo. Su calidad como historiador merece mención aparte y, dada la importancia histórica de su obra, le dedicamos a continuación unas líneas resaltando sus aciertos y logros, posiblemente, más destacables que los obtenidos por su colega *sir* Walter Scott. Por otra parte es preciso destacar que Bulwer-Lytton cultivó todos los géneros literarios, desde la novela al teatro, pasando por el ensayo, la poesía, la narración corta y la traducción de autores clásicos, en especial, de su admirado Horacio.

Influencia de su obra en la opinión pública y las costumbres

El mundo siempre ha sido igual, la envidia suele campar por sus respetos en todas las latitudes, y el triunfo personal de un hombre íntimamente desdichado es algo que el interesado tiene siempre que hacerse perdonar. Porque lo cierto es que la influencia de Bulwer-Lytton, como escritor y como político, dejó huella en su tiempo. A raíz de la publicación de *Pelham,* se produjo una increíble ola de entusiasmo popular. La novela fue leída, comentada y

asimilada de tal modo por la sociedad inglesa, que introdujo en la vida del país cambios repentinos e inesperados como, por ejemplo, la adopción por parte de los hombres de la costumbre de vestir de negro en los actos sociales nocturnos, que acabó para siempre con las prendas masculinas de galade distintos colores. *Pelham* dio origen, pues, a lo que hoy conocemos por «smoking» o «dinner jacket». Otra de sus novelas, *The Disowned* («El Desposeído»), dio lugar a que su madre, tras enternecerse con los sufrimientos de su protagonista Mordaunt, se ofreciese a restablecer la asignación de su hijo, que le fue retirada al casarse con Rosina. Pero Elisabeth Barbara formuló su decisión como un imperativo de conciencia y con tal falta de afecto y simpatía hacia su hijo, que éste se vio obligado a rechazar su ofrecimiento.

Opiniones de Conrad y de Trollope

El gran Conrad, en *El negro del Narciso,* nos presenta a uno de sus personajes, el viejo Singleton, de la Marina Mercante, leyendo con entusiasmo el *Pelham,* de Lytton, libro al que atribuye *la fascinación* de lo inasequible. Y Anthony Trollope —éste sí, uno de los tres grandes de la literatura victoriana—, escribe en su *Auto-biografía:* «Bulwer fue un hombre de enormes recursos. Mejor educado que cualquiera de los que antes he citado (entre ellos Dickens y Thackeray), supo utilizar con gran habilidad su erudición y escribió novelas de las cuales el lector puede y debe extraer grandes verdades… Leyó mucho durante toda su vida y siempre compartió con el lector de sus obras la experiencia de sus amplios conocimientos. El resultado es que de la lectura de Bulwer se pueden obtener muchas cosas, además de un indudable entretenimiento…»

La obra

Bulwer-Lytton y la clasicidad

Bulwer-Lytton fue educado de acuerdo con la normativa tradicional vigente en su tiempo y que hoy, incluso en Inglaterra, comienza lamentablemente a declinar. La formación del *scholar* o humanista, conocedor en profundidad de los dos idiomas clásicos, el latín y el griego, y avezado en la lectura continuada delos autores irrepetibles que nos legaron su obra en esas lenguas, era la meta ambicionada en la Inglaterra

del pasado siglo, entre aquellos afortunados que poseían medios y talento para acceder como alumnos a cualquiera de las universidades del Reino Unido y, de modo especial, a las tradicionales de Oxford y Cambridge.

Bulwer-Lytton, admirador de Horacio y Virgilio

No es de extrañar, pues, que Bulwer-Lytton demuestre en sus libros, y de modo especial en *Los últimos días de Pompeya,* un arsenal de conocimientos clásicos que en ocasiones, para el lector no avisado, pueda resultara brumador. Traductor y comentarista del gran Horacio, Lytton canta el mundo antiguo con la misma devoción e idéntico entusiasmo con que lo hizo el poeta cuya *os magna sonaturum* ha estremecido y sigue estremeciendo aún hoy a sus lectores. Las referencias a sus *Odas, Epodos, Carmina, Sátiras* y *Epístolas* son constantes en el libro que comentamos y hasta en los abundantes poemas que se intercalan en la obra, se adoptan, anglosajonizados, los pies y la métrica utilizados con mayor frecuencia por el poeta de Venusa: y ambos, dactílicos y espondeos, a imitación de la poesía griega.

Helenismo a ultranza

Es, pues, lógico que tanto Horacio como Virgilio constituyan para Bulwer-Lytton la piedra de toque dela cultura antigua, puesto que su lectura suponía la prolongación, en versión latina, del helenismo que tanto admiraba nuestro autor. Es preciso hacer observar al lector que los dos intérpretes principales de esta obra, Glauco e Iona, son oriundos de Grecia; que Nydia, la dulce esclava ciega, es natural de Tesalia y que varios de sus personajes secundarios llevan nombre de raíz helénica; que en el texto de la obra se describen, quizá con excesiva frecuencia, descripciones geográficas de la península griega y poemas de contenidos mitológicos, asimismo, griegos. No es de extrañar que Bulwer-Lytton sintiera predilección por Horacio y por Virgilio porque ambos poetas poseen mesura totalmente helénica, como corresponde a la expresión de un temperamento de verdadero artista, fino, sensual, delicado, a la vez que lleno de equilibrio. De este ideal helénico participan los inolvidables personajes de este libro, Glauco, Iona, Nydia y hasta el propio Salustio, hombre de un epicureísmo que entraña auténtica bondad, con la secuela

inevitable que acecha a los buenos de corazón y de alma, que es la inestabilidad existencial.

Como es natural, ignoro si el lector de este libro conoce la Campania italiana y, de modo concreto, si ha visitado alguna vez las ruinas de Pompeya y de Herculano, antes o después de la ascensión de rigor al cráter del Vesubio.

Recuerdo infantil

Dicen los psicólogos (y a medida de que uno va cargando años a la espalda cae en la cuenta de que tienen razón) que aquello que el ser humano ve o aprende de niño difícilmente se olvida. En mi caso, al menos, este postulado es cierto. Yo recuerdo mejor la visita que en mi infancia hice a Pompeya que muchos hechos de mayor importancia acaecidos hace pocos años. Me veo en el amanecer del día 7 de octubre de 1936 —contaba apenas once años— en el puente de mando del gran transatlántico italiano «Rex», en compañía de mi padre y del comandante de la inmensa nave, cuyo calado nos había impedido atracar en el puerto de Nápoles. El navío, inmóvil, fondeado en mitad de la bahía napolitana, constituía una atalaya perfecta para la contemplación de aquella extraña y bellísima conjunción de atípicos azules, más oscuro el del firmamento que el del mar, sobre el que los rayos de un sol entusiasta y jovencísimo derramaba amplias franjas de tonos malva y dorados que, saltando jovialmente sobre los pardos edificios de la ciudad de Nápoles, se deslizaban como infinitas alfombras de pasillos de hotel sobre la mar y emitían, con el vaivén del oleaje, efectos luminosos cambiantes y espectaculares. Aún me parece estar viendo, al fondo de la gran bahía, la masa erguida y épica del Vesubio, con su fumarola rigurosamente negra en el dorado orto del sol, y oyendo las palabras del comandante de la nave, dirigidas a mi padre:

—*Sembra che sia uno proprio in cielo, Nel mondo ci sono molte belle cose, ma come questo, Signore… Maché, niente così bello come lo spuntare del giorno sulla baia di Napoli…*

Visita a Pompeya

Recuerdo con gran exactitud la visita a las ruinas de Pompeya, y con menor detalle la ascensión a la cumbre del Vesubio, entre las acres fumarolas sulfurosas que me hicieron

pensar que de aquel modo debía oler el infierno, en caso de existir institución tan poco acogedora. De la ciudad de Pompeya recuerdo con especial nitidez la casa de Diomedes, con sus restos humanos calcinados expuestos en urnas, tal como aparece en este libro, incluido el bebé de escasos meses; mantengo también fresca la memoria del peristilo de la llamada casa de los Vetti y la larga perspectiva de la *Vía de la Abundancia,* calle más bien estrecha, franqueada a ambos lados por los restos de lo que fueron tiendas y comercios. Sin embargo, a pesar de este recuerdo infantil, tan grato como perdurable, estoy seguro de que ningún visitante de las ruinas de Pompeya —cualquiera que sea la edad en que lo haga— podrá obtener de su contemplación una idea que ni remotamente pueda ser comparada con aquella que la lectura de la obra de Bulwer-Lytton deja en el ánimo del lector.

¿Cómo era Pompeya?

¿Era Pompeya una ciudad abigarrada, alegre, confiadísima en su destino, habitada por gentes de todo tipo y nacionalidad, especialmente intelectuales griegos y comerciantes alejandrinos? ¿Eran sus clases sociales altas tan adineradas como para ofrecer fiestas y banquetes como los que Glauco, Salustio, Diomedes organizan en las páginas que el lector acaba de leer? ¿Es cierto que sus calles aparecían durante casi las veinticuatro horas del día trasegadas por gentes de variopinto avío y condición? ¿Es verdad que carruajes de paseo, *carrucas, carpenta* y carromatos agrícolas atronaban con sus ruedas el jolgorio de los comerciantes callejeros y amortiguaban el sonido de los cascos de las caballerías de los équites? ¿Poseía su foro la animación que Bulwer-Lytton describe en su obra? Sí, todo lo que de vida ciudadana hay en *Los últimos días de Pompeya* es rigurosamente cierto.

Fidelidad histórica de Bulwer-Lytton

Las excavaciones realizadas en Pompeya y en Ostia —puerto de mar de Roma—, han venido a mostrarnos muchos detalles de gran valor acerca de los aspectos más importantes de la existencia humana en aquellas civilizaciones. Gracias a los descubrimientos de Pompeya podemos saber sin temor a equivocarnos cómo eran las casas romanas y cuál era el régimen, las costumbres, los ritos que regían la vida familiar, su distribución y el tamaño de sus dependencias,

la decoración que los pompeyanos preferían y los incomparables logros del arte pictórico de Roma. Todo ello también nos lo hace saber Bulwer-Lytton con una rigurosidad propia, en efecto, de un «novelista-historiador serio».

Pompeya, ciudad aristocrática y mercantil

Basta, pues, añadir aquí que Pompeya fue en un principio una ciudad habitada por gentes aristocráticas y adineradas (patricios), propietarios de tierras y que vivían en casas aisladas, austeras y señoriales. Cuando la ciudad comenzó a desarrollar mayor riqueza mercantil y más actividad económica, los patricios se fueron retirando hacia los suburbios, más cercanos a sus propiedades, tras ceder sus bellas casas a los nuevos ricos del comercio y de la industria, los cuales transformaron los viejos y nobles edificios *(domus)* en talleres y almacenes. Y aún más los hubieran modificado —quizá hasta destruir toda huella de ellos— si el Vesubio, con su inmensa erupción, no hubiese detenido repentinamente la vida de la ciudad. Sus habitantes murieron en el desastre, bajo una capa de ceniza y de piedras, pero se conservó para la posteridad un documento único para la *domus*, la bella y grande casa señorial de los romanos pudientes.

Las termas

También son las termas o baños públicos de Pompeya los únicos que conocemos con exactitud y por ellos sabemos que la afición al baño por parte de los romanos (quizá por el hecho de que vivieron más a espaldas del mar que los griegos) era universal y compartida por todas las clases sociales, sin distinción de edad ni sexo. En las termas pompeyanas se han descubierto dos entradas al recinto de los baños, una que conducía a las dependencias para hombres y otra destinada a las termas para mujeres.

El testimonio de escritores latinos

Por el testimonio de los grandes escritores latinos, podemos responder de la estricta fidelidad histórica de las páginas de Bulwer-Lytton que nos hablan de las comunidades ciudadanas de la Roma imperial y de sus ciudades de provincias. Catulo nos legó la descripción detallada de los ritos de boda de los ciudadanos romanos; Juvenal escribió acerca de la educación de los hijos y de sus relaciones con los padres, descendiendo también a un minucioso examen del modo de escribir sobre papiro y en tablillas de cera, por medio de un estilete; Petronio nos dejó un

precioso retablo de lo que era en Roma un gran banquete ofrecido por un nuevo rico, cuya descripción es en sustancia idéntica al festín de Diomedes, en *Los últimos días de Pompeya;* Séneca escribió la crónica ritual romana del baño en las termas; Marcial, Tibulo y Lucrecio dan noticia de la vestimenta, peinados y abalorios utilizados por las matronas de Roma; Virgilio nos habla, como es bien sabido, del régimen de la vida campestre y de los distintos oficios agrícolas; Cicerón y Tito Livio se ocuparon de hacernos llegar el procedimiento judicial de pleitos y procesos; Plinio, el Viejo, en su obra enciclopédica, diserta sobre médicos, medicinas y magias, examinando en este apartado la administración de pócimas y bebedizos; Ovidio y Juvenal nos explican las fiestas y juegos en circos y anfiteatros, y Suetonio y Marcial de las representaciones teatrales; y en los *Hechos de los Apóstoles* podemos leer las visitas de San Pablo a Atenas y Roma. Todas estas facetas, públicas y privadas, del pueblo romano, incluidas las prácticas religiosas relatadas por Tácito, están presentes en *Los últimos días de Pompeya* y reflejadas en su texto con pasmosa fidelidad, lo que confirma la escrupulosidad con que Bulwer-Lytton redactaba sus novelas históricas, a cuyas fuentes tenía fácil acceso por su conocimiento de las lenguas clásicas y por su innata pasión por la investigación de los modos de vida de las antiguas culturas de las que somos herederos.

Viajes de Bulwer-Lytton a Pompeya

No conforme con ello, Bulwer-Lytton viajó en distintas ocasiones por Italia, país por el que como buen romántico inglés sentía adoración, y tuvo la oportunidad de visitar las ruinas de Pompeya cuando comenzaba a acometerse su excavación de forma sistemática y con criterios científicos.

Argumento

La trama central de la novela radica en el hecho, conocido de antemano por el lector, de que vamos a presenciar en ella la terrible erupción del Vesubio del año 79 d. de C. y de los terremotos que la precedieron. Sobre este inevitable telón de fondo, se narran los amores de Glauco e Iona y se cumple el infeliz y desesperado destino de la tierna esclava ciega de Tesalia, Nydia. Estos tres personajes se encuentran magistralmente descritos en estas páginas, al igual que el típico antihéroe, representando por la convincente personalidad del medio mago, medio sacerdote de Isis, el egipcio Arbaces. Pero alrededor de estos cuatro

personajes centrales se alza una verdadera nube de intérpretes secundarios, trazados asimismo con mano maestra. Creemos que es justo llamar la atención del lector hacia esa galería de hombres y mujeres de ficción que acreditan a Bulwer-Lytton como consumado psicólogo, conocedor profundo del alma humana. Ninguno de los intérpretes de *Los últimos días de Pompeya* presenta la característica tópica, muy socorrida por parte de escritores de escasos recursos, de ser figuras de cartón piedra y de ofrecer en forma radical e invariable la totalidad de los atributos de la virtud o de la maldad.

El bien y el mal en los intérpretes de la obra

Seres tan significativos y tendentes al mal como Arbaces y su desgraciado lugarteniente religioso, Caleno, ofrecen al lector sorprendentes rasgos y asomos de bondad, que sólo por especial maldición de los dioses que rigen sus destinos con apodíctica exigencia, son incapaces de llevar a la práctica. Glauco e Iona, por su parte, comprenden y aceptan la existencia del mal y, aun cuando su conciencia los induce a condenarlo, no pueden evitar que la venganza o el deseo de desdicha hacia el prójimo afloren en su pensamiento. Esta oscilación entre el bien y el mal, tan íntima e insobornablemente humana, acostumbra a darse también entre los personajes de segundo rango de la novela.

Detalle de los personajes secundarios

Olintho, el ferviente cristiano, obra, en más de una ocasión, movido por la satisfacción de la vanidad que por las altas motivaciones espirituales que exige el amor cristiano; Medón, el atribulado padre del gladiador Lydon, no muestra en la muerte de su hijo la resignación propia de un cristiano, aunque insista, más de una vez, en la sublimidad de su credo con palabras que se diluyen en el viento. Diomedes, el comerciante, es un hombre obcecado por el ansia de almacenar dinero, pero no carece en absoluto de sentido del humor, y su hija Julia, la no correspondida enamorada de Glauco, posee en su radical estupidez un aliento de equívoca gracia que se nos convierte casi en un ser querido en su desvalimiento y total falta de sentido ético. Entre la tropa de amigotes de Glauco, apenas el afeminado Lépido resulta a medias repelente por su inanidad esencial y su amor a los baños termales; Clodio es, por el contrario, un personaje universal e intemporal en su desvergüenza, en su afán de lucro, en su arte de

amañar los dados y en su confianza en los juegos de azar como única actividad aceptable para un joven de origen aristocrático. Pero su figura, aún reprobable, nos encanta y reconforta al comprobar su fe ciega en que algún día ha de cambiar su suerte de jugador y ver así recompensado su inaudito esfuerzo como profesional del juego.

El epicúreo Salustio

Entre todos los amigos del ateniense Glauco sobresale —muy por encima de los demás— el epicúreo Salustio. Bulwer-Lytton, buen conocedor de la filosofía clásica, nos presenta en Salustio la excelsitud de la doctrina de la Stoà. Ya hago constar en una nota al texto de esta obra que el concepto que hoy suele tenerse del epicureísmo está muy alejado de la realidad y que, si bien es cierto que los discípulos de Zenón de Citio rendían culto a los sentidos para alcanzar la felicidad, no lo es menos que el *sentido* más cultivado por ellos erala virtud. Al final de la obra, Salustio, cuando ya Pompeya ha sido convertida en polvo y ruinas, se cartea con Glauco, que ha regresado a Atenas y se ha convertido al cristianismo.

Gladiadores y esclavos

Las figuras de los gladiadores están hermosamente compuestas. Niger, Tetraides, Sporus, son pura gentuza, que sin embargo sueñan con la gloria, la libertad y el éxito. Y puesto a soñar con libertades, nada es comparable con el anhelo de liberación que manifiesta en estas páginas Sosias, el esclavo de Arbaces, víctima de buena fe de las *malas* y tiernas artes de la tesalia Nydia.

La hez de la humanidad

En la obra de Bulwer-Lytton, como ocurre también en la vida, queda la hez insalvable de la humanidad, reflejada en seres tan sórdidos como Burbo y su mujer Stratonice y, en plano de mayor relieve social. Pansa, el edil de los juegos, que a la pésima índole de los anteriores, añade su regodeo en el poder con el que explota a su clientela.

Personajes excéntricos

Al lado de los anteriores, otro grupo de personajes, aún de menor relevancia, nos aportan su peregrina excentricidad personal: la esposa de Pansa, la viuda Fulvia, el cocinero y los esclavos de Diomedes, el guerrero de Herculano o el poeta Fulvio, que no debe confundirse con el merecidamente famoso Fulvio Nobilior, protector de Escipión, que escribió y vivió en el siglo III a. de C.

La muchacha que canta y que muere con su hijo

Y, en fin, citar el precioso personaje apenas descrito, a excepción de su voz, que se halla siempre a mano del autor en los instantes más dramáticos de su narración. Nos referimos a la muchacha de voz aguda y cantarina que anuncia la feliz llegada de los juegos al anfiteatro y la no menos grata buena nueva de que los dioses han concedido a los ciudadanos de Pompeya dos reos de muerte a los que enfrentar al tigre y al león, que ya están en las jaulas. No obstante su crueldad, esta simpática figura femenina se nos hace entrañable en cuanto descubrimos que se trata de una madre soltera que con su bebé se refugia en las bodegas de la casa de Diomedes para morir cubierta por la ceniza y por el fuego, junto a su pequeño hijo, tal y como aparecieron sus cuerpos 800 años más tarde, al iniciarse las excavaciones en aquella Pompeya que Scott calificó como «la ciudad de los muertos».

Novelas sobre Roma

El romanticismo inglés, con su culto al pasado, produjo un número notable de novelas cuya acción discurre en el ámbito de la Roma clásica. Inglaterra, como ya hemos anotado, país en el que las culturas griega y latina han despertado siempre interés, encuentra entre sus literatos plumas capaces de emprender la dura tarea de reconstruir literariamente el mundo latino. Este hecho que sólo tuvo un precedente no inglés —el del polaco Sienkiewicz, creador de la famosísima *¿Quo Vadis?*[461]— se ve plasmado en el mundo anglosajón por la obra de varios escritores de distinta mentalidad y religión; católicos y protestantes escriben en Gran Bretaña sobre Roma, al igual que lo hizo Bulwer-Lytton, y el resultado es la existencia de varios libros de «romanos», en los cuales domina la temática de los orígenes del cristianismo.

¿Quo Vadis?

1848, año crucial en Europa

Bulwer-Lytton publica *Los últimos días de Pompeya* en 1834. En 1848, año de cierta agitación social en Inglaterra y de abierta revolución proletaria —la primera en la historia— en el resto de Europa, publica nuestro escritor *Harold, el último rey de los sajones.* También en 1848, se publica *Dombey and Son,* de Dickens, *Vanity Fair,* de Thackeray, *Mary Barton,* de Elisabeth Gaskell y *Yeast,* de Charles Kingsley.

Hypatia, de Charles Kingsley

Y es precisamente Kingsley, escritor de gran reputación e indudable calidad, quien en 1852 publica su obra *Hypatia,* cuya acción discurre en el romanizado norte de África, donde suceden una serie de tremendos acontecimientos en el seno de un grupo social que abraza el cristianismo. Personajes de este libro son las figuras históricas de san Sinesio, obispo de Cirene y san Agustín, obispo de Hipona —que no son las únicas—, al servicio de la imaginación del autor. Según el crítico Andrew Sanders, *Hypatia* «es una novela más entretenida y atractiva que lo mejor que pudo escribir Bulwer-Lytton y, sin duda alguna, de mayor riqueza intelectual». Personalmente, no comparto tal juicio, aunque resulta necesario reconocer que la obra de Kingsley interpreta con mayor fidelidad los principios tradicionales con los que el protestantismo enfocó el fenómeno histórico de la Roma clásica, siguiendo la pauta marcada por Edward Gibbon, autor de la famosa obra *Decadencia y caída del Imperio Romano.* Escribir sobre el tema de por qué, en Gran Bretaña la popularidad y la aceptación de *Hypatia,* superó la obtenida por *Los últimos días de Pompeya,* daría lugar a un amplio ensayo. Sin embargo, resumimos en pocas palabras —ya que así lo consideramos conveniente para el lector— la problemática religiosa que vivió el Reino Unido, a partir dela década de 1840.

Keble, Fonder y el Movimiento de Oxford

Tal año, un joven ministro de la Iglesia anglicana, Rev. John Keble y otro estudiante de teología de la universidad de Oxford, Fouder, publicaban varios documentos acerca del estado en que se hallaba la iglesia reformada, algunos de los cuales llevaban títulos tan explosivos como «la Apostasía Nacional». Estos jóvenes teólogos criticaban duramente la secularización del clero protestante, la adopción de la profesión de pastor de almas con idéntico espíritu de medro mundano y profesional como podía hacerlo un abogado, un farmacéutico o un funcionario del Estado. Keble y Fouder comenzaron así una campaña contra la alta jerarquía eclesial inglesa, atribuyéndole, entre otros cargos, una absoluta ausencia de espiritualidad y de la grave falta de no incidir en la oración para la remisión de los pecados del mundo. Los documentos de estos jóvenes teólogos corrieron por la Inglaterra de su tiempo como un reguero de pólvora. Según ellos, la iglesia anglicana había

prostituido el espíritu de la Reforma, relajado el sentido de la jerarquía eclesial y creado ministros tan apegados al éxito mundano como pudiera estarlo un banquero. Y lo peor del caso es que Keble y Fouder tenían razón en su osada propuesta de regresar al seno de la iglesia de Roma y pasaron a convertirse en las cabezas visibles de lo que ha pasado a la historia de las iglesias cristianas como el Movimiento de Oxford.

Conversiones al catolicismo

Las conversiones al catolicismo menudearon entre los altos cargos de la iglesia anglicana y entre intelectuales y artistas. Hombres de religión, como Manning, Newman y Wiseman, convertidos en hijos espirituales de Roma, llegaron al cardenalato, y el primero estuvo apunto de ser Papa, afirmación un tanto osada e imposible de probar. Pero lo verdaderamente importante del Movimiento de Oxford fue el efecto beneficioso que proporcionó a la minoría católica del Reino Unido, que obtuvo plena integración en la sociedad inglesa, agilizando así el cumplimiento de la Ley de Reforma (*Reform Bill),* de 1832, que reconoció a los católicos como ciudadanos de pleno derecho, incluido el de representación parlamentaria, del que se habían visto privados a raíz del advenimiento a la corona inglesa de Guillermo de Orange y María II, en 1689.

Las novelas de Trollope

El Movimiento de Oxford afectó de modo muy señalado a la intelectualidad británica y tuvo honda repercusión en la literatura victoriana. A las críticas llenas de humor y comprensión que Anthony Trollope dedicó al clero anglicano en su inolvidable serie de novelas de Bersetshire, se alzaron actitudes reaccionarias como las de Gibbon y Kingsley. Este último llega hasta considerar a la iglesia primitiva como culpable dela muerte de *Hypatia.*

Novelas de «romanos» escritas por dos cardenales

Hypatia fue, pues, un libro polémico y su autor recibió adecuada réplica por medio de la pluma de dos delos grandes cardenales católicos del Movimiento de Oxford. En 1855, Newman publica su novela *Callista,* cuya acción discurre, como en la obra de Kingsley, en el Norte de África romanizado, y Wiseman, incansable publicista, daba a la

imprenta su célebre *Fabiola,* en 1856,obra que tuvo una resonante acogida de crítica y público. «*Fabiola* —dijo un periódico irlandés, a poco de aparecer el libro— es una obra perfecta que reconstruye con gran fidelidad la vida del cristianismo primitivo.» Al mismo tiempo, las altas jerarquías de la iglesia católica se mostraban unánimes en afirmar que «*Fabiola* es un libro bueno y recomendable en todos los sentidos, que se vende tan bien como si fuese un libro malo y condenable en todos los sentidos».

¿Qué novela es mejor?

Si se me permitiese elegir entre *Hypatia, Callista* y *Fabiola,* me quedaría con esta última, que es obra —como *Hypatia*— de novelista profesional, condición que percibe el lector con facilidad. Por otra parte, al contrario de lo que sucede con *Hypatia,* no existe en ella mensaje ideológico alguno y se limita a la descripción de las penas y fatigas de los primeros cristianos de Roma, cuyas vidas podían concluir en el martirio, a poco que se descuidasen. Ninguna de las tres, sin embargo, posee méritos intrínsecos dignos de mención, al margen de la personalidad de sus autores, que escribieron estas obras inducidos, más que por motivaciones literarias, por convicciones de tipo religioso, tan respetables como ajenas al arte de narrar. De ahí, pues, que la novela histórica más representativa en la descripción de Roma, de su cultura, de sus instituciones públicas y privadas y de la actitud existencial de sus pobladores, siga siendo la que contiene este volumen, firmado por el caballero inglés Edward George Earle Bulwer-Lytton.

La fama de Fabiola *y de* Los últimos días de Pompeya

Fabiola y *Los últimos días de Pompeya* gozaron de fama y predicamento durante muchos años. La obra del cardenal Wiseman era el libro ideal para regalar a las colegialas que habían aprovechado bien el curso o ascendido algún peldaño en la escala infinita de la espiritualidad. El que esto firma leyó *Fabiola* en 1935, cuando su hermana logró tal premio en la rifa, no siempre honesta, de las distinciones escolares. Lo leí y no sentí ni frío ni calor. Lamenté, claro, el triste destino de la protagonista, que me pareció desproporcionado y bárbaro, aunque también había que aceptar que la joven parecía dispuesta desde el principio a ganarse tan duro fin por méritos indiscutibles. *Los últimos días de Pompeya* llegó a mis manos el mismo año, también como premio obtenido por mi hermano en sus lides escolares, de lo que me

felicité sinceramente. Su lectura me interesó, lo devoré con apasionamiento. Me enamoré de Iona y de Nydia, a la vez, y en más de una ocasión me encontré deshojando margaritas mientras murmuraba sus nombres. Tal amor se hizo arbolado y desecho como los océanos atemporalados, tras la visita que hice a Pompeya, en 1936. Pero los años y las guerras ahuyentan los bellos recuerdos hasta reducirlos, primero a cenizas, y más tarde a nada.

Películas de «romanos»

En los años 30 y 40 y hasta los 50, el cinematógrafo descubrió el filón, casi inagotable, de las novelas de «romanos». Las obras de Bulwer-Lytton, Wiseman, Sienkiewicz y los guiones de quienes escribieron y *El signo de la Cruz*, fueron objeto de una o más versiones cinematográficas, que en su día alcanzaron grandes éxitos de taquilla. Y como sea que, de vez en cuando, T. V. acostumbra a reponer estas históricas películas, damos a continuación la ficha técnica abreviada de lasque juzgamos más interesantes:

El Signo de la Cruz. Director: Cecil B. De Mille. Nacionalidad: EEUU. Intérpretes: Charles Laughton, Claudette Colbert, Frederick Marcha. Año de producción: 1932,

Quo Vadis? Director: Enrico Guazzoni. Nacionalidad: Italiana. Intérpretes: Amisto Novelli y Lea Orlandini. Año de producción: 1912.

Quo Vadis? Director: Mervin Le Roy. Nacionalidad: EEUU. Intérpretes: Robert Taylor, Deborah Kerr y Peter Ustinov.

Los últimos días de Pompeya. Director: Mario Camerini. Nacionalidad Italiana. Intérpretes: Fernanda Negri y Ubaldo Stefani. Año de producción: 1913.

Los últimos días de Pompeya. Director: Ernest B. Schoedsack. Nacionalidad: EEUU. Intérpretes: Preston Foster, Basil Rathbone y Elisa Landi.

Los últimos días de Pompeya. Director: Eric Till. Nacionalidad. EEUU. Intérpretes: Steve Reeves, Maria Bonnard y Fernando Rey.

En las décadas de los 60 y 70, la industria cinematográfica, especialmente la americana, abandonó el tema de «romanos» para

sustituirlo por guiones de contenido bíblico y egipcio.

Capítulo de agradecimiento

Resultó, en verdad, desesperante mi insistente e infructuosa búsqueda de cuantas biografías pudieran existir de Lord Lytton, en España. En la biblioteca del British Council, de Madrid, no existía en el momento en que lo solicité obra alguna acerca de Bulwer-Lytton. Y aunque hallé, en determinada institución cultural de esta capital, el libro *The life, letters literary remains of Edward Bulwer, Lord Lytton, by his son.* London, 1883, («Vida, cartas y fragmentos literarios de Edward Bulwer, Lord Lytton, por su hijo. Londres, 1883»), una vez localizada la obra, se me informó que la misma no podía ser consultada por tratarse de un *libro de archivo* (?).

En vista de ello, me dirigí por escrito al *Hertfordshire County Council,* consejo del condado del que la familia Lytton es nativa, por cuyo secretario fui atendido con la ejemplar puntualidad y la bien conocida cortesía, propia de las instituciones y las personas inglesas, a la hora de atender solicitudes culturales procedentes de más allá de sus fronteras. Mi gratitud, pues, al Consejo del Condado de Hertfordshire y a su secretario Mr. Peter Walne, quien recibirá con destino al archivo de Lord Lytton, que regenta en Hertford, dos ejemplares de esta traducción.

Quiero agradecer también al excelente escritor y guionista Juan Tébar su generosa colaboración al solicitarle las fichas técnicas de las películas de «romanos» que cierran este «Apéndice».

Jorge FERRER-VIDAL

Bibliografía

[1] Edición privada.
[2] Hay otra traducción libre de 1860, realizada por Margarita López de Haro, que va «precedida de una introducción por Washington Irving».
[3] La traducción es nada menos que de Jacinto Benavente.
[4] El primer *sketch* de esta colección, titulado *Zicci,* apareció prepublicado en *Monthly Chronicle,* 1941.
[5] Es una traducción del alemán de los poemas de Schiller.
[6] Prepublicada en *Blackwood.*
[7] Prepublicada en *All the Year Round.*
[8] Traducción del latín.
[9] Bulwer Lytton la dejó inacabada y fue publicada póstumamente como la anterior.
Entre las biografías que el interesado puede consultar cabe mencionar las siguientes: E. R. B. Lytton, *The Ufe, Letters, etc. of Edward Bulwer,* 1853; M. T. H. Sadler, *Bulwer: a Panorama,* 1931; V. A. C. R. B. Lytton, *The Life of Edward Bulwer,* 1913; V. A. G. R. B. Lytton, *Bulwer Lytton,* 1848.

AÑO	TÍTULO ORIGINAL	TÍTULO CASTELLANO
1820	*Ismael, and other Poems.*	Ismael y otros poemas.
1823	*Delmour, or the Tale of a Sylphid, and other Poems*.	Delmour, o Historia de una sílfide y otros poemas.
1825	*Sculpture* (Cambridge prize poem).	Escultura (poema premiado en Cambridge).
1825	*Weeds and Wild Flowers* (poems, etc.)[1].	Hierbajos y flores silvestres (poemas, etcétera).
1827	*O'Neil, or the Rebel* (poem).	O'Neil, o el rebelde (poema).
1827	*Falkland.*	Falkland.
1828	*Pelham.*	Pelham.
1829	*The Disowned.*	El desposeído.
1829	*Devereux.*	*Devereux* (1847).
1830	*Paul Clifford.*	Paul Clifford.
1831	*The Siamese Twins. A satirical Tale of the times. With other poems.*	Los siameses. Cuento satírico de nuestro tiempo, con otros poemas.
1832	*Eugene Aram.*	Eugene Aram.
1833	*Godolphin.*	Godolphin.
1833	*England and the English.*	*La Inglaterra y los ingleses* (1837).
1834	*Letter to a Cabinet Minister on the*	Carta a un ministro del Gobierno acerca

	Present Crisis.	de la presente crisis.
1834	*Pilgrims of the Rhine.*	Peregrinos del Rin.
1834	*The Last Days of Pompeii.*	Los últimos días de Pompeya (1847).
1835	*The Student; Essays* (New Monthly).	El Estudiante; ensayos.
1835	*Rienzi.*	*Rienzi* (s. a.).
1836	*The Duchesse de la Vallière* (drama).	La duquesa de la Vallière (drama).
1837	*The Sea-Captain, or the Birthright.*	El capitán de mar, o el mayorazgo.
1837	*Athens, its Rise and Fall, etc.*	Atenas, su encubrimiento y caída, etc.
1837	*Ernest Maltravers.*	*Ernesto Maltravers* (1845).
1838	*Atice, or the Mysteries.*	Alicia, o los misterios.
1838	*Leila, or the Siege of Granada.*	*Leila o el sitio de Granada* (1845)[2].
1838	*Calderon the Courtier.*	Calderón, el cortesano.
1838	*The Lady of Lyons* (drama).	*Amor y orgullo,* o *La dama de León* (1841).
1838	*Richelieu* (drama).	*Richelieu* (1820)[3].
1840	*Money* (drama).	*Dinero* (comedia) (s. a.).
1841	*Night and Morning.*	*Los hijos sin nombre* (1926).
1842	*Zanoni*[4].	Zanoni.
1842	*Eva, the Ill-omened Marriage, whit other Tales and Poems.*	Eva, la boda de mal agüero, con otros cuentos y poemas.
1843	*The Last of the Barons.*	*El último de los barones* (1972).
1844	*Poems and Ballads*[5].	Poemas y baladas.
1845	*Confessions of a Water Patient.*	Confesiones de un paciente de hidroterapia.
1845	*The New Timon* (poem).	El nuevo Timón (poema).
1846	*Lucretia, or the Children of the Night.*	Lucrecia, o el hijo de la noche.
1847	*A Word to the Public.*	Unas palabras al público.
1848	*Harold, or the Last of the Saxon Kings.*	Harold, o el último rey sajón.
1848-49	*King Arthur* (poem).	El rey Arturo (poema).
1850	*The Caxtons*[6].	*La familia de Caxton* (1854).
1851	*Not so bad as we seem* (drama).	No tan malo como parece (drama).
1851	*Letter to John Bull, Esq.*	Carta a John Bull.
1852	*A Lecture: Outlines of the Early History of the East, etc.*	Una lectura: Esbozo de la primitiva historia del Este, etc.
1853	*My Novel*[6].	Mi novela.
1858	*What will he do with it?*[6].	¿Qué hará con ello?
1860	*St Stephen's* (poem).	San Esteban (poema).
1862	*A Strange Story*[7].	Una extraña historia.
1863	*Caxtoniana* (essays).	Caxtoniana (ensayos).
1864	*The Boatman* (poem)[6].	El barquero (poema).

1866	*The Lost Tales of Miletus* (poems).	Cuentos perdidos de Mileto (poemas).
1869	*Walpole, or Every Man has his Price.*	Walpole, o Todo hombre tiene un precio.
1869	*Odes and Epodes of Horace*[8].	Odas y Epodos de Horacio.
1873	*The Coming Race*[6].	*La raza que nos aniquilará* (1954).
1873	*Kenelm Chillingly.*	Kenelm Chillingly.
1873	*The Parisians*[6].	Los parisinos.
1874	*Speeches and other Political Writings.*	Discursos y otros escritos políticos.
1876	*Pausanias the Spartan*[9].	Pausanias el espartano.

Notas

[1] Deja de preguntarte lo que traerá el mañana y considera goce lo que Fortuna cada día te da; y mientras seas joven no desdeñes ni el dulce amor ni las danzas…

(Horacio, *Odas,* Libro I; ix.) <<

[2] Héroe perteneciente a los llamados Dióscuros griegos, hijos de Zeus y Leda. Es hermano de Cástor. <<

[3] Moneda de plata cuyo valor era equivalente a dos ases y medio, es decir, la cuarta parte de un denario. <<

[4] Lampreas. <<

[5] «No puedo aguantar el lujo de los persas…» (Horacio, Odas, Libro I; xxxviii). <<

[6] En literatura latina arcaica, incluidos Plauto y Terencio, la palabra cuestor se aplicaba a todo aquel que inquiría o preguntaba. Más tarde, este nombre designó a los funcionarios encargados de los fondos públicos; en la época republicana, los cuestores eran auxiliares de los cónsules y de los pretores en las provincias. Estos funcionarios se encargaban de aportar pruebas o informes judiciales en las causas por homicidio; es decir, lo que hoy llamaríamos jueces de instrucción (*Quaestores parricidii*). <<

[7] Segunda pers. sing, del imperativo del verbo *valeo:* «Pásalo bien, adiós», o cualquier otra forma de saludo bienintencionado y amistoso. <<

[8] Esclavo que ha obtenido su libertad y se convierte en liberto u hombre libre. Eran varios los modos legales de acceder a la manumisión, pero los más corrientes eran la compra de la libertad por dinero —tal como se verá más de una vez en esta obra— o por simple voluntad del dueño del esclavo. Otra vía curiosa de llegar a la manumisiónera la que se realizaba por testamento. Tácito cuenta que los manumitidos por disposición testamentaria tenían derecho a seguir viviendo bajo el techo de su antiguo amo. <<

[9] Partía o Parthia. País de los partos, que habitaban las inmediaciones del mar Caspio y que después se incorporaron al imperio persa. Los partos eran maestros en la equitación y en el manejo del arco y las flechas. <<

[10] Famoso escultor griego (3/0-330 a. de C.). Autor de más de 50 obras conocidas, entre las que destaca la Venus de Cnido. Es el postrer gran representante de la escultura clásica griega y su obra se caracteriza por poseer un especial encanto y delicadeza. «Hermes y el niño Dioniso», descubierta en el templo de Hera (Olimpia) es otra de sus tallas más afamadas. <<

[11] Tiro o Tyria, ciudad fenicia. Sus tintes fueron famosos en la Antigüedad y se exportaron por todo el Mediterráneo. Cicerón y Ovidio, entre otros latinos, citan en sus obras la belleza y calidad del tinte púrpura cíe Tiro. <<

[12] Un sector de críticos literarios ingleses consideran que esta apreciación de lord Lytton es un claro anacronismo, ya que el pueblo árabe durante el imperio de Romano había alcanzado aún el nivel artístico y cultural que justificase la exaltación de su arquitectura y de sus técnicas decorativas. <<

[13] El dios Apolo de los latinos. Era considerado como la divinidad de la sabiduría. Los adivinos y pitonisas recibían de él el don profético y también otorgaba las gracias del canto y de la música, de la cual era maestro insuperable. Después llegó a ser dios de la poesía y jefe de las Musas. <<

[14] «Se oculta una serpiente entre la hierba.» (Virgilio, *Bucólicas,* III, 93). Frase proverbial para poner en guardia contra algún peligro. <<

[15] La *Baiae* latina, ciudad de Campania, famosa ya en la antigüedad por sus aguas termales. <<

[16] La cultura griega era apreciadísima en la antigua Roma y el hecho de tener una buena biblioteca en papiro o pergamino de los grandes autores griegos era considerado por las clases cultas como un alarde de erudición. Al ser Glauco ateniense de origen y, en consecuencia, conocedor del idioma helénico, queda colocado en situación cultural ventajosa frente a los ciudadanos romanos. <<

[17] De acuerdo con la nota anterior, se satiriza en las líneas del texto de Lytton la actitud pedante de algunos magnates romanos deseosos de acceder a la cultura griega. Platón (429-347 a. de C.) es el filósofo griego que mayor influencia ha ejercido en las corrientes del pensamiento de Occidente. Autor de 26 Diálogos y de 13 Cartas, es uno de los más altos exponentes del pensamiento filosófico universal. <<

[18] Marco Tulio Cicerón (106-43 a. de C.). Escritor, abogado, político y orador. Autor de tratados como *De Re Publica, De Officiis, De senectute, De Legibus,* etc. Sus epistolarios con su familia y amigos son asimismo famosos. Hombre de ética dudosa, amasó, como buen político, una gran fortuna. <<

[19] *Aspasia* de Mileto (s. v. a. de C.), hermosa griega celebrada por su inteligencia y su belleza, vivió en Atenas rodeada de artistas, filósofos y políticos, como Fidias, Sócrates y Alcibiades. *Pericles* (495-429 a. de C.), el gran estadista y democratizador griego, influido grandemente por Aspasia, acabó repudiando a su mujer para unirse a ella. (Véase nota 99.) <<

[20] Plinio el Viejo (23-79 d. de C.), estudioso romano. Dejó 37 libros de Historia Natural que abarcan los campos de la sociología, cosmografía, geografía, fisiología, etnografía, etc. Su interés científico por presenciar la erupción del Vesubio le llevó a la muerte. Publicó también obras de historia, retórica y táctica militar. Su sobrino, mencionadoa continuación, es Plinio el Joven (62-114). <<

[21] General ateniense (460-400 a. de C.). Tomó parte activa en la terrible guerra del Peloponeso, entre Esparta y Atenas. Desterrado a la isla de Thasos, emprendió la tarea de historiador del citado conflicto y legó a la posteridad el relato de *La guerra del Peloponeso.* En dicha obra se describe la epidemia de peste bubónica que asoló a Atenasen el año 427 y que vino a agravar las trágicas consecuencias de la guerra. <<

[22] En latín en el original. La construcción de esta frase evoca el quehacer poético de Horacio, por quien Lytton demuestra, como se verá en el «Apéndice» que sigue a esta obra, enorme admiración. La frase tomada esta vez del poeta de Venusa es *omne tulitpunctum, qui miscuit utile dulci* («Se ha llevado todos los votos el que ha sabido aunar lo útil y lo agradable»). (Horacio, *Sátiras,* 11; xviii.) **<<**

[23] Originaria de Tesalia, provincia septentrional de Grecia, de conformación llana, a excepción del monte Olimpo, cuna y morada de los dioses. Es una región rica en tradiciones esotéricas y posee riqueza de folclor, mistérico y mágico. Regada por el río Peneo, es de suelo fértil y escenario de la batalla de Farsalia, en la que César venció a Pompeyo. <<

[24] Persona o personas que se hallaban bajo la protección de un *patronus*. Regulada por el Derecho romano, la clientela era un vínculo jurídico integrado por lazos personales y patrimoniales que daba legalidad a la protección que un patricio otorgaba a un hombre libre, no *quírite,* es decir, carente de la calidad de ciudadanos civiles. <<

[25] La montaña más alta de Grecia (2.915 m.); se encuentra entre Tesalia y Macedonia, a 16 kilómetros del mar Egeo. En su cumbre hay nieves perpetuas. Fue solar de los dioses y de la mitología griega. <<

[26] En mitología, río de los infiernos en el que habitan las deidades malignas. Era el río del olvido. <<

[27] La diosa Venus, griega. Hija de Zeus y de la titánide Dione. Para algunos nacida del mar y para otros fecundada por la sangre del mutilado Urano. El asiento de su poder erótico estaba en su cinturón, prenda que una vez dejó a Hera para hechizar con ella a su propio esposo. Además de reina del amor, lo era también de la primavera, delos jardines y de las flores. <<

[28] Dios del amor, nacido del primigenio Caos, era el encargado de insuflar en los corazones la pasión amorosa. Conocido también en Roma por Cupido. <<

[29] Poeta latino, muerto en el año 19 a. de C. Hijo de familia ecuestre, sabemos por su propio testimonio que nació en Gabios y que gozó de esmerada educación. Pertenece al grupo de Valerio Mésala, defensor de la oligarquía senatorial y protector de poetas. Cayó enfermo en Corcira y publicó dos libros cíe elegías titulados *Delia* y *Némesis.* Suprimer libro de elegías apareció en el año 26 d. de C. <<

[30] Hijo de Zeus y Alcmena. Diestro en la conducción de carros, en lucha y en pugilato. Se propuso, valiéndose de su gran fuerza física, hacer el bien, iniciando así sus doce famosos trabajos: obtener la piel del león de Nemea; dar muerte a la Hidra de Lerna; capturar viva a la cierva de Cerinía; conducir a Atenas, también vivo, al jabalí del Erimanto; limpiar los establos del rey Augías; ahuyentar a las aves del Estinfalo; domar el toro de Minos; llevar a Micenas las yeguas de Diomedes; conseguir el cinturón de Hipólita, reina de las Amazonas; llevar a Micenas las vacas del monstruoso Gerión; conseguir las manzanas de oro del jardín de las Hespérides, y sacar del infierno a Cerbero, el perro de tres cabezas que lo custodiaba. <<

[31] Nápoles. <<

[32] Nombre de una de las sirenas que se precipitaron al mar cuando Ulises se les escapó. Su cuerpo fue arrojado por las olas a un lugar de la costa italiana, donde más tarde se edificó una ciudad que tomó su nombre y que hoy es la ciudad de Nápoles <<

[33] Palas Atenea. Es la diosa virgen de la ciudad de Atenas. Según Homero, «Atenea, la de los ojos de lechuza», es la diosa de la sabiduría. Por un fallo del destino, nació de Zeus y Metis, diosa de la inteligencia, por lo que se esperaba que el hijo nacido, además de varón, superase a su padre en poder. Esa idea le produjo a Zeus tal dolor de cabeza que pidió a Hefesto —el Vulcano griego— que le partiera el cráneo de un martillazo. De la cabeza de Zeus surgió Palas Atenea, armada con una lanza. <<

[34] Nombre de una doncella, amada por Cupido e inmortalizada por Júpiter. (Véase nota 454.) <<

[35] Río del Ática. <<

[36] Se refiere a Epicuro y sus discípulos. Epicuro (341-270 a. de C.), nacido en Samos, adquirió al precio de 80 minas un extenso jardín que él mismo cultivaba; llevaba entre sus frondas una vida dulce y grata, en compañía de sus discípulos, a los que trataba como amigos y enseñaba paseando. (Véase nota 241.) <<

[37] Amado por Selene (la luna), al que sumió en sueño eterno. <<

[38] Lugar de Ática, donde los soldados espartanos de largos cabellos, al mando de Leónidas, ofrecieron heroica resistencia al ejército persa de Jerjes, durante la segunda guerra médica (480 a. de C.). En aquel entonces, el paso de las Termópilas era el único asequible para el asalto del Ática y de Atenas, puesto que se hallaba situado entre los montes Zastani y el mar. Hoy, sedimentos y aluviones del río Spercheios han desplazado la costa varios kilómetros al este. <<

[39] Leoena, la heroica amante de Aristogiton, al ser sometida a tortura, se mordió la lengua para que el dolor no la indujese a traicionar la conspiración contra los hijos de Pisístrato. La estatua de una leona, erigida en su honor, aún podía contemplarse en Atenas, en tiempos de Pausanias. <<

[40] Lais o Laida, nombre de una ramera de Corinto, muy famosa durante la guerra del Peloponeso. Hubo otra del mismo nombre, contemporánea de Demóstenes. <<

[41] Territorio de Campania, célebre por sus vinos, ásperos y fuertes, que con frecuencia se suavizaban con los vinos dulces de la isla griega de Quíos.

En la obra del aran Horacio, aparece con frecuencia la mención de ambos vinos. El anotador recuerda sin excesivo esfuerzo de memoria que el vino de Falerno aparece en las *Odas* (Libro I, xx y xxvii; Libro II, iv y ix; *Epodos*, iv; *Sátiras* I, x, etc.) <<

[42] General y diplomático ateniense (450-404 a. de C.). Pupilo de Pericles, hombre rico, brillante y de gran atractivo físico, supo granjearse el apoyo del pueblo. Intervino en la guerra del Peloponeso y más tarde tomó la jefatura del partido demócrata. Mandó una desafortunada expedición a Sicilia. Desertó de Atenas, pasó a Esparta y acabó refugiándose en Persia. En el 411 regresó a Atenas y bajo su mandato la flota ateniense dominó el Egeo. Desterrado de nuevo, murió en Frigia (Asia Menor). <<

[43] Arquitecto romano, autor del famoso tratado *De Architectura.* Durante el Renacimiento su obra despertó gran interés y colaboró eficazmente a la adopción de las formas arquitectónicas clásicas. <<

[44] Los romanos utilizaban sus dormitorios no sólo para el sueño nocturno, sino también para la siesta diaria *(cubicula diurna)*. <<

[45] Divinidades protectoras de los hogares romanos, hijos de la ninfa Lara y del dios Mercurio. Recibían culto diario y sacrificios ofrecidos por el cabeza de familia *(pater familiae)*. Los Lares protegían a los miembros de la familia, incluso fuera del hogar. <<

[46] En las grandes mansiones de Roma este salón pictórico comunicaba en ocasiones con el *atrium.* <<

[47] Cuando se celebraban grandes fiestas, la comida solía servirse en el vestíbulo. <<

[48] «Manera, forma de expresión.» (En francés en el original.) <<

[49] Raffaello Santi o Sanzio (1483-1520). Uno de los más grandes pintores del Renacimiento italiano. Favorito de los Papas Julio II y León X. Influido por Pietro Perugino, adoptó más tarde los postulados de la escuela florentina. Especialmente conocido por los insuperables cuadros de sus Madonnas. <<

[50] Aquiles, hijo de Peleo y Tetis, héroe de la *Ilíada,* poseyó a la esclava Briseida, nombre patronímico de Hipodamía e hija, en consecuencia, de Briseo o Baco. Briseida, joven de hermosa cabellera, según nos cuenta Homero, fue robada a Aquiles por Agamenón. <<

[51] El tablinum se podía abrir y cerrar, a placer, por medio de puertas correderas. <<

[52] Punto un tanto oscuro en el texto de Lytton. No creo que en los países católicos existan más capillas junto a los caminos que en los pertenecientes a Iglesias separadas de Roma. Con aran probabilidad, el autor incurre en un *lapsus* y debe referirse a los numerosísimos altarcillos en miniatura, de uno o dos metros, que hay junto a los caminos de los países cristiano-ortodoxos, y en especial en Grecia. Estas capillitas, a mínima escala, son lugar adecuado para que viajeros y peregrinos ofrenden velas, flores o cualquier otro objeto votivo. <<

[53] Leda, hija de Testio y mujer de Tíndaro, rey de Lacedemonia; de la visita que le hizo Júpiter en forma de cisne, tuvo dos huevos, de uno de los cuales salieron Póluxy Helena, y del otro, Cástor y Clitemnestra. La pintura, pues, de la habitación de Glauco debía representar a Leda en compañía del divino cisne. <<

[54] La madera más valiosa para los romanos, que no debe confundirse con la del limonero. Mi culto amigo Mr. W. S. Landor conjetura, con plausibles argumentos, que se trataba de la caoba. <<

[55] Magistrado que en la antigua Roma ejercía el cargo de inspector de obras públicas; había también ediles curiales y plebeyos, encargados de defender los derechos e intereses de las clases sociales bajas. A partir de las reformas de Julio César, encontramos también a los ediles *cereales* que tenían la misión de abastecer grano, de distribuirlo entre el pueblo y de organizar los juegos dedicados a Ceres o *cerealia.* Pansa pertenece, pues, a este último tipo de ediles. <<

[56] Zeuxis fue un pintor griego del siglo v a. de C., considerado en la antigüedad como el pintor por antonomasia, y como tal es citado aquí irónicamente. <<

[57] Aedepol o Edepol: «¡Por Pólux!». Fórmula de juramento muy usada en el teatro de Plauto y Terencio. <<

[58] Antigua divinidad romana que corresponde a la Hestia griega. Es la diosa del hogar doméstico y también de la comunidad ciudadana. Su fuego sagrado no podía extinguirse y a mantenerlo vivo se dedicaban sus sacerdotisas, las vestales, cuerpo formado por doncellas de la nobleza. <<

[59] Servilleta. También pañuelo que se arrojaba a la arena del anfiteatro para que diesen comienzo los juegos. (En latín en el original.) <<

[60] Quíos, Chios o Scio. Isla griega, situada a escasas millas de la costa de Jonia (Turquía), muy celebrada por su excelente vino dulce y por sus sabrosos higos. <<

[61] Fiestas en honor a Vulcano. <<

[62] *Júpiter es* el Zeus romano y participa de todos sus atributos. Homero le llama «el tonante», «el que fulmina el rayo», «el que acumula nubes», «el de las nubes tenebrosas». Es el dios del cielo, el señor supremo, el más grande y mejor de los dioses. De su soberanía emanan los reyes de la tierra y el poder. A pesar de que vela por el orden moral, no se muestra muy estricto en su matrimonio. Casado con su hermana, Hera, Zeus tuvo una serie de relaciones con otras divinidades de las cuales proceden otros dioses y diosas, como Apolo, Artemis, Perséfone, Loto, Hermes, Afrodita… Queda así patentizada la escasa seriedad de los inquilinos del Olimpo que heredó Roma. <<

[63] Del latín *fatum*. Predicación, profecía, oráculo, vaticinio. A los Hados se los identificaba con la necesidad fatal y con la voluntad de los dioses. <<

[64] Ciudad de Epiro, hoy Arta (Grecia). <<

[65] Ciudad y puerto de la costa oriental del Calabria, hoy Brindisi (Italia). <<

[66] Hijo de Agamenón y de Clitemnestra, reyes de Micenas. Famoso por vengar a su padre, burlado por Clitemnestra y Egisto, mientras el rey de Micenas se hallaba en el sitio de Troya. Clitemnestra pretendió que su amante reinase en lugar de su marido al regreso de éste decidió asesinarle. Orestes acabó con Egisto, y de paso mató también a su propia madre, por ordenarlo así el oráculo de Apolo. Remitimos al lector interesado por este tipo de tragedia clásica a las obras dramáticas de Esquilo, en especial. *La Orestíada.* <<

[67] Contracción de Hércules. Literalmente, «¡Por Hércules!». Forma arcaica de juramento. <<

[68] Poeta de Beocia (518-438 a. de C.). El más grande cultivador de la poesía lírica y coral de la Grecia Clásica. Representó el ideal aristocrático anterior al período democrático. Sus Odas a los vencedores de las Olimpiadas son famosas por su original sintaxis y vocabulario y por su técnica formal compuesta por estrofa, antistrofa y épodo que hacen de su estilo, en general, un ejercicio literario complicado. <<

[69] Véase nota 5. <<

[70] Personaje de ficción, creado por Lytton. No obstante, su figura posee tal autenticidad que estamos seguros de que en Pompeya debió haber más de un Fulvio. <<

[71] Se refiere, sin duda, al gran Ramsés II (1290-1224 a. de C.). Tercer faraón dela 19.ª Dinastía. Su expansión por Asia fue frenada por los hititas, pero sus innovaciones en el propio Egipto resultaron de gran importancia. Se construyeron durante su reinado los templos de Karnac y de Abu Simbel y se restableció el culto a Isis, divinidad principal de los egipcios, y a su esposo, el dios Osiris. Probablemente, el éxodo de los judíos tuvo lugar durante el primer período de su reinado. <<

[72] Medusa y sus hermanas Esteno y Euríalo, conocidas como las Górgonas, eran hijas de Forcis, padre de numerosos monstruos. Medusa sedujo a Neptuno por sus espléndidos cabellos y Minerva en venganza se los convirtió en serpientes y dio a sus ojos la propiedad de petrificar todo lo que miraban. <<

[73] *Canes o caniculae* era la jugada más desfavorable en el juego de los dados. <<

[74] Plauto (215-184 a. de C.). Nacido en Umbría, escribió más de 130 obras teatrales, entre ellas la *Aulularia* (o comedia de la olla) citada en el texto. Son también famosas y representativas la *Mostelaria,* el *Pseudolus*, el *Trinummus* y el *Miles Gloriosus*. Curiosamente, otra de sus obras, la *Casina,* estaba en cartel cuando la erupción del Vesubio. <<

[75] Ciertos vinos solían mezclarse con otros licores y especias para corregir su baja o deficiente calidad. Entre estos aditivos figuraba la resina, que otorga a los vinos un singular perfume a pino. Los vinos *resinatos* se consumen aún hoy en el sur de Italia y sobre todo en Grecia, donde encuentran gran aceptación. <<

[76] Literalmente, «rey del banquete». (En latín en el original.) <<

[77] Narciso. <<

[78] Maya o Maja. Hija de Fauno, divinidad romana cuya fiesta se celebraba en mayo. <<

[79] Aglaya o Aglae, una de las tres Gracias. (Véase pág. 55, nota 5.) <<

[80] Sobrenombre que solía darse al dios Baco. <<

[81] Hilas, hijo de Teodamante, era tan bello que Hércules lo raptó y se lo llevó en la expedición de los Argonautas. Una tarde Hilas estaba bebiendo en una fuente de Misia, y fue arrebatado por las ninfas de la fuente. Hércules lo buscó en vano, como en vano lo llamaban cada año durante las procesiones que se celebraban en Misia. <<

[82] Nombre de mujer. <<

[83] Poetisa griega, natural de Lesbos (625-580 a. de C.) Su poesía es citada en la antigüedad por más de cien autores y sus versos fueron traducidos e imitados por Catulo, Horacio y Ovidio. Conocedora de la música y la danza, creó ritmos y estrofas nuevas, una de las cuales lleva su nombre: la estrofa sáfica. <<

[84] Lugar en las casas romanas donde se guardaban provisiones, como despensa, granero, bodega, etc. *Cella olearia* = cuarto del aceite; *cella vinaria* = bodega; *cella lignaria* = leñera. <<

[85] *Cefiso:* Río de Beoda con desembocadura en el lago Copais. Hoy conserva el mismo nombre que en la antigüedad. *Tibur:* Ciudad en la ribera del río Anio, cerca de Roma. Hoy, Tívoli. <<

[86] En el museo de Nápoles, puede verse un curioso cuadro que representa un sacrificio egipcio. <<

[87] Sacerdotes que hacían presagios y practicaban la adivinación, examinando las entrañas de las víctimas. <<

[88] Hija de Leda y Júpiter, mujer de Menelao, rey de Esparta y Mesenia, y cuñada de Agamenón, rey de Micenas. Raptada por Paris, hijo de Príamo, rey de Troya, dio lugar a la guerra y el sitio de esta ciudad. <<

[89] Poetisa y sacerdotisa de la isla de Lesbos, contemporánea de Safo. <<

[90] Héroe mítico civilizador del Ática y fundador de Atenas (antigua Cecropia). Se le atribuyeron diversas leyes sobre el matrimonio, las doce tribus atenienses y la instauración de los cultos religiosos. (Véase nota 311.) <<

[91] Hija de Tíndaro. Doncella a la que Horacio dedicó la *Oda* xvii del libro I. <<

[92] Hija del rey Minos de Creta y de Pasífae. Dio a Teseo el hilo con el que éste pudo salir del laberinto. <<

[93] Rey de Atenas. Liberado del laberinto por Ariadna, acabó abandonando a la joven en la isla de Naxos. Teseo regresó a Atenas, donde fue coronado rey y se propuso seguir el ejemplo de Hércules para dar a su pueblo paz y prosperidad. <<

[94] Diosa romana de la vegetación, de las flores y jardines y de la primavera. <<

[95] Las tres Gracias (Aglaya, Talía y Eufrosine) habitaban, en compañía de las ninfas y las musas, los bosques y estaban presentes en las alegrías de los hombres, en la danza y en la canción. Hijas de Zeus y Eurínome, personificaban la belleza y la armonía física y espiritual. <<

[96] Ninfa del mar. Famosa hechicera que con sus brebajes convertía a los hombres en bestias; era hija del sol (Helios) y de Persea. La perversidad de Circe era múltiple y varia y de ello pudo dar buena razón Ulises, el héroe del poema homérico, que vio convertidos a sus compañeros en cerdos por la desconsiderada bruja. No obstante, Circe compensó el desaguisado reconvirtiéndolos en hombres más jóvenes y más hermosos que antes. <<

[97] Región de Italia comprendida entre el Lacio, el Samnio, la Lucania y el mar Tirreno. <<

[98] Ciudadano ateniense, muerto en Atenas el año 514 a. de C., considerado como mártir de la libertad por haber conspirado, junto con Aristogiton, contra el tirano Hipias <<

[99] Aristócrata ateniense (495-429 a. de C.), fue el gran impulsador de la democracia de Ática. Con su colega Efialtes, logró aminorar el poder del partido conservador y desterrar a su jefe, Cimón. Embelleció Atenas durante su mandato y erigió la Acrópolis. Sus enemigos le acusaron de provocar la guerra del Peloponeso, conflicto que pronto o tarde tenía que producirse para dirimir la hegemonía de Esparta o de Atenas. Pericles murió al año siguiente a la terrible epidemia de peste que asoló Ática. A pesar delos ataques personales de sus enemigos, Pericles gozó de gran prestigio y popularidad, gracias a su integridad personal, su idealismo y su extraordinaria oratoria. La «era de Pericles» es sinónimo de «la edad de oro de Atenas». <<

[100] Filósofo presocrático, autor de una complicada Cosmogonía que tiene su inicio en dos elementos primigenios: el Aire y la Noche. De ellos nació Tártaro y después los Gigantes… De la mezcla de todos, nació un huevo…, del que a su vez surgió una nueva generación. <<

[101] Esclavos que tenían a su cuidado al *atrium*. <<

[102] Caera o Cere. Ciudad de Etruria, fundada por los griegos con el nombre de Aquila y situada al sudeste del *Lacus Sabatinius* (hoy, Bracciano), cerca de la Vía Aurelia. <<

[103] Eurípides. <<

[104] El conocido orador y político Marco Tulio Cicerón vivió del 106 al 43 a. de C. (Véase nota 18). Angel María Pascual en su *Catilina* (1947), recientemente reeditado, puso en entredicho muchas de las virtudes que se le venían atribuyendo. <<

[105] Emperador de Roma (12-41 d. de C.), hijo de Germánico y de Agripina. A la muerte de su abuelo Tiberio, subió al trono. Gobernó durante algunos años con indudable acierto y alcanzó gran popularidad. Tras una grave enfermedad, mostró un cambio radical de carácter, dándose a cometer crímenes y atrocidades. Preparó una campaña para la conquista de Britania y fracasó. De regreso a Roma, fue asesinado. Sus abusos y sus brutalidades abonan la teoría de que este emperador estaba loco. <<

[106] Escritor y filósofo latino del siglo IV, perteneciente al círculo de Símaco, dirigido por Macrobio. <<

[107] Tito Flavio Sabino Vespasiano (39-81) era hijo de Vespasiano. En el año 70, reinando aún su padre, se apoderó de Jerusalén. Sucedió a su padre el año 79, el mismo año de la erupción del Vesubio y de la consiguiente destrucción de Pompeya y Herculano. Su referencia, pues, es obligada en esta novela. <<

[108] Fondos públicos que se asignaban a los ediles para el cumplimiento de sus obligaciones, en especial la organización de los juegos en el anfiteatro. <<

[109] Los romanos mandaban, como nosotros los modernos, tarjetas de invitación especificando la hora de la comida. En caso de tratarse de un banquete suntuoso, daba comienzo antes de la hora habitual. <<

[110] Creso o Croeso, rey de Lidia, famoso por sus riquezas. El lector interesado hallará amplia referencia de este monarca en Heródoto (*Historias,* libro I; 19-180). <<

[111] Plutón es hijo de Saturno, esposo de Prosérpina y hermano de Júpiter y de Neptuno; reina en el Hades (infiernos) y en el mundo subterráneo. El Hades se personifica en la mitología griega como hermano de Zeus y de Posidón y, como enemigo que es de la vida, odia a los dioses y a los hombres. El Hades es el fugar de residencia de las almas de los difuntos. <<

[112] Aunque la influencia de Pitágoras (s. VI a. de C.) fue enorme en el mundo helénico, no dejó ninguna obra escrita. La leyenda lo pintó como sabio, profeta y dramaturgo. El movimiento pitagórico se desarrolló sobre todo a través de sus discípulos. <<

[113] Literalmente, «aspiro a cosas mejores». (En latín en el original.) Es decir, el poeta Fulvio espera encontrar en su vida gente mejor que los pompeyanos y que sepa valorar su poesía como él cree que merece. <<

[114] «Cámara de enfriamiento.» (En latín en el original.) <<

[115] Los descubrimientos realizados en Pompeya han demostrado que la tradicional creencia de los arqueólogos de que las ventanas de cristal eran desconocidas por los romanos era un grave error. Su utilización no estaba, sin embargo, muy extendida en las casas de las clases sociales medias y bajas. <<

[116] Titán es hijo de Vesta y del Cielo y padre de los demás Titanes, que eran doce seres gigantescos, seis varones y seis hembras. Gobernaban las esferas terrestres, celestes y marinas. <<

[117] *Tepidarium* = Sala para tomar baños tibios. *Laconicum* = Estufa. (En latín en el original.) El sistema de calefacción que se describe en el texto obedece al mismo principio calórico que el de nuestras «glorias» castellanas; era, por otra parte, el más extendido entre las clases adineradas de Roma y sus provincias. <<

[118] Cada una de las piezas cúbicas de mármol con que los antiguos formaban los pavimentos de mosaico. <<

[119] *Sudatorium* = Sala de sudación, sudadero. *Calidarium* = Caliente, caldeado; zona del baño caliente. (En latín en el original.) <<

[120] En francés en el original. <<

[121] No debe darse a la palabra «editor» el sentido que actualmente posee; es decir, persona física o jurídica dedicada a la publicación de libros como ánimo de lucro. En Roma la palabra editor se confundía con la de autor, puesto que eran generalmente éstos los que encargaban a los copistas la difusión de sus obras, trabajo por el cual eran pagados por los autores. <<

[122] Literalmente, «bebida amarga, ungüento oloroso, esencia de nardo y todo lo que acabe en *um».* (En latín en el original.) <<

[123] El deporte que practicaban los romanos con raquetas de madera nada tenía que ver con el *tennis-lawn,* inventado por los ingleses a mitad del siglo XIX. El juego romano estaba mucho más cercano al peloteo con paleta que los jóvenes de hoy practican en las playas que al tenis que juegan los hermanos Sánchez Vicario y Conchita Martínez. No creo, pues, afortunada la aplicación de la palabra «tenis» al deporte practicado por los romanos. <<

[124] Uno de los ríos de los infiernos o que rodean al Tártaro, formado por las lágrimas de los condenados. <<

[125] Del griego Σύνθεσις = combinación, imaginado, convenido. Aplicado a las prendas de vestir, imaginativo, artificioso. <<

[126] Por descontado, la comida que hacían los romanos a las tres de la tarde no era la cena, sino más bien el almuerzo. Lytton, acostumbrado a los usos horarios ingleses de comidas que colocan la cena («dinner») entre las seis y las ocho de la tarde, se resiste a creer que la comida principal del día tenga lugar a las 15 horas, cuando en Inglaterra se toma el «high tea» o primer té de la tarde. Para nosotros los mediterráneos, y aún más para los españoles, resulta de fácil comprensión. <<

[127] Orfeo, hijo de Apolo y de la musa Clío (o de Eagro, rey de Tracia, y de la musa Calíope, según otra tradición), tocaba la lira con tal maestría y entusiasmo, que *encantaba* (en sentido metafórico y literal) a los hombres y la naturaleza: los ríos suspendían su curso para oírlo y las fieras se amansaban. A ello alude el autor. Gracias a su lira consiguió lo imposible: sacar a su esposa Eurídice del infierno. Pero él no supo cumplir la única condición —no mirar atrás antes de salir del Hades—, y perdió a Eurídice para siempre. <<

[128] Filósofo ateniense (469-399 a. de C.). Hombre de gran fealdad, notoria fortaleza física e indiferente a los placeres y comodidades, fue ejecutado por negar a los dioses de Atenas y por el falso cargo de corromper la juventud. Convencido de que el mejor medio de aprender era conversar, no escribió nada, y su doctrina se conoce por la obra de sus discípulos, Platón y Jenofonte. Su gran pasión intelectual radicó siempre en el deseo de una reforma moral. Para él la gran virtud humana era la sabiduría, de la que emana la justicia y la verdad. Divide la filosofía griega en dos grandes etapas: la presocrática y la que se produjo a partir de él. <<

[129] *Evangelio de Mateo*, 11, 28. <<

[130] Tifón o Tifoeo era un gigante más alto que los montes y tocaba las estrellas con la cabeza; todo su cuerpo estaba provisto de alas, de las manos le salían cien cabezas de serpientes, y sus piernas estaban formadas por anillos de víboras. Su presencia causó tal pánico a los dioses que los obligó a huir a Egipto. Al fin Zeus consiguió vencerlo, aprisionándolo bajo el volcán Etna. <<

[131] Provincia de Asia Menor, cuya capital fue Sardes. <<

[132] Ciudad de la isla de Chipre, donde había un famoso templo de Venus. <<

[133] Antigua ciudad de Jonia (Asia Menor), centro de culto a Dioniso. <<

[134] La más sabia de las Náyades. <<

[135] Hesiodo. [«En primer lugar existió el Caos. Después Gea, la de amplio pecho, sede siempre segura de todos los inmortales que habitan la nevada cumbre del Olimpo. Por último Eros, el más hermoso entre los dioses inmortales, que afloja los miembros y cautiva de todos los dioses y todos los hombres el corazón y la sensata voluntad en sus pechos» (Hesiodo, Teogonia, 116-123).] <<

[136] Se refiere a Endimión (originario, según una tradición, de *Caria,* comarca situada entre Frigia, Lidia, Licia y el Mediterráneo, y que hoy forma parte de Turquía). La luna se enamoró de Endimión, que pidió permanecer eternamente joven y dormido, aunque con los ojos abiertos para poder ver a su amante. <<

[137] Fuente que mana al pie del monte Parnaso, muy cerca del santuario de Delfos… Se dice que aquel que bebe de sus aguas, obtiene la inspiración poética. <<

[138] De donde, probablemente, procedía también la porcelana china, aunque este tema admite considerable discusión. <<

[139] Adonis nació de Mirra, ya convertida en árbol, cuando éste fue corneado por un jabalí. Venus se lo confió a Perséfone pero, cuando se lo reclamó, la diosa de los infiernos se negó a devolvérselo. Zeus zanjó la cuestión, decidiendo que permaneciese cuatro meses con cada una y otros cuatro solo, aunque él prefería pasarlos con Venus. El mito de Venus y Adonis na sido muy socorrido en pintura. <<

[140] Composición poética al estilo de Anacreonte, poeta lírico nacido en Theos, Lidia, (560-478 a. de C.). Fundador del género bucólico llamado, precisamente, ancreóntico. <<

[141] Isla del mar Egeo, hoy Mitilene. Fue la patria de Safo, y producía un excelente vino que merecía el epíteto de «divino». <<

[142] Nombre de Baco, del griego λύω, desatar, liberar. <<

[143] Ninfas del mar, hijas de Nereo y Doris. Eran nada menos que cincuenta hermanas. Como a las náyades de las aguas y fuentes, a las dríadas arbóreas y a las oréadas de las montañas, se las representaba como bellísimas jóvenes que gozaban de larga vida, pero no eran inmortales. <<

[144] Nombre antiguo de la isla de Cerigo, donde existía un magnífico templo consagrado a Venus, que por ello se la conocía también bajo la advocación de Venus *Citerea.* <<

[145] El color del cuervo es negro y brillante. <<

[146] *Baco* (en griegos Dioniso) era el dios de la ubérrima vegetación y especialmente del vino. Hijo de Zeus y de la princesa Sémele, Dioniso fue criado por unas ninfas y, ya crecido, marchó por el mundo con un largo cortejo de sátiros, ninfas y espíritus selváticos, con orejas, rabo y patas de cabra, al objeto de propagar su propio culto y la vinicultura. *Idalia* era otra ciudad de Chipre, consagrada a Venus, y en consecuencia otro apelativo de la diosa. <<

[147] Juego de las doce rayas. (En latín en el original.) Era una clase de juego hoy desconocido y que se supone sería muy parecido al que llamamos tres en raya. <<

[148] Juego de azar y de habilidad, muy extendido en Gran Bretaña. Se juega con dados, pero exige gran atención y astucia por parte del jugador. Personalmente, no creo que el *backgammon* tuviese mucho que ver con el juego romano *duodecim scriptae* <<

[149] Ayo y protector de Baco. <<

[150] Lugar al cual se arrastraba a los que resultaban muertos o mortalmente heridos en la arena del anfiteatro. <<

[151] *Miles Gloriosus,* Act. I. Equivalente a decir en lenguaje moderno «ha servido a las órdenes de *Bombasíes Furioso».* [Pirgopolinices es el «Soldado fanfarrón» de Plauto, que ya en la primera escena dice haber servido a las órdenes de tan rimbombante personaje, que además era «nieto de Neptuno». Las obras de Plauto (250-184 a. de C.) gozaron de gran audiencia entre las clases medias y bajas de Roma, así como entre los gladiadores, que se identifican con los cuadros de costumbres picarescas que caracterizan el teatro de este autor.] <<

[152] Entrenador de gladiadores y, por extensión, «escuela de gladiadores del circo». En el original de Lytton se utilizan ambas acepciones y se habla, más adelante, de la «escuela de gladiadores de Pompeya». También el autor extiende —creemos que gratuitamente— este término a aquellos que, siendo ajenos a la profesión, protegen o apuestan a favor de un gladiador. <<

[153] No sólo las mujeres luchaban en los anfiteatros, sino que incluso las de noble cuna participaban de esta ambición del pueblo llano. <<

[154] Del verbo latino *habere.* Tener algo en poder de uno o a disposición de uno. Se usaba en el circo para indicar que uno de los contendientes se hallaba irremisiblemente perdido a manos de su contrario. <<

[155] Raza canina, originaria de Inglaterra. Se trata de perros de gran fortaleza y de aspecto hostil, aunque son animales de gran fidelidad y no más peligrosos que otros de aspecto menos aguerrido. <<

[156] Hijo de Júpiter y Leda; hermano de Pólux y de Helena. Como en el caso de Pólux, los romanos juraron frecuentemente en su nombre, anteponiendo al mismo una *a* o un *me*: Ecástor, Mecástor… Sobre todo, en Plauto y Terencio. <<

[157] Hijo de Vulcano. Gigante de fuerza prodigiosa que arrojaba llamas por la boca; habitaba una caverna en el monte Aventino y con sus rapiñas tenía aterrorizada a toda la comarca. Fue muerto por Hércules, a quien había robado unas vacas. Hoy la palabra *caco* ha pasado a ser sinónimo de ladrón. <<

[158] Región del norte de África. <<

[159] Hijo de Neptuno. Frase latina que se aplicaba a la gente pendenciera e irritable. <<

[160] Naturales de Corinto, ciudad griega, situada en el golfo del mismo nombre. Por aquella época Corinto era famosa por su depravación; de ahí la alusión de la tabernera. <<

[161] Príncipe micénico, guardián de Ío. Tenía cien ojos, de los cuales mantenía siempre abiertos cincuenta. Mercurio con su flauta logró adormecerlo y le cortó la cabeza. Juno sembró sus ojos en la cola del pavo real. <<

[162] Los mercaderes de esclavos de Tesalia eran célebres por raptar a personas de alta cuna y excelente educación; ni siquiera sus compatriotas se salvaban de sus nefandas actividades. Aristófanes satirizaba amargamente sobre ellos y califica a los tesalios de gente traidora por su desmedido amor al dinero y su tendencia a negociar con la venta de seres humanos. <<

[163] Sacerdotes adscritos al culto de una divinidad particular. Así, *Flamen Dialis* (más abajo), sacerdote de Júpiter. <<

[164] El jardín de las Hesperides, cercano al monte Atlas (norte de África), estaba habitado por tres ninfas, hijas de Espero. Según la mitología, los árboles y las frutas de este jardín eran de oro, y estaba custodiado por un dragón. Recuérdese que uno de los trabajos de Hércules consistió en robar sus manzanas. <<

[165] «¡Ay de tu cabeza!» (En latín en el original.) <<

[166] Se refiere al primer local de boxeo que a principios del siglo XIX se inauguró en Londres. En realidad, era un frontón habilitado para combates pugilísticos y permaneció en funcionamiento durante varias décadas. Si el lector desea tener una referencia de primera mano acerca de cómo eran los púgiles y los combates de aquellos tiempos, debe acudir al gran ensayista inglés William Hazlitt y leer con detenimiento su antológico ensayo *The right* («La pelea»). <<

[167] Hijo de Príamo, rey de Troya, y de Hécuba. Héroe troyano, a quien dio muerte Aquiles, como se hace constar en la *Ilíada*, de Homero. <<

[168] Algo más de 80 libras esterlinas. <<

[169] Especie de guantelete formado por correas guarnecidas con puntas de metal, con los que combatían los gladiadores en las peleas pugilísticas. (En latín en el original.) <<

[170] El lector no debe confundir los sestertii con los sestertia. El sestertium, que era una *cantidad* y no una *moneda,* tenía un valor mil veces mayor que el sester el primero equivalía a más de 9 libras esterlinas y el segundo a un penique y medio de nuestra moneda. <<

[171] Diosa. Hermana y esposa de Júpiter. <<

[172] Las Furias o Erinias, diosas vengadoras de los delitos, eran tres: Alecto, Megera y Tisífone. Hablar de las Furias en el mundo clásico era aludir directamente a la venganza. (Véase pág. 318, nota 4.) <<

[173] Del latín *virago-inis*. Marimacho, mujer que en su corpulencia y acciones parece hombre. <<

[174] En este caso, *designator* equivale a acomodador del anfiteatro durante los juegos <<

[175] Expresión con la que se cerraba una transacción comercial o negocio. «¿De acuerdo?» o «¿Conforme?» <<

[176] Contestación afirmativa a la pregunta formulada en la nota anterior: «Concedido», «hecho». <<

[177] Recuérdese que Bulwer-Lytton escribió esto en 1834, cuando Italia estaba dividida aún en *ocho* estados. El reino de Italia no nació oficialmente hasta 1861 con el encuentro del rey Víctor Manuel y Garibaldi. <<

[178] *Sic* en el original. Expresión de *Saturnia regna* o Edad de oro. <<

[179] Ateneo: «El verdadero templo de Cupido es la casa de la amada». [Aunque del siglo III, el gramático y retórico griego Ateneo recogió en *El banquete de los doctos* una gran cantidad de datos y noticias sobre la antigüedad.] <<

[180] El creyente extraerá de esta vaga coincidencia un corolario muy distinto al del egipcio. <<

[181] Se refiere al mito platónico de la caverna, según el cual el hombre no es capaz de percibir por medio de sus sentidos la realidad esencial de cuanto existe. Platón propone, por vía de ejemplo, que el hombre apenas capta la sombra de lo real, de igual modo que un prisionero en una oscura caverna vería pasar por la pared de enfrente las sombras de las cosas que discurren en el mundo exterior y luminoso. <<

[182] Platón. <<

[183] Habla aquí Arbaces, como en otros pasajes de esta narración, con un lenguaje equívoco que sólo logra confundir a Iona y, de paso, también al lector. «Participar de su místico e inefable anhelo» en el amor de Iona parece un poco exagerado, aun cuando concedamos a Arbaces toda la hipocresía y la falsedad de la que sería sobradamente acreedor, sin necesidad de acudir a juegos retóricos. <<

[184] Palabra egipcia que designa una especie de petróleo o betún muy inflamable que se producía cerca de babilonia. <<

[185] Ignoro si todavía se conserva (espero que sí). Lo cierto es que la concha de esta tortuga se halló en las ruinas de la casa asignada a Glauco en esta obra. <<

[186] La Flora griega. <<

[187] Isla y ciudad de Fenicia, llamada también Arados, hoy conocidas como El Hasa y Gezireh Ruad, respectivamente. <<

[188] Por este nombre se conocen los maravillosos restos de la estatua del Museo Borbónico. Su rostro, por su expresión y por su modelado, es el más bello de cuantos nos ha legado la escultura antigua. <<

[189] Terencio. [Terencio (190-159 a. C.) es, con Plauto, el otro gran comediógrafo latino. Compuso seis comedias, que se representaron entre los años 166 y 160: *Andria, La suegra, Formión, Heautontimorúmenos* («El atormentador de sí mismo»), *El eunuco* y *Los hermanos*. La cita pertenece a *Formión,* Acto V, Escena VI.] <<

[190] El Hermes griego. Hijo de Júpiter y de Maya, en la mitología latina, mensajero de los dioses y dios de los mercaderes, viajeros y ladrones. Dios de la elocuencia y delos poetas y conductor de las almas de los difuntos a los infiernos. Entre sus atributos figuraban un sombrero y unas sandalias con alas, símbolo de su rapidez en los desplazamientos. <<

[191] Hija de Júpiter y de ta Necesidad. Diosa vengadora de los crímenes. Es conocida también como diosa de la expiación. <<

[192] Rey de Epiro (319-272 a. de C.). Aceptó la alianza con Tarento (sur de Italia) para luchar contra Roma. Con un extraordinario ejército de 25.000 hombres y cientos de elefantes, ganó la batalla de Heraclea, en el año 280. Sus palabras «otra victoria como ésta y volveré solo al Epiro», dieron lugar a la expresión «victoria pírrica». Fracasó en su asalto a Roma, si bien logró otra de sus *peculiares* victorias, que le facilitó el desembarco en Sicilia. Derrotado al fin por los romanos en Beneventum, regresó al Epiro, con apenas 7.000 soldados. <<

[193] Hijo de Eolo, el más astuto de todos los mortales, gobernó la ciudad de Corinto. A causa de una desobediencia, Zeus le envió la Muerte, quien le llevó a los infiernos, donde fue obligado a arrastrar un gran bloque de mármol hasta la cima de una colina, valiéndose sólo de pies y manos. Cuando creía haber alcanzado la cumbre, la roca se le escapaba indefectiblemente y se deslizaba de nuevo al llano. Y así, el pecador tenía que reiniciar la ímproba tarea de volver a arrastrar el bloque de mármol, mientras el sudor de la angustia fluía de todo el cuerpo del infeliz Sísifo. <<

[194] Epirote o Epirraos, de Corinto. Se refiere, precisamente, a Sísifo Epirote. <<

[195] Divinidad infernal, identificado con el Plutón griego. (Véase nota 111.) <<

[196] Cuando sir Walter Scott visitó Pompeya, en compañía de sir William Gell, su casi única exclamación fue: «… la ciudad de los muertos, la ciudad de los muertos…». <<

[197] Stabiae no era ya una ciudad, pero sí el lugar preferido donde los ricos edificaban sus villas. <<

[198] Las tres principales ciudades de Campania. <<

[199] *Sesostris* III, faraón de la 12.ª Dinastía (1887-1850 a. de C.). Soberano enérgico y hábil, realizó varias campañas en Nubia. *Semiramis* fue reina de los asirios y esposa de Niño. Propició el embellecimiento de Babilonia. <<

[200] De Pelasgia, nombre antiguo de la Grecia Continental, el Peloponeso y la isla de Lesbos. Las *murallas pelásgicas* se caracterizaban por lo ciclópeo de su construcción. <<

[201] Bayas, ciudad de Campania, célebre por sus baños y placeres, situada en la costa occidental de la pequeña bahía de Puteoli (hoy, Pozzuoli), en la base del triángulo que se podría considerar como determinado por Nápoles, Cumas y el cabo Miseno. Hoy, Baia, barrio y puerto de Bacoli, en la provincia de Nápoles. *Miseno* es un cabo napolitano, como antes se ha indicado. <<

[202] Río (o laguna) de los infiernos, que con el Cocito y el Aqueronte, forma la red fluvial del Hades. <<

[203] *O Phlegraei Campi,* esto es, campos abrasados o quemados. [En realidad, Flegra era una ciudad de Macedonia donde la leyenda situaba la mitológica batalla de los dioses contra los Gigantes (véase pág. 89, nota 4). Pero aquí se refiere a los *campos Flegreos*, una región de Campania, cerca de Pozzuoli y, por tanto, de Pompeya y Herculano.] <<

[204] Ya hemos dicho que Bulwer-Lytton confunde dos regiones, prácticamente homónimas, pero bastante alejadas geográficamente. <<

[205] Antiguo reformador religioso persa (660-583 a. de C.), conocido también como Zaratustra. A la edad de treinta años recibió la revelación de una religión nueva que predicó el resto de su vida. Convirtió al rey Vishtapa de Persia, y su credo se extendió con rapidez. Fue asesinado durante la invasión de los bactrios. Los salmos, himnos y cánticos de Zoroastro están recogidos en el *Gathas,* el más antiguo de cuantos libros componen el *Avesta.* <<

[206] Décimo Junio Juvenal, poeta latino, de Campania. Se considera que vivió en el siglo I (d. de C.). Amigo de Marcial, el epigramista, es el gran poeta satírico del Imperio romano. Su obra, constituida en su mayor parte por sátiras, critica de forma áspera y pintoresca los vicios de su tiempo, a la vez que predica, de manera más árida, las virtudes de la moral convencional. <<

[207] Del latín, *goetia-ae,* magia por encantamiento. <<

[208] Aunque la antigüedad clásica es pródiga en hombres famosos que llevan el nombre de Apolonio, creemos que en este caso se trata de Apolonio de Tiana, filósofo pitagórico del siglo I, hombre dado a la práctica de toda clase de esoterismos. <<

[209] Los fasces eran las insignias de los magistrados romanos, consistentes en un haz de varas, con un hacha en medio, llevado por lictores, los ministros que precedían a los magistrados y ejecutaban sus órdenes. <<

[210] Pueblo de Italia, al norte del Lacio, que entró en guerra con Roma en la época arcaica. Se cree que llegaron a apoderarse de las colinas Capitolina y Quirinal, mientras los antiguos latinos se establecieron en la Palatina y en la Esquilma. En el año 268 (a. de C.) se concedió a los sabinos la ciudadanía romana. <<

[211] Joven romana que en tiempo de Rómulo vendió el Capitolio a los sabinos, cuyo rey la sobornó; en premio de su traición fue condenada a muerte por los propios sabinos. Dio nombre a la famosa roca desde la que se arrojaba a ciertos criminales. <<

[212] El célebre trágico griego, considerado padre de la tragedia griega, vivió del 525al 426 a. de C. Parece que escribió unas 90 obras, aunque sólo se han conservado 7: *Los persas, Los siete contra Tebas, Las suplicantes, Prometeo encadenado* y la famosísima trilogía *Orestíada,* compuesta por *Agamenón, Las coéforas* y *Las Euménides.* <<

[213] Morada de los héroes y de los hombres virtuosos después de su muerte, también llamado *Campos Elíseos*. <<

[214] Palabra griega latinizada. Ατή, infortunio, desgracia. <<

[215] Los abogados y la clientela, cuando atendían a su patrono, mantuvieron el uso de la toga hasta mucho después que el resto de los ciudadanos renunciase a ella. <<

[216] En el Museo de Nápoles hay un cuadro, poco conocido, que resulta muy representativo de lo que era el toro de Pompeya en aquellos tiempos y al cual debo referirme, puesto que me ha facilitado en gran manera esta descripción. Puede ser un gran consuelo para nuestros jóvenes cultos saber que el ceremonial de «ilustrarse» (más honroso en la teoría que en la práctica), tiene su origen en la antigüedad y era practicado con todo su legítimo y público rigor en el foro de Pompeya. <<

[217] El autor utiliza la palabra *pallium,* siguiendo su norma habitual de anglosajonizar términos latinos; *pallium* en este contexto significa abrigo, capa. <<

[218] Río de Campania, hoy desaparecido. <<

[219] En realidad las Horas eran hijas de Zeus (hijo a su vez de Crono, el Saturno griego) y de Temis. A Crono se lo consideró como personificación del tiempo por el parecido de su nombre con la voz Χρόνοζ (= tiempo); Bulwer-Lytton mezcla también esta idea temporal, haciendo a las Horas hijas suyas y situándolas entre los vástagos que devoraba para que no le destronaran. <<

[220] Alusión a la constelación Dióscuro, o Los Gemelos, deificada para la protección de los navegantes. <<

[221] Sugerida por un cuadro de Venus, emergiendo del mar, hallado en Pompeya y hoy en el Museo de Nápoles. <<

[222] Hijo de Anfiarao y de Erifile, que mató a su madre para vengar la muerte de su padre. Es uno de los llamados Epígonos de Micenas. No obstante haber sacrificado a su madre por orden de un oráculo, el crimen fue considerado por los dioses como un acto contra natura y enviaron a una Furia contra Alcmeón, que acabó sumido en la locura. <<

[223] Hijo de Júpiter y de Latona, hermano gemelo de Diana, dios del sol, de la poesía, de la música, de la medicina y de la adivinación. En Roma, se le denominaba Febo y se le representaban con figura de joven robusto y de rara hermosura. Bulwer-Lytton parece referirse al hecho de que Apolo pasaba un tercio del año fuera de Delfos, por haber matado a la serpiente Pitón, que custodiaba la antigua cueva de los oráculos de Gea (la Tierra). Este viaje al país de los Hiperbóreos, o a Licia, se interpretaba como rito purificativo o como el prolongado exilio que debían sufrir los homicidas. <<

[224] Ciudad de Ática, en cuyo santuario se guardaban los misterios de Ceres. <<

[225] *Evangelio de Mateo*, 10, 29. <<

[226] *Evangelio de Mateo*, 19,14. <<

[227] En la casa se hallaron varios brazaletes, cadenas y otras joyas. <<

[228] Ciudad de Beocia, célebre por su resistencia y posterior victoria ante los persas, bajo el mandato de Pausanias. <<

[229] Región montañosa y ciudadela del norte del Ática. <<

[230] Nombre propio de varón; del griego Γλανκώπννς-ιδος de ojos brillantes, o (según notros) de ojos de lechuza. Referencia al protagonista de esta obra, el ateniense Glauco. Es este el epíteto que Homero aplica a los ojos de la diosa Palas Atenea, la de «los ojos de lechuza». <<

[231] Monte del Ática, famoso por su miel y sus mármoles, hoy incluido en el perímetro urbano de Atenas. <<

[232] Talestris, Talestria, es la reina de las Amazonas, mujeres de guerra que habitaban en las riberas del Ponto Euxino y que no toleraban hombres entre ellas. Todos los años, sin embargo, se dirigían a sus fronteras para tener tratos pasajeros con ellos. Los niños que nacían de estas relaciones eran condenados a muerte o enviados a sus padres, pero las niñas eran educadas con todo esmero. A los ocho años, les quemaban el pecho derecho para hacerlas más hábiles en el manejo del arco; de ahí su nombre, derivado de la partícula griega ά (= sin) y del sustantivo μαζός (= pecho). Según una leyenda, Talestris, acompañada de trescientas amazonas, hizo una visita a Alejandro Magno con intención de tener descendencia suya. <<

[233] Ninfas de las montañas. <<

[234] Hijas de Zeus que habitaban en arroyuelos, manantiales, ríos e islas solitarias y también en bosques, selvas y grutas. (Véase pág. 143.) <<

[235] En Pompeya se descubrió un dibujo de Plutón, idéntico a los que entre nosotros representan al demonio, con cuernos, cola y demás parafernalia incluidos. Pero con toda probabilidad fue el misterioso Pan, hechizador de los parajes solitarios, quien inspiró aquellos vagos terrores que disipaban a las almas y de quien deriva el concepto vulgar y popularizado que lo asemejaba al diablo. Las huellas de Pan se corresponden perfectamente con las huellas en forma de trébol de Satanás. Y ante los disipados y deshonestos ritos de Pan, no era extraño que los cristianos los identificasen con las tentaciones y los engaños del demonio. *[Moloch* era el ídolo del mal de los amonitas; *Satanás*, del hebreo *Shatan,* significa enemigo, adversario.] <<

[236] Abreviatura de *Di[i] meliora ferant!* (o *velint!),* que significa: «¡Quieran los dioses!», o «¡Los dioses nos asistan!» (En latín en el original.) <<

[237] Arquitecto mítico que, con ayuda de su hermano Cerción, y/o su padre, Agamedes, levantó el templo de Apolo, en Delfos. Tenía un famoso oráculo en una caverna de Lebadea (hoy, Livadia), en Beoda. <<

[238] Miembros del Areópago. Tribunal aristocrático que se reunía en la colina rocosa al oeste de la Acrópolis de Atenas que le dio nombre. Juzgaba a los homicidas y aconsejaba al monarca. Cuando cayó la arcaica monarquía ateniense, este tribunal se ocupó de los más importantes asuntos civiles, penales, religiosos y administrativos en el régimen autocrático que precedió a la democracia. <<

[239] Este hecho lo cuenta San Lucas en los *Hechos de los Apóstoles*, 17,16-34. <<

[240] «El altivo cínico frunció el ceño con altivo odio

y el niño rodeado de rosas en el jardín,

sonrió incrédulo y se estremeció al reír…»

PRAED, Del poema *Atenas*

[Winthrop Mackworth Praed (1802-1839), político y poeta británico, cuyos textos destilaban humor, sentimiento y sátira social. Murió prematuramente de tuberculosis a los 37 años.] <<

[241] Tres corrientes filosóficas surgidas en la Grecia clásica postsocrática. El pensamiento *estoico* se remonta al año 300 a. de C., con la figura de su fundador Zenón de Citio, que impartía sus clases en la Στοά ποικίλη (literalmente Pórtico de las pinturas). Según los estoicos el bien supremo de la felicidad se basa en la ausencia de sufrimiento en el cuerpo y de turbación en el alma.

El fundador de la escuela *cínica* fue Antístenes, que creó una academia en la plaza ateniense del Perro Agil (de ahí, su denominación; perro, en griego = Κυνός). Los cínicos despreciaban el convencimiento social y todo lo que se apartaba de «lo natural» Su ideal era la superación de las necesidades, lo que llevaba en la práctica a la mendicidad. Eran todos ellos gente desaliñada, vagabunda y charlatana, como el famoso Diógenes de Sínope, hombre que vivía en un barril.

Por último, el sistema filosófico *epicúreo*, fundado por Epicuro de Atenas (341-270a. de C.), iba encaminado a evitar el dolor y procurar el placer, entendiendo por tal el cultivo del espíritu y la práctica de la virtud. De ahí que lo ideal es la moderación y el alejamiento de las inquietudes de la vida. <<

[242] Hay otro hostal en el interior de las murallas de la ciudad que presenta el mismo distintivo. <<

[243] Lugar donde eran quemados los cadáveres. <<

[244] Hércules. <<

[245] Hijo de Júpiter y padre de Pélope y Níobe. Rey de Sípilo y Lidia, extraordinariamente famoso y rico. La vanidad de su espíritu molestó a los dioses, a quienes convidó a un banquete, dándoles a comer a su propio hijo, Pélope. Al comprobar su maldad los dioses le condenaron a tremendos castigos. Le introdujeron en un estanque con agua hasta la barbilla, mientras sufría una sed espantosa; sobre su cabeza pendía una gran cantidad de árboles frutales en los que no podía satisfacer su hambre, porque al intentar coger los frutos, un viento tempestuoso elevaba las ramas de los árboles. A estos suplicios se unía un constante temor a la muerte. <<

[246] Véase nota 152. <<

[247] La expresión romana de «toma tu lecho y anda» (como hace notar *sir* W. Gell en algún lugar) no posee, pues, ninguna significación metafórica. <<

[248] Las elegías de Tibulo (que murió muy joven, hacia el año 17 a. de C.) fueron muy apreciadas por Horacio, y se caracterizan por el intimismo de su sentir, la exquisita emotividad y los sentimientos románticos. (Véase nota 29.) <<

[249] Poetisa griega, contemporánea de Píndaro. <<

[250] Hija de Anfión y Níobe, que, con su herrpano Amidas, consiguió escapar a la matanza de los Nióbidas perpetrada por Apolo y Artemis en castigo a la soberbia de Níobe. Cloris se llamaba en realidad Melibea, pero pasó entonces tanto miedo que ya no perdió nunca la palidez verdosa de su rostro aterrorizado, por lo que se la llamó Cloris (de Χλωρός = verde); a ello alude el autor. Por lo demás, fue un nombre de mujer corriente en la poesía latina (véase Horacio, *Odas*, I. II, v; I. III, xv). <<

[251] Palabra latina de saludo, en deseo de parabienes para quien la reciba. (En latín en el original.) <<

[252] La noche. (En latín en el original.) <<

[253] *Ceres* es la Deméter griega, diosa de la fecundidad y de la agricultura. *Pan* (en latín Silvano o Fauno) es la divinidad de los bosques y protector del ganado, de los pastores y de los cazadores. Se le representaba como hombre barbudo, de cabello hirsuto, patas de cabra y cuernos. Durante el día corría por los bosques y al atardecer tocaba el caramillo, por él inventado, a la entrada de la cueva en la que habitaba. *Cibeles* es la diosa de las montañas, de la fertilidad y la naturaleza salvaje. Su culto fue introducido en Roma, desde Frigia, a finales del siglo III a. de C. Su imagen más familiar para nosotros es aquella en que aparece en un carro tirado por leones (que según una tradición eran Hipómenes y Atalanta, a los que Zeus había convertido en leones por haber profanado uno de sus templos.) <<

[254] La vestimenta romana de la mujer soltera incluía el forzoso uso de un velo, que revelaba su estado civil. <<

[255] Se refiere a Venus, primera estrella que se distingue en el firmamento al caer la tarde. <<

[256] Carro para dos caballerías. <<

[257] Para los juegos y festivales públicos usaban uno más caro y lujoso, llamado *pilentum*, que tenía cuatro ruedas. <<

[258] Pero también tenían la *sella* (silla de manos o litera), en la que se sentaban del mismo modo que nosotros. <<

[259] *Sic*, en el original. Voz rusa, que significa cabriolé, birlocho. <<

[260] Geógrafo e historiador griego (63-21 a. de C.). Es famosa su *Geografía*, en la que, tras criticar a sus anteriores colegas, describe el mundo conocido entonces, desde España a la India y África. Su narración es a veces errónea. <<

[261] Se trata de la especie que Virgilio designa con el nombre genérico de *capra fera*, es decir, cabra montés o salvaje. <<

[262] Ausonia era una comarca de la Italia antigua y que comprendía toda la zona ribereña de la Campania y la parte meridional del Lacio. <<

[263] Se refiere al gran poeta latino Publio Virgilio Marón, una de las más altas cumbres de la poesía romana. Autor de las *Bucólicas*, las *Eglogas*, las *Geórgicas* y la *Eneida*, es otro de los favoritos del autor de este libro. Se le cree natural de Mantua y vivió en el siglo I a. de C. (70-19). <<

[264] Fauno era el dios que preside la fertilidad de la tierra, hace fecundos los ganados y los protege de las alimañas. También era venerado como genio de los bosques, que asusta de noche con sueños y apariciones terroríficas. <<

[265] Héspero, hijo de la Aurora y de Atlante, fue metamorfoseado en estrella. Es la personificación del lucero vespertino. <<

[266] Cochero de carroza o *carruca*. La *carruca* era un coche de cuatro ruedas para viaje o paseo. <<

[267] Titánide a quien Zeus concedió extraordinarios honores. Es la diosa de la magia y de los encantamientos. Suele confundirse con Artemis e incluso con Selene. <<

[268] Espectro, fantasma, sombra. (En latín en el original.) <<

[269] Manto o ropa talar, propia de las mujeres ricas. Según otros autores, ropaje de los tañedores de cítara. <<

[270] Los romanos, al igual que el resto de los pueblos de la Antigüedad, otorgaban a las serpientes un significado religioso; las tenían en sus casas, y con frecuencia estaban presentes en sus festines. <<

[271] Bruja, hechicera, encantadora. (En latín en el original.) <<

[272] Al principio, el Tártaro era la región más profunda del mundo, por debajo incluso del Hades. Allí se enviaba a quienes ofendían especialmente a los dioses, como Ticio, Tántalo, Sísifo, Ixión… Más tarde se confundió con los infiernos y se describió como un lugar inaccesible rodeado de una triple muralla y una torre inexpugnable. Por oposición al Elíseo, iban allí los grandes criminales tras su muerte. <<

[273] Erebo, hijo del Caos, es la personificación de la tiniebla infernal. De su unión con Nox (la Noche) nacieron el Eter y el Día, y, según otras tradiciones, la Estigia. <<

[274] Habitantes de Etruria. Pueblo asentado en los siglos VIII al IU (a. de C.) en territorios de la península italiana correspondientes a la moderna Toscana, Campania y parte oriental de la llanura del Po. Su origen ha dado lugar a muchas controversias y no está aclarado aún, si bien se supone que debió emigrar de Lidia (Asia Menor). Establecidos en Italia, desarrollaron la Edad del Hierro para evolucionar a formas superiores de cultura. Organizados en 12 ciudades federales de gran autonomía, dominaron a los demás pueblos de Italia durante varios siglos, siendo al fin desplazados por los romanos primitivos. Destacan los etruscos por su alto y depurado sentido artístico, sobre todo en lo referente a sarcófagos, enterramientos y demás objetos dedicados al culto de la muerte. Poseyeron gran potencia guerrera y naval, pero su falta de unidad política los colocó en clara inferioridad ante los romanos arcaicos. La bruja alude a la importancia que tenía la religión en Etruria y su preocupación por la magia y la vida de ultratumba. <<

[275] No resulta superfluo mencionar aquí que los etruscos eran famosos por sus encantamientos. Arbaces se equivoca al atribuir a los egipcios la creación de la magia. El pueblo egipcio solía arrogarse la máxima antigüedad y jerarquía sobre el resto de Tas razas del mundo y no faltan estudiosos que defiendan tal postura. <<

[276] Naturales de Helos, ciudad de la Elida. <<

[277] Δακτυλομαντεία, Κρυσταλλομαντεία, Τεφρομαντείαν Βοτανομαντεια, respectivamente. <<

[278] El autor indica en su nota algunos de los medios mágicos para predecir el futuro. Además de ellos, se practicaban otros muchos sistemas, tales como la predicción por el modo de volar los pájaros o la lectura de las rayas de la mano, aún vigente en nuestros días. <<

[279] Como ya hemos visto, Némesis, hija de la Noche, es la diosa de la venganza, la que castiga el crimen y vela por la justicia de los dioses. <<

[280] Según la tradición popular clásica, ver a una ninfa implicaba volverse loco. <<

[281] El inmemorial y famoso aquelarre de brujas, en Benevento. La serpiente alada que presidía la reunión —animal idolatrado en aquellos lugares— fue consagrada como ritual obligado por la superstición de los egipcios. <<

[282] Hija de Júpiter y de Letona, diosa de la caza y protectora de la virginidad y del nacimiento. <<

[283] De acuerdo con la antigua ley romana, nadie podía instituir como heredero a una mujer. La ley se evadía, por parte de los padres, asignando la fortuna familiar a un amigo como administrador de las hijas, quien si lo creía prudente podía adueñarse de tal Fortuna. Esta ley no estaba en vigor desde mucho tiempo antes del que se narra en esta historia. <<

[284] Hombre dado a las partidas de placer o galantes; el amigo de la francachela y la orgía. (En latín en el original.) <<

[285] Los romanos extrajeron un perfume del azafrán llamado *crocus,* con el cual solían rociarse las mujeres. (*Recte crocum perambulare* = hacer buen papel en escena, rociada con esencia de azafrán.) <<

[286] Dos magas. *Mirra,* hija de Cíniras, rey de Chipre, se enamoró de su padre por arte de Venus. Huyó tras el incesto, pero fue metamorfoseada en el árbol que lleva su nombre, y de su corteza nació Adonis. *Medea* era hija de Eetes, rey de la Cólquide; enamorada de Jasón, le ayudó con sus artes mágicas en la conquista del Vellocino de Oro. Aconsejamos al lector la muy amena lectura de la obra de Apolonio de Rodas, *Los Argonautas.* <<

[287] Se refiere al profeta Daniel, que salió ileso del foso de los leones, adonde el rey Darío lo había arrojado. (Véase el capítulo 6 del *Libro de Daniel.)* <<

[288] Diminutivo de *sacrum*. Recinto pequeño consagrado con un altar, capilla o templete. (En latín en el original.) <<

[289] Como ya vimos en nota anterior (cf. nota 241), no debe entenderse el epicureismo como una corriente de pensamiento que, al imponer el placer como principio de la felicidad, incide en excesos groseros de todo tipo. La doctrina de la *Stoà* establece como placer máximo el ejercicio de ciertas virtudes y prueba de ello lo encontramos en el buen Salustio que, no obstante sus francachelas, halla honda satisfacción en el cultivo de la amistad de Glauco y en el trato familiar con sus esclavos. En el «Apéndice» de este volumen se habla de la aparentemente contradictoria personalidad de Salustio. <<

[290] En el año 79 de nuestra era, accede al trono imperial Tito, hijo de Vespasiano (véase pág. 74, nota 4). Durante su reinado tiene lugar el levantamiento de los judíos, que pusieron en estrecho aprieto a los romanos. En el año 70, Tito destruye Jerusalén y acaba con la rebelión de los israelitas o *zelotes* con la conquista de Massada, fortaleza de Herodes a orillas del mar Muerto. Se trata de un importante acontecimiento en la historia de Roma, narrado por Flavio Josefo en su *La guerra de los judíos,* texto al que remitimos al lector interesado. <<

[291] Diosas de la poesía, de la música y de las artes liberales, hijas de Zeus y Mnemósine. Eran nueve, en total: Calíope, de la poesía épica; Clío, de la historia; Erato, dela poesía amorosa; Euterpe, de la música y de la poesía lírica; Melpómene, de la tragedia; Polimnia, de la poesía sacra; Terpsícore, de la danza; I alía, de la comedia, y Urania, de la astronomía. <<

[292] «¡Ay de mí, mísero de mí…!» (En latín en el original.) <<

[293] Referencia al caballo de Troya, construido por Ulises y sus compañeros, para eludir el cerco de la ciudad y penetrar en ella. Astianacte era hijo de Héctor y de Andrómaca. Ulises lo precipitó desde lo alto de la muralla de Troya. <<

[294] Lucio Licinio Lúculo (106-57 a. de C.), político romano, edil, pretor y cónsul, y además brillante orador, fue amigo de Catón y Cicerón. Su riqueza le permitió vivir magníficamente, y se hizo célebre por la opulencia de sus banquetes, hasta el punto de hacerse proverbial la frase: «Lúculo come hoy en casa de Lúculo», con la que reprochaba a su cocinero no haberle hecho tan buena comida por no tener invitados. <<

[295] La ingeniosa y habitual regañina, basada en la palabra de tres letras «fur» (ladrón) <<

[296] El attagen, de Frigia o Jonia (el pájaro se *anglosajoniza* en el plural), era plato de considerable estima entre los romanos. *Attagen carnis suavissimae* (Ateneo, lib IX, cap. 8, 9). Era algo mayor que una perdiz. <<

[297] Isla de Melos o Milos, en el mar Egeo. <<

[298] Nombre de uno de los caballos del sol. <<

[299] Diminutivo de *homo*. Hombrecillo. (En latín en el original.) <<

[300] *«… candiduli divina tomacula porci».* (Juvenal, X,v. 355). «Una sabrosa y delicada especie de salchicha.» <<

[301] *Archimagirus* era el alto título que distinguía al jefe de cocina. <<

[302] (En latín en el original.) Aunque, según el autor, esta comida corresponde a nuestro desayuno, lo cierto es que era equivalente a nuestra comida de mediodía, (en el italiano actual), consistente, en la mayoría de los casos, en legumbres y hortalizas, pescado y frutas. <<

[303] En Sicilia existen quizá las más bellas especies de mariposas. <<

[304] Isla del sur de Grecia en la que se desarrolló la cultura minoica, precedente dela griega micénica y más tarde, de la clásica. Los minoicos, de probable procedencia egipcia, se instalaron en Creta y fundaron una sociedad mercantil de extraordinaria importancia. Poseyó una gran flota naval y erigió soberbios palacios (Cnosos, Malia, Festo, etc.), bajo una organización de matriarcado. Son importantísimos sus hallazgos arquitectónicos y artísticos. <<

[305] Sic, en el original: «A la moda», en francés. <<

[306] A los no invitados y gorrones se los llamaba muscae, o sea, moscas. <<

[307] Véase nota 241 y nota 289. <<

[308] Pueblo nómada que habitaba al norte del mar Negro, Crimea y cuencas del Dony del Dniéper. Procedentes del Cáucaso, se asentaron al sur del lago Urmia y crearon un reino, donde hoy radica Azerbaiyán. Fueron derrotados por los medos y se dedicaron al pillaje en Fenicia, Siria, Damasco y Palestina. Eran temidos por su ferocidad, según nos cuenta Heródoto en sus *Historias*. <<

[309] Rey de Tebas que fue castigado por Dioniso y las Bacantes, entre ellas su propia madre, por despreciar el culto divino al dios del vino. Penteo fue despedazado por las bacantes ebrias. <<

[310] Vistazo, ojeada superficial. (En francés en el original.) <<

[311] Cécrope fue el primer rey de Atenas, figura más mitológica que histórica, pues se dice que nació de la Tierra y su cuerpo era una mezcla de hombre y de serpiente. Fundó la ciudad y su acrópolis. Tuvo tres hijas: Herse, Aglauro, Pándroso, y un hijo, Erisictón, que murió sin descendencia. <<

[312] Se compara el comedor de Diomedes con uno de los salones de Cyzicene, héroe que dio nombre a la ciudad de Cícico (Misia, Asia Menor). El lujo de su palacio creó leyenda. <<

[313] Sombra, es decir, el adulador que repite siempre las palabras de aquel a quien desea halagar. (En latín en el original.) <<

[314] Los galerios formaban una de las tribus rústicas de la Italia romana, cuyo peinado peculiar imitaron las matronas de la metrópoli. <<

[315] Gladiadores que se enfrentaban a fieras. (En latín en el original.) <<

[316] A veces, los hombres se cubrían la cabeza con una mitra, costumbre considerada como prueba evidente de afeminamiento. <<

[317] Abertura de forma cuadrada, situada en el centro del techo del *atrium* y por la que descendía el agua de la lluvia que era recogida en el *impluvium* (aljibe) del piso bajo. (En latín en el original.) <<

[318] Los trofeos, premios y botines obtenidos en lides guerreras, deportivas o literarias eran colocados para su exhibición en las hornacinas de los arcos de triunfo que se elevaban en el foro, para ser admirados por todos los ciudadanos. <<

[319] Compañeros de tienda de campaña o de servicio militar. (En latín en el original.) <<

[320] Monte de Beocia, consagrado a Apolo y a las Musas. <<

[321] En Grecia, Ares. Pasaba por ser hijo de Zeus y de Hera y, en contraste con Palas Atenea, era el dios de la guerra devastadora. Por tal razón, le odiaron todos los dioses, a excepción de Afrodita (diosa del amor y de la Broma), de cuya unión nació Eros, el diminuto dios del Amor. Entre los romanos, pasó a identificarse con el antiguo Marte, que había sido dios de la guerra y de la abundancia. En su honor, sus sacerdotes y «saltadores» recorrían las calles de Roma, a comienzos de marzo, mes que le estaba consagrado. <<

[322] Sirvientes, esclavos, fámulos. (En latín en el original.) <<

[323] En los banquetes formales las mujeres se sentaban en sillas y los hombres se reclinaban en divanes. Sólo en las comidas familiares se permitía comer reclinados, por razones obvias, a personas de ambos sexos. <<

[324] *Sic* en el original. Del griego βασιλεύς = rey (del banquete, en este caso). <<

[325] Literalmente, «árbitro de la bebida», «rey del banquete». (En latín en el original.) Es otra fórmula para designar al director de un convite. <<

[326] Rey de Creta y padre de Ariadna. Fundador del imperio minoico y de su talasocracia comercial. (Véase pág. 274, nota 11.) <<

[327] Hijo del sol, en la mitología griega, que pidió a su padre que durante un solo día se le permitiera conducir el carro solar. La joven e inexperta mano de Faetonte no pudo gobernar las riendas de los caballos y, ante los desastres que estaba causando en la tierra (abrasó el cielo, formando la Vía Láctea; desecó la zona ecuatorial, tostando la piel de sus habitantes), Zeus lo fulminó con un rayo, y Faetonte cayó al río Eridano. <<

[328] Referencia al carácter exigente e imperioso de Marco Junio Bruto (85-42 a. de C.), el asesino de César. Bruto militó en el bando pompeyano, pero, tras la derrota de Farsalia, César no sólo le perdonó, sino que le hizo protegido suyo y le nombró pretor. Al fin Bruto se sumó a la conjuración de Casio y participó en el asesinato de César. Es célebre la frase que pronunció César en el año 44 tras recibir la puñalada de Bruto: *Tuquoque, fili mi!* («¡También tú, hijo mío!»). El pueblo, instigado por Marco Antonio, se sublevó contra los conjurados, que fueron derrotados en Filipos el año 42. Bruto se suicidó, dejándose caer sobre su espada, al parecer pronunciando dos versos de Eurípides que han dado lugar a otro célebre aforismo: *Virtus nomen!* («¡Virtud, no eres más que una palabra!»). Una brillante recreación de estos hechos la encontrará el lector en el drama de Shakespeare, *Julio César.* <<

[329] Ariadna, a pesar de sentir hacia Teseo gran amor, como lo demuestra el hecho de haberle liberado del laberinto de Minos, al ser abandonada por él en la isla de Naxos, Baco la hizo su esposa, de la que tuvo hijos con nombres tan elocuentes como Estáfilo («Racimo») o Enopión («Bebedor de vino»). <<

[330] Planta muy olorosa que tuvo aplicaciones en medicina y perfumería. <<

[331] Barrio de Londres, de vecindario acomodado y de prestigio social. <<

[332] Según la tradición, no probada históricamente, un águila dejó caer una piedra sobre la cabeza del poeta griego Esquilo, al confundir su cráneo con el caparazón de una tortuga, causándole la muerte. Es curioso observar que en la mitología y en la literatura griegas la tortuga se asocia siempre a calamidades y desastres. Exactamente lo contrario sucede con el delfín. <<

[333] Danza aún habitual en Campania. <<

[334] Baco. <<

[335] Sugerido por dos pinturas pompeyanas del Museo de Nápoles que representan una paloma y un yelmo, sostenidos por Cupidos. <<

[336] Exclamación jubilosa de los soldados y del público durante un desfile triunfal. (Enlatín en el original.) Era típico durante la entrada solemne de algún general victorioso, mientras, coronado de laurel, subía al Capitolio en un carro tirado por caballos blancos. <<

[337] Según Plutarco (*Sympos,* lib. 1, i), parece que la rama de mirto o laurel no pasaba por orden estricto por todas las manos de los comensales, sino que la persona más importante de una mesa la entregaba a la de mayor relieve de la otra, y después, de la segunda a la segunda, y así sucesivamente. <<

[338] Se refiere al episodio de la vida de Hércules bajo la servidumbre de la reina Onfala, de Lydia, con la cual casó. Durante su matrimonio Hércules se sumió en un voluptuoso afeminamiento, mientras su mujer vestía la piel de león de su marido, al que obligaba a acicalarse al estilo de las mujeres lidias y a hilar con la rueca, junto con el resto de las cortesanas. <<

[339] En Pompeya fueron descubiertos varios dados trucados. Es posible que hoy exista alguna virtud nueva, pero todos los vicios son muy antiguos. <<

[340] Mercurio era también dios dispensador del sueño; con su vara mágica abría y cerraba los ojos de los humanos. (Véase nota 340.) <<

[341] Era la diosa Hera de los griegos. En la antigua Roma, el templo de Juno se hallaba al lado de la casa de acuñación o casa de la moneda y esa vecindad le valió a la diosa la designación de *Juno-moneta.* El ave sagrada de Juno es el ganso. Hera, hermana y esposa de Zeus, estaba encargada de la moralidad y la fidelidad conyugal y erala deidad protectora de las mujeres. <<

[342] El episodio de la resurrección del hijo de la viuda de Naím está narrado en el *Evangelio de San Lucas, 7,* 11-17. <<

[343] Ninfas tutelares de las montañas y los bosques. <<

[344] *File:* Ciudadela del norte del Ática. *Iliso:* Arroyo del Ática, en Grecia. Pasa muy cerca de Atenas, desemboca en el Cefiso, y en sus orillas tenían las Musas un templo muy celebrado. <<

[345] Como ya hemos visto anteriormente, es uno de los epítetos de Baco: significa «el que retumba». <<

[346] De *stilus* se deriva el *stiletto* de los italianos. <<

[347] Cayo Casio Longino («el último romano», como le llamó Bruto), aunque se unió a César tras la batalla de Farsalia, luego fomentó la conjuración que acabó con la vida de César el 15 de marzo del año 44 a. de C. (Cf. nota 328.) <<

[348] Recuérdese la nota 288. <<

[349] Figura retórica muy utilizada por Homero, tanto en la como en la *Odisea*. Al describir el mar Mediterráneo a la luz del ocaso, emplea a menudo la expresión «un mar color de púrpura» o «un mar color de vino». <<

[350] Gladiador armado con tridente y red. (En latín en el original.) <<

[351] Véase nota 136. <<

[352] Según la mitología griega, hijo de Apolo y de la ninfa Corónide, que por sus grandes conocimientos médicos fue considerado, después de su muerte, como dios de la medicina. <<

[353] Pean es uno de los nombres de Apolo, y la expresión latina *lo Paean!* es una exclamación de alegría. <<

[354] Funcionarios que precedían siempre al magistrado, de cuyas órdenes eran ejecutores. Constituían un símbolo de la autoridad jurisdiccional del magistrado y su número fue variable, según las épocas y las magistraturas. <<

[355] Plinio. (*Ep.* ii, 11, 12; v. 4, 13) <<

[356] La declaración de culpabilidad o de inocencia de los acusados de un delito se realizaba mediante papeletas que los componentes de un tribunal introducían en una urna. <<

[357] Θ, la inicial de θάνατος (muerte) era la letra que significaba la pena máxima entre los griegos, como la C lo era entre los latinos. [La C era la inicial de crux.] <<

[358] El que va a la cabeza, el que preside, manda o guía (en una corporación, cargo o dignidad). Los pretores tenían a su cuidado la jurisdicción civil, y en provincias ejercían tareas muy similares a las que hoy se atribuyen a un gobernador. <<

[359] Las *Furias*, llamadas también Erinias, eran las diosas de la venganza y de la expiación. Se hallaban al servicio de las divinidades infernales y castigaban todas las transgresiones, no solamente en el infierno, sino también en la tierra. Se las representaba como mujeres que tenían serpientes por cabellos, dientes prominentes y látigos en las manos. Sus nombres eran Alecto, Tisífone y Mégera.

Las *Bacantes* eran mujeres que, a la manera de sacerdotisas de Baco, celebraban los misterios de esta divinidad, llamados bacanales. <<

[360] Si un criminal podía obtener un fiador (llamado *vades, en* los delitos graves), no estaba obligado a permanecer en prisión hasta después de la sentencia. <<

[361] Corteza del tilo, de la que se sacaba el papel y otros tejidos. Su nombre procede de la oceánide Fílira, madre del centauro Quirón, que por su repugnancia a criar un centauro fue convertida en tilo (en griego, φιλύρα). <<

[362] Fantasmas, espectros, almas de los muertos, aparecidos. (En latín en el original.) <<

[363] Harmodio fue un ateniense que con Aristogiton, conspiró contra Pisístrato. Tanto de él como de Sócrates tratan detenidamente Heródoto y Tucídides en las obras citadas ya en estas notas. <<

[364] Se trataba más de una costumbre griega que romana; pero el lector comprenderá que en las ciudades de la Magna Grecia las costumbres y supersticiones griegas estaban muy entremezcladas con las romanas <<

[365] Mujeres alquiladas para llorar en los funerales, lloronas, plañideras. (En latín en el original.) Plauto, en efecto, las cita con frecuencia. <<

[366] Tañedor de flauta: flautista especializado en la flauta de Misia, Asia Menor. <<

[367] Uno de los ríos del infierno (véase nota 124 y nota 383). Su nombre procede del griego κωκύω, que significa «gemir, lamentarse». <<

[368] Las Danaides. [Las cincuenta hijas de Dánao, rey de Argos (de ahí lo de argivas), por haber asesinado a sus maridos en la noche de bodas, fueron condenadas a llenar eternamente una vasija sin fondo.] <<

[369] Se refiere a Prometeo, eternamente devorado por un águila. <<

[370] Sísifo. [Sísifo era hijo de Eolo, el dios de los vientos (por eso le llama *Eólida*). Por seducir a su sobrina para matar a su hermano Salmoneo, fue condenado a subir eternamente una roca a lo alto de una colina: al llegar arriba, la piedra volvía a rodar hasta abajo. (Véase pág. 149, nota 2).] <<

[371] Tántalo. [El legendario rey de Lidia era hijo de Zeus y Pluto —hija a su vez de Crono—. Rico y amado de los dioses, hasta el punto de ser admitido a sus banquetes, cometió varios delitos contra la divinidad, como robar néctar y ambrosía, divulgar sus secretos, perjurios… Pero el crimen más grave fue darles a comer a su propio hijo Pélope para probar su omnisciencia. En castigo, fue condenado a estar eternamente en un lago, con árboles frutales sobre su cabeza, sin poder jamás saciar su sed y hambre al intentar beber, el agua se retiraba; al intentar comer, la fruta se elevaba (cf. nota 245).] <<

[372] Gerión. [Gerión era un gigante con tres cabezas y tres torsos. Hijo de Crisaor y de la «verde Calírroe» —una oceánide que también fue madre del monstruo Equidna—. Vivía en Eriteya, de donde Hércules le robó los famosos bueyes] <<

[373] El menos interesado lector de novelas debe saber que los muertos no eran llevados a la Estigia hasta después del funeral. <<

[374] La palabra *designator* no sólo se aplicaba al acomodador (como vimos en nota 174), sino también al organizador de pompas fúnebres. <<

[375] Actor que dirige una compañía de comediantes. (En latín en el original.) <<

[376] Plinio, ii, 37. <<

[377] Austro, viento del mediodía. <<

[378] Viento del Sudeste. <<

[379] Bóreas. [Dios del viento del norte. Pertenece a la familia de los Titanes y se caracteriza por la variabilidad y violencia de su carácter.] <<

[380] Flora. (Diosa de la vegetación y la primavera, que presidía la floración de cereales, árboles y plantas. Bulwer-Lytton sigue aquí la tradición de Ovidio, según la cual el viento Céfiro se habría enamorado de ella y la habría raptado, estableciendo la simbología del viento que trae las lluvias de primavera.] <<

[381] El valle del Tempe es uno de los lugares más bellos de la Grecia continental. Situado en Tesalia, en las cercanías del monte Olimpo y bañado por el río Peneo, guarda aún todo el encanto que testimonian los poetas clásicos y que sorprendió al viajero Pausanias durante su periplo por Grecia, en el siglo II de nuestra era. La espesa vegetación, la riqueza de especies botánicas y el frescor de sus umbrías hacen del valle del Tempe lugar ideal para que el turista pueda imaginar el escenario en el que habitaron ninfas, nereidas y demás genios mitológicos. <<

[382] Rodas. <<

[383] Caronte es el barquero del infierno, que transporta en su barca los muertos a través de los ríos que separan el Hades del reino de los vivos: el Estige (o Estigia), el Aqueronte, el Cocito —o río de las lamentaciones—, el Leteo (o Lete), río del olvido que hace olvidar a los muertos su vida anterior. Caronte era el encargado del pasaje por el cual percibía un óbolo de plata, que tenía que llevar en la boca el difunto. <<

[384] Entre los primeros cristianos la hoja de palmera era signo y emblema de la victoria y de la salvación. <<

[385] Fórmula empleada después de concluida cualquier ceremonia, como «Idos». «Podéis retiraros» (En latín en el original.) <<

[386] «Hágase.» (En latín en el original.) <<

[387] Nombre griego de una ciudad del antiguo Egipto, en la orilla del Nilo y muy cercana a los templos de Karnac y Luxor. Fue llamada por los egipcios ciudad de Amón. A partir del 2100 (a. de C.) Tebas disfrutó de gran hegemonía entre todas las ciudades del país y fue durante más de 300 años la capital religiosa, política y cultural. Comenzó a decaer cuando Setis I y Ramsés II construyeron otra ciudad en Tanis. <<

[388] En las casas de los ricos, cada conjunto de habitaciones tenía asignado un esclavo. <<

[389] Tienda, comercio; *taberna librariía* = librería; *taberna sutrina* = zapatería; *taberna vinaria* = taberna. (En latín en el original.) <<

[390] Tiendas de perfumería. <<

[391] Venus. <<

[392] Dios del silencio. <<

[393] Los oscos fueron un pueblo sabelio del Apenino Central, que se apoderaron de Campania, dejando huellas de su lengua y arquitectura. Ellos fundaron Pompeya en el siglo VI a. de C., lo que da idea de la antigüedad de las mazmorras de Arbaces. <<

[394] Maga célebre de Tesalia. <<

[395] Se refiere a Ulises, que por orden de Circe tuvo que descender a las fuentes del Cocito y del Aqueronte, ríos del infierno, para que el egipcio Tiresias predijera su porvenir. <<

[396] Mujer de Orfeo. Paseando Eurídice por los bosques, en compañía de las ninfas, fue mordida en un talón por una víbora y cayó moribunda en brazos de sus amigas. Enterado de ello su amante Orfeo, solicitó con su cítara a las divinidades del infierno que le dejasen rescatar a su amada para devolverla al mundo de los vivos. Accedió a ello la reina de los muertos, a condición de que Orfeo no mirase la cara a Eurídice hasta que franquease la puerta del Hades, condición que Orfeo en su ansiedad por verla no cumplió. Eurídice fue arrebatada de los brazos de su amante y volvió para siempre al reino de los muertos. (Cf. nota 127.) <<

[397] Antigua región de Asia, entre el Cáucaso, Armenia y el Ponto Euxino (Mar Negro), a la que se dirigió Jasón, como jefe de los Argonautas y rey de Yolco para conquistar el Vellocino de Oro. <<

[398] Referencia a la ciudad de Pafia o Pafos, en la isla de Chipre, donde había un famoso templo de Venus. <<

[399] A quien se le supone conocedor de todos los secretos. La misma superstición existe en el Este y se halla también presente en nuestras leyendas del Norte. <<

[400] Ala o lateral de un edificio. (En latín en el original.) <<

[401] Provincia de Roma, situada frente a la costa oriental de Italia, a lo largo del Adriático (hoy, Yugoslavia). <<

[402] «Fantasma, espectro». (Ya lo vimos nota 286.) <<

[403] Los dioses llevan a cabo una valoración de las virtudes y pecados del difunto y observan cuáles de ellos han prevalecido sobre los otros en la existencia terrena. Esta «balanza» que determina la felicidad o infelicidad eternas es una metáfora tópica que se encuentra en casi todas las religiones. <<

[404] «¡Qué vergüenza…!» (En latín en el original.) <<

[405] Plinio dice que inmediatamente antes de la erupción del Vesubio, uno de los *decuriones municipales* fue muerto por un rayo, a pesar de que el cielo estaba despejado. <<

[406] Cayo Sempronio Graco y su hermano Tiberio, tribunos del pueblo entre el 123-122 (a. de C.), obtuvieron gran ascendencia entre las masas. Gracias a ellos se promulgaron las leyes frumentarias o de distribución del trigo, y abarataron el precio del cereal mediante importaciones del mismo. Ambos se ocuparon de mejorar las vías de transporte y crearon colonias para pobres en territorios no peninsulares. Cayo Sempronio murió a manos del populacho, que pretendía aún más mejoras, prometidas por Lavio Druso (1109 a. de C.). Tiberio murió asesinado por un grupo de senadores por considerar excesivas sus concesiones al pueblo. El lamentable fin de ambos tribunos da mucho que pensar acerca de la índole del ser humano. <<

[407] Lugar donde se guardaban, para recreo o provecho, los animales vivos. (En latín en el original.) <<

[408] Dios del matrimonio. Se le representa con una antorcha, una flauta y una corona de flores. <<

[409] Curiosa frase en boca de un esclavo pagano. También aparece en la Biblia, aunque eso sí, en el libro más existencialista de ella. Véase *Eclesiastés* (Cohelet), 9,4. <<

[410] Cerbero o Cancerbero. Perro de tres cabezas que guardaba la puerta del infierno. A su condición de guardián alude la cita. <<

[411] Pándaro, hijo de Licaón y caudillo de los Licios, era el mejor arquero de Troya después de Paris. Instigado por la diosa Atenea, que se había disfrazado de troyano, disparó una flecha contra Menelao, rompiendo así la tregua pactada. La flecha de Pándaro provocó la reanudación de la guerra. <<

[412] Diosa de los esclavos libertos y manumitidos. <<

[413] «La virtud se encuentra en el justo medio.» (En latín en el original.) La frase es más habitual en el siguiente orden: *In medio virtus.* <<

[414] Como se ha hecho observar, en el atrio solía recibirse con frecuencia a gran cantidad de invitados. <<

[415] Diosas de la muerte violenta, no evitable por constituir un destino ineludible. Eran tres: Cloto *(la que hila),* Láquesis *(la que asigna los lotes)* y Atropo *(la inflexible).* <<

[416] *Libro de los Salmos,* 13,1. De esta premisa: «Dixit insipiens corde suo: Non est Deus» partió San Anselmo para formular su famoso argumento ontológico con el que pretendió probar la existencia de Dios, como verdad ínsita que lleva el hombre en su espíritu y al que concibe como ser superior y perfecto. <<

[417] Parece referirse a la época de expansión del imperio babilónico caldeo (625-539a. de C.), cuyo rey más importante fue Nabucodonosor II, aunque no es seguro que llegaran a tener una colonia en Pompeya. <<

[418] Río del infierno, que al unirse con el Cocito formaba el Aqueronte. También se le llama Piriflegetonte, porque su caudal, en vez de agua, era de llamas (del griego πῦρ = fuego). <<

[419] Podemos suponer que estas exhalaciones son similares a las que hoy se producen en la *Grotta del Cane.* <<

[420] «Hebillas, broches.» (En latín en el original.) <<

[421] Relativo al pueblo, popular o que emana del pueblo. (En latín en el original.) <<

[422] Los équités se sentaban inmediatamente detrás de los senadores. [Literalmente, caballeros. Clase social que hoy llamaríamos media/alta, con los suficientes recursos para disponer de caballerías y montarlas. Como tal clase social, excedía en mucho a las categorías populares, pero su prestigio era muy inferior a la nobleza y al de los que ostentaban cargos públicos. De ahí que en el anfiteatro los *équités* se sentasen detrás de los senadores, a pesar de que algunos de estos últimos gozasen de menor fortuna personal.) <<

[423] Toldo que se extendía en el teatro para proteger a los espectadores del sol y de las lluvias. (En latín en el original.) En realidad debería ser *velarium; Velaria* es plural y aludiría en todo caso al conjunto o sistema de toldos. <<

[424] Región de la península italiana que fue colonizada por un pueblo procedente de Iliria, al parecer buen productor de lanas y de escaso talento. Plauto, que era natural de esta región, recibió pullas e ironías sin cuento, ya que haber nacido en Apulia implicaba la suposición de que se era corto de ingenio, o como decimos en castellano, un babieca (de estar en Babia). <<

[425] «De pies a cabeza.» (En francés en el original. Aunque la expresión correcta es *de pied en cap.)* <<

[426] Tal epíteto se aplicaba a la familia de los Fulvios, una de las más nobles de Roma. El hecho de que el autor se valga de él para designar a un combatiente del circo, de grato aspecto físico y de gran arrogancia, nos hace suponer que este galo debía pertenecer a alguna familia de la aristocracia de su país de origen. <<

[427] La Galia era la provincia romana que ocupaba el territorio que hoy pertenece a Francia y que fue conquistada el siglo I a. de C. por Julio César, autor del texto clásico titulado *La Guerra de las Galias*. <<

[428] Algo más de 80 libras esterlinas. <<

[429] *Bórax*; sal compuesta de ácido bórico, sosa y agua, que se encuentra ya formada en ciertos lagos de China, Tibet y Potosí. *Cinabrio:* mineral compuesto de azufre y mercurio, muy pesado y de color rojo intenso. Se deduce, pues, que cubrir las sucias arenas del circo con esta combinación de colores blanco brillante y rojo púrpura, debía ser tan caro como espectacular; algo, en fin, muy propio del decadente y degenerado Nerón, entrado ya en su fase de enajenación mental. <<

[430] Más de 800 libras esterlinas. <<

[431] «Sustituto.» (En latín en el original.) <<

[432] «Vulgares, ordinarios, corrientes.» (En latín en el original.) <<

[433] Gladiadores mantenidos por el emperador. <<

[434] Así se llamaba, por parte de la tribu de los gladiadores, a la acción de perseguir al enemigo después de lanzar la red, para golpearle antes de que tuviera tiempo de recuperarla y tenerla lista para un nuevo envite. <<

[435] El veredicto de muerte en la lucha de gladiadores ya concluida, con uno de ellos en el suelo y a entera disposición de su contrario, consistía en que el pueblo extendiese por mayoría la mano con el dedo pulgar vuelto hacia el suelo. <<

[436] Véase el grabado de uno de los frisos de Pompeya, en la obra publicada sobre aquella ciudad por la *Library of Entertaining Knowledge*, vol. II, pág. 211. <<

[437] Héroe de la *Ilíada,* hijo de Peleo y la diosa Tetis, que lo sumergió de niño en la Estigia, cuyas aguas tenían la virtud de volver invulnerable al que en ellas se bañaba. Fue alimentado por el centauro Quirón con médula de oso e hígado de león, que le proporcionaron una fuerza portentosa. Llevado por su madre a la isla de Esciros vestido de niña, concluyó casándose con la hija del rey Licomedes, Deidamia. Fue muerto en la guerra de Troya al ser herido en un talón, única parte vulnerable de su cuerpo —la parte por donde lo sujetó su madre al sumergirlo—, y enterrado en la isla de Leuce (la Blanca), en el Ponto Euxino (Mar Negro). <<

[438] «Soldado bisoño, principiante, recluta.» (En latín en el original.) <<

[439] El junquillo o caña *(calamus) se* utilizaba para escribir sobre pergamino y vitela y el *stilus* para hacerlo sobre tablillas de cera o placas de metal. Las cartas se escribían a veces en tablillas, y a veces en pergamino. <<

[440] Generalmente, se encargaba a marineros el despliegue y la sujeción de la *velaria* en los anfiteatros. <<

[441] Plinio. <<

[442] Piedra pómez, piedra volcánica esponjosa y muy dura. <<

[443] Ciudad próxima al río Jordán, una de las cinco castigadas con el fuego del cielo por sus pecados (véase el libro del *Génesis,* 19, 15-26). <<

[444] Relámpagos volcánicos. Estos fenómenos constituyeron una de las características que acompañaron a la erupción del Vesubio de 1779 y su evidencia prueba que también se produjeron en la anterior y aún más terrible erupción, descrita hasta hoy de modo incompleto. <<

[445] Esqueletos de más de un centinela fueron hallados en sus puestos de servicio. <<

[446] Plinio. <<

[447] Dión Casio. [Historiador griego (155-235 aprox.), que se trasladó a Roma el año180. Redactó una *Historia romana* en 80 libros, de los que sólo quedan 25. Aunque posee buena información y en general es imparcial, a veces es demasiado crédulo y no ahonda en el significado y alcance de los acontecimientos.] <<

[448] «Una espesa lluvia de cenizas cayó sobre nosotros, y de vez en cuando teníamos que sacudírnosla, ya que de otro modo nos hubiese aplastado y enterrado bajo un enorme montón» (Plinio). <<

[449] Dión Casio. <<

[450] Eran los bancos de los remeros en las naves romanas. Pero *forum* es neutro, y así debería decir *fora* en plural, no *fori.* <<

[451] Recuérdese que Caronte se negaba a transportar en su barca a los muertos insepultos, que debían vagar cien años por las orillas del Cocito antes de ser admitidos en el Hades. <<

[452] La frase es de Horacio, *Odas,* 1. IV, I, 3. <<

[453] Arboleda situada al norte de Atenas, donde Platón solía reunirse con sus discípulos. Su nombre procede del héroe *Academo* (un personaje mítico que se supone dueño del terreno), y allí se instaló un gimnasio, luego convertido en jardín. <<

[454] Barrio situado al Noroeste de la antigua Atenas, cuyo nombre procedía de los abundantes talleres de cerámica que en él había. El escultor griego *Fidias* (490-431 a. de C.), mencionado a continuación, era hijo del ateniense Cármides. Parece que primero se dedicó a la pintura, aunque trabajó con perfección la escultura en mármol, bronce, oro y marfil. *Pericles* (véase nota 99, y nota 19) le encargó la decoración del Partenón y la dirección de las obras de la Acrópolis, así como varias Ateneas. La protección de Pericles le valió diversas censuras y, al fin, acusado de apropiación indebida, fue encarcelado, muriendo tal vez en la prisión de Atenas. Para *Harmodio* y *Aristogiton*, véanse nota 98; 324, nota 363, y 39. <<

[455] La fábula de Eros y Psique la cuenta Apuleyo en *El asno de oro*. Un rey tenía tres hijas; la más joven se llamaba Psique *(Alma),* y era tan bella que la adoraban como si fuera la propia Afrodita. Celosa, mandó la diosa a su hijo Eros, para que la hiciese enamorarse de algún hombre; pero el propio dios se enamoró de ella, la llevó a un palacio y la hizo su esposa, aunque siempre desaparecía al amanecer. El dios le impuso como condición que no intentara ver su rostro, pero las hermanas de Psique, celosas de su felicidad, le dieron a entender que tal vez era un ser monstruoso y por eso no se dejaba ver. Psique escondió una lámpara, y una noche logró ver el bellísimo rostro de su esposo, pero cayó una gota de aceite sobre Eros, que despertó y desapareció. Psique fue sometida a duras pruebas por Afrodita, y al fin quedó sumida en un sueño eterno en el Hades. Pero Eros, todavía enamorado de ella, logró despertarla de un flechazo y consiguió de Zeus la inmortalidad para ella. <<

[456] Batalla que puso fin a la primera guerra médica, en la que Atenas venció a Darío el Grande. Para anunciar esta victoria de Milcíades contra los persas (490 a. de C.), el soldado griego Filípides corrió 42 km. y cayó muerto nada más decir la célebre frase:νενικήκαμεν το Μαραθώνι: «Hemos vencido en Maratón». En su memoria lleva el nombre de maratón la prueba olímpica consistente en correr esa distancia. <<

[457] Destruida en 79 d. de C., fue redescubierta en 1750. <<

[458] *Strigilis*, raspador, usado en las termas y por los atletas para quitarse el polvo y el sudor. <<

[459] Johann Kaspar Spurzheim (1776-1832), doctor austríaco dedicado a la frenología o teoría que pretende estudiar el carácter e intelecto del hombre, basándose en la configuración externa del cráneo. <<

[460] Es decir, Britania, la patria de Bulwer-Lytton. <<

[461] Publicada en esta misma colección. <<